

el

*La verdadera historia del caballero que inspiró
la leyenda de Robin Hood*

PROSCRITO

ELIZABETH CHADWICK



Lectulandia

En las páginas de esta novela se revive uno de los periodos más fascinantes y turbulentos de la historia de Inglaterra, que abarca el reinado de tres reyes legendarios: Enrique Plantagenet, Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra.

Ambientada a comienzos del siglo XIII y basada en hechos y personajes reales, narra la trayectoria del caballero Fulke FitzWarin desde sus tiempos de inexperto escudero al servicio de Theobald Walter hasta convertirse en el poderoso señor de un extenso territorio.

Un problema de tierras con la Corona que la familia FitzWarin arrastra desde hace varias generaciones provoca que la vida de Fulke dé un dramático giro. Tras una disputa con Juan Sin Tierra, se ve obligado a abandonar su ambición de convertirse en uno de los más influyentes pares del reino y emprende una vida fuera de la ley.

Convertido en proscrito, Fulke se enfrenta a un sinfín de asechanzas y peligros, aunque siempre acompañado de sus fieles hermanos y seguidores y de su gran amor, una dama a la que también pretendía su encarnizado enemigo, el príncipe Juan.

Lectulandia

Elizabeth Chadwick

El proscrito

La verdadera historia del caballero que inspiró la leyenda de Robin Hood

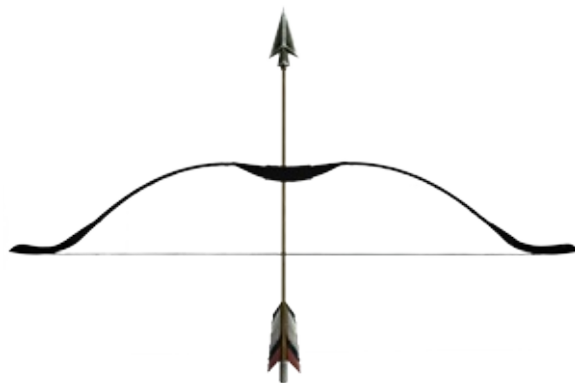
ePub r1.0

Titivillus 11.04.18

Título original: *Lords of the White Castle*
Elizabeth Chadwick, 2007
Traducción: Carlos Schroeder
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



CAPÍTULO 1

Palacio de Westminster, diciembre de 1184

Aunque era poco más de mediodía, la brumosa tarde invernal ya cedía paso al anochecer. La helada lluvia, que había puesto punto final a las prácticas armadas en la planicie, golpeaba contra las celosías como si las gotas fueran cuentas de vidrio. Antorchas y candelabros estaban encendidos, todos los braseros ardían. Más allá de los islotes de luz y calor que éstos creaban, en las escaleras y en los oscuros pasillos de la miriada de edificios de Westminster, un frío húmedo acechaba a quienes fueran tan imprudentes como para arriesgarse a salir sin una capa.

Sentado junto a una ventana, en el Salón Blanco, Fulke escuchaba el rugido del viento y pulía su nuevo escudo para borrar las rayaduras sufridas esa mañana. Su padre se lo había regalado el día de San Martín cuando cumplió los quince años. Era una pieza para un hombre, blasonada con el escudo de FitzWarin, con doce dientes de lobo en rojo.

—¡Ja, seis, gané! —gritó una voz triunfante.

Fulke levantó la vista del escudo y echó una ojeada a la partida de dados que ocupaba al príncipe Juan y a los otros caballeros del grupo de Ranulf de Glanville. Un montón de monedas se deslizó rápidamente desde la superficie de la mesa a las manos de un hombre de pelo rizado. El príncipe Juan, que cumpliría diecisiete años en vísperas de Navidad, frunció el ceño y cogió la bolsa de su cinto dorado para lanzar más monedas sobre la mesa. Su macizo cuerpo tenía cierta elegancia gracias a una túnica de costosa lana azul, pero el efecto se echaba a perder por su actitud petulante.

Fulke se les habría unido si no fuera porque en su bolsa sólo quedaba medio penique de plata. Si se hubiera tratado de echar pulsos, habría sucumbido a la tentación. No tenía mucha suerte, pero poseía fuerza y talento en abundancia.

Cuando volvió de las campañas en Gales, hacía nueve meses, los otros muchachos le habían llamado paleta y estúpido. Le robaron sus ropas, le hicieron tropezar en las escaleras y le vaciaron un orinal sobre la cabeza cuando dormía. Tardaron una semana en aprender una dura lección: Fulke devolvía con creces lo que le daban. Todavía le seguían llamando tontón, pero ahora era apenas un sobrenombre, una muestra de aceptación en el grupo, aunque no de reconocimiento de su rango.

Estaba en la compañía del príncipe Juan por un favor del rey Enrique a su padre, que valoraba la lealtad de la familia FitzWarin. Fulke sabía que Juan jamás le habría elegido como compañero, de la misma manera que él jamás hubiera elegido a Juan. La edad, más o menos similar, era lo único que ambos jóvenes tenían en común.

Fulke volvió a mirar a los jugadores de dados. El príncipe lo notó y frunció el ceño.

—En el nombre de Cristo, deja de contemplar ese maldito escudo y trae más vino. —Alzó la copa vacía y la sacudió frente a Fulke. Un anillo de amatista brillaba en el dedo medio y otro de oro macizo en el pulgar.

—Señor. —Fulke dejó el escudo a su lado, con cuidado, cogió una jarra de una mesa y se acercó a los jugadores.

—¿Quieres probar suerte, paleta? —preguntó el caballero de ensortijada melena.

Fulke sonrió. Le brillaban sus ojos de color castaño.

—Prefiero que pruebes la tuya, Girard. —Hizo un gesto señalando el nuevo montón de monedas—. Echaré un pulso contigo por ellas, si es que quieres. —Sirvió vino en la copa de Juan y dejó luego la jarra para que los otros se echaran.

Girard lanzó un gruñido.

—¡No volveré a caer en esa trampa!

La sonrisa de Fulke se ensanchó mientras doblaba el brazo para que se marcara el bíceps bajo la manga de su camisa.

—Es una pena.

Girard hizo un gesto grosero y cogió los dados. Fulke le vio lanzar, sacar un tres, y perder sus ganancias; después se volvió y caminó lentamente hacia la ventana y el escudo. Dos bancos con almohadones se encontraban a cada lado de las cerradas celosías, y entre ellos había una mesa de juego en la que el tutor de Juan, el señor de Glanville, había colocado un pesado tablero de ajedrez de madera.

Apoyándose en su escudo, Fulke contempló las piezas de marfil con profunda nostalgia. Recordaba la casa de campo de Lambourn; los rostros de sus hermanos, a contraluz del hogar, mientras jugaban a las tabas frente al fuego. Su madre leía a la luz de una lámpara, con los labios moviéndose lentamente, moldeando las palabras. Él, con su padre, jugaba al ajedrez en un rincón parecido al que ahora observaba. Evocó la frente de su progenitor, arrugada, mientras jugueteaba con un peón comido y estudiaba el próximo movimiento. Fulke sabía que estaba embelleciendo el recuerdo para consolarse, pero incluso sin la pátina añadida era verdadero y sólido. Aunque su melancolía no era dolorosa, extrañaba la calidez y la compañía de su

familia. Con frecuencia pensaba que era una pena que el siguiente movimiento de su padre hubiera sido enviarlo a aprender las artes de la caballería entre los más nobles de la tierra.

—Es un gran honor que el rey Enrique hace a nuestra familia —había dicho Fulke Le Brun un día de la última primavera, al volver de la corte. De pie, en las estancias privadas de Lambourn, le había comunicado las buenas nuevas—. Fulke no sólo será instruido por Ranulf de Glanville, el regente, sino que también estará junto a hombres influyentes que tal vez sean capaces de ayudarnos. —Fulke recordó¹ cómo había enrojecido su pálido padre, con una chispa de ambición en sus profundos ojos marrones—. Whittington podría volver a ser nuestro.

—¿Qué es Whittington? —preguntó Alain, el hermano menor de Fulke, levantando la cabeza. Tenía sólo cuatro años y, a diferencia de sus hermanos, aún no tenía grabada en su sangre y sus huesos la *cause célèbre* de los FitzWarin.

—Un castillo y unas tierras que nos pertenecen —contestó su madre, abrazando al pequeño—. Durante los días del primer rey Enrique era de la familia de tu padre, pero después se lo quitaron en una guerra y nunca se les ha devuelto. Tu padre lleva mucho tiempo intentando recuperarlo. —Hablabla de forma sencilla para que el niño pudiera entenderla. Su voz era calmada, no traslucía la amargura que se había acumulado durante los años de disputa.

—Demasiado tiempo —dijo Fulke Le Brun—. La última vez que tuvimos Whittington fue en vida de mi abuelo. Roger de Powys dice que le pertenece, pero miente, no tiene ningún derecho.

—Si el rey Enrique te aprecia lo suficiente como para nombrarte ayudante del príncipe Juan, ¿por qué no te entrega Whittington? —quiso saber Fulke.

—No depende de la palabra del rey —respondió su padre—. Nuestro derecho tiene que demostrarse en un tribunal de justicia, y a veces, si el asunto es complicado o se ve como una mera desavenencia, se deja a un lado para dar prioridad a problemas más urgentes. Dios sabe que lo he intentado. Enrique lo ha prometido, pero para él no es tan importante como para mí. —Miró intensamente a Fulke y le habló de hombre a hombre—. Ranulf de Glanville está en una buena posición para atender nuestras reclamaciones, y él será tu tutor. Sírvete bien en todo y él lo hará todo por ti.

Fulke se había esforzado al máximo, porque no estaba en su naturaleza eludir las obligaciones y porque era tan orgulloso como su padre. Su habilidad para aprender se había desarrollado más allá de toda medida bajo la tutela del regente, y asimiló muy pronto lo esencial del latín y de la ley. Lo que el señor de Glanville pensaba de él, sin embargo, no lo sabía, porque el tutor era un hombre solemne, ya mayor y poco dado a las alabanzas.

Fulke se apartó el pelo de los ojos y frunció el ceño. No le parecía que ser educado en la corte fuera un privilegio tan grande. Estar a disposición del príncipe Juan era una pesadilla. En casa, Fulke era el heredero de las tierras de su padre, era

querido, pisaba terreno firme y ejercía un predominio, afectuoso, sobre sus cinco hermanos. Allí era de rango menor, un don nadie que Juan podía utilizar como quisiera. Con frecuencia, eso significaba soportar abuso.

Hubo un repentino movimiento en la mesa de dados al ponerse súbitamente de pie el príncipe Juan y tirar al suelo el jarro que Fulke había llenado momentos antes.

—¡Ladrones hijos de puta, marchaos, marchaos todos! —Juan hizo un gesto violento, señalando la puerta—. ¡No sois más que sanguijuelas! ¡Ninguno de vosotros vale un cubo de orines!

Fulke se alejó de su rincón y se dispuso a seguir a los demás caballeros fuera de la estancia.

—Tú no, paleta —gruñó Juan—. Trae más vino.

—Señor. —Sin expresión alguna, Fulke se agachó a recoger el jarro que había rodado a los pies de Juan. Una abolladura estropeaba las bellas formas del recipiente de plata.

—No deberías haberlo dejado sobre la mesa —repuso Juan con petulancia—. Se ha abollado por tu culpa y tendrás que pagar uno nuevo.

Habría sido más inteligente quedarse callado, pero Fulke fue incapaz de hacerlo.

—Eso no es justo, señor.

Juan entornó los ojos, con ira contenida.

—¿Estás discutiendo conmigo?

Poniéndose de pie, con el jarro en la mano, Fulke se encaró con el príncipe.

—Es cierto que yo dejé el jarro sobre la mesa cuando debía haberlo puesto a buen recaudo, pero no fui yo quien lo tiró al suelo.

Juan hizo un gesto acusador con el dedo índice.

—Pagarás por él, y eso es todo. Ahora trae más vino, y apresúrate.

Sin hacer apenas una reverencia, Fulke salió de la habitación. A pesar del frío invernal, ardía de furia. «No le pagaré ni una moneda», murmuró mientras caminaba por la sala hacia el extremo en donde estaba la mesa del mayordomo.

—Para el príncipe Juan —dijo con voz seca al sirviente.

El mayordomo observó los daños con gesto desaprobador.

—¿Como ha ocurrido esto?

—Un accidente. —Aunque Fulke quería estrangular a Juan, el honor y la discreción ataban su lengua ante los demás. Y puesto que no podía decir nada, la rabia ardía aún más ferozmente en su interior.

—Ya es el tercer accidente en lo que va de mes. —El mayordomo puso el jarro debajo de un barril de vino y abrió la espita—. Estos jarros no crecen en los árboles. Cada uno cuesta medio marco.

Casi siete chelines, pensó con amargura Fulke: el salario de una semana de un sargento de a caballo, una cantidad fuera de su alcance, a menos que le pidiera dinero a su padre o que se pasara una semana entera echando pulsos para reunirlos.

Aunque Juan le había pedido que se apresurara, Fulke se tomó su tiempo para

volver a los aposentos reales. Quería calmar su furia. Tuvo algo de éxito. Cuando golpeó a la puerta y entró con el jarrón, su resentimiento ya no era un incendio, sino meras brasas.

Juan había abierto las celosías próximas al tablero de ajedrez y estaba reclinado sobre la ventana, observando el tormentoso atardecer. El viento golpeaba los dinteles de las ventanas. Los patios y las callejuelas estaban a oscuras, pues ninguna antorcha aguantaba encendida semejante tiempo; pero había brillos y reflejos luminosos en las salas ocupadas, y los guardias habían prendido una hoguera en un rincón resguardado del patio. Más allá, las ventanas de la gran abadía filtraban la luz de dentro.

Juan se dio la vuelta, con una mano agarrando el cinto y la otra descansando sobre la hebilla.

—Te lo has tomado con calma.

—Había otros esperando a que el mayordomo les atendiera, señor —mintió Fulke, mientras echaba vino en la copa de Juan—. ¿Quieres que me retire? —Trató de mantener un tono cordial, pero se dio cuenta de que no había tenido éxito cuando vio que la expresión de Juan se volvía adusta y mezquina.

—No, puedes quedarte y hacerme compañía. Bien poco haces para ganarte la cena. —El príncipe señaló la jarra—. Sírvete un poco. No me gusta beber solo.

Renuente, Fulke se sirvió un poco en una de las copas vacías. El viento agitaba los tapices de las paredes y las velas de los candiles, amenazando con apagarlas y dejarlos a oscuras.

—¿Cuántos hermanos tienes?

Fulke parpadeó, sin saber lo que pretendía el príncipe, pero seguro de que su ánimo era funesto.

—Cinco, señor.

—¿Y qué es lo que heredarán?

—No lo sé. Eso es decisión de mi padre —respondió Fulke con cautela.

—Vamos. Eres el heredero. Todo será para ti.

Fulke se encogió de hombros.

—Puede que sea así, pero ninguno de mis hermanos pasará necesidades.

—¿Y tú crees que no habrá resentimientos cuando recibas la mejor parte? —Juan hizo un gesto despectivo con la mano y acarició el escudo que Fulke había dejado apoyado en el banco.

—No los suficientes como para que nos distanciemos. Aunque en ocasiones me pelee con mis hermanos, la sangre es más espesa que el agua.

Juan lanzó un gruñido de amarga alegría.

—¿Tú crees que es así?

—En mi familia, sí. —Fulke bebió un sorbo de vino, consciente de que se encontraba en terreno peligroso. Juan era el más joven de los hijos de Enrique, había nacido después de que la herencia se hubiera dividido entre los otros hermanos, y ninguno de ellos estaba dispuesto a darle la más mínima parte de lo que les

correspondía. Juan Sin Tierra, le llamaban, e incluso se lo echaban en cara. Mirando hacia la salvaje y oscura noche, sintiendo el golpe del viento sobre el rostro, Fulke comenzó a entender. En su posición privilegiada de hijo mayor, con la herencia asegurada, se convertía en chivo expiatorio de las amarguras de Juan—. Mi padre dice que todos somos un cuerpo. La cabeza no puede funcionar sin torso o sin miembros. Lo que le haces a uno, se lo haces a todos.

—Mi padre dice —se burló Juan—. Por Cristo, ¿sabes cuántas veces repites eso cada día?

Fulke se sonrojó.

—Si lo hago es porque habla con sensatez.

—O tal vez porque eres un niño que todavía no ha aprendido a pensar por sí mismo. —Juan le lanzó una mirada desdeñosa y cerró las celosías. Las velas dejaron de parpadear y un repentino silencio cayó sobre la habitación, impregnada con el olor de la cera ardiendo. El príncipe se sentó, malhumorado, frente al tablero de ajedrez, y se puso a jugar con uno de los alfiles.

Fulke, casi desesperado, se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que sonara el cuerno anunciador de la hora de la cena. A juzgar por lo avanzado del atardecer, no podía tardar.

—¿Qué te parece una apuesta, paleta? —inquirió Juan señalando el tablero—. Gáname al ajedrez y no tendrás que pagar el jarro de plata.

A Fulke no le pasó desapercibido el tono burlón de la voz de Juan. El príncipe era un consumado jugador de ajedrez y su talento había sido perfeccionado por su tutor, el señor de Glanville, con cuya incisiva inteligencia había conseguido que lo nombraran regente. El talento de Fulke era errático, desarrollado no tanto por la lógica y la instrucción como por el placer del juego y la habilidad de pensar con rapidez bajo presión.

—Si así lo deseas, señor —admitió con resignación mientras se sentaba.

Juan le lanzó una sonrisa denigrante e hizo girar el tablero para que las piezas blancas quedaran de su lado.

—Muevo primero.

Fulke tocó su escudo para darse suerte. Sabía que, hiciera lo que hiciera, no saldría ganando. Si perdía, tenía que conseguir el dinero para la jarra. Si ganaba, Juan buscaría otro modo, más sutil y malicioso, de castigarlo. Lo mejor era perder lo más rápido posible y después cubrir de elogios al príncipe. Era lo que cualquiera de los otros caballeros haría.

Fulke tendió la mano hacia un caballo, completamente decidido a entregarle la victoria a Juan, pero en contra de su voluntad, una perversa contracorriente alteró el movimiento y la jugada que hizo en realidad se convirtió en un abierto desafío.

Juan entornó los ojos.

—¿Dónde has aprendido eso? —preguntó, tenso.

—Me lo enseñó mi padre —replicó Fulke con ánimo provocador. Era extraño.

Ahora que ya estaban sumidos en la batalla, sentía la fuerza arrogante de una involuntaria contracorriente creciendo en su interior. El afán de triunfo era su verdadero ser. Jugaba tan bien como Juan, pero de manera diferente, eso era todo. Si entraba en el juego del rival, sería derrotado sin importar el resultado. Pero si se ajustaba a sus propias reglas, era libre, y al diablo con las consecuencias.

Juan intentó arrinconarlo, pero Fulke se defendía bien, planteando pequeñas escaramuzas que neutralizaban constantemente el ataque del príncipe. La frustración de Juan iba en aumento, tanto por la audacia de los movimientos de Fulke como por el hecho de que le resultaba imposible derrotarlo. Bebió otras dos copas de vino; jugueteó con sus anillos y se mesó la rala barba negra. Su expresión cada vez era más sombría.

Fulke movió un alfil.

—Jaque —sentenció. Sería mate en dos movimientos, y nada de lo que hiciera el rival podía impedirlo.

Juan le miró furioso, boquiabierto. Le centelleaban los ojos, calculando los movimientos igual que Fulke había hecho antes de mover. Se le tensaron los músculos de la mandíbula.

—Supongo que fue también tu padre quien te enseñó a hacer trampa —dijo con la voz ahogada por el desprecio.

Fulke apretó los puños y se esforzó para controlarse y no romperle los dientes de un puñetazo.

—Gané limpiamente. No tienes derecho a poner en duda el honor de mi familia para justificar tu derrota, señor.

Juan se puso de pie de repente. Dio un golpe brutal con el puño y desparramó las piezas del tablero por toda la estancia.

—¡Tengo derecho a hacer lo que quiera!

—¡No conmigo o mi familia! —Fulke también se puso de pie, con los ojos oscurecidos por la ira—. Por nacimiento, eres el hijo de un rey, pero en este momento, ¡le tengo más respeto a una cloaca que a ti!

Juan lanzó un rugido. Cogió el tablero de ajedrez con ambas manos y lo estrelló con toda su fuerza contra la cara de Fulke.

La nariz del agredido crujió. Se tambaleó por la violencia del inesperado golpe. Notó el tibio calor de la sangre que brotaba. Levantó una mano hacia el rostro y, apartándola, observó asombrado los dedos enrojecidos.

Juan se volvió a lanzar contra él. Fulke esquivó el golpe y le propinó una patada. El príncipe se tambaleó. Pisó con el talón una de las piezas de ajedrez y se cayó de espaldas. Se golpeó la cabeza contra la pared con un sonido sordo. Las rodillas se doblaron bajo su peso y cayó al suelo como un toro inconsciente.

—¡Cristo, maldito Cristo! —exclamó Fulke, agitado, y apretando la nariz contra la manga se acercó dando tumbos al cuerpo de Juan. Su primer pensamiento fue que le había matado, pero luego observó que el pecho del príncipe se elevaba y descendía,

y que el pulso era apreciable en el cuello. La furia y la sorpresa se revolvían en su interior. Le invadió un terrible malestar—. Señor, ¡despierta! —Sacudió al príncipe por los hombros, atemorizado. Ahora estaba metido en serios problemas.

Juan lanzó un quejido, pero no abrió los ojos. La sangre que brotaba de la nariz de Fulke salpicaba y empapaba la costosa túnica azul. Conmocionado, Fulke fue a la mesa, se sirvió un poco de vino y se lo bebió rápidamente, notando el sabor de su propia sangre mezclado con el del alcohol. Luego volvió a llenar la copa y se la acercó a Juan. Le cogió por los hombros y le mojó los labios con el vino.

Se oyó el ruido del picaporte y la puerta se abrió de repente. Ranulf de Glanville y su sobrino, Theobald Walter, tutor de armas de Juan, contemplaron la escena, atónitos, desde el marco de la puerta.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Theobald Walter, con sus ojos grises desorbitados de puro asombro—. ¿Qué sucede aquí?

Fulke tragó saliva.

—El príncipe se golpeó la cabeza, y no puedo despertarle. —Su propia voz le zumbaba en los oídos. Tenía una entonación pastosa, porque la sangre le obstruía la nariz.

—¿Y cómo se golpeó? —Lord Walter avanzó por la estancia, con paso firme y autoritario. Se había cambiado la vestimenta para las prácticas con armas de esa mañana por una túnica que le llegaba hasta los tobillos, de lana roja, bordada con hilos de oro. Todavía llevaba la espada, como simple símbolo de su rango. Detrás de él, Ranulf de Glanville cerró, prudentemente, la puerta.

—Yo... nosotros... tuvimos un desacuerdo y nos peleamos —explicó Fulke, sintiéndose miserable. Comenzó a notar entre sus ojos un dolor intenso, semejante a un latido hiriente.

Lord Walter le lanzó la misma mirada escrutadora y analítica con la que observaba a los caballeros en el campo de prácticas.

—Una pelea —repitió. Su voz era serena y agradable. Theobald Walter nunca gritaba. Un simple gesto con sus cejas o una mirada intensa le bastaban para poner a los caballeros en su sitio—. ¿Por qué motivo? —Se arrodilló al lado de Fulke y le crujieron los huesos levemente al hacerlo. A sus treinta y nueve años estaba en buena forma, pero los inviernos ingleses se cobraban su tributo en él igual que en el resto de los hombres. Fulke apretó los labios—. No te quedes callado, muchacho —continuó lord Walter, cortante—. La verdad te servirá mejor que el silencio. —Volvió la cabeza de Juan hacia un lado, con delicadeza, y encontró la hinchazón debajo de su cabello. Luego olió el aliento del príncipe y se apartó con un gesto de desagrado.

Fulke miró fijamente a los ojos al barón. Durante las lecciones con armas, Theobald había demostrado ser justo y paciente.

—El príncipe me acusó de hacer trampas al ajedrez, y cuando lo negué, me golpeó con el tablero. Yo... —Apretó las mandíbulas—. Yo le pegué para defenderme y él se cayó de espaldas y se golpeó la cabeza.

—¿Tan grave es? —Mesándose su espesa barba gris, Ranulf de Glanville se acercó. Su rostro mostraba una incongruente mezcla de alarma y desagrado.

—Tiene en la nuca un chichón del tamaño de un bebé, pero no creo que haya motivo para llamar a un sacerdote. Si no responde es, entre otras cosas, porque lleva tanto alcohol encima como un barril de aguardiente. —Theobald lanzó una breve mirada a su tío y luego a Fulke—. La nariz de este muchacho no volverá a ser tan perfecta como lo era esta mañana. Pero ése será todo el daño.

De Glanville se agachó para recoger el tablero de ajedrez. Observó que estaba partido por la mitad.

—¿Dónde están los demás? —Sus ojos azules miraban con gélida expresión.

—El príncipe les mandó retirarse, señor. —Fulke se enfrentó al regente, sintiéndose como un alma perdida frente al trono de Dios en el día del juicio—. Yo también me hubiera ido, pero él quería más vino... y después se empeñó en jugar conmigo al ajedrez.

Juan emitió un gruñido y abrió los ojos, concentrándolos precariamente en Fulke, que seguía inclinado sobre él.

—¡Hijo malparido de una malparida puta! —soltó, tomando aire, y luego se dio media vuelta para vomitar los restos de una tarde de alcohol y otros excesos—. ¡Te arrancaré la piel por lo que has hecho!

—Señor, no estás en condiciones de hacer nada, salvo procurar curarte la cabeza partida —dijo con frialdad De Glanville. Hizo un gesto con la cabeza a Theobald—. Lleva a FitzWarin fuera de aquí y que se asee. Mientras te ocupas de eso, supervisa también al resto de los ayudantes de su alteza. Esto lo resolveremos más tarde.

Siendo, como era, veinte años mayor que Theobald, prefirió no inclinarse al lado de Juan, sino sentarse en uno de los bancos cubiertos de almohadones, y observar impávido y amenazador al joven caído, como si fuera un búho mirando desde un árbol.

Theobald se puso de pie, obligando a Fulke a hacer lo propio.

—Ven —le ordenó, bruscamente, pero no sin afecto.

—¡Quiero ver a mi padre! —Exigía Juan con petulante veneno en la voz, mientras Theobald acompañaba a Fulke fuera de la habitación.

El joven escudero temblaba mientras Theobald le conducía por el gran salón anexo a la cámara de Juan. El dolor le latía con ardiente ritmo entre los ojos y tenía que respirar por la boca. El metálico sabor de la sangre le llenaba el paladar.

—¿Es verdad que acudirá al rey?

Lord Walter no tenía consuelo que ofrecerle.

—Conociendo al príncipe Juan, no me cabe ninguna duda.

Fulke hizo presión sobre su nariz con la palma de la mano y examinó la mancha roja resultante.

—Supongo que seré expulsado del grupo de acompañantes del príncipe Juan —dijo, sombrío.

—Casi con toda certeza. —Theobald le miró de reojo—. ¿Pero de verdad querrías quedarte después de esto?

—Mi padre dice que ser educado en la corte del rey Enrique es una oportunidad que no tiene precio y un gran honor para nuestra familia. —Cuando pronunció estas palabras, Fulke se percató de que las burlas de Juan tenían fundamento. Siempre estaba citando a su padre.

—Tiene razón —admitió Theobald con aire pensativo—. Salvo en lo que se refiere al precio.

—¿Cómo dices, señor?

—Nada. —Theobald se detuvo de improviso, y con un gruñido, mezcla de satisfacción e irritación, giró bruscamente hacia la izquierda.

Fulke vio que la partida de dados continuaba desarrollándose en uno de los recovecos formados por las columnas del salón, Girard de Malfee volvía a ganar y la doncella de alguna dama noble le observaba con admirados ojos de paloma.

—Ya es suficiente. —Theobald se acercó a ellos, con las manos apretando su cinturón—. Id a atender a vuestro amo.

—Pero él nos ordenó salir, mi señor —objetó Girard, con voz pastosa por la abundante bebida.

—Y ahora yo os mando de regreso, y mi señor De Glanville os espera allí. Id todos, u os tendré puliendo cascos una semana entera. Y podéis dejar el jarro aquí. Ya habéis causado demasiado daño. Tú, muchacha, a tus tareas.

La joven le echó una mirada, mitad temerosa, mitad resentida, y partió entre el susurro de sus faldas verdes. De mala gana, Girard comenzó a reunir sus ganancias. Levantó la vista con intención de decirle algo a Theobald, y entonces vio a Fulke de pie, detrás del caballero.

—Por Cristo, paleta. —Se quedó boquiabierto por la sorpresa. ¿Qué te ha sucedido?

Todos los caballeros miraban.

—Me tropecé —explicó Fulke.

Theobald hizo un gesto con su pulgar.

—Obedeced. Ahora —ordenó.

Los muchachos se fueron, formando un extraño grupo medio mareado, y Theobald sacudió la cabeza como un toro irritado.

—Dios me guarde en mi vejez de necesitar a estos buenos pájaros para nada —gruñó.

Sorprendido por un mareo repentino, Fulke se tambaleó. Theobald le sujetó del brazo.

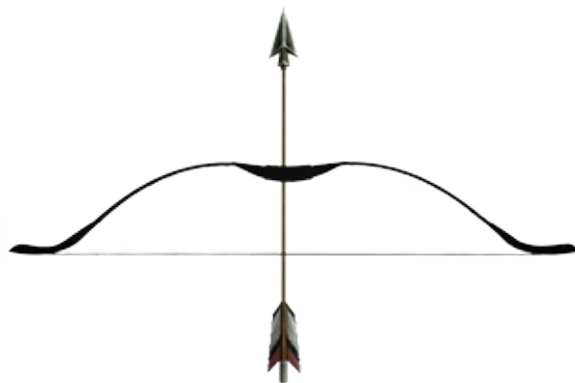
—Firme, muchacho. Vamos, aguanta. No eres una niña, lo que tienes no es para que te desmayes.

Dolido por el insulto, el rostro de Fulke se ensombreció. Enderezó la espalda y respondió.

—Estoy bien, mi señor. —No era verdad, pero su orgullo y la fuerza del brazo de Theobald le ayudaban a mantenerse en pie.

Un destello satisfecho brilló en los grises ojos del noble.

—Sí —le dijo—. Entre todos estos inútiles y estúpidos, creo que eres el único que está bien.



CAPÍTULO 2

Al cruzar el patio, Fulke y Theobald fueron golpeados por el viento del río, que les llegó de frente, inesperadamente furioso, gélido. El muchacho tuvo la sensación de que en cualquier momento le explotaría su dolorido rostro. Cuando se refugiaron en una dependencia que había detrás de la gran sala, apenas se percató de que a Theobald lo saludaban otros lores, los cuales lanzaban curiosas miradas en su dirección y hacían preguntas que el barón respondía de manera cortés, pero breve. Después apartaron una pesada cortina de lana, y Theobald hizo entrar a Fulke en una pequeña estancia.

Un brasero encendido daba calor hogareño al lugar. Bajo las cenizas brillaban las brasas, como ojos de ocultos dragones. Sentado sobre un baúl de cedro, el escudero de lord Theobald, a quien Fulke conocía de vista, afinaba las cuerdas de un laúd moro. En la habitación había un camastro de campaña, hecho a base de mantas, con una colcha de lienzo flamenco de color verde. Sentado sobre el catre, a la luz de una gruesa vela, leía un prelado vestido con una dalmática ricamente bordada, que le distinguía como archidiácono.

Theobald miró fijamente al hombre que ocupaba su cama.

—¿Hubert? —preguntó, como si no diera crédito a sus ojos.

El sacerdote alzó la mirada y sonrió. Dos profundas arrugas aparecieron en sus redondas mejillas.

—Seguramente no he cambiado tanto en un año. —Se levantó e inmediatamente todo en la habitación pareció achicarse frente a su descomunal altura y su enorme peso.

—Bueno, no, claro que no —dijo Theobald, recuperándose de la sorpresa—. Es que no esperaba verte esta noche, hermano. —Los dos hombres se abrazaron y se dieron palmadas en la espalda durante un buen rato. De cerca, el parecido era obvio, a

pesar de las diferencias de tamaño. Compartían el mismo ceño y la misma nariz, y tenían igual forma de sonreír.

—Llegué a tiempo para las novenas de la abadía —comentó Hubert Walter—. Tengo allí una cama para pasar la noche, pero pensé en venir primero a verte para saber cómo te las arreglas con el tío Ranulf, aquí, entre los hijos del demonio. Estaba a punto de mandar al joven Jean a buscarte.

Theobald lanzó una carcajada sin mucha alegría.

—¡Los hijos del demonio andan por aquí a sus anchas, tienes razón! Dios sabe lo que sucederá cuando lleguen el rey Ricardo y Godofredo.

—Ah, bueno, para eso estamos aquí, para ser testigos cuando se decida la herencia del príncipe Juan. —El archidiácono hizo un gesto a Fulke, que tiritaba de pie frente al brasero—. ¿Quién es éste, Theo, y por qué parece que viene del campo de batalla?

Theobald frunció el ceño.

—En cierto sentido, es lo que ha sucedido, ha estado batallando, y puesto que soy su tutor de armas, el joven está bajo mi responsabilidad. —Hizo una señal a Fulke para que se acercara—. Preséntate frente al archidiácono de York —le ordenó—. Éste es Fulke FitzWarin de Lambourn, hijo de Fulke Le Brun. Está sirviendo de ayudante al príncipe Juan en la casa del tío Ranulf.

—Su eminencia —balbuceó torpemente Fulke, arrodillándose para besar el anillo del archidiácono.

—A simple vista, parece que tiene la nariz rota y los dos ojos morados —comentó Hubert. Cogió a Fulke por la mandíbula y le observó—. ¿Qué has estado haciendo para sufrir semejante daño?

—Jugaba al ajedrez, eminencia.

La sorpresa de Hubert fue tal que sus cejas parecieron alzarse hasta rozar el borde de la tonsura.

—Con el príncipe Juan —agregó Theobald a la vez que chasqueaba los dedos llamando a su ayudante—. Jean, trae agua y un trapo.

—Señor. —El escudero dejó el laúd y se puso de pie.

—¿De verdad? —inquirió el archidiácono—. ¿Considerarás una impertinencia que pregunte quién ganó?

—Desgraciadamente, eso será decisión de una audiencia más numerosa, si es que el príncipe se sale con la suya —contestó Theobald, disgustado—. Pero, por el momento, digamos que el joven Fulke aquí presente dio tanto como recibió.

—Ya veo. —El religioso enrolló el pergamino que estaba leyendo y se lo puso en la manga—. Un asunto delicado, pues.

—No especialmente, pero es improbable que le sirva al príncipe para argumentar que ya es lo suficientemente maduro como para que le dejen suelto en tierras de su propiedad. Sobre todo, teniendo en cuenta el precedente de las escapadas del mayor. Ya sabemos cómo acabó aquello. —Dieciocho meses antes, el heredero del rey

Enrique, un joven irresponsable y superficial, había muerto de disentería en Aquitania durante una reyerta con su propia familia a causa de las tierras y de las influencias. Theobald habló con cierta irritación—. Juan no puede culpar a nadie, salvo a sí mismo.

—Cosa que nunca hace. Eso nos corresponde a nosotros, Theo, que actuamos como riendas y frenos de los excesos de la naturaleza angevina. —Cogió su manto de la cama y se lo puso—. Acompáñame de regreso a la abadía. Tu escudero puede atender al muchacho, y mi cuarto es mejor que éste.

Theobald se lo pensó, y finalmente asintió.

—Jean, haz otro camastro —ordenó—. Dejemos que Fulke pase aquí la noche.

—Señor. —El escudero se dio media vuelta para buscar entre el equipaje—. ¿Y qué hay de la cena?

—Cenaré con el archidiácono. Mejor será que traigas comida para ti y para Fulke. La expresión del escudero se ensombreció.

—Es una orden, Jean —dijo con firmeza Theobald—. Sabe Dios que hoy ya ha habido demasiadas olas como para causar una tempestad. Mejor será que no mueves las aguas bajando a cenar esta noche a la gran sala.

—Sí, señor. —La voz y la actitud de Jean eran de resignación. Theobald sacudió el dedo índice a modo de silenciosa advertencia final y salió del cuarto junto a su hermano.

Jean se puso a maldecir en cuanto se cerró la puerta. Fulke carraspeó.

—Ve a cenar. Estaré bien solo.

El otro joven lanzó un gruñido.

—¿Alguna vez has visto un cadáver despellejado? No es una visión agradable. —Inclinó la cabeza hacia un lado y sus ojos oscuros brillaron—. Pero no te preocupes, que tampoco tu cara es una visión muy grata ahora. —Se acercó con la jarra y un lienzo—. ¿Debo pensar, por lo que he escuchado, que te peleaste con el príncipe Juan?

—Tuvimos un desacuerdo —explicó Fulke, cautamente. Desde su llegada a la corte, su confiada sinceridad, natural en él, había recibido tantos golpes como su cuerpo.

—Me temo que fue algo más que eso.

Fulke se puso tenso, dispuesto a resistir el dolor, pero los cuidados de Jean fueron sorprendentemente hábiles. Le limpió la sangre, ya coagulada, y le examinó con gentileza.

—Vas a tener un bulto extraño sobresaliendo del puente de tu nariz —le anunció—. No me gustaría jugar al ajedrez con tus reglas.

Fulke alzó la mano con cuidado para palpar los daños. La zona del golpe se encontraba hinchada, esponjosa, muy sensible al tacto. Pensó que posiblemente era una suerte que no hubiera un espejo en la habitación.

—No sucedió porque tenga reglas especiales para jugar al ajedrez —dijo, cansado

—. Fue por las de Juan. —Revivió en su memoria los momentos de la pelea con nauseabundo detalle: el crujido del delicado hueso cuando el tablero se estrelló contra su rostro, la patada que dio a Juan y la lenta caída de éste hacia atrás.

El muchacho hizo un gesto de comprensión con los ojos.

—He visto sus modales en el campo de prácticas armadas. Lord Theobald dice que no tiene disciplina ni honor.

Fulke estaba completamente de acuerdo, pero, así y todo, frunció el ceño.

—¿Es prudente desatar tu lengua frente a alguien a quien no conoces? ¿Qué sucedería si fuera a ver a Juan y le repitiera lo que has dicho?

—¡Jesús! No aguantaría como ayuda de cámara de lord Theobald más de lo que dura una vela si no supiera cuándo hablar y cuando ajustar las riendas. —Sonrió y mostró sus blancos dientes—. También te he visto a ti en el campo de prácticas, no lo olvides. Tú tienes todo aquello de lo que Juan carece. Toma. —Puso una copa en manos de Fulke—. Bebe. Puede que no te alivie el dolor, pero con seguridad te vendrá bien para el ánimo.

Fulke casi sonrió. Tomó un trago y el calor le quemó la garganta mientras la dulzura se apoderaba del paladar y la lengua.

—Hidromiel de Gales —dijo Jean—. Te ayudará a dormir desde ahora hasta mañana. —Se sirvió un poco y brindó con Fulke antes de acabarse la bebida de un trago. Luego, bajando la copa y apoyándola sobre el regazo, extendió la otra mano—. Sé que eres Fulke FitzWarin, pero puesto que no hemos sido formalmente presentados, te diré que yo soy Jean de Rampaigne, caballero y ayuda de cámara de lord Theobald Walter. Si piensas que mi francés es extraño, es porque lo hablo con el acento de Aquitania, la tierra de mi madre. Ella era de esa zona, pero se casó con un caballero inglés, igual que la reina Leonor lo hizo con el rey Enrique. —Sonrió—. Afortunadamente, no tengo ningún hermano con quien pelearme por la herencia. —Hizo una pausa efectista antes de rematar el comentario—. Desgraciadamente, tampoco tengo herencia alguna.

Fulke estrechó la mano que se le ofrecía, divertido por la cháchara del joven, de la cual nunca había podido disfrutar en el campo de prácticas y maniobras. Tomó otro trago de hidromiel y notó que el calor se le expandía por el cuerpo, como reconfortante oro líquido. O Jean tenía razón y le estaba aliviando el dolor, o se estaba acostumbrando al persistente latido de la herida.

—Tengo hermanos —contó Fulke—, pero ninguno como Juan... Bueno, no sé. Es difícil decirlo en el caso de Alain, es demasiado pequeño, sólo tiene cuatro años.

—Tal vez se parezcan en algo, porque Juan actúa como si tuviera cuatro años —comentó Jean, de buen humor.

Fulke se atragantó por la risa, pero su arrebato de alegría fue rápidamente interrumpido por el agudo dolor de la nariz.

—No —dijo—. Mi hermano es más maduro.

—Pero lo de Juan es verdad. Lord Theobald lo dice siempre.

Mi padre dice. Lord Theobald dice. Fulke frunció el ceño. Parecía que todos necesitaban citar a una autoridad superior. Volvió a beber y se sorprendió al encontrar su copa casi del todo vacía.

—No sabía que el hermano de lord Theobald era el archidiácono de York —comentó, por cambiar de tema.

Jean se volvió hacia el arcón y cogió el laúd.

—Será mucho más que archidiácono cualquier día —dijo, mientras enderezaba las cintas de seda rojas y azules en torno al diapason del instrumento—. Sé, por cierto, que su tío Ranulf espera otorgarle el puesto de regente a Hubert cuando llegue el momento —añadió mientras hacía sonar las primeras notas.

—Pensé que no era un puesto hereditario.

—No lo es, pero quien lo ocupa entrena a su sucesor, y la mitad de las veces, por no decir más, suele ser un pariente. Recuerda lo que digo, será Hubert. Tiene la educación adecuada para ello, y también la inteligencia precisa. —Jean se golpeó la cabeza—. Y la necesitará, teniendo que lidiar con el rey Enrique y sus hijos.

Fulke estuvo de acuerdo.

—No necesitará ser un archidiácono, sino un santo. —Su lengua se tropezó con las palabras. Un sordo ruido procedente de las cercanías de su cinturón le recordó que, con traumas o sin traumas, todavía no había comido nada desde el mediodía. El potente hidromiel le había puesto en marcha el estómago, además de la cabeza.

Jean cogió la copa vacía de Fulke.

—Comida —le dijo—. Debes comer, o será mejor no hacer planes para mañana, porque si no comes, te despertarás a mediados de la semana que viene. Vamos.

Fulke le miró con cara seria.

—Pero lord Theobald dijo que no debíamos salir de aquí, y tú dijiste que te despellejaría vivo si le desobedecías.

Jean abrió los brazos.

—Mi señor quiso decir que no quería que apareciéramos por la gran sala. A menos que lo hayas puesto fuera de combate para una buena temporada, es probable que Juan se encuentre allí. Mi amo no dirá nada si nos mantenemos fuera de su alcance.

Fulke tenía sus dudas, pero su hambre y el entusiasmo de Jean hicieron que las dejara a un lado. Su naturaleza revivía frente a los desafíos y, golpeado como estaba, se sentía capaz de ponerse a la altura de las circunstancias.

—¿A dónde vamos?

—A las cocinas —informó Jean—, ¿adónde, si no?



No había duda de que Jean era bien conocido en las cocinas de Westminster, a juzgar por la bienvenida que ambos recibieron. El agitado jefe de los cocineros dijo a los

jóvenes que no estorbaran porque estaban con los preparativos para el banquete de la corte en la gran sala, pero se les hizo sitio en un rincón, cerca de una mujer más amable, de rostro enrojecido. A pesar de su rango noble, les hizo entrega de un cuenco con huevos duros para que los pelaran. Era un plato exquisito para la mesa principal, pues los huevos escaseaban en aquella época del año.

—Si quieres tu cena, tienes que ganártela, como todos nosotros —dijo de buen humor. Su francés tenía un fuerte acento sajón. Inclino el rostro de Fulke hacia un lado, con una mano que olía a cebolla—. Santo cielo, muchacho, ¿qué has estado haciendo?

Antes de que Fulke pudiera dar una respuesta inocua o decirle a la mujer que se ocupara de sus asuntos, un joven que colocaba los platos que estaban listos para llevarlos a la gran sala alzó la voz.

—Éste es el que te dije, Marjorie, el que casi le arranca la cabeza de los hombros al príncipe Juan.

—No fue así —se quejó Fulke, preguntándose con desazón y curiosidad cómo era posible que las noticias se esparcieran con tanta rapidez.

—Pues es una pena, entonces —repuso Marjorie con acritud—. Y parece que tú también recibiste unos buenos golpes.

—Yo...

—El príncipe le golpeó en la cara con un tablero de ajedrez —comentó el joven, con el placer de los que disfrutan haciéndose pasar por enterados.

Jean sonrió y cascó un huevo en el borde del cuenco.

—No hay necesidad de poner el oído en la puerta para escuchar rumores. Basta con venir aquí y sentarse durante una hora. Te enterarás de todo: qué esposa se acuesta con fulano o mengano, quién está bien visto, quién no; incluso te cuentan el color del pis que hizo el rey por la mañana. —Esquivó el golpe juguetón que le lanzó Marjorie—. Y encima comerás mejor que en la mesa real, aunque tengas que pelar huevos para que te agasajen.

—Le vendría bien al príncipe Juan pelar unos huevos —repuso Marjorie, asintiendo en dirección a Fulke—. Lo siento por tus heridas, pero me alegra que hayas tenido el coraje de responderle. Alguien debería haberle metido en la cabeza un poco de decencia mucho tiempo antes de que dejara a la niñera. Si no estoy equivocada, la reina Leonor parió a un hijo de más.

—Los rumores dicen que la reina Leonor piensa lo mismo —observó Jean—. Tenía cuarenta y cinco años cuando dio a luz y el rey Enrique se entretenía con una joven amante.

—¡Ay! No es de extrañar que el muchacho haya resultado una fruta podrida —masculló Marjorie—. Los padres en guerra, los hermanos en guerra. Es fácil creer la historia de que todos son hijos del diablo. —Se persignó.

—¿Qué historia es ésa? —preguntó Fulke.

Marjorie puso unas tablas frente a los jóvenes y les sirvió dos generosas porciones

de jabalí asado, con salsa picante que sacó de una de las cazuelas, agregando además una pequeña hogaza de pan para cada uno. Casi mareado por el hambre, Fulke no necesitó que le animaran a empuñar cuchillo y cuchara y comenzó el banquete sin importarle que el dolor le impidiera respirar y masticar al mismo tiempo.

Marjorie llevó un segundo cuenco con huevos a la mesa y se sentó a pelarlos.

—Hace mucho tiempo, uno de sus antepasados, el conde de Anjou, se enamoró de una hermosa mujer llamada Melusina. —Alzó la voz para que todos los que estaban a su alrededor pudieran oírla. Las canciones y los cuentos eran parte del trabajo en las cocinas. Ayudaban a pasar el tiempo y hacían que el esfuerzo fuera más placentero—. Ella tenía el pelo del color de la plata, como si estuviera hecho de luz de luna, y los ojos tan verdes y claros que un hombre podía bañarse en ellos, o ahogarse. El conde se casó con ella y tuvieron dos hijos, un niño y una niña, ambos tan hermosos como su madre. Todo iba bien, aunque su madre tenía reparos para entrar en la iglesia. Si lo hacía, nunca se quedaba a oír misa, y siempre se retiraba antes de que elevaran la hostia. Algunos de los compañeros del conde temían que su belleza y el control que ejercía sobre su señor fueran sobrenaturales, que la encantadora condesa estuviera haciendo uso de la magia negra. —Marjorie hizo una pausa dramática. Fulke eructó discretamente en medio del silencio general y luego se chupó los dedos. La mujer cascó un huevo en el borde del cuenco.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó el muchacho con voz nasal.

—Decidieron ponerla a prueba, obligándola a quedarse en la capilla durante la misa. Todas las puertas fueron bloqueadas y guardias armados se apostaron frente a ellas. Cuando llegó el momento de levantar la hostia, la dama intentó retirarse, pero como era de esperar, no pudo escapar. El sacerdote la roció con agua bendita, momento en el cual lanzó un alarido ultraterreno. Su capa se convirtió en las alas de un enorme murciélago y salió volando por la ventana para nunca más volver. Pero dejó detrás a sus niños, y ellos llevaban la sangre del demonio en las venas. El chico creció y se convirtió en conde de Anjou, sucediendo a su padre, y él fue el tatarabuelo de nuestro rey Enrique —subrayó su relato con un enérgico movimiento de cabeza.

—No creerás en eso, ¿no? —preguntó Fulke.

Marjorie juntó las cascacas de los huevos en el regazo de su delantal.

—Yo sólo sé lo que me contaron, y que no hay humo sin fuego.

—Hay una leyenda familiar que dice que mi abuelo se enfrentó a un gigante, pero es sólo un cuento que inventaron para entretener a mi padre cuando era pequeño.

—Ah, bueno, si tú lo dices. Pero no me convencerás a mí, joven. Tan sólo tienes que mirarlos para saber que son diferentes. Si no hay un demonio en el príncipe Juan, me comeré mi delantal, incluso con las cascacas de los huevos si es preciso.

Se dirigió hasta el cubo de la basura. Fulke engulló los últimos bocados de jabalí y de salsa, ayudándose con el pan.

Jean cogió su laúd y tanteó las cuerdas con los dedos.

—Es un buen tema para una buena balada —dijo—. «La bella Melusina». —Una

lluvia de notas, delicadas como hilos de luz de luna, salió de la caja de resonancia del instrumento.

Fulke observaba fascinado. Aunque disfrutaba con la música, en particular con las canciones de batalla y las sagas galesas, sus habilidades en tal arte eran escasas. Tocar el laúd estaba más allá de sus posibilidades. Había cambiado la voz recientemente, y aunque prometía ser profunda y sonora cuando alcanzara la madurez, su oído musical era tan burdo que sabía que su canto sonaría como el ladrido de un perro enjaulado.

—El laúd te abrirá puertas que permanecen cerradas a las botas y a la espada —contó Jean—. Los hombres te darán la bienvenida por la alegría y el entretenimiento que proporcionas, que les llegan al corazón. Pagarán tu cena. Los extraños te aceptarán con facilidad. Y a veces las mujeres dejarán que penetres en sus santuarios. —Enarcó las cejas sugerentemente al decir esto último.

Fulke se sonrojó levemente. Las mujeres y sus santuarios le inspiraban un tremendo interés a su cuerpo en rápido desarrollo, pero también suponían un gran misterio. Las de buena cuna eran custodiadas por carabinas y mantenidas a buen recaudo en sus hogares hasta que las casaban. Las jóvenes de inferior rango guardaban la distancia si eran decentes. Quienes no lo eran, ponían sus ojos en las camas reales, no en el humilde lecho de un ayuda de cámara. Las prostitutas de la corte preferían clientes con ingresos fijos y sustanciosos. Fulke no tenía ni idea de cómo internarse en los placeres de aquel mundo prohibido, y ninguna intención de hacer pública su ignorancia.

Jean se inclinó sobre el laúd. Tocó una melodía en pago por la cena que habían recibido. Su voz era clara y limpia, su tono agudo, pero firme como una campana, y se elevaba sobre los múltiples ruidos de platos y cacerolas, contando la historia de Melusina. Fulke escuchó extasiado, con admiración levemente teñida de envidia. Tenía un verdadero don y se reconoció a sí mismo que le gustaría poseerlo. Mientras su mente absorbía las notas y las palabras, estudiaba la reverencia, la delicadeza con la que Jean trataba a su laúd. La vista de los gráciles dedos del joven sobre las cuerdas le trajo a la memoria otra imagen: sus propias manos tratando con igual cuidado las cicatrices de la superficie de su escudo.

De pronto recordó algo, y todo el placer y el bienestar de la reunión desaparecieron. Mientras la voz de Jean acompañaba al laúd en la última nota de la canción, Fulke se puso de pie de golpe y se dirigió hacia la puerta.

Ignorando los fuertes aplausos y las demandas de más canciones, Jean hizo una rápida reverencia y corrió tras el joven a su cargo.

—¿A dónde vas? —preguntó, tirándole de la manga.

—Mi escudo. Lo dejé en la recámara de Juan.

—No puedes ir allí ahora. —La voz de Jean se alzaba incrédula—. Las cocinas son una cosa, pero ciertamente mi señor nos despellejaría si nos acercamos a las estancias de Juan.

—Es nuevo —argumentó, testarudo, Fulke—. Mi padre me lo regaló por mi cumpleaños.

—Por los clavos de Cristo, ¿acaso eres un niño para empeñarte en ir a buscarlo ahora? —Por primera vez la irritación asomaba al amistoso rostro de Jean—. Déjalo para mañana.

—No lo entiendes. Es una cuestión de honor.

—No seas tonto. Yo...

—Ven si quieres, o no vengas. Como prefieras —le interrumpió Fulke apasionadamente—, pero no me detendrás. —Salió hacia la tempestuosa noche. La llovizna se había convertido en nieve y la temperatura había descendido. Estaban rodeados de un torbellino blanco.

Jean dudó, y luego, con una maldición, alcanzó a Fulke.

—Juan estará cenando, seguramente, en el Salón Rufus, pero no es motivo para tentar a la suerte hasta este punto.

—No estoy tentando a la suerte —replicó Fulke con el mismo tono inobjetable—. Sólo deseo que lo mío esté a mi lado. —Avanzó decidido, dejando húmedas huellas sobre el campo blanco.

Murmurando maldiciones, Jean agachó la cabeza contra el viento y se apresuró a ponerse a su lado.

La puerta de los aposentos reales estaba cerrada y un soldado montaba guardia frente a ella. La luz titubeante de un candelabro cercano se reflejaba en su pechera y en su casco, convirtiendo en oro los anillos de hierro de la cota. También se reflejaba sobre la punta aguda de la lanza.

Observó a los jóvenes con una mirada seria.

—¿Qué hacéis aquí, muchachos?

Fulke tenía buena memoria para los rostros, y conocía a todos los guardias que custodiaban los aposentos. Los ladridos de aquel hombre, Roger, eran más fuertes que sus dentelladas.

—Me dejé el escudo. Me gustaría entrar a buscarlo, señor.

—Ya he oído lo que pasó antes. —El guardia examinó las heridas de la cara de Fulke—. Menos mal que no era yo quien estaba haciendo guardia —añadió amargamente—. El soldado a cargo será azotado por no hacer caso del incidente.

—No debió de oírlo, no estábamos cerca de la puerta —repuso Fulke—. Además, hubo follones durante toda la tarde.

—Bueno, alguien tiene que cargar con las culpas, ¿no? —Hizo un gesto con su lanza—. Vamos, marchaos antes de que haya más problemas.

Fulke se irguió. Con quince años ya tenía una considerable estatura, era más alto que muchos hombres adultos, y el guardia no era adversario para él.

—He venido a por mi escudo —repitió—. Una vez que lo tenga, me iré.

—Presta atención, yo no recibo órdenes de un desplumado como...

—Mi señor Walter nos envió a buscarlo —interrumpió Jean, dando un paso al

frente—. El señor FitzWarin está, por ahora, a su cargo.

—¿Lord Walter te envió? —preguntó el guardia, con aire sorprendido.

—Sí, señor. Como sabes, él es el responsable del entrenamiento de los nuevos caballeros designados para el servicio de lord Glanville. Quiere ver el escudo.

—Bueno, ¿por qué no lo dijiste antes? —Gruñó el guardia—. Abrió la puerta y le hizo un gesto a Jean para que entrara—. Tú no —espetó a Fulke—. Me costaría la vida, o algo más. Y no tengo ninguna intención de ser colgado por las mezquinas peleas de un muchachito.

Instantes después regresó Jean. Sostenía el escudo de una manera curiosa, de modo que el blasón mirara hacia dentro y lo único visible fueran el soporte de madera y las correas para el brazo.

—¿Satisfecho? —El guardia cerró la puerta y se plantó, firme, frente a ella, dejando claro que no volvería a franquearles el paso.

—Gracias, mi señor —dijo Jean, haciendo una reverencia y exagerando el saludo para apelar a la vanidad del guardia. Se alejó rápidamente.

Fulke se apresuró a alcanzarlo.

—¿Qué es lo que ocultas? —Hizo amago de agarrar el escudo—. Dámelo. —Con mucha renuencia, Jean se lo entregó.

—No tiene sentido que te enfades —dijo, poniendo una mano sobre el antebrazo de Fulke.

El muchacho observó en silencio el escudo que había limpiado con tanto cuidado esa tarde. El liso cuero había sido rajado repetidamente con la punta de un cuchillo, borrando por completo el blasón de los dientes de lobo. Tanta debió de ser la furia de quien usó el cuchillo que varios cortes profundos habían llegado hasta la madera.

La ira creció en Fulke como una enorme burbuja roja. Le latía detrás de los ojos. El odio amenazaba con cegarlos. El rencor se desbordaba al saber lo que Juan sentía por él. Destruir el blasón de un hombre no sólo era insultarlo a él, sino también a su familia y a toda su ascendencia.

—Sea lo que sea lo que estés pensando, recuerda que él no vale la pena —dijo Jean, posando la mirada alternativamente en la cara de Fulke y en el escudo—. Podemos hacer que uno de los talabarteros le ponga cuero nuevo y nadie podrá notar la diferencia.

—Pero yo sí —objetó Fulke, con la voz ahogada por la ira—. Esto lo cambia todo.

—Mira, tenemos que regresar a los aposentos de mi señor. Ya hemos arriesgado bastante con lo que hemos hecho.

Fulke le miró inexpresivamente durante un momento y, después, con un temblor contenido, procuró controlarse. Caminó rígidamente hacia el cercano salón, con el puño apretado contra los asideros de cuero del escudo. Allí se detuvo y fijó la mirada en un punto, como un sabueso que descubre a su presa. El rey Enrique hablaba con un grupo de oficiales y cortesanos. Y Juan estaba con él, un poco pálido, pero sin

mostrar ninguna otra señal de lo ocurrido. Su medio hermano mayor, Guillermo Longsword, se encontraba de pie a su lado, y también su prima, Aliñe de Warrenne.

—No hagas una tontería —murmuró Jean—. Lord Theobald no será piadoso con los despojos que queden de nosotros.

Fulke no pudo controlar su airado temblor. La fuerza de la rabia y el esfuerzo que le suponía controlarla hacía que se estremeciera hasta los huesos. «Lo mataré, juro que lo haré», masculló en voz baja.

Su mirada era como una lanza y Juan debía de haberla percibido, porque, de pronto, volvió la cabeza y sus ojos se enfrentaron como si estuvieran en el campo de batalla. Sin apartar la vista de Fulke, el príncipe siguió hablando con su padre, que estaba enfrascado en una conversación con Ranulf de Glanville.

Enrique se volvió con impaciencia y prestó oídos al murmullo de su hijo, y luego también él posó la vista en Fulke, que estaba en el otro extremo de la habitación.

—¡Cristo! —susurró Jean, mientras Enrique hacía un gesto con el dedo indicando a Fulke que se acercara.

El muchacho tragó saliva, pero más por el esfuerzo que le costaba contener la ira que por miedo a ir hacia el grupo real. Caminó rápidamente con la cabeza en alto y el escudo en el brazo, para mostrarle a Juan qué sabía lo que había hecho. Sólo cuando llegó frente al rey se arrodilló y agachó la cabeza, en señal de obediencia. La negra cabellera le cubría la frente.

—En pie —ordenó Enrique.

Fulke se puso de pie e inmediatamente sobrepasó con su altura al soberano, hombre bajo y de complexión fuerte. El pelo que alguna vez había sido rojo ahora tenía un color terroso, con mechaz plateadas. La postura de Enrique, que siempre parecía algo aplastado, parecía indicar que su reinado le suponía una gran carga.

—Tienes el porte de tu abuelo Diñan —comentó Enrique entornando levemente los ojos—. Y la misma tendencia a buscarte problemas, por lo que parece. ¿Qué tienes que decir en respuesta a la acusación de mi hijo de que has intentado matarle?

Los relatos sobre el abuelo materno de Fulke, Joscelin de Diñan de Lambourn, eran muchos y legendarios, y se contaban con orgullo. Fulke estaba demasiado lleno de ira e indignación como para no estar a la altura de su antepasado.

—Que su acusación es una mentira, señor, y que fue él quien lanzó el primer golpe. —Levantó una mano para señalar la nariz hinchada y los ojos amoratados.

Juan pasó del color ceniza al púrpura.

—Hiciste trampa y te pusiste insolente —gruñó.

—No he hecho trampa en toda mi vida —respondió Fulke con voz ronca, y puso su escudo frente a sí con tanta fuerza que obligó al sorprendido Guillermo Longsword a dar un paso atrás—. Mi príncipe habla de insolencia, pero ¿qué dice él del insulto que me ha inferido? —preguntó mostrando el escudo destrozado a Enrique y a los cortesanos.

—¡Has tratado de matarme! —Escupió Juan—. ¡Me empujaste contra la pared en

un ataque de ira! —Sus ojos recorrieron el círculo de nobles, buscando apoyo, y se posaron en los de Ranulf de Glanville—. ¡Lo viste con tus propios ojos, mi señor!

—Vi las consecuencias —repuso con calma De Glanville—. Y dudo que, cualquiera que haya sido la provocación, la intención de Fulke fuera matarte. Sería estúpido por su parte hacerlo, y aunque a veces es impulsivo y se enfada con facilidad, no es tonto.

Fulke miró agradecido a De Glanville.

—Le pegué en defensa propia —explicó, alzando los hombros—. Juan me había pegado en la cara con el tablero de ajedrez y yo tenía que impedir que volviera a hacerlo.

—Apestoso hijo de puta, eso no es...

—¡Mide tus palabras! —ordenó Enrique, volviéndose hacia Juan—. Lo cierto es que siempre buscas pelea por algún insulto imaginario. Si Fulke te hizo daño, sospecho que no es más que lo que mereces. Ven a mí en busca de justicia, no de favoritismo. —Se dirigió al regente—. Ranulf, asegúrate de que mi hijo reciba una lección de autodisciplina. Si la hebilla de un cinturón se ve involucrada, no me opondré.

De Glanville alzó una ceja, con aplomo incommovible.

—Sí, señor.

Juan palideció.

—Padre, no lo permitas. —Su voz fluctuaba entre la indignación y la súplica.

Enrique cogió a Juan por los hombros.

—Eres mi hijo menor —dijo con voz cansada—. Un día, muy pronto, se te entregarán tierras, pero ¿cómo puedo darte responsabilidades y autoridad cuando ni siquiera eres capaz de jugar una partida de ajedrez sin pelear?

Juan se apartó de su padre.

—Tal vez si tuviera las responsabilidades ahora, no me pelearía jugando al ajedrez —escupió, y lanzando a Fulke una mirada que prometía venganza, se alejó en dirección a sus aposentos.

Fulke miraba al suelo, avergonzado, esperando que el rey le ordenara irse, y que tal vez hiciese que lo azotaran. Se le había pasado la furia, le flaqueaban las piernas y era otra vez consciente del dolor que atormentaba su rostro.

Enrique tocó el escudo.

—Lleva esto a la armería a que lo reparen —dijo—. Los fondos personales de lord Juan cubrirán los gastos.

—Gracias, señor, pero preferiría pagar yo mismo los arreglos.

Enrique jugueteó con los dedos en la barba.

—Procura que el orgullo no te derribe, Fulke FitzWarin —aconsejó quedamente—. Cuando lo es todo, también puede convertirse en el fin de todo.

Fulke hizo una reverencia y Enrique siguió su camino. Guillermo Longsword se quedó para hablar con el muchacho, dedicándole una mirada de simpatía, puesto que

él también había sido destinatario, con frecuencia, del imprevisible y desaforado humor de Juan.

—Pensé que lord Walter tendría mejor criterio que dejarte deambular por los alrededores de los aposentos reales —apuntó con agudeza.

—Lo tuvo, señor, pero yo debía venir a buscar mi escudo.

De Glanville le miró, receloso.

—¿Sabe que estás aquí?

—Se fue a la abadía —respondió Fulke, humedeciéndose los labios—. Con el archidiácono de York.

—Ya veo. En ese caso, mejor será que esté de un humor compasivo cuando regrese. —El regente hizo un gesto de fastidio en señal de despedida.

—Señor. —Fulke hizo una reverencia y se aprestó a marcharse.

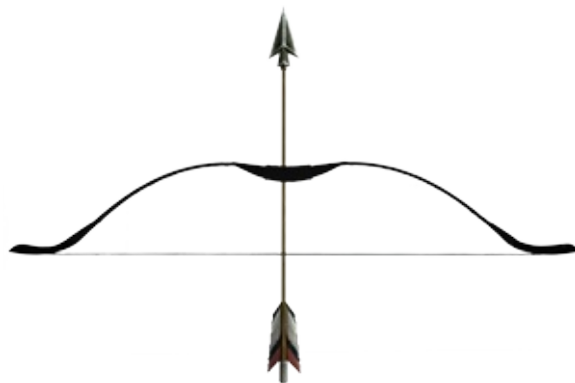
—Un consejo, FitzWarin.

—¿Señor? —El muchacho se detuvo, dándose la vuelta.

—El rey tenía razón al advertirte sobre tu orgullo. Si yo estuviera en tu lugar, tendría mucho cuidado. El príncipe Juan te tendrá ganas por el incidente de hoy, y tiene muy buena memoria.

Fulke alzó el arruinado escudo de modo que protegiera su cuerpo desde el hombro hasta la pantorrilla.

—También yo, señor —murmuró.



CAPÍTULO 3

Señorío de Lambourn, enero de 1185

Hawise FitzWarin abrió sus cansados ojos por la mañana, o al menos pensaba que era por la mañana por los ruidos que se filtraban desde el cuarto adyacente a través de las cortinas de su lecho. En invierno era difícil distinguir la noche del día, con todas las celosías cerradas para protegerse del mal tiempo.

El agudo dolor que sentía detrás de los ojos y la sequedad que tenía en la boca eran un castigo por haber celebrado con demasiado entusiasmo la noche de Reyes. Habían abierto un barril del mejor vino, y el baile les había dado mucha sed.

«Yo soy lo único más fuerte que este vino», le había susurrado su marido al oído cuando pasó junto a ella en la agitada danza. Él también estaba alegre por el vino, aunque de ningún modo cerca de perder el control.

«Demuéstralo», le había dicho desafiante, con el aliento repentinamente entrecortado y la entrepierna húmeda, como si el vino que había bebido se acumulara allí.

Y lo demostró. Hawise no había bebido tanto como para no recordar el ardor de la boca de su marido sobre los pechos, la juguetona punta de su lengua, o su cuerpo masculino sumiendo al suyo en una disolución gloriosa.

Así ocurría siempre entre ellos, y Hawise se lo agradecía a Dios en sus plegarias. Los matrimonios se hacían por alianzas interesadas, por tierras, riquezas e influencias, nunca por amor. Afortunadamente, a su padre le había gustado Fulke Le Brun lo suficiente como para aceptar que la cortejara, reconociendo a un espíritu afín en el joven caballero de negros cabellos que pretendía a su hija.

Ahora yacía sobre su cabeza. Mordiéndose el labio inferior, Hawise retiró delicadamente la cabellera de su hombro. Él gruñó y se dio media vuelta, volviendo a atraparla. Dormido era como un brasero y su calor contrastaba agradablemente con el

aire frío que le azotaba el hombro expuesto.

—¿No están despiertos todavía? —preguntó la impaciente voz de un niño.

—Ssshhh, no, amo Ivo. Sabes que no puedes molestar a mamá y a papá cuando las cortinas de la cama están corridas.

Era la voz admonitoria de Peronelle, la mayor de las sirvientas de Hawise.

—Pero tengo que hablar con ellos. Tengo algo importante que decirles.

—Más tarde —repuso la sirvienta con firmeza.

En los labios de Hawise se dibujó una franca sonrisa. Las cortinas corridas de aquella cama creaban un espacio sagrado que a nadie en la casa se le permitía cruzar. Esta regla se había instituido al día siguiente a la noche de bodas, cuando la sábana ensangrentada se mostró a los invitados como prueba de la virginidad de Hawise y de la habilidad de Le Brun para poseerla. Desde entonces, el amo había insistido en que lo que sucediera detrás de las cortinas corridas, ya fuera sueño, conversación o cópula, era asunto entre marido y mujer, y no tema de interés público, aun cuando el público fueran sus propios hijos.

—Pero están despiertos, acabo de escuchar la voz de papá.

—Dios —murmuró Le Brun contra el cuello de su esposa. Se dio la vuelta hasta quedar boca arriba.

Hawise se sentó. Las sienas le latían levemente. Buscó en la colcha hasta que encontró su camisón, descuidadamente retirado la noche anterior, y porfió, con torpeza, para ponérselo. Cuando lo consiguió abrió las cortinas.

La luz de las velas iluminaba el tibio cuarto con un apagado tono dorado. Por el ceniciento brillo de los carbones en los braseros, Hawise podía inferir que llevaban encendidos por lo menos una hora. Así que debía de ser bien entrada la mañana. Se había perdido la misa.

Ivo y Peronelle discutían, cerca del perchero, ambos con las manos en jarras y los rostros obstinados.

—¡Ahí están! —gritó Ivo, señalándolos triunfante—. ¡Están despiertos, te lo dije! Peronelle se volvió hacia la cama.

—Porque los has molestado —repuso irritada, mientras hacía una reverencia—. Buenos días, señora.

Hawise murmuró algo a la sirvienta y se apartó el cabello de los ojos. La luz de las velas se reflejaba en sus rizados mechones, que tenían tonos rojizos. Detrás de las cortinas del lecho escuchó los apagados ruidos que hacía Le Brun al darse la vuelta.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar? —preguntó a su cuarto hijo, mientras tomaba, agradecida, la copa de vino aguado que le acercaba Peronelle.

Ivo saltaba con uno y otro pie. No era casual que su padre lo hubiera apodado «pulga».

—Fulke está aquí —anunció, con una gran sonrisa cubriendo su pecosa cara.

Hawise casi se ahogó con la bebida.

—¿Qué?

—Fui a los establos a ver a *Cometa* y llegaba en ese momento con su caballo. Trajo a un amigo que se llama Jean y que tiene un laúd. Están en la sala, saciando su hambre.

Hawise miró fijamente a su hijo mientras varios pensamientos le galopaban en la dolorida cabeza. Sabía que la corte estaba pasando las navidades en Windsor, que quedaba a menos de dos días de viaje, pero no imaginaba que Fulke pudiera hacerles una visita. El rey Enrique era famoso por no quedarse en el mismo lugar más que unas pocas noches, y las obligaciones de un caballero eran numerosas. De hecho, le había enviado una nueva capa y una caja de dulces de miel, previendo que no se verían antes de la fiesta de la Candelaria, el 2 de febrero.

—¿Qué estará haciendo aquí? —se preguntó en voz alta.

—¿Por qué no se lo preguntas? —El marido emergió de las cortinas del lecho y, rascándose la barba, se acercó a la letrina.

—Dice que tiene noticias. —Ivo hizo el pino y se cayó.

—Estoy seguro de ello —aseguró Le Brun mientras orinaba—. La cuestión es qué noticias trae.

—Por eso he venido a buscarte. —Ivo volvió a hacer el pino—. No quiere contar nada hasta que tú bajes.

—Cuidado con el brasero —regañó Hawise a Ivo cuando éste se acercó peligrosamente al soporte de hierro incandescente. Bebió el resto del vino aguado y se dirigió al perchero—. Es igual que tú —le dijo a Le Brun—. Jamás escribe, y aparece de repente como por arte de magia. —Elegió un vestido de lana de color verde, con un dobladillo naranja.

Le Brun se dio la vuelta con ojos risueños.

—¿Y hay que suponer que tu naturaleza obstinada no tiene nada que ver con esa manera de comportarse?

Hawise se sonó la nariz y levantó el brazo para que Peronelle pudiera ajustarle las cintas del vestido en el costado.

—¿No dice la Iglesia que es el hombre quien planta la semilla y que la mujer es apenas la vasija?

—Ah, bueno, sí, pero el vino adquiere el sabor del barril en el que madura.

Hawise hizo un mohín gracioso e Ivo se rio. Lo envió a que anunciara su pronta presencia, se recogió el pelo con una redecilla de seda y lo cubrió con un velo y una tiara.

Entretanto, Le Brun se había puesto sus ropas. Ajustándose el cinturón, se dirigió hacia la puerta y la abrió, dejando paso a Hawise.

—Veamos qué es lo que ha hecho este miserable muchacho —dijo.

—Le regalaste un escudo de hombre para su cumpleaños —le recordó Hawise, poniendo una mano sobre su brazo—. Recuerda que es casi un adulto. Ha estado lejos de nosotros diez meses y la corte lo habrá cambiado.

Le Brun dejó escapar un gruñido.

—Sigue siendo mi hijo, ¿no?

—Exactamente —repuso Hawise, y avanzó hacia la sala.

Fulke estaba sentado en un banco, cerca del fuego, con sus largas piernas tendidas hacia el foco de calor, y su nueva capa todavía prendida sobre los hombros. Sentado junto a él se encontraba un apuesto joven, cuyo oscuro pelo, ojos marrones y complexión bronceada llamaron la atención del matrimonio. Como había dicho Ivo, tenía un laúd. Sin embargo, tras una breve mirada, no fue al invitado a quien Hawise prestó atención, sino a su hijo mayor. Estaba sorprendida.

Las cambiantes facciones de la infancia habían desaparecido para descubrir un rostro aguileño que le recordó tanto al de su padre que casi le quitó el aliento. Todo lo que quedaba de los rasgos de los FitzWarin eran la pesada y negra cabellera y las pobladas cejas. El resto era todo de los Diñan, hasta la nariz, que gracias a las cicatrices parecía la de su abuelo paterno.

—Mamá. —Flexionó las piernas y se puso de pie.

—¡Jesús! ¿Qué has estado haciendo? —gritó Hawise, abrazándolo. Había vuelto a crecer. Ella era alta para ser mujer, pero la coronilla sólo alcanzaba su clavícula. Haciéndole inclinar la cabeza, le besó con afecto en cada mejilla y luego pasó un dedo por la ya vieja herida de la nariz.

—¿Cómo te has hecho esto?

—Es lo que he venido a contarte. —Se apartó de ella para abrazar a su padre—. Hemos dejado la corte para estar aquí dos días.

La referencia al nosotros le recordó a Hawise sus obligaciones como anfitriona y se volvió hacia el compañero de Fulke, que también se había puesto de pie. Le pareció algo mayor que su hijo, quizás tenía diecisiete o dieciocho años. No era tan alto, y su complexión era delgada.

—Jean de Rampaigne, ayuda de cámara de lord Theobald Walter —dijo antes de que pudieran preguntarle, haciendo una reverencia y tomando la mano de la señora con modales impecables.

—Eres bienvenido —respondió cálidamente Hawise—. Es una pena que no hayáis estado aquí para las celebraciones de Navidad. —Hizo un gesto señalando la sala en la que los sirvientes estaban desarmando los adornos hechos con ramas de pino, y donde una lavandera recogía manteles y servilletas.

—¿Por qué iban a venir aquí a celebrar la Navidad cuando podían divertirse en la corte? —preguntó su esposo, medio en broma, medio en serio—. Recuerdo que, a su edad, yo me tomé mis libertades. —Saludó a Jean de Rampaigne con un firme apretón de manos.

—No nos dejaron salir hasta la noche pasada, papá. —Fulke se sentó en el banco, y después, como un perro inquieto, volvió a ponerse de pie y empezó a dar vueltas, nervioso. Alzó una mano para apartar los pesados cabellos de su frente, en un gesto tan similar al de su padre que otra vez Hawise sintió un escalofrío.

—Tengo tanto que contaros que no sé por dónde empezar.

—El principio suele ser un buen comienzo —apuntó Le Brun—. Y si va a ser una larga historia, bien podríamos saciar nuestro apetito al mismo tiempo. —Señaló la mesa en la que el pan, el queso y la cerveza estaban siendo colocados sobre un limpio mantel de lino.

El joven asintió.

—Puede que sea lo mejor —comentó pensativo.



Fulke notó que la expresión de su padre se endurecía a medida que le relataba el incidente con el tablero de ajedrez. Nerviosamente, hizo migas de una pequeña hogaza de pan.

—No pude hacer otra cosa —aseguró.

—Sí, podías haber hecho otra cosa —respondió con seriedad Le Brun—. Podías haber conseguido que no ocurriera.

—Pero pensaba que querías que yo tuviera un lugar en la corte, más que nada por Whittington.

—¿Por quién me tomas? —El padre apartó su plato y volvió a llenar la copa con rostro serio—. Por supuesto que quiero Whittington, pero con justicia y honor. No voy a arrastrarme por su posesión, y tampoco lo harán mis hijos. —Recorrió la mesa con la mirada, abarcando a sus cinco hijos, que escuchaban atentamente—. Ciertamente, más me hubiera enfadado si llegas a permitir que saliera con la suya.

Fulke parecía confundido.

—No sabía cómo te tomarías la noticia.

Le Brun suspiró.

—Tal vez puse una carga demasiado grande sobre tus hombros. Whittington es mi responsabilidad. No será tuya hasta que yo muera y, Dios mediante, eso no sucederá hasta que seas un hombre maduro y esté nuevamente en nuestro poder. —Alzó la copa y bebió.

Fulke sonrió, obediente. No quería pensar en la muerte de su padre. A diferencia de los hijos del rey Enrique, no tenía deseo alguno de arrebatar las riendas del gobierno a la generación anterior. Su tiempo llegaría cuando fuera más mayor.

Le Brun dejó la copa y se secó los labios.

—Sigues en la corte, ¿puedo suponer, entonces, que ha pasado la tormenta?

—En cierto modo. —Fulke hizo un gesto con la mano—. Ya no soy uno de los ayudantes personales del príncipe Juan, pero todavía recibo lecciones junto a él. —Miró a Jean, que había permanecido en silencio atendiendo a su comida sin tomar parte en la conversación—. Ahora estoy al servicio de lord Theobald Walter. Es el sobrino de Ranulf de Glanville y tutor de armas personal del príncipe Juan.

—Conozco a Theobald Walter y su linaje —dijo el padre—, aunque no estaba al tanto de que se hubiera convertido en tutor real. Supongo que es por influencia de

Ranulf. Está en posición de hacerle grandes favores a sus parientes. No es que esté sugiriendo que Theobald Walter sea indigno de su puesto —agregó cuando Jean levantó la vista de la comida—. Es un hábil espadachín y un hombre inteligente, pero hacer carrera es con frecuencia cuestión de buenos contactos y oportunidades venturosas. —Se volvió a Fulke—. ¿A instancias de quién cambiaste de puesto?

—Lord Theobald pensó que sería una buena idea —respondió Fulke—. Y el resto opinó lo mismo. —Tensó la mandíbula, presintiendo la llegada de una tormenta.

Su padre emitió un gruñido.

—Aunque a nadie le pareció prudente informarme o pedir mi opinión sobre el futuro de mi hijo.

—Han pasado sólo unas pocas semanas desde que sucedió. Te hubiera escrito, pero se presentó la oportunidad de venir y decírtelo cara a cara. —Fulke sostuvo la mirada de su padre—. Tomé la decisión de sumarme a lord Walter por propia voluntad.

—¿En serio? —Le Brun entornó los ojos—. ¿Y qué es lo que sabe un hombrecito de quince años sobre el mundo?

—Más de lo que sabía un mes antes —contestó Fulke, resistiéndose a apartar la vista, aunque tenía una creciente sensación de vacío en la boca del estómago. Sabía que se arriesgaba a recibir una paliza. La palabra de su padre siempre había sido la ley, y él jamás la había desafiado, porque así era como funcionaban las cosas. Honor y obediencia—. Y sé lo suficiente para darme cuenta de que ganó más sirviendo a lord Walter que permaneciendo como ayuda de cámara del príncipe Juan.

La madre tocó el brazo de Le Brun y se inclinó para murmurar algo a su oído. Fulke creyó oír palabras como «escudo» y «hombría».

Por un momento, la expresión del padre permaneció seria, pero, gradualmente, las líneas entre su nariz y su boca se hicieron menos pronunciadas y un destello de buen humor iluminó los ojos pardos.

—Si lord Walter te ha elegido y tú has estado de acuerdo en que sea tu mentor, entonces supongo que tengo que ceder a tu juicio. Al fin y al cabo, el mío fue errado al buscarte un hueco entre los escuderos de Juan.

—Lord Walter es un buen amo, señor —aseguró Jean—. Es estricto, pero justo. El rey lo eligió entre otros para ser el tutor de armas del príncipe Juan, y es además sobrino del regente.

—No estoy tan viejo ni soy tan estúpido como para no estar al tanto de esas cuestiones —repuso Le Brun, mostrando en sus ojos buen humor todavía, pero con un tono de advertencia en la voz.

—No, señor —admitió Jean bajando la vista—. Sólo quería que estuviera seguro de que Fulke no tendrá motivo alguno para lamentar su cambio de servicio.

—Eso está por ver. —El hombre se cruzó de brazos—. Dime: ¿morirías por tu lord?

—No, señor —respondió Jean sin dudar.

—¿No? —Las cejas de Le Brun se alzaron hasta desaparecer bajo sus cabellos.

—Él no lo permitiría. Antes se interpondría entre la espada que me ataque y mi cuerpo.

El padre de Fulke emitió un gruñido de satisfacción ante la hábil respuesta. Volvió a dirigirse a su hijo.

—Parece que al final tengo incluso que dar gracias a Dios por tu cambio de destino en la corte.

Fulke enrojeció al captar el tono de sarcasmo.

—Estoy satisfecho por haberme unido a su entorno, padre, pero es sólo una de las razones por las que me dieron permiso para venir a visitarte; y ni siquiera es la razón principal.

—¿De veras? —Le Brun hizo una señal a su ayudante, Baldwin, para que le llenara la copa.

Fulke carraspeó.

—En cuanto amainen las tormentas de invierno, partiremos hacia Irlanda.

—¡Irlanda! —La madre le miró consternada—. ¿Por qué? ¿Para qué?

—El rey Enrique le ha dado a Juan su dominio —explicó Fulke—. Va a tomar juramento de lealtad a los jefes de clan irlandeses y a los colonos normandos. —Sabía lo que todos pensaban de Irlanda, que era un lugar atrasado situado más allá de una peligrosa extensión de aguas oscuras y frías. Siempre llovía y el terreno estaba empantanado y repleto de belicosos guerreros de piernas desnudas, menos civilizados que los animales. Estaban regidos por un grupo de colonos normandos, apenas mejores que los salvajes a los que se suponía que gobernaban.

—Era ahí o a Tierra Santa —contó Jean—. Le han ofrecido a Enrique el trono de Jerusalén, porque su rey se está pudriendo por la lepra y necesitan con desesperación un nuevo soberano. No aceptó, pero el príncipe Juan parecía un perro que ve un hueso no muy lejos de su alcance, sobre la tabla del carnicero.

—¡Juan, rey de Jerusalén! —Fulke Le Brun se atragantó al pensar en semejante idea, y Hawise tuvo que darle una palmada en la espalda.

—Enrique dijo que era demasiado joven e inexperto para esa responsabilidad, pero que, si quería probar el mando, podía practicar con Irlanda.

—Así que viaja para ser rey, y le están haciendo una corona con oro y plumas de cuervo —dijo Fulke, sin mostrar emoción alguna—. Lord Walter formará parte de su comitiva.

Fulke Le Brun tomó un largo trago de vino y se secó los ojos.

—Dudo que el príncipe Juan esté capacitado para ser rey de ningún lugar —gruñó—, pero será una buena experiencia para ti.

—¿Entonces lo apruebas?

—Lo apruebo. Los galeses y los irlandeses tienen mucho en común. Sus tierras son impenetrables a los grandes ejércitos; sus riquezas tienen pezuñas y cuernos; y su lealtad está concentrada en capitanes y señores menores. Si vas a heredar y explotar

los terrenos de nuestras fronteras cuando seas mayor, el conocimiento de Irlanda te será de provecho.

—¿Por qué tiene que ir a Irlanda para aprender cosas sobre los galeses? — protestó Hawise.

Le Brun cogió con dulzura la mano de su mujer y se la apretó.

—Porque, como tú me dijiste, todos los halcones dejan el nido. Si no pueden probar la fuerza de sus alas, ¿cómo serán capaces de elevarse al cielo y atrapar sus presas?

Hawise bajó la vista, miró su plato y partió un panecillo en dos, pero no hizo esfuerzo alguno por comerlo.

—¿No quieres que Fulke vaya a Irlanda, mamá? —preguntó William, el segundo de sus hijos. Tenía trece años y ni el tacto ni el entendimiento eran rasgos principales de su personalidad.

Hawise guardó silencio un momento. Después, levantando la cabeza, miró directamente a Fulke y le dedicó una pálida sonrisa.

—Por supuesto que tiene que ir —afirmó—. Su padre tiene razón.

Fulke miró a su madre con curiosidad. La respuesta había sido, en el fondo, una evasiva. Era evidente que no quería que fuera a Irlanda.

—¿Mamá? ¿Qué ocurre?

—Necesitarás más túnicas de abrigo antes de partir —musitó con voz desmayada—. Te tomaré medidas más tarde. Has crecido por lo menos un dedo desde que te hice la que estás usando. —El tono de su voz se acercaba cada vez más al sollozo. Excusándose, se retiró de la mesa.

Fulke miró a su padre en busca de una explicación, pero Le Brun abrió las manos y sacudió la cabeza.

—No me pidas que te explique lo que le ronda en la cabeza a una mujer —le dijo—. Me rogó que te tratara con mesura por el bien de tu orgullo, ahora que eres casi un hombre crecido; pero llora ante la idea de que tienes que recorrer mundo.

—No lloró cuando me fui a la corte —comentó Fulke.

—Delante de ti, no, pero derramó unas cuantas lágrimas en privado. —Le Brun se quedó pensativo—. Creo que el hijo primogénito y el más pequeño son los más difíciles de echar del nido. Además, la corte real puede parecer un lugar peligroso, pero es diez veces más segura que un país salvaje al otro lado del mar.

—¿Debo ir a verla? —preguntó Fulke, preparándose para hacerlo, pero sin disfrutar particularmente con la idea. Siempre había considerado a su madre más fuerte que el acero, jamás había pensado en ella como en alguien que pudiera tener miedo. La mujer le había infundido confianza para no temer nuevos desafíos, de modo que siempre había pensado que ella era invulnerable. Además de asegurarle que nada le sucedería, no sabía qué decirle. Habida cuenta del incidente del tablero de ajedrez con el príncipe Juan, dudaba que su modo de argumentar fuera demasiado convincente.

—No, déjala un rato, hasta que recupere la compostura —opinó su padre para alivio de Fulke—. Tendrás tiempo suficiente de hablar con ella cuando te tome medidas para la nueva túnica.

—Yo también voy a tener una nueva túnica —anunció casi a voces William—. Y también voy a ser caballero.

Agradecido por la distracción, Fulke se volvió a su hermano.

—¿En dónde? —Por lo que recordaba, William siempre había querido ser caballero, usar cota de malla y llevar una espada en la cintura. No era el sueño de un niño, sino una pasión única, obsesiva, casi adulta por su determinación.

—En Caus, con Robert Corbet —explicó su hermano, levantando la cabeza con orgullo—. Y también voy a tener un potro nuevo. Fulke emitió una exclamación para subrayar su interés. Robert Corbet era un vecino, un lord de cierta influencia en las Marcas. De hecho, era el señor feudal de varias comarcas. Suya era una de las residencias más grandes de Alberbury. Los Corbet tenían fuertes lazos con la línea real de Gwynedd. Aunque no tuviera el brillo de la corte de Enrique, William obtendría allí una sólida educación.

—Yo también partiré —anunció Philip, de once años, sin querer quedarse atrás. Era algo más callado que William e Ivo, más pensativo y menos dado a dejarse llevar por las emociones del momento. También era el único de los hermanos que tenía el pelo cobrizo de los Diñan. El de todos los demás era de color negro azabache.

—¿De verdad? —preguntó Fulke alzando las cejas y sonriendo.

—¡Yo también, yo también! —gritó el pequeño Alain, sin saber de qué se discutía, pero queriendo asegurarse de que no se quedaba al margen.

—No seas tonto, tienes sólo cuatro años —le recriminó Ivo—. Te quedarás en el jardín con mamá y las mujeres. Lo mismo que Richard. —Sacudió la cabeza en dirección a otro niño pequeño, que había engullido un pantagruélico desayuno y continuaba llenándose la boca en silencio.

Evitando con pericia la tormenta, Fulke se puso de pie y cogió al pequeño Alain en brazos.

—Todo se andará, pero no hoy —replicó—. ¿Quién quiere venir a practicar con la espada al jardín?

El griterío fue unánime. Fulke Le Brun sonrió ampliamente.

—Iré a buscar mi espada —dijo.



—Tu padre dice que tu manejo de la espada ha mejorado tanto que es irreconocible —dijo Hawise. Hizo girar a Fulke de cara a la ventana y le midió desde la nuca hasta la rodilla con una cuerda de algodón en la que hizo nudos para marcar las longitudes.

—Lord Theobald es un buen tutor. —El muchacho miró por las celosías abiertas la cruda tarde de enero. William mandaba a sus hermanos en un pretendido ataque

contra la empalizada, y regañaba al menor por no mantener el paso. Un montículo de desechos, defendido por los ayudantes de su padre, Baldwin y Stephen, era el blanco del asalto.

La práctica con armas de esa mañana había excitado a William hasta casi hacerle perder la cabeza. Era como si creyera que, cuanto más duro luchara, antes pasaría el tiempo que faltaba para adquirir su título de caballero, si es que antes no moría en el intento. Lord Theobald aseguraba que la verdadera habilidad en la lucha, la superior, era una mezcla de instinto e inteligencia. Un buen jefe era el que siempre estaba un paso por delante de su oponente.

—Estira el brazo.

Obediente, lo estiró y su madre se lo midió desde la axila hasta el puño.

—No me pasará nada en Irlanda —dijo—. Lord Theobald no va a poner en situación de riesgo a sus ayudantes.

Hawise hizo un nudo en la soga.

—Si tú confías en lord Walter, yo también.

—Entonces, ¿qué pasa, mamá? ¿Por qué no quieres que vaya?

Hawise tomó otra medida de la axila hasta la rodilla. Luego, dando un paso atrás, suspiró.

—Me he esforzado para no retenerte ni a ti ni a tus hermanos, ni de palabra ni de hecho. Con el corazón en la boca, te alenté para que montaras a pelo a caballo, para que treparas a lo más alto de la muralla o hicieras volar un halcón que podía arrancarte los ojos con un golpe de sus garras. —Se volvió para guardar la cinta llena de nudos en la cesta de costura—. He ocultado mi miedo porque es mío, no vuestro, y nunca quise contagiároslo.

—¿Y tienes miedo de Irlanda? —preguntó Fulke, confundido.

—No —negó moviendo la cabeza con algo de impaciencia—. He oído que es un lugar inhóspito en donde llueve todo el tiempo y los habitantes son salvajes medio herejes; pero en esos aspectos difiere poco de ciertos lugares de Gales.

—¿Entonces?

Su madre se mordió el labio.

—Cuando era pequeña, tuvimos que cruzar un río en una balsa, pero a mitad del cruce volcó y yo casi me ahogué. Era invierno, el agua estaba helada y las ropas me arrastraban hacia el fondo. Cuando mi padre me rescató, estaba medio muerta. —Su voz se quebró—. Desde entonces siempre he tenido miedo a cruzar las aguas. Pienso en el río que casi me ahogó, en cómo me moría aun pudiendo ver la tierra firme al otro lado. —Tragó saliva y apretó los labios, luchando por controlarse—. Cuando me imagino el océano que deberás cruzar, mi corazón no puede evitar la agonía.

—No temo cruzar las aguas, mamá. He viajado por el gran río Támesis con frecuencia en estos últimos meses, sin problemas, y además sé nadar. —Le ocultó que, además, en más de una ocasión había tomado parte en juegos de batallas navales, enfrentamientos de barcas en los que una persona, sosteniendo una lanza de madera,

intentaba lanzar a su oponente al agua. Tampoco mencionó a su madre el excitante, pero más peligroso, deporte de saltar desde los arcos del puente de Londres durante la marea alta. A su madre no le dolería si lo ignoraba.

Hawise se quitó del cuello un pequeño relicario en forma de cruz, y se lo entregó con manos temblorosas.

—¿Te lo pondrás cuando te vayas? Contiene un mechón del cabello de San Elmo, y protege contra los naufragios.

—Por supuesto, mamá. —Fulke besó la cruz y se la colocó alrededor del cuello, dentro de la túnica.

Hawise se esforzó en sonreír.

—Tal vez ahora pueda dormir un poquito más tranquila. Me gustaría tener algo para darle ajean.

—Ah, él lleva un amuleto de San Cristóbal en la gorra, y todavía no he visto que salga malparado de ningún trance, por malo que sea —dijo Fulke alegremente en un intento de levantarle el ánimo. Se sintió más que aliviado cuando escuchó pasos en el pasillo, y un William sin aliento entró a la carrera en la habitación.

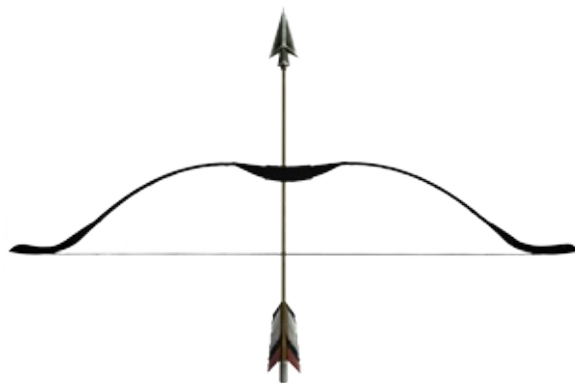
—¿Todavía te están midiendo o vas a venir con nosotros a preparar las emboscadas? —Su rostro estaba enrojecido por el esfuerzo y el placer de jugar—. Jean dice que él hará de Roger de Powys. Usamos el muladar como si fuera Whittington.

—Ya he terminado por ahora —dijo rápidamente Hawise, y le dio a Fulke un suave empujón—. No podrás probarte la túnica hasta esta noche.

Fulke no necesitó más aliciente. El niño que aún había en él pedía a gritos estar con sus hermanos, y también lo necesitaba el hombre incipiente. Debía eliminar las tensiones con un poco de vigoroso ejercicio.



Hawise se dirigió hacia la ventana y observó cómo Fulke salía a la tarde invernal. El viento agitó su oscuro pelo. Vio que los otros muchachos gritaban a su alrededor, sobre todo William, que lo miraba con rendida admiración; vio cómo los organizaba, incluyendo a los más pequeños. Siempre había estado dotado de esa habilidad, pero la vida en la corte le había profundizado y pulido, cambiándolo en el proceso. Si Whittington había de volver a sus manos un día, él era su mejor esperanza. Se tocó la garganta, en busca del colgante que ya no estaba allí. Con un suspiro de irritación, se dio media vuelta abruptamente, alejándose de la ventana y acercándose al montón de telas que esperaba en su mesa de costura. Las preocupaciones sólo le traerían más preocupaciones. Con seis hijos, tenía motivos de sobra para saberlo.



CAPÍTULO 4

EL mar de Irlanda era de un verde frío y profundo, moteado de crestas de blanca espuma que se rompían y salpicaban los inmensos valles de agua que se abrían entre las olas. Un fuerte viento del este tensaba las velas de las embarcaciones, que subían y volvían a caer por las olas, con las proas orientadas hacia la costa irlandesa y el puerto de Waterford.

El estómago de Fulke protestaba permanentemente mientras el navío se precipitaba hacia el fondo y volvía a subir por la empinada cuesta de la siguiente ola. Él era afortunado, pues sus náuseas apenas eran una molestia. Sólo había enfermado una vez al comienzo de la travesía. Lord Theobald, Jean de Rampaigne y los demás miembros de la comitiva de Juan estaban incapacitados, bajo cubierta; todos verdes como el queso fermentado y vomitando igual que mujeres embarazadas. Aparte de la tripulación y de un archidiácono gales, Fulke era el único que seguía en pie, y él prefería el descontrol de cubierta a los quejidos y el hedor de abajo.

El tamaño de las olas volvía a Fulke levemente aprensivo; bastaría un desliz del casco o una ola un poco más grande que el resto para enviar a la embarcación al fondo del mar de Irlanda. Podía entender perfectamente el terror de su madre, e incluso sentir un eco del mismo en los quejidos de sus tripas. En su arrogancia, había pensado que los juegos en el río Támesis eran preparación suficiente, pero las aguas agitadas del Támesis eran como una caricia en comparación con las sacudidas del mar de Hibernia. Se tocó la cruz en el pecho y murmuró una plegaria a San Elmo en busca de confianza.

El archidiácono gales se acercó tambaleándose, con las manos apretando el hábito contra su cuerpo. Era un hombre pequeño, de mediana edad, con pelo terroso, tonsurado, y una cara redonda cuyas agradables facciones quedaban desfiguradas por su aire petulante.

—Si no tienen estómago ahora, más les valdría dar la vuelta y marcharse a casa —dijo con desprecio—. La cosa no va a mejorar.

Cuando estaba de servicio en Milford Haven, antes de embarcarse, Fulke había ayudado al archidiácono en la mesa de lord Theobald. Era Gerald de Barry de Manorbier, y los acompañaba en la aventura porque era uno de los pocos hombres familiarizados con los irlandeses y sus costumbres. Dondequiera que fuese, llevaba consigo una caja que contenía páginas de madera encerada. La única razón por la que no escribía ácidos comentarios chismosos en ese momento, como hacía constantemente, era porque el mar estaba demasiado agitado para poder controlar el buril.

—¿Quieres decir que el clima ha de empeorar? —Fulke miró ansioso las escurridizas nubes blancas y grises, y luego la siguiente muralla de agua marina que amenazaba al barco.

—Puede que sea así; sólo Dios lo sabe. Este mar es tan contradictorio como los mismos irlandeses. —Un malicioso placer asomó a los ojos saltones del archidiácono—. ¿Por qué lo preguntas, muchacho? ¿Es que tienes miedo?

Fulke apretó la pequeña cruz.

—Tengo fe en Dios —dijo, renuente a admitir sus dudas ante el pequeño y ácido clérigo.

—Es muy adecuada, y has de necesitarla. El rey Enrique manda a un niño malcriado a hacer el trabajo de un hombre. —Gerald hizo un gesto de enojo—. No dudo que correrá sangre en proporción directa a la cantidad de vino consumido.

Fulke no dijo nada. Con toda probabilidad, Gerald tenía razón. El estado de embriaguez de Juan y sus compañeros más cercanos cuando subieron a la nave en Milford no auguraba nada bueno.

—Ni creo que esos barriles de plata que cargamos llegarán alguna vez a las tropas a las que se supone que han de pagar —continuó Gerald, sacudiendo su índice como un profeta del Antiguo Testamento—. Recuerda lo que digo, será un viaje tormentoso. —El archidiácono se tambaleó a lo largo de la cubierta y se acercó a babor a mirar.

Pese a conocerlo desde hacía poco tiempo, Fulke se había dado cuenta de que Gerald tenía tendencia a exagerar. Algunas de sus historias sobre los irlandeses eran claramente ridículas, como la de las rocas que podían profetizar si se colocaba un cadáver sobre ellas; pero detrás de tanta extravagancia y desmesura había, ocasionalmente, un fondo de verdad, y eso no reconfortaba a Fulke.

Desde su precaria posición en lo alto del mástil, el vigía anunció que avistaban tierra. Fulke se aproximó al archidiácono y oteó con los ojos salpicados de espuma. Al montarse el barco sobre una ola, pudo ver el brumoso horizonte verde y gris de colinas que no se movían.

—Los montes Wicklow —anunció Gerald—. Llegaremos a Waterford antes del anochecer.



Algo baqueteado, pero sin más daños que alguna vieja vela rasgada y alguna filtración mal sellada, la flota del príncipe Juan entró en Waterford para ser recibida por un puñado de caballeros, colonos normando-irlandeses que habían echado sus raíces de conquistadores hacía ya una generación. Aturdidos, apestando por los efectos del mareo y del vino, Juan y su comitiva fueron escoltados hasta la fortaleza de Waterford, conocida como Torre de Reginald, en homenaje al líder nórdico, su constructor.

Lord Theobald había estado violentamente enfermo durante la travesía, y sólo con un tremendo esfuerzo de voluntad pudo mantenerse en pie mientras un joven guiaba su caballo. Se agarró de las riendas y se tambaleó, con la frente empapada en sudor.

—Ayúdame a enderezarme —ordenó a Fulke, con un estertor ahogado.

El muchacho se apresuró a obedecer, acomodando el pie de Theobald en el estribo y empujando hacia arriba, mientras el barón hacía fuerza hacia abajo y se acomodaba en su montura. Una apagada maldición se escapó entre los dientes apretados de Theobald, al sufrir una arcada seca, reclinado sobre las crines de su caballo. Jean tomó las riendas cuando la montura comenzó a caminar. Estaba pálido y su paso era inestable, pero se encontraba en mucho mejor estado que su amo.

—Mi señor, ¿deseas algo? —preguntó, echando una mirada de preocupación hacia lo alto.

—Sólo ocúpate de mantener quieto al animal —respondió Theobald, tragando saliva.

—Sí, señor. —Jean intercambió una mirada irónica con Fulke y chasqueó la lengua, urgiendo al caballo a caminar lentamente. Desde la montura se escuchó un quejido apesadumbrado. Fulke caminaba al lado del estribo de lord Theobald, llevando su estandarte. La húmeda brisa marina agitaba las bordadas sedas y las hacía sonar con un agradable roce. La oscura cabeza de Juan se hacía visible por momentos, coronada por una cinta dorada y rodeada de un bosque protector de lanzas y estandartes. Naturalmente, cabalgaba en un caballo blanco. Después de echarle un único y amargo vistazo, Fulke lo ignoró. Había cosas más interesantes que ver.

Los irlandeses del pueblo se diferenciaban poco de la gente común de Inglaterra o Gales. Vestían las mismas simples túnicas de opacos tonos marrones, tostados y verdes. Aquí y allá, un ocasional ropaje azul o de un tinte más vivo señalaba la presencia de alguien con fortuna. Los hombres mayores llevaban el pelo largo y lucían barbas frondosas y espesas, que le recordaban a un ermitaño al que había encontrado una vez viviendo como un salvaje en los bosques situados más allá de Alberbury. El sonido del gales llenaba sus oídos con su extraña y musical dureza. Sabía algunas palabras en esa lengua, aprendidas de la niñera galesa de Alain, Ceridwen. La cadencia del irlandés era diferente, menos danzarina, pero extrañamente hipnótica.

Observó que ni los nativos galeses ni los colonos normandos sonreían. La gente hacía reverencias ante el espectáculo de la realeza, pero sus rostros eran desconfiados y Fulke estaba seguro de haber detectado en algunos ojos un brillo de desprecio. Tenía un escozor entre los omóplatos que le molestaba, una sensación de vulnerabilidad que sólo disminuyó cuando alcanzaron la protección de la Torre de Reginald.

—¿Puede desmontar, mi señor? —Tomando el estribo, miró ansioso a Theobald, cuyas manos aferraban las riendas.

Theobald asintió silenciosamente, con los labios apretados. Inclinandose hacia delante, pasó su pierna derecha por encima de la montura y se dejó caer por uno de los costados del caballo. Durante un instante, Fulke soportó el peso de Theobald. Hizo fuerza con los hombros y afianzó las piernas para sostenerlo.

Tambaleándose, Theobald se enderezó.

—¿Por qué me siento como si todavía estuviera a bordo de la nave? —preguntó, para después, emitiendo un gemido, marchar trastabillado hasta un rincón de la muralla, donde se dobló y volvió a vomitar.

—Tú me causas el mismo efecto, FitzWarin —dijo el príncipe Juan, haciendo una pausa para burlarse de él en su camino a la torre—. Me haces sentir enfermo como un perro. —Sus compañeros se rieron. Al final de la comitiva, el archidiácono Gerald frunció el ceño en señal de desaprobación.

Fulke se enfrentó al príncipe educadamente con un silencio pétreo. Desde el incidente con el tablero de ajedrez, Juan había aprovechado cada oportunidad para irritarlo, aunque nunca cuando Ranulf de Glanville o Theobald Walter estaban cerca. Ahora, con poder y con Theobald incapacitado, se sentía suficientemente seguro como para hacerlo. Lo mejor era ignorarlo y esperar que se aburriera cuanto antes de que sus insultos se estrellaran ante una superficie muda.

—Alteza, ¿va usted a entrar? Todo está preparado —dijo Philip de Worcester acompañándose de un gesto. Se había adelantado para organizar los preparativos de la llegada de Juan.

El príncipe inclinó la cabeza.

—Ciertamente, no tengo deseo alguno de permanecer aquí afuera junto a estos idiotas —repuso—. Ocúpate de que mi señor Walter reciba adecuada atención. Dudo que sus ayudantes puedan serle de mucha utilidad. —Siguió su camino y Fulke dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

—No le hagas caso —murmuró Jean.

Fulke ardía.

—Llevo la cuenta en la cabeza, y cada vez que me irrita hago una marca más. — Se acercó a Theobald, que estaba reclinado contra la pared, con la cara de un enfermizo color verdoso—. ¿Puedes caminar, mi señor?

Sujetándose el estómago con viva aprensión, Theobald se movió lentamente.

—Antes me maldigan que me lleven en brazos —profirió ahogadamente, y

empuñó el estandarte que llevaba Fulke para usarlo como muleta. Con un acompañante a cada lado, hizo su lenta entrada en la torre.

Philip de Worcester se las había ingeniado para encontrar una cámara junto a la muralla, donde Theobald pudo reposar y aliviar su estómago. Jean fue en busca de una tisana caliente para que su señor bebiera, y dejó a Fulke encargado de deshacer y custodiar el equipaje. Lord Theobald yacía como una efigie sobre su catre de campaña. Fulke sospechaba que su amo no sólo sufría los efectos del *mal de mer*, sino que también había comido algo en mal estado. A bordo de un barco eso no era difícil.

Se acercó hasta la estrecha ventana y espió el lluvioso atardecer de abril. La restringida vista sólo le permitía atisbar unos cuantos edificios cercanos a la muralla. Lo que veía podía estar en cualquier sitio, desde Westminster hasta Lambourn. Una ráfaga de humo se le coló por la nariz, y con ella el apetitoso aroma de carne asándose. Sobre la cama, Theobald también captó el olor, y se quejó.

La pesada cortina que separaba el cuarto de las escaleras tembló. Fulke se dio la vuelta, esperando ver a Jean con la tisana. Sin embargo, sus ojos se encontraron con la sorprendente imagen de una hermosa mujer, acompañada por el perro más grande que hubiera visto jamás, mayor incluso que el mastín de su padre, *Griff*. Tenía patas del tamaño de troncos y un pelaje largo de color gris plateado. Su hermano menor lo podría haber montado como a un poni. La mujer vestía una túnica de lana rosa, al estilo normando, con un velo blanco sostenido por una cinta bordada. Dos gruesas trenzas, de un negro brillante como el pelo de Fulke, caían hasta la cintura.

—¿Señora? —Su voz se elevó y se quebró como no lo había hecho en más de seis meses.

Con una rápida palabra en gales, y una señal de la mano, el perro se echó frente a la entrada, como una gigantesca alfombra. La mujer se acercó con paso seguro y confiado.

—Me han dicho que uno de los lores del príncipe Juan está enfermo y necesita atención. —Hablabla el francés normando de la corte, pero con una cadencia cantarina que se enroscaba en las palabras y las volvía seductoras. Sus ojos eran de un increíble azul y los labios poseían el mismo tono rosa profundo del vestido. Avanzando hacia el camastro, posó su mirada sobre el yaciente Theobald.

Fulke tragó saliva.

—Tiene la enfermedad del mar, pero no se alivia. ¿Quién eres? —La pregunta brotó como una mancha de tinta en un pergamino en blanco. Toda la sangre pareció abandonar su cabeza de repente y dirigirse a toda velocidad cuesta abajo.

Como si notara su incomodidad, la mujer le lanzó una dulce sonrisa, un poquito irónica, levemente satisfecha, consciente del efecto que haría.

—Mi nombre es Oonagh FitzGerald, viuda de Robert FitzGerald, de Docationell, en Limerick. Desde que murió mi esposo este invierno, éste ha sido mi hogar, y dado que cuento con algunos conocimientos de curaciones, se ha convertido en mi

responsabilidad la atención a los enfermos. —Enroscó una de las trenzas en su dedo índice mientras lo miraba—. ¿Y quién eres tú?

El joven consiguió hacer una torpe reverencia.

—Fulke FitzWarin de Lambourn y Whittington, al servicio de lord Walter. — Parecía demasiado joven para ser viuda. Su piel mostraba la perfección de la plenitud y una textura que delataba la infancia, aún reciente. Se preguntó si debía ofrecerle sus condolencias por la muerte de su esposo, pero decidió que lo mejor era no decir nada.

—¿Y tú no has sufrido mareo alguno, Fulke FitzWarin? —Acercándose a la cama, tocó la frente de Theobald y le murmuró unas palabras de aliento.

—No, mi señora, apenas un poco al comienzo de la travesía.

—Entonces eres uno de los afortunados, como tu señor, el príncipe.

—¿Lo has conocido ya, mi señora? —Fulke hablaba sin mostrar emoción alguna.

—Sí, sí lo he conocido. —Su voz también se mantuvo neutral, no revelando, para bien o para mal, sus pensamientos—. Estaba en la sala cuando fui convocada para atender a tu amo. —Buscó en el morral que llevaba colgado al hombro y sacó una pequeña bolsa de algodón—. Dale esto, tanto como cubra la uña de tu pulgar, disuelto en vino caliente. Una taza ahora, otra antes de dormir y una tercera por la mañana.

Theobald alzó lentamente la cabeza.

—¿Cuándo podré levantarme?

—En cuanto la habitación deje de dar vueltas y dejes de vomitar —le indicó—. Aunque creo que podrías haberte respondido a ti mismo, mi señor —agregó, mientras Theobald volvía a recostarse con el rostro ceniciento y la garganta esforzándose por ahogar una arcada.

—Me siento como un bebé indefenso —se quejó.

—Ah, bueno, no hay problema, es el estado natural del hombre de la cuna a la tumba. —Una sonrisa mitigaba la acidez del comentario—. Debes comer sólo pan y un caldo ligero al levantarte durante dos días para evitar que los vómitos se repitan.

Fulke abrió la bolsita, olió el contenido, y apartó rápidamente el rostro para estornudar.

—Menta y jengibre, no son aptos para inhalar. —La dama se rio y se dirigió hasta la puerta. Otra palabra en gales hizo que la perra se pusiera en pie.

—¿Come mucho? —preguntó Fulke, señalando al animal.

Oonagh le dedicó una mirada socarrona.

—Eso depende del hambre que tenga y de si alguien es tan tonto como para excederse en su presencia. —Hizo un gesto tranquilizador—. Adelante, acaríciala si quieres. No te morderá, a menos que yo se lo pida.

A Fulke le gustaban los perros. Tenía más miedo a Oonagh que a la perra. Se acercó confiado, dejó que le oliera la mano y le pasara por ella su larga lengua rosada. La rascó debajo de la mandíbula y apretó las rodillas cuando la perra se reclinó sobre él, con expresión de éxtasis canino en los ojos.

Oonagh lo observó cuidadosamente.

—Tienes manos gentiles —le dijo.

Fulke sintió que las orejas comenzaban a arderle.

—No sabría decirte, señora.

—Yo sí. No hay muchos hombres que tengan manos gentiles. —Se adelantó hacia la puerta. Otra orden en gales sacó al animal de su trance e hizo que instantáneamente obedeciera a la dueña.

—Sin duda, volveré a verte, Fulke FitzWarin —dijo Oonagh FitzGerald, que salió con una breve reverencia.

Momentos más tarde se escuchó un gruñido de advertencia y la mujer alzó la voz ordenando al animal que se quedara quieto. Fulke corrió a ver qué sucedía y se encontró con Jean subido en las escaleras, con una jarra humeante en la mano y una expresión de gran susto en el rostro.

—Jesús, ¿has visto el tamaño de esa bestia? —preguntó—. ¡Es más grande que un poni, y tiene dientes como lanzas! —Miró por encima de su hombro, como si esperara ver al mastín subiendo las escaleras para devorarlo.

—Sí, nos hemos conocido hace poco. —Fulke sonrió, y un aire de suficiencia asomó a la comisura de sus labios—. Su dueña vino a atender a lord Theobald.

Jean quiso saber más.

—Pareces satisfecho por algo. No puede ser por ese horrible perro. ¿Cómo se llama?

—¿El perro o la mujer?

—Sabes a quién me refiero.

Fulke sonrió.

—El nombre de la dama es Oonagh FitzGerald y es viuda.

—¿Piensas que, en su soledad, necesita consuelo?

La idea de reconfortar a Oonagh FitzGerald tuvo un efecto inmediato en las partes íntimas de Fulke. El comentario acerca de sus manos gentiles todavía le hacía hervir la sangre.

—Creo que por esa razón mantiene al perro tan cerca —replicó—. Para no sentirse sola y para que la proteja de reconfortadores no deseados.

—¡Ah, pero tú fuiste obviamente bienvenido, pues, de lo contrario, tus ojos no estarían brillando de esa manera y tus orejas no estarían tan rojas!

—¡Por Dios bendito! —se quejó Theobald desde el camastro—. Mejor será que enfundéis vuestras pollas en los pantalones y os dedicuéis a vuestras obligaciones. ¡Podría morir de sed o vomitando mientras cotorreáis tonterías!

Fulke y Jean intercambiaron miradas irónicas.

—Sí, mi señor —dijeron al unísono, esforzándose por no estallar en carcajadas.



La enfermedad de Theobald fue remitiendo gradualmente, pero había vomitado tanto

que estaba débil como un gatito y no pudo participar en las reuniones de gobierno, en la gran sala, hasta finales de semana. Para entonces, la mayor parte del daño ya se había producido. Sin escuchar consejos de nadie, Juan ordenó lo que quiso. No estaba en Irlanda por gusto. Era una mera migaja de los manjares de la mesa de su padre, un bocado que le arrojaban para mantenerlo tranquilo, y él no tenía ni la voluntad ni la experiencia necesarias para llevar a cabo la tarea que le habían encomendado.

Mientras Theobald dormía y se recuperaba, Jean y Fulke disfrutaron de largos períodos libres de toda obligación. Como siempre, Jean se abrió camino hacia la comunidad de la cocina y los establos, el matadero y el corral. Su oído para los idiomas pronto le permitió chapurrear en gales, lo que le dio acceso a las opiniones que circulaban, ninguna buena en lo que se refería a Juan. Para los galeses, era sólo otra bota dispuesta a aplastarlos. Para los colonos normandos, era un muchacho molesto que ya estaba demostrando su odiosa reputación como maleducado y petulante.

También había otras noticias de particular interés para Fulke.

—*Lady Oonagh FitzGerald* —dijo el carnicero del castillo mientras quitaba los últimos restos de carne de una pata de vaca y ponía la médula en manos de Fulke—. Es un nombre digno de respeto. —Hizo un gesto señalando el hueso—. ¿Así que vas a cortejarla? Siempre es buena cosa congraciarse con la carabina.

Fulke se rio.

—Creo que con eso no será suficiente. Aunque la carabina es dura, de las que muerden. —Miró con curiosidad al carnicero—. ¿Por qué es un nombre digno de respeto?

—Te estás enfrentando a otros cincuenta pretendientes, todos obsesionados con la idea de cortejarla. *Lady Oonagh* tiene fortuna y es de una rara belleza. No es frecuente encontrar ambas cosas juntas. Pero bueno, tal vez consigas más que el resto. Eres el primero que se ha acercado a pedirme un hueso. Por supuesto, mejor que hagas lo tuyo mientras sea posible. El príncipe Juan la venderá al mejor postor.

Fulke le miró fijamente. El espinazo de vaca que tenía en la mano le resultaba pegajoso y húmedo. Un penetrante aroma de carne macerada impregnaba el ambiente. Era ley establecida que una viuda no tenía que casarse a menos que ella lo quisiera, pero con frecuencia la ley era ignorada y se cometía todo tipo de abusos.

—No es una idea agradable, ¿verdad? —El carnicero se volvió hacia la mesa y agarró un cuchillo—. Pero así funciona el mundo. No puedes darle un hueso a un perro sin antes matar a la vaca.

Fulke hizo un gesto de desagrado ante la comparación, y se alejó por el patio. Un tronar de cascos y un grito repentino hicieron que se diera la vuelta y se echara a un lado de un salto, justo a tiempo de evitar ser pisoteado por un grupo de jinetes. Se detuvieron caóticamente en el centro de la explanada, empujándose con las monturas, dando saltos y vueltas. Las cortas y brillantes túnicas y las capas los hubieran distinguido como lores galeses, aun cuando no lo hubieran hecho sus barbas. Todos

lucían magníficos bigotes. Algunos se habían dejado crecer la barba hasta la cintura. Otros llevaban trenzados los mostachos, y uno o dos habían dividido sus barbas, encerándolas profusamente, para que se pusieran duras como picas.

Fulke se quedó boquiabierto al contemplar la escena. No salía de su asombro.

—Un buen espectáculo, ¿no te parece, Fulke FitzWarin? —murmuró Oonagh, que se le había acercado silenciosamente, con su perra detrás.

Fulke dio un pequeño salto y su pulso se aceleró.

—¿Quiénes son?

—Los primeros lores irlandeses que vienen a saludar al príncipe Juan y a pedirle que apoye su causa.

—¿Qué causa? —Esta vez se sentía lo suficientemente atrevido como para acariciar las sedosas orejas de la perra. El animal alzó el hocico y olió a su alrededor, pero estaba bien amaestrada y no trató de arrebatarle la médula que llevaba en la otra mano.

—Su pelea es contra otros lores irlandeses, que también vendrán e intentarán ganar el favor del príncipe. Ningún hombre solo es lo suficientemente fuerte para derrotar al resto, y como todos tienen la misma cuota de poder, pierden el tiempo en guerras inútiles. —Alzó la vista hasta encontrar los ojos del muchacho—. Tu príncipe tiene mercenarios, tu príncipe tiene barriles con monedas de plata que pueden comprar armas y hombres; por lo tanto, hay que cortejarlo.

Fulke pensó en lo que el archidiácono Gerald había dicho sobre los barriles de plata.

—No creo que valga mucho como pretendiente —dijo, enrojeciendo levemente al escucharse. Mientras su cabeza analizaba lo que le acababa de decir, su cuerpo reaccionaba frente a la presencia de la mujer. Tenía la incómoda sensación de que ella estaba al tanto de ese fenómeno incontrolable.

—¿Hay algún hombre que valga? —respondió con media sonrisa—. ¿Estás comprometido?

Fulke tragó saliva.

—Todavía no, mi señora.

—No. —Su expresión se endureció—. Son las muchachas quienes sirven de moneda de cambio antes de que puedan salir de la infancia. ¿Cuántos años tienes, Fulke?

—Quince veranos —respondió, deseando que el número hubiera sido mayor.

—Yo llevaba casada dos años cuando cumplí los quince —murmuró—. Pero las niñas maduran más rápido que los niños. No les queda más remedio.

Fulke preguntó si le podía dar el hueso a la perra. Oonagh asintió y habló en gales. El animal movió la cola y, abriendo sus formidables fauces, cogió el bocado de manos de Fulke con la dignidad de una dama.

—Alguien me dijo que el príncipe Juan te daría en matrimonio al mejor postor.

Oonagh se rio, y su carcajada produjo escalofríos a Fulke.

—Puede intentarlo —comentó, poniendo la mano sobre la manga de su camisa—. ¿Ofreecerías algo por mí?

Fulke tosió. Podía ser torpe e inexperto, pero sabía que ella estaba jugando con él.

—Si lo hiciera, él me rechazaría. El príncipe Juan no me ve con buenos ojos.

—Sería bondadoso por su parte que te rechazara, te lo aseguro. No me querrías como esposa.

—Yo...

—Fulke, ¡te necesitamos en la sala! —Jean llegaba corriendo por el patio—. William de Burgh solicita ayudantes para los lores irlandeses, y nosotros estamos de turno. —Al llegar, hizo una reverencia a Oonagh y observó con interés cómo su mano descansaba sobre el antebrazo de Fulke.

—Y tú debes cumplir con tu deber. —Oonagh retiró la mano del brazo del muchacho y le miró fijamente—. Gracias por el hueso.

Mientras los jóvenes se apresuraban hacia la sala, Jean habló con envidia.

—No sé cómo lo haces.

—¿Cómo hago qué?

—Que una mujer como ésta se fije en ti. Sabe Dios que la mitad de los hombres del campamento daría un ojo de la cara para que ella les tocara y les mirara del modo que te mira a ti.

Fulke parecía incómodo.

—Ella sólo estaba bromeando.

—Claro, claro, tienes suerte de que bromeen contigo de ese modo.

Al llegar a la sala les mandaron directamente a la mesa principal, donde se les ordenó que llevaran vino. Los lores galeses estaban reunidos en torno al hogar, murmurando entre ellos y acariciando sus impresionantes barbas. Una pareja de colonos normandos se les había unido, con sus barbas recortadas algo más civilizadamente y vestidos con menos ostentación. Del príncipe Juan y su séquito no había señal alguna, de modo que De Burgh estaba esforzándose al máximo para hacer de anfitrión. Su rostro no ocultaba una expresión amarga, y miraba continuamente en dirección a las escaleras que conducían a los aposentos privados.

—Que tenga suerte —musitó Jean, con apenas un murmullo—. El príncipe tomó ayer por la noche suficiente vino como para hundir un barco. Aunque aparezca, no estará en condiciones de recibir a invitados importantes.

La profecía de Jean se cumplió. Mientras él y Fulke servían vino a los invitados, se escucharon las fanfarrias desde el extremo más alejado de la sala y dos guardias aparecieron por la escalera de acceso para flanquear la entrada del cortejo real.

Fulke casi derramó la copa que estaba sirviendo a un lord irlandés, pero éste no se dio cuenta, porque su atención estaba concentrada en el grupo que surgía de la oscuridad de las escaleras hacia la claridad de la gran sala. Murmuró algo en voz baja, con tono gutural y poco halagüeño.

Juan sufría, a todas luces, los excesos de la noche anterior. Su paso era inestable

y, si había dormido, lo había hecho con las mismas ropas que había llevado puestas, que estaban arrugadas y sucias. Su oscura cabellera aparecía revuelta en torno a la cinta de oro que ceñía su frente. Parecía un pordiosero con ropas prestadas, o un niño disfrazado de hombre intentando ocultar su inexperiencia detrás de un barril de vino. Sus compañeros no se encontraban en mejor forma, todos ellos estaban tambaleantes y tenían los ojos enrojecidos.

Ignorando al grupo que estaba cerca del hogar, Juan se dirigió hacia una mesa y se dejó caer en una silla. Su séquito se acomodó alrededor. Parecía una bandada de polillas medio muertas.

—Vino —gruñó Juan batiendo palmas.

Fulke vio cómo un pequeño ayudante se apresuraba a obedecer al príncipe, y sintió una profunda simpatía por el joven y un enorme desprecio por Juan. Para evitar la mirada real, y con ella su malicia, procuró atender con el mayor esmero a los invitados, que hacían un ruido enorme, en parte por sus deliberados malos modales y en parte por la indiferencia de Juan.

—No pondré rodilla en tierra para rendir honores a un lameculos bien pagado de sí mismo como ése —masculló en trabajoso francés un lord gales a uno de los colonos normandos—. Antes le daría el beso de la paz al rey Dermot.

El lord normando parecía incómodo.

—El príncipe está borracho —dijo, a modo de excusa—. No creo que esperase nuestra llegada.

—Mierda. —El señor irlandés hizo un gesto grosero y Fulke tuvo que dar un paso atrás para evitar que le tiraran la jarra que llevaba—. Sabe que los lores de Irlanda se acercan a Waterford para darle la bienvenida y comprobar por sí mismos qué clase de hombre han enviado para que nos gobierne. —Se mesó la barba con desprecio y señaló la mesa de Juan—. Yo no veo a un hombre; veo a un niño malcriado e inútil. ¿Cómo va a ejercer control alguno cuando no puede controlarse a sí mismo?

Intentando calmar los ánimos, De Burgh acompañó a los lores irlandés y gales hasta la mesa para presentarlos al príncipe.

Con un codo descansando sobre la mesa y el mentón apoyado sobre su mano, Juan los vio acercarse y bostezó teatralmente, cubriéndose la boca con la otra mano. Miró a su alrededor para asegurarse de la sonriente y aduladora aprobación de sus compañeros.

—¿Es que esta charada no puede esperar? —preguntó en voz alta a De Burgh—. Tengo la cabeza a punto de estallar y jamás podré recordar sus nombres. Todos suenan como el grito que uno suelta cuando le golpean en el estómago, y sabe Dios qué es lo que crían bajo esas barbas.

Uno de los compañeros de Juan se atragantó de risa. Fulke hizo un gesto de desaprobación. En privado, el comentario hubiera sido gracioso, pero poner a los aliados y a los vasallos en ridículo en público era estúpido, peligroso y denigrante. Un buen anfitrión procuraba que sus invitados estuvieran cómodos. Un buen

gobernante se aseguraba de la lealtad de los suyos.

—Lo que están criando es una peligrosa rebelión, a menos que enmiendes tu conducta —murmuró De Burgh—. Su alteza no puede permitirse el lujo de irritar a estos hombres.

—Puedo permitirme cualquier lujo que quiera —replicó Juan con voz pastosa.

—¿Incluso una guerra sangrienta cuando podrías tener paz? —preguntó De Burgh, irritado—. Muchos de ellos hablan francés. Ya has causado daños sin fin, señor.

—¡Oh, por los clavos de Cristo! ¡Dices bobadas de viejas! —Juan se enderezó en su asiento y adoptó un aire de pretendida dignidad real—. Arrodillaos y rendidme homenaje —exigió en voz alta—. Después, marchaos.

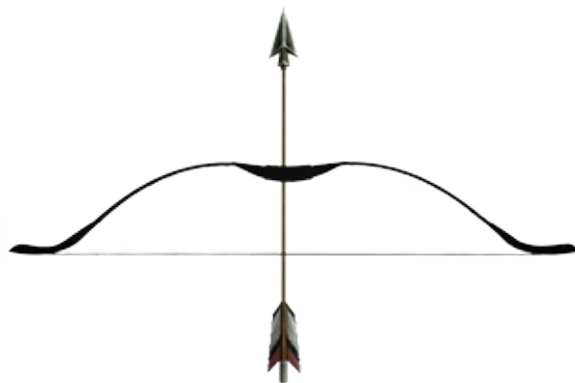
Tras dudarle mucho, Robert FitzAlan, uno de los colonos normandos, se acercó, puso rodilla en tierra y prestó su juramento de lealtad. Habló como si algo le apretara la garganta, pero se las arregló para completar las frases rituales. Fue el único. Como si fueran un solo hombre, los lores irlandeses se dieron media vuelta y partieron sin reconocer el derecho de Juan a regirles. Tomaron sus armas y se marcharon.

William de Burgh, entre maldiciones, salió a la carrera tras ellos para intentar persuadirlos de que se quedaran, pero volvió con las manos vacías. Con expresión furibunda, se acercó a la mesa del príncipe.

Juan se puso de pie violentamente.

—Sea lo que sea lo que vayas a decir, te lo puedes guardar. Me has obligado a atenderlos. Tú eres responsable de las consecuencias. —Se apartó de la mesa con una última parrafada—: Me retiro a mis aposentos y no quiero que vuelvas a molestarme.

De Burgh se paró en seco, como si le hubieran golpeado con un mazo. El lord normando que había jurado lealtad parecía enfermo. Fulke miró la jarra que tenía en sus manos y se acordó de la otra, de Westminster y de cómo Juan le había culpado de su abolladura y le había ordenado que la pagara. Pensó que esta vez todos pagarían por la orgullosa irresponsabilidad de Juan, incluso con sus propias vidas. Ya no se trataba de juegos de ajedrez o de dados. El tablero era más grande, las apuestas mayores y la única manera de ganar era comprometiéndose de lleno.



CAPÍTULO 5

Theobald bajó por fin a la sala la tercera noche después de la llegada del cortejo a Waterford. Aunque seguía delicado del estómago, se le había asentado lo suficiente como para permitirle levantarse de la cama, comer un poco de pan y tomar algo de vino aguado sin recaer.

La cena y las celebraciones estuvieron marcadas por la significativa ausencia de los lores galeses, aunque había una razonable cantidad de colonos normandos con sus familias. Theobald quedó horrorizado con el relato de sus ayudantes sobre el comportamiento de Juan con los jefes de clan que se habían presentado a rendirle homenaje. Uno de los caballeros, John de Courcy, había escrito al rey Enrique, informándole de la conducta del príncipe. Otros lores, preocupados por el comportamiento del joven, también habían firmado la misiva.

Theobald no era tan optimista como para creer que una sola carta fuera la solución. Enrique estaba notablemente ciego respecto a los desmanes de su hijo más joven y era poco probable que se decidiera a actuar antes de que la situación fuera tan comprometedoras que no pudiera ignorarse.

Theobald cortó un trocito de pan sobre su mesa, lo mojó en un tazón con caldo de gallina y, recordando los consejos de Oonagh, comió con lentitud. Juan había invitado a la bella dama a cenar en la mesa principal, y se había sentado no demasiado lejos de Theobald, con la mirada modestamente baja.

EL aristócrata enfermo había disfrutado con sus visitas durante la convalecencia, porque la dama era tan inteligente como seductora. Theobald era un solterón, pero, mirándola, pensó que tal vez le gustaría casarse. Así pensaba también el resto de los hombres presentes, los mayores y los jóvenes. Echó una mirada divertida a su joven ayudante. El muchacho no le había quitado la vista ni por un instante.

Soñar no hacía daño. Fulke debía saber que aquella mujer no era para él. Sus

bienes estaban en Irlanda y su siguiente esposo sería un hombre con intenciones de establecerse allí, no un caballero inmaduro de porvenir firmemente arraigado en las fronteras galesas. Theobald era consciente de que podía adaptarse al puesto. Dadas sus habilidades, sería sencillo convencer a Juan, y tendría la ventaja añadida de no tener que cruzar el mar de regreso a Inglaterra. Sacudió la cabeza y sonrió por sus ensoñaciones. Era tan tonto como el resto de los admiradores de la hermosa mujer.

Salvo el gran tablero que presidía el banquete, las mesas fueron desmanteladas para hacer sitio para la danza y demás entretenimientos. En cuanto los músicos cambiaron el tempo y la cadencia de la música, de un suave acompañamiento a una melodía de baile, los hombres se pusieron de pie en busca de compañera. Oonagh fue inmediatamente rodeada, pero no por mucho tiempo, puesto que una serie de gruñidos, ladridos y amagos de mordisco disolvió al punto la reunión de pretendientes. Oonagh ordenó severamente a su perra que se quedara quieta.

Juan se reía mientras hacía señas a los admiradores para que se alejaran. Se acercó a murmurar algo al oído de Oonagh y, cogiendo su mano, la reclamó para sí. Mientras se dirigía con ella hasta el espacio libre en medio de la sala, la mujer le miró con coquetería y le dijo algo que provocó un lujurioso sonrojo a Juan. Cuando comenzaron a bailar, construyeron una coreografía hipnótica. Juan podía ser bajo y rechoncho, pero sus pies eran hábiles y sus movimientos fluidos.

Fulke casi tiró la copa de Theobald cuando se inclinó para llenársela. El caballero percibió la agitación del chico.

—Mejor será que te mantengas a distancia, muchacho —le susurró Theobald—. No digo que su carácter sea como el del príncipe, pero comparten intereses similares. Cuando de asuntos del corazón se trata, o tal vez deba decir de asuntos relacionados con la lujuria, ambos son depredadores.

—Ella no sabe con quién está tratando —repuso Fulke con tono amargo.

—Yo creo que sí lo sabe, y que es muy inteligente —le contradijo Theobald—. Si hubiera accedido a bailar con cualquiera de los otros, lo habrían tomado como señal de predilección. Al bailar con Juan, se ha colocado por encima de ellos. Si estoy en lo cierto, el próximo caballero con quien baile será un hombre mayor y casado. —Alzó la vista hacia el muchacho—. Deséala si quieres, Fulke, pero apacigua tus celos. Es una pérdida de tiempo. Ella no es para ti.

—Juan es un libertino —replicó el joven con odio en la voz.

—Juan es un oportunista y ejerce cierta atracción sobre las mujeres, pero *lady FitzGerald* puede cuidarse sola. Ella no es inocente. Si lo fuera, ¿crees que flirtearía con el príncipe de ese modo? Abre los ojos, muchacho.

El semblante de Fulke se ensombreció y, por un momento, Theobald pensó que iba a ser testigo de una furiosa explosión. Sin embargo, el chico contuvo su furia, lo que impresionó favorablemente al caballero. Los ojos castaños del joven se posaron brevemente en las piruetas de los bailarines. Oonagh y Juan cambiaban de pareja, trazaban la figura de un ocho, y volvían a encontrarse. Después apartó la vista.

—Sí, señor, pensaré en otras cosas —dijo secamente.

—Ah, Dios mío, qué joven eres. ¿Qué puedo decirte? Las mujeres no son tan fuertes, en el sentido físico, como los hombres. Nosotros usamos nuestros cuerpos para echar a un lado todo lo que se cruce en nuestro camino. Ellas usan el suyo para seducir y persuadir, y obtienen el mismo resultado, pues llegan donde quieren ir. —Theobald se preguntó si debería arreglar las cosas para que una de las mujeres más expertas de la corte diera a Fulke un poco de educación amorosa; pero desechó la idea de inmediato. El joven era excesivamente orgulloso y la iniciativa sólo causaría incomodidad allí donde debían reinar la confianza y la camaradería. Tenía que mantener el buen tono moral a toda costa. No podía poner a Fulke ni a su amigo Jean en trance de meterse en líos desagradables.

La danza terminó, y como Theobald había previsto, Oonagh bailó con un hombre mayor, y después con un colono de quien no cabían dudas sobre su devoción conyugal. Finalmente, para su consternación, cuando dio comienzo otra alegre tonada y los hombres comenzaban a agruparse, la dama se aproximó a Fulke y le pidió que la acompañara entre los bailarines.

—Mi señora. —Fulke la miró como si no pudiera creer a sus oídos ni a su suerte.

—A menos que prefieras declinar mi invitación. —Una mirada embrujadora cruzó sus ojos. La mano femenina estaba otra vez sobre su brazo. Theobald podía entender el motivo: Fulke jamás sería un contrincante para el matrimonio. Para ella era seguro bailar con el muchacho, pero Theobald no estaba seguro de que tal cosa favoreciera los intereses de Fulke.

—Tal vez debieras honrarme a mí. —Poniéndose de pie, Theobald le tendió la mano—. Todavía debo darte las gracias por haberme cuidado cuando estuve enfermo.

Oonagh lo miró brevemente, sorprendida, y luego sonrió.

—Por supuesto, mi señor. —Movié la mano del brazo de Fulke al de Theobald. Encaminándose a la pista de baile, miró hacia atrás y habló dulcemente al apesadumbrado Fulke—. ¿Sacarías a *Tara* fuera? ¿Lo harás por mí?

—Mi señora. —Fulke lanzó a Theobald una mirada agraviada, hizo una tersa reverencia y se dio media vuelta.

Theobald la condujo entre los bailarines. Un intenso olor a aceite de rosas emanaba de sus muñecas y de su garganta. La tibieza y la gracia de la dama eran seductoras.

—Deja al muchacho tranquilo —murmuró el tutor—. Es demasiado joven.

Oonagh enarcó sus delgadas y brillantes cejas.

—¿Estás sugiriendo que tú no lo eres, mi señor?

Completaron medio círculo y dieron la vuelta.

—No sugiero nada por el estilo. Sospecho que serías demasiado para mí —replicó Theobald, con seco humor—. Te estoy pidiendo, como favor, que no tontees con Fulke, especialmente si vas a involucrar al príncipe Juan en tus juegos.

—¿Puedo saber la causa de tus preocupaciones? —Le miró, en parte irritada y en

parte entretenida.

—Los detalles no tienen importancia. Baste decir que las relaciones entre el príncipe y mi ayudante ya son hostiles. Añadir tu presencia a la mezcla sólo conseguiría que la olla hirviera y estallase.

Cambiaron de pareja y volvieron a reunirse otra vez.

—Me gusta Fulke —aseguró, con un gesto de obstinación.

—Entonces, por piedad, déjalo tranquilo.

—¿Alguna vez has jugado al amor cortés, mi señor?

—Siempre he sido un hombre sensato —respondió secamente Theobald. La reina Leonor había importado esas costumbres cortesanas de Aquitania: un ideal de amor no correspondido, en el que un hombre adora a una mujer inalcanzable y procura obtener el favor de una mirada mediante la composición de canciones y acciones heroicas realizadas en su honor. El dolor de la negativa era visto como un placer. Incluso si el amante obtenía la posesión del cuerpo de la dama, no se le permitía la satisfacción de derramar en ella su semilla, sino que debía contenerse, para honrarla.

—Juega a lo que quieras donde quieras —le dijo quedamente—, pero no hagas daño a Fulke, porque si lo haces, te mataré, mi señora.

Oonagh entornó los ojos.

—No te andas con rodeos, mi señor.

—No conozco otro modo de hablar. Puede que no te guste lo que sale de mis labios, pero jamás tendrás que filtrar mis palabras en busca de significados ocultos.

La danza terminó y Theobald le hizo una reverencia, que Oonagh devolvió.

—No porque me hayas amenazado, sino por Fulke, haré lo que desees —murmuró—. Pero primero debo encontrar a mi perra. ¿Me permitirás por lo menos hacer eso?

No demasiado satisfecho con la idea, pero aliviado por haberla encontrado razonable, Theobald asintió y volvió a su asiento.



Fulke se llevó a la perra a dar una vuelta por el patio, bajo la luz de la luna. Lanzó una patada al suelo. Un pedrusco salió disparado, golpeó la pared y rebotó con un ruido ampliado por el silencio reinante. Sabía que lord Theobald había bailado con Oonagh porque quería advertirle que mantuviera las distancias con él. Como si Fulke no pudiera tomar sus propias decisiones, como si fuera un niño. Un baile, pensó furioso, no hubiera costado ni significado nada. Habría restañado su hombría herida y equilibrado el dolor de haberla visto con Juan. Volvió a golpear el suelo con el pie, y *Tara* gruñó.

De pronto, la perra se escapó y corrió por el patio, sacudiendo furiosamente su cola. Ese saludo sólo podía ser para una persona. El estómago de Fulke se encogió cuando vio a Oonagh aparecer, procedente del salón. Llevaba la capa sobre el vestido

y la luz de la luna se reflejaba en el adorno de plata cosido en el borde. Siguió lentamente a la perra, sintiéndose algo tonto y no poco resentido.

Oonagh lanzó un pequeño suspiro y sacudió la cabeza.

—No deberías enojarte —le dijo—. Tu señor cuida tus intereses y, a decir verdad, tiene razón. Si hubiera sabido de tu enemistad con el príncipe Juan, no te habría pedido que bailaras conmigo.

—No habría importado, mi señora —respondió Fulke con formalidad.

—Ni tú ni yo creemos semejante cosa. —Le lanzó una intensa mirada—. Él piensa que estoy jugueteando contigo... y tal vez lo esté haciendo, al menos un poquito. Me gusta coquetear. Pero lo que dije sobre tus manos gentiles era verdad. — La mujer se acercó, la luz de la luna la bañaba en sombras plateadas, azules y grises. Los dedos de ambos se entrelazaron y en cuanto sintió el efecto del contacto en su cuerpo, Oonagh se puso de puntillas y le besó.

Si Fulke no se hubiera quedado sin aliento, habría lanzado un grito de sorpresa. Un gemido silencioso quedó atrapado en su garganta. La tensión del momento descendió hacia su entrepierna. Con la otra mano la cogió por la cintura. Por un instante, la dama se resistió. El muchacho estaba a punto de dejarla ir cuando ella le apretó contra él. Cerró los ojos. Si eso era jugar, ella podía jugar con él para siempre, no se opondría. La blandura de sus pechos, la suavidad del tacto, el calor de sus piernas, la dulce tibieza de la boca...

De repente, Oonagh dio por terminado el beso y acercó sus labios al oído del joven.

—Tengo que irme. Piensa en mí cuando estés así con otra mujer, y recuerda lo que dije sobre tus gentiles manos. Un hombre las necesita para ser un buen amante.

Fulke tragó saliva.

—No te vayas —suplicó.

—Dios te guarde. —Se dio la vuelta. La perra gruñó, y su pelaje se erizó a lo largo del espinazo. Amenazadoramente, avanzó hacia una figura oculta en las sombras de la muralla de la torre.

—Llama a tu perro, señora —dijo el príncipe Juan, dando un paso hacia la luz.

Fulke se puso rígido. También Oonagh, pero su reacción fue breve. Con una tajante orden, la perra se puso a su lado. Dejando a Fulke, sin mirar atrás, se dirigió hacia Juan. La mano que hasta hacía apenas unos instantes acariciara la de Fulke ahora se tendía para saludar al príncipe. Juan le dijo algo y lanzó una mirada furiosa en dirección al muchacho. La dama respondió con una carcajada, y volvieron juntos a la sala.

Fulke no fue tras ellos. Si hubiera tenido a mano una jarra, se la habría bebido de un trago; si otro caballero hubiera estado presente en las intermediaciones, habría buscado pelea; y si hubiera una mujer... Maldijo en voz alta y dio otra vuelta al patio, mientras su ira disminuía. Pero le quedaba la agitación. Estaba todavía demasiado tenso para buscar compañía y, finalmente, se dirigió a los establos a dormir junto a su

fiel caballo ruano. Al menos un caballo coceaba con nobleza, lo cual era preferible al golpe traicionero recibido por el frívolo placer de los juegos cortesanos.



Excusándose ante sus compañeros de cena, Theobald se puso de pie y abandonó la sala discretamente. No había señal de Fulke en el patio, ni en ninguno de los guardarropas. En las cocinas sólo encontró criados. Halló a Jean haciendo guardia, rodeado por algunos mercenarios, entreteniéndolos con una canción grosera; pero el joven no había visto a Fulke. Theobald le disuadió de acompañarlo en la búsqueda, diciendo que no tenía importancia, y siguió el rastreo.

Finalmente llegó a los establos y encontró al muchacho dormido junto a su caballo. El fornido ruano sacudió la cabeza y bufó en dirección a Theobald, que notó su cálido aliento con olor a heno, y luego bajó la cabeza para olisquear al muchacho. Fulke murmuró algo y se dio media vuelta, con la mano derecha semicerrada como la de un bebé. Theobald se alejó en silencio por donde había llegado.



—¿Sabes que Oonagh FitzGerald compartió la cama del príncipe ayer por la noche?
—preguntó Jean.

Fulke sacudió amargamente la cabeza y se concentró en la tarea de ensillar el semental castaño de lord Theobald. El grupo iba a ir de caza y el castillo bullía con los ladridos excitados de los perros. Sus dueños estaban reunidos, esperando las monturas y discutiendo sobre las posibilidades de una buena cacería.

—Todos lo saben. Dicen que gritaban como los gatos cuando los están despellejando.

—¿Crees que me interesa?

—¿No te interesa?

—No —gruño Fulke.

—Sabe Dios lo que se te ha metido esta mañana en la cabeza. Podría entenderlo si hubieras estado bebiendo conmigo en la guardia. Tengo la cabeza como si estuviera en plena tormenta, pero tú no tienes excusa.

—¿Necesito alguna?

—Como quieras. —Jean le hizo un gesto obsceno—. Supongo que tampoco te interesará saber que va a desposarse con Guy de Chaumont. El compromiso se ha anunciado esta mañana, durante el desayuno. Ha sido un trabajo rápido, incluso para Juan. Se acuesta con ella por la noche y la vende al amanecer.

Fulke ajustó la cincha y dejó caer las manos. De Chaumont, uno de los compañeros de borracheras de Juan, era un poco mayor que el príncipe y tenía algo de experiencia en los torneos franceses. En grosero y procaz, pero con una capa de

educación y un toque de inteligencia. A Fulke no le gustaba, pero le disgustaba menos que Juan.

—¿Está ella de acuerdo?

—Bueno, se puso muy pálida, pero le hizo una reverencia a Juan y agradeció en voz alta y clara el honor que le hacía. —Jean apretó los labios mientras pensaba—. Supongo que fue una sorpresa, pero nada demasiado terrible. De Chaumont es un cerdo arrogante, pero buen mozo. Por supuesto, hubo incidentes —agregó mientras Fulke trotaba en círculos para impedir que se le enfriaran los músculos al caballo—. Uno de los lores irlandeses, Niall O'Donnell, ya le había ofrecido a Juan cincuenta marcos como pago para desposar a la dama. Así que cuando Juan se la entregó a uno de sus favoritos, se produjo un altercado.

—¿Y qué hizo Juan? —A pesar de su intención de permanecer ajeno a la cuestión, la curiosidad pudo más que él.

—Amenazó con meter en prisión a O'Donnell si no cerraba la boca. O'Donnell lo hizo, pero se hubiera podido cortar el asado con las miradas que le lanzó al príncipe desde ese momento. Sus tierras lindan con las de ella y el rumor es que él y Oonagh FitzGerald se conocen bien —contó Jean con palabras llenas de doble sentido.

—Nunca la he visto con él —murmuró Fulke, quejumbroso.

—Bueno, eso es porque O'Donnell ha llegado hoy. Ha estado peleando contra los rebeldes. Es grande y rubio como un león. Sus músculos no desmerecen.

Fulke frunció el ceño. Le estaban echando demasiada sal sobre la herida recién abierta. Antes de que decidiera si responder o ignorar el asunto, llegó lord Theobald, con su corta capa de caza prendida al hombro, empuñando una lanza para cazar jabalíes. Cogió las riendas del semental de manos de Fulke y no hizo comentario alguno sobre la ausencia de éste la noche anterior. Se limitó a preguntar si había desayunado.

—Sí, mi señor. —Los ojos de Fulke se quedaron fijos en el suelo, el cual, repentinamente, parecía causarle un profundo interés.

Theobald se subió a la montura.

—Una buena galopada al aire libre te purificará la sangre —le recomendó, mirándole con simpatía—. Apresúrate y monta, muchacho. Tú también, Jean.

Fulke fue en busca de su ruano. Lo ensilló y lo embridó. Girard de Malfee se encontraba cerca, ajustando la cincha de su montura. Le echó a Fulke una mirada irónica mientras se manoseaba su rizada cabellera y luego miró hacia la derecha, donde el sonriente príncipe Juan acababa de montar a un hermoso semental manchado, enjaezado con arneses llenos de borlas.

Fulke desató al ruano, e ignorando los estribos, saltó sobre la montura. Mientras montaba de tal manera, el caballo dio un espectacular salto. Fulke agarró las riendas, apretó las rodillas e intentó refrenar al animal. El ruano relinchó y se encabritó, arqueando el lomo, y comenzó a girar y a lanzar coces. Salió a la carrera en dirección a otros dos caballos, que, espantados también, comenzaron a descontrolarse. Los

perros se pusieron a ladrar y a tirar mordiscos, y los hombres a buscar refugio. Relinchando de dolor y de miedo, el ruano corrió de un extremo a otro del patio del castillo, con los ojos desorbitados. Una espuma sanguinolenta salpicaba el metal del freno. Fulke se aferró al lomo como una lapa al casco de un buque. De repente, en mitad de un salto, el caballo comenzó a tambalearse y sus patas traseras se aflojaron.

—¡Fulke, en el nombre de Cristo, salta! —rugió Jean, con voz tan alta que acabó quebrándose.

El muchacho escuchó la advertencia como si viniera de muy lejos. Se había mordido la lengua y el sabor de la sangre le llenaba la boca. Le parecía que le estaban arrancando los músculos de los huesos. El instinto le salvó cuando el caballo hizo un movimiento aún más brusco y se derrumbó. Sacando los pies de los estribos, saltó sobre la espalda del ruano y se golpeó contra el suelo con un ruido sordo. El dolor se extendió por sus costillas como si hubiera recibido una enorme patada. El animal cayó al suelo entre relinchos y coces enloquecidas, dio una postrera sacudida y quedó inmóvil.

Encogido, abrazándose a sí mismo, los ojos de Fulke se cruzaron con la mirada vidriosa de su montura. El mundo brilló un instante, se desenfocó y luego se desvaneció. Era vagamente consciente de que lord Theobald le preguntaba si se encontraba bien, de que alguien le obligaba a tomar un poco de vino mezclado con hidromiel, de que el ruano era arrastrado hacia algún lugar mientras los perros eran alejados del cuerpo del animal, y que el grupo de cazadores había comenzado a salir al campo, seducido por la llamada del cuerno de caza.

Cuando Fulke recobró el sentido, yacía en un camastro en el cuarto de lord Theobald. Oonagh se inclinaba sobre él, con el zurrán de medicinas al hombro y su perra al lado. Intentó sentarse, pero un dolor lacerante se lo impidió. Oonagh se apresuró a ayudarla acomodando almohadas y almohadones en su espalda.

—Vi lo que sucedió desde una ventana. Seguro que te has roto varias costillas.

—¿Para eso has venido? ¿Para cuidar de mis costillas rotas? —Fulke estaba furioso. Deseaba estar solo.

—Sí, en parte. —Rebuscó en la bolsa y sacó varias vendas de lino—. Levanta los brazos.

El chico obedeció y en un momento le quitó la túnica y la camisa sin que él supiera exactamente cómo. Miraba obstinadamente hacia la pared. La noche anterior había dormido en el establo, al lado de su caballo, y el animal ahora estaba muerto. Y lo que era todavía peor: Oonagh había dormido con el príncipe Juan, matando su frágil fantasía.

—Has dicho que viniste, en parte, para cuidarme las costillas. ¿Y para qué más?

La mujer se inclinó sobre él y comenzó a vendarle el pecho.

—Para pedirte un favor.

—¿Un favor? —Los ojos del muchacho relampaguearon—. Me resulta difícil imaginar qué puedo hacer yo, mi señora, que le sea imposible al príncipe Juan —

replicó, grosero.

—Entonces debes estar ciego, porque el príncipe Juan ha hecho muy poco por mí.
—Continuó colocando las vendas—. ¿Están muy apretadas?

Fulke movió la cabeza, asombrado.

—Pero yo pensé... me dijeron que habías pasado la noche en su lecho.

Oonagh sonrió mordazmente.

—Eso fue placentero —repuso—, pero lo que he recibido a cambio le resta cualquier valor. Supongo que también te han dicho que he de casarme con uno de sus compañeros de juergas.

—Sí, mi señora.

—Le pedí a Juan que me permitiera elegir marido. Me dijo que lo pensaría. —Tomó aliento a través de los dientes apretados y aseguró el vendaje con un pequeño alfiler circular—. Obviamente, tomó una rápida decisión. No me hizo caso. No es que me importe. Seré una amorosa y obediente mujer para Guy de Chaumont. —Fulke parpadeó, desconcertado—. O de lo que quede de él de aquí a seis meses.

El ronroneo de su voz causó un estremecimiento de aprensión en Fulke.

—¿Quieres decir que lo vas a matar?

Oonagh se rio y negó con la cabeza.

—¿Qué ganaría con ello salvo cargar con otro esposo elegido también por Juan? Pero si mi señor de Chaumont tuviera un accidente, tal vez un golpe en la cabeza durante una cacería, que lo dejara incapacitado, el dominio de las tierras quedaría en mis manos y en las de quien yo nombre como administrador de los bienes de mi pobre esposo.

Fulke tragó saliva. Aquella mujer no tenía escrúpulos. Theobald, con su experiencia, se había dado cuenta rápidamente, y ahora sus ojos lo veían con claridad.

—¿Qué quieres de mí, entonces? —Notaba una desagradable sensación entre los omóplatos. ¿Y si le pedía que se encargara del «accidente» de De Chaumont?

—Quiero que te llesves a *Tara*, —Hizo un gesto señalando a la perra—. Como te dije, un esposo muerto no me serviría de nada. Si se queda, le arrancará la garganta a De Chaumont, o éste la mandará matar por sus ataques. La perra no se enfurece contigo. Llévatela a Inglaterra. Te servirá con fidelidad.

Fulke miró al animal. Como si sintiera su mirada, la perra levantó la cabeza y golpeó el suelo con el rabo. Se preguntó qué diría lord Theobald de la presencia de un perro del tamaño de un poni en su cuarto.

—Con mucho gusto, mi señora —sentenció, aliviado de que no le pusiera en un compromiso mayor. Luego frunció el ceño. Ella había dicho «a Inglaterra» como si el viaje fuera inminente—. ¿Qué os hace pensar que no permaneceré en Irlanda durante algún tiempo?

—Tu príncipe. —De repente, sus ojos azules se volvieron duros como cristales—. Cuando se acabe la plata y se hayan bebido todo el vino, terminará el juego. Hay buenos hombres en su comitiva. Tu lord es uno de ellos, De Burgh es otro, pero no

pueden hacer nada. La autoridad del príncipe está por encima de la suya. Te habrás marchado cuando lleguen los vientos otoñales. —Inclinándose sobre él, le *tetó* la mejilla con los labios y luego se apartó—. Es una pena que no seas diez años mayor —murmuró—. ¿O tal vez es una bendición? —Camino de la puerta, se agachó ante la perra, le rodeó el cuello con los brazos y murmuró dulces palabras de amor en gales. Entonces, ordenando al can que se quedara, se alejó rápidamente, sin mirar atrás.

Fulke dejó escapar el aliento que había estado conteniendo en un suspiro de alivio y pena, y luego se palpó las doloridas costillas. Pasado un momento, la perra se acercó a él y le lamió la mano.



—Esto estaba debajo de la manta de tu montura. —Sentándose en el extremo del camastro de Fulke, Jean le entregó una esquirla de vidrio procedente de una copa rota. Sólo los nobles que se sentaban a la mesa principal bebían en copas de vidrio, porque era caro y difícil de transportar de un lado a otro sin que se rompiera—. Al poner tu peso sobre la montura, se le clavó en el lomo a *Russet* como una espuela afilada.

Fulke cogió el pedazo de vidrio y lo giró entre sus dedos. Era de color verde. Sobre el afilado extremo se veía una gruesa línea roja, salpicada con pelos del ruano. No era lo suficientemente grande como para matarlo, pero sí para hacerlo enloquecer de dolor hasta provocar el estallido de su corazón. Recordó la mirada divertida de Malfee y la sonrisa de placer en el rostro del príncipe Juan. Sin duda, pensaron que era una broma divertida.

—Ya sé quién es el responsable de lo ocurrido —dijo amargamente—. Mi padre tenía razón. —Jean alzó las cejas, inquisitivo—. Tendría que haberme asegurado de que el hijo de puta no volviera a levantarse.



En septiembre llegó una galera desde Inglaterra, con cartas y emisarios del rey Enrique. Las previsiones de Oonagh se cumplieron.

—Nos vamos a Inglaterra —informó Theobald mientras se vestía para la cena de esa noche después de participar en una reunión privada en los aposentos de Juan—. El equipaje debe estar listo al amanecer.

Fulke sabía lo que se avecinaba. Incluso sin la profecía de Oonagh, las señales eran inequívocas. El creciente número de mercenarios que desertaba y las quejas de los pobladores por la falta de pago por sus mercaderías presagiaban la tormenta.

—¿Entonces el rey Enrique no ha enviado más plata? —Ayudó a Theobald a ponerse su larga túnica de lana púrpura adornada con galones de oro. El tutor negó con la cabeza.

—Si hubiera llegado más plata, muchacho, no sería para Juan. Puede que sea el favorito de Enrique, pero incluso el favoritismo tiene sus límites. Más plata sólo habría servido para pagar más vino, y los cofres de Enrique tienen fondo. Sospecho que Juan irá a casa para que lo reprendan y luego lo traten como a un hijo pródigo.

Fulke sabía de lo que hablaba Theobald. Al príncipe le habían reprendido por el incidente del tablero de ajedrez, pero no le habían propinado la azotaina prometida.

Theobald se ajustó el cinturón y comprobó que la funda de la espada estaba en su lugar.

—No todo es culpa de Juan —repuso mientras se peinaba los cortos rizos castaños—. No se puede esperar que un jovenzuelo malcriado haga el trabajo de un hombre. Así y todo —agregó, dejando el peine sobre un pequeño cofre—, supongo que alguna lección habrá aprendido. —Echando mano a su capa, sonrió a Fulke—. No estarás apesadumbrado porque nos vamos, supongo.

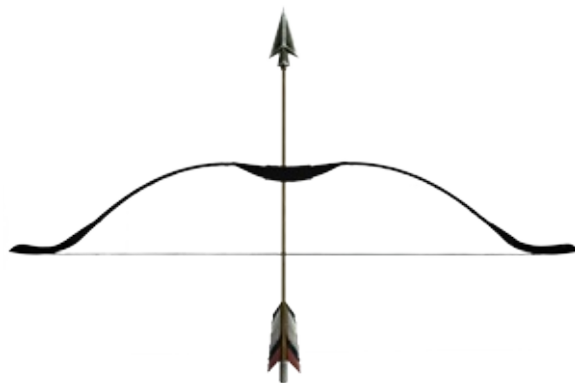
—No, mi señor —dijo Fulke, encogiéndose de hombros—. No es que la estancia aquí me haya resultado odiosa, y he aprendido mucho, pero... —Se sonrojó levemente ante la tranquila mirada de su señor—. Pero quiero volver a ver a mi familia y visitar mi hogar.

—Siempre es bueno irse de viaje —aseguró Theobald, y sus ojos abandonaron a Fulke y miraron por la ventana la grisácea luz invernal—. Y siempre es bueno regresar.



Zarparon de Waterford con la marea de la mañana. Comenzó a soplar un viento recio en dirección al hogar, sobre el pardo mar embravecido, que Theobald observó con alarma y Fulke con resignación.

Al tiempo que los últimos petates se subían a los barcos, Jean volvió de una de sus expediciones a la cocina con un pastel de carne, una jarra de hidromiel y noticias para Fulke sobre el nuevo esposo de Oonagh FitzGerald. Guy de Chaumont había resultado herido de consideración en un accidente de caza.



CAPÍTULO 6

Frontera de Gales, verano de 1189

Los FitzWarin mayores y los hermanos Hodnet, Baldwin y Stephen habían pasado la mañana en los puestos del mercado de Oswestry, examinando las mercancías del fabricante de sillas de montar, del herrero y del forjador de espadas. Fulke tenía que recoger unas riendas que había dejado para reparar, William estaba buscando una nueva montura y todos los jóvenes se apasionaban viendo las nuevas espadas exhibidas sobre el paño que cubría la mesa del puesto del forjador.

Algunas estaban hechas de una sola pieza de acero; otras, al modo antiguo, de varias capas de hierro, prensadas y trabajadas hasta que formaban intrincados diseños sobre la superficie del arma. Se decía que estas espadas eran menos fuertes que las de una sola pieza, pero en cuanto a belleza eran insuperables.

—Voy a recibir una de estas espadas cuando me nombren caballero. —Los ojos de William brillaban con codicia. Ya tenía dieciocho años; era delgado, tenía un aire feroz y ansiaba que llegara la ceremonia que le otorgaría las insignias de guerrero adulto.

Fulke admiró la elección de William. Él habría elegido la misma. Pero cuando llegara el momento de su ordenación como caballero, la espada sería el obsequio que le había prometido lord Theobald. La ceremonia tendría lugar al regreso del noble preceptor a Inglaterra. Por el momento se encontraba peleando al otro lado del canal, en Anjou. El rey Enrique y el príncipe Ricardo se enfrentaban otra vez. El príncipe Juan estaba de parte de su padre, contra Ricardo, y por las noticias que recibían en las fronteras galesas, la situación era trágica, muy enconada.

Fulke estaba agradecido por el hecho de no haber tenido que acudir a ayudar a Theobald. En vez de cruzar el canal, llamado mar estrecho, le habían llamado a casa porque su padre había caído gravemente enfermo. Aunque Le Brun se había

recuperado de las fiebres que durante un tiempo habían puesto en peligro su vida, Fulke no había vuelto a la corte. Su padre había decidido que era mejor para él aprender las obligaciones del gobierno del hogar antes que verse envuelto en las vicisitudes de las guerras intestinas de la familia Plantagenet.

Ese día Fulke estaba en disposición de disfrutar del perfecto clima de Lammastide y de los puestos de Oswestry. Los comerciantes ingleses y galeses se entremezclaban, apasionadamente dedicados al regateo y la compra. Se confundían sus lenguajes, salpicados por no pocos términos del francés normando. Fulke observaba los intercambios con placer, sabiendo que no todo era tan pacífico siempre. Con frecuencia, galeses e ingleses se enfrentaban y Oswestry, considerado como propio por ambos bandos, era el campo de batalla. Unos y otros lo habían saqueado en repetidas ocasiones.

No habían vuelto al pueblo desde la semana de Pentecostés del año anterior. Con el permiso de lord Theobald para visitar a su familia, Fulke había estado en Oswestry para escuchar al obispo de San David y a su diácono, Gerald de Barry. Predicaban la necesidad de una nueva cruzada para devolver Tierra Santa a manos de los cristianos. Gerald había sido tan elocuente y apasionado que varios se sumaron a la cruzada al momento, y recibieron cruces rojas para lucirlas sobre sus túnicas. Fulke se sintió tentado por la brillantez del sermón, pero renunció a su impulso, sabiendo que el Jerusalén de su familia era Whittington, y que su destino ya estaba escrito. William se había lanzado hacia el predicador como una flecha, y fue parado en seco por la mano de Le Brun, que le agarró por el cuello de la túnica.

—Demasiado joven y demasiado ardiente. Te vas a quemar —le recriminó su padre mientras lanzaba una amarga mirada a Gerald y al obispo—. Siempre te gustó escuchar cuentos de dragones en las faldas de tu nodriza y luego salir corriendo en busca de alguno para luchar con él.

El príncipe Ricardo había jurado tomar la cruz y cabalgar hacia Jerusalén tan pronto como se resolviera el asunto de su herencia. El hermano de lord Theobald, Hubert, también había juramentado, así como Ranulf de Glanville. Theobald quedaría al servicio de Juan. Era una decisión sensata y la mejor opción para la familia Walter. Cuando partieran los cruzados, tendrían influencia tanto en la cruzada como en la corte.

—Me gusta ésta. —Philip alzó una de las espadas de acero lisas. Coincidió con su temperamento, firme y cauto, a pesar de lo que pudiera parecer por la maraña de rizos castaños que coronaba su cabeza.

Los dos muchachos Hodnet optaron por espadas ornamentadas. Finalmente, habiéndose cansado de tanto entusiasmo iluso, sin dinero de por medio, el forjador los alejó, refunfuñando que los dedos sudorosos arruinaban el acero.

Los jóvenes se dirigieron a la taberna, donde sus bolsillos podían pagar, entre todos, el precio de dos jarras. Se sentaron en una mesa bajo la sombra de un cedro y bebieron por turnos. *Tara*, la perra de Fulke, puso su nariz sobre las patas, se echó a

su lado y observó plácidamente a los jóvenes. Fulke pasó la mano por su duro pelaje, que parecía hecho de hilos de plata.

—No muerde, ¿verdad? —Una de las cantineras hizo una pausa para admirar con cierto temor al animal. Mojándose los labios, echó una mirada igualmente admirativa a los jóvenes congregados a la mesa.

William sonrió abiertamente y levantó la jarra para brindar.

—No, pero yo sí muerdo, corazón, si es que quieres sentarte en mi regazo y hacer la prueba.

—No, no muerde. —Fulke le dio un codazo a su hermano y le quitó la jarra de las manos. William siempre estaba alardeando de las conquistas que había hecho, pero Fulke sospechaba que la mayoría eran imaginarias, invenciones para tener más prestigio entre sus pares.

La experiencia de Fulke con las mujeres había aumentado considerablemente desde su regreso de Irlanda, Hanild, una de las prostitutas de la corte, se había encargado de ampliar sus horizontes más allá de las artes de la guerra y de la escritura, enseñándole, según sus palabras, «la diferencia entre un caballero y un idiota». Sus lecciones habían sido muy placenteras y bastante clarificadoras, y ni que decir tiene, un bienvenido alivio a las frustraciones que ahora parecían perseguir a su hermano.

—¿La puedo acariciar?

—Por supuesto. —Fulke se dirigió con gentileza a su perra y observó mientras la muchacha acariciaba con prudencia la cabeza de *Tara*. La chica era pequeña y curvilínea y tenía una sonrisa agradable que invitaba a besarla. Cuando William comenzó a hacer referencia a sus deseos de ser acariciado, Fulke le respondió, con cierta dureza, que se comportara como era debido.

William enrojeció indignado.

—¡Yo la vi primero! —gritó—. ¡Búscate tu propia muchacha!

—Si quieres ser un caballero, compórtate como tal —repuso Fulke con mucha calma.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te muerdas la lengua hasta que tengas algo interesante que decir... para mí o para la muchacha.

Ésta observaba, temerosa, a los jóvenes, obviamente sin entender del todo el francés, pero comprendiendo por el tono lo suficiente como para darse cuenta de que se estaba originando una pelea.

William se puso de pie.

—Piensas que porque has estado en la corte puedes hacer de señor de todos nosotros, jugar al amo. Bueno, pues no eres mi amo, y haré lo que me plazca.

—Como quieras, pues —replicó Fulke—. Haz el idiota si te place.

Los hermanos se miraron con dureza, el menor respirando agitadamente, Fulke manteniendo un aire de calma y superioridad, aunque el temblor del cuello de la

túnica en su garganta revelaba lo rápido que latía su corazón.

—Will, siéntate, estás haciendo una montaña de un grano de arena. —Philip, siempre pacificador, le tiró de la manga de la camisa a su hermano.

William se sacudió.

—No me quiero sentar. Estoy harto de que me digan lo que debo hacer —masculló, y se marchó con grandes zancadas en dirección a los caballos.

Fulke le siguió con la mirada, sorprendido por la rapidez con que se había entablado la discusión. Siempre había estado orgulloso de William y los sentimientos de irritación y furia que le provocaba eran desconcertantes. También lo era la idea de que su hermano pudiera estar resentido contra él.

—Has pisoteado su orgullo —murmuró Philip—. Y has ocupado su lugar como rey del castillo. Mientras estabas en la corte, él era el mayor y el más fuerte, el líder. Ahora que estás en casa, es obvio para todos que no tiene la más mínima posibilidad de competir contigo.

—Yo no quiero competir. —Fulke vio que William montaba a su caballo y tiraba de las riendas—. Por Dios bendito, ya he visto suficientes peleas fraternales en la corte. Que el cielo prohíba que nos parezcamos a los hijos del rey Enrique.

—Volverá —dijo Baldwin de Hodnet con seriedad mientras el muchacho ofendido se alejaba—. Su enfado es superficial, espuma sin sustancia.

Philip frunció el ceño.

—Pero que el cielo ayude a los que se crucen en su camino cuando está irritado.

La muchacha se había retirado al comenzar la disputa, pero sólo hasta la entrada de la taberna. Precisamente fue un grito suyo lo que hizo volverse a Fulke y a sus compañeros, y ver que el paso de William era interceptado por un grupo de beligerantes jinetes.

Los ojos de Fulke se entornaron, concentrándose en los estandartes que pendían de las lanzas.

—Morys FitzRoger —siseó, y al instante se puso de pie y corrió hacia su caballo. Morys se llamaba a sí mismo señor de Whittington y era su enemigo jurado. Le acompañaban sus hijos adolescentes, Weren y Gwyn, y cinco hombres armados. Mientras Fulke montaba, su mente funcionaba a toda velocidad. Aunque fuera por el honor o el orgullo, no podían permitirse el lujo de una pelea. Lo que tenía que hacer era apartar a su belicoso hermano antes de que comenzara la lucha.

Llegó demasiado tarde. Hubo un repentino escaqueo, cuando William lanzó su caballo marrón contra el semental de FitzRoger y fue inmediatamente derribado de su montura. Quedó tendido en el suelo, entre burlas y risas. FitzRoger jugueteaba con la punta de su lanza, que apoyaba en la garganta de William.

—Déjalo —ordenó Fulke, llegando al galope.

—Bien, bien. No se trata sólo de uno de los cachorros de FitzWarin, sino de tres. —Fitz Roger sonrió al ver llegar a Philip tras Fulke, junto a los hermanos Hodnet—. Y tan lejos de sus tierras. —Mantuvo la lanza contra el cuello de William mientras

con la otra mano controlaba sin esfuerzo alguno su caballo.

—¡No tanto como tú de las tuyas! —Gruñó William desde el suelo, con imprudente valor.

—¿Cómo es eso? —dijo FitzRoger con fingido gesto de sorpresa—. Whittington está más cerca de Oswestry que Alberbury.

—¡Sí, y es nuestro! —La sonrisa se ensanchó, pero adquirió un matiz amenazador, muy poco amistoso—. Ladra cuanto quieras, cachorro ignorante, porque no podrás ir más lejos que el hedor de tu propio cubil. Dices que Whittington es tuyo. Entonces ven y tómallo. —Movi6 con precisión el filo de la lanza, haciendo brotar una perla de sangre como una joya bordada en una túnica.

—Déjalo ir —repiti6 Fulke. Con gran esfuerzo, consigui6 mantener serena la voz. FitzRoger se rio.

—¿O qué, pequeño? ¿Me vas a atacar con tu cuchillo de mesa como lo hizo el cegato idiota?

—Tal como dices, él no tiene importancia. ¿Por qué perder el tiempo en él?

—Ah, no es tiempo perdido —coment6 FitzRoger con indiferencia—. Estoy más que dispuesto a pasar un rato dándole una lección que tardará en olvidar. De hecho, se me ocurre que podría ampliar la lección a todos vosotros, puesto que Fulke Le Brun obviamente ha fracasado en el intento de enseñarles a respetar a sus superiores.

En el suelo, William se ahogaba, tanto por la furia como por la presión que la lanza ejercía sobre su garganta. Los hombres de FitzRoger se aprestaron en sus monturas, con las armas a mano, flexionando los músculos. Detrás de sus yelmos, los hijos de FitzRoger sonreían. Fulke estaba furioso, pero sabía que no podía perder la calma.

—Mi padre siempre nos ha enseñado a respetar lo que merece respeto, por eso jamás hemos tenido motivo para mostrarlo por la casa de los FitzRoger —respondió Fulke, y luego lanzando una mirada hacia un lado, impartió una rápida orden.

Una sombra de piel gris y plateada y un mordisco en la mano que empuñaba la lanza fueron las primeras noticias que Morys FitzRoger tuvo del mastín. Gritó e intentó liberar el brazo, dejando caer la lanza. Velozmente, Fulke la empuñó, la enganchó en el entramado de la malla de FitzRoger y lo derribó de su montura. La perra se lanzó sobre su rostro y Fulke gritó justo antes de que los dientes del animal se cerraran sobre la nariz del caballero.

Las espadas salieron de sus fundas cuando Fulke puso el filo de la lanza contra la garganta de FitzRoger.

—No creas que soy demasiado blando para hacerlo, porque te equivocarías. —Miró fijamente a los hombres de FitzRoger, sus ojos habían adquirido un tono oscuro, de pedernal—. He peleado en Irlanda y he derramado mucha sangre. Si mi hermano es un cachorro, yo soy un lobo.

Los hombres de FitzRoger le observaban, estupefactos por la velocidad con que la situación se había invertido.

—William, monta tu caballo —ordenó Fulke sacudiendo la cabeza.

El joven se puso de pie y subió a la montura. La sangre que le manaba de la garganta, sobre su pálida piel, era de un rojo brillante.

—Lo pagarás —masculló Morys FitzRoger desde el suelo—. Juro por mi alma que lo pagarás.

Mirándolo con ojos llenos de odio, la animadversión y el desprecio de Fulke aumentaron. La tentación de apoyarse sobre la lanza hizo que le temblaran las manos, y tuvo que recordarse a sí mismo que el objetivo era alejarse, con su pequeño grupo, de cualquier pelea.

Sin quitar los ojos de FitzRoger, ordenó a sus compañeros que partieran hacia la casa.

—¡Ya! —rugió al sentir, más que ver, que William dudaba. Mientras oía alejarse el tamborileo de los cascos de los caballos, hizo una mínima presión sobre la lanza, haciendo que FitzRoger sangrara como éste había hecho con su hermano—. Tienes razón —admitió con voz ronca—. Pagaré. Te daré todo lo que te mereces. Por mi alma, con Dios como testigo, lo juro. —Apartando la lanza del cuello de FitzRoger, la acomodó bajo su brazo y montó a caballo. Con una breve orden, la perra se puso junto a su estribo y partieron al galope detrás de los suyos.



—Lo siento, Fulke —se disculpó William, con voz contrita, mientras ponían sus monturas al trote y tomaban el atajo de un viejo paso de ganado para evitar el poblado siguiente.

—¡Por Dios, más te vale sentirlo! —replicó furioso Fulke. Todavía no sabía si estaban a salvo, y continuaba enojado—. ¡Podrías haber hecho que nos metieran a todos en una celda o que nos ataran a la cola de nuestros caballos para pasearnos de una punta a otra de Oswestry! Morys FitzRoger, más allá de lo mucho que le despreciemos, sigue siendo un hombre influyente en el pueblo, mientras que nosotros somos jóvenes caballeros de visita, muchachos con cuchillos, no con espadas, a la cintura, y con apenas suficiente dinero entre todos para comprar un poco de cerveza.

—Te dije que lo sentía. Además, no todo fue culpa mía. FitzRoger no me dejaba pasar.

—Y a ti no se te ocurrió echarle a un lado. —Fulke sabía la respuesta aun antes de escucharla. William se mantendría en su lugar, aunque se enfrentara a todos los diablos del infierno.

—¿Tú lo habrías hecho?

—Para evitar problemas, sí, lo habría hecho.

La mirada de William era de incredulidad. Pero una sonrisa repentina cosquilleó en la comisura de sus labios.

—Después de lo que te he visto hacerle a FitzRoger, aunque haya sido para salvar

mi pellejo, no te creo.

—Es la verdad. Y si hubieras usado la cabeza y te hubieras apartado, no me habría visto obligado a echarle a la perra y no estaríamos escapando campo a través como si fuéramos fugitivos. —Fulke miró hacia atrás, pero el camino aparecía desierto a sus espaldas hasta perderse tras una elevación del terreno.

—Pero valió la pena, ¿no? —La incorregible sonrisa se agrandó aún más en el rostro de William.

A pesar de su intención de permanecer enfadado, Fulke se encontró también sonriendo a regañadientes.

—Ésa es una pregunta que tendrás que hacerle a papá cuando te arranque la piel con el cinto —contestó.

William hizo un gesto de rechazo. Después se encogió de hombros.

—No sería la primera vez. ¿Puedo llevar la lanza? —Extendió la mano.

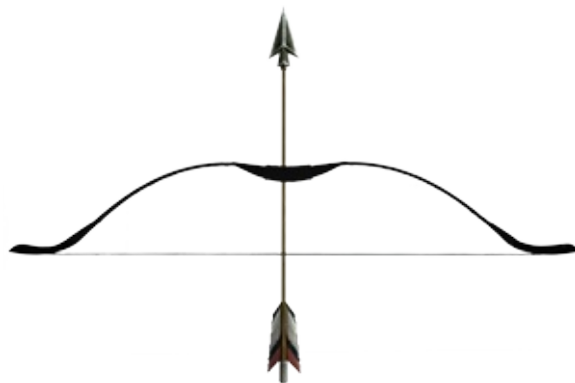
—Si no es la primera vez, entonces es evidente que no aprendes de tus errores —repuso Fulke, alcanzándole el arma.

William la cogió y apretó la mano en torno al pulido mango de alerce hasta que los tendones de su muñeca sobresalieron como cuerdas. Fulke vio, por la expresión de William, que su hermano había decidido hacer oídos sordos al comentario.

Cuando entraron cabalgando en Alberbury, varias horas más tarde, sudorosos los caballos por el paso veloz al que Fulke los había sometido, Le Brun les estaba esperando en el patio, con las manos cruzadas sobre el cinturón y una expresión sombría.

Aunque sabía que era imposible, Fulke pensó por un momento que las noticias del incidente en Oswestry los habían precedido. Pero entonces Le Brun se adelantó, y sin preguntar por qué habían forzado tanto a los caballos en el calor del verano, o qué hacía William con una lanza, habló.

—Ha venido un mensajero a mediodía. El rey Enrique ha muerto y nos han convocado en Westminster para jurar lealtad a Ricardo.



CAPÍTULO 7

Palacio y alrededores de Westminster, septiembre de 1189

—¡Fulke! —Theobald Walter abrazó a su antiguo ayudante y luego lo alejó un poco de sí para observarlo de arriba abajo—. Por Cristo, ¿has vuelto a crecer? —Sacudió la cabeza—. No, es el color oscuro de esa túnica lo que te hace parecer más alto y has perdido las facciones de bebé. ^—Condujo a Fulke al pabellón de lona veteada que le servía de alojamiento—. ¿Estás listo para tu ceremonia de investidura como caballero?

—Sí, mi señor —respondió el joven, ansioso—. Dos de mis hermanos también van a calzarse la espuela.

—¡Excelente! —exclamó Theobald—. Tu padre debe estar orgulloso. Tres hijos nombrados caballeros por Ricardo Corazón de León es una auténtica muestra de predilección.

Fulke se mostró de acuerdo, por mera educación. Su padre se había alegrado, pero no estaba entusiasmado con la noticia.

—Puede que Ricardo nos haga el favor de concederle el título de cabañero a mis hijos, pero me haría un honor más grande si reconociera nuestra reclamación de Whittington, y eso todavía está por ver —había comentado con cierta irritación.

—¿Ha venido también tu madre?

Fulke asintió y sonrió.

—Y mi tía, y mis otros hermanos. Una coronación y la ceremonia de investidura de caballeros son ocasiones demasiado infrecuentes e importantes como para dejarlas pasar. Aunque a las mujeres no se les permita asistir a la coronación, mi madre tiene planeado vaciar el tesoro familiar en los mercados y encontrarse con otras esposas con quienes buscar ofertas en los puestos y hablar de lo que no está escrito.

Theobald le devolvió la sonrisa.

—Sin duda, habrá motivos para estar felices. —Hizo un gesto a su ayudante más joven, Adam, para que les sirviera vino. Fulke enrojeció de placer y de vergüenza. Sería la primera vez que él y Theobald beberían, de hombre a hombre, en vez de hacerlo como amo y ayudante.

—Por el rey Ricardo —dijo Theobald alzando la copa—. Y a la mayor gloria de su caballería. —Si había algún cinismo en el brindis, lo ocultó bien.

—Amén —respondió Fulke, imitando el gesto de Theobald antes de tomar un trago.

Theobald bajó la copa y se sentó a horcajadas encima de uno de los cofres.

—Supongo que has venido también a ver a Jean.

Una sonrisa iluminó los ojos de Fulke.

—En parte, mi señor, pero vine primero a saludarte a ti. Conociendo a Jean, es más probable que se encuentre en la cocina o en los establos que aquí.

Theobald echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—En verdad, lo conoces bien. La orden de caballería no le ha cambiado, no ha aumentado ni sus dones ni sus gracias.

—¿Sigue convencido de tomar la cruz?

Theobald se puso serio.

—Sí, lo está. Lo echaré de menos, pero mi hermano Hubert saldrá ganando, porque Jean viajará en su comitiva. —Una nota de exasperación se filtró en la voz de Theobald—. El muchacho no está henchido del fervor religioso de muchos otros, más bien se trata de ese maldito deseo de viajar que tiene. Quiere ver otras tierras y otras costumbres, ése es su mayor afán en la vida. —Theobald miró a Fulke por debajo de sus gruesas cejas—. ¿Tú no sentiste la tentación de ir a la cruzada?

—Un poquito, mi señor, pero no lo suficiente como para coser una cruz a mi túnica. Mi hermano William quería ir, pero mi padre se lo impidió.

Theobald lanzó un resoplido.

—Creo que, en su juventud, tu padre hubiera ido. Era muy conocido por su carácter belicoso. Nadie se enfrentaba a la lanza de Fulke Le Brun si podía evitarlo.

Fulke se sintió orgulloso de la fama de su padre.

—Todavía lo evitan. —Tomó otro trago de vino. Era delicado como la seda roja y le recordó que los gustos de Theobald eran impecables. Un poquito de algo bueno, mejor que mucho de algo común—. Él siempre dice que mi madre le puso bridas a su espíritu vagabundo, que en ella encontró lo que andaba buscando: una bella mujer, vital y con una dote más grande que su capacidad de irritar.

Theobald se rio.

—Es una manera de explicar las cosas, supongo. Dudo que la reina madre o la prometida de Ricardo, la princesa Alicia de Francia, puedan mantener al rey lejos de este gran proyecto suyo por mucho que intenten retenerle con sus seducciones.

—Bueno, Ricardo es distinto a la mayoría de los hombres. —Theobald le miró seriamente. Fulke enrojeció, sintiendo que había dicho algo fuera de lugar—. Quiero

decir que vive para la guerra. Como el vagabundeo para Jean, la guerra es el alimento vital del rey Ricardo. No tiene ni tiempo ni predisposición para otras ocupaciones.

—Cierto —aceptó Theobald. Abundaban los rumores desagradables concernientes a las preferencias sexuales de Ricardo, pero no iba a ser él quien fuera a comentarlos con un joven de diecinueve años a punto de ser ordenado caballero. Además, tenía presente que su propia soltería podía ser causa de rumores entre algunas gentes, aunque bien sabido era que le gustaban las mujeres. Simplemente, no se había dado la ocasión idónea para casarse, y había mujeres en la corte a quienes la corona pagaba para que cubrieran las necesidades de gente en su posición.

La entrada de la tienda se abrió y Hubert, el hermano de Theobald, entró junto con un hombre delgado y calvo a quien Fulke no conocía. Fue presentado como Robert Le Vavasour, señor de Shipley y Warrington, un noble que compartía intereses similares a los de Theobald en sus territorios del norte. Al igual que otros arrendatarios de la Corona, estaba allí para ser testigo de la coronación y renovar su juramento de fidelidad.

—¿FitzWarin? —Miró a Fulke de pies a cabeza con una extraña, casi envidiosa, expresión en los ojos—. Debes de ser uno de los cachorros de Le Brun.

—¿Conoces a mi padre? —Fulke se sentía incómodo bajo la mirada de aquel hombre.

Le Vavasour sonrió.

—En su momento fuimos rivales por la mano de tu madre. Él ganó, como era de esperar, supongo, puesto que era el escudero del padre de la novia. Eso le dio una ventaja injusta. —Fulke no dijo nada, inseguro sobre lo que debía responder. Los labios de Le Vavasour se curvaron—. Yo me casé con Jonetta de Birkyn. Por desgracia, no me dio un ramillete de hijos, como ha hecho tu madre con tu padre. Entre abortos e intentos fallidos, antes de morir sólo me dejó una hija. —El tono de su voz era amargo.

—Que el alma de vuestra señora descanse en paz —dijo Theobald, haciendo la señal de la cruz y poniendo un poco de compasión en la charla. Fulke siguió su ejemplo, persignándose y murmurando las palabras de condolencia apropiadas.

Le Vavasour se limitó a gruñir y cruzar los brazos, asumiendo la postura de un hombre con quien hay que tratar con cuidado.

—Que así sea —repuso con brusquedad—. He gastado buena plata en misas en su nombre. —Apartando de la charla la memoria de su mujer, volvió al tema de su hija—. He traído a mi joven Maude conmigo. Nunca es demasiado pronto para empezar la búsqueda de un candidato adecuado. Tiene una buena dote. No es posible decir si será o no una belleza cuando crezca, pero tiene el cabello de su madre y el espíritu de los Vavasour. —Se acarició la barbilla y miró con suspicacia a Theobald—. Estoy dispuesto a escuchar ofertas, lord Walter.

Theobald pareció levemente sorprendido.

—¿De verdad? ¿Y qué edad tiene la muchacha? Sin duda, todavía es una niña.

—Tiene la edad legal para casarse —respondió Le Vavasour haciendo un gesto de soberbia con el mentón—. Cumplió doce años el día de San Juan.

—Jesús, Rob, ¡casi tengo edad para ser su abuelo!

—Apenas hay un cabello gris en tu cabeza, y yo prefiero que se case con un hombre que sepa del mundo, que pueda pelear y gobernar, a desperdiciarla con un muchacho. Me quedo con la edad y la experiencia antes que con la apostura de la juventud. —Miró a Fulke, sin ánimo de insultarlo, pero sí para enfatizar su argumento—. Nuestras tierras son colindantes en el norte. Sería una unión beneficiosa.

Theobald sacudió la cabeza.

—No estoy pensando en casarme.

—Deberías. Tu hermano no tendrá herederos legítimos, ¿no? —preguntó Le Vavasour, señalando a Hubert.

—Tampoco los tendría yo con una niña de doce años —respondió Theobald.

Le Vavasour abrió los brazos.

—Bueno, si cambias de opinión, estoy dispuesto a escuchar ofertas para mi hija, sobre todo viniendo de un hombre de tu rango y tus medios. —Cambió de tema, continuó hablando de la coronación.

Fulke se excusó cortésmente y se abrió paso entre las tiendas, hacia las cocinas, en busca de Jean. Había decidido que no le interesaba demasiado Robert Le Vavasour. El hombre tenía una opinión demasiado elevada de sí mismo y demasiado ruidosa del resto.

Fulke encontró finalmente a su amigo en las cocinas, donde en ese momento era reprendido por la gorda Marjorie.

—¡Mil copas extra y dos mil jarrones! —decía en voz alta, con el rostro enrojecido y sudoroso de tanto cocinar en tres grandes calderos a la vez—. Y eso es sólo el comienzo. ¡El viejo rey se revolvería en su tumba si pudiera ver semejante extravagancia! —Sacudió una cuchara de madera apuntando a Jean, y después a Fulke, como si considerara que ambos tenían la culpa.

Para Fulke, las cocinas eran lo más parecido a las salas del infierno. Los fuegos brillaban debajo de los calderos, los hogares, llenos de carbones, irradiaban su enorme calor sobre salsas y pasteles. Una montaña de gallinas, pollos y codornices, todos muertos, impedía al muchacho ver el horno donde la enésima tanda de pan se estaba cocinando para el banquete. Varias pinches estaban sentadas, desplumando aves y llenando bolsas con las plumas. A un lado, un enorme jabalí esperaba las atenciones del carnicero. Como el tiempo era bueno, también se usaba la zona situada alrededor de las cocinas, y los sirvientes, bajo la luz de las antorchas, troceaban, removían y horneaban. Nadie dormiría esa noche, y tampoco al día siguiente.

—Ricardo sabe lo importante que es mostrar lo que se tiene —explicó Jean a la mujer mientras saludaba a Fulke con un gesto con la mano—. Llena la panza de un hombre, hazle sentirse importante y estará más dispuesto a responder con

generosidad.

—¿Entonces podemos esperar un aumento de nuestros salarios? —soltó Marjorie mordazmente. Luego, tras emitir un gruñido de impaciencia, se ablandó lo suficiente como para dar a los muchachos una gran porción de pan de jengibre, que eligió de un montón que se estaba enfriando sobre una bandeja de madera—. Fuera de aquí —ordenó, señalando la puerta abierta—. No tengo tiempo para chismorrear esta noche, sois más un estorbo que una ayuda.

Jean le hizo una reverencia.

—Consideraré tus palabras como el peor de los castigos, mi señora.

Marjorie sacudió el puño, bromeando, pero luego se volvió con una sonrisa preocupada a la hilera de ollas que bullían sobre el fuego de una de las parrillas.

Jean dio una palmada a su amigo en el hombro.

—Es un placer verte.

—También verte a ti. —Fulke masticó el pan de jengibre, disfrutando de la mezcla de miel y especias de la masa. Entre bocado y bocado, habló con Jean sobre su inminente ceremonia de ordenación de caballero.

—Se acabó lo de «Fulke», ahora serás «*sir* Fulke» —se burló Jean, con una sonrisa. Su propia ceremonia había tenido lugar dos años antes, pero, a diferencia de su amigo, no contaba con ninguna herencia y estaba al servicio de la familia Walter para garantizarse el sustento diario.

Fulke se rio.

—Dudo que nadie me vaya a obsequiar con el título.

—Entonces, ¿no vas a buscarte un ayudante?

—Sí, mi hermano Ivo, y él seguro que no va a llamarme *sir*.

Ya fuera de las cocinas, hicieron una pausa al lado de una olla de vino y agua, en la que un pinche estaba mezclando tazas de trigo y centeno para preparar un postre.

—¿Qué harás cuando te armen caballero?

—Quizás pase una temporada en el circuito de torneos. —Tal era la ocupación de muchos caballeros recién ordenados. Quienes no tenían tierras, iban a las justas con la esperanza de conseguir empleo o heredades propias. Los que disponían de herencia, pero querían aprovechar el tiempo antes de recibirla, se unían a los torneos afín de aumentar su experiencia guerrera y mantener el aburrimiento a raya. Era, en fin, una excelente, aunque algo peligrosa, manera de mantenerse en forma.

—Entonces ¿no deseas tomar la cruz? —preguntó Jean señalando la insignia roja cosida a su túnica como señal del juramento hecho al rey Ricardo de unirse a la cruzada.

—Un poco, pero no soy un fanático, y las tierras y los intereses de mi familia están primero. —Fulke miró a su amigo—. Para ti no importa demasiado, y yo sé cuánto te arden los pies si te quedas en el mismo lugar demasiado tiempo.

Jean sonrió por el comentario.

—Necesito saber qué hay al otro lado de la colina, sea prado o desierto.

—En general, suele haber otra colina —observó Fulke.

De mutuo y silencioso acuerdo se fueron a una de las tabernas que servían a los guardias y a los trabajadores del castillo. Encontraron un banco libre, se sentaron y pidieron una jarra de hidromiel para bajar el pan de jengibre.

—Mi padre dice que Ricardo va a poner Inglaterra en venta —comentó Fulke al llenar las copas—. Que cada puesto importante, cada título de lord y de gobernador, le será quitado a su actual titular y vendido al mejor postor.

—Puede que sea cierto —asintió Jean—. El tío de lord Theobald, Ranulf, ha perdido su puesto de gobernador de Yorkshire y fue obligado a pagar una multa de quince mil libras por abusos cometidos ejerciendo el cargo.

—¿Abusos, él? —Fulke pensó en el digno caballero de cabellos canos—. Ésa es una acusación falsa, ¡sin duda!

—Ranulf no puede estar en todas partes al mismo tiempo y tiene que delegar funciones en sus subalternos, que también fueron duramente multados. Las pequeñas irregularidades se exageraron hasta convertirlas en supuestas estafas de grandes proporciones. —Jean pasó el pulgar por el borde de su copa—. El poder de Ranulf proviene del rey Enrique, y Ricardo quiere demostrar que su palabra es ahora la única ley. La familia De Glanville no será aplastada, pero ha sido advertida de que no haga alardes innecesarios.

—¿Qué dice lord Theobald de todo esto?

Jean se encogió de hombros.

—Muy poco. Es lo suficientemente astuto como para saber cuándo conviene guardar silencio. Su hermano Hubert va con la comitiva de Ricardo y él permanece en la de Juan. La familia pone huevos en más de un nido. Hasta que Ricardo se case y tenga un heredero, el príncipe Juan es su sucesor.

Fulke frunció el ceño. Ricardo tenía ya treinta y dos años. Llevaba prometido con la princesa Alicia de Francia más tiempo que años tenía el propio Fulke, y aún no había señales de matrimonio y mucho menos de herederos. Para colmo, ir a una cruzada no era precisamente garantía de longevidad.

—¿Qué pasa con el príncipe Arturo? —preguntó. Godofredo, el que seguía a Ricardo en la línea sucesoria, había muerto accidentalmente en un torneo poco después del vergonzoso regreso de Juan de Irlanda. Sin embargo, había dejado la semilla de un hijo en el vientre de su mujer.

Jean sacudió la cabeza.

—Arturo de Bretaña tiene sólo dos años. Los lores no elegirían a un niño criado en el extranjero antes que a Juan. Sean cuales sean sus faltas, es el hermano de Ricardo. Éste puede amenazar cuanto quiera a Juan con nombrar a Arturo como heredero, pero cuando haya que decidirse, no lo hará.

—Entonces le deseo a Ricardo un largo y venturoso reinado —dijo Fulke, golpeándose el pecho con vehemencia—. Lo que me preocupa es quién controlará las tierras de Ricardo cuando esté lejos, salvando Jerusalén. —Hizo un gesto—. ¿Quién

salvará entonces a Inglaterra de Juan?

—Lord Theobald dice que la reina Leonor será nombrada regente. Hubert le comentó que Ricardo no dará a Juan poder alguno, porque no confía en su lealtad.

—Espero que sea cierto —apuntó Fulke, sombrío, recordando lo sucedido en Irlanda e imaginando la mezquina tiranía de Juan si dispusiera de más poder y más recursos. Y si Ricardo muriera en la cruzada... un escalofrío involuntario le recorrió la espalda.

Desde la taberna fueron juntos a las tiendas que albergaban a los FitzWarin. Apenas había un espacio libre entre tantos refugios y tiendas de lores y vasallos llegados a Westminster para la ceremonia de coronación y para jurar lealtad al nuevo rey.

—¿Apelará tu padre por el asunto de la propiedad de Whittington? —preguntó Jean cuando se acercaban a los pabellones de los FitzWarin. Las lonas llevaban el emblema de los dientes de lobo, y el estandarte de su padre ondeaba en una lanza plantada en tierra, frente a la mayor de las dos tiendas. Fulke asintió.

—Fue su primer pensamiento cuando conoció la muerte del rey Enrique. Desde entonces ha contado sus riquezas, porque sabe tanto como cualquiera que Ricardo necesita dinero para la cruzada, y que va a escuchar todas las ofertas. —Su expresión se ensombreció—. Le irrita más de lo que te puedas imaginar que lo que nos pertenece por razones de honor y derecho tengamos que comprarlo como un lienzo en el mercado.

La conversación fue interrumpida por el agudo grito de una niña que pasó corriendo a su lado, con una pelota de cuero entre las manos. Llevaba trenzas plateadas y su vestido azul estaba arremangado hasta la cintura para correr mejor. Unos zapatitos de piel de cabra adornaban los veloces pies de la niña, que reía sin parar mientras corría.

—¡Devuélvela! —Entre las tiendas aparecieron tres niños gritando indignados. Eran los hermanos menores de Fulke, Alain y Richard, y su amigo Audulf de Bracy.

—¡No lo haré, salvo que me dejéis jugar! —Se dio media vuelta, con la pelota bajo el brazo, y se apartó las trenzas del rostro. Su respiración era agitada. Un delicado colgante de plata le adornaba el cuello, y el exquisito bordado del vestido revelaba que su rango era tan alto, por lo menos, como el de Fulke.

—¡Eres una niña! —gritó Alain para justificar el hecho de que no la dejaran jugar.

—¡Eso quiere decir que soy más, que puedo ganar a niños con cabeza de repollo!

—¡No! ¡Dame la pelota! —Alain se lanzó hacia ella. La pequeña gritó e intentó salir corriendo, pero el pequeño la derribó con un movimiento muy rápido. En vez de estallar en llanto o enfadarse como la mayoría de las niñas con las que se había topado, ésta se aferró a la pelota y la usó para golpear al muchacho, que tuvo que soltarla para esquivar la lluvia de pelotazos. Richard y Audulf abrieron la boca asombrados.

Con el pelo y la ropa revueltos, pero triunfante, la niña se puso de pie, manteniendo la pelota en su poder. Una mancha de hierba ensuciaba su vestido azul y una de las cintas que sostenían las medias se le había desatado y parecía un jirón de tela colgando de la delgada pierna izquierda.

—Dejadla jugar, muchachos —dijo Fulke riendo—. Se lo merece.

La niña, que no había visto a Fulke, le lanzó una mirada. El joven esperaba encontrar unos ojos azules que acompañaran a la cabellera rubia, pero eran de un verde pálido y estaban rodeados de espesas pestañas, un poco más oscuras que el pelo.

—Ya no quiero —espetó con un mohín de su pequeña nariz, tirando la pelota hacia Alain como quien lanza una migaja a un pordiosero—. ¿Es tu ayudante? No tiene modales.

Fulke reprimió una sonrisa.

—Es mi hermano. —A su lado, Jean también intentaba contener la risa.

La niña miró a Fulke con desconfianza.

—Es mucho más joven que tú.

—Once años —respondió Fulke con una mirada de aviso a Alain, que parecía un barril de alquitrán recalentado a punto de explotar—. Y tú, mi señora, ¿quién eres?

La niña se colocó otra vez las trenzas y le miró con desdén, lo que la hizo aún más graciosa.

—Yo soy Maude Le Vavasour —contestó, orgullosa—. Mi papá es un gran señor, delegado del gobernador de Lancashire.

Fulke la miró con sorpresa.

—Sí, le conozco.

—No, no le conoces —dijo la pequeña con tono nervioso pero firme.

—Le conozco. Su nombre es Robert, viste una túnica roja y pantalones azules con galones escarlatas. Y te está ofreciendo en matrimonio a Theobald Walter o a cualquiera de buena familia que esté dispuesto a pagar el precio que pide. —Una chispa de piedad brilló en la mirada de Fulke. Maude era una niña, una muchacha frágil, que se escapaba corriendo con la pelota de su hermano. No se la podía imaginar casada con nadie—. Es amigo del caballero a cuyo servicio me encontraba —remató. La niña aguardaba, de pie, mirándole con sus extraños ojos claros—. ¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Sabe que he salido de visita con mi abuela.

Fulke miró a su alrededor.

—¿Y dónde está tu abuela?

—Allí. —Maude señaló la tienda de los FitzWarin—. Me dijo que podía ver a los niños jugar, pero yo quería participar.

—Y no hay nada de malo en ello. —Fulke se preguntó si debía entrar en la tienda y presentarse, o retirarse rápidamente. Estaba seguro de que su padre y sus dos hermanos, William e Ivo, se habían ido. Pensaba así porque los perros no habían ido

corriendo a recibirlo. La excusa de sacarlos de la tienda para airearla y para que hicieran ejercicio era perfecta cada vez que su madre estaba en compañía de una chismosa.

Cuando estaba a punto de marcharse, oyó un murmullo en la entrada de la tienda y voces femeninas que se despedían. Una mujer delgada y de rostro enjuto, vestida con elegancia, salió, seguida de su madre.

—Veamos —dijo la visitante—, ¿dónde está esa niña? —De repente sus ojos encontraron a Maude y las facciones se le contrajeron, horrorizadas—. Virgen santísima, ¿qué has estado haciendo? —exclamó, corriendo hacia la niña con pasitos que revelaban una educación propia de la nobleza—. Te dije que no te ensuciaras el vestido. ¿Qué dirá tu padre? ¡Pareces una pequeña vagabunda!

—Quería jugar, pero el niño fue un bruto y me dijo que no podía, ¡porque soy una niña! —La indignación hacía que le temblara la voz—. Cuando lo hice, me persiguió y me derribó.

No había señales de Alain ni de los otros dos niños por ninguna parte. Al primer indicio de posibles problemas, se habían esfumado.

—Nunca confíes en una mujer —murmuró Jean—. Incluso a esta edad ya son mortales.

—Está bien, Mathilda, entremos. Arreglaremos esto en un momento —dijo Hawise—. No es tan grave.

—Su padre quiere que cause una buena impresión, especialmente ahora que trata de conseguirle esposo. —Cogiendo a la niña por el brazo con mano firme, como si temiera que fuera a escaparse, la mujer se dirigió al interior de la tienda.

—Me da pena la jovencita —dijo Fulke—. Si mi madre hubiera tenido hijas, mi hermana sería igual que ella.

—Da gracias a Dios por la suerte de no haber tenido una hermana, porque estarías enroscado, como un anillo, en torno a su dedo meñique —declaró Jean sentenciosamente.



Theobald Walter tardó unos instantes en notar que le estaban dirigiendo la palabra.

—¿Cómo? —le dijo a su hermano.

Hubert suspiró, irritado.

—Dije que podrías hacer cosas peores que tener en consideración la sugerencia de Le Vavasour.

Estaban sentados en la tienda de Theobald, tomando una copa de vino antes de retirarse. Era poco antes de medianoche. Hubert vestía por última vez las ropas de archidiácono de York. Al día siguiente sería consagrado obispo de Salisbury, y se pondría la capa bordada con oro y la mitra dorada propias de su oficio.

—¿Qué dices? ¿Debo pedir la mano de una niña de doce años? ¿Piensas que soy

un depravado? —Las palabras de Hubert le habían cogido por sorpresa, y la voz de Theobald vibraba de indignación.

—No, tonto, olvida la mano, ¡pides sus tierras! —replicó Hubert—. La acompaña una rica dote y eso sí debe ser considerado, ¡incluso por alguien tan recto como tú! Piensa en Edlington, Shipley, Hazelwood, Wragby. ¡Quien despose a la niña heredará una fortuna!

Theobald miró a su hermano con una sensación muy cercana al disgusto. Hubert podía ser sacerdote, pero estaba lejos de la santidad. Sus inquietantes consejos financieros eran famosos.

—Tiene doce años —repitió.

Hubert se encogió de hombros.

—¿Qué tiene que ver eso con el color del dinero? Cuando tenga, digamos, catorce o quince, y esté lista para quedar preñada, tú todavía no serás viejo, ¿no?

Theobald hizo un gesto con la mano.

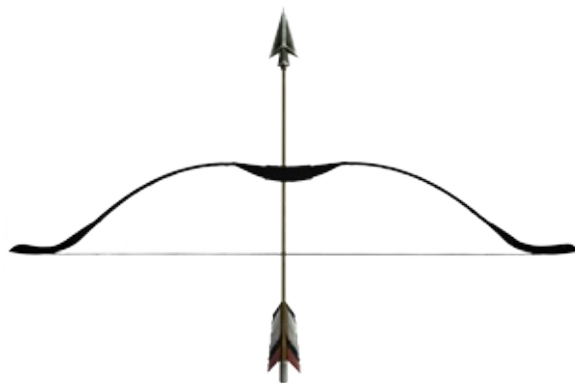
—Vete antes de que te eche —le respondió, ahora con más impaciencia que irritación. Sabía, y eso le incomodaba, que Hubert hablaba con mucho sentido común desde el punto de vista de los intereses familiares.

—Ya me iba. —Hubert se levantó y se dirigió a la entrada de la tienda, con paso leve, a pesar de su peso—. Piensa en ello, Theo. Es una buena oferta, y si no arreglas tu matrimonio pronto, nunca lo harás. Tal vez, de nosotros dos, tú deberías haber sido el sacerdote.

—Me falta la avaricia necesaria para ello —gruñó Theobald.

Sacudiendo la cabeza, y sonriente, Hubert se retiró.

Theobald miró fijamente la entrada de la tienda. Las tierras de la niña serían muy útiles, puesto que lindaban con sus propiedades del norte. Pero no quería una novia de doce años. Incluso de quince le parecía peligrosamente joven. Fulke tenía esa edad cuando le había tomado a su servicio, el invierno anterior a su viaje a Irlanda. Intentó imaginarse a una niña de tales años y frunció el ceño. La imagen era demasiado tentadora y demasiado vergonzosa para tolerarla. Poniéndose rápidamente de pie, se fue a su estrecha y solitaria cama, poco más que un lecho de celda monacal.



CAPÍTULO 8

La seda dorada de la capa de Fulke no era nada en comparación con las prendas con las que los grandes magnates y obispos se cubrieron para la coronación. Vibrantes telas de tonos escarlata y azul, bordadas y adornadas con joyas, hacían brillar el suelo de la abadía como un vitral viviente. Tan grande era la cantidad de perlas bordadas en la capa del arzobispo Baldwin que era un milagro que pudiera caminar.

El príncipe Juan, envuelto en su capa de lana, azul como el cielo de medianoche, estaba resplandeciente. Pequeñas gemas decoraban la parte de la garganta y de los puños, y un enorme broche circular de oro exquisitamente labrado ajustaba el manto ribeteado de piel. No se podía dudar de que era un príncipe; pero todos los ojos estaban posados en Ricardo. Aun vestido con una sencilla túnica de lana roja, saltaba a la vista que era un rey. La escasez de adornos enfatizaba su constitución atlética y la severa belleza de su estructura ósea.

Con gran ceremonia, los ayudantes despojaron a Ricardo de la túnica, los zapatos y los pantalones, dejándolo sólo con la camisa y las medias. Los lazos de la primera fueron desanudados y el pecho real quedó al descubierto, revelando una viril superficie cubierta de pelo. El arzobispo Baldwin ungió la cabeza, el pecho y las manos de Ricardo con óleo sagrado, otorgando así la divina sanción a su reinado.

La solemnidad del momento y el silencio de la gran nave de la abadía del rey Eduardo hicieron estremecerse a Fulke. A juzgar por los rostros de quienes estaban a su alrededor, todos se hallaban igualmente maravillados.

Tras la unción, Ricardo fue vestido con las ropas reales. Un manto de seda púrpura reemplazó a la túnica roja, y en lugar de los sencillos pantalones con los que había llegado, le colocaron otros ricamente bordados con pequeños leopardos de oro.

Ricardo se aproximó al altar y, tomando la corona con ambas manos, se la presentó al arzobispo. Fulke intercambió una mirada con su padre, que levantó las

cejas cuando Ricardo inició la coronación sin esperar la orden de Baldwin. El arzobispo mantuvo una digna compostura, más allá de lo que pensara en aquel momento. Con seriedad, aceptó la tiara y la colocó sobre la cabeza de Ricardo, significando de ese modo el papel sagrado del monarca como regente de Inglaterra. Después de la coronación llegó el banquete, para el cual Marjorie y los otros ayudantes de cocina habían estado trabajando durante los últimos tres días. Como en la abadía, no había mujeres, ni siquiera para servir las mesas. Las esposas e hijas de los hombres que habían presenciado la coronación estaban reunidas en su propia fiesta, en el salón Rufus, presidida por la reina Leonor.

Consciente de que al día siguiente sería investido caballero y de que tenía que mantener la vigilia en la capilla durante esa noche, Fulke bebió vino, excelente y abundante en el festejo, con moderación. Hubiera sido un sacrilegio quedarse dormido por el alcohol durante sus plegarias. Incluso William, el más aficionado de los hermanos a los placeres del vino, se las arregló para no beber.

Durante el banquete, los nobles se aproximaron a la mesa principal, llevando regalos para el nuevo rey. Entre ellos estaba Morys FitzRoger de Powys.

William se puso rígido como un perro listo para pelear por un hueso.

—¿Cómo se atreve? —susurró, apretando el mango de su cuchillo.

—Tranquilo —advirtió Le Brun—. Tiene el derecho, al igual que los demás hombres presentes, de hacerle obsequios al nuevo rey. ¿Crees que si estropeamos esta fiesta con una pelea el rey Ricardo nos va a mirar con buenos ojos?

—¡Pero dejará que le adule y le hable de Whittington, y jamás será nuestro! —objetó el ardiente muchacho con furia.

—¡Muérdete la lengua! —le respondió su padre con igual furia—. Ahora no es ni el momento ni el lugar. Me molesta tanto como a ti, pero me aguanto. Mañana te conviertes en caballero. Procura convertirte también en hombre.

William brillaba de pura indignación, pero se sometió, encogiéndose de hombros y arrojando el cuchillo a un lado.

Fulke observó cómo FitzRoger hacía una reverencia y volvía a su lugar. Fuera lo que fuera lo que le había dicho al rey Ricardo, no se había quedado a pedir favores, una buena idea cuando Corazón de León estaba rodeado por todas partes por hombres que buscaban su atención y su buena voluntad. Era difícil que el rey recordara una pequeña petición entre tantas.

Mientras William seguía mirando airadamente a FitzRoger, Fulke fijó su atención en la mesa principal y detuvo la mirada en el príncipe Juan, que estaba sentado en un lugar de honor, cerca del rey. Ricardo había sido generoso al dar a su hermano menor como esposa a Isabel de Gloucester, asegurando el derecho de Juan a tierras muy ricas del suroeste, las de las Marcas y las de Midlands. El príncipe tenía sobrados motivos para estar contento, aunque su expresión no dejaba de revelar cierto grado de insatisfecha petulancia. Por otro lado, se sabía que Isabel era una rata cruel, con doble papada y una sombra oscura sobre el labio superior. Puesto que Juan tendía a preferir

a las muchachas rubias de pronunciadas caderas y glúteos firmes, Fulke dudaba de que la cama matrimonial del príncipe fuera a convertirse en escenario de delicias.

Juan se volvió y su mirada se cruzó con la de Fulke. Fue como si chocaran dos espadas echando chispas. Fulke sostuvo la mirada un momento y luego la apartó, como indicaba la etiqueta. Pero sin someterse. Juan hizo un comentario a su compañero de mesa y el hombre se rio. Fulke apretó los puños, igual que William había hecho ante Morys FitzRoger. Con cuidado, relajó las manos y se dijo que Juan no valía un momento de enfado. Pero, inconscientemente, un instante después levantó la mano y se pasó un dedo por la nariz.



Maude Le Vavasour se sentó al lado de su abuela, en el Rufus Hall, y jugueteó con la ración de marsopa que había en su plato. Se suponía que era un manjar exquisito, pero Maude detestaba el pescado de cualquier clase, aunque estuviera rodeado de un encantador mar de gelatina verde decorado con caracoles. Éstos se hallaban en sus conchas y había alfileres de plata para sacarlos. La niña miraba con horrorizada fascinación a su abuela sacar una de las grisáceas criaturas de su hogar, sumergirla en una cazuela con salsa picante y llevársela a la boca.

Tras masticarla un tiempo, Mathilda se limpió los labios delicadamente con su servilleta de lino.

—Delicioso —sentenció.

Maude tembló. Se preguntó cuánto tiempo tendría que esperar hasta que sirvieran los postres. Tenía debilidad por las frutas bañadas en miel y por los pasteles de higo fritos, pero tales platos todavía no habían sido servidos y el banquete parecía eterno.

La reina Leonor y varias mujeres nobles de la corte ocupaban la mesa principal. Allí estaba la bovina Isabel de Gloucester, recientemente prometida al príncipe Juan, y también Isabel de Pembroke, la prometida medio irlandesa de Guillermo el Mariscal. No faltaba Alicia de Francia, supuestamente a punto de casarse con el rey Ricardo, aunque su abuela había dicho sobre el asunto, por lo bajo, algo sobre cerdos haciendo nidos en los árboles. No lo había entendido, pero era una idea interesante, y Maude se imaginó a un jabalí de colmillos afilados balanceándose peligrosamente en lo alto de un alerce durante una tormenta. Tendría que tener cuidado al caminar por los alrededores; las ardillas y los cuervos ya eran suficiente fauna. Casi se rio en voz alta, pero se las ingenió para fingir que tosía, antes de que la regañaran por no comportarse como una dama.

El día anterior su abuela la había reprendido con severidad por tus escarceos, tras mancharse el vestido y comportarse de manera impropia ante *lady* FitzWarin y sus hijos.

—¿Cómo encontrará tu padre un esposo decente para ti si tú te portas de forma tan vergonzosa? ¡Si tu pobre madre pudiera verte, se echaría a llorar!

Maude dejó a un lado la marsopa, ya sin ganas de reír. Su abuela quería que se sintiera culpable, y empezaba a tener éxito. Pero bajo la superficie del arrepentimiento bullían la vergüenza, la rabia y el rencor. Su madre siempre había estado llorando, porque no se encontraba bien, o porque la vida estaba repleta de desafíos y dificultades que ella no tenía fuerzas para afrontar.

Además, Maude sabía que *lady FitzWarin* no se había enfadado. Notó en sus ojos y en su boca que se había esforzado para no sonreír. También quitó importancia a la mancha del vestido, diciendo que era un accidente común en los juegos de niños y no un desastre insalvable. Su abuela había afirmado que *lady FitzWaren* lo decía por pura educación, pero Maude sabía que no era así. A pesar de la diferencia de edad, había reconocido en la dama a un espíritu afín.

Desagraciadamente, *lady FitzWarin* y sus hijos estaban lejos, en una mesa al otro extremo de la sala. Alain y Richard FitzWarin podían ser unos cerditos ignorantes, pero su edad era similar a la suya y su compañía la habría ayudado a aliviar el fastidio de aquel festín interminable. Por lo menos, a ellos la gente no les miraba como si fueran potrillos en el mercado, decidiendo si eran o no buenos animales. Maude había escuchado cómo varias mujeres, madres de caballeros, habían murmurado con Mathilda, preguntando por la edad, el carácter y la dote de su nieta. La niña sacó la lengua a una, y por ello se había ganado un furioso rapapolvo y la amenaza de una paliza.

Maude deseó haber nacido varón. No era la primera vez que lo pensaba. Su padre tendría un heredero y ella no estaría obligada a quedarse en los aposentos de las mujeres, en la casa, al cuidado de niñeras y parientes renuentes, sino que ya habría sido enviada como ayudante a alguna casa de renombre. Agitó las piernas debajo de la mesa, dando patadas a los pliegues de su mejor vestido. Las ropas de hombre eran mucho más prácticas. Con frecuencia había soñado que posaba con una espada a la cintura, como su padre. El arma hablaba de poder y rango, de la mística del guerrero y de la voz de la autoridad. Era un privilegio que ella sabía que nunca poseería. Incluso a la reina Leonor le era vedada la asistencia a la coronación de su propio hijo y al festín subsiguiente. No era justo.

—Quédate quieta —la regañó Mathilda—, y deja de jugar con la comida.

—No me gusta.

La mujer alzó los ojos al cielo.

—Te gustaría si la probaras —dijo impaciente. Cogió uno de los caracoles del plato de Maude, lo sacó de su concha y se lo puso en la boca—. ¿Ves? —La niña puso cara de asco y apartó la vista. La anciana suspiró—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Era una pregunta que se repetía con tanta frecuencia y tan poco efecto, que Maude ni siquiera la escuchó.

—Tengo que ir al baño.

—¿No puedes esperar? —susurró Mathilda—. ¿Tienes dos años para no poder aguantar ni un minuto?

—Pero esto va a durar mucho más de un minuto. —Maude empezó a mover las piernas para subrayar su necesidad.

—Está bien —capituló la abuela—, pero no hagas tonterías y vuelve pronto.

Maude dejó su lugar con la medida de una jovencita bien criada. Le resultaba difícil, porque ella ansiaba correr, pero no quería llamar la atención. Sin embargo, no pensaba darse prisa en volver. Podría argumentar que, al regresar, se había perdido en el laberinto que era Westminster.

Encontró el baño con facilidad y le llevó escasos segundos vaciar su vejiga, que no estaba, ni con mucho, tan llena como había dicho. En vez de volver a la sala de las mujeres, se dirigió al Salón Blanco, donde el rey Ricardo estaba comiendo con los nobles, entre ellos, su padre.

Los sirvientes corrían de un lado a otro con bandejas repletas y humeantes, o con restos fríos. Maude reconoció las omnipresentes raciones de marsopa adornadas con ostras y caracoles. El olor a pescado impregnaba el aire nocturno. También lo hacían las risas y la música que sonaban en el salón. Se acercó lentamente, intentando echar una ojeada al misterioso mundo masculino.

Siguió a un hombre cargado con una fuente en la que había un enorme lucio relleno, y entró en un mundo que le era sorprendentemente familiar y extraño a la vez. Las voces eran más altas y ruidosas, pues los invitados eran en su mayoría hombres adultos, pero el refinamiento de las ropas, los colores opulentos reunidos en torno a las mesas y el arreglo formal de los invitados eran un reflejo exacto de la sala de las mujeres. El rey Ricardo estaba sentado en el centro de la mesa principal, en la misma posición que la reina Leonor. Su cabello parecía llamear y, con la capa ceremonial blanca, púrpura y dorada, parecía incandescente. Los obispos del reino estaban sentados a su lado, como piezas de un collar de brillantes. Debajo de la mesa principal se sentaban los magnates y los nobles, todos brillantes de sedas y oro. Pensándolo bien, el festín de las mujeres era un apagado reflejo de aquel relumbrón de pavos reales.

Maude se quedó de pie junto a una puerta lateral, con los ojos desorbitados, incapaces de abarcar todo el esplendoroso despliegue. Su diminuta figura parecía aún más empequeñecida por el tamaño de la sala y el enorme grupo que albergaba.

—Creo que vas a tener problemas otra vez, señorita Le Vavasour —dijo una voz sonora, matizada por un toque risueño.

Maude dio un respingo y apartó su mirada del banquete para contemplar al hermano mayor de Main FitzWarin. Sabía que su nombre era Fulke porque su abuela y *lady* Hawise habían estado hablando de él, y comentaron que iba a ser nombrado caballero.

—Fui al baño y me perdí —repuso, poniéndose a la defensiva e inclinando la cabeza para mirarlo. Era mucho más alto que su padre, con abundantes cabellos negros y unos ojos sonrientes que, a la luz de las antorchas, parecían de un indeterminado color oscuro. La nariz hubiera sido recta y delgada de no tener una

vieja lesión en el puente.

Se cruzó de brazos.

—Eso no es verdad. Querías mirar, ¿no es cierto?

—¿Y qué si quería hacerlo? —El buen humor de su mirada la irritó. Sospechaba que se estaba burlando de ella, que su conducta le servía de entretenimiento—. ¿Por qué crees que es asunto tuyo?

—No lo creo, señorita, puesto que me dispongo a iniciar mi vigilia, pero otros podrían no estar tan dispuestos a hacer la vista gorda. ¿Qué diría tu padre si te viera?

—No le importaría. —Desmintiendo sus atrevidas palabras, una ráfaga de pánico aceleró el corazón de Maude. Recordaba con incómoda claridad los golpes del látigo de su padre sobre sus piernas, y no deseaba tener recuerdos más frescos de semejante sensación. Miró a Fulke furiosa, deseosa de pelear, y también de esconderse y de llorar.

—Tú lo conoces mejor, supongo, pero dudo que te dé la bienvenida con caricias y sonrisas. —La cogió del brazo—. Vamos, señorita Le Vavasour, permíteme que te acompañe de regreso a la sala de las mujeres.

—No necesito escolta —respondió desabridamente, sacudiendo el brazo—. Puedo encontrar sola el camino de vuelta.

—Estoy seguro, y también creo que tardarías mucho tiempo y dirías muchas vueltas. No es prudente para una niña pasear sola por Westminster.

—¡Si fuera varón no dirías eso! —se quejó Maude, sintiéndose disminuida.

—No, los peligros para los varones son diferentes.

—¿Fulke? Pensé que ibas con tus hermanos a la capilla.

Maude miró al hombre mayor que había pronunciado aquellas palabras, apenas un poco más bajo que su joven acompañante indeseado. Tenía una abundante cabellera rizada, que empezaba a encanecer, y sus ojos eran de un penetrante color gris.

Allí iba, mi señor, pero me encontré con la señorita Le Vavasour echando una ojeada a la fiesta —contestó Fulke con un tono sugerente—, y los dos hombres intercambiaron una mirada.

Al fruncir el ceño, unas profundas arrugas aparecieron entre las frondosas cejas del caballero mayor, pero su tono era gentil cuando le habló.

—Niña, no deberías estar aquí. ¿Quieres hablar con tu padre? —Miró a su alrededor, y luego hacia la sala.

Alarmada, Maude negó con la cabeza.

—Sólo quería mirar —explicó con una voz que ya no era desafiante.

El hombre emitió un gruñido y alzó la barbilla de la niña, examinando su rostro. Después se dirigió a Fulke.

—Yo la llevaré con las mujeres. Ve a tu vigilia, muchacho.

—¿Estás seguro, mi señor? Para mí no sería ningún problema.

—Estoy seguro.

Con cierta renuencia, pensó ella, Fulke FitzWarin inclinó la ^Cabeza y siguió su camino.

Un sirviente pasó con un humeante cerdo asado, adobado con abundantes brotes de tomillo, colocado sobre una fuente de plata. El succulento aroma del cerdo asado flotaba en el aire.

—Vamos. —El hombre ofreció su brazo a la manera formal de la corte para que ella lo tomara.

—No sé quién eres —replicó Maude.

—Es un poquito tarde para preocuparse por los buenos modos —respondió secamente—, pero te contestaré. Mi nombre es Theobald Walter, señor de Amounderness, y tu padre es conocido mío.

Tras dudar un momento, Maude colocó la mano sobre su brazo. Theobald vestía una túnica de lana azul, muy brillante, tan finamente tejida que era suave como el diente de león. El rostro del caballero tenía arrugas, como el de su padre, pero eran menos duras y parecía amable. Muchos de los nobles que había en la sala hubieran acudido directamente a hablar con su padre recomendando que le diera una sonora paliza.

—No te pareces a tu padre —dijo con curiosidad—, excepto, quizás, en que tienes la misma forma de mirar.

Maude arrugó la nariz.

—La gente dice que soy como mi madre, pero no es verdad. —El aire de rebelión volvía a su voz.

—¿Te molesta la comparación?

Maude se encogió de hombros, y se sacudió, nerviosa.

—Mamá solía quedarse en su cuarto. Incluso cuando no estaba enferma, actuaba como si lo estuviera. Papá se enfadaba tanto que solía gritarle, pero eso sólo servía para empeorar las cosas. —Las palabras brotaban de golpe, como un súbito manantial en medio del desierto. No quería contar tantas cosas, pero algo la impulsaba a responder a las agudas preguntas del caballero.

Lord Walter entornó los ojos y apretó el paso.

—¿Te grita a ti?

—A veces. Menos cuando estoy al cuidado de mi abuela. Entonces grita ella. — Le miró. Ahora estaba serio y tenía la mandíbula apretada—. ¿Por qué me haces estas preguntas?

No respondió inmediatamente. Habló cuando habían llegado a la sala de las mujeres.

—Porque ningún capitán entra en batalla sin saber a qué ha de enfrentarse — repuso con un tono de tristeza.

Maude le miró con expresión vacía. Las antorchas que había fuera de la sala se agitaban creando sombras que le hacían parecer muy alto. El bordado de oro que rodeaba el cuello de la túnica y la suntuosa hebilla del cinturón reflejaban la luz de

las llamas. Parecía la fantasmal figura de uno de los vitrales del castillo.

—Ve, niña —dijo gentilmente—, entra, y no te muevas de allí. Sabe Dios lo que podrías encontrar afuera en la oscuridad. —Hizo un gesto alentándola a entrar no muy distinto de los que solía hacer su abuela.

Maude le miró un instante, luego se dio la vuelta y corrió hacia la sala. En su carrera, casi atropello a un sirviente que llevaba una bandeja de pasteles fritos de higo. Había llegado justo a tiempo para los postres.

Su abuela la reprendió furiosamente, pero mientras Maude masticaba el crujiente pastel de interior dulce y pegajoso, pensaba en lord Theobald Walter y en su peculiar, pero extrañamente tranquilizadora, manera de tratarla.



En la capilla de San Pedro reinaba una oscuridad atenuada por la luz de cientos de velas de cera. La claridad diurna no convertía los vitrales en joyas, pero de noche las llamas se reflejaban en todas las superficies, que entonces parecían de oro líquido. Ante el altar principal, la tumba del Confesor atraía las miradas hacia su formidable grupo escultórico.

Fulke agachó la cabeza y murmuró las palabras del padrenuestro. A su lado podía escuchar los murmullos de los otros, que rezaban intentando mantener el sueño a raya en la vigilia de la ceremonia de ordenación. Había una docena de hombres jóvenes reunidos con un mismo propósito; entre ellos, sus hermanos. La mirada de William parecía clavarse con obstinación en el altar situado más allá de la tumba, con las manos apretadas en ferviente plegaria. Philip, por el contrario, murmuraba para sí, tranquilo, tomándose las cosas con su habitual calma.

Fulke sonrió, irónico. Él aprovechaba el momento para observar a los demás, cuando debía estar en comunión con Dios, agradeciéndole haberse hecho merecedor del título de caballero. Trató de concentrarse y, por un momento, lo consiguió. Cuando volvió en sí, se sorprendió al ver a Theobald Walter rezando entre los caballeros novicios, con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Tenía un aire muy dolorido, contrito.

Era contrario a la costumbre hablar en las vigiliass. Fulke tuvo la clara sensación de que Theobald deseaba ser ignorado. No estaba allí para alentar a los jóvenes en sus vísperas caballerescas, sino por motivos propios. Respetuoso, Fulke no dijo nada y fingió no darse cuenta de la presencia del caballero. Se concentró en la visión de la cruz que brillaba sobre el altar, y el mundo se estrechó hasta reducirse a esa forma simple y resplandeciente. Cuando volvió a mirar a su alrededor, Theobald se había marchado.



Pasaron las horas, interminables. Los ojos de Fulke ardían de tanto concentrar su mirada en la cruz y también por la falta de sueño. William cabeceaba, apoyado en las manos, levantando la cabeza con un movimiento repentino, los párpados abriéndose como si levantaran un gran peso.

En un momento dado Fulke debió de dormirse y le pareció ver que Whittington flotaba en el aire, frente al altar. Una mujer estaba de pie en una de las ventanas de la mansión, y su cabello rubio se agitaba por el viento, como un estandarte de seda. No podía ver su rostro, pero sintió una atracción tan poderosa que pareció atravesarle, fundiéndole el corazón. Mientras observaba, la mujer se subió a la ventana, sumamente estrecha, y permaneció quieta un momento en el marco, entre el aire y la tierra. Quiso llamarla para impedir que se lanzara al vacío, pero cuando iba a hacerlo, la mujer abrió los brazos y vio que la capa oscura eran en realidad un par de alas. Al saltar, la soportaron con facilidad. Veía la luz brillante a través de sus membranas. Trazó un círculo en el aire y luego se alejó volando hasta que no fue más que un punto en la distancia.

Fulke recobró la conciencia. Tenía un grito atrapado en la garganta y sentía escalofríos. El corazón le latía con furia, sentía una sensación opresiva en los genitales. Pero, así y todo, no tenía conciencia de haberse quedado dormido. Tenía los ojos tan cansados que comenzaron a llorarle. Las visiones en las noches previas a la ceremonia de investidura de caballeros eran consideradas proféticas. De ser así, ¿qué significaría la suya?

Tuvo escaso tiempo para meditar sobre la visión, porque el amanecer había comenzado a iluminar las ventanas del ala este, y los escuderos llegaron para conducir a los postulantes hacia el baño ritual y colocarles las ropas limpias, para prepararles para la ceremonia de su ordenación como caballeros.

Fulke se puso de pie en la bañera caliente y los últimos vestigios de la perturbadora imagen se enjuagaron con el agua que le arrojó uno de los escuderos.



Maude hizo un mohín y gritó cuando su abuela le tiró del pelo.

—Quédate quieta, niña, que no es nada —dijo Mathilda, irritada—. Nunca terminaré si no dejas de revolearte. —Agarró con fuerza la trenza a medio hacer y continuó anudándola apretadamente—. Hoy debes estar más guapa que nunca.

—¿Por qué? —Maude apretó los puños, esforzándose por no moverse.

—Eso te lo dirá tu padre. —Terminada la trenza, Mathilda la asecuró con un broche de plata—. Tiene noticias muy importantes —le explicó mientras iniciaba la tortura de la otra trenza.

Maude frunció el ceño. Debían de ser noticias concernientes a ella. ¿Por qué, si no, era de tanta importancia su buen aspecto? A menos que su padre hubiera recibido grandes prebendas del rey y ella fuera a sentarse a la mesa real.

—¿Va a ser honrado mi padre por el rey? —Intentó mirar a su abuela, pero se lo impidió la fuerte presión que ésta ejercía sobre su pelo mientras lo trenzaba.

—¿Por qué se te ocurre algo semejante, niña?

—Porque me estás adornando como si fuera uno de esos postres de mazapán de la fiesta de anoche.

—No seas impertinente. —Mathilda hacía la trenza con los labios apretados—. ¿No quieres ser una hermosa dama?

Maude hizo un gesto arisco y estuvo a punto de responder que no si eso significaba que le retorcieran el pelo hasta casi arrancárselo de raíz. Su abuela le colocó un segundo broche.

—Tu padre te lo contará todo en cuanto llegue. —Dio un paso hacia atrás para contemplar el resultado final de su trabajo—. Virgen santa, Maude, estás igual que tu madre cuando tenía tus años. —De pronto, la voz de la anciana se quebró por la emoción y sus ojos se llenaron de lágrimas. Maude frunció el ceño y pataleó. La gente siempre estaba diciéndole que se parecía a su madre y detestaba la comparación—. Qué barbaridad —Mathilda soltó una carcajada y se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Soy una vieja tonta.

Se movió la lona que cubría la entrada de la tienda y apareció Robert Le Vavasour. Una fresca brisa de septiembre despeinó los cabellos que había colocado cuidadosamente para disimular la calvicie de la coronilla. Sus ojos brillaban de placer y sus labios lucían una sonrisa. Cogió a Maude por los hombros, le obligó a darse la vuelta y la contempló—. La has vestido dignamente, señora —dijo a Mathilda—. Parece una princesa. —Hizo un seco gesto de reconocimiento a su suegra. Maude sabía que no se tenían aprecio y que su abuela había accedido a presentarse en la corte sólo por ella.

Mathilda de Chauz sonrió tímidamente.

—Se le ha metido en la cabeza que la razón por la que tiene que estar hermosa es porque vas a recibir dominios del rey.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y se rio con un eco amargo.

—Para eso tendría que tener fortuna. Lo máximo que podría conseguir es un puesto de gobernador.

—Y así recuperar el dinero desembolsado —agregó suavemente Mathilda.

Con una mirada despectiva, Le Vavasour la ignoró. Luego se agachó para hablar con su hija.

—Tengo buenas noticias para ti, preciosa. Anoche recibí una oferta de matrimonio, nada menos que de Theobald Walter, señor de Amounderness, y he decidido aceptarla. Vas a intercambiar la promesa de matrimonio esta mañana, después de las ceremonias de ordenación de caballeros. —Le dedicó una sonrisa que creyó tranquilizadora, pero sólo consiguió que Maude quisiera salir corriendo—. Por supuesto, no habrá matrimonio hasta que hayas crecido un poco más. No tendría sentido ahora, y todavía tienes mucho que aprender antes de poder encargarte del

hogar de lord Walter. —Pellizcó la mejilla de la niña para alentarla. Maude miró a su padre. Se sentía como un cordero, como si la estuvieran entregando a los lobos—. Bueno, niña, ¿no tienes nada que decir?

Muda, la pequeña negó con la cabeza. Miró a su abuela, pero la expresión de Mathilda era tan neutra que se diría que las lágrimas de hacía unos instantes no hubieran existido nunca.

—Es un buen acuerdo —afirmó su padre—. Su tío es el gran Ranulf de Glanville, y su hermano el obispo de Salisbury. Theobald Walter va a recibir tierras, privilegios y el título de gobernador. Sus propiedades lindan con las nuestras y tenemos intereses en común. Es mucho mejor para nuestras familias si están unidas por matrimonio. —Volvió el rostro de su hija hacia sí, obligándola a mirarlo, y su tono se volvió severo—. Ahora, espero que te comportes del mejor modo posible. Nada de caras largas ni pataletas. Eres una Vavasour y llevarás el nombre con orgullo. No quiero que Theobald Walter reniegue de este acuerdo. ¿Entendido?

—Sí, papá —murmuró Maude, con las pupilas tan dilatadas que casi parecía tener los ojos en blanco.

—Bien —asintió el padre, claramente satisfecho, y corrió la lona que cerraba la tienda—. Vamos, no conviene llegar tarde.

A Maude le parecía que sus piernas estaban hechas de plomo. No podía caminar. ¿Cómo podían soportarla a la vez a ella y a todo el peso del nombre familiar sin flaquear? Al ver que no se movía, su padre emitió un sonido de impaciencia y la cogió del brazo. Sin resistirse, aturdida y confusa, le siguió hacia la clara y fresca mañana.



La abadía no estaba tan llena como en la ceremonia de la coronación, pero había un importante número de personas en la nave. Las mujeres podían asistir a la investidura de caballeros, y la atmósfera, aunque formal, era más relajada que la del día anterior.

La espada de Fulke yacía sobre el altar, junto a las de sus hermanos y los otros nueve jóvenes que iban a recibir su orden de caballería de manos del rey Ricardo. El arma, con el filo adornado con arabescos, era un regalo de Theobald Walter. El cinturón dorado y la funda estaban tejidos con lana de Lambourn. Su padre se había reído, diciendo con cierta tristeza que, aunque no tenía hijas para que lo arruinaran con sus dotes, la compra de cascos, escudos y otros ornamentos para sus hijos suponía un gasto casi igualmente oneroso. Pero para la ceremonia de ordenación oficiada por Ricardo Corazón de León, en la gran abadía de Westminster, cualquier esfuerzo era poco con tal de aumentar el prestigio familiar.

El arzobispo Baldwin salpicó las espadas con agua bendita, pidiéndole a Dios que sus poseedores las usaran con justicia para defender iglesias, viudas y huérfanos, y para castigar a los malvados. Los ayudantes reales ajustaron los cinturones en los

talles de los postulantes, y a cada joven se le entregó un par de espuelas doradas.

Ricardo, que había permanecido de pie a un lado, se adelantó. Tenía los ojos cansados por las opulentas celebraciones del día anterior, pero su pelo aún brillaba como el oro. Llevaba la corona de Inglaterra sobre su cabeza.

Los postulantes se arrodillaron frente a él, con las cabezas agachadas. Fulke, el primero de la fila, miró los zapatos del rey. Estaban delicadamente bordados con hilos de oro. La finura del trabajo chocaba con el enorme tamaño de los pies del monarca.

Se escuchó el roce del acero contra la funda cuando Ricardo desnudó la pulida hoja y la hizo reposar sobre el hombro derecho de Fulke, primero, y luego sobre el izquierdo.

—Fulke, hijo de Fulke, eres caballero —declaró Ricardo con sonora voz de barítono, y volviendo a poner la espada en su funda, le ordenó ponerse de pie. De cara al soberano, el joven se preparó para el espaldarazo, el acto final que le conferiría su título. La tradición mandaba que recibiera un buen golpe en el hombro, el último que el postulante sufriría sin derecho a responder como un guerrero. Cuando llegó el espaldarazo, Fulke casi perdió el equilibrio porque Ricardo no escatimó energía. Sus brillantes ojos azules eran fieros aquella mañana.

Cuando el flamante nuevo caballero se recobró, Ricardo pasó al siguiente, sacando la espada, pronunciando las palabras rituales, golpeando vigorosamente. William había plantado las piernas, bien abiertas, en previsión de la sacudida, y cuando le llegó el turno, si bien la acusó, permaneció firmemente en pie. Ricardo reconoció su bravura con una inclinación de cabeza y una leve sonrisa que hicieron que el muchacho enrojeciera de placer.

Tras la ceremonia y la celebración de la misa, los hermanos se volvieron para recibir los abrazos y las felicitaciones de sus familiares. Hawise se estaba sonando la nariz con un pañuelo. Ivo quería ver las espuelas y la espada y fue advertido de que no debía manchar el acero con sus dedos sudorosos. Alain quiso saber si el espaldarazo había dolido.

—No mucho —repuso Fulke—, pero no me gustaría cruzar mi acero con el del rey en una batalla.

—¿Pero no te gustaría estar a su lado y pelear junto a él? —preguntó William, con los ojos brillantes de emoción.

—Si pudiera seguirle el paso —apostilló Philip, dándose un masaje en su golpeado hombro.

Theobald Walter se acercó para felicitar a Fulke y a sus hermanos. Tras unos instantes, hizo un aparte con el mayor.

—Tengo que pedirte un favor —dijo, frotándose las manos, claramente nervioso.

—Lo que necesites, mi señor, estoy a tu disposición —señaló Fulke, complaciente y de buen humor.

Theobald sonrió dolido.

—Mejor será que primero escuches de qué se trata. Quiero que seas testigo de mi

promesa matrimonial con Maude Le Vavasour. —Fulke abrió los ojos desmesuradamente y sus labios repitieron en silencio el nombre—. No es lo que parece —atajó rápidamente Theobald, con el rostro y la garganta enrojecidos—. No soy un viejo baboso atrapado por la lujuria y el deseo por una niña.

—Eso ya lo sé, señor. —Fulke continuaba mirándole, incrédulo—. Cuando te serví como ayudante, a veces me preguntaba si eras humano, por todas las tentaciones que resistías. De hecho, a tus espaldas solíamos llamarte «el monje».

—Lo sabía, y me hacía gracia. A los jóvenes les domina con facilidad su entropierna. Después de veinte años es más fácil aguantar el tirón, por así decirlo.

Fulke se acarició la barbilla recién afeitada.

—Entonces, ¿Maude Le Vavasour tiene numerosas tierras o importantes relaciones familiares? —Tenía curiosidad por saber qué impulsaba a un soltero empedernido a desposar a una niña que casi podría ser su nieta. Aunque sabía que la lujuria no era el motivo, no podía dejar de recordar que, la noche anterior, Theobald se había ofrecido a llevar a la pequeña a la sala de las mujeres.

—No posee grandes territorios, pero sí los suficientes, y lindan con los míos. Su padre y yo tenemos intereses comunes. —Fulke hizo un gesto de asentimiento, con rostro inexpresivo, pero algo de lo que estaba pensando debió de reflejarse en su rostro, porque, Theobald sonrió forzosamente—. Siempre dije que tomaría una esposa cuando encontrara a la mujer apropiada y las tierras adecuadas. Bueno, tengo cuarenta y cuatro años y sigo esperando. La dote de la niña es más que aceptable, y su posición también. Si ignoro la oferta de Le Vavasour, la venderá a otro, y yo podría no aceptar a quien se convierta en mi vecino por derecho de dote. —Miró a Fulke de forma dura y clara—. No soy el tipo de hombre que disfruta con la fruta verde. Puedo darle a la muchacha el tiempo que necesite para convertirse en mujer. La trataré bien. Has visto cómo son algunos hombres, Fulke. Acarician a sus perros de caza y golpean a sus mujeres. La niña tocó mi fibra sensible y tierna ayer por la noche, y quiero protegerla. —Fulke no dijo nada. Se sentía muy incómodo—. Me importa mucho que tú aceptes ser testigo sin una sombra de duda respecto a mi honor. —Theobald puso su mano en el brazo de Fulke para subrayar su interés—. Eres un caballero recién ordenado y has prometido proteger al débil y defender las causas justas. Quiero esa integridad para mi promesa matrimonial.

El joven se sintió arrepentido por el giro que sus pensamientos habían tomado y por el modo en que Theobald fue capaz de intuirlos. También estaba avergonzado de que pudiera tener semejantes dudas sobre su antiguo mentor, un hombre cuyo honor y código moral habían sido siempre impecables.

—No soy digno de ello —repuso, ofreciendo su mano a Theobald—, pero con gusto seré tu testigo.

Hubert Walter, obispo de Salisbury, estaba esperando en una capilla lateral, con Maude Le Vavasour, su abuela, su padre y un pequeño grupo de testigos. Fulke casi se dio la vuelta cuando vio que uno de los testigos era un sonriente príncipe Juan,

pero Theobald le hizo avanzar, con la palma de la mano firmemente apoyada sobre su hombro.

—Para bien o para mal, es mi señor feudal de Amounderness y mis tierras en Irlanda —murmuró Theobald—. Hubiera sido una gran descortesía no pedirle que actuara de testigo.

Fulke continuó caminando, pero ahora estaba rígido; si hubiera sido un perro, su pelaje estaría erizado.

Juan se encontraba de pie, al lado de su ilegítimo medio hermano, Guillermo Longsword. El príncipe miró a Fulke al entrar en la capilla y su rostro se ensombreció. Sí embargo, sonriendo de pronto, sus ojos se cruzaron, maliciosos, con los del nuevo caballero.

—Estás convirtiendo tu promesa matrimonial en un acto de buen agüero, Theo. Un príncipe, un obispo, un bastardo, un niño y Parsifal, el tonto que fue nombrado caballero, todos reunidos en un lugar sagrado.

Fulke dominó su fuerte impulso de replicar. Estaban, como había dicho Juan, en un lugar sagrado, como testigos de una promesa. Entrar en un duelo verbal no era una buena idea.

—Me alegra ser útil —musitó con suavidad—, y me halaga tu comparación, alteza, ya que Parsifal era el más puro de los caballeros de Arturo.

Juan lanzó a Fulke una mirada furiosa y luego lo ignoró como si no existiera.

El obispo Hubert abrió los brazos, desplegando el espectacular bordado de su capa, y conminó a Maude y a Theobald a presentarse ante él.

Fingiendo indiferencia hacia Juan, Fulke concentró su mirada en la pareja. Theobald era un hombre alto, activo y de buen físico. Maude le llegaba a los hombros, como mucho, y parecía, a su lado, delicada como la hija de un hada. En contraste con el vivo azul oscuro de su mejor vestido, su pequeño rostro carecía de color. La piel blanca, el pelo trenzado apretadamente, los ojos abiertos y vidriosos de temor.

Maude respondió con voz débil, pero clara, repitiendo las palabras que Hubert Walter puso en sus labios. Extendió la manita para que Theobald pudiera tomarla con su poderosa mano de guerrero, mientras Hubert las unía, enlazándolas con su estola. Ahora estaban casi tan unidos como si fueran marido y mujer. La promesa no podía romperse sin el beneplácito de la Iglesia.

Theobald selló el compromiso entregándole un anillo con una amatista cuadrada. Puesto que el acuerdo se había alcanzado con premura, no había habido tiempo para hacer un anillo, y aquél, que se ajustaba al dedo meñique de Theobald, era demasiado grande para Maude.

En realidad, todo era demasiado grande para ella, pensó Fulke, viéndola marcharse de la capilla con su abuela, mirando tímidamente al suelo.

—Felicidades, Theo —dijo Juan, dándole a Theobald una fuerte palmada en la espada—. Disfrutarás enseñándola a ser una esposa —añadió, guiñando un ojo con

malicia.

La sonrisa de Theobald fue forzada.

—No me casaré con ella hasta que no esté preparada.

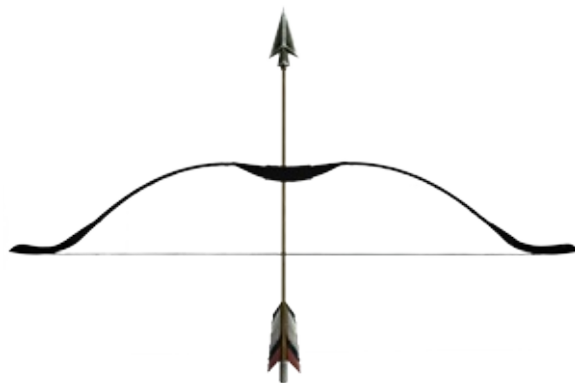
—A veces, las mujeres no saben cuándo están preparados. Tienes que decírselo tú. —Juan le dio otra palmada en la espalda y siguió su camino. Guillermo Longsword abrió los brazos en un gesto de disculpa por el comportamiento de su medio hermano y se apresuró a seguirlo.

Theobald se quedó de pie un momento, abriendo y cerrando los puños. Lo mismo hizo Fulke, hasta que se recobró lo suficiente como para acercarse a felicitarlo.

Theobald aceptó sus felicitaciones con expresión preocupada.

—¿Habré hecho lo correcto? —preguntó.

Fulke no respondió. No era su función y, además, no estaba seguro de que a Theobald le fuera a gustar la respuesta.



CAPÍTULO 9

Normandía, mayo de 1193

Bajo el infinito azul del cielo, la gama de coloridos pabellones brillaba como un campo de flores exóticas. Elementos rojos y amarillos, azules, verdes y blancos salpicaban el paisaje. Los torneos de comienzos del verano siempre congregaban a multitud de jóvenes, atraídos por el deporte y por la posibilidad de adquirir fama y fortuna. El campo hervía de actividades y los contendientes se entrenaban en carreras hasta la plaza principal del campamento.

Era la cuarta vez que Fulke y sus hermanos cruzaban el mar estrecho para seguir el circuito de los torneos. Durante cuatro meses podían perfeccionar sus técnicas guerreras, practicar con las monturas y mantener los cuerpos ejercitados y fuertes.

El rey Ricardo había desaparecido durante su regreso de la cruzada. Rumores avivados por el príncipe Juan decían que el monarca había muerto, probablemente a manos de bandoleros. Pero, sin pruebas concretas, nadie le iba a dar a Juan el poder que tanto ansiaba. Hubo encontronazos y pequeñas peleas, pero ninguna de las partes estaba preparada para lanzarse a una guerra abierta. Fulke Le Brun mantuvo la cabeza gacha y se dedicó a sus asuntos, enviando prudentemente a sus hijos con edad de combatir lejos de los bandos enfrentados.

Montando a su caballo y tirando de las riendas, Fulke sonrió al pensar que su padre había considerado los torneos como una ocupación más segura que las disputas políticas. Durante aquella temporada, William ya se había roto dos dedos y un diente. Y Philip ya estaba usando el segundo caballo, porque su mejor montura había sido golpeada durante una pelea y estaba coja. Así y todo, habían ganado varios premios y su reputación había aumentado a lo largo de las estaciones de justas, hasta tal punto que se hablaba de ellos con respeto en casi todas partes, y con admiración en algunas. A los novatos se les advertía que no se enfrentaran a los hermanos FitzWarin a menos

que quisieran perderlo todo salvo las camisas.

Semejantes éxitos se debían, en parte, a sus habilidades individuales en la pelea, pero lo que les hacía temibles era el liderazgo de Fulke. Eran un equipo unido, no individuos peleando por su gloria personal. Fulke colocaba a cada hombre de la mejor manera para aprovechar su talento. William encabezaba siempre el ataque, puesto que hubiera sido imposible pedirle que esperara su turno y mantuviera la cabeza fría. Baldwin de Hodnet, fuerte y de gran tamaño, solía acompañarlo, dejando a Stephen de Hodnet y a Philip, más livianos, pero firmes, para la segunda acometida. El papel de Fulke era prestar ayuda allí donde fuera necesario y mantener los ojos abiertos, controlando la situación.

Con el escudo colgando a sus espaldas, sostenido por una larga correa, Fulke azuzó con los talones los flancos del caballo. Ivo se le unió, con el lobuno estandarte de los FitzWarin ondeando en la punta de su lanza. Todavía no era escudero, aunque estaba en vísperas de convertirse en caballero. Siempre cabalgaba a la izquierda de Fulke, donde podía proteger y ser protegido.

Juntos, los hermanos trotaron para relajar a sus cabalgaduras hasta que se les sumaron los otros integrantes del grupo. William tenía un aspecto algo cansado después de una noche de jarana.

—¿Seguro que puedes pelear? —le preguntó Fulke.

—¡Por supuesto! —replicó William—. ¿Alguna vez te he fallado en el campo de batalla?

—No, pero no me gustaría que lo hicieras por primera vez porque tienes la cabeza llena de vino.

—No me sermonees. No fallare.

—No es el vino lo que le altera el seso. —Baldwin de Hodnet sonreía, señalando la marca roja de un mordisco en el cuello del muchacho.

Fulke se dominó para mantener el rostro serio y actuar como un comandante severo.

—Bueno, no debería guardar el seso en los pantalones —repuso mordazmente—. Cualquiera dama podría encontrarlo allí y sumirlo en la peor de las confusiones.

—¡Quiero ser confundido en este instante! —apostilló Stephen con una sonora risotada.

Fulke notó que la conversación se encaminaba al terreno de la frivolidad.

—Primero necesitas dinero —señaló—, y para ganar la cantidad necesaria para atraer la atención de las mujeres, tienes que conseguir por lo menos dos premios. Por mi parte, lo único que se me está endureciendo entre las piernas es el caballo.

El comentario surtió el efecto deseado. Entre burlas y silbidos, la pequeña banda de Fulke cabalgó para estirar los músculos.

Cinco caballeros flamencos se encontraban en el campo, decididos a granjearse un buen nombre, con sus pesados caballos y sus armaduras igualmente pesadas. Eran mercenarios en busca de un señor normando que los empleara. Había muchos

hombres en el circuito desde el regreso de las cruzadas.

William, como de costumbre, era partidario de lanzarse a la pelea, pero aunque Fulke le permitió desafiarlos, no le dejó atacar.

—Son más pesados y más fuertes —le advirtió—. No los ataques con todas tus fuerzas o tendré que pagar tu rescate. Esquiva los golpes, azúzalos hasta que se cansen.

William espoleó a su caballo. Fulke indicó a Baldwin que siguiera al impulsivo joven y partió hacia la derecha junto con Ivo. A la izquierda marcharon Philip y Stephen.

Los cinco caballeros flamencos se pusieron en formación de batalla y, estribo contra estribo, bajaron sus lanzas. Sin prisas, Fulke se quitó el escudo de la espalda y pasó su puño y su antebrazo entre las tiras dispuestas para sostenerlo. Su caballo, *Llamarada*, se movió, y las riendas rozaron los espumarajos que caían sobre el brillante pecho castaño del semental.

—Quieto —murmuró Fulke—, quieto.

El comandante flamenco lanzó un grito de batalla. Fue un sonido confuso que salió de algún lugar escondido tras el yelmo. Sus hombres espolearon a los animales y William se lanzó a la carrera como una flecha, gritando su respuesta.

—¡FitzWarin!

Nubes de polvo se levantaron bajo los cascos de los caballos, y el suelo tembló por la fuerza de la carga. Juzgando que había llegado el momento oportuno, Fulke se hizo eco del grito de su hermano y salió al galope.

La pelea fue dura y agotadora, como Fulke había anticipado. William tomó al flamenco del extremo derecho, insertando limpiamente la punta roma de su lanza entre la pelliza cruzada y la cota de malla. Era la especialidad del muchacho, un movimiento que había practicado hasta alcanzar la perfección, y el desdichado flamenco fue derribado limpiamente de su montura. William no pudo sostener el peso de la caída y tuvo que soltar la lanza, pero, puesto que ésta no era útil para el combate hombre a hombre, la pérdida no tuvo importancia. Cuando el mercenario cayó al suelo con un grito apagado, William se rio y desenvainó su espada.

Lo que a los caballeros flamencos les sobraba en peso y fuerza, les faltaba en velocidad y capacidad de maniobra. Cuando los compañeros del caído giraron para enfrentarse a William, ya era demasiado tarde. Un simple golpe de su espada en el escudo fue todo lo que consiguió uno de ellos antes de ser golpeado en las costillas por la punta roma de la lanza de otro caballero de recortada barba castaña.

—Tu vida es mía, ríndete —conminó Philip alegremente antes de esquivar el golpe de una maza y galopar fuera de su alcance. Cuando la víctima de Philip decidió ignorar las reglas del combate y continuar la pelea, éste repitió el movimiento. Y esta vez no tuvo que agacharse y retirarse, porque Fulke había desmontado limpiamente al tercer hombre, confiscando su maza.

El resto fue puro placer. Fulke se detuvo y observó a sus hermanos hasta que

todos los caballeros flamencos se rindieron con distintos grados de conformidad.

De buen humor, Fulke y sus compañeros volvieron al campamento, discutiendo cada golpe y contragolpe mientras cabalgaban. William estaba más que satisfecho de sí mismo. Fulke permitió que se jactara, consciente de la necesidad que tenía su hermano de relajarse. Además, había estado bien y había trabajado como parte de un equipo, en vez de salir sólo a la carrera, como le ordenaban sus impulsos.

William se acercó a Fulke con ojos brillantes.

—Te lo dije.

—Sí, me lo dijiste —reconoció Fulke, generoso—. La próxima vez puedes conducir la escaramuza para ganar algo de experiencia.

El fogoso hermano lanzó una mirada satisfecha, algo atemperada por la aprensión, lo que hizo que Fulke sonriera. Sospechaba que a William le gustaba hacerse el salvaje porque sabía que sus excesos serían encauzados por otros más sensatos. Sin embargo, ser responsable por sí mismo era un asunto completamente distinto.

Desmontando en la zona habilitada para establos, Fulke entregó a *Llamarada* a Ivo y se dirigió hacia su pabellón.

—Te diré la buenaventura por un penique, mi señor. —Un oscuro individuo, con barba, se cruzó ante Fulke. Iba vestido extrañamente, con una túnica suelta y pantalones muy abultados. Llevaba un cuchillo en forma de media luna en la cintura y una capa bordada con ribetes dorados abrochada en los hombros. Un turbante de Seda roja le cubría la cabeza.

—No tengo necesidad de adivinos —espetó Fulke con tono gruñón, e hizo un gesto al extraño para que se apartara—. Yo construyo mi futuro. —Estaba habituado a que le acosara toda clase de charlatanes, vagabundos, pedigüeños y prostitutas, decididos a ganarse la vida a costa de los caballeros que frecuentaban el circuito de los torneos.

—Sin duda lo haces, señor, pero no me rechaces tan rápidamente. Puedo serte de gran utilidad.

—¿De veras? —Fulke alzó las cejas con escepticismo—. ¿Por cuánto?

—Por un poco de tu tiempo, una comida en tu hogar.

Fulke estudió al hombre, tentado de echarlo con una patada, pero le contuvo una extraña sensación de familiaridad.

—Dime algo, entonces —le desafió—. Prueba tu talento.

El adivino se frotó la negra barba con su delgada mano. Un anillo de oro brilló en ella, proclamando que su oficio, más allá de cualquier otra consideración, era lucrativo.

—La cicatriz en el puente de tu nariz fue causada en una pelea con el príncipe Juan de Inglaterra por una partida de ajedrez.

Fulke no se dejó impresionar.

—Ése es un cuento conocido por muchos —contestó con desdén.

—Fue una noche de diciembre y nevaba. Cenaste jabalí asado en la cocina del castillo, en compañía del escudero de Theobald Walter, Jean de Rampaigne.

Fulke entornó los ojos.

—¿Cómo es que...? ¡Eres tú! —gritó, y saltando sobre el adivino, lo abrazó ferozmente—. ¡Cristo, me confundiste durante unos momentos!

—Entonces he fracasado —dijo el hombre con una sonrisa mostrando sus blancos dientes—. ¡Esperaba tenerte engañado toda la noche!

Fulke apartó a Jean y le miró de pies a cabeza. Su rostro era más delgado y la abundante barba negra y el bigote disimulaban las facciones.

—¡Y lo hubieras conseguido de no haber mencionado tu propio nombre! ¿Qué estás haciendo aquí, vestido de semejante manera? Siéntate y toma algo de vino —señaló uno de los bancos de madera colocados alrededor del fuego—. Nada importa el futuro, puedes cantar para pagar tu cena una vez que me quite de encima esta cota de malla. No habrá más combates hasta que afloje un poco el calor.

—No llamarías calor a esta temperatura si te hubieras frito en la cota camino de Arsuf, bajo el ataque musulmán —dijo Jean.

—Seguramente no —afirmó Fulke—. Y por haberme librado de ello estoy agradecido.

Jean se volvió para saludar a los hermanos de Fulke y a los Hodnet, que llegaban al campamento, y se dispuso a desembarazarse de su atuendo. La curiosidad y la sospecha se convirtieron en alegría cuando se dieron cuenta de la identidad del visitante.

William quería saberlo todo sobre la cruzada, cada golpe y cada táctica, cada instante de sufrimiento heroico.

—No fue un juego del estilo de este torneo —explicó Jean señalando con gesto despectivo el campo que se abría ante ellos—. Cuando salí era un muchacho como tú y pensé que sería divertido. Entonces vi morir a Ranulf de Glanville bajo una lluvia de metal fundido en el sitio de Acre. Nunca antes había visto la carne humana derretirse hasta los huesos en un tiempo tan corto. Era un hombre que había mantenido alta su dignidad y, sin embargo, murió sin ella. —Jean cogió con ambas manos la copa de vino que le ofrecían, apretándola contra su pecho como si buscara consuelo—. Vi a nuestros soldados matar a tres mil rehenes cuando Saladino rompió su promesa. Tres mil. —Miró al círculo de oyentes, sosteniendo la mirada de cada uno durante un incómodo instante antes de continuar—. ¿Podéis imaginar cómo se ve y se huele semejante carnicería bajo el calor abrasador? ¿Podéis sentir la tragedia, la pérdida que supone todo eso, se haga en nombre de quien se haga? —Hubo un silencio incómodo, nadie estaba seguro de cómo responder, y todos se sintieron perturbados por las ideas y las imágenes que Jean les estaba confiando—. Tal vez algún día componga canciones para honrar a los muertos, los nuestros y los suyos —continuó Jean con un gesto amargo—. Haré las loas de Corazón de León como el mejor de los generales desde Alejandro. Contaré historias de gloria y heroísmo para

avivar la sangre y desbordar los ojos, pero no ahora. No podría soportarlo. —Fulke volvió a llenar la copa de Jean. El joven bebió y una sonrisa sin alegría apareció en sus labios—. Jesús, lo siento. Después de todo, yo salí corriendo tras el rey Ricardo porque quise.

Fulke aceptó el comentario encogiéndose de hombros.

—Y tú eres quien ha ganado en sabiduría y experiencia —apuntó con tacto—. Veo que es difícil para ti hablar sobre ese período, pero ¿nos dirás qué estás haciendo aquí, disfrazado de adivino?

—Actúo como mensajero para Hubert Walter. Voy camino de la corte del emperador alemán. En cuanto al disfraz... —Jean se tocó la enorme túnica—. Hay ciertos grupos que darían el ojo derecho por interceptar cualquier mensaje entre Ricardo y lord Hubert. Pero no se ocuparán de un charlatán en un torneo.

—No, pero resultas lo suficientemente estrafalario como para que un noble local te meta en prisión o te castigue por hereje —observó Fulke, dubitativo.

Una sonrisa alegre cruzó el rostro de Jean.

—Admito que he exagerado un poco en mi vestimenta, pero fue en tu honor. Habitualmente viajo disfrazado de carbonero o de campesino. —Deshaciéndose el turbante, se pasó las manos por la cabellera apelmazada y se rascó furiosamente el cráneo—. Oí hablar de este torneo y se me ocurrió que tal vez estuvieras aquí. Parece que tuve suerte. —Miró a su alrededor—. Si alguno de vosotros se anima, una escolta armada sería útil en la última parte de mi viaje.

—Nada me complacería más —respondió Fulke. Miró a un lado—. William, dije que te daría la responsabilidad del liderazgo. Es tuya mientras acompañe a Jean a Inglaterra.

William se dispuso a protestar, y luego se lo pensó mejor y cerró la boca. Ir de escolta era un trabajo aburrido comparado con la excitación del torneo y, de todas formas, aunque en la distancia, estaría subordinado a Fulke.

Fulke se volvió a Jean.

—¿Ahora o por la mañana?

—Cuanto antes, mejor.

Fulke se levantó del banco.

—Entonces, me volveré a poner mi cota —aceptó con resignación—. Tú puedes usar la que tengo de repuesto. —Hizo un gesto a Stephen para que se preparase y ordenó a Ivo que aprestara los caballos.

Jean le siguió a la tienda.

—¿No vas a preguntarme cuál es el mensaje?

—No es asunto mío. —Fulke revolvió en su baúl y sacó una pesada túnica acolchada. El lino sin teñir presentaba marcas negras por haber sido utilizado debajo de una cota y tenía un desgarró debajo de un brazo, permitiendo que parte del relleno de lana se escapara. Pero aún servía.

—Es asunto tuyo, puesto que te pones a mi disposición. —Jean cogió la túnica y,

con ayuda de Fulke, se la puso—. Las condiciones para la liberación del rey ya han sido pactadas, y aunque aún no está en libertad, no falta mucho para que ocurra. Me envía por adelantado el canciller Longchamps con las noticias. Por ahora no se trata de una información del dominio público, aunque pronto lo será. Felipe de Francia tiene sus espías en la corte alemana. Cuando se entere de que Ricardo va a ser liberado, no dudará en avisar a Juan, y entre ambos intentarán impedir que eso suceda. Las noticias tienen que llegar a Hubert Walter antes, para que pueda actuar con ventaja.

—Deduzco de lo que has dicho que, hoy por hoy, Hubert Walter es más que el obispo de Salisbury —apuntó sobriamente Fulke.

—Ricardo le ha investido con la autoridad de regente, encargándole gobernar su reino y pagar el rescate. —Jean se acomodó la túnica y cogió el cinturón adicional y el cuchillo de caza que Fulke le entregó—. Ricardo le ha prometido, además, elevarlo al puesto de arzobispo de Canterbury. —Fulke emitió un silbido, impresionado—. Fue Hubert quien mantuvo a las tropas unidas en Acre tras las muertes de Ranulf de Glanville y del arzobispo Baldwin. Ha estado junto a Ricardo todo el tiempo y no ha cejado un instante.

—Es extraño que Hubert Walter sea tan leal a Ricardo, pero más lo es que Theobald esté de parte de Juan —comentó Fulke mientras se ponía el peto.

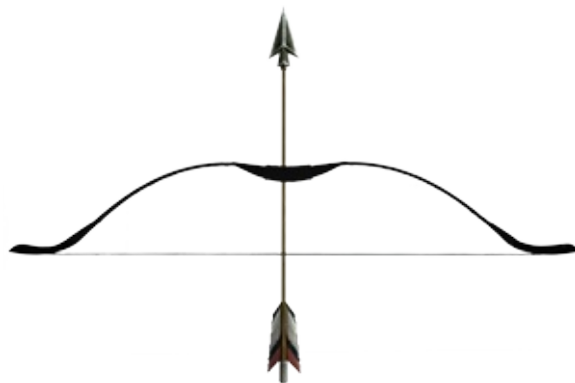
—¿Qué otra cosa puede hacer? Está obligado a Juan por sus tierras en Irlanda, y posee el castillo de Lancaster por gracia del príncipe. Ser un hombre de Juan no significa ser un esclavo de Juan —replicó Jean.

Serio, Fulke dio pequeños saltos para encajar la prenda metálica sobre el cuerpo hasta conseguir que los extremos llegaran a las rodillas.

—No, y por eso es más difícil de entender. —Se puso la capa y se ajustó el cinturón con gestos rápidos y bruscos que revelaban su irritación.

—Ha dado su palabra, y es un hombre de honor. —Jean alzó un dedo—. Ricardo no tiene hijos. Es posible que su hermano sea el próximo rey, y entonces todos tendremos que jurarle lealtad. Creo que mi señor Walter también tiene eso en mente. Morder la mano del que te alimenta nunca es prudente.

—Entonces eso me convierte automáticamente en un idiota —espetó Fulke, cortante, y, poniéndose la espada a la cintura, salió al ardiente sol del verano.



CAPÍTULO 10

Castillo de Lancaster, verano de 1193

El peine y el espejo estaban exquisitamente tallados en cremoso marfil, orlado de perlas incrustadas. El espejo era tan raro que Maude era la primera vez que veía uno así, aunque conocía su existencia por las canciones de los trovadores sobre bellas damas que admiraban su belleza mientras descansaban en aposentos dulcemente perfumados.

Maude miró por un instante su propia imagen. Tenía la suficiente vanidad como para reconocer el agradable efecto de su abundante cabellera trenzada con hilos de plata y sus claros ojos verdes, y el suficiente sentido común como para darse cuenta de que su apariencia era el único aspecto de su vida que superaba el encanto de las canciones.

Era el día de su boda, y el espejo y el peine se los había regalado su invitado de honor, el príncipe Juan. Maude sabía que no había acudido únicamente por el simple placer de celebrar las nupcias de uno de sus vasallos. Con toda la intranquilidad reinante y los insistentes rumores sobre el rey Ricardo, el príncipe estaba allí para reforzar la lealtad de Theobald a su propia causa.

Juan había llegado, tarde, la noche anterior. Puesto que Maude ya se había retirado, el regalo fue llevado a su recámara esa mañana, junto con los otros obsequios. Recibió un broche de capa y un delicadísimo velo de seda aguamarina, bordado con hilos de oro, de Theobald. Y de su padre, un cinturón con perlas, rematado con oro puro. Los hombres se habían quedado aparte, como dictaba la tradición, y estaban en otro cuarto, preparándose para el casamiento.

La joven cerró con cuidado el espejo y lo puso sobre su cofre. Le temblaba la mano levemente y tenía el estómago contraído. No estaba preparada para casarse, pero se le había agotado el tiempo.

—Tuviste tu primera sangre hace más de un año —le había dicho su padre bruscamente cuando le contó que la fecha elegida para el matrimonio era el día de San Juan—. Theobald Walter dijo que quería esperar hasta que tuvieras edad para procrear, y ya tienes años más que suficientes para eso.

Se casaría con un hombre que le triplicaba la edad. Que le gustara, que fuera más gentil que su padre y que la tratara bien pelaban poco en la decisión cuando pensaba en su parte del trato. En nueve meses, a partir de ese día, podía ser madre. De hecho, era lo que su padre esperaba. En nueve meses podría estar muerta. La idea la hizo ponerse de pie, pero no podía ir a ninguna parte. Sólo podía ir y venir por su cuarto, como un animal enjaulado, y ella se resistía a mostrar ansiedad frente a las invitadas que colmaban el aposento.

Su abuela estaba constantemente a su lado, alisando las arrugas de los pliegues del costoso vestido de color verde azulado, colocando un rebelde mechón de pelo, ajustando la tiara matrimonial de delicadas rosas y lirios perfumados, entretejidos con hojas e hilos de plata. Maude soportaba los toqueteos y arreglos cada vez con menos paciencia. Se clavó sus bien cuidadas uñas en las palmas de las manos y apretó los dientes, sabiendo que estaba a punto de gritar.

—Deja a la niña, Mathilda. —Hawise FitzWarin se apartó del resto de las mujeres—. ¿No ves que está tensa como un ovillo demasiado apretado? —Mathilda de Chauz tomó aire para responder, pero Hawise le quitó la palabra de la boca—. Has hecho maravillas. Hagas lo que hagas ahora, no puedes conseguir más, ya es perfecta... aunque tal vez necesite algo de color en las mejillas. —Hawise cogió la liviana capa de Maude del banco en el que estaba doblada—. Vamos muchacha, el aire fresco te sentará mucho mejor que los polvos o los pellizcos en las mejillas.

—¡Pero los hombres llegarán en cualquier momento! —protestó Mathilda.

Hawise echó una mirada a la ventana que daba al patio inferior.

—Todavía no. No querrás que se desmaye en medio de la misa de esponsales, ¿no? —Sin dar a Mathilda tiempo para responder, Hawise se llevó a Maude fuera de la habitación y bajaron las escaleras de la torre. A sus espaldas se escuchaban sonidos que evocaban un gallinero alborotado. El estruendo disminuía rápidamente a medida que descendían.

—Recuerdo que me volví medio loca el día de mi casamiento entre consejos sabios y revoloteos —señaló Hawise, comprensiva—. El cabello se me escapaba del velo, y según las demás mujeres, aquello era el anuncio del fin del mundo —sonrió—. Pero me importaba un comino su opinión, porque sabía que, aunque llegara al altar descalza, en camisón y con el pelo enredado como el de un fantasma, Le Brun me tomaría igual.

Salieron de la torre a la gloriosa luz del sol. Entre los pabellones de servicio, el jardín era verde como una esmeralda, y la brisa llevaba hasta ellas el olor de las carnes asadas para la fiesta. El estómago de Maude se quejaba de hambre y a la vez sufría náuseas por el miedo. Ahogó una arcada.

—Sé que Theobald Walter no es el hombre de tu elección —murmuró Hawise—, pero es decente y honorable, y no te tratará mal.

Maude apretó los labios, y luego se obligó a hablar.

—Eso ya lo sé, señora.

—Y, por ahora, eso no significa nada —remachó Hawise con un gesto de comprensión. Luego condujo a Maude a la tranquilidad del pequeño jardín lindante con una esquina de la muralla.

—¿Cómo fue... cómo fue todo en tu noche de bodas? —balbuceó Maude mientras Hawise abría la puerta de madera de cedro que conducía a una serie de parterres de hierbas y flores impregnados de aromas bajo el sol de media mañana.

—Mi noche de bodas no tendrá nada que ver con lo que será la tuya. —Hawise cerró la puerta a su paso—. Fulke Le Brun era el hombre que había elegido mi padre, pero yo le quería con desesperación, y nos llevamos menos de diez años. —Miró fijamente a Maude—. ¿Te ha contado algo tu abuela sobre el asunto?

Maude negó con la cabeza.

—Sólo que debo dejarme guiar por mi esposo y cumplir con mi deber —enrojeció—. Y ya sé cuál es mi deber, mi señora, no soy completamente ignorante.

—Sólo lo suficiente como para tener miedo —respondió Hawise con conocimiento de causa, y comenzó a caminar entre los parterres, junto a Maude—. Me preguntas por mi noche de bodas. Te mentiría si dijera que no resultó un poco molesta, pero el placer fue compensación más que suficiente. —Se rio por lo bajo—. Creo que Fulke estaba más preocupado que yo, porque tenía miedo de hacerme daño —dijo, haciendo una leve presión en el hombro de Maude—. Theobald Walter no es un muchacho inexperto que te hará sufrir por su torpeza o su falta de consideración. Puede que el vuestro no sea un matrimonio basado en el amor, pero te prometo que serás apreciada. Lord Walter se preocupa por quienes le pertenecen. Mi hijo mayor estuvo a su servicio como escudero durante varios años, y no podría haber tenido mejor mentor.

Maude se aferró a la nota positiva que percibía en la voz de la mujer. Tenía que creer que todo iría bien, que su vida de casada iba a ser mejor que la que había llevado bajo la férrea regla de la casa paterna. No sólo la noche de bodas la llenaba de aprensión. También la ansiedad por lo que vendría después.

El pestillo de la puerta hizo un ruido y las mujeres se dieron la vuelta. De pie, en la entrada, estaba Theobald Walter. Sus rizos castaños y entrecanos habían sido cortados y peinados. La abundante barba que cubría su mentón era firme y fuerte. En honor a su matrimonio, el delgado cuerpo estaba cubierto por una larga túnica de lana azul y lucía un cinturón trabajado con incrustaciones de oro.

—Las mujeres me dijeron que salisteis un momento —dijo con un tono ronco en la voz—. Pensé que os encontraría aquí. Es el lugar más tranquilo. —Maude le miró, y el miedo inicial se transformó en leve y difuso temor—. ¿Estás lista para ir a la capilla, mi señora? —Le tendió la mano, cubierta de cicatrices de batalla. Temblaba

un poco, y Maude se dio cuenta de que probablemente estaba tan nervioso como ella.

—Sí —susurró la joven y, dejando a Hawise, se adelantó para colocar su mano, y su confianza, en el brazo de Theobald.



La ceremonia nupcial, celebrada en la pequeña y elegante capilla, no fue mucho más larga que la de compromiso. Theobald prometió entregar su vida a Maude, y ella darle a él la suya. El caballero puso en su dedo anular un anillo de oro con un rubí, como símbolo de la constancia, y esta vez encajó perfectamente. Maude miró la piedra de color rojo con una extraña sensación de distanciamiento. Era como si mirase desde lejos. Era su voz la que hablaba, su mano la que se extendía para recibir al anillo, pero no tenía la sensación de hallarse presente, no había conexión entre lo que sucedía y su mente.

La misa nupcial siguió a la promesa, y fue un largo ritual con plegarias entonadas en sonoro latín. Maude se arrodilló y se puso de pie en los momentos adecuados, murmuró las respuestas, abrió la boca para recibir la comunión, bebió el rojo vino que era la sangre de Cristo, todo ello sin sentimiento alguno. Detrás de ella, procedente del lugar que ocupaba el príncipe Juan, escuchó un exagerado suspiro y un impaciente movimiento de pies. Juan tenía reputación de dar poca importancia a las prácticas religiosas. Se decía que el único criterio con el que elegía a los capellanes era la velocidad con la que eran capaces de decir misa.

El sacerdote, capaz de percibir una indirecta, se apresuró durante el resto de la ceremonia y concluyó bendiciendo a Maude y Theobald. Los invitados se congregaron a su alrededor para felicitarlos. La novia fue abrazada por gente a quien casi no conocía. Las suaves mejillas de las mujeres rozaban la suya, como lo hacían los menos suaves rostros masculinos, poblados de barbas y bigotes. Finalmente notó unas manos que se apoyaban en su cintura, con un roce más íntimo, y una mirada ardiente que atravesó el caparazón de su indiferencia.

—Theobald sabía ciertamente lo que hacía cuando te eligió como esposa —sentenció Juan—. Cuando se celebró el compromiso eras un pequeño capullo, una promesa, pero ahora eres una flor esplendorosa. —Una lasciva sonrisa mostró sus dientes blancos—. Y es privilegio mío probar su néctar.

Otros invitados la habían besado en las mejillas. Uno o dos lo habían hecho en los labios, pero siempre a modo de saludo. Juan la atrajo hacia sí como ningún hombre lo había hecho, y apoyó su boca contra la de ella. La presión de los labios hizo que los de la joven se abrieran y, veloz como un pez, la lengua del príncipe se deslizó en su boca.

Los ojos de Maude se abrieron espantados y se soltó del abrazo de Juan como un potro salvaje. Instintivamente, lanzó una dentellada, y si él no hubiera retirado la lengua a tiempo, habría recibido una buena mordedura.

Llena de ira y de asco, le miró fijamente, pero Juan se limitó a sonreír y a secarse la boca con el dorso de la mano.

—Con el tiempo, aprenderás lo que es bueno —murmuró—. Es una pena que yo no pueda enseñarte. Temo que tu inocencia se desperdicie con Theobald.

Maude sintió el impulso de darle una patada en la entrepierna y salir corriendo, pero era prisionera de las circunstancias. Pensó que se desmayaría, y le pareció una buena idea vomitar sobre los zapatos finamente bordados de Juan.

—Alteza, permíteme felicitar a la novia. —Hawise FitzWarin hizo una profunda reverencia a Juan y le dedicó una mirada seductora que indicaba que las mujeres jóvenes tenían sus encantos, pero que las mayores habían dispuesto de mucho tiempo para perfeccionarlos.

Los labios de Juan se abrieron en una sonrisa.

—Con mucho gusto, ¿señora...?

—FitzWarin —respondió Hawise con dulzura—. El mayor de mis hijos fue entrenado bajo la supervisión de lord Walter, y durante un tiempo bajo la tuya, mi señor.

La sonrisa de Juan se marchitó en la comisura de los labios, pero Hawise ya se había vuelto hacia Maude y, con un brazo protector sobre sus hombros, la conducía hacia Theobald.

—Perra —murmuró Juan.

La jovencita se sintió reconfortada por la protección del brazo de Hawise.

—Gracias, mi señora.

—Ha sido un placer —respondió Hawise con evidente alegría.

—Me puso la lengua en la boca —dijo Maude, temblando aún. Hawise hizo un gesto que era a la vez de simpatía y de furia—. Le hubiera mordido. Lo intenté, pero fue demasiado rápido. —Maude miró nerviosa a Theobald, que se aproximaba rápidamente—. ¿Todos... todos los hombres hacen eso?

—No, como Juan no —aseguró Hawise diplomáticamente—. Y tu marido no es una sanguijuela ni una bestia.

Maude tragó saliva. Se sentía algo mareada, pero se las arregló para sonreír a Theobald. Cuando éste le devolvió la sonrisa y se inclinó para besarla en los labios, Maude los mantuvo cerrados y apenas tembló.



El mensajero llegó tarde esa noche, justo cuando los recién casados iban a ser conducidos de la sala a la recámara. Las mujeres estaban congregadas en torno a Maude, para acompañarla, y los hombres alrededor de Theobald. Sugerencias y consejos soeces brotaban de las lenguas, casi todas masculinas, liberadas por el vino.

—No prestes atención —murmuró Hawise al oído de Maude—. Es la estupidez de la borrachera y pronto se marcharán.

—Pero no antes de que me tenga que desnudar ante ellos —susurró la chica. Como parte de la ceremonia, tanto ella como Theobald debían mostrarse desnudos para que todos pudieran testimoniar que no había razón física que permitiera a uno repudiar al otro. La idea de aparecer desnuda y vulnerable bajo la predadora mirada del príncipe Juan la hizo temblar.

—Tu abuela y yo nos aseguraremos de que esa parte del ritual concluya lo antes posible —dijo Hawise acariciándola el hombro—. Creo que Theobald hará lo mismo. No es amigo de las exhibiciones.

Pero el príncipe Juan sí lo era. Arrastrando los pies, Maude subió las escaleras de la torre. Cuando puso un pie en el primer escalón, el mensajero entró en la sala, acompañado de uno de los caballeros de Juan. Las botas del jinete y los bordes de su capa estaban cubiertos de polvo y sus ojos revelaban falta de sueño.

El grupo de hombres se detuvo. Theobald se abrió paso hacia el centro y llamó al mensajero. Las noticias que traía debían de ser importantes si tenían que comunicarse a esa hora de la noche y el hombre había cabalgado sin descanso para llegar a Lancaster.

—Traigo cartas para su alteza el príncipe Juan. —El mensajero se arrodilló frente a Theobald, más por cansancio que por reverencia.

Frunciendo el ceño, Juan dejó a los invitados y tendió la mano hacia el paquete sellado que el hombre extrajo de su saco de cuero.

—No, quédate —le dijo a Theobald cuando éste hizo ademán de retirarse—. Puede que te necesite.

—Señor. —Theobald inclinó la cabeza e hizo una seña a las mujeres para que continuaran hacia la estancia nupcial.



Con el pelo tan cepillado que brillaba como un espejo de plata y el cuerpo desnudo cubierto por una manta con bordes de piel, Maude esperaba sentada a su marido, mirando la vela que se consumía en el candelabro. Ya no tenía miedo. Esa sensación había sido reemplazada por un suave sopor, aumentado por el vino con especias que *lady FitzWarin* le había servido generosamente. Sentía que estaba a punto de cerrar los párpados, pese al esfuerzo hecho para permanecer despierta. Conteniendo un bostezo incipiente, la novia miró la cama, con la colcha doblada para mostrar las sábanas de lino. Si pudiera acostarse a dormir. Pero nadie le permitiría hacer eso.

El rumor de voces masculinas en las escaleras atravesó su somnolencia como un fino puñal. Las mujeres invitadas, que habían estado conversando y comiendo pequeños pasteles de higo, se sacudieron las migas de las ropas, terminaron el vino y se prepararon.

Todavía vestido, el novio fue introducido en el cuarto. Con un alivio tan enorme que casi le flaquearon las rodillas, Maude vio que el príncipe Juan y los caballeros de

su entorno no estaban presentes. El rostro de Theobald reflejaba tensión y cansancio; las arrugas cercanas a los ojos ya no estaban suavizadas por la sonrisa. Sus compañeros también parecían más tranquilos que antes, aunque nada impidió a William Reinfred dar un codazo al novio y ofrecerle quinientos marcos de plata para ocupar su lugar.

—Ni por todas las riquezas de Inglaterra —respondió Theobald, tranquilizando a Maude con una mirada mientras los hombres comenzaban a desvestirlo.

—¡Es una pena que no vinieras a mí con tu oferta cuando tuviste la oportunidad, Reinfred! —bromeó el padre de Maude—. ¡Por esa cantidad te la hubiera dado!

Seguramente lo habría hecho, pensó la chiquilla. Sintió los ojos de los hombres clavados en ella, como compradores de caballos examinando a una potranca en el mercado. Su lujuriosa curiosidad la llenó de incomodidad y rechazo cuando las mujeres le desabrocharon la pesada capa y la retiraron de sus hombros. Ni siquiera podía esconderse detrás de los cabellos, porque su abuela los había recogido en sus manos y los alzaba para mostrar que no había defecto alguno oculto bajo su sedosa pesadez.

—Vean —dijo el padre, orgulloso—, ni un defecto.

—Estoy satisfecho —afirmó Theobald con voz algo ahogada y haciendo un gesto a Mathilda de Chauz—. Deja que se vuelva a poner la capa.

Maude le miró agradecida y se apresuró a hacerle caso.

—¿Y tú, mi señora? —preguntó el sacerdote que estaba presente para bendecir a la pareja y su cama—. ¿Estás satisfecha?

Dada su edad, no podía decirse que Theobald careciera de imperfecciones, pero las que existían eran menores y no presentaban impedimento para cumplir el contrato matrimonial. Su cuerpo, aunque ya no tan delgado y estrecho de caderas como el de un joven, era todavía firme, y los músculos de los brazos eran fuertes y brillantes. Los dientes eran buenos y su pelo, aunque entreverado de gris, poderoso y abundante.

—Sí lo está —dijo Le Vavasour con un gesto impaciente.

Maude levantó el mentón, decidida a responder por sí misma, viendo aumentado su valor por la protectora presencia de la capa sobre sus hombros. Después de un rápido vistazo a la desnudez de Theobald, mirándole fijamente a los ojos, habló.

—Lo estoy.

El sacerdote los colocó juntos y les roció con agua bendita de un hisopo que llevaba en la mano. Entonó las bendiciones en latín, pidiéndole a Dios que el matrimonio fuera duradero, próspero y fructífero. Luego invitó a Theobald y a Maude a que se acostaran en la cama. Una vez en ella, fueron bendecidos de nuevo.

—Recuerda tu deber, hija —dijo Le Vavasour mientras se inclinaba sobre ella y se despedía besándola en la mejilla.

—Sí, papá —respondió fría y distante. Su padre siempre había sido un extraño, pero nunca tanto como en ese momento.

—Dios te bendiga, hija. —Su abuela la abrazó con fuerza, con los ojos húmedos,

como si se estuviera despidiendo de ella para siempre.

Tal vez fuera así, pensó Maude. Hasta que llegara la mañana siguiente cruzaría un vasto océano de experiencias, y una vez que lo hiciera, no habría retorno. Sabría lo que su abuela y su desgraciada madre habían conocido, o ganaría el conocimiento que había hecho sonreír y estrechar su mano a Hawise FitzWarin.

—Te deseo alegría —le dijo Hawise, y fue una de las pocas mujeres invitadas que también se dirigió a Theobald y le besó en la mejilla.

Hubo algunas bromas de última hora, alusiones al trabajo de arar la tierra, plantar las semillas y desenvainar las espadas, pero finalmente se cerraron las puertas detrás del último invitado, y Maude y Theobald se quedaron solos.

—Juro que nunca volveré a hacer bromas a ninguna novia y a ningún novio en mi vida —declaró Theobald—. ¿Bebes? —Se quitó la capa, la dejó sobre la cama y le sirvió vino con especias de la jarra, situada convenientemente sobre un cofre.

Maude asintió. Ya había bebido mucho. Un poco más no iba a matarla, y demoraría un poco más el momento temido.

Volviendo a la cama, Theobald le alcanzó la copa. Se recostó a su lado, pero no intentó tocarla ni acercarse.

—No sé lo que te han dicho, ya fuera en broma o seriamente para ayudarte esta noche —comentó—, pero no tengo intención de saltar sobre ti como una bestia salvaje. —Sus labios se fruncieron con desagrado—. La violación seduce a algunos hombres, especialmente cuando está sancionada por el matrimonio, pero a mí nunca me ha fascinado.

—No, mi señor. —Maude mantuvo la mirada fija en la copa.

—Llámame Theo. El trato formal es para los lugares formales. —Entonces la tocó, pero sólo para inclinar su mentón con un dedo y hacer que le mirara—. No debes tenerme miedo. No quiero una esposa que se asuste de mi voz y que tema hablar por temor a ser castigada.

Maude miró dudosa en sus ojos grises. Semejantes palabras eran demasiado buenas como para ser sinceras. Nadie, ni hombre ni mujer, se había atrevido nunca a contradecir los deseos de su padre.

—Yo no te temo, mi... Theo.

—Me alegra que así sea. —Retiró el dedo y bebió un poco de vino. Luego maldijo en voz baja y vio que a Maude le temblaban las manos—. Si no estuviera casado, ni siquiera soñaría con buscar una muchacha tan joven para mi placer.

Maude no sabía qué responder; probablemente él no esperaba que lo hiciera. Para llenar la insoportable tensión que flotaba en el aire, habló con abrupto nerviosismo.

—¿Fueron malas las noticias que recibió el príncipe?

—¿Cómo?

—El mensajero. Parecía como si hubiera llegado cabalgando desde lejos y con gran apuro. Y el príncipe no estaba entre los invitados a la ceremonia del tálamo nupcial.

Sacudió la cabeza y al principio no dijo nada. Maude se preguntó si habría traspasado el límite. Su padre decía que los asuntos de estado no eran cosa de mujeres, cuya ocupación consistía en mantener vivos el fuego y la cama. Convenientemente, ignoraba hechos tales como el nombramiento de la madre de Ricardo como regenta de Inglaterra durante la ausencia de su hijo. Conociendo poco a Theobald, nada sabía de sus opiniones.

—Yo no quise... —Trató de excusarse, pero, cuando comenzó a hablar, él dejó escapar el aliento en un largo suspiro y le respondió.

—Las noticias fueron malas. Y el príncipe se retiró a su cuarto a estudiar las consecuencias. También ha de marcharse con la primera luz, por eso necesita descansar. —La miró sombrío y ella tuvo la impresión de que estaba juzgando su carácter en profundidad, que su mente iba más allá del aspecto físico y la ansiedad superficial de la noche de bodas—. El mensajero trajo una carta del rey Felipe de Francia, en la que le dice a Juan que tenga cuidado, que el diablo está suelto.

Maude jugueteó con un mechón de su cabello.

—¿Eso quiere decir que el rey Ricardo está en libertad?

—No del todo. Pero los términos de su rescate han sido acordados y será liberado tan pronto como se realice un pago sustancial.

—¿Esas noticias son malas para ti? —preguntó frunciendo el ceño.

Theobald terminó el vino con varios rápidos tragos.

—Para bien o para mal, soy hombre de Juan. Tengo tierras gracias a su voluntad, y él me ha encomendado su cuidado porque está dentro del territorio de mis posesiones del norte. —Habló con un tono seco, como si las palabras que salían de su boca tuvieran un sabor amargo—. Pero también soy hombre de Ricardo, porque él es el rey, y él es la última autoridad.

—Entonces te encuentras atrapado entre dos fuegos. —Haga lo que haga, no puedo ganar. Si me pliego a Juan, soy culpable de traición. Si cedo a Ricardo, soy culpable de traicionar la confianza de Juan. Nuestro matrimonio no ha sido la razón de su visita a Lancaster, sino su excusa para hacerla. Quiere atarme más estrechamente a su causa, hacer que renueve mi juramento de lealtad a él. Se suponía que debía hacerlo mañana, en la gran sala, pero tuve que adelantarlo a esta noche, porque al amanecer ya se habrá marchado. —Theobald volvió a alzar la copa, miró el fondo y se levantó para volver a llenarla—. Me arrodillé, puse mis manos entre las suyas y le juré lealtad, lo cual significa que defenderé este lugar pase lo que pase... pero si pasa Ricardo... —Se dio la vuelta y se frotó el rostro con la mano—. No sólo tiran de mí dos bandos, sino que ya estoy despedazado. La muerte por honor nunca es agradable.

Maude se agarró de las rodillas y le miró, deseando poder ofrecerle consuelo o consejo, pero no se le ocurría qué decir.

—¿No hay manera de convencer a Juan de que se rinda a Ricardo?

Theobald volvió a la cama y se acomodó a su lado. Maude se movió un poco,

como si le hiciera sitio, pero también para guardar la distancia entre ambos.

—Existe esa esperanza —respondió—, pero mientras Ricardo permanezca prisionero, Juan conspirará para reforzar su propia porción. Intentará demorar el pago del rescate, e incluso tal vez ofrezca dinero al emperador Enrique para que mantenga a Ricardo encerrado. Hará todo lo que esté en su mano para retener el poder que ha conseguido.

—¿Y así y todo le eres leal?

El tono de censura latente en su voz le resultó duro, porque se volvió hacia ella con una irritada mirada defensiva.

—Sí, así y todo, le sirvo. Miente, hace trampas, es petulante, lascivo y no reconocería el honor, aunque lo tuviera a un centímetro de su cara. Tal es el lado oscuro de la moneda. Pero bajo la corona tiene una mente despierta, y cuando no se enfrenta en una guerra autodestructiva con la sombra de Corazón de León, es, quizás, el estadista más capaz entre todos los hijos de Enrique. —Hizo una pauta para tomar algo de aliento. Maude aceptó su defensa, pero no pudo evitar un instintivo escalofrío de disgusto cuando pensó en el modo en que Juan la había acosado en la ceremonia matrimonial—. No hay nadie más —añadió tristemente su esposo—. Arturo de Bretaña es un niño, y jamás ha puesto un pie en suelo inglés, mientras que Juan conoce Inglaterra y la aprecia. —Hizo girar la copa y emitió un gruñido amargo—. No puedo creer que esté aquí sentado en mi noche de bodas, hablando de asuntos de estado con una niña de dieciséis años.

Maude sintió una oleada de pánico. Si él dejaba de hablar, apagaría la vela y tendrían que embarcarse en el sangriento acto de la consumación.

—Pero estoy interesada —repuso, preguntándose cuánto tiempo más podía posponer lo inevitable—. Quiero aprender esas cosas. Cuanto más entienda, más capaz seré de ayudarte.

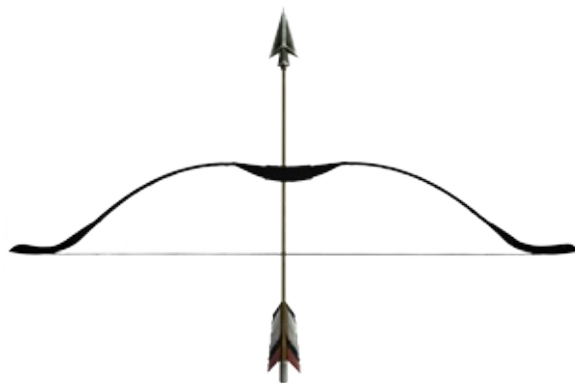
—¿Tú, ayudarme? —sonrió, pero con amargura. Dejó la copa y se volvió hacia ella—. ¿Cómo podrías hacerlo?

—Si estoy al tanto de lo que ocurre, no diré cosas fuera de lugar por mi ignorancia.

—Hay quienes dicen que el conocimiento es peligroso. —Le cogió un mechón de pelo y lo acarició con los dedos, admirando su brillo a la luz de la vela.

—También lo es la ignorancia, mi señor. —Se mordió el labio, preguntándose si se habría excedido, pero Theobald no parecía irritado. Su respiración se había acelerado y la miraba con intensidad, pero sin enfado.

—Bien —musitó suavemente, tensando el mechón de pelo en su mano y acercándola a él—. Si deseas aprender, supongo que tendré que enseñarte. —Con la otra mano le acarició suavemente el rostro—. Mi conocimiento y tu ignorancia. —Theobald cogió aire y soltó una trémula carcajada—. Por Dios, muchacha, ahí está, en verdad, el peligro.



CAPÍTULO 11

El placer de la cabalgada en el fresco aire del amanecer era sólo una pequeña tregua, un respiro antes del calor que más tarde haría que los hombres hirvieran dentro de sus armaduras. Por lo menos, pensó Fulke, agradecido por esas pequeñas mercedes, llegarían a Lancaster antes de que los rayos del sol del mediodía los alcanzaran. Los últimos días habían sido un purgatorio de pieles sudorosas y arañadas, de una sed que no les abandonaba mientras conducía a las tropas hacia los cielos sin nubes del norte. El país parecía tranquilo, pero incómodo, bajo el mando de la reina Leonor y sus regentes, y los hombres sabios tomaban la precaución de viajar con la armadura puesta, a pesar de la incomodidad que implicaba hacerlo.

Habiendo entregado con éxito las cartas de la corte germana a Hubert Walter, Fulke y Jean se dirigían a Lancaster, esta vez con misivas de Hubert para Theobald, junto con los regalos de matrimonio del arzobispo a la pareja. En el viaje de regreso, Fulke debía acompañar a su madre a Alberbury, para que estuviera salvo, y luego regresar con sus hermanos a Normandía.

—Me pregunto cómo será ahora Maude Le Vavasour —musitó Jean. Había optado por un atuendo llamativo y vestía una túnica de color rojo brillante que hubiera resultado terriblemente vulgar si no fuera porque su complexión hacía que le quedara bien. El laúd le colgaba en bandolera sobre la espalda, y sus oscuros rizos estaban coronados por un rimbombante sombrero rojo, adornado con una pluma de pavo real. Era un juglar exuberante, a tono con las delicias del verano.

Fulke se encogió de hombros y oteó el camino. Había permanecido desierto hasta aquel momento, pero ahora podía ver una nube de polvo por delante.

—No lo había pensado —contestó Fulke, prestándole atención a medias.

—Recuerda mis palabras: con esos ojos y ese pelo, debe de ser una belleza.

Fulke emitió un gruñido. En su mente apareció la imagen de la pequeña niña, más

llamativa que bonita, rebosante de un volátil temperamento, mientras retenía con fiereza la pelota de su hermano. Recordaba su empecinada curiosidad al espiar el banquete de coronación de Ricardo, y luego la evocó de pie, junto a Theobald Walter, en la abadía, con la expresión vidriosa por el miedo y la espalda rígida, mientras reunía suficiente coraje para no salir corriendo. Le divirtió, le irritó, le dio pena. Imaginarla como una hermosa mujer le resultaba imposible.

La nube de polvo crecía y la velocidad a la que se movía sugería que podía tratarse de un grupo a caballo de tamaño considerable. Fulke tiró de las riendas e hizo señas a su pequeña compañía para que se colocara a un lado del polvoriento camino.

El primer jinete que se aproximó era un guerrero a lomos de un caballo pinto, con una lanza coronada por un flameante estandarte rojo y oro. Los leones de los Plantagenet rugían en la seda del fondo, y la capa del caballero también era roja y oro. Luego llegaron otros, vestidos de modo similar, a un rápido trote. En medio de ellos, montando un semental español, iba el príncipe Juan, con expresión furiosa. Al ver a Fulke y su tropa, su ira se convirtió en tempestad de furia. Tiró de las riendas, deteniendo abruptamente el caballo. Los jinetes que le seguían estuvieron a punto de chocar con él.

—Alteza. —Fulke inclinó la cabeza en renuente señal de obediencia.

—¡Bajaos de los caballos y arrodillaos ante mí! —exigió Juan—. Recibiré el respeto que merezco.

Durante un instante que pareció eterno, Fulke miró fijamente a Juan, dejando claro lo que pensaba de la orden. Detrás de él, ninguno de sus hombres hizo el más mínimo movimiento.

—¡He dicho que os bajéis de los caballos, miserables limpiadores de cloacas, y que os arrodilléis! —La voz de Juan era un áspero susurro.

Sin quitar los ojos del príncipe, Fulke bajó de su montura y puso rodilla en tierra. Al hacerles un breve gesto, sus hombres también desmontaron, pero era evidente que lo hacían por orden de Fulke, no de Juan.

El príncipe los miró fijamente, ardiendo de rabia contenida.

—Un día tu insolencia te destruirá.

Fulke alzó la cabeza.

—Si hubieras sido coronado rey de Inglaterra, y por tanto mi soberano, me habría arrodillado inmediatamente, alteza. Pero hoy por hoy, reclamas algo que no te pertenece.

Juan pareció a punto de ahogarse. Su caballo dio unos pasos hacia un lado, agitando las crines, y luego comenzó a corcovear. Girard de Malfee sujetó las riendas rápidamente y calmó al animal.

Juan tomó aliento y apretó los dientes.

—Yo te enseñaré lo que puedo o no reclamar —espetó—. Si te dejas con vida, FitzWarin, es sólo para que puedas lamentar el día de hoy. —Espoleó los grises flancos de su montura y salió a la carrera, haciendo que Malfee perdiera las riendas.

El grupo real partió al trote y Fulke se puso de pie lentamente. Sintió sus piernas repentinamente débiles y tuvo que agarrarse a las riendas de su montura.

—Bueno —declaró Jean de Rampaigne—, no hay demasiadas diferencias entre tú y tu hermano William, después de todo. Ambos pasáis con herraduras por donde los ángeles temen caminar. ¿Qué harás cuando Juan ostente la corona de Inglaterra?

—Me arrodillaré ante él, porque será su derecho —respondió Fulke frunciendo el ceño al mirar a Jean—. No tenías por qué imitarme. Podrías haberte arrodillado por propia iniciativa.

—Entonces, supongo que debo ser tan tonto como tú —dijo Jean y volvió a montarse. A la espera de que Fulke estuviera otra vez sobre su montura, estudió la nube de polvo que se alejaba—. Se diría que le han llegado las noticias de la liberación de Ricardo.

—Me cuesta creer que corra hacia el sur para organizar el rescate —repuso Fulke con amargura—. Probablemente cabalga para tratar de impedirlo. —Azuzó a su animal con un golpe de las riendas en el cuello.



Maude se dio la vuelta, puso la mano debajo de la blanda almohada de plumas y trató de recuperar el profundo sueño del que hasta hacía unos instantes había disfrutado. Sonidos apagados se adentraban en su conciencia, y aunque mantuvo los ojos cerrados, se hicieron más y más altos, y la oscura paz del sueño se esfumó.

Una mano tocó su hombro desnudo. La palma y los dedos eran cálidos, anchos y masculinos.

—Buenos días, mi señora esposa. Tus damas están aquí para atenderte.

Abrió los ojos y se encontró a Theobald inclinado sobre ella. Estaba vestido y, al otro lado de las cortinas que cubrían la cama, asomaba una gloriosa mañana.

—Buenos días, mi señor. —Su voz parecía un graznido seco, sentía en la boca un rancio sabor a vino. Un dolor agudo latía detrás de sus párpados y una extraña sensación le ardía entre los muslos.

—¿Qué hora es?

—Cerca de media mañana —contestó Theobald. Sus ojos tenían una expresión levemente ansiosa—. Te he dejado dormir tanto como ha sido posible, pero todos los invitados están en la sala. ¿Estás bien?

Maude quería cubrirse la cabeza con la almohada y pedirle que se fuera.

—Sí, mi señor. —Se incorporó en la cama. La luz hirió sus ojos y los entornó.

—Tus damas están aquí para atenderte. —Señaló el lugar donde sonaban susurros y carraspeó—. Lo siento si te hice daño anoche.

—Fue sólo un poquito, mi se... Theo. —Al llamarle por su nombre, vio que el rostro de su marido se dulcificaba.

—Así y todo, no me gusta hacerte sufrir —murmuró, acariciándole la mejilla—.

Me temo, querida, que tendrás que darte prisa. Necesitan las sábanas matrimoniales en la sala para que los invitados sean testigos.

Maude hizo un gesto de desagrado ante la obligación de exhibir la prueba de su virginidad.

—Te dejaré para que te prepares. —Con cierta torpeza, Theobald se alejó de la cama, murmuró algo a las mujeres que esperaban y se retiró.

Inmediatamente, la abuela de Maude y las sirvientas rodearon la cama. Una de las mujeres le alcanzó una tisana de hierbas caliente. La joven cogió el tazón con ambas manos y bebió con gusto.

—Has hecho bien —dijo Mathilda de Chauz con una brusca inclinación de cabeza, que era lo más parecido a un elogio que podía expresar—. Tu esposo parece muy satisfecho.

Maude continuó bebiendo la tisana. El acto de la consumación no le había regalado el placer del que Hawise FitzWarin hablaba, pero tampoco había sido el espantoso trance al que su abuela había aludido. Sintió algo de dolor, y Theobald se disculpó mientras fue capaz de hablar. Le seguía doliendo, pero no era una sensación intolerable. Lo que había ocurrido esa noche hizo que Maude notara que poseía un poder y una influencia mayores que las que jamás había tenido en casa de su padre. Ahora era *lady* Walter, y Theobald había compartido sus pensamientos con ella. Eso, más que ninguna otra cosa, compensaba el dolor físico que la había infligido.

—Aquí tienes agua para lavarte, señora Maude —dijo Barbette, una de las sirvientas asignadas a su servicio en Lancaster—. Y un poco de bálsamo por si te hace falta.

La chica negó con la cabeza.

—Lord Walter fue bueno conmigo —comentó.

Inmediatamente, su abuela mostró ansiedad.

—¿Consumó el matrimonio? —Echando a un lado la colcha, hizo un gesto a Maude para que dejara la cama, y suspiró con alivio cuando vio la sábana y los muslos de Maude salpicados de sangre—. Estoy orgullosa de tu valor —le dijo, y volviéndose a las sirvientas, les ordenó que retirasen la sábana y la llevaran al salón.

—No fue valor —reconoció Maude—. Bebí tanto que apenas me enteré de lo que pasaba, y ahora me duele la cabeza.

Barbette se rio, pero fue rápidamente silenciada por una mirada severa de Matilda.

—Necesitas polvo de corteza de sauce, mi señora —dijo la joven empleada—. Te traeré un poco. —Salió por la puerta y las dos sirvientas restantes retiraron las sábanas ensangrentadas, prueba de la virginidad de Maude. Si tenía un hijo en nueve meses a partir de esa fecha, no podría ser de nadie más que de Theobald.

Maude se lavó la sangre de los muslos. Cuando la penetró, apretó los dientes para contener el grito. Theobald se había disculpado, pero empujó más, susurrando entrecortadamente que retirarse en ese momento sólo le ocasionaría mayor dolor. La

primera vez siempre era difícil. Después sería más sencillo. Tenía que confiar en él. Y en él confió, abrazándole el cuello con todas sus fuerzas mientras le causaba dolor varias veces más, para luego temblar en sus brazos como un moribundo. En los pegajosos y sangrientos instantes en que se estrechó contra él, la vulnerabilidad había cambiado de bando, y ahora ella tenía noción del poder que una mujer podía ejercer sobre un hombre.

Con la ayuda de su abuela, Maude se puso unas enaguas claras y un vestido de lino verde oscuro. La anciana dividió la pesada cabellera rubia de Maude en dos gruesas trenzas, adornándolas con un velo de liviana seda. La tensión de las trenzas y la tirantez de la cinta de plata que fijaba el velo intensificaron su dolor de cabeza. Barbette regresó con otra copa humeante, esta vez era una infusión de polvos de corteza de sauce.

La joven la bebió, agradecida por la miel que endulzaba el amargo regusto del brebaje. Se atrevió a echarse un vistazo en su nuevo espejo. Los rastros de la noche se reflejaban en las oscuras marcas de debajo de los ojos, pero, por lo demás, su rostro no había cambiado. Quien la viera no sabría qué puente había atravesado la noche anterior.

La esperaban en el vestíbulo. Algunos de los hombres más jóvenes, todavía vestidos con sus ropas de fiesta, la vitorearon cuando apareció. Su llegada fue precedida por la solemne exposición de la sábana nupcial. Ella pretendió ignorarlos, pero su sonrojo demostró lo contrario. Sabía que estaban mirando la sábana ensangrentada e imaginando su desfloración, y no necesariamente por Theobald.

La sábana nupcial, como exigían las costumbres, fue desplegada y colgada sobre el muro, detrás de la mesa principal, como un estandarte. Después de mirarla fugazmente, Maude apartó los ojos y ocupó su lugar junto a Theobald. Éste le besó la mano y la saludó formalmente, como a su «señora esposa». También él evitó mirar la sábana.

Un escudero le sirvió pan y queso. La joven rechazó el vino que se le ofreció y se contentó con una taza de leche. Todavía le latía dolorosamente la cabeza, pero la poción de corteza de sauce estaba comenzando a surtir efecto. Se dio cuenta de que Theobald bebía poco vino, y por el modo en el que se frotaba el ceño, dedujo que él también estaba padeciendo los efectos de los placeres de la noche.

Cuando terminaron de comer, Theobald se puso de pie y pidió silencio.

—Como sabéis —comenzó, con voz poderosa—, es costumbre que el novio le dé a la novia un regalo la mañana siguiente a la noche de bodas para simbolizar su estima. Es un regalo que será de su sola propiedad, y no puede ser entregado ni vendido sin su consentimiento. —Volviéndose a Maude, le entregó un rollo de pergamino, atado con una cinta roja y lacrado con su sello—. Llamo a todos como testigos del obsequio que doy a mi flamante esposa, en la forma de cinco fincas, dos caladeros y dos molinos en Amounderness y en Norfolk, para que ella disponga de sus rentas como lo desee. —Con una reverencia, le presentó el rollo, agregando

además un pequeño cofre de marfil que contenía un collar de perlas y, suspendida, una cruz de oro con rubíes que hacía juego con el anillo de casamiento.

Maude estaba anonadada. A pesar de su noble estatus, nunca se le habían prodigado tantas atenciones como en los últimos dos días. Theobald había elegido sabia y generosamente. La joya era un símbolo de la confianza que ponía en ella, y las rentas le otorgaban independencia.

—Gracias, mi señor —musitó Maude sin aliento.

—Es una nadería —replicó Theobald con brusca timidez. Cogió las perlas y se las puso en el cuello, procurando que la cruz quedara vertical.

—Es demasiado joven para que se le confíe tanta riqueza —objetó su padre, que había estado observando la ceremonia con mirada crítica.

Theobald se volvió hacia su suegro.

—Pero no demasiado joven para convertirse en esposa o para que le confíe mi bienestar y el de todos en esta casa —soltó secamente—. Si está lista para una cosa, también lo está para la otra.

Robert Le Vavasour hizo una mueca con sus gruesos labios.

—Sean cuales sean sus talentos, las mujeres necesitan una guía firme para no salirse del camino.

—Maude recibirá cuantos consejos necesite de mí —respondió Theobald, posando levemente la mano sobre el hombro de la joven—. Lo único que tiene que hacer es pedirlos.

Le Vavasour carraspeó y adoptó un aire un poco sombrío.

—No quisiera ver cómo mi yerno hace algo que después resulte contraproducente.

Theobald inclinó la cabeza, mostrando que estaba al tanto de la preocupación de Le Vavasour.

—Cosechamos lo que sembramos —comentó con tono amable.

Maude permaneció callada durante el tenso diálogo, sintiendo emociones placenteras al ver que Theobald la defendía. Tenía a un hombre a quien podía respetar por afinidad y no por obligación.

—Mi señor esposo, dame permiso para guardar este pergamino en lugar seguro. —Podía habérselo encargado a una sirvienta, pero era una manera de escapar de la situación. Aunque contenta con Theobald, no dejaba de sentirse como un hueso que se disputan dos perros.

—Como desees. —La miró a los ojos, comprendiéndola perfectamente. Maude le hizo una profunda reverencia, inclinó la cabeza hacia su padre y salió a toda prisa.

—Es una excelente joven, inteligente y de espíritu firme —declaró Theobald, admirando su graciosa figura mientras subía las escaleras. Y su carácter ha de ser muy fuerte, pensó, para soportar la prepotencia de su padre y salir relativamente indemne, sin más daños que cierto nerviosismo, siempre visible, en su mirada—. Es mi mujer, tengo derecho a complacerla un poco.

—Por tu propio bien, asegúrate de que un poco no se convierta en mucho —gruñó Le Vavasour—. Las mujeres se echan a perder con facilidad.

Theobald se las ingenió a duras penas para morderse la lengua y no decir que Robert Le Vavasour había estropeado a la madre de Maude con su comportamiento, y que posiblemente ésa hubiera sido la causa de la muerte de la pobre mujer. Theobald intentaría mantener a la hija a salvo de semejante trato.



Al cabo de un rato, Maude regresó a la sala. Huía de sus aposentos, donde la irritaban la presencia de su abuela y de otras invitadas con su insaciable sed de chismorreos. Allí se sentía como un pájaro joven rodeado de viejas gallinas dispuestas a picotearla con sus consejos.

Su padre ya no estaba en la mesa principal, y un joven caballero de renegridos cabellos ocupaba su lugar. Le pareció vagamente familiar, pero no pudo reconocerlo. Ciertamente, no había estado presente en las nupcias del día anterior. Hubiera recordado su notable porte aguileño. Comía pan y queso con placer, y asentía vigorosamente a lo que le decía Theobald, El yelmo y la espada colocados junto a su plato y el polvo que impregnaba la túnica que llevaba sobre la malla delataban su reciente llegada. También junto a Theobald se encontraba otro joven, de atuendo más adecuado para la celebración. En vez de un yelmo y una espada, un bello laúd yacía a su diestra y, a diferencia de su compañero, no vestía ni túnica ni malla. Cerca se encontraban otros jóvenes armados, todos comiendo con apetito.

Maude pensó en darse la vuelta y volver nuevamente a su recámara, pero pronto cambió de idea. Mejor lo desconocido que el gallinero, se dijo. Con una sonrisa de bienvenida en su rostro, se acercó.

El caballero levantó la cabeza y sus mandíbulas dejaron de masticar, repentinamente, cuando sus ojos se encontraron. Maude sintió un escalofrío en la nuca y un vago estremecimiento en el pecho. No tuvo más remedio que tomar aire para recuperarse.

Theobald le hizo señas para que se acercara y se sentara con ellos en el banco.

—¿Te acuerdas de Fulke FitzWarin? —preguntó, señalando al joven caballero.

—No. Yo... creo que sí. —Maude apartó su mirada de los ojos del joven. FitzWarin también desvió la suya, levantando la copa para beber.

—No estoy seguro de acordarme de ella —repuso el joven con brusquedad—. Jean me advirtió que se habría convertido en una gran belleza, pero sus palabras no le hacen justicia.

El joven de buenas ropas sonrió.

—No te la hacen, mi señora —confirmó.

Theobald le presentó como Jean de Rampaigne, su antiguo escudero. Con esfuerzo, Maude consiguió recuperarse y respondió. Era tan buen mozo como

FitzWarin. Con su sonrisa socarrona y sus ojos alegres, era encantador, como Fulke, pero no tenía su sensual atractivo.

La joven ocupó su lugar al lado de Theobald, procurando que ninguna parte de su cuerpo tocara a Fulke al pasar junto a él. El brazo del joven, cubierto con la malla, descansaba sobre la mesa. Observó el brillo de la luz sobre el tejido, sus ojos hicieron el recorrido hasta el puño de piel y llegaron al contorno bronceado de la mano. Los dedos delgados y fuertes le parecieron hermosos. Una fina cicatriz blanca sobre los nudillos, y una más reciente, de color rosa, curvada alrededor de la base del pulgar, aumentaban su atractivo, sugiriendo que allí había tanta experiencia como sensibilidad.

—Entonces, ¿qué te aparta del circuito de justas? —preguntó Theobald.

Fulke se cruzó de brazos.

—Jean tiene un mensaje para lord Hubert y yo me ofrecí para acompañarle como escolta.

—Si hubiera sabido que estabas en Inglaterra, habrías sido bienvenido a mi casamiento.

—Lo sé, mi señor, pero a la vista de algunos invitados presentes, fue mejor que mi madre representara a nuestra familia.

—Tal vez. —Theobald parecía un poco avergonzado. Hizo un gesto con el brazo—. Pero insisto en que permanezcas aquí esta noche. Echo de menos tu compañía y me gustaría contarte muchas cosas. Querrás quitarte el polvo del camino y aliviarte del peso de la cota de malla. —Miró de reojo a Maude y carraspeó.

La joven se dio cuenta, con un sobresalto, de que ahora era su obligación, como señora del castillo, procurar que los invitados estuvieran cómodos. ¡Jesús!, pensó. Puede que la hubiera desflorado la noche anterior, pero todavía existían muchas virginidades que perder. ¿Qué haría su abuela? Maude se puso de pie dubitativa y miró con desesperación a su esposo.

—Creo que hay una estancia vacía, ahora que el príncipe Juan ha partido —comenzó Theobald.

—Ah, sí, es verdad. —Le sonrió agradecida y se volvió a sus invitados—. Te mostraré dónde está y las sirvientas llenarán unas tinas para que puedas asearte.

Fulke cogió la espada y el yelmo de la mesa. Maude observó el movimiento de sus manos y luego se obligó a sí misma a mirar cualquier otra cosa.

Fulke miraba a Theobald con un destello de ironía en los ojos.

—¿Voy a ocupar el aposento del príncipe Juan? No sé si eso es una muestra de tu sensibilidad o de tu sentido del humor.

Theobald hizo un gesto quitando importancia al asunto.

—Más bien de mi sentido común, puesto que no tenemos más estancias libres.

Fulke saludó al caballero con un gesto sarcástico, pero amistoso, y siguió a Maude.

—Condúceme, mi señora.

Con el rostro enrojecido, la recién casada guio a Fulke y a su pequeño grupo por la sala. «Al menos —pensó aliviada— no se ha parado a ver la maldita sábana nupcial». Incluso pareció decidido a no mirarla. Le estaba agradecida por su caballerosidad.

En realidad, no había sido por caballerosidad, sino por un sentimiento menos elegante, lo que había hecho que Fulke apartara los ojos de la sábana nupcial. Al principio no había mirado porque había crecido en una casa un tanto excéntrica, donde lo que ocurría en el lecho era visto como algo que sólo interesaba a la mujer y al hombre, y no al resto del mundo. Aunque conocía la tradición de la sábana, le parecía un poco obscena. Cuando Maude entró en la sala, casi se atragantó con el pan. Había desaparecido la delgada muchachita de ojos enormes que recordaba, y la reemplazaba una mujer joven, esbelta y delgada ciertamente, pero no una niña. Sus ojos, de un verde claro, como de gato, las pesadas trenzas doradas cayendo más allá del velo, los pómulos y la mandíbula claramente moldeados y la boca suave como un almohadón le trastornaron inmediatamente.

Las miradas de ambos se cruzaron y ninguno pudo ocultar el calor de sus pensamientos. No, no se atrevió a mirar la sábana porque ya estaba anonadado y luchaba por asumir que, lejos de ser una niña delgaducha a quien podría tratar como un hermano mayor, Maude Le Vavasour era sencillamente la mujer más subyugante que hubiera visto nunca.

La joven le mostró las habitaciones que recientemente habían sido abandonadas por el príncipe Juan, y luego se excusó para hablar con sus sirvientas y llamar a *lady* FitzWarin, que estaba en las estancias de las mujeres. Fulke la vio retirarse, y sus ojos se quedaron fijos en la puerta, incluso cuando ya la había perdido de vista.

—Te lo dije, ¿no es verdad? —Se vanaglorió Jean con alegre superioridad. Le dio un codazo a Fulke—. He visto bueyes atados a un yugo con los ojos menos atontados.

—¿Qué? —Medio aturdido, Fulke se dio la vuelta.

—Maude Le Vav... quiero decir, Maude Walter. Te dije que era de una rara belleza. —Jean sonrió—. No es muy diplomático enamorarse locamente, o lujuriosamente, de la esposa del mentor de uno, ¿sabes? —Esquivó el golpe que Fulke le quiso dar y se alejó con unos pasos de danza—. Admítelo: es la fruta prohibida.

Fulke le dedicó una mirada feroz, luego se volvió para acomodar su espada en un rincón y dejó el yelmo junto a ella.

—Es en verdad hermosa —reconoció encogiéndose de hombros—. Pero exageras mi reacción. Además, aunque esté en edad de casarse, apenas es algo más que una niña.

Era un pensamiento incómodo para sumarlo al torbellino de su mente. Desde los días en que había conocido a Oonagh FitzGerald no se había sentido afectado de forma tan instantánea por una mujer. Pero ésta no era todavía una mujer, y estaba tan

lejos de su alcance como las estrellas. Desearla era peligroso y moralmente errado. Eso le decía la razón. Su cuerpo, empero, estaba menos dispuesto a conformarse, y en eso, sospechaba, estaba en la misma situación que cualquier otro hombre con sangre en las venas.

Jean tocó su laúd.

—Cierto, pero no será niña durante mucho tiempo. Dale un par de años para que sea consciente de su poder, y se convertirá en otra Melusina.

—¿Quieres decir que saldrá volando por la ventana de la capilla como un murciélago? —El tono de Fulke era deliberadamente jovial y sarcástico.

Jean hizo girar sus ojos cómicamente.

—No, quiero decir que te robará el alma y que serás feliz cuando se la lleve.

Fulke no pudo responder, ni de palabra ni con un golpe, porque en ese momento aparecieron las sirvientas cargadas con tinajas, colchones de paja fresca y sábanas. Con ellas llegó, apresurada, su madre. Al menos por el momento, todas las bromas sobre el asunto tendrían que esperar.



Esa noche continuaron las celebraciones de la boda, aunque de modo menos pomposo que el día anterior. Fulke se vio obligado a bailar con la novia, porque lo contrario hubiera resultado grosero.

—Debes sentirte cómodo ahora que te has quitado la malla —le dijo Maude cuando ocuparon sus lugares en el espacio que se había abierto entre las mesas, dispuestas en rectángulo, para bailar.

—Y mucho más liviano, mi señora —respondió con una sonrisa.

Se tomaron de las muñecas y giraron lentamente. Era una danza tradicional que siempre se bailaba en las bodas y que simbolizaba la eterna unión entre el hombre y la mujer. En la oscuridad humeante, sólo iluminada por las velas, el verde claro de sus ojos casi desapareció. «Es la mujer de Theobald, en nombre de Cristo», se repetía Fulke. «Una niña». Pero no era el cuerpo de una niña el que giraba y se movía con gracia bajo sus manos. La delgada cintura, el roce de las trenzas cuando pasaba a su lado y a su alrededor, la curva de su pecho... Tenía que hacer algo.

—Recuerdo que le robaste a mi hermano su pelota porque no te dejaba jugar —le dijo, tratando de evocar a la niña que había sido.

Maude arrugó la nariz. De niña, ese gesto había sido encantador. Ahora le producía a Fulke un escalofrío de deseo.

—Mi abuela se puso furiosa —dijo—, pero no me importó.

—¿Sigues siendo la misma?

—Sí, por dentro —replicó con un tímido parpadeo de sus pestañas—. Por fuera estoy aprendiendo a ser una dama.

Terminó la danza. Haciendo una reverencia, Fulke se retiró apresuradamente y

dejó que otro caballero ocupara su lugar. No le ayudó a calmarse el hecho de que, en un descanso del baile, Jean tomara su laúd para cantar la balada de Melusina. La había compuesto en las cocinas de Westminster una nivosa noche de diciembre, pero Jean la había pulido hasta convertirla en una obra de arte. Los oyentes casi podían ver a la bruja de pie, frente a ellos, con su melena resplandeciente y sus ojos brillantes.

—¿Te sientes mal, hijo mío? —Hawise posó su gentil mano sobre el brazo de Fulke, con la voz llena de preocupación.

Sonrió un poco forzosamente.

—Claro que no, madre, pero he escuchado esa condenada canción de Jean tantas veces que me vuelve medio loco. —Bruscamente se puso de pie y se retiró de la sala. Su madre le siguió con la vista, consternada.

Fuera, Fulke tomó aire varias veces, intentando ahuyentar de su cabeza los dulzones efluvios del humo, las canciones y el vino. La joven esposa de Theobald le estaba afectando sólo porque había pasado demasiado tiempo sin una mujer, se dijo. Renunciaba a los servicios de las prostitutas de los torneos por elementales razones de salud, y además, la mayoría de ellas eran tan apetecibles como un plato frío de cereales. Sin embargo, la abstinencia prolongada le hacía muy vulnerable a los encantos de las casi vírgenes, como la deliciosa Maude Walter.

Había varias fogatas encendidas en el patio, para solaz de los guardias. Un mujer que había estado hablando con los hombres se separó de ellos y se acercó a Fulke. Lucía un vestido propio de una dama acaudalada, con mangas tan largas que casi le llegaban al suelo, pero no llevaba cubierto el escote con ninguna camisa bordada que ocultara el nacimiento de los senos, y las brillantes trenzas oscuras se exhibían con cierta desvergüenza.

Fulke la reconoció de inmediato. Hanild era una cortesana a quien había conocido íntimamente en el pasado. No era ni la más joven ni la más hermosa de las prostitutas de la corte, pero tenía un atractivo que iba más allá de la mera apariencia, y se sabía que era estéril. Ningún hombre debía temer que, tras llevársela a la cama, apareciera llamando a su puerta con el vientre hinchado.

—Hacía mucho que no te veía, Fulke FitzWarin —le dijo, con las manos en las caderas y una mirada escrutadora en sus rasgados ojos oscuros.

—He estado en los torneos —respondió con un gesto displicente—. ¿No te has marchado con la comitiva de Juan?

Al sonreír, la cortesana mostró los dientes.

—Oh, no. Siempre se gana más dinero en una fiesta que en un funeral. Cuando el príncipe Juan está de pésimo humor, se desahoga con sus acompañantes, y a su vez, ellos lo pagan conmigo. —Su voz se suavizó hasta convertirse en una especie de ronroneo—. Prefiero ganar mi dinero entre placeres que entre dolores. —Se acercó, inclinando la cabeza para mirarlo—. ¿Sabes por qué Juan estaba de tan mal humor?

—No tengo ni idea —mintió—. Estoy aquí sólo para acompañar a mi madre a casa y, por supuesto, para rendir homenaje a lord Walter en su boda.

—Oh. —Hanild parecía decepcionada. Sabía por experiencia que los hombres eran algo esquivos a la hora de dejarse ver en su compañía si había mujeres respetables cerca.

—Pero ella está en la sala. —Fulke le cogió la mano, evitando que se alejara—. Y yo estoy... quiero...

La cortesana tomó aire. A veces lo hacía sólo por dinero. En raras ocasiones, como ésta, el negocio y el placer se mezclaban. Sonrió.

—Sé lo que quieres —murmuró con la voz enronquecida—. Qué suerte que no me marchara con Juan.



Para llegar a su cuarto, Maude tenía que pasar por el que había ocupado Juan y ahora alojaba a Fulke FitzWarin y a su grupo. No había visto al joven caballero desde el inicio de la fiesta, y se preguntó si se habría retirado temprano. Le había parecido que estaba distraído, con cierto aire de reticencia, cuando habían bailado.

La puerta de su cuarto estaba firmemente cerrada. Maude se lo imaginó dormido en el colchón y se estremeció. No debía pensar en él. Tenía que ir directamente a su cama, a prepararse para cumplir sus obligaciones con Theobald.

De pronto, a través de la puerta, oyó hablar a Fulke y cómo una mujer le respondía y luego soltaba una risa ronca. Antes de que Maude pudiera seguir su camino, se abrió la puerta y salió la dueña de la risa, con los dedos ocupados en la tarea de rehacerse las trenzas de su oscuro pelo. Tenía una expresión de satisfecha languidez en el rostro.

La mujer se paró en seco al encontrarse con Maude y, ahogando una maldición, hizo una reverencia.

—*Lady Walter* —saludó.

—Creo que no te conozco —respondió Maude con rigidez.

—Mi... mi nombre es Hanild de Bruges. Llegué con el cortejo del príncipe Juan.

—Pero no has partido con ellos. —Furiosa, Maude se dio cuenta de que la mujer debía de ser una de las prostitutas de la corte. Era difícil no sentirse intimidada por ella. Hanild era alta y Maude todavía estaba creciendo. Un olor a almizcle, casi salvaje, emanaba de su cuerpo.

Una mano masculina agarró la puerta y la abrió. Apareció Fulke FitzWarin, vestido sólo con camisa y calzones. Tras la experiencia con Theobald de la noche anterior, Maude reconoció con claridad la mirada vidriosa de sus ojos.

—La señora Hanild es una vieja amiga —dijo impertérrito—. La invité a charlar un poco conmigo. —Soltó la puerta y depositó con suavidad la mano sobre el hombro de la prostituta para tranquilizarla.

Maude sintió que su rostro ardía. Era evidente que lo que menos habían hecho era conversar. Quería responderle que su casa no era un burdel y que sus modales eran

execrables por llevarse a una prostituta a su recámara, pero se mordió la lengua. Era, después de todo, un invitado. Además, verlo de pie, desarreglado, con los ojos turbios por el placer reciente, era excitante.

—Entonces, os deseo buenas noches —dijo, muy seria, y se alejó dignamente. Cuando ya no podían verla, se alzó las faldas y corrió, sintiéndose la más tonta de las mujeres.

Fulke maldijo y golpeó el marco de la puerta.

—Está bien —murmuró Hanild, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Es sólo una niña. No te causará problemas.

—Ya me los ha causado —respondió secamente Fulke.



—Encontré a Fulke FitzWarin con una de las prostitutas de Juan —dijo Maude indignada a Theobald cuando la sirvienta y el escudero salieron de sus aposentos—. Se llama Hanild y se ha quedado para ejercer su oficio entre los hombres. —Aunque Barbette ya le había peinado, comenzó a retocarse el pelo nuevamente. Se peinaba con la energía de una gata enfadada.

Theobald se colocó las manos detrás de la cabeza y la contempló, con un toque de humor en los ojos.

—Sí, conozco a Hanild —dijo. Ella le miró airada—. No en el mal sentido, por supuesto —agregó prontamente—. Pero, puesto que viaja con la comitiva de Juan, nuestros caminos se cruzan a veces. De hecho, sus servicios son considerados parte del pago a los vasallos. Los hombres se sienten solitarios lejos de sus esposas. Otros, por ejemplo Fulke, son solteros, y las mujeres como Hanild dan un respiro a sus calores. Así y todo —musitó—, no es propio de Fulke. No es un mojigato, pero suele ser discreto, y la discreción no es una cualidad que se pueda atribuir a Hanild. —Miró con curiosidad a su esposa—. ¿Dónde la viste con Fulke?

—Abandonaba su habitación cuando yo subía las escaleras. —Dejó el peine y se acostó a su lado. Theobald la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí—. Me siento como una tonta —admitió—, y también estoy furiosa por su falta de modales al traerla a los aposentos privados.

Theobald jugueteó con una de sus sedosas trenzas.

—Hablaré con él —propuso.

—¡No! —Se apartó y le miró con los ojos muy abiertos, alarmada—. No digas nada. Me sentiría más tonta aún, como una niña que va contando chismes por ahí. Ahora que te lo he contado, ya no estoy tan furiosa.

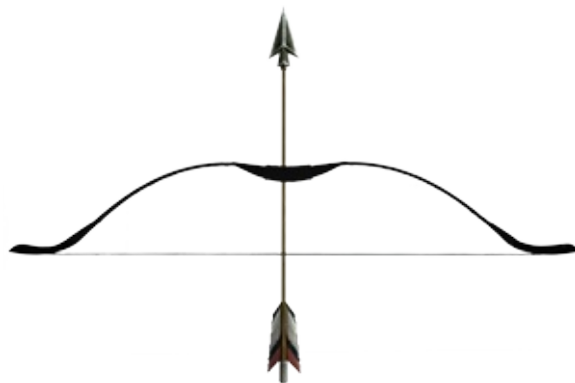
—Como desees. Tal vez el espíritu de la celebración se apoderó de los sentidos de Fulke. Todos cometemos errores.

Maude no se sentía tan generosa como su esposo. Una cosa era que el príncipe Juan trajera una cortesana como parte de su comitiva y otra muy distinta que se

quedara a trabajar tras la partida del rey, y los invitados se aprovecharan de ello.

Fulke FitzWarin no era mejor que los brutos ignorantes que habían vitoreado la presentación de la sábana nupcial. Mientras se acurrucaba contra el pecho de Theobald, sintió ira, humillación... y alivio. El pedestal que había estado a punto de construir había caído. Fulke FitzWarin no era nada.

12



CAPÍTULO 12

Winchester, abril de 1194

Fulke acarició el morro blanco de Llamarada y lo mantuvo quieto mientras su hermano más joven, Alain, ponía los aparejos sobre el lomo. La grupa del animal brillaba como la sangre oscura bajo el sol primaveral, ahora que su pelaje más grueso, el de invierno, ya se le había caído.

El amplio campo del torneo, en las afueras de Winchester, estaba repleto de caballeros y combatientes que se preparaban junto a sus monturas para la inminente contienda. Todas las armas eran romas, el torneo era tanto para demostrar habilidades como para brindar un espectáculo. Se había organizado como celebración del regreso del rey Ricardo de su cautiverio en Alemania. El día anterior había habido una gran ceremonia, en la que había exhibido su corona y a la que asistieron todos los nobles del reino. Los juramentos de lealtad se renovaron, se dieron indultos a quienes habían titubeado en su lealtad y generosas recompensas a los que se habían mantenido firmes. Incluso el príncipe Juan, el más serio instigador de los problemas pasados, salió del trance sin mayor castigo, aunque de modo humillante. Ricardo le perdonó, declarando que, por su juventud e inexperiencia, había sido engañado por el astuto Felipe de Francia. Y Juan no pudo hacer nada, salvo agachar la cabeza y tragar la bilis, porque Ricardo todavía no tenía heredero y todo estaba en juego.

—¿Crees que te llevarás el premio? —preguntó Alain. Su voz ya estaba a mitad de camino entre la del niño y la del hombre.

—No. Con Guillermo el Mariscal en el campo, no lo creo —repuso Fulke dirigiendo la mirada al nuevo conde de Pembroke, que estaba ejercitando a un poderoso caballo bayo en los postes. Era varios centímetros más alto que Fulke, unos diez kilos más pesado y contaba con media vida de experiencia a su favor. El joven se había enfrentado ocasionalmente a él, y sabía que era un adversario formidable.

Alain revisó las cinchas para que estuvieran seguras, y el hermano mayor saltó sobre la montura. Se inclinó para tomar la lanza roma que le tendía Alain y el escudo que le alcanzaba uno de sus compañeros, Audulf de Bracy, y cabalgó para sumarse al resto de la tropa, que ya estaba en el campo de justas. Su hermano William se acercó al trote para saludar. Su lanza apuntaba al centro del escudo de Fulke, que bajó y giró su propia lanza y se plantó firmemente. El encuentro fue un educado golpe de metal sobre madera, nada peligroso o que pudiera desmontarlos; pero así y todo resultó un gesto levemente pomposo, dirigido a la concurrencia congregada para ver las contiendas.

—Voy a disfrutar —anunció William. Todavía tenía que colocarse el yelmo y se volvió sobre su montura para ver a la multitud que se reunía en las tribunas—. Habrá algunos premios valiosos y una audiencia que nos admirará. Mira a la dama del vestido verde.

¿Crees que me dará su cinta para que la lleve?

Fulke negó con la cabeza, de buen humor.

—Es la mujer de Eustace de Vesci —le advirtió—. Su esposo te arrancaría el hígado si lo intentases.

William se encogió de hombros.

—Bueno, entonces la del velo rojo.

Fulke se rio de la audacia de su hermano. No sabía quién era la joven mujer de velo rojo, pero sería sin duda la esposa o la hija de un caballero acaudalado. Sólo a los más privilegiados se les reservaba un sitio en el palco central, cerca de la panoplia real.

En ese momento vio a Maude Walter ocupando su lugar en las tribunas, junto a su sirvienta. Llevaba un vestido de color verde. Un velo del mismo tono, pero más pálido, bordado en oro, enmarcaba su rostro, aunque dejando el cuello expuesto, y mostraba el sugerente brillo de las trenzas.

William lanzó un suave gruñido de admiración.

—No, creo que me quedaré con aquélla —apuntó, refiriéndose a Maude.

El humor de Fulke se esfumó.

—Está casada con Theobald Walter.

William se quedó boquiabierto.

—¿Es Maude Le Vavasour? —preguntó—. ¿La chiquilla que estaba en la tienda de mamá cuando la coronación de Ricardo?

—La misma.

Su hermano lanzó un silbido.

—Después de todo —continuó bromeando—, supongo que una semilla de manzana tampoco se parece mucho a una manzana. Jesús, qué hermosa es.

Fulke se frotó la cara con la mano. Durante los diez meses de estancia en Lancaster había tratado de olvidar a Maude Walter. Era muy joven, era la mujer de otro y sus sentimientos eran simple lujuria, puesto que no sabía nada de su

personalidad. Era un caballero renombrado al que le acompañaba el éxito. Se ocupaba de asuntos más importantes que los flirteos, y no era esclavo de los apetitos de la carne. Pero al volver a verla se dio cuenta de que su deseo no había desaparecido.

—Tú fuiste escudero de su esposo —comentó William—. Acércate y pídele permiso para llevar su velo en tu lanza.

—Eso no sería prudente. —Recordaba el incidente en Lancaster, cuando ella se encontró con Hanild al salir de su cuarto y Fulke intentaba mantenerse a distancia.

—¿Por qué? Con toda seguridad Theobald Walter no te arrancará el hígado.

—Ya sabes qué fábrica de chismes es la corte. La gente vería toda clase de razones inconfesables en tal petición.

William meneó tristemente la cabeza.

—Te estás convirtiendo en un viejo, hermano. La galantería no hace mal a nadie, y las esposas esperan que se acerquen los caballeros, da a sus vidas un poco de sabor.

—No a esa esposa en particular —replicó Fulke, sombrío.

Mientras hablaban, Theobald Walter se acercó a ellos. Su caballo iba enjaezado con los colores rojo y dorado del rey, y vestía una sobrepelliz de los mismos colores para mostrar que era nombre de Ricardo.

—Por fin nos encontramos —saludó alegremente—. Supongo que habréis pagado la inscripción. —Mostraba cordialidad en el tono y le brillaban los ojos. Parecía rejuvenecido. Su joven esposa le mantenía activo y, a pesar de sus lealtades divididas, había conseguido salvar sus tierras. A diferencia de Juan, Ricardo no guardaba rencor. Había perdonado a todos los que habían puesto sus castillos a disposición del príncipe, e incluso había incrementado los privilegios de algunos de ellos. Por eso, Theobald, no sin cierta influencia de su hermano Hubert, que ahora era juez y arzobispo de Canterbury, había visto confirmada la propiedad de todas sus tierras. También se le había dado permiso para recaudar el importe de los registros de los contendientes de todas las justas de Inglaterra, incluyendo la presente.

—Sí, hemos pagado —contestó Fulke—, aunque esperamos recuperar el dinero con creces.

—No dudo que así será, y tendréis una audiencia que sabrá apreciar vuestro talento. —Sonriendo, señaló las tribunas. Su voz era cálida y afectuosa—. Es la primera vez que Maude acude a un torneo, y está tan nerviosa como un perro con dos colas. Dios la bendiga. —Miró a los hermanos—. No voy a pelear hoy, Fulke, no puedo por razones protocolarias, así que te pido, como favor, que lleves las cintas de Maude en el torneo. Sé que eres hábil y que serás motivo de orgullo para ella. —Fulke comenzó a negarse con un gesto de cabeza, pero antes de poder hablar, Theobald alzó la mano y le interrumpió—. Estoy al tanto de lo que sucedió entre vosotros en Lancaster, pero es hora de que lo olvidéis. No fue nada, una tempestad en un vaso de agua.

Consciente de la ávida curiosidad de William, Fulke carraspeó.

—Algunos podrían malinterpretar las cosas al verme llevando sus cintas.

Theobald le miró con ironía.

—Si yo estoy presente cuando ella te las entregue, nadie podrá malinterpretar nada. Además, cuanto antes te las dé, menos la importunarán otros hombres de mucha menos honra.

Fulke se encogió de hombros, incómodo.

—No creo que tu dama piense que mi honor vale mucho.

—Ya la he tranquilizado al respecto. Lo que sucedió en Lancaster fue desafortunado, pero no es tu comportamiento habitual.

Acorralado, Fulke sólo pudo agachar la cabeza y ceder con gracia.

—¿Qué sucedió en Lancaster? —quiso saber William, mientras trotaba hacia los estrados junto a Fulke y Theobald.

—Nada de lo que debas preocuparte —respondió Fulke irritado.

—Vamos, cuenta. Para una vez que no soy yo el pecador.

—Está bien —admitió Fulke, ablandado por la sinceridad de su hermano—. Me acosté con una de las prostitutas de Juan en la casa de la novia. ¿Satisfecho?

—Asombroso —contestó William.

Llegaron a las tribunas y se colocaron frente a la creciente concurrencia. Theobald llamó a su esposa, y con un leve rubor en las mejillas, Maude se puso de pie y se acercó a los hombres, con su discreta doncella siguiéndola a unos pasos de distancia.

—¿Mi señor? —Por el modo en que miró a Theobald, Fulke se dio cuenta de que existía un afecto fuerte y genuino entre ambos.

—¿Te acuerdas de Fulke FitzWarin? Y éste es su hermano, William.

Su rostro se congestionó aún más y sus ojos adquirieron el tono verde del mar poco profundo.

—Por supuesto que me acuerdo. —El tono no dejó duda alguna sobre su opinión. A William le murmuró un saludo educado, mientras éste hacía una reverencia sobre su montura.

—Fulke ha obtenido gran renombre en el circuito de los torneos —dijo Theobald—. Le he pedido que lleve tus colores en la justa de hoy, y él está de acuerdo.

El rubor desapareció de sus mejillas.

—¿Mis colores? —preguntó con voz quebrada.

Fulke notó que estaba acorralada. Theobald intentaba, claramente, que su esposa y su antiguo escudero, ahora su amigo, estuvieran en buenos términos.

—Vamos, mujer —le pidió, con incipiente irritación en la voz—. Hazlo por mí. Sonríe y dale una cinta.

Maude se mordió el labio inferior. En su memoria, Fulke la veía de pie, firme, con la pelota de su hermano apretada contra el pecho, rehusando entregársela, porque no era justo. Ahora lo que no quería dar era la cinta.

—No tienes por qué hacerlo —replicó Fulke—. No me ofenderé.

—No... no, sí quiero hacerlo. —Desanudó una cinta de seda verde de una de sus trenzas. Por el modo en que miró a su esposo, Fulke supo que lo hacía sólo porque Theobald se lo había pedido.

Fulke bajó la lanza, y en silencio, Maude ató la cinta verde alrededor. Atrapados en la seda, dos cabellos rubios brillaban al sol.

—Que tengas suerte y buena contienda —comentó la joven sin emoción.

—Por tu honor, *lady* Walter —replicó Fulke de modo similar, y saludándola con una inclinación de su lanza, tiró de las riendas y se alejó.

—¡Por el cuerpo de Cristo! —exclamó William, trotando a su lado—. ¡El aire que media entre vosotros dos hace que el infierno parezca helado!

—Basta ya —replicó Fulke.

—No le caes muy bien, ¿no?

Fulke le respondió furioso.

—¡Dije que ya basta! —Azuzó a *Llamarada*, que salió al galope, dejando a William sonriente, pero confundido, y rodeado por una nube de polvo.



Maude volvió a sentarse en las gradas, apretando las manos contra sus mejillas ardientes. La situación había sido horrible. Habría preferido salir corriendo y ocultarse lo más lejos posible, o tal vez haber abofeteado el rostro de pétrea cortesía de FitzWarin. Éste deseaba llevar la cinta tanto como ella había querido entregarla.

Estaba decidida a ignorar su presencia en el campo, pero a medida que pasaba el tiempo, su determinación fue debilitándose y la curiosidad pudo más que las intenciones. Se encontró a sí misma siguiendo los progresos de Fulke FitzWarin. Era diestro en la montura y cada movimiento que hacía parecía que lo realizaba sencillamente, sin esfuerzo, aunque Maude sabía, de tanto observar a Theobald, que tal destreza no era sólo fruto del talento, sino también de largas horas de práctica. Había visto el atlético cuerpo de Fulke en reposo, y también semidesnudo en compañía de una prostituta de renombre. Ahora lo veía jugar a la guerra y sintió una extraña sensación en la boca del estómago. Había una rara belleza en la coordinación de la mano, el brazo y el ojo; el brillo de la espada, la gracia y el poder masculinos. Temblando, observó la lanza que golpeaba y desmontaba a los jinetes con precisión, con el pendón de seda ondeando al viento y su cinta verde brillando en el extremo. Vio cómo dominaba cada encuentro, obligando a su oponente a pelear en los términos que él dictaba. Una y otra vez consiguió la victoria para sus colores y, a regañadientes, la admiración creció hasta que su corazón se hinchó de traicionero orgullo mientras se inclinaba sobre las gradas, alentándolo.

—¿Disfrutando de los juegos, mi señora?

Alzó la vista al escuchar la cuidada voz masculina. Nuevamente, su estómago dio un salto, pero mucho menos placentero.

—Señor —murmuró, y se puso de pie para hacer una reverencia al príncipe Juan.

Se agachó y la ayudó a ponerse de pie, reteniendo la mano de la joven en la suya. En los meses transcurridos desde su matrimonio había crecido un poco más, y ya alcanzaba casi su misma altura, puesto que no era un hombre alto. El príncipe tenía unos hermosos ojos y su barba oscura le quedaba bien, le daba cierto aire melancólico y conoedor del mundo, y disimulaba su petulancia. Pero le estrechaba la mano con demasiada firmeza y evidente deseo, y Maude todavía recordaba con repulsiva claridad el beso del día de su boda.

—Sí, señor, disfrutando del torneo —replicó, moviendo apenas sus labios y tratando de retirar la mano.

Sonriente, y consciente de su incomodidad, el príncipe la retuvo.

—Nunca he sentido demasiado interés por las justas —declaró—. Pero Ricardo siempre ha sido proclive al pan y circo. —Miró hacia el lugar en el que su hermano estaba sentado, con todo el esplendor real, contemplando ávidamente el desarrollo de la contienda—. Yo prefiero ocupaciones más gentiles. —Acarició levemente con su pulgar el dorso de la muñeca de Maude, que tembló involuntariamente.

Un fuerte ruido de lanzas hizo que se diera la vuelta a tiempo para ver cómo Fulke FitzWarin derribaba limpiamente a su oponente. Juan apretó la mandíbula. El hombre caído era Girard de Malfee, uno de sus seguidores. Maude aprovechó la distracción para retirar la mano. Juan la miró y sonrió.

—Lo que hay que recordar cuando se caza un ave en los arbustos, es que se precisa saber esperar. Antes o después volará hasta tu mano. —Con un maligno brillo en los ojos, inclinó la cabeza, y luego, afortunadamente para la joven, se retiró.

Maude le vio alejarse.

—Antes se congelará el infierno —dijo para sí, como si escupiera, y temblando, con creciente furia, se sentó en la grada.

—¿Mi señora? —dijo Barbette, al tiempo que le tocaba el hombro, preocupada—. ¿Llamo a lord Theobald?

—No. No ha sido nada. —Theobald debía lealtad al príncipe Juan por sus tierras y no quería implicarle en un altercado.

—¿Estás segura, mi señora?

Asintió a su sirvienta.

—El príncipe estaba bromeando conmigo, porque estoy recién casada. —Todos conocían la afición de Juan a las esposas e hijas de sus nobles. Maude se juró amargamente que ella no habría de sumarse a las filas de las seducidas.

Miró, sin ver, el campo del torneo hasta que su mirada se vio abruptamente concentrada en Fulke FitzWarin y su grupo, envueltos, justo frente a ella, en un simulacro de batalla con el conde de Pembroke y sus caballeros.

Guillermo el Mariscal no era un rival tan sencillo como Girard de Malfee. De hecho, los dos bandos parecían igualmente poderosos, la mayor experiencia de Guillermo y su habilidad se equilibraban con la juventud de Fulke y la celeridad de

sus respuestas. Si cometía un error, rectificaba tan rápidamente que el Mariscal no tenía tiempo de explotarlo. Pero ni siquiera Fulke era capaz de perforar la impenetrable guardia de Guillermo. Finalmente, se declaró un empate y se alejaron en busca de otros adversarios para no agotarse mutuamente sin beneficio de ninguno. Maude observaba la situación con los puños apretados con fuerza en su regazo. Cuando Fulke y Guillermo se separaron, dejó escapar el aliento con alivio y sintió el frío del sudor secándose en su piel.

Todavía se estaba recuperando de la angustia por Fulke y el acoso de Juan cuando Theobald llegó para acompañarla a recorrer los puestos que se levantaban a uno de los lados del campo del torneo, junto a las caballerizas.

Theobald la miró con afecto y la condujo entre las tiendas.

—No hay necesidad de estar tan preocupada —le dijo, abrazándola—. Te dije que Fulke te haría enorgullecerte. Incluso ha podido enfrentarse a Guillermo el Mariscal, y para ello es necesaria no poca destreza. —Había orgullo en su voz por la parte que le correspondía en el adiestramiento de Fulke. Maude murmuró una respuesta adecuada y trató de parecer entusiasmada—. ¿Todavía estás enfadada con él?

—No, mi señor. Como dices, es cosa del pasado. —Esquivando su mirada, Maude fingió interés por algunos velos de seda que estaban atados en la esquina del puesto de un vendedor de telas—. No dudo que Fulke FitzWarin sea un diestro caballero. —Le miró de soslayo, intentando dar por zanjado un tema del que no quería hablar. También trataba de distraerse a sí misma—. Necesito cintas nuevas para el pelo —comentó señalando su trenza deshecha.

Sonriente, Theobald accedió a sus deseos. Era su esposa, su niña.



Aquella noche, en el gran salón, Fulke y su grupo fueron el tema de conversación en todas las mesas por haberse llevado la mayor cantidad de trofeos del torneo. El rey Ricardo ofreció a cada uno de ellos un fino cuchillo y un galón de vino para celebrar su éxito. Era un resultado que gustaba a la gente y los hombres golpearon las mesas con los puños y los cuchillos para mostrar su entusiasmo. Guillermo el Mariscal, conde de Pembroke, felicitó a Fulke con una fuerte palmada mientras se aproximaba a la plataforma del trono para recibir su premio, una aguamarina dorada con forma de pez.

Tras dejar pasar tiempo suficiente para que desapareciera la excitación de los combates, Fulke dejó su mesa y se acercó a Maude, que estaba sentada entre las mujeres nobles. Al verle, enrojeció. Sus ojos se encontraron con los del joven y bajó la vista hacia el plato que tenía ante sí.

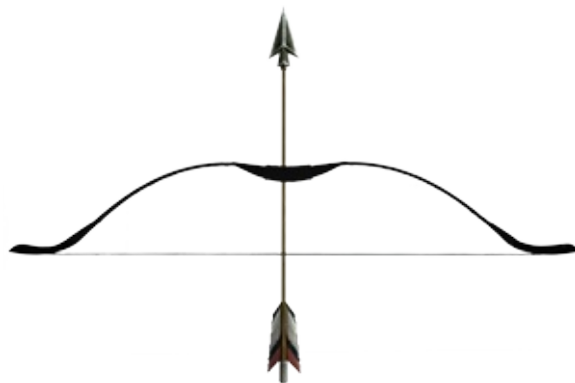
—Señora —dijo Fulke con una simple reverencia, pues le parecía bufonesco arrodillarse. Le presentó la cinta verde, algo rasgada y manchada por los choques sufridos en el campo—. Agradezco tu favor y la buena fortuna que me has traído.

—Si te ha traído buena fortuna, puedes quedártela —respondió sin levantar la mirada.

Fulke inclinó la cabeza.

—Es un honor —repuso, impasible. Cumplido el deber, volvió a su lugar y guardó la cinta verde de seda en su bolsa, con ambivalentes sentimientos de alivio y decepción. Los apartó de su mente con impaciencia al unirse a sus compañeros. Había un galón de vino que beber y un campeonato de pulsos en marcha. Era mucho mejor optar por los superficiales placeres de la honesta camaradería masculina que ahogarse en las peligrosas aguas del amor cortés.

Maude miró a los hombres, que reían, bebían y jugaban a las peleas entre sí como lo habían hecho en el torneo. Parecían niños, pensó irritada, y en esa irritación había algo más que un resto de envidia. Si hubiera sido varón, estaría con ellos, poderosa y confiada. Se imaginaba a sí misma, con el codo sobre la mesa, su mano agarrando la de Fulke y obligándole a rendirse. Sintió un extraño ardor en el centro de su vientre.



CAPÍTULO 13

Alberbury, Shropshire, septiembre de 1195

Hawise FitzWarin estaba en el patio del castillo hablando con un vendedor que exhibía sus mercancías sobre un paño rojo cuando el guardia de turno gritó que Le Brun había regresado.

—Tengo agujas de plata —dijo el mercader—. Tan finas que pasan por la seda sin dejar agujero.

Hawise aguzó la vista en dirección a la entrada.

Consciente de que estaba perdiendo su atención, el vendedor alzó la voz.

—Mira este unguento de pétalos de rosas blancas, mi señora, te garantizo que vuelve tus manos tan suaves y tersas que ningún hombre se resistirá a besarlas.

—Me llevaré un poco, entonces —aceptó la doncella de Hawise con una risita—, pero a condición de que me devuelva el dinero si no funciona.

—No hay ninguna duda al respecto, señorita. Serás deseada por todos, te lo prometo.

Ignorando aquella cháchara, Hawise se dirigió hasta la puerta. Habían pasado casi tres semanas desde que su esposo y sus hijos se habían ido a Londres para presentar su petición de devolución de Whittington. Habían sido leales al rey Ricardo, habían aportado fondos para la cruzada y sacrificado fuertes ganancias para pagar su rescate. A cambio, su caso merecía una audiencia justa. Con Hubert Walter como juez, Fulke Le Brun tenía grandes esperanzas de que su petición fuera escuchada.

Dos oficiales corrieron los grandes cerrojos de las puertas y las abrieron hacia adentro para dar paso a la tropa. Hawise, acostumbrada a las irrupciones de jinetes, se puso a resguardo de los caballos y el polvo que levantaban sus cascos. El otoño estaba cerca, pero la lluvia todavía tenía que ahogar el denso polvo del verano. El corazón se le hinchó de orgullo cuando vio a sus hombres tirar de las riendas y

comenzar a desmontar. Eran tan vitales, tan buenos mozos. Y ahora, durante un breve tiempo, otra vez eran sólo suyos.

Fulke Le Brun bajó del caballo e inmediatamente la buscó con la mirada. Había sombras de fatiga bajo sus apuestos ojos oscuros, y cojeaba de la pierna izquierda, que le molestaba cuando estaba cansado desde que hacía unos años recibiera en ella una fea herida. Pero pese al dolor y el polvo, pese al cansancio, estaba exultante.

—¡Lo tenemos! —gritó con fuerza al verla—. ¡Querida, lo tenemos!

Hawise corrió a sus brazos. Abrazándola tan fuerte como a su escudo en la batalla, Le Brun la hizo girar y la besó. La mujer sintió el sabor del polvo en sus labios y la humedad salada del sudor y las lágrimas en su áspera mejilla.

—¡Ah, qué noticias maravillosas, mi amor! ¡Tendrías que haber enviado un correo por adelantado para así haber preparado una fiesta!

—No, quería decírtelo yo mismo —le susurró al oído—. Quería darte la alegría yo. —Metió la mano dentro de la túnica y sacó un rollo de pergamino lacrado con el sello del juez.

—¿Qué es? —preguntó Hawise cogiéndolo.

—La sentencia de Hubert Walter declarando que Whittington nos pertenece.

Hawise miró el rollo y luego a su esposo. Se rio, todavía prisionera de la incredulidad.

—¿Así como así? ¿No te hicieron saltar por aros de fuego como un perro acróbata?

—Nada, no tuve que pasar por ningún aro.

Parecía demasiado bueno para ser verdad, pero no quería arruinar la dicha y diluir la euforia del momento expresando dudas. Tal vez Hubert Walter les hubiera entregado Whittington por su constante lealtad. Después de volver a abrazar a su esposo, fue a saludar a sus hijos. Rodeada de media docena de sudorosos abrazos, vio que ellos también compartían el optimismo de su padre. Incluso Philip, el más silencioso del grupo, mostraba una sonrisa satisfecha. William estaba radiante, y Fulke lucía una sonrisa de oreja a oreja, dado que era el heredero, sería él quien se beneficiaría de todo lo que obtuvieran.



—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó Hawise mientras el escudero de Le Brun terminaba de quitarle la armadura a su señor y se llevaba la malla para restaurarla y engrasarla. En un rincón del cuarto, las sirvientas estaban preparando una tina. Hawise había sido educada en la costumbre de que los viajeros, invitados o familiares, fueran recibidos con el ofrecimiento de agua para asearse, ropas limpias y refrescos. Aunque los muchachos podían hacerlo ellos solos utilizando las piletas de lavar la ropa si era preciso, la dama mantenía las formalidades con su esposo. Un baño en su recámara les daba la oportunidad de estar a solas y permitía que el hombre

relajara las articulaciones y los músculos cansados sin tener que exhibir su debilidad.

Moviéndose con dificultad hacia la bañera, se dejó resbalar en el agua humeante con un gruñido de placer.

—¿Qué quieres decir?

—¿Irás ahora cabalgando a las puertas de Whittington con esa sentencia en tus manos y ordenarás a FitzRoger que se marche?

—No, a menos que desee que una flecha me atravesase la garganta. —Se lavó el rostro y se pasó las manos por el pelo. No sin cierto dolor, Hawise observó que lucía más cabellos grises que negros en la cabeza—. Tengo que esperar el documento oficial del juez, por el cual debo pagar cuarenta marcos. —Le Brun hizo un gesto de rabia contenida—. Sí, ya lo sé, es un gasto más que nos dejará sin fondos, pero una vez que tenga el documento en mis manos, puedo pedir que los oficiales reales expulsen a Morys FitzRoger.

—Se resistirá, seguramente. —Había una nota de ansiedad en su voz. Aunque hábil en las batallas, Le Brun ya no era joven, y Hawise empezaba a sentir angustia cuando se lo imaginaba con una espada en la mano.

—Sin duda —dijo Le Brun con una sonrisa helada—, pero se te ofrecerá una compensación apropiada. La finca real de Worfield, según ha sugerido Hubert Walter.

Hawise le acercó una copa de vino con especias. Se la bebió de un trago, con el brazo libre descansando sobre el borde de la bañera y las rodillas levemente dobladas para mayor comodidad.

—¿Y cuándo tendrás el documento? —le preguntó.

—En el plazo de tiempo apropiado a las causas judiciales. —El brillo de sus ojos se apagó un poco y el cansancio ahondó en las líneas trazadas por el paso de los años en su rostro—. El tiempo que sea. Pero nuestro derecho a Whittington ha sido reconocido. Ha costado más de cuarenta años llegar hasta aquí, pero sé que mis hijos cosecharán la recompensa. Habrá un FitzWarin en Whittington nuevamente. Me lo dicen mis huesos, y ellos nunca mienten. —Hawise notó que forzaba una sonrisa—. Ahora me están diciendo que ya no estoy tan joven como para seguir a mis hijos sin pagar un precio por ello.

—El vino y un baño te refrescarán —dijo Hawise, disimulando la punzada de dolor causada por aquellas palabras, exacto reflejo de sus propios pensamientos. Su salud ya no era tan robusta como antes y ahora se cansaba mucho más rápido—. Sin duda, nuestros hijos están contando las llagas de sus monturas por tratar de seguir el ritmo de su padre.



«*Fulco Filius Warini debet xl m. pro babendo castello de Witinton sicut ei adiuticatumfuit in curia regis*», leyó el escribano con voz nasal. «Fulke FitzWarin paga cuarenta marcos por el castillo de Whittington que le fuera adjudicado en la

corte del rey».

Morys FitzRoger cogió la cabeza de león que adornaba el remate de la silla ducal en el gran salón de Whittington. Rechinó los dientes. Su rostro se oscureció y las venas de la garganta y las sienes se tensaron como cuerdas. El escribano, que captó dichas señales, dejó con cuidado el rollo y comenzó a retirarse prudentemente. El mensajero que había llevado la carta ya se había retirado.

—Antes veré a ese adulador hijo de puta en el infierno —siseó Morys—. Que pague lo que quiera. Esas palabras ni siquiera sirven para que me limpie el culo. —Poniéndose repentinamente de pie, cogió el pergamino de la mesa, escupió copiosamente sobre la cuidada caligrafía, y luego lanzó el documento a las llamas de una estufa—. Whittington le pertenece a mi estirpe y siempre le pertenecerá.

La llama chisporroteó sobre la tinta y la saliva mientras consumía el pergamino. Gotas de cera roja caían como si fueran sangre.

—No entiendo —dijo Weren, el hijo mayor—. ¿Por qué, después de todo este tiempo, el juicio se inclinó a su favor?

—¿Por qué? —Morys apretó los labios—. Porque es un miserable lameculos y porque donde su lengua no alcanza, llega la de su hijo mayor, directamente al arzobispo de Canterbury. Tienen el favor de Hubert Walter, y su palabra es la ley. —Dejó caer el último trozo de pergamino antes de que las llamas le quemaran los dedos y luego pisoteó el fragmento que estaba ardiendo, aplastándolo con el talón.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

Morys miró fijamente al joven.

—¿Qué podemos hacer? —repitió, parodiando cruelmente la voz aguda de Weren—. Eres como un bebé llorón, todavía en pañales. ¿Es que no tienes cabeza para pensar?

Weren enrojeció.

—Sí, papá, pero me avengo a tu opinión.

Morys lanzó un gruñido de impaciencia y se mordió las uñas, fuera de sí.

—Entonces aparta tu deferencia un momento y dime sin dudar lo que harías. —Su voz tronaba, desafiante y abrumadora.

Weren frunció el ceño, esforzándose en pensar.

—¿Pelear?

—¿Con una sentencia favorable a FitzWarin? —masculló Morys—. ¿Tienes guiso de patatas en lugar de cerebro? ¿Por qué crees que los FitzWarin nunca han intentado tomar Whittington por la fuerza de las armas en todo este tiempo que llevan reclamándolo?

—¿Por qué no son lo suficientemente fuertes?

Morys enseñó los dientes.

—Porque, muchacho, cualquier uso de las armas los pondría fuera de la ley y les haría perder todo derecho de reclamación. Si nosotros tomamos la espada contra ellos, nos ponemos fuera de la ley y no serán ya los FitzWarin quienes nos expulsen,

sino todas las fuerzas feudales de Shropshire. Y además no somos tan fuertes como para enfrentarnos a todos.

—Yo presentaría una contrademanda, un recurso —sugirió Gwyn, el segundo hijo de Morys—. Aunque los FitzWarin estén en connivencia con Hubert Walter, éste es un hombre de mucha importancia, y para él, la propiedad de Whittington es un asunto menor que se olvida con facilidad. Fulke Le Brun será su amigo, pero nosotros también podemos tener amistades, por ejemplo, con los secretarios que ejecutan sus órdenes. —Para enfatizar el argumento, dio unas palmadas en la bolsa de monedas que llevaba en el cinturón.

Los ojos de Morys se posaron en Gwyn con aprobación. Lo único que el joven había hecho mal había sido nacer en segundo lugar. A veces le parecía que el cerebro de Weren se había quedado en el vientre de su madre, y que Gwyn lo había recibido al salir.

—Podríamos hacerlo —admitió—. Hubert Walter no será el juez del rey eternamente. Ya es arzobispo de Canterbury y delegado papal. Un hombre puede ascender sólo hasta cierto punto antes de caer.

Gwyn se acarició su escasa barba rubia.

—Si los FitzWarin están bajo la protección de Hubert Walter, tal vez existan otros grandes hombres a los que hayan molestado. ¿No había un rumor concerniente al heredero de Le Brun y cierta pelea con el príncipe Juan?

Morys se mordió el labio mientras pensaba.

—Sí —afirmó después de un momento—. Creo que sí. No recuerdo los detalles, pero sí que se habló mucho de ello, vale la pena investigar. El príncipe Juan posee tierras en las Marcas, y si tiene algún conflicto con la familia de FitzWarin, tal vez lo podamos militar en nuestro beneficio.

Gwyn asintió y miró a su padre entornando los ojos.

—Sería una suerte para nosotros que Fulke Le Brun sufriera algún tipo de accidente... —Dejó caer el comentario como si fuera una especulación inocente.

No sólo tiene cerebro, pensó Morys, sino también habilidad. No sabía si sentirte orgulloso o disgustado. A veces, la habilidad era un eufemismo de deshonor.

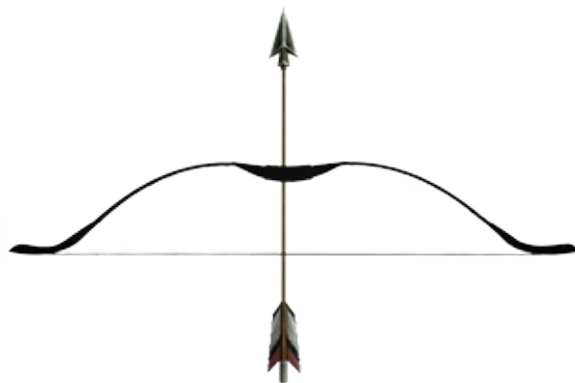
—Desde el punto de vista de la satisfacción personal, sí —afirmó. Volviendo a la mesa, se sirvió una copa de vino—. Aparte de eso, no nos resultaría beneficioso. Le Brun tiene seis hijos, todos del mismo pelaje que su padre. —Hizo un gesto de disgusto, recordando el incidente de Oswestry—. Nos desharíamos de un demonio sólo para enfrentarnos con otro, y luego con otro.

—Pero tenemos que detenerlos, porque si obtienen la posesión, entonces nos quedaremos sin nada.

Morys asintió.

—Créeme, muchacho —afirmó fieramente—, nada me gustaría más que coger mi espada, despedazar a toda esa jauría miembro a miembro y echar los trozos a las fauces del infierno, pero eso nos destruiría a nosotros también. No, nuestra estrategia

será esperar —sonrió fríamente—. Después de todo, la posesión es el noventa por ciento de la ley, y todavía es nuestra.



CAPÍTULO 14

Winchester, verano de 1198

Maude se acercó al lecho y se arrodilló para besar el anillo episcopal de su cuñado.

—Hija —graznó el prelado, y le dedicó una cansada sonrisa. Sus labios estaban cuarteados y el aliento era ácido. El sudor brillaba en los pliegues de su mandíbula y empapaba el pelo que rodeaba la tonsura.

La joven se preguntó si se estaría muriendo. Ciertamente, a Theobald se le había pasado esa idea por la cabeza. Habían recibido un mensaje urgente de un clérigo del juzgado que decía que Hubert había caído enfermo con fiebres.

—Hubert. —Theobald también besó el anillo de su hermano, y luego le abrazó.

Un destello de ironía apareció en los ojos hundidos del enfermo.

—No te preocupes, Theo, eres el mayor, y no es mi intención morir antes que tú. Tengo demasiado que hacer aquí en la tierra para entregar tan pronto mi espíritu a los cielos. —Hubert se esforzó en incorporarse, apoyando la espalda en las almohadas, pero fue abatido por un ataque de tos que le obligó a luchar afanosamente por respirar. Theobald le ayudó a sentarse y Maude le acercó un poco de vino con agua. Hubert bebió con ansia, y luego dejó caer la cabeza con un quejido—. Sin embargo, está bien que hayáis venido a verme.

—Estúpido —le advirtió Theobald enfadado—. Te matarás trabajando tanto.

—Ya está la sartén llamando negra a la olla —respondió Hubert—. Apenas te sientas en casa a calentar tus pies en el hogar sueltas una monserga.

—Pero yo no soy el arzobispo de Canterbury, el delegado papal, el juez y además el canciller —replicó Theobald—. Recaudar el dinero de los torneos, ser juez itinerante y administrar unos pocos bienes apenas es comparable a tu labor. Y no me digas que te estoy regañando como si fuera una vieja. No me importa lo que digas, no habrías enviado a buscarme si no creyeras que estás verdaderamente muy enfermo.

Hubert jugueteó con los cordones del cuello de su camión.

—Admito que he estado muy enfermo, Theo, pero en verdad creo que, con la ayuda de Dios, me recuperaré.

—¿Y después qué? ¿A esperar otra enfermedad?

Hubert echó una mirada de conmiseración a Maude.

—¿Es así de duro contigo?

Maude paseó su vista de uno a otro. La expresión de Theobald era de exasperación. Sabía lo preocupado que estaba por Hubert. También sabía que sermonear al enfermo no serviría para nada, excepto para provocar más exasperación. El tono debía mantenerse liviano.

—Sólo por mi bien, dice él —replicó con la mirada recatadamente baja.

Theobald lanzó un gruñido de indignación y Hubert se rio, comenzó a toser y tuvo que recurrir al vino. Cuando se hubo recuperado, extendió una mano febril para dar una palmada en el hombro a su hermano.

—Te evitaré preocupaciones, Theo. Te agradecerá saber que en este mismo momento uno de mis escribas está copiando una carta de renuncia al rey Ricardo. Dejo mi puesto de juez. Como bien has dicho, no puedo ser todo para todos los hombres y, a decir verdad, Dios debe estar primero.

—Me alegra oírlo. —Theobald se cruzó de brazos e intentó parecer serio.

—Esa idea me ha estado rondando la cabeza desde hace tiempo. Ya he adiestrado a Geoffrey FitzPeter para que asuma las responsabilidades del cargo.

Theobald gruñó.

—Más me gustaría que estuvieras lo suficientemente recuperado para salir de la cama. Hasta que lo estés, voy a ser tu perro guardián y me encargaré de que no levantes ni siquiera un dedo.

—¡Entonces me moriré por aburrimiento en vez de por exceso de trabajo! —concluyó Hubert con expresión desolada.

—¿Mi compañía te aburre?

—Claro que no, no pongas en mi boca palabras que no he pronunciado.

Maude dejó a los hermanos discutir, sabedora de que ambos disfrutaban secretamente con semejante juego. Theobald sabría parar antes de que Hubert se cansara demasiado.

Los sirvientes llevaron su equipaje al palacio, incluidos el cofre con refuerzos de bronce, la cama, que sería montada en algún cuarto para huéspedes, el atril de costura y el telar. No sabía cuánto tiempo se quedarían. No había dudas de que Hubert estaba muy enfermo, pero permanecía lo suficientemente lúcido como para discutir, y eso era señal de que podría estar recuperándose.

Los intereses de Theobald habían progresado mientras Hubert era juez, pero eso había significado más responsabilidades y más tiempo recorriendo sus posesiones. El exceso de tareas también se había cobrado su precio en su marido.

Últimamente Theobald hablaba de su deseo de una vida más tranquila. Las

ganancias reportadas por la poderosa posición de Hubert se dirigieron a la fundación de varios establecimientos religiosos. Por ejemplo, una abadía de agustinos en Cockersand, en Amounderness, y varios monasterios en Irlanda. Hablaba con frecuencia de regresar allí, como si el lugar le atrajera. La fuerte y repentina enfermedad de Hubert le hizo evaluar su propia vida. Maude había notado que Theobald se había dedicado a poner su casa en orden discretamente durante el último año y medio.

Observó las piezas de su cama desmontada. Todavía compartían el ancho colchón de plumas cuando se encontraba en la casa o Viajaban juntos, pero lo hacían más que nada para dormir. De vez en cuando la abrazaba y, murmurando palabras de amor, la penetraba, pero era un deseo infrecuente, que además ella no alentaba. El dolor de la primera vez había disminuido, pero el acto en sí le resultaba todavía incómodo. En general, Theobald la trataba como una compañera asexual. Hablaba con ella, la usaba para contrastar sus ideas, quejarse o exponer teorías en la proximidad del lecho, donde sólo sus oídos le escuchaban. Y por eso ella le amaba y le permitía, sin quejas, el uso de su cuerpo en las raras ocasiones en que él lo requería.

Hombres más jóvenes trataron de tentarla, creyendo que no podía estar satisfecha con Theobald, pero Maude rechazaba sus acercamientos con helado desdén. Todo lo que querían era meter las manos debajo de su vestido, y ella no tenía tiempo para su grosera lujuria. Cuando acudía a los torneos con Theobald, se peleaban por obtener sus colores, y a veces debía entregar sus cintas a caballeros que la disgustaban, puesto que Theobald era el responsable de cobrar por la participación de quienes esperaban triunfar en la contienda. Ahora tenía una buena cantidad de cintas compradas especialmente para esas ocasiones. Desde aquel primer torneo, cuando le dio a Fulke FitzWarin la cinta de su cabello, no le había entregado ninguna pieza de su atuendo personal a ningún caballero.

A veces, Fulke aparecía en los torneos, pero mantenía la distancia, y ella también. Una cortés reverencia al pasar era todo lo que cada uno hacía en reconocimiento del otro. Si, por casualidad, se sentaban cerca durante los festejos del torneo, la conversación era cortés, pero distante, sin mirarse a la cara.

La reputación de Fulke y su grupo atraía a muchos espectadores y los ingresos de los torneos en los que combatían eran altos, cosa que deleitaba a Theobald. Alcanzaron tal nivel que algunos incluso murmuraban que el talento de Fulke era igual al del gran Guillermo el Mariscal en su juventud. Su destreza en la montura también le reportaba otros beneficios, como había observado Maude con ojos envidiosos. No sólo atraía a mujeres como Hanild, sino también a otras de mejor cuna, cuya sangre ardía al verle en el campo. Querían que realizara acciones igualmente heroicas en sus lechos. Esos pensamientos empezaron a excitarla y dejó de mirar la cama, cuya visión echaba leña al fuego.

—¿Lady Walter? —Un delgado y apuesto joven, de piel aceitunada y ojos bailarines, se dirigía a ella desde la entrada del cuarto. Hizo una reverencia—. No sé

si me recuerdas. Fuimos presentados durante vuestra boda. Mi nombre es Jean de Rampaigne y soy uno de los ayudantes de su eminencia.

—Sí, claro que te recuerdo —dijo Maude. Era una verdad a medias, pero había aprendido rápidamente el uso de las pequeñas mentiras que hacían más manejables los engranajes sociales. Le habían presentado a muchas personas, y aunque su cara le resultaba familiar, no podía recordar exactamente quién era.

—Me alegra que haya llegado lord Theobald —dijo el joven caballero—. Es de la familia y su eminencia se repondrá más rápidamente al verlo. Creo que lord Theobald es una de las pocas personas a las que mi amo escuchará. Si su hermano mayor le dice que se quede en cama y descanse, tal vez lo haga. —Hizo un gesto de preocupación—. Cuando os convocó, verdaderamente creyó estar al borde de la muerte, y también lo creímos nosotros. Asume demasiadas responsabilidades.

—Eso ya lo ha admitido. Supongo que debe de ser un rasgo familiar.

—¿Os ha dicho que va a renunciar al puesto de juez a favor de Geoffrey FitzPeter? —Maude asintió—. Tengo que llevarle el mensaje al rey Ricardo en cuanto el escribano haya hecho las copias.

Maude le examinó con mayor detenimiento. En su mente, reemplazó el rostro afeitado por una cuidada barba negra, y lo vistió con una túnica de brillante lana roja en vez de la sencilla capa que ahora lucía. Chasqueó los dedos.

—¡Te recuerdo de Lancaster! Tocaste el laúd y cantaste una canción sobre una mujer llamada Melusina. —Le sonrió—. Me pareció que tenías mucho talento.

—Gracias, mi señora. —El relámpago blanco de una sonrisa dio a su rostro el aire de un descarado buen mozo—. A veces viajo como trovador. Canto para pagar mis cenas. Es una habilidad útil.

—No sabía que fueras miembro de la casa de Hubert.

El hombre se encogió de hombros.

—Ni había razones para que lo supieras. Serví como escudero con tu señor esposo, pero tomé la cruz con lord Hubert. —Echó la cabeza a un lado y un brillo casi picaro se reflejó en sus ojos—. Cuando llegué a Lancaster lo hice en compañía de Fulke FitzWarin. Él también estuvo al servicio de tu esposo.

—Sí, lo sé. —La voz de Maude perdió toda calidez y se retrajo en sí misma.

—Es un buen amigo, pero hace tiempo que no le veo.

La joven le lanzó una mirada gélida.

—Entonces tal vez debieras recorrer el circuito de los torneos y frecuentar las tabernas —dijo, y luego cerró la boca, dándose cuenta de que debía de sonar demasiado fuerte, cuando no era asunto suyo lo que Fulke FitzWarin hiciera con su vida.

La sonrisa del trovador se ensanchó.

—Ah, no, mi señora. Ya tengo suficiente emoción en mi vida tal y como es.

La puerta se abrió y Theobald salió del cuarto del enfermo. Maude se alegró de ver que ya no presentaba el aspecto ansioso que tenía cuando llegaron. También él

parecía convencido de que Hubert viviría.

—¡Jean! —Con un grito de alegría, abrazó al joven caballero—. ¿Cómo van tus viajes?

—Bien, mi señor, ¿y los tuyos?

Murmurando unas excusas, y sintiéndose incómoda, Maude se fue a organizar a las sirvientas y comenzó a ordenar el contenido de su equipaje.



Montado en su potro marrón, Fulke Le Brun escuchaba el silbido del viento otoñal y sentía frío, no sólo en el rostro, sino también en el brazo con el que sostenía las riendas. Notaba cierta opresión en el pecho que le dificultaba la respiración. Los bosques otoñales que rodeaban las tierras de Whittington le parecían un melancólico tesoro cobrizo, recortándose contra el cielo azul, y su belleza era tan grande que le hería hasta lo más profundo. El dolor del pecho no era tan agudo como el que le causaba la vista del castillo, suyo por derecho de nacimiento, elevándose sobre las tierras bajas, más allá del bosque. Cercano, al alcance de la mano, pero inalcanzable como una estrella. Recorrió con la vista la muralla y el portón levadizo; sobre los techos de las estructuras de madera, dentro de las defensas exteriores, las volutas de humo azul se elevaban al cielo, los guardias custodiaban las empalizadas, la luz del sol se reflejaba en las puntas de sus lanzas.

—Mi señor, no es seguro —dijo el caballero Rali Gras, a quien había llevado como acompañante. Su padre era arrendatario de FitzWarin y el propio Ralf había servido durante su entrenamiento como uno de los escuderos de Le Brun.

Sonrió débilmente, sin apartar los ojos de las construcciones. El dolor había disminuido un poco, ensordecándose.

—Me arriesgaré. —El joven no dijo nada, pero Le Brun percibió la pregunta no formulada—. Un mensajero llegó ayer de la corte —dijo—. Hubert Walter ha dado su puesto de juez a Geoffrey FitzPeter.

Ralf levantó las cejas.

—¿Son malas noticias, mi señor?

Le Brun arrugó la frente.

—Hubert Walter me concedido el derecho a Whittington en la corte real, con una sentencia pendiente de que se le otorgue un territorio alternativo a Morys FitzRoger en compensación por su pérdida; pero ahora dudo que el asunto progrese. No tengo contactos con FitzPeter y, como hombre de Juan, no estará interesado en seguir adelante con el caso. —Habló con voz tranquila, impregnada de amargura contenida. La noche anterior no había estado tan sereno. Afortunadamente, debido a lo tardío de la hora, el mensajero entregó la carta en sus aposentos privados y sólo Hawise fue testigo de su explosión de ira—. Una vida esperando y sólo obtengo mentiras y promesas incumplidas —apostrofó, lanzando una copa contra la pared, y luego una

jarra, y dando patadas a un baúl con tanta fuerza que a punto estuvo de romperse los dedos del pie—. ¡Han pasado más de tres años desde que la propiedad de Whittington me fue adjudicada y todavía me hacen esperar por ella y aparecer como un bobo! —dijo a la vez que estrellaba el candelabro y Hawise le gritaba que se detuviera. Bufaba como un toro acorralado, alzaba el puño, se agitaba y toda la furia que le quedaba había estallado finalmente en el pecho, oprimiéndole como un grillete de plomo caliente. Recordaba vagamente haberse sentado en la cama, doblado de dolor, con Hawise abrazándolo, aterrorizada. Por suerte, el dolor había cedido, pero al irse se llevó algo de él, dejándolo hueco, con una angustiosa sensación de vacío.

Hawise se opuso a que fuera cabalgando a Alberbury esa mañana, pero no pudo detenerlo. Tampoco él fue capaz de contenerse. La necesidad de ver Whittington era un irrefrenable impulso que borraba cualquier otra consideración. Ahora, desde su refugio en los árboles, se sentó a mirar hasta que sus ojos se humedecieron de tanto fijar la vista.

—Mi padre pasó su vida entera peleando por este lugar —murmuró—. Yo tenía catorce años cuando lo perdimos, pero todavía recuerdo estar de pie sobre las torres, mirando en dirección a Gales.

—¿Cómo lo perdieron? —preguntó Ralf, curioso.

Le Brun habló con el tono monótono de quien cuenta una historia repetida tantas veces que se recita de memoria.

—Los galeses atacaron Whittington en los últimos años del rey Esteban, mientras estábamos en Alberbury. Cuando mi padre llegó con nuestros soldados, habían tomado el castillo y habían matado a los guardias. —Los labios de Le Brun se fruncieron como si el relato le amargara la boca—. Roger de Powys los mandaba. Era mitad normando, mitad gales, poseedor de algunas tierras, pero la conquista de Whittington fue lo que le dio prestigio. —Hizo un gesto de rabia y su caballo se movió. Le Brun tiró de las riendas para controlarse tanto a sí mismo como a su caballo—. El rey Esteban y el príncipe Enrique no tenían tiempo para librar una guerra en Gales, además de pelear el uno contra el otro. De Powys quedó en posesión de Whittington y nos dieron Alveston como lugar transitorio, con la promesa verbal de que Whittington volvería a nuestras manos cuando muriera Roger. —Miró a Ralf—. Todos los hombres de todas las facciones debían recuperar las tierras que poseían en los tiempos del primer Enrique, antes del conflicto. Pero una promesa real no vale la pluma con la que está escrita —casi escupió las últimas palabras—. Así que ahora vengo a ver lo que me pertenece por derecho y está en manos de un ladrón, gracias a un mentiroso. —Durante un instante más posó la mirada en las fortificaciones y los estandartes que ondeaban en las torretas, y luego hizo girar a su caballo y le clavó los talones en los costados.

Trotaron por el bosque, intentando llegar al camino que unía Oswestry con Shrewsbury. Pero cuando cruzaban un claro creado por un carbonero, un grupo de cazadores con perros y halcones interceptó su marcha. El viento aullaba entre los

árboles, y Le Brun sintió un sobresalto que pareció un impacto en el corazón, una sensación tremenda totalmente desconocida.

Un hermoso halcón peregrino estaba posado en el puño enguantado de Morys FitzRoger, impidiéndole desenvainar la espada. Sus compañeros, en cambio, incluidos los hijos, sacaron las suyas con presteza. Morys alzó la mano izquierda para detenerlos. Fue un movimiento lento y controlado para evitar asustar al halcón.

—Supongo que habrás venido a ver lo que no puedes tener —dijo a Le Brun con voz despectiva—. Para ser un hombre que lleva los dientes de un lobo en su escudo, ya no te queda nada con qué morder.

Le Brun había tomado la empuñadura de su espada, pero se abstuvo de desenvainarla. En parte, porque eran dos contra diez, pero más que nada a causa del terrible dolor que le estaba destrozando el pecho.

—Whittington es mío, adjudicado en la corte del rey —alcanzó a decir con los dientes apretados. Le era difícil respirar, parecía que tomaba el aire a través de un almohadón.

—Enfréntate a los hechos —le espetó Morys—. Esa adjudicación fue un consuelo del despacho de Hubert Walter para mantenerte tranquilo y apartado del juez. Se han olvidado de ti y han abandonado la causa. Estás en una propiedad que no es tuya y nunca lo será.

—Éste no es el final. —Le Brun necesitó toda su determinación, todo su obstinado orgullo, para mantenerse sobre la montura. Una niebla grisácea le nublaba la vista.

—Ah, yo creo que sí. Si vuelves a cruzar otra vez mi territorio, te mataré sin aviso. Vete a tu casa, anciano, y cuida de tus huesos frente al hogar, en vez de envidiar lo ajeno —espetó FitzRoger, como si los diez años que le llevaba Le Brun fueran toda una vida. Hizo un gesto. Los caballeros del grupo de caza rodearon a Le Brun y a Ralf Gras y los desarmaron, mientras dos de los cazadores se aseguraban de que no hubiera tropas hostiles en el bosque. Finalmente, FitzRoger hizo que Le Brun y su compañero fueran conducidos a través de los bosques hasta el camino a Oswestry.

Le Brun se inclinaba sobre su montura mientras el dolor le torturaba, ola tras ola, creciendo, agarrándolo, apartándolo de la orilla de la vida y arrastrándolo mar adentro.

—¿Señor? —Consternado, Ralf tomó las riendas de la montura de su señor.

Con un último esfuerzo consciente, Le Brun hizo presión sobre las riendas y giró su caballo para que mirara en dirección a Whittington.

—Dile a Hawise... —musitó, luchando por recobrar el aliento—, dile a Hawise que lo siento.

El instinto y los reflejos de Ralf fueron veloces. Desmontó y llegó a tiempo para sostener a Fulke Le Brun en sus brazos cuando caía de la montura.

Pero fue lo único que pudo hacer.



La nieve había cubierto la tierra con un sudario blanco y sobre el helado aire un cielo plomizo amenazaba con tornar el leve manto en una espesa capa. Los campesinos se acurrucaban frente a los hogares y mantenían a los animales en sus propias habitaciones para darse calor y protegerlos. Los que se veían obligados a permanecer a la intemperie llevaban sus ropas más abrigadas y los viajeros se apresuraban para llegar a sus destinos.

Fulke cabalgó hasta Canterbury en una helada mañana de diciembre para buscar refugio y pedir audiencia con el arzobispo Hubert. Su eminencia, sin embargo, estaba ausente, en viaje de negocios, aunque su hermano mayor y su esposa estaban en la residencia.

—Lamento enterarme de la muerte de tu padre. —Theobald Walter tendió la mano a Fulke en señal de condolencia—. Era un buen hombre, y un buen amigo.

Fulke devolvió el apretón de manos. Los dedos de Theobald estaban tibios. Los suyos eran garras heladas de tanto sujetar las riendas. Incluso con guantes, el frío se hacía sentir.

—Pasó un mes hasta que el mensajero nos encontró para darnos la noticia —dijo tristemente Fulke, con los ojos oscurecidos por el dolor—. La temporada de torneos había sido buena y el tiempo se mantenía estable, por lo que nos quedamos más de lo habitual. Si hubiéramos llegado a casa en la fecha prevista, tal vez podría haber evitado lo que sucedió.

—Creía que tu padre había muerto porque su cuerpo le falló.

Fulke tomó, agradecido, la copa de vino caliente que le ofrecía Theobald. Estaban solos en su cálida habitación privada, con las celosías cerradas y varios braseros caldeando profusamente la habitación. No había rastro de Maude, y supuso que estaba en los aposentos de las mujeres, puesto que un gran número de clérigos célibes, y supuestamente castos, ocupaban la residencia del arzobispo.

—Eso es en parte verdad —admitió el joven—. Pero creo que su corazón, más que fallar, se le partió. No pudo ni comer ni dormir pensando en la injusticia que se nos hacía con Whittington. El caballero que lo llevó a casa, con mi madre, dijo que fue humillado por FitzRoger y que ese último golpe acabó con él.

—¿Humillado? —preguntó Theobald, afilando la mirada.

Fulke le contó la visita de Le Brun a Whittington y el incidente en el bosque de Babbín.

—Tal vez mi padre hizo una tontería yendo allí, pero puedo entender la frustración que le condujo a hacerlo y que probablemente le mató.

Theobald se sentó con su vino, y se cubrió las piernas con un manto ribeteado de piel.

—No puedo decir que entienda la profundidad del deseo de tu padre, porque nunca he sido privado de nada que considere mi derecho de nacimiento, pero le tenía

simpatía. —Miró con detenimiento a Fulke, que permanecía de pie, en estado de tensión evidente—. Todos tenemos nuestros demonios: ambición, odio, amor.

Fulke tomó un trago de vino.

—Quería Whittington por encima de todo, tal vez incluso por encima de mi madre, que era la luz de su vida, su día. Con frecuencia me he preguntado si Whittington no sería su noche. Ciertamente, lo destruyó.

—No debes dejar que te destruya a ti —le recomendó Theobald con preocupación.

Fulke caminó hasta las celosías, se detuvo y se dio la vuelta. La luz de los candelabros brillaba en sus cabellos.

—No tengo intención de hacerlo, pero sigue siendo mi legado. En memoria de mi padre, resolveré este asunto.

Theobald permaneció en silencio, reflexionando sobre el tema.

—¿No puedes olvidarlo? —preguntó finalmente.

Fulke sacudió la cabeza.

—La Curia Regis nos ha devuelto nuestro derecho a Whittington. Hay un dictamen que confirma nuestra reclamación, pero la orden que obliga a FitzRoger a abandonarlo nunca salió del despacho del juez. El asunto tiene que resolverse, y, como cabeza de mi familia, es mi responsabilidad. Además, Whittington no es una propiedad pequeña e insignificante. Incluye diecisiete granjas, grandes bosques y tierra cultivable para veinticinco arados.

—¿Por eso has venido a ver a mi hermano?

—Él era el juez cuando se hizo el dictamen, y todavía tiene contactos con ese despacho y sus oficiales. Instruyó a Geoffrey FitzPeter como su sucesor.

—No esperes milagros —le advirtió Theobald—. Hubert tiene cierta influencia, pero George FitzPeter no es hombre que se deje manejar sin buenas razones.

—¿Y la justicia no es una razón suficiente? —preguntó Fulke alzando la voz.

Theobald sacudió levemente la cabeza.

—Conoces el mundo de la política de la corte tan bien como yo. La justicia está siempre sujeta a lealtades personales, a favores debidos, a deudas y a sobornos. Nadie está libre de tales miserias.

Fulke maldijo y paseó por el cuarto. Tenía que moverse. Si permanecía inmóvil, sus emociones explotarían como un barril de petróleo caliente.

—¿Sabes que mi hermano William quería ir directamente a Whittington, sitiario y acabar con Morys FitzRoger y sus hijos por su propia mano?

—¿Cuál fue tu respuesta?

—Le dije que para llegar a Morys tendríamos que pasar por encima del cadáver de mi padre, y que tenía que intentar por última vez obtener Whittington a través de la corte del rey. —Se frotó la nuca—. Ahora me pregunto si William no tenía razón. Tal vez debía haber seguido mi instinto y el suyo, e ir a Whittington con fuego y espadas.

—Habrías sido idiota si lo hubieras hecho —murmuró Theobald—. Dos errores no se convierten en un acierto.

—Entonces ¿qué puedo hacer? —preguntó amargamente Fulke. Terminó el vino—. Si no consigo obtener una orden de Geoffrey FitzPeter para tomar posesión de Whittington, entonces, sean dos errores o no, juro por el sagrado nombre de Dios que iré a la guerra, y al diablo con las consecuencias.



A pesar de las heladas condiciones invernales, Maude había disfrutado entre los mercaderes y comerciantes de Canterbury. Abrigada con un cálido manto con bordes de piel y gran capucha, y por unos zapatos forrados, no acusaba el frío. Ir de compras no sólo era agradable, también la ayudaba a aplacar el sentimiento de vaciedad que a veces la invadía. Aunque el mercado no le interesaba, Theobald estaba satisfecho dejándola ir con su sirvienta, dos escoltas y una bolsa llena de plata para comprar lo que deseara. No sabía si sentirse halagada por la confianza que él depositaba en su sentido común y buen gusto, o irritada por su falta de entusiasmo.

Le había comprado una cruz de cedro, minuciosamente tallada con un diseño intrincado, que el vendedor le había asegurado que era irlandés. Estaba atada con una sencilla cuerda de cuero, y Maude pensó que a Theobald le gustaría. La tosquedad de la madera combinada con la belleza del tallado no podía dejar de cautivarle, puesto que sus pensamientos se dirigían con frecuencia hacia Irlanda y sus propiedades en esas tierras.

Para sí se había comprado varias telas, un poco de lino para hacer una camisa y delgadas agujas de plata que no dejarían agujeros en el tejido. Había disfrutado con los puestos y sus brillantes colores, se había enfrentado al frío invernal y el regateo había despertado su espíritu competitivo. Se sentía feliz.

Mientras volvía al palacio, la nieve que había amenazado con caer durante todo el día comenzó a precipitarse, primero suavemente, salpicando el suelo y delineando el contorno de las casas. Las llamas de las velas de cera brillaban a través de los gruesos vidrios de las ventanas del palacio del arzobispo, atrayendo a Maude hacia su cálido interior. Caminó rápidamente por el patio, con los ojos brillantes y la nariz y las mejillas adormecidas por el frío.

Los pasillos del palacio arzobispal estaban siempre repletos de mensajeros, suplicantes, invitados y clérigos, por lo que Maude no prestó atención a los dos caballos que un muchacho estaba cuidando, hasta que uno de los animales sacudió la cabeza y relinchó al asustarse por algo. Maude se dio la vuelta instintivamente para mirar. Maldiciendo, el palafrenero esquivó el repentino caracolear de los cascos para coger las riendas y controlar al caballo. Era un llamativo semental de color marrón rojizo, con inconfundibles marcas blancas en la cabeza. Maude conocía bien aquel animal, aunque no al potro amarrado junto a él. El grande era *Llamarada*, el caballo

de batalla de Fulke FitzWarin. El corazón se le agitó en el pecho.

«¿Qué estará haciendo aquí?», se preguntó nerviosa.

—¿Mi señora? —Barbette se acercó, apretando sus brazos cruzados contra el cuerpo, y mirando con deseos de pasar de una vez al interior del castillo.

Mordiéndose el labio, Maude sacudió la cabeza. No parecía haber llegado con un gran contingente. Obviamente, era una visita personal, lo que quería decir que, estando Hubert ausente, se hallaría reunido con Theobald. Tomó aliento, recobró fuerzas y entró en el palacio.

Una vez en su recámara, se preguntó si debía ponerse algo más elegante que el sencillo atuendo de lana marrón que vestía en ese momento, e inmediatamente se reprendió por vanidosa y tonta. El vestido de lana marrón era su prenda más cálida. ¿De qué le valdría tiritar de frío con su vestido de lino verde y trenzados dorados para impresionar a un caballero que no le caía particularmente bien? Además, su padre había muerto recientemente y sería de mal gusto darle el pésame vestida con sus mejores ropas.

Finalmente, como concesión a su vanidad femenina, que se resistía a ser silenciada por completo, se puso sus nuevos zapatos de piel de cabra y cambió la sencilla cinta de la cabeza por una de bello dibujo que había comprado a los mercaderes. Luego, sintiéndose bien armada, aunque no lo suficiente como para librar una batalla, dejó la seguridad de su aposento y se dirigió a las estancias donde esperaba el peligro.

Entornó con aprensión la puerta y miró. No había señales de la presencia de Theobald. Fulke FitzWarin estaba sentado en una silla curial, cerca de un brasero, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza entre las manos y un aire de completo cansancio. Parecía tan vulnerable, tan diferente del caballero orgulloso de los torneos que ella conocía, que se sintió desarmada.

El agotado caballero debió de notar un movimiento del aire o algún ruido producido por la puerta, porque alzó la cabeza y miró a su alrededor. Inmediatamente bajó las manos y se puso de pie.

—*Lady Walter* —saludó haciendo una reverencia. El cansancio permaneció, pero la vulnerabilidad se ocultó detrás de una actitud educada. Sus ojos castaños no revelaban nada de no ser por las ojeras que los adornaban. La mandíbula estaba tensa, en un evidente esfuerzo por mantener impassible el rostro.

—Lord FitzWarin —respondió la dama, usando el título que ahora le correspondía por derecho. Hubo un momento de incómodo silencio. Maude estuvo tentada de murmurar una excusa y marcharse, pero era una cobardía y, aunque nunca se habían sentido cómodos juntos, resultaría gratuitamente grosero. Reunió valor, entró en la estancia y se aproximó—. Lamento la muerte de tu padre —murmuró—. Él y vuestra madre me brindaron toda la gentileza del mundo cuando estuve en Westminster. He escrito a *lady Hawise*, y la visitaré en cuanto pueda.

—Eso es muy amable, mi señora —respondió Fulke, evitando su mirada.

—¿Cómo está?

—Inconsolable, como todos nosotros.

Fulke mantenía las distancias. No sólo evitaba el cruce de miradas, sino que respondía a duras penas. Maude sintió cierta irritación.

—¿Más vino, señor?

El joven negó con la cabeza.

—Ya me parece tener el cráneo relleno de serrín. Otra copa más y termino en el suelo. —Carraspeó y se alejó hasta colocarse frente a las celosías. Un tablero de ajedrez se encontraba en una mesa baja. Movi6 una de las piezas de marfil—. Tu esposo fue llamado por uno de los sirvientes, pero me dijo que no tardaría en volver. Si tienes cosas que hacer, mi señora, no te preocupes por mí.

Maude enrojeció.

—Tengo el deber de garantizar tu comodidad —respondió casi enfadada.

—Dudo que nada de lo que se haga pueda mejorar las cosas —dijo Fulke, y luego se pasó las manos por su abundante pelo negro y le dedicó una mirada en la que ella vio reproducida su propia irritación—. No soy buena compañía en este momento, *lady* Walter, y sería mejor que me quedara solo. Si puedes, encuéntrame un lugar donde dormir y una almohada en la que apoyar la cabeza. Te estaré agradecido, aunque no se note, porque me cuesta estar alegre. —Le dedicó un esbozo de sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

—Por supuesto. Mis disculpas, señor. —Contenta por tener una razón para retirarse, Maude dejó la habitación y no volvió. Habiendo sobrevivido al primer encuentro, no iba a arriesgarse a propiciar el segundo.

Fulke se recostó contra la pared y puso la cabeza entre las manos. Theobald llegó y se lo encontró de pie frente al tablero de ajedrez, tiritando de frío. Envolviéndolo en un abrazo paternal y murmurando palabras de consuelo, le condujo hasta el calor del brasero.



Hubert Walter tomó un gran bocado de su porción de pollo con salsa de manzanas y, mientras masticaba, estudió la petición de Fulke.

—Estoy de acuerdo en que el asunto de Whittington debió resolverse hace mucho, de una u otra manera. Pero, con frecuencia, el curso de la justicia no es tan recto como quisiéramos.

Era el Hubert oficial real quien hablaba, y Fulke tuvo que esforzarse por mantener la serenidad. Una fuerte jaqueca le atormentaba y apenas había probado la comida. No tenía tiempo ni para las delicadas especias ni para los toques sutiles que abundaban en la rica mesa del arzobispo. En su estado de ánimo, sólo deseaba lo que fuera simple, austero y sin adornos.

—Sé que tu familia perdió Whittington cuando los galeses lo ocuparon y la

familia de De Powys tomó posesión del predio. Lo que era temporal se hizo permanente porque los De Powys tenían contactos en ambos bandos, y devolver Whittington a los tuyos hubiera destruido el delicado equilibrio político de aquella época. —Hubert sonrió sin alegría—. Enrique confió en que los FitzWarin no se rebelarían y los galeses se mantendrían en calma, y os dieron Alveston como compensación.

—Como consuelo —rectificó Fulke, nada impresionado por lo que sabía el prelado—. Alveston es la cuarta parte de Whittington. Y no estoy seguro de que el rey Ricardo pueda confiar en mí tanto como lo hizo en mi padre y en mi abuelo.

—¿Es una amenaza? —preguntó Hubert con un gesto de sorpresa en el rostro.

—Una amenaza, una advertencia, llámalo como quieras, eminencia. Hay dos partes en toda negociación, y también en todo juramento de lealtad. Hemos mantenido nuestra palabra, respondiendo a los llamamientos a las armas y prestando los servicios de vasallaje que nos han sido requeridos. Me parece que todo lo que hemos recibido a cambio es una bolsa vacía.

Hubert se limpió los labios con una delicada servilleta de lino.

—Pronuncias palabras duras, Fulke, y también peligrosas.

—Me duele tener que decirlas, monseñor, pero son verdad. Yo no quiero pasar el resto de mi vida enfrascado en esta disputa, como lo hizo mi padre, y menos aún legársela a mis hijos. Tiene que terminar ahora.

Hubert Walter reclinó la cabeza contra el duro respaldo de su silla y estudió a Fulke, como si con la mirada pudiera descubrir su carácter y calibrar lo conveniente o inconveniente de su proceder.

—No puedo prometerte nada —repuso finalmente—, pero haré lo que esté en mi mano. Dado que Whittington fue adjudicada a tu padre y perteneció a tu familia en los primeros tiempos del rey Enrique, diría que tu petición es razonable. Tienes una deuda póstuma que pagar para heredar los territorios de tu padre.

—Cien marcos —confirmó Fulke con algo de irritación. Era el pago habitual por una baronía, cantidad equivalente a un año de producción de todo su ganado lanar.

Hubert asintió, pasando por alto el tono de Fulke.

—Entonces, que Whittington sea incluido en la lista de tierras para pagar tu deuda. Le pediré a Geoffrey FitzPeter que haga el borrador de un documento, y cuando me presente al rey Ricardo en Normandía, después de Navidades, trataré de que preste la debida atención a tu caso.

Sabedor de las numerosas ocasiones en que su padre había visto la esperanza convertida en desazón, la expresión de Fulke no reveló gozo alguno, pero se mostró, sin embargo, agradecido. Si las cosas hubieran salido mal, podría haberse ido excomulgado.

—Te lo agradezco, eminencia —dijo, e inclinó la cabeza.

Hubert se acomodó en la silla. A Fulke le pareció un león sobrealimentado. Dormilón, gordo, pero todavía lo suficientemente poderoso como para matar con un

indolente golpe de su zarpa.

—No me agradezcas nada. Conozco tu capacidad, y Ricardo necesita hombres como tú a su lado, no en su contra. Detestaría que la bravura que demuestras en los torneos no estuviera al servicio de nuestra causa.

—También yo lo detestaría.

Hubert alzó su copa para brindar.

—Por la paz, entonces.

—Por la paz —repuso Fulke, y se persignó.



—La muerte de su padre ha sido un duro golpe —comentó Theobald a Maude cuando se preparaban para dormir—. Ha sido extraño verlo así. Recordé al joven que era cuando entró a mi servicio, y al mismo tiempo observé que todos los rasgos de aquel muchacho han desaparecido.

Maude se pasó el peine de asta de ciervo por la cabellera.

—Ahora tiene responsabilidades, y antes no las tenía —replicó.

—Tal vez sea sólo eso. —Theobald alzó la vista de la cruz de cedro que le había dado su esposa—. Pero lo que ocurre, sobre todo, es que quería mucho a su padre. Cuando lo estreché en mis brazos, lloró por él.

—¿Fulke FitzWarin ha llorado? —Maude dejó de peinarse y se volvió para mirar a Theobald. Pensó en el momento en que había abierto la puerta y había visto a Fulke sentado con la cabeza entre las manos, en su esfuerzo por ser cortés, y en su propia cortesía helada. La vergüenza la invadió. Se sentía pequeña y mezquina.

—¿Por qué te empeñas en considerarle un bruto sin sentimientos? —preguntó exasperado Theobald—. Fulke puede ser obstinado como un buey, lo admito, y una vez que decide algo, es imposible hacerle cambiar de opinión. No es diplomático. Con Fulke no existen las palabras vacías, sólo la verdad desnuda; pero eso no significa que carezca de sentimientos elevados.

—No he dicho eso. —Maude hizo un gesto defensivo con el mentón. Estaba equivocada, pero, como siempre, admitirlo le resultaba difícil—. ¡Es que parece tan... tan impasible!

—Creo que se comporta de ese modo ante ti por orgullo. Pocos hombres se sincerarían con una mujer, incluso aunque fuera su madre o su esposa.

—Tú lo haces.

—En ciertas cuestiones, sí, pero sólo Dios ha visto mi alma desnuda. —Miró la pequeña cruz y se la puso dentro de la camisa de lino para que estuviera en su pecho.

Por eso estaba tan interesado en fundar monasterios, pensó ella. Dios, masculino, entendería el alma de un hombre y tendría consideración con él. Era una idea algo blasfema y se la guardó para sí.

Al ir a la cama, Theobald cogió el peine de sus manos y gentilmente comenzó a

pasárselo por el pelo, desenredándolo, haciendo que la plateada cascada recuperara el brillo.

—Además —dijo con suavidad—, Fulke te mantiene deliberadamente a distancia. Eres la esposa de su mentor, y la diferencia de edad entre tú y yo es tanta, que las lenguas se afilarían para chismorrear sobre el estado de nuestro matrimonio a la más leve oportunidad.

Maude se apartó de su marido y le miró con ojos furiosos.

—Eso es una maldad. ¡Jamás he mirado siquiera a otro hombre desde nuestro casamiento! —Su rostro estaba enfurecido—. ¡Y ciertamente menos aún a Fulke FitzWarin!

—Bueno, bueno, no te enfades tanto. —Con una indulgente sonrisa, Theobald volvió a empujarla suavemente para ponerla de espaldas y peinarla un poco más—. Sé que eres fiel y que tus ojos no se extravían, o que si lo hacen es del mismo modo en que admirarían un buen caballo o un hermoso prado lleno de flores. Yo también lo hago. Pero Fulke sabe cómo funcionan la corte y los torneos, y por lo tanto es cuidadoso.

—No tiene por qué serlo —replicó, cruzando los brazos—. ¡Yo no soy una loca simplona proclive a desmoronarse ante sus encantos en un torneo!

A sus espaldas, Theobald movió la cabeza y con media sonrisa exasperada abandonó aquel tema de conversación. Aunque le hubiera gustado fomentar una amistad decente entre Maude y Fulke, también era consciente del peligro latente. Ambos eran jóvenes y apasionados.

—Me alegra que mi hermano se haya decidido a ayudarlo —sentenció—. Es lo justo.

Maude estaba igualmente satisfecha de dejar la charla sobre su relación con Fulke FitzWarin. Se cruzaban en el asunto demasiadas emociones. Notaba que había hablado con excesiva vehemencia de la firmeza de sus votos matrimoniales. Theobald podía estar envejeciendo, pero su intuición y su inteligencia eran agudas como la más afilada lanza.

—Tú conoces a Fulke FitzWarin mejor que yo —comentó. ¿Crees que se sublevará si fallan en su contra?

Sin que lo viera su esposa, las leves arrugas que tenía en torno a los ojos se tensaron. Maude percibió cierto titubeo en sus manos al peinarla.

—Hace falta mucha injusticia para obligar a Fulke a cruzar la línea, pero una vez que lo haga, no retrocederá. Espero que se cumpla su deseo, porque, dadas las circunstancias, es muy capaz de alzarse para tomar venganza.



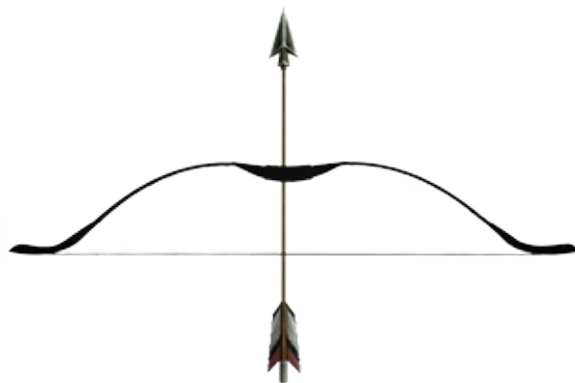
En una tibia noche de finales de marzo de 1199, Ricardo Corazón de León cabalgaba bajo los muros de la fortaleza de Chálus Chabrol, en Aquitania, para alentar a sus

soldados. Sitiaban una posición fortificada de su enemigo, el vizconde de Limoges. Los defensores eran hostigados por los arqueros de Ricardo. Uno de los defensores, usando una sartén como escudo, se puso de pie en la muralla, apuntó y disparó una flecha. Ricardo se había reído, admirado por el valor de aquel hombre, pero la risa se cortó abruptamente cuando la flecha rozó su escudo rojo y dorado y se le clavó en el hombro.

Al principio pareció una herida superficial, pero la punta estaba muy hundida y el cirujano tuvo que agrandar la brecha para extraer la cabeza de hierro. La fiebre se desencadenó con velocidad y la herida se gangrenó.

El 6 de abril, mientras el mundo empezaba a gozar de la tibia primavera, Ricardo Corazón de León entregaba el alma a Dios y el trono a su hermano Juan. Y al cuidado de Juan quedaron todos los papeles y documentos, todos los escritos que esperaban la atención del difunto. Entre ellos, en la parte alta del montón, una solicitud de Hubert Walter, arzobispo de Canterbury, para que se le entregara a Fulke FitzWarin la posesión de las tierras de su padre, incluyendo Whittington, con todos sus territorios y propiedades aledañas.

Roscelin, el escribano responsable de aquellos legajos, juntó los pergaminos, los guardó en un cofre y se los envió a su nuevo amo para que los revisara.



CAPÍTULO 15

Alberbury, frontera de las Marcas, verano de 1199

Fulke miró por encima el rollo de pergamino que el mensajero acababa de entregarle y rompió el sello. Sabía que estaba a punto de llegar, pero aun sabiéndolo, no pudo evitar que la furia y la aprensión se apoderaran de su estómago.

—¿Qué es? —Hawise, sentada junto a la ventana, alzó la vista de su labor, se levantó y se acercó a él.

—Lo que estaba esperando. La orden de rendir homenaje a Juan en el castillo de Baldwin dentro de dos semanas. —No pudo ocultar el desagrado latente en su voz. El mastín que dormitaba debajo de la mesa alzó la cabeza y gimió.

Su madre cogió el documento y entornó los ojos para examinar el sello real.

—Puede que sea coronado rey de Inglaterra y que le deba homenaje —gruñó Fulke—, pero arrodillarme a sus pies y jurarle lealtad será un trago amargo.

Hawise apartó los ojos de la carta y le miró, ansiosa.

—¿Lo harás?

Fulke se estremeció.

—¿Qué otra opción tengo? No hay nadie más. El sobrino de Juan, el príncipe Arturo, es sólo un niño de doce años, un francesito malcriado, por lo que he oído a quienes le conocen. —Se encogió de hombros—. El demonio conocido o el demonio por conocer. Necesitaré una larga cuchara para comer del mismo plato que ellos.

—¿Y Whittington?

—Juan debe aceptar aún que se haga la reclamación —dijo con amargura.

—¿Y si no la acepta?

Miró a su madre. En el año transcurrido desde la muerte de su padre había envejecido ante sus ojos. Era como si parte de ella hubiera muerto cuando enterraron a Le Brun. Las mejillas hundidas tenían algo de cadavérico, y el ángulo de la

mandíbula era tan agudo que parecía un filo.

—Cruzaré ese puente cuando llegue el momento —repuso.

—El mayor deseo de tu padre era que recuperásemos Whittington. —Su voz tembló levemente, igual que la mano con la que tocaba el pergamino.

—Ya lo sé, mamá. —Había sido un deseo tan intenso que había acabado con su vida y, de la noche a la mañana, su madre, una mujer hermosa y vivaz, se había convertido en una anciana—. Haré todo lo que esté en mi mano para honrar su memoria. —Pasó un brazo por los hombros de la mujer y la besó en la mejilla.

Hawise se recostó en él un momento, y luego, tomando aire, se apartó y se irguió.

—A veces pienso que habría sido mejor que mi padre hubiera arreglado mi matrimonio con un hombre al que no hubiera amado, así el dolor por su pérdida no sería tan enorme. —Sus ojos, llenos de lágrimas, brillaban—. Pero luego me digo que tampoco habría conocido nunca la dicha, ni habría tenido hijos que me llenaran de orgullo. Todos honráis su memoria.

Fulke no dijo nada. Las palabras, por consoladoras que fueran, eran sólo palabras, y él se sentía impotente ante la abrumadora pena de su madre. Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

Oyó el eco de la tristeza en su voz y se ahogó de emoción al tratar de responder. La mujer había tenido un timbre tan fuerte y vibrante cuando el marido estaba vivo que su deterioro era mucho más difícil de sobrellevar.

—A buscar a mis hermanos para darles la noticia —respondió, refugiándose en cuestiones prácticas para no sucumbir a la emoción—. No tardaré mucho. Vamos, *Finn*. —Chasqueó los dedos para espabilar al adormecido mastín, descendiente de la perra que Oonagh FitzGerald le había dado años atrás. Moviendo la cola, el animal se puso de pie y fue tras él.

Fuera se encontró con su tía Emmeline, que llevaba una jarra de vino. Era la hermana de su padre, estaba viuda y tenía la piel aceitunada y los oscuros ojos marrones de los FitzWarin.

—¿Son buenas noticias? —preguntó.

—Tengo que rendir tributo a Juan por mis tierras —contestó Fulke con tono neutro. Hizo un gesto con la cabeza señalando el cuarto que acababa de abandonar—. Cuida de ella. Te necesita.

—Ay, todos sufrimos, pero a ella le está resultando muy difícil seguir adelante —respondió Emmeline señalando la jarra—. La tercera del día. Es como un soldado con una herida de guerra, que bebe para ahogar el dolor. —Con un breve suspiro entró en la habitación y corrió las cortinas. Fulke escuchó el murmullo consolador de Emmeline y la respuesta de su madre, con una voz que se elevaba y luego se quebraba en un sollozo. Apretando los puños, se alejó en busca de sus hermanos.



El rey Juan estaba en el gran salón del castillo de Baldwin, acariciando gentilmente las plumas del pecho del halcón blanco posado en su puño enguantado. Acababan de regalárselo. Tales pájaros, las más veloces y fieras aves de presa, eran escasos y hermosos. Los grises eran muy caros, pero el costo de uno blanco sólo podía ser asumido por magnates y reyes, de los cuales él era uno más ahora.

Con ojos entornados por el recelo, Juan examinó al hombre arrodillado frente a él, que era quien le había regalado el ave. Morys FitzRoger era un noble menor de territorios fronterizos, que a duras penas podía costear un regalo tan caro, a menos que esperase un gran favor a cambio. Juan no encontraba motivo alguno para concederle a tal hombre un deseo, aun cuando le complaciera el ave. Estaba seguro de que algo quería, había aprendido desde muy joven que todo y todos tenían un precio, ya sea material o emocional.

—También he traído un caballo de guerra, señor —anunció FitzRoger—. Un semental del linaje de los tordillos de De Belléme. Te ruego que lo aceptes como muestra de mi lealtad.

Un murmullo se levantó entre los cortesanos allí congregados. Los tordillos de De Belléme eran célebres por su belleza, su resistencia y su precio. La sospecha de Juan aumentó, y también su curiosidad. El hombre estaba claramente desesperado por congraciarse con él. Tal vez hubiera cometido algún crimen horrendo durante el reinado de Ricardo y deseara limpiar su expediente. O a lo mejor quería que se olvidasen sus tendencias levantiscas, demostrando lo muy leal que era. Juan sabía que muchos caballeros no veían con agrado que él detentara la corona, y no les tenía confianza alguna.

—Tu generosidad es muestra de tu lealtad —murmuró con una real inclinación de cabeza. Miró el ave, sus fieros ojos y su pico cubierto por una exquisita caperuza de seda granate. Hundió con suavidad un dedo entre las brillantes plumas del pecho y lo acarició con lenta sensualidad—. Pero me pregunto qué esperas obtener de mí. Nadie se humilla con el único propósito de entregar un obsequio.

La cabeza de FitzRoger permaneció gacha.

—Mi único deseo es servirlos del mejor modo posible, señor.

—Bueno, qué refrescante es oír algo así. —Juan lanzó una mirada de reproche a sus cortesanos. Confiaba razonablemente en Guillermo el Mariscal, Hubert Walter y De Braose. William Ferrers, Eustace de Vesci y Ranulf de Chester eran menos fiables, y valía la pena vigilarlos—. Recuérdame, ¿cuáles son tus tierras?

Ahora Morys FitzRoger le miró y Juan vio que enrojecía y que su respiración se agitaba. Allí estaba el meollo de la cuestión.

—Tengo el honor de poseer Whittington, señor, cuyo dominio fue ejercido por mi padre cuando el vuestro se lo entregó.

—Whittington. —El nombre resonaba en su memoria. ¿Qué pasaba con Whittington?

—Si así te place, te pediría que confirmaras que las tierras son mías y de mis

herederos, de acuerdo con el mandato regio —añadió FitzRoger, y Juan vio en sus ojos un deseo que bordeaba la desesperación. La mente del rey se vio de pronto invadida por la imagen de otro hombre arrodillado ante él, en el polvoriento camino, en verano, mostrándole más resentimiento que respeto. Y después recordó la cruda noche de invierno en Westminster y el tablero de ajedrez.

—¿Pero Whittington no está en disputa? —preguntó suavemente—. ¿La familia FitzWarin no reclama la propiedad?

El rostro de FitzRoger se ensombreció y levantó la cabeza.

—Se basan en un falso derecho, señor. Alguna vez tuvieron la tierra, con lord Peverel, pero la perdieron durante la guerra entre Esteban y la emperatriz Matilda. Permanece en nuestro poder desde entonces, por acuerdo entre el rey Esteban y vuestro padre.

Juan entregó el halcón a un cortesano e indicó a FitzRoger que se pusiera de pie. Luego se reclinó sobre el trono de roble tallado y se acarició la oscura barba que le cubría el mentón.

—¿Tienes un documento que acredite lo que dices?

—Es... siempre fue un acuerdo verbal, señor. —FitzRoger le miró como si estuviera a punto de ahogarse.

—Y los FitzWarin, ¿tienen evidencia escrita que justifique su reclamación?

Morys sacudió enfáticamente la cabeza.

—No la tienen, señor.

«No va a decir otra cosa», pensó Juan.

—Entonces, es tu palabra contra la suya, pero tienes la ventaja de la posesión. —Continuó jugueteando con la barba. Sin duda, FitzRoger deseaba apasionadamente mantener la propiedad del castillo y sus dominios, cosa comprensible dada su posición estratégica y las ricas tierras que había a su alrededor. Con seguridad, podría sacarle algo más que un halcón y un semental De Bellême, y además vengarse de los FitzWarin por las humillaciones pasadas. Juan comenzó a sonreír con malicioso deleite—. Que un escribano ponga tu petición por escrito y que se hagan copias. —Hizo un gesto con la mano—. Y que me traigan el documento cuando esté concluido para que lo pueda sellar. —Morys le miró fijamente y tragó saliva, incapaz de creer su buena suerte. Comenzó a tartamudear su agradecimiento, y Juan le interrumpió, ordenándole silencio con un ademán—. Por supuesto, el precio de la baronía es de cien marcos —dijo cordialmente, sabiendo que posiblemente el tonto aquel habría tenido que arrastrarse y se habría endeudado para adquirir el halcón y el semental.

Morys palideció.

—Necesitaré algo de tiempo para reunir esa cantidad, señor.

—Creo que necesitarás algo más que un poco de tiempo, pero, puesto que me places, estoy dispuesto a ser generoso. Puedes tener Whittington a perpetuidad por cincuenta marcos y te nombraré guardián de la frontera.

Los ojos de FitzRoger se abrieron, deslumbrados.

—Gracias, señor —dijo con voz ahogada por la sorpresa y el alivio.

Juan le miró con desprecio y socarronería. Si su petición no hubiera sido una molestia tan grande para FitzWarin, lo habría despachado sin miramientos. Pero tal como estaban las cosas, le apoyaría por el mero placer de conseguir que a FitzWarin le rechinaran los dientes.



Fulke estaba de pie al lado de la fragua del herrero, lindante con el castillo de Baldwin. Desayunaba una hogaza de pan recién horneado untado con miel. El hijo del herrero sostenía a *Llamarada* con firmeza por las riendas, mientras su padre se inclinaba, sujetándole la pata trasera y ajustando una herradura. En el aire de la mañana, el olor a metal caliente y casco quemado se sumó al de la madera que ardía.

—Un buen animal, mi señor —dijo el herrero, con el casco de *Llamarada* entre las rodillas. Estaba remachando los clavos—. Algunos tienen que ser encerrados por lo mucho que patean y muerden, pero éste tiene los modales de un príncipe.

Fulke hizo un gesto de extrañeza por la comparación. Los príncipes que él había conocido no habían destacado por sus modales, más bien eran famosos por carecer de ellos.

—Está entrenado para quedarse quieto cuando lo aprestan. —Aproximándose con lentitud al animal, le dio unas palmadas en la grupa antes de ofrecerle el pan con miel que llevaba en la palma de la mano—. Trata de montarlo sin permiso, y será otra cosa. Te lanzará por el aire antes de que puedas sentarte en la montura.

—Lo tienes bien entrenado, entonces, mi señor.

Fulke sonrió.

—No puede ser de otra manera con un animal para torneos. —El semental masticó el pan con evidente placer—. Nadie lo capturará si soy desmontado durante una justa, porque él no lo permitirá.

Con los clavos de hierro en la boca, el herrero aseguró la herradura y dejó libre la pata de *Llamarada*, enderezándose.

—Vi otro buen animal aquí esta mañana —dijo—. Supongo que sería un obsequio para el rey Juan —señaló con su pulgar en dirección al castillo que se erguía sobre la villa. Fulke miró los estandartes rojos y dorados que ondeaban sobre las paredes de piedra caliza, los tres leopardos de los Plantagenet proclamando que el rey Juan estaba en el palacio. La villa bullía de hombres como él que habían llegado para rendir homenaje al nuevo soberano. El joven caballero, enfurecido, se mordió el pulgar. De todas las obligaciones que tenía, aquélla era una de las más pesadas.

—Un hermoso tordillo —continuó el herrero—, con bellas crines y una planta como no he visto otra. Si yo hubiera sido el dueño, no me habría deshecho de él.

—Tampoco yo —dijo William FitzWarin, que regresaba de la posada y había escuchado el final de la conversación. Sus ojos pardos estaban todavía adormilados

—. Por lo menos para dárselo a un cerdo como Juan. —Bostezando y desperezándose, dejando a su paso olor a vino y a sudor, fue a lavarse al bebedero.

Fulke miró al herrero y a su hijo.

—Cuida tu lengua —dijo a su hermano.

—¿Por qué? Es la verdad. Tú has dicho y hecho cosas peores en lo que concierne a nuestro querido soberano. —William hundió las manos en el bebedero y se mojó el rostro.

—No tienes por qué temer que el joven Hal o yo andemos con chismes —comentó el herrero—. Sé cuándo debo ocuparme sólo de mis asuntos. —Tomó la moneda de plata de medio penique, y la examinó con cuidado para cerciorarse de que no habían recortado los bordes.

Alain y Philip salieron, tambaleantes, de la posada, parpadeando como topos ante la brillante luz de la mañana. Padecían las consecuencias de la camaradería de la noche anterior. Fulke sacudió la cabeza exasperado, pero sonriente.

—Mejor será que desayunéis rápido si es que podéis comer algo. Tenemos una cita con su majestad. ¿Dónde están Ivo y Richard?

—Todavía roncando.

—Les daré un par de patadas —propuso William, peinándose el pelo mojado.

—Yo me... —Fulke se interrumpió y se dio la vuelta al oír un golpeteo de cascos en el patio de la herrería. Jean de Rampaigne detuvo de golpe su veloz bayo.

—Por Cristo, Fulke, ve al castillo —dijo agitadamente—. Juan acaba de prometerle Whittington a Morys FitzRoger por cincuenta marcos.

—¿Qué?

—Vi y escuché toda la conversación. El propio FitzRoger escribirá el documento y por cincuenta marcos Juan pondrá su sello en él.

—¡Hijo de una puta y un leproso granjero imbécil! —gritó Fulke, olvidando por completo su reprimenda a William. Arrebató las riendas de *Llamarada* de las manos del muchacho, saltó sobre la montura sin usar los estribos e hizo girar al caballo.

—¡Espera! —gritó William—. ¡Voy contigo! —Y se marchó corriendo a preparar su caballo.

Fulke estaba tan furioso que no escuchó nada, salvo el tronar de la sangre en sus oídos. Clavó los talones en los flancos de *Llamarada*, y con un súbito salto, el caballo pasó de estar inmóvil a galopar desenfrenadamente. Jean azuzó a su montura y salió tras él.

Fulke llegó a la entrada y encontró el acceso cortado por los guardias, que no sabían si dejar paso a un hombre enloquecido.

—¡Exijo ver al rey, es mi derecho! —rugió Fulke. Contagiado por el temperamento de su jinete, *Llamarada* caracoleaba y daba vueltas. Fulke tensó las riendas con fuerza y apretó los muslos, obligando al semental a colocarse frente a las lanzas cruzadas. Contuvo el impulso de desenvainar la espada y abrirse paso luchando, consciente de que sólo intentar sacarla podía ser suficiente motivo para que

le mataran. Así y todo, la mano derecha le cosquilleaba por el ansia de hacerlo. Su pecho se agitaba mientras intentaba mantener la cabeza fría.

—Mi nombre es Fulke FitzWarin —se presentó, con voz temblorosa—. He venido a jurar lealtad al rey Juan por mis tierras.

Jean de Rampaigne le alcanzó, con William pegado a él.

—Déjalo pasar, Alaric —gritó Jean al más fornido de los guardias—. Yo respondo de él. Es bien conocido por mi amo, el arzobispo.

Los guardias dudaron, intercambiando miradas. Una multitud empezaba a congregarse mientras otros esperaban su turno para entrar.

Alaric se retiró e hizo un gesto con su lanza.

—Muy bien, que entren. Pero que dejen aquí sus armas. Tú también —dijo a William.

Los hermanos se quitaron las vainas y las entregaron. Las manos de Fulke temblaban de tal modo que dudaba que hubiera podido usar un arma aunque hubiera querido.

—Te dije que debimos ir directamente a Whittington cuando murió papá. Teníamos que haberlo tomado entonces —murmuró William mientras conducían sus caballos por el patio y buscaban a un mozo que los cuidara.

—Adivinar el pasado es muy fácil —comentó Fulke—. Pero olvidas que seguramente habiéramos acabado colgados de una soga.

—De acuerdo, si te parece que saldrá algo bueno de todo esto, es que eres más tonto de lo que me consideras a mí.

Fulke se volvió hacia él con los puños crispados y Jean se interpuso rápidamente entre ambos.

—¡Paz! —susurró—. Todavía no hemos llegado y vosotros ya os enzarzáis en peleas de chiquillos. Si no os ponéis de acuerdo, ¿de qué os servirá presentaros ante Juan?

Fulke apretó las mandíbulas hasta que los músculos asomaron en sus mejillas como dos rígidas cuerdas.

—Tienes razón, Jean —admitió con aire serio. Miró a William—. Necesitamos estar unidos como hermanos y no pelear por diferencias de opinión. ¿Estás listo para entrar?

William sacudió los hombros de su gruesa camisa.

—No tiene sentido venir para quedarse en la puerta. —Era su orgulloso modo de disculparse.

Con Fulke a la cabeza, subieron los escalones de madera, y una vez más tropezaron con un par de guardias. Esta vez Fulke se las arregló para dar su nombre de modo cortés, aunque frío, y el pequeño grupo fue admitido en la sala.

Juan estaba en un estrado alto, en un extremo de la sala, sentado en un trono con almohadones y cubierto con un manto púrpura bordado. Se mordía el dedo índice con expresión levemente aburrida, mientras un caballero se arrodillaba para rendirle

homenaje. Fulke observó impaciente el resto del salón, tomando nota del grupo de lores de zonas fronterizas, tanto los importantes como los insignificantes. Vio cómo miraban en su dirección y susurraban. Hubert Walter interrumpió una conversación con Ranulf de Chester y Guillermo el Mariscal, y se apresuró a cruzar el vestíbulo, con sus ropajes de arzobispo brillando y el rostro sudoroso debajo de la mitra.

Fulke se arrodilló para besarle el anillo, y luego se puso de pie y le miró con dureza a los ojos.

—¿Recuerdas cuando bebimos por la paz? —preguntó con amargura—. Fue un brindis inútil.

Hubert sostuvo su mirada sin parpadear.

—Dije que haría lo posible, no que tendría éxito. Estaba ausente cuando el rey llegó a un acuerdo con FitzRoger. De lo contrario, habría intervenido.

—¿Y qué es lo que te impide intervenir ahora... eminencia?

La frente del prelado se arrugó por el modo insolente en que Fulke se dirigió a él. Sacudió la cabeza.

—No es demasiado tarde para garantizar la paz, y te aconsejo que llegues a ella. Nada, salvo quebraderos de cabeza y quizás sangre, resultará de este asunto.

—¿Entonces no harás nada?

—No dije eso. Haré lo que pueda, Fulke, pero a veces es más fácil dar la vuelta a una muralla de piedra que estrellarte contra ella de cabeza.

—Haberle dicho eso a mi padre —murmuró William, besando descuidadamente el aire por encima del anillo arzobispal—. Toda su vida siguió las reglas establecidas y no consiguió más que una mortaja.

La conversación no había pasado desapercibida en el trono, y un cortesano les llamó para que se presentaran ante Juan. Con aire agobiado, escoltó a los hermanos a través del salón.

Fulke hizo una pausa a los pies del estrado y miró a Juan. Este le contemplaba con malicia, y la sombra de una sonrisa asomaba por los extremos barbudos de su boca. El rey se inclinó en su asiento, con indolencia, pero Fulke pudo notar la tensión que había tras la máscara del monarca. Juan parecía el espectador de una pelea de gallos, esperando el primer ataque, la primera sangre. La mirada del rey se dirigió durante un instante al grupo de cortesanos que estaban de pie en torno al trono. Siguiendo su mirada, Fulke vio a Morys FitzRoger entre ellos. No se le escapó que su delgado rostro mostraba una mezcla de miedo y excitación.

Con gran reticencia, Fulke dobló la rodilla e inclinó la cabeza para rendir tributo al soberano. La furia hervía en su interior, de momento controlada, pero así y todo muy próxima al estallido. Sentía la piel en carne viva. A su lado, William también se arrodilló, murmurando algo que no pudo oírse.

—Ésta es una imagen que me alegra —rezongó Juan—. Fulke FitzWarin de rodillas a mis pies.

—Te debo mi tributo, señor. Antes, no —soltó Fulke, cortante.

Juan se limitó a sonreír.

—¿Has venido a honrarme por tus tierras? ¿A poner tus manos entre las mías, jurar tu lealtad y recibir el beso de la paz?

Aquello era como beber un veneno amargo. Fulke apuró su cáliz.

—Sí, señor. He venido a rendir tributo... por todas mis tierras.

Juan se acomodó en el trono. La curva de su sonrisa se hizo más pronunciada.

—Supongo que quieres decir por todas las posesiones a las que tienes derecho.

Fulke se puso de pie. Su corazón latía con fuerza y tenía la boca seca. «No cometas una tontería», se dijo. Las palabras esperaban en la punta de su lengua, como flechas listas para ser disparadas, pero se obligó a hablar con lentitud, enunciando cada una de ellas, para que quienes estaban a su alrededor pudieran oírlo y no hubiera errores ni dudas.

—Por el beneficio de la ley, el castillo de Whittington, sus tierras y todo lo que en ellas se ha edificado son propiedades mías por derecho y por razón de la herencia recibida de mi padre. Por ellas ofrezco cien marcos en pago de la baronía, incluyendo a Whittington, el cual, en tiempos de tu bisabuelo, el primer rey Enrique, fue establecido como heredad de la familia FitzWarin.

Juan estudió con cuidado a Fulke y jugueteó con un gran anillo de amatista que llevaba en el anular. Hubert Walter se adelantó, alzando los brazos a fin de mostrar el bordado de oro de su capa, en un intento de que su aparición fuera lo más imponente posible.

—¿Puedo hablar? —Juan movió la mano en señal de asentimiento, aunque no pareció hacerle gracia la intrusión—. El rey Ricardo, tu hermano, decidió que la familia FitzWarin tenía derecho sobre Whittington y que otras tierras debían ser entregadas a Morys FitzRoger y a sus herederos como compensación. Los documentos definitivos no fueron sellados, pero sólo a causa de su repentina muerte. Tengo esos documentos a mano, como prueba de la decisión, la cual aprobé yo mismo en calidad de juez del rey Ricardo.

La irritación de Juan aumentó visiblemente.

—Ricardo está muerto —declaró con brusquedad—, y ya no eres juez. Ya he otorgado Whittington a mi buen vasallo Morys FitzRoger de Powys por cincuenta marcos, y mi decisión es firme, disgusto a quien disgusto. Fulke FitzWarin rendirá tributo por los terrenos que poseía su familia a la muerte de su padre. Nada más y nada menos.

Fulke apretó los puños y luchó por contener una oleada de furia.

—La ley me da derecho —apuntó con voz ronca—. Pisoteas la justicia por un pequeño rencor.

—Cuida tus palabras, FitzWarin, o te encontrarás sin tierra alguna —le advirtió Juan, con el triunfo brillando en la mirada.

William, al lado de Fulke, se puso en pie y se llevó la mano a la inexistente espada. Al mismo tiempo, Morys FitzRoger salió del grupo de cortesanos. Se sentía

feliz por la decisión de Juan y no pudo resistir la tentación de vanagloriarse.

—Eres idiota por intentar reclamar mis tierras. Si dices que tienes derecho sobre Whittington, mientes como un canalla, y si no fuera por la presencia del rey, te haría tragar los dientes para que te ahogaras con ellos.

Fue William quien atacó. Con un aullido de furia se lanzó contra Morys y le golpeó en la cara con el puño cerrado. El agredido retrocedió con un grito, la sangre manando de su nariz. William se le abalanzó, decidido a reducirlo a una masa informe, pero fue apartado de su víctima por Hubert Walter y el medio hermano de Juan, lord Longsword, duque de Salisbury. El muchacho se resistió, pero no pudo soltarse. Morys FitzRoger se puso de pie con dificultad y se cubrió la nariz sangrante y el labio partido con la manga de fina lana de su túnica. Su expresión era de aturdido asombro.

—¡Cachorro mal parido! —musitó.

Fulke se volvió a Juan, que se había inclinado hacia delante, feliz, con la excitación propia del fanático de los deportes sanguinarios en los ojos.

—Señor —dijo con voz helada—, eres mi soberano y te debo lealtad mientras esté a tu servicio y tenga tierras a tu nombre. Tú debes mantener mis derechos y, sin embargo, me privas de lo que por derecho y por ley me corresponde. Has negado justicia a un noble, en tu corte, y por esa razón, en este momento, te retiro mi lealtad. —Se volvió a Hubert y a Salisbury—. Soltad a mi hermano. —La lava hirviente de su furia se había solidificado y ahora era fría y dura como el granito pulido. La autoridad de su voz y el aspecto de su rostro hicieron que los hombres no retuvieran a William, que se soltó de sus brazos.

Fulke agarró a su hermano por la manga de la camisa y se retiró con él del salón. En el cuerpo de guardia recuperaron las armas y luego fueron a por los caballos. Todo en silencio, porque no había nada que decir. Todo había sido dicho y hecho.

Jean de Rampaigne llegó apresuradamente cuando Fulke ponía un pie en los estribos.

—¡Fulke, vete! —gritó agitando alocadamente los brazos—. ¡Morys FitzRoger pide tu cabeza y Juan está preguntando quién está dispuesto a salir para darte caza como a un fugitivo! Lord Hubert hace todo lo posible para evitarlo, igual que Chester y Salisbury, ¡pero los mercenarios de Juan harán lo que él les ordene!

Fulke cogió las riendas.

—Si me persiguen, recibirán lo que merecen —replicó.

—Entonces parte, y que Dios te acompañe y le dé fuerza al brazo con el que empuñas la espada.

Fulke se inclinó desde su montura y estrechó el brazo de Jean.

—Por lo menos tengo un amigo entre tanta falsedad —le dijo, y luego cabalgó hacia la entrada.

De regreso en la herrería, su tropa le estaba esperando, Philip y Alain, sobrios de golpe, e Ivo y Richard somnolientos, pero despiertos después de un chapuzón en el

bebedero.

—Montad —ordenó Fulke—. Nos vamos a Alberbury. Os contaré por el camino.

—¡Estamos fuera de la ley! —gritó William mientras sus hermanos y los otros caballeros del grupo corrían en busca de sus caballos—. Fulke retiró su lealtad al rey, ¡ya iba siendo hora! —Mostró sus dientes con una sonrisa feroz—. Y yo asesté un golpe a ese canalla en nombre del orgullo familiar.

—Muy pronto deberás dar muchos más golpes —dijo Fulke, airado—, y será mejor que procures que sean certeros. Esto no es un torneo ni una excursión.

—Lo sé —afirmó William con la voz todavía preñada de alegría y de placer. Fulke supo que sus palabras habían caído en saco roto. Se preguntó si William entendía el alcance de lo que habían hecho. Eran fugitivos, hombres sin tierra, presas que debían ser perseguidas hasta que sus pieles fueran presentadas al rey a cambio de una recompensa. Y no había vuelta atrás. El camino estaba trazado. Por los clavos de Cristo, ¿cuál era el precio que se debía pagar por el honor de la familia?



No estaban a más de un par de kilómetros del castillo de Baldwin, de camino hacia Welshpool, cuando les dio alcance, a todo galope, una banda de mercenarios de Juan. Fulke supo de inmediato que no habría negociación alguna. Cada hombre estaba completamente armado y los mandaba Pierre d'Avignon, uno de los más crueles capitanes de Juan, más conocido por sus actos de pillaje que por su habilidad como diplomático.

Fulke ordenó a su tropa que diera media vuelta y se enfrentara a los perseguidores. El polvoriento camino estaba repleto de huellas. No había lugar para una carga de más de cuatro, pero eso le venía bien a Fulke, cuyas fuerzas eran inferiores en número.

—¡Le he prometido al rey que volveré con vuestras cabezas por el insulto que le habéis hecho a él y a su vasallo! —aulló D'Avignon con palabras ahogadas que salieron de los respiraderos de su yelmo. No se veía a Morys FitzRoger por ninguna parte.

Fulke desenvainó la espada. Una lanza estaba bien para la primera carga, siempre que uno pudiera mantenerla horizontal, pero para una lucha a lomos de un caballo, las mejores armas eran la espada y la maza. También resultaba útil acortar los estribos.

—Entonces eres más que imbécil, por prometer lo que no puedes cumplir —respondió con voz clara y poderosa, porque llevaba un yelmo de estilo antiguo, de rostro abierto, y con sólo una barra nasal como protección.

El sol caía, reflejándose sobre las cotas de malla, que parecían estar en llamas. Fulke observó cómo D'Avignon clavaba las espuelas y entonces sacudió las riendas contra el cuello sudoroso de su cabalgadura. Se vio a sí mismo respondiendo, y escuchó el eco de su grito cuando impartió una orden a los suyos. Sintió la tensión y

la respuesta de los músculos de *Llamarada* y el repentino aire fresco que azotaba los ardientes eslabones de su peto. Luego llegó la sorpresa del encontronazo, el golpe de la espada contra el escudo, el chirrido del metal, chispazos de las cotas. Fulke conocía la táctica. También D'Avignon. Había que golpear en las clavículas y los hombros. Aunque la espada no atravesara la cota, la fuerza del golpe podía romper los huesos e inhabilitar al enemigo. Cuando un hombre no podía usar su escudo, era presa fácil.

Un sudor ardiente caía sobre los ojos de Fulke, pero estaba en mejor situación que D'Avignon, cuyo yelmo, que le cubría toda la cabeza, era, en un día de tanto calor, como una olla caliente. Fulke empujó con su escudo y golpeó con la espada, urgiendo a *Llamarada* con las rodillas. D'Avignon retrocedió, y sus contragolpes no dieron en el blanco. Fulke aprovechó la ventaja, golpeando con fuerza el escudo de D'Avignon. El mercenario lanzó un involuntario grito de dolor; bajó la guardia y el joven rebelde atacó con toda su fuerza.

La batalla fue feroz, pero breve. Entrenados durante varias temporadas en los torneos, los hombres de Fulke lucharon como una unidad coordinada, en equipo. Aunque sus oponentes eran diestros, no estaban acostumbrados a pelear colectivamente. Cada hombre combatía por sí mismo, y por tanto era sencillo derrotarlos. Cuando acabó con D'Avignon, Fulke acudió en ayuda de Philip y Stephen, que combatían contra tres. Un certero golpe desmontó a uno de los oponentes, y un revés con la espada derribó al segundo. Dejó a su hermano y a su compañero que completaran la tarea.

Gritando el nombre de FitzWarin, William se había unido a Ivo para despachar a otros dos oponentes. Un tercer mercenario se escabulló de la pelea y, clavando las espuelas, huyó por el camino de regreso al castillo de Baldwin.

—¡Me rindo, me rindo! —gritó un mercenario montado en un caballo zaino, al ver que Fulke le cortaba la retirada. Tiró la espada, se deshizo del escudo y alzó las manos. Su rendición fue rápidamente imitada por la restante media docena de hombres. Aunque servían a Juan por la paga, no podían cobrar si estaban muertos.

—¡Detén tu espada! —gritó Fulke a William, tan absorto en el fragor del combate que quería continuar a muerte—. No se gana nada con una carnicería, y perdemos un tiempo que podríamos emplear mejor de otra manera.

La sangre corría por el mentón de William, procedente de un corte en el labio. Le habían golpeado con la empuñadura de una espada.

—Vinieron con intención de matarnos. —Lanzó un escupitajo sanguinolento, mirando en derredor con ojos como brasas—. ¿Los dejaremos ir sin un rasguño?

—Con algo más que un rasguño. —Philip señaló los golpes, hinchazones y cortes que tenían los soldados. Algunos, como los sufridos por la tropa de FitzWarin, eran superficiales; otros requerirían más cuidados y dejarían cicatrices y huellas permanentes. Y cuatro de los perseguidores habían muerto.

—No te preocupes, pagarán un precio —gruñó Fulke. Ordenó a los vencidos que desmontaran—. Requisad sus caballos y sus armas —ordenó secamente—. Y las

cotas, caballeros. Quitáoslas, también nos las llevaremos. No quisiera que tuvieran que caminar hasta el castillo de Baldwin cargando con esas pesadas mallas con el calor que hace. También las espuelas, para que no tropiecen. —Hizo girar la espada en su mano, y el acero brilló al sol—. Daos prisa antes de que cambie de opinión o de que mi hermano pierda la paciencia.

Con evidente desgana, pero acuciados por el temor a la muerte, los mercenarios obedecieron. Pronto, dos de sus antiguas monturas estuvieron cargadas de armaduras y armamento.

Fulke les saludó con una sonrisa irónica, torciendo los labios.

—Ahora podéis marcharos —les dijo—, y espero no volver a veros.

Sin esperar a que sus soldados comenzaran la marcha, puso a *Llamarada* al trote. Sus hermanos y el resto de la tropa le siguieron, conduciendo los caballos capturados de las riendas, y el sonido de su botín tintineando con cada paso de los caballos cargados. Había terminado su primera intervención como jefe rebelde. Fulke no sabía si reír o llorar.



—Bien —dijo al tembloroso soldado arrodillado a sus pies—, ¿dónde está Fulke FitzWarin?

—No lo sé, señor. —El mercenario se restañó la persistente hemorragia que le producía una herida en la ceja—. Cuando cayó Pierre d’Avignon, me vi obligado a escapar a todo galope para salvar la vida.

—¿Pierre d’Avignon ha muerto? —Juan le miraba con iracunda incredulidad.

—Sí, señor, y Amys Le Marquis.

Juan maldijo y apretó los puños. Cada encuentro con Fulke FitzWarin le recordaba la humillación de aquel adolescente juego de ajedrez que había perdido. Y seguía perdiendo. Morys FitzRoger también parecía sorprendido e incrédulo. Estaba sentado en un banco, apoyado contra la ventana, con la cabeza inclinada, esperando aún que la sangre dejara de correrle por la nariz.

—Os podría haber vaticinado el resultado. —Hubert Walter habló con énfasis, quedamente, para que sus palabras no se escucharan en todo el salón—. Fulke posee una habilidad en la lucha casi igual a la de mi señor Pembroke y tú has arrastrado el orgullo de su familia por el suelo. Sé que te peleaste con él en el pasado, pero tal vez debiste ser más conciliador. Tu hermano Ricardo reconoció los derechos de su familia sobre Whittington. Por el precio de dejar de lado tu querrela, podrías haberle puesto el yugo a un hombre que sería muy útil a tu lado.

—Hay mucho de cierto en lo que dice su eminencia —acordó Ranulf de Chester, y recibió también un gesto de aprobación de Guillermo Longsword.

—No es demasiado tarde para revocar la decisión, señor —añadió Hubert abriendo la mano en un gesto de súplica—. Devuelve el halcón y el caballo y entrega

otras tierras a FitzRoger.

Juan fulminó a sus súbditos con la mirada, sintiendo, con ira y estupor, que lo traicionaban.

—¿Queréis enseñarme a reinar? —Escupió, mirando primero a su medio hermano y luego al arzobispo.

—No, señor. —Reclinándose sobre su cayado, Hubert hizo una reverencia—. Sólo queremos ofrecerte un buen consejo.

Juan apretó los dientes.

—No necesito vuestro consejo para lidiar con un traidor —sentenció con veneno en la voz. Señaló la ventana—. Morys FitzRoger es mi vasallo juramentado, poseedor de Whittington, y ésa será mi última palabra.

—Y mi última palabra es que cometes un error, señor —declaró Hubert.

Hubo una repentina conmoción en el otro extremo de la sala, cuando los restantes integrantes del grupo de Juan hicieron su entrada, cojeando, tropezando, heridos, sin armaduras, con el ánimo hecho jirones. Con anuncio de tormenta en su rostro, el rey saltó del trono para ir a su encuentro.

—FitzWarin se llevó nuestros caballos y nuestras armaduras, señor —informó uno de ellos. Un trozo de su camisa había sido rasgado y atado en torno a una sangrante herida de la mano—. Me pidió que te dijera que seguirá luchando hasta que se le haga justicia de acuerdo a los usos de la ley en lo que respecta a Whittington.

El grito furioso de Juan retumbó en toda la sala, imponiendo un inmediato y sorprendido silencio.

—¡Por Cristo en la cruz y el diablo en lo más hondo del infierno! ¡Daré a Fulke FitzWarin y a sus hermanos justicia de acuerdo a los usos de la ley! —chilló, medio ahogándose—. ¡Los colgaré de una soga en las murallas de Whittington y desde allí podrán mirar sus tierras! —La saliva se le acumulaba en las comisuras de la boca. El impulso de revolcarse por el suelo, de dar de patadas a todos, era casi irrefrenable. Sin embargo, se conformó con correr hasta la mesa más cercana y tirar al suelo toda la vajilla de un solo golpe. Con un tremendo empujón que le desgarró los músculos de los brazos, pero le dio una oscura satisfacción, tiró la mesa. Jadeando y tambaleante, se alejó y miró alrededor, pero nadie le sostuvo la mirada. Sentía la sorpresa y el desprecio flotando en el aire.

—¡Los orines de Satán caigan sobre todos vosotros! —gritó saliendo de la sala y dejando a Hubert Walter y a Salisbury la tarea de socorrer a los caballeros heridos.



—No puedes quedarte aquí, lo sabes —dijo Hawise a su hijo mayor, limpiándole con unguento una herida superficial de la mano—. Te perseguirán sin tregua después de lo sucedido.

—Sí, mamá, lo sé. —La mirada cansada de Fulke se posó sobre la ventana, donde

las celosías abiertas dejaban ver el resplandor de un claro amanecer de verano. Habían cabalgado toda la noche para llegar a Alberbury por caminos secundarios, con los oídos atentos a cualquier sonido que indicara que les perseguían.

A la luz de la vela, un médico se inclinaba sobre William, intentando extraer de las encías los restos astillados de dos dientes. William, medio borracho por el hidromiel ingerido, trataba de permanecer quieto y no saltar con cada intento del sacamuelas.

—No huiremos —declaró con la voz pastosa a causa de la sangre y el alcohol—. Whittington es nuestro y peharemos por él a muerte.

—Y se tratará de tu muerte, sin duda, ¡bobo! —replicó Hawise—. Juan enviará a cada caballero y a cada noble hasta el fin del mundo para daros caza.

—No me importa.

—Ya lo veo —repuso Hawise, irritada—, pero a mí sí me importa. Morirás para no conseguir otra cosa que no sea aumentar mi pena. A veces pienso que no tienes más seso que el justo para levantar una espada.

—Mamá. —Fulke apoyó una mano sobre su brazo, que tiritaba. El temblor de la mandíbula delataba que hacía esfuerzos por no llorar.

La expresión de William era a la vez dolida e incrédula.

—Estoy luchando por el honor de la familia —dijo indignado—. No me arrastraré ni me esconderé debajo del colchón como una pulga.

Hawise sacudió la cabeza.

—¿Cuándo te he dicho que hagas semejante cosa? Pelea con todas tus fuerzas, hijo mío, pero no ahora. Tienes que esperar el momento oportuno.

—Mamá tiene razón —admitió Fulke mientras William se aprestaba a seguir discutiendo—. Juan vigilará todas las fronteras. Si nos quedamos, venderemos caras nuestras vidas, pero una honrosa derrota no compensará la victoria de Juan.

—¿Qué propones entonces? —preguntó William malhumorado.

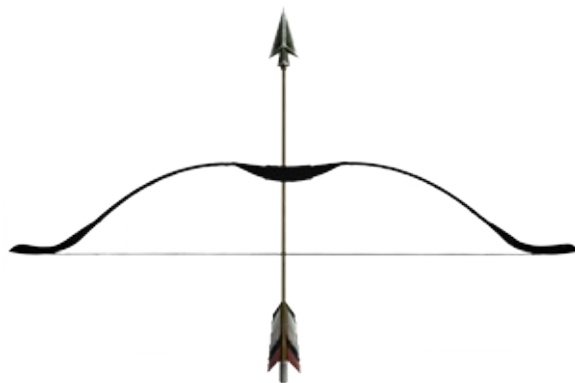
—Cruzaremos el mar estrecho hasta que su furor se haya calmado. Juan no puede disponer de tantos hombres como para perseguirnos más allá del océano. Llegará nuestro momento cuando su vigilancia se relaje y los soldados sean enviados a otras misiones. Entonces volveremos y le haremos pagar. —Miró a su madre, y prosiguió—. Pretendo convertirme en un problema de tal magnitud para Juan que al final querrá entregarme Whittington a fin de lograr la paz.

William lanzó un gruñido de aceptación, pero dejando claro que no estaba muy convencido.

—¿Y qué pasa con Morys FitzRoger?

Fulke se encogió de hombros.

—Que aproveche, mientras pueda, los frutos de su traición —declaró con voz implacable—. No será por mucho tiempo.



CAPÍTULO 16

Alberbury, Shropshire, primavera de 1200

A Maude la sorprendió el cambio experimentado por Hawise FitzWarin. Había desaparecido la llamativa mujer pelirroja a cuyo paso muchos se daban la vuelta para mirarla. Ahora, si lo hacían, era por pena, o incluso desagrado. Cubierta por sus oscuras ropas de viuda, con el rostro enmarcado por un severo velo, Hawise podía haber pasado por monja de no mediar un brillo especial en la mirada, un aura que la rodeaba aún de viveza y dignidad. Maude se preguntó si había hecho bien acercándose de visita a Alberbury.

—No te molestaré más que una noche —dijo, incómoda, mientras daba un beso a Hawise. Un joven apareció para llevarse su yegua moteada y mostrar a los acompañantes dónde podían dejar sus monturas.

—¿Una noche? —El encantador, pero ajado rostro de Hawise mostró tristeza—. ¿No puedes quedarte más tiempo?

—No quiero abusar de tu hospitalidad.

—¡Bah! —Hawise movió una mano con gesto displicente—. Me hará bien tener compañía, en especial si es compañía joven. Este lugar está demasiado lleno de silencio y deberían escucharse voces jóvenes. ¿A dónde te diriges? —Hizo una señal y su sirvienta se acercó para coger la capa de viaje de Maude.

—A visitar a mi padre. —Maude apreció cierta desesperación en el tono de Hawise. No quería estar sola, pensó—. Theo está en Normandía, con el rey Juan, tratando de que le dé permiso para ir a Irlanda. Sí se lo da, iré con él, pero por ahora estoy cumpliendo con mis obligaciones como hija. —Puso énfasis en la palabra «obligaciones»—. Si no ha de ser una molestia para ti, me alegrará quedarme una semana.

La sonrisa de Hawise era una incongruente mezcla de alegría y tristeza.

—Claro que no serás molestia, aunque tal vez yo lo sea para ti. —Cogió el brazo de Maude y la atrajo hacia sí—. ¿Irlanda, has dicho?

El contacto con Hawise era como el de un pájaro, y Maude notó que los anillos estaban flojos en la mano de la anciana.

—Theo quiere inspeccionar sus fundaciones religiosas —comentó, arrugando la nariz—. Dice que quiere ser enterrado en el monasterio de Wothenev.

—¿Está enfermo? —preguntó Hawise.

Nuevamente notó aquel tono extraño y desesperado.

—No, que yo sepa —respondió Maude—, pero últimamente ya no sonrío tanto. ¿Sabes que Juan confiscó sus tierras en Amounderness, le retiró su jurisdicción como administrador y amenazó con quitarle sus posesiones irlandesas?

—No, pero nada de lo que haga ese monstruo puede sorprenderme —repuso Hawise, con un repentino incendio en la mirada—. Tuve que pagar una multa de treinta marcos cuando murió mi esposo para que nuestro amado rey no me casara con otro hombre.

Maude emitió un ahogado grito de espanto, pero no estaba sorprendida. Para allegar fondos, tanto Juan como Ricardo habían vendido tierras, jurisdicciones y gente como si fueran bollos recién horneados en una pastelería.

—Supongo que habrás oído hablar de lo ocurrido con mis hijos —agregó Hawise—. Juan no sólo los ha privado de su herencia, también me ha privado a mí de su calor y de su apoyo... —La voz le tembló de emoción—. Al menos, mientras el señor de este lugar sea Robert Corbet, tengo la posesión asegurada. Era buen amigo de mi esposo. Juan no puede tocar las tierras que poseo como dote o que están a cargo de otros.

Maude acarició el brazo de la viuda, sin saber qué hacer.

—Hubert Walter nos contó lo que pasó en el castillo de Baldwin. ¿Has tenido noticias de tus hijos desde que... partieron? —Estuvo a punto de decir «huyeron», pero rectificó a tiempo.

Hawise asintió y ahogó las lágrimas que pugnaban por salir.

—Un mensajero va y viene con regularidad. Están refugiados en Bretaña, con un pariente lejano en Diñan, ganándose la vida como guardias del castillo y dejando pasar el tiempo. —Su boca quedó cerrada un instante, como si la hubieran sellado, y luego se abrió de nuevo—. Si no fuera por la insania de Juan y su resentimiento, mis hijos estarían ahora aquí. Fulke ya habría tomado posesión de Whittington, y con seguridad tendría una esposa. —La boca fruncida esbozó una tenue sonrisa—. Sé que las madres tenemos fama de aferramos a los hijos, pero me gustaría poder dar la bienvenida a otra mujer en esta casa y disfrutar de la oportunidad de tener un nieto en mi regazo. —Condujo a Maude al calor de un brasero, junto a un banco de cedro cubierto por un almohadón bordado—. Ahora es demasiado tarde. Ese tiempo ha pasado. —Con el lento esfuerzo propio de una mujer anciana, se sentó en el banco. Con una mano se apretaba el costado izquierdo. Cuando Maude le mostró su

preocupación, Hawise sacudió la cabeza—. Estaré bien en un momento. —Hizo un gesto a una sirvienta para que llevara vino, y cuando llegó, lo bebió con manos temblorosas. Su semblante recuperó algo de color, como si el rojo del vino hubiera ido directamente a sus mejillas, pero en general permaneció demudado. Con un visible esfuerzo, se recompuso y dio unas palmadas en la rodilla de Maude—. Entretenme un poco. Cuéntame cómo os va a Theobald y a ti.

Maude buscó en su memoria asuntos que Hawise pudiera encontrar entretenidos o interesantes. Decirle que Hubert estaba usando su influencia para que le devolvieran las tierras a Theobald sería de poco tacto, y el tema de la obsesión del marido por sus monasterios podía hacer dormir a un santo.

—Bueno —dijo, dudando—, Theobald y yo nos hemos mantenido separados porque ha seguido a Juan a Normandía, pero espero poder ir con él a Irlanda. —Hizo una mueca—. Tú no eres la única que desea nietos para sentarlos en el regazo. Mi padre me recuerda constantemente que es mi obligación proporcionar a Theobald un heredero. Me urge a que le haga cumplir con su deber marital.

—¿Y a ti no te agradan esos recordatorios?

—No los necesito. —Maude jugueteó con su anillo de matrimonio—. Conozco mi deber y amo a Theo. Cuando estamos juntos, vivimos como hombre y mujer, en todo el sentido de la palabra, salvo que se trate de un día de guardar. —No era enteramente cierto, pero había un poso de verdad tras el engaño. Su relación era cómoda y afectuosa, pero más de padre e hija que de esposo y esposa. Tenía que pensarlo mucho para recordar la última vez que habían estado unidos en el sentido carnal—. Lo que sea, será —dijo, sacudiendo la cabeza. Cogió la jarra de vino y sonrió—. En ausencia de Theobald he estado ejercitando otras habilidades.

—¿De veras? —preguntó Hawise alzando las cejas.

Maude se rio.

—¿Recuerdas que estaba siempre escapándome y jugando como un chico para disgusto de mi abuela?

Hawise sonrió.

—Lo recuerdo demasiado bien.

—Pues bien —una abierta sonrisa se expandió en su rostro—, he comenzado a practicar con el arco. Es un deporte permitido a las mujeres, así que mi abuela no puede quejarse, y he descubierto que tengo cierto talento para ello.

—¡Arquera! —exclamó Hawise, con expresión curiosa—. Nunca hubiera pensado que tendrías la fuerza suficiente para tensar el arco.

—Depende mucho de la técnica —explicó Maude con entusiasmo—, y desde luego soy más fuerte de lo que parezco. —Sus ojos brillaban—. Me place ver la sorpresa de los hombres cuando les igualo en el tiro al blanco. Cada vez que doy en el centro, lo hago por la niña a la que no se le permitió correr con la misma libertad que a un niño.

—¿Qué dice Theobald de esa afición?

—Me alienta —se rio—. Dice que, si llega el día en el que tengamos que soportar un asedio, me pondrá en las murallas con los otros arqueros. Le respondí que confiaba en su palabra.

—Te imagino haciéndolo —dijo Hawise—. Y teniendo destreza en el bordado, podrías coser las heridas que causarás. —Por fin había sonreído mientras hablaba, pero la alegría dejó repentinamente sus labios, como si la hubieran abofeteado.

—¿*Lady* Hawise? —Maude tocó con gentileza su mano.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—Mis hijos —dijo, tragando con dificultad—. ¿Quién va a curar sus heridas y protegerlos desde las murallas?

Maude se abstuvo de responder que eran adultos que podían arreglárselas solos. Pensó en lo protectora que era con Theobald, y se lo imaginó herido y necesitado.

—Seguramente, sus parientes de Bretaña les cuidarán.

Hawise movió la cabeza, escéptica, y no respondió. Sacó un pañuelo de lino de su manga, se secó los ojos y se sonó la nariz.

—Soy tonta. Todas las lágrimas del mundo serían insuficientes. —Con la cara brillante por la emoción, se enderezó—. Basta. ¿Has traído el arco? Me gustaría verlo.



Maude pasó la siguiente hora en el prado, mostrando a Hawise su nueva habilidad y haciendo puntería en un blanco relleno de paja. Una y otra vez la flecha adornada con plumas de ganso daba en el centro de la diana. El rostro de Maude se concentraba al máximo en cada tiro. Se humedecía los labios, y los ojos le brillaban por el placer del logro conseguido. Uno de los guardias de la casa, considerado un buen arquero, se acercó a disparar con ella y le derrotó.

—Posees, en verdad, una gran habilidad —murmuró Hawise.

—Es como cualquier disciplina, hay que practicarla. —Maude tendió el arco, ofreciéndoselo a Hawise—. Puedes aprender.

La mujer rechazó la oferta con un triste gesto de cabeza.

—Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde.

—Para mí, sí.

Al poco tiempo volvieron a la casa, porque el sol ya había perdido su fuerza y empezaba a levantarse una brisa fresca. Hawise temblaba y se abrigaba con su capa, con el rostro grisáceo y demacrado.

Cenaron sopa de almendras y pastel de pichón con azafrán, Maude comió con el saludable y voraz apetito de una joven activa. Ya estaba hambrienta cuando salieron a practicar con el arco, y ahora su estómago le parecía una caverna vacía. Mientras la chica devoraba la sopa, el pastel y el pan que acompañaba los platos, Hawise apenas

probaba poco más que un bocado.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Maude, pensando que no era sorprendente que Hawise estuviera tan delgada.

—Estos días no tengo apetito —confesó Hawise, mirando con disgusto la comida en su plato—. A veces, incluso el simple olor de la comida me pone enferma, me dan ganas de vomitar.

—¿Has consultado a un médico o a una curandera?

Hawise negó con la cabeza.

—Durante treinta años he tratado las enfermedades de todos los de mi casa. No necesito un médico para que me diga lo que hay que hacer. —Se quedó en silencio, limitándose a jugar con la copa. La expresión de su rostro disuadió a Maude de hacer más preguntas.

Sin embargo, esa misma noche, mientras estaban sentadas jugando a las damas, cerca del hogar, Hawise empujó una de las piezas con un dedo y dijo en voz baja.

—Maude, no puedo guardar más tiempo el secreto. Tengo que decirte que creo que me estoy muriendo.

El fuego se avivó y estalló una pila, aumentando el fulgor de la hoguera. Fue el único sonido que se escuchó en la habitación. Maude miró a Hawise, falta de palabras. Aunque la estancia era cálida, un escalofrío le recorrió la espalda, como si la hubiera rozado la punta de una guadaña.

—Es como si algo me estuviera comiendo viva, y cada día es peor. —Hawise se mordió los labios—. Cuando mis hijos se fueron, pensé que mi malestar se debía a la pena de verlos partir tan poco tiempo después de la muerte de su padre.

—Tal vez sea así —comentó rápidamente Maude, aferrándose a esa esperanza, como consuelo.

Hawise negó con la cabeza y apoyó la palma de la mano sobre el vientre.

—Tengo un bulto aquí, y crece con el dolor. Cuando me quiero hacer la graciosa, me digo que es un trozo de mi corazón partido, que se ha caído y hace fuerza contra la piel. Pero he visto tales bultos antes, y sé que anuncian la muerte.

—Lo siento —susurró Maude tragando saliva. Sabía que no era el comentario adecuado, pero ¿qué podía decir, salvo que desearía que Hawise no hubiera tenido ninguna confidencia que revelar? No quería la triste carga que le ponían sobre los hombros.

El rostro de Hawise se contrajo en un remedo de sonrisa.

—No hay por qué sentirlo, aunque me agradecería que rezaras por mi alma. La muerte, cuando llegue, será bienvenida, no dudes que supondrá una liberación... y al menos tengo tiempo para prepararme. Lo más difícil es la espera, y la tortura diaria del dolor.

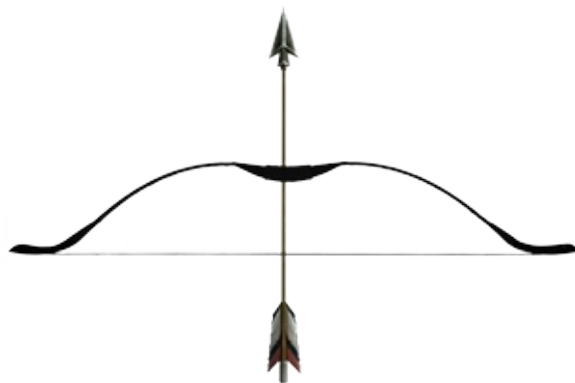
—¡Pero no es justo! —La niña rebelde lloró, y la parte adulta de la naturaleza de Maude quedó sorprendida por la violencia de su propia emoción. Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración y rabia, y arrojó las piezas del tablero de madera

con un golpe de su mano.

Hawise se puso de pie y caminó alrededor del tablero para abrazar a Maude.

—Si la vida fuera justa —dijo—, mi marido aún viviría, mis hijos, estarían aquí, y no exiliados en Bretaña, y Whittington sería nuestro. —Acarició con ternura el rostro de Maude—. Si la vida fuera justa, habría tenido por lo menos una hija, y sería como tú.

Sus palabras hicieron que Maude quisiera llorar aún más y que aumentara la rebelión de la joven contra su impotencia. Pero nada podía hacer para cambiar aquella situación.



CAPÍTULO 17

Tierras de Higford, Shropshire, verano de 1200

Mientras Fulke y sus hermanos desmontaban frente a las murallas de Higford, su tía Emmeline corrió a recibirlos. Echó los brazos al cuello del mayor de los muchachos, le besó en ambas mejillas, y luego le abrazó con fuerza.

—Lo siento mucho. —Saludó del mismo modo a cada uno de los hermanos—. Al principio, no dejaba que os enviáramos un mensaje. Pensaba que mientras estuvierais en Bretaña os encontraríais a salvo, pero *lady* Walter dijo que debíais saberlo. Tu madre accedió finalmente... pero demasiado tarde para que pudierais verla. Murió poco más de una semana después de que partiera el mensajero.

Fulke miró a su tía. El sol caía con fuerza, con la intensidad que sólo se da en julio.

—¿Vino *lady* Walter?

—Vino a visitar a tu madre y se quedó con ella hasta el final, Dios la bendiga. La pobre se sintió muy consolada por su presencia.

—¿Está aquí ahora?

—No, fue a reunirse con su padre, pero dijo que volvería por aquí en su camino hacia el sur.

Fulke no sabía si estar complacido, aliviado o decepcionado. Por lo menos era una ración menos en su plato repleto de preocupaciones y exigencias. No estaba seguro de haber podido enfrentarse al reto de un encuentro con Maude.

—Venimos de visitar la tumba de mi madre en Alberbury —dijo, y tragó saliva—. Hay muchas cosas que solucionar para que ella y nuestro padre puedan descansar verdaderamente en paz.

—Lo sé —murmuró su tía cogiéndole del brazo—. Pero puedes aplazarlo al menos hasta que te hayas quitado esa armadura y refrescado un poco.

Fulke se resistió.

—Si nos alojas, tía Emmeline, serás culpable de prestar ayuda a rebeldes fugitivos —le advirtió.

Ella se irguió todo lo posible y quedó a la altura de su pecho.

—Ese insulto sería suficiente motivo para echarte de Higford —replicó—. ¡Cómo te atreves! Yo también soy una FitzWarin, la hermana de tu padre. Y aunque no os recibiera por lealtad, lo haría por amor.

—Entonces, gracias. —Fulke se inclinó para besar su enrojecida mejilla—. Te estamos agradecidos. —Pero, aun así, resistió el insistente tirón en su manga—. Hay otra cosa. —La mujer alzó las cejas—. Mi tropa. —Señaló las puertas del castillo—. Les pedí que esperaran por si preferías no socorrerlos también a ellos. Muchos se han sumado a mi grupo desde que comenzó el destierro. Hay más de cincuenta caballeros, todos con monturas.

Su tía parpadeó y luego se repuso.

—Por favor, que vengan —dijo con un gesto de invitación—. Dalo mismo que me cuelguen por una oveja que por un cordero, y con semejante tropa en el castillo, nadie se atreverá a asaltar Higford.

—No abusaremos de tu hospitalidad, te lo prometo. —Fulke hizo un gesto a Alain para que fuera a buscar a los hombres—. Apenas el tiempo necesario para planear nuestra campaña.

—O sea, que no volverás a Bretaña. ¿No hay nada que pueda hacer para persuadirte que te quedes a salvo allí?

—Nada. —Bretaña había sido una solución de emergencia. Le había dado espacio y tiempo para pensar, para decidir si debía vivir como caballero errante y mercenario, sirviente y dependiente de sus parientes lejanos, o arriesgarlo todo y pelear por sus tierras—. Mi decisión está tomada. Si muero en el intento, que así sea. Por lo menos será en buena compañía.



Permanecieron una noche y un día con Emmeline FitzWarin, y a la caída de la tarde de la segunda jornada, cuando el calor amainó un poco, se pusieron las mallas y empuñaron las espadas.

—No sé si pedirle a Dios que te acompañe o rogarte a ti que no partas —dijo su tía mientras Fulke ponía el pie en el estribo y subía a su montura. Las sombras de las murallas comenzaban a alargarse, formando soberbias figuras en contraste con el dorado sol declinante.

—Elige lo primero —le aconsejó Fulke con una triste y cariñosa sonrisa—. Sabes que ninguno de nosotros hará caso a lo segundo. —Se inclinó para tomar la tradicional copa de vino de sus manos, bebió y se la pasó a William.

—Las puertas de Higford están abiertas si tienes necesidad de refugio.

—Lo sé, y jamás podré agradecértelo lo suficiente.

—No tienes que agradecérmelo, ya te lo he dicho. —Emmeline hizo un gesto de despedida y se secó los ojos con el borde de la manga de su vestido—. Vuelve de una sola pieza, es todo lo que te pido.

—Si puedo —repuso, ofreciéndole una sonrisa que fue más reconfortante que la respuesta; hizo girar a su caballo y, con las riendas tirantes, *Llamarada* se encaminó hacia la puerta. Había unas tres horas de cabalgada hasta Whittington, y algo más si tomaban los caminos secundarios por el bosque de Babbín, que ahora era el coto de caza de su enemigo. Esta vez, sin embargo, la presa sería bípeda, y el cazador se iba a convertir en cazado.



En la grisácea luz del amanecer, Gwyn FitzRoger abrió los ojos y permaneció echado, escuchando el canto de las aves mientras se despabilaba. A su lado, en el colchón, Alfrun, la viuda del guardabosques, roncaba suavemente, y su aliento rancio expandía olor a vino. Ya tenía más de treinta años, pero todavía era buena moza, lucía un abundante cabello negro y rojos y gruesos labios. Por una cantidad de plata, era muy complaciente con la lujuria de un hombre joven, y Gwyn sabía hallar el camino que llevaba hasta su puerta por lo menos dos veces a la semana. A su padre le parecía gracioso, y su hermano estaba resentido, pero sólo por celos.

Silenciosamente, Gwyn cogió sus ropas y se vistió, luego salió de la pequeña cabaña para lavarse la cara en un barril lleno de agua. El perro de Alfrun, encadenado, le gruñó, pero al darse cuenta de quién era, sacudió su peluda cola. Gwyn se secó el agua del rostro, se pasó las manos por el pelo y tras acariciar al perro, fue en busca de su caballo, que estaba atado al otro lado de la cabaña. La noche de escarceos amorosos le había abierto el apetito. En el castillo estarían, a esas horas, sacando el pan del horno. Quedamente, puso las riendas a su potro, saltó sobre el lomo y, con un chasquido de la lengua, lo puso en movimiento. Alfrun no esperaba que se despidiera. Sabía bien que habría de volver.

No había recorrido ni medio kilómetro cuando le pareció oír voces. Tiró de las riendas para escuchar, con la cabeza inclinada y los oídos atentos. Volvió a percibir el sonido, demasiado bajo para identificarlo. Su caballo levantó las orejas, confirmando a Gwyn que no se trataba de imaginaciones suyas. Espoleándolo suavemente, guio al potro a través de las enredaderas, espinos y musgos que colgaban de las ramas muertas. Tal vez una familia de campesinos se hubiera levantado temprano y estuviera recogiendo leña, pensó; pero no le pareció que fuera así. Los recolectores de leña solían ser mujeres y niños. Aunque las voces eran débiles, no quedaba duda de que pertenecían a hombres.

Gwyn asió la daga de su cadera para infundirse fuerzas. Seguramente no eran bandidos. Y tampoco el galés Llewelyn, porque cruzaría la frontera en el dique King

Offa y se acercaría por el lado de Gobowen; a menos, claro, que permaneciera oculto esperando una oportunidad. Los pelos de la nuca se le comenzaron a erizar. O tal vez...

Los miedos de Gwyn se vieron confirmados al ver el resplandor de una cota de malla a través de los árboles. Un hombre montaba guardia, relajado, como si hubiera pasado allí algunas horas; pero sus ojos, sin embargo, estaban vigilantes. Gwyn miró sorprendido a William FitzWarin, y William FitzWarin le devolvió la mirada mientras alzaba y soplabla el cuerno de caza que le colgaba del hombro.

Gwyn azuzó al potro, clavó los talones y, sin preocuparse por el riesgo que entrañaban las raíces de los árboles y las ramas bajas, corrió como un demonio en dirección al castillo.



Maldiciendo, Fulke ordenó montar a su tropa, pero no porque fuera a perseguir a Gwyn FitzRoger. El joven les llevaba demasiada ventaja. Siempre corrían el riesgo de que alguien, por casualidad, estuviera en los bosques y los viera.

—Sabe Dios qué estaría haciendo en el bosque a estas horas —dijo William enseñando los dientes—. Por Cristo, ojalá hubiera tenido a mano un arco. Le habría derribado de su montura. Ahora dará la alarma y vendrán a buscarnos al bosque.

—¿Qué hacemos? ¿Pelemos o huimos? —preguntó Philip FitzWarin mientras se colocaba el casco que ocultaba su pelo cobrizo.

—Pelemos —respondió tranquilamente Fulke—. Sé que hemos perdido el factor sorpresa, pero era un riesgo que teníamos que correr. Ahora Morys vendrá a cazarnos un poco mejor preparado, pero no todo está perdido. Gwyn sólo vio a William y a un guardia. Creo que subestimaré tanto nuestro número como nuestra capacidad de combate.

—¿Piensas que presentará batalla? —William desató las riendas de su caballo de la rama de un cedro—. ¿No es más verosímil que se oculte detrás de las murallas y mantenga su cobarde pellejo a salvo?

—Oh, sí, seguro que saldrá —repuso Fulke—. Y te equivocas si crees que es un cobarde. Sus métodos pueden ser arteros y retorcidos, pero peleará si cree que puede ganar. —Entornó los ojos—. Juan le entregó Whittington y nos obligó a exiliarnos. Eso hará que FitzRoger se sienta en su derecho y esté furioso, y a la vez excesivamente confiado en que podrá vencernos. —Desató a *Llamarada* y se montó. Con una breve orden y un tirón de las riendas, salió del campamento y se dirigió al sendero que conducía al castillo, situado a menos de un kilómetro de distancia.

Fulke y su tropa llegaron a los límites del bosque a la salida del sol. La mañana pasó del color perlado al dorado, y las hojas de los árboles temblaron como si saludaran a la resplandeciente luz del alba. Brillos metálicos refulgían en las armaduras de la tropa que se acercaba al bosque, a paso vivo, desde el castillo.

—¿Ves? —le indicó Fulke a William, señalando el brillante escudo verde de FitzRoger, con su insignia de dos jabalíes dorados.

—Déjame que lo mate —le rogó William—. Fulke, si me quieres, ¡entrégamelo! El hermano mayor mostró sus dientes en una sonrisa salvaje.

—Te quiero, ¡pero no tanto como para dártelo cuando en verdad me pertenece! —Sacó el mangual de su cinto y enrolló la cadena de hierro en sus dedos. La bola de metal con pinchos se balanceaba amenazadoramente. Era un arma tan destructiva y su técnica requería tanto tiempo para dominarla que sólo los caballeros más hábiles la usaban, y rara vez en un torneo, donde había reglas fijas. El mangual era un arma para la batalla, no para las justas.

Fulke se volvió en la montura para dirigirse a su tropa, que preparaba los caballos, ajustaba los escudos y recogía las armas. Vio excitación, tensión y un poco de miedo, las mismas emociones que él sentía. La diferencia era que quizás en él había que sumar el mordisco profundo de la rabia, la necesidad de cobrarse venganza.

—Todos habéis cabalgado y os habéis entrenado junto a mí el tiempo suficiente como para conocer vuestra función —les dijo—. La única diferencia entre esto y un torneo son las reglas del encuentro. A degüello. Armas afiladas y nada de rendiciones. El terreno es llano, sin ventaja para nadie. Manteneos atentos y valerosos y la victoria será nuestra.

—¡Victoria! —gritó William, blandiendo su espada en el aire, con los labios abiertos en un gesto de ira.

—¡Victoria! —Fue la respuesta de más de cincuenta gargantas, y al conjuro de ese grito, Fulke emprendió con sus hombres un feroz y concentrado galope. Las tropas de Morys se habían acercado desordenadamente al bosque, por prisa o por ansiedad, y no eran un grupo organizado. Fueron sorprendidos cuando Fulke y sus hombres salieron del escondite que les proporcionaban los árboles y cargaron contra ellos.

Fulke tenía seca la garganta y la mano mojada por el frío sudor mientras *Llamarada* lo llevaba hasta el punto de choque. El suelo temblaba bajo los cascos lanzados al galope, y la vibración llegaba hasta la montura y recorría su cuerpo como un latido salvaje. Se acercaba más y más. El sol brillaba en las armaduras y rebotaba en el filo de las espadas. Notaba la rápida respiración del caballo y el retumbar de su carrera. Su propia voz atronaba dentro del yelmo al lanzar el grito de batalla y blandir el mangual.

El choque de las dos formaciones al encontrarse produjo un estruendo que se expandió y luego se pulverizó en el rumor de numerosas batallas individuales. El mangual se enrolló en torno al yelmo de un caballero con fuerza arrolladora y lo derribó de su montura. Fulke hizo girar a *Llamarada* con las rodillas y le guio hacia lo más duro de la batalla, en busca del escudo verde y los jabalíes dorados de Morys FitzRoger. Varias veces se le acercó, pero tuvo que enfrentarse a alguno de los guardaespaldas del enemigo. Frustrado, procuró concentrarse y no perder el control.

En algún lugar a su derecha podía oír la voz de William, rugiendo el nombre de FitzWarin, como hacía siempre en la batalla, usándolo como talismán para concentrarse en la tarea e intimidar a sus enemigos. La voz más aguda de Ivo le respondió, seguida casi simultáneamente por el mugido de Alain. «¡FitzWarin!», aulló Fulke para no quedarse atrás, y redobló sus intentos de alcanzar a Morys FitzRoger.

Se abrió una brecha repentina y al fondo apareció el escudo verde y dorado. Fulke espoleó a *Llamarada*, el mangual ya girando en el aire. Hacia arriba y hacia abajo, duro y veloz. Los ojos de Morys lo vieron con horror, avistando el peligro demasiado tarde. Su escudo se elevó, pero no lo suficiente, y la bola metálica mangual le dio en el hombro, incrustando la cota de malla contra la túnica, desgarrando la carne y rompiéndole los huesos. El escudo de Morys cayó, al perder éste el uso del brazo izquierdo. Fulke se aprestó a golpear nuevamente. Dando la orden de retirada con voz quebrada por el dolor y el apuro, Morys apartó su caballo y lo espoleó en dirección a las murallas. El segundo golpe de Fulke cayó entonces sobre los cuartos traseros de la montura. El animal se quejó y trastabilló, pero rápidamente recuperó el equilibrio y, urgido por la desesperación de Morys, salió a galope tendido.

La carrera de *Llamarada* perdió impulso cuando uno de los caballeros de Morys se cruzó ante Fulke y le lanzó un ataque con su espada. El joven lo detuvo con el escudo y le golpeó con el mangual, luego desvió a *Llamarada* hacia un lado y reinició la persecución. Tenía que alcanzar a Morys antes de que llegara al amparo del castillo.

Morys y sus tropas huyeron por la villa, espantando a los animales domésticos en todas las direcciones. El puente sobre el foso estaba bajado y había arqueros sobre las empalizadas. Mientras Fulke hacía un último esfuerzo, Morys dio una orden frenética y una lluvia de flechas cayó sobre los perseguidores.

Maldiciendo, Fulke detuvo en seco a *Llamarada* y se dio la vuelta para evitar las flechas.

Ya estaba casi fuera de su alcance cuando una se le clavó. La afilada punta atravesó la malla y la túnica y se enterró en la carne del muslo.

William e Ivo llegaron enseguida a su lado. El segundo agarró las riendas de *Llamarada* y lo alejó del peligro.

—¿Fulke? —William estaba pálido.

Fulke apretó los dientes. La sangre le brotaba de la herida, pero sabía que no era mortal, al menos todavía.

—Estoy bien —le tranquilizó—. Es sólo una herida en la carne, no ha alcanzado el hueso.

—¿Puedes cabalgar?

Fulke rio sin ganas.

—Apenas puedo caminar, ¿no? —Miró hacia atrás. Algunas flechas perdidas zumbaban todavía en dirección hacia ellos, sin alcanzarlos. Todas las puertas de la

villa permanecían firmemente cerradas, las gallinas y los gansos corrían asustados y eran las únicas señales de vida en torno al castillo. Nadie iba a desafiarlos.

—Un momento más y habríamos capturado a FitzRoger. —Golpeó su montura con el puño.

—Siempre podemos sitiar el castillo —especuló William—. Ya ha perdido a varios hombres y está a la defensiva.

Fulke negó con la cabeza.

—Si imponemos un asedio, será lo último que hagamos. Alguien de la villa irá corriendo a por ayuda, y no deseo quedar atrapado si llegan refuerzos de Shrewsbury. —Miró a William para asegurarse de que lo había entendido—. Para vencer hemos de ser rápidos. Tenemos que hacer ataques relámpago y convertirnos en una plaga para Juan, de modo que esté desesperado por alcanzar una paz según nuestros términos.

William gruñó, aceptando el obvio sentido común de las palabras de Fulke, pero resistiéndose a darle la razón.

—Ya habrá otras oportunidades —señaló Fulke aguantando un ramalazo de dolor—. Le hemos hecho saber nuestras intenciones. Deja que FitzRoger se consuma en su miedo por ahora.

—¡No!

Un fuerte grito procedente del villorrio hizo que los hermanos se dieran la vuelta. Uno de los caballeros de Fulke había encontrado a una joven campesina escondida detrás de un corral, que con otro compañero sonriente se aprestaba a divertirse un rato. La habían puesto contra la pared de adobe del corral, y le estaban quitando el vestido por los hombros.

Fulke maldijo. A pesar del dolor agónico que sentía en la pierna, puso a *Llamada* al trote, cruzó el camino y se abrió paso entre los caballeros que se congregaban allí, algunos mirando incómodos, otros sonriendo. Sacó su espada. El ruido que hizo al desenvainarla provocó que los dos hombres apartaran la vista de la pobre muchacha.

—Si eso es lo que necesitáis —dijo Fulke con voz helada—, hay suficientes putas en Oswestry y en Shrewsbury para ofrecerlos sus servicios. Cualquier hombre aficionado a violar a mujeres no tiene sitio en mi tropa, porque no tiene huevos suficientes para merecerlo. —Blandió la espada—. Dejadla ir, montad y aprended la lección, o marchaos.

—Era sólo un poco de diversión, señor —alegó uno de ellos, caminando hacia su caballo. Su compañero bajó la vista y se apartó de la muchacha, llorosa y medio histérica.

—¿Para quién? —respondió Fulke—. ¿No tenéis madre y hermanas? ¿Qué pensarían si pudieran veros?

En silencio, avergonzados, los jóvenes montaron en sus caballos. Fulke les miró fijamente, y luego contempló al resto de sus soldados y alzó la voz.

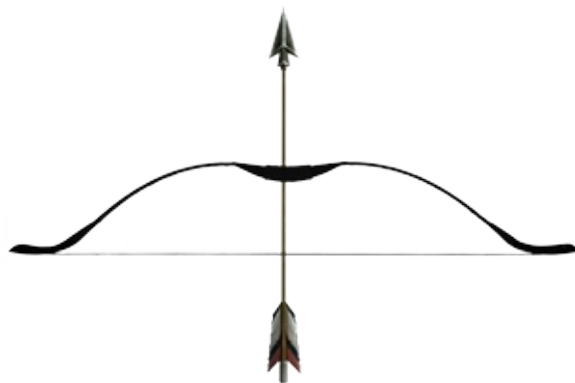
—Whittington me pertenece —dijo, dejando que cada palabra fuera como un

golpe—. Cada palo y cada piedra, cada vaca, cada ternero y cada persona. Quien daña mi propiedad me daña a mí. Quienes no puedan vivir con esa idea que abandonen al instante mi servicio.

Hubo algunos movimientos, algunas gargantas que carraspearon, pero nadie se fue. Fulke sostuvo su mirada durante un momento más y luego se volvió a la muchacha llorosa.

—Vete a casa —le dijo bruscamente—. Nadie te hará daño. —Le lanzó una moneda de plata que cayó en el polvo frente a sus pies. Ella la miró, se secó la nariz con la mano, dejando un reguero de mocos y lágrimas, y luego cogió la moneda y salió corriendo.

Fulke tiró de las riendas e hizo girar a *Llamarada* en dirección al bosque. La herida de la pierna le torturaba cada vez más con cada paso que daba el animal.



CAPÍTULO 18

A Maude le gustaba cabalgar, especialmente cuando podía hacerlo sola en un caballo en vez de tener que sentarse detrás del jinete. Le encantaba controlar las riendas y sentir la comunión entre ella y su montura. Para protegerse del sol del mediodía usaba un ancho sombrero de peregrina adornado con un liviano velo de lino. Era el tercer día de su viaje desde la abadía de Theobald, en Cockersand, cerca de Lancaster, a Higford. El tiempo se volvía cada vez más húmedo a medida que avanzaban tierra adentro y se alejaban de la fresca brisa marina en dirección a Cheshire.

Había permanecido con su padre en Edlington el mínimo tiempo posible, lo justo para cumplir con sus obligaciones. Como siempre, él se había comportado de manera autoritaria y brusca. Más que el bienestar de su hija, le preocupaba su posición en la rueda de la fortuna.

—Te di un buen matrimonio —dijo a Maude, con las manos apretando de forma arrogante el cinturón—. Eres pariente de Hubert Walter, tal vez el hombre más poderoso de estas tierras. ¿Por qué tu esposo no tiene más tierras ahora que cuando se casó? En realidad, incluso tiene menos, puesto que el rey Juan le ha quitado muchos de sus privilegios. —Hablaba como si la culpa fuera de ella. Tal vez, en cierto sentido, lo era. Sin duda, si hubiera yacido con Juan, como hacían muchas esposas e hijas de notables, los favores del rey habrían sido más fáciles de obtener.

Maude tembló ante aquella idea, y el caballo, al notarlo, alzó las orejas y cambió levemente el paso. Le había dicho a su padre que Theobald no buscaría favores en la corte al precio de su honor. Robert Le Vavasour bufó groseramente y respondió que el honor de su yerno era un lujo superfluo que podía arruinarlo. Al cabo de una semana, la joven se marchó de Edlington sin mirar atrás.

Era sabido por todos que la semilla del hombre era más fuerte que la de la mujer,

que lo que el varón plantaba en su vientre era, básicamente, su esencia. Que Dios la ayudara, no podía ser cierto. No quería estar hecha a imagen y semejanza de Robert Le Vavasour, un individuo tan avaro y tan obsesionado con el estatus y el poder que a veces parecía una criatura inhumana, un ser extraño a ella.

Pasó otra semana con su abuela, en Bolton, pero allí también encontró difícil la convivencia. Mathilda de Chauz le dijo con gesto crispado que debía dejar la aguja y la rueca y parir algunos niños. Ni que decir tiene que le horrorizaba que pasara horas practicando con el arco y la flecha, lo cual no era ni femenino ni decente. ¿Cómo esperaba atraer a su esposo a la cama si se comportaba como una marimacho?

Maude soportó el cacareo de la abuela con los dientes apretados, disimulados con una forzada sonrisa. Tras cumplir sus penosas obligaciones se había dirigido a las tierras de Theobald y a la abadía de Cockersand. El sabor salado del viento, las amplias vistas de tierras bajas y arenosas que enrojecían a la caída del sol y el rumor del océano al llegar a la orilla le dieron la serenidad que necesitaba para recuperarse de las agobiantes presiones familiares.

El mensajero de Theobald la encontró allí. En su carta, su marido le decía que la corte regresaría pronto de Normandía y ella debía acudir a reunirse con él en Londres. No aclaraba si finalmente había conseguido permiso para visitar sus tierras en Irlanda. La noticia principal era que el rey Juan, habiéndose divorciado de su primera esposa, tenía otra novia, una niña de doce años. Su nombre era Isabel de Angulema. Theobald escribía lacónicamente que no sólo era una gran heredera, sino que Juan le tenía afecto.

Maude hizo un gesto, sin aventurarse a imaginar cómo se manifestaría semejante afecto. Los doce años eran, después de todo, la edad a la que una niña podía casarse legalmente, aunque aún no hubiera alcanzado su madurez femenina. Maude recordó los miedos y ansiedades de su propio casamiento. Y ella no tuvo nada que temer de Theo. ¿Cómo sería la convivencia marital con Juan? Se decía que era bueno con sus amantes, que las trataba con prodigalidad y que reconocía a sus hijos bastardos; pero también se sabía que era licencioso, cruel y egoísta. Maude sospechaba que, por cada mujer que se beneficiaba de su generosidad, había media docena que pagaba el precio de su arbitrariedad. Muchas damas y sus familias lo sabían por propia experiencia.

Maude y su acompañante tomaron una curva tras la cual el camino se ensanchaba, brindando una extraordinaria panorámica del castillo y de las casas de madera de Higford. Le había prometido a Emmeline FitzWarin que volvería por ese camino, y aunque era levemente más largo, el viaje resultaba agradable y no suponía especial sobrecarga. Le gustaba Emmeline, quería rezar ante la tumba de Hawise FitzWarin, y los caballos podían descansar un par de noches antes de continuar hacia Londres.

Pasó por el molino con tejado de piedra situado a la orilla del río, y fue saludada con reverencias y observada por las mujeres que esperaban turno para que sus gavillas de trigo fueran convertidas en harina. La rueda del molino giraba con lentitud, el agua del canalillo se mecía suavemente y parecía una superficie de seda

verde transparente. Un pescador vaciaba la nasa de escurridizas y brillantes anguilas. Maude sonrió. Seguramente acababa de ver su cena.

La sedujeron las escenas de trabajo campestre que contempló en la villa y se sorprendió al encontrar en el castillo una frenética actividad. El patio estaba lleno de caballos y hombres armados, recién llegados, a juzgar por el caos reinante. Los sirvientes de Emmeline se ocupaban de atenderles, desbordados, y los mismos caballeros quitaban las monturas a sus animales. Maude tuvo un arrebato egoísta de molestia e irritación, pues le hubiera gustado ser la única invitada, pero enseguida predominó en ella la curiosidad.

—¿Quieres que averigüe lo que sucede, mi señora? —preguntó Wimarc de Amounderness, que estaba a cargo de su escolta. Maude asintió.

Wimarc desmontó y fue a hablar con los hombres. Maude vio cómo se acercaba a un grupo, escuchaba y asentía. Mirando aquí y allá, sus ojos se posaron en dos jóvenes que conversaban, uno alto y delgado como una lanza, el otro más bajo y robusto, con una llamativa melena de rizos pelirrojos. Alain y Philip FitzWarin. Y allí donde fueran Philip y Alain, era probable que estuviera Fulke. Miró a la multitud, sin poder dominar un intenso cosquilleo en el estómago.

Wimarc regresó y le dijo lo que ya sabía.

—Los sobrinos de *lady* Emmeline han venido a descansar durante un breve tiempo. —La miró inquisitivamente—. ¿Quieres continuar la marcha, mi señora?

Habitualmente impulsiva, Maude no le contestó de inmediato, sino que reflexionó mientras observaba la actividad del patio, mordisqueándose el labio. «Sería lo mejor», pensó. Las habitaciones estarían horriblemente abarrotadas y la idea de ver a Fulke la inquietaba sobremanera. Pero la de no verlo la decepcionaba. Le había prometido a Emmeline que volvería, y le debía a Fulke la cortesía de decirle cuánto sentía la muerte de su madre. Pero tal vez no fuera el momento oportuno: con tantos hombres como llevaba, estaba claro que su propósito no era sólo visitar a su tía.

Wimarc se pasó la mano por el barbado mentón, y pareció leer sus pensamientos.

—Trataron de tender una emboscada a Morys FitzRoger y lord Fulke regresó con una flecha en la pierna. *Lady* Emmeline le está atendiendo.

—¿Una flecha? —Maude miró horrorizada a Wimarc. El rey Ricardo había muerto por una flecha de ballesta que se le había clavado en el hombro, una leve herida de guerra que había envenenado su sangre hasta matarlo, con terrible agonía, una semana después—. *Lady* Emmeline necesitará ayuda para atender a lord Fulke y al resto de sus hombres —dijo, ya repuesta y de nuevo decidida. Tomando las riendas, hizo avanzar a *Doucette* a través de las puertas hacia la frenética actividad del patio.



Maude abrió lentamente la pesada cortina de lana y entró en el aposento de

Emmeline. Era una habitación grande, estaba en lo alto del castillo, y sus paredes de piedra estaban adornadas con coloridos tapices.

Fulke estaba en la cama de Emmeline, recostado sobre un montón de almohadones. Tenía oscuras ojeras, y la boca fina y lívida por el dolor y el cansancio. La nariz, iluminada por un rayo de sol, parecía más aguileña que nunca.

Desde luego, estaba cansado por la batalla, pero no tenía pinta, ni mucho menos, de hallarse a las puertas de la muerte. La angustia que oprimía el pecho de Maude desapareció casi por completo.

Emmeline se inclinaba sobre el herido, con rostro igualmente pálido. Cuando Maude avanzó hacia la cama, Fulke alzó la vista. La alarma brilló en sus ojos y se tapó con tanta rapidez que estuvo a punto de sacar un ojo a su tía con un extremo de la sábana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Gruñó con una voz propia de quien goza de plena salud—. ¡Vete!

Con una mano cubriendo el ojo alcanzado por la sábana, Emmeline se dio la vuelta.

—¿Maude? —El tono de su voz denotaba alivio.

—Dije que volvería. —Maude miró furiosa a Fulke. Su rechazo la empujó a ser aún más obstinada—. Con un inválido al que atender —añadió mientras obsequiaba a Fulke un gesto desdeñoso— y un montón de hombres hambrientos que alimentar, necesitas ayuda.

Emmeline se puso de pie y se secó el ojo lloroso con la manga.

—Bendita seas, muchacha —dijo con voz sincera.

—¿Qué quieres que haga?

—No vas a hacer nada —intervino Fulke, sentándose sobre los almohadones, con la cara brillante de ira—. Soy un rebelde y si me ayudas, te colocas entre los proscritos.

Maude se encogió de hombros.

—¿Quién va a enterarse? Theo se enfadaría más conmigo si me voy que si me quedo a ayudar.

Emmeline miró a ambos, dubitativa.

—Sabe Dios que me agradaría mucho que te quedaras, pero no quiero que lo hagas si eso te pone en peligro.

—No corro ningún riesgo especial, y en cualquier caso, sería menor que el que corres tú —repuso Maude a la mujer—. Mi cuñado es arzobispo de Canterbury y canciller del rey. Estoy segura de que eso nos dará algo de protección.

—Su apoyo nunca nos hizo bien alguno —gruñó Fulke.

Emmeline se encaró con el herido, con las mejillas enrojecidas.

—¿Es que la sangre de tu herida se llevó toda la cortesía de tu cuerpo? —le recriminó—. ¿Qué te sucede? ¿Por qué te portas como un niño caprichoso?

—¿No se portan así todos los hombres cuando están heridos? —preguntó Maude

a Emmeline, con una sonrisa burlona y comprensiva.

La mujer resopló.

—Algunos de ellos son así todo el tiempo, heridos o sanos —dijo sombría.

Claramente irritado, pero sabedor de que otra respuesta le expondría a un mayor ridículo, Fulke apretó la mandíbula y recostó la espalda en los almohadones.

—Si puedes sacar esta flecha de mi pierna, no abusaré de tu hospitalidad más que durante un par de días —dijo.

—He mandado a buscar al sacerdote. Estará aquí en cuanto le sea posible.

—¿El sacerdote? —Alarmada, Maude se inclinó a examinar la herida de Fulke. El horror apareció en su rostro por primera vez desde que había entrado en la estancia.

Fulke sonrió, con sarcástico humor.

—No tienes por qué preocuparte, *lady* Walter, no me van a dar los últimos sacramentos.

—Yo pensé...

—Alguien tiene que sacarme la punta de la flecha de la pierna. Conociendo las carnicerías que hace William cuando limpia una liebre, no confío en él para esta tarea, y no voy a pedírselo a ninguno de los hombres. Es una responsabilidad demasiado grande. Si algo llegara a salir mal, no quiero que ninguno de ellos cargue con una culpa innecesaria.

El discurso, que había comenzado con sarcástico humor, terminó en tono sincero.

—Me temo que yo no puedo hacer de doctora —dijo Emmeline, retorciéndose inconscientemente las manos—. La simple visión de la sangre hace que me desmaye. Mi padre siempre decía que era bueno que no hubiera nacido varón.

—¿Y el sacerdote puede?

Emmeline asintió, aunque había un rastro de duda en sus ojos.

—Atendió a Alwin Sheperd el año pasado cuando se rompió el brazo, y ha sanado bien.

—¿Pero ha extraído alguna vez una flecha?

Emmeline negó con la cabeza.

—No, que yo sepa.

Maude se alzó las mangas, desnudando sus delgados antebrazos, y se acercó a la cama.

—¿Está muy dentro?

Fulke apretó la colcha, manteniéndola firme contra la pierna. Su rostro reflejaba miedo, furia y una obstinada resistencia. Maude le miró a los ojos y luego contempló sus manos, recordando cómo la habían impresionado cuando acababa de casarse con Theobald. Ahora, sus largos dedos estaban contraídos y sus nudillos blancos.

—Déjame ver —dijo, agarrando un extremo de la sábana.

—¿Por qué debo dejarte? —la desafió—. Seguro que tampoco tú has sacado nunca una flecha.

—No —admitió Maude—, pero he visto cómo se hace. Uno de los caballeros de

Theo recibió un flechazo en la pierna durante una cacería, y tuvimos la buena fortuna de contar con un cirujano que había estudiado en Salerno y se hospedaba en Lancaster por esa época. —Sostuvo la mirada de Fulke—. El sacerdote o yo. La elección es tuya.

Fulke la miró un instante y, con un suspiro, capituló, soltando la mano y apartando la vista.

—Haz lo que quieras.

Maude levantó la colcha y las sábanas y las echó a un lado. El herido cubría su entrepierna con un lienzo. Ella nunca había estado tan cerca de las partes íntimas de un hombre que no fuera Theobald. Los muslos de Fulke eran largos, poderosos y lampiños, lo que era sorprendente para un hombre tan moreno. Un trozo de la flecha, que había sido cortada, sobresalía por encima de la piel, dejando unos centímetros al descubierto.

—Necesitaré un trozo de madera fino —murmuró Maude mientras tocaba la zona herida con delicadeza y notaba a Fulke tenso como un arco a punto de dispararse.

—No necesito morder nada. Aguantaré —espetó indignado.

—Ah, deja ya tu tonto orgullo —replicó Maude—. El palo no es para que lo muerdas. En vista de lo que dices, más valdría que usaras tu propia lengua para morder y soportar el dolor. —Alzó la cabeza para mirar a Emmeline, e hizo un gesto con el índice y el pulgar—. Un palo de este grosor. También necesitaré dos plumas de ganso, un pequeño cuchillo bien afilado y aguja e hilo. —Emmeline asintió y se dio la vuelta—. Ah, y en mi equipaje hay una pequeña bolsa de cuero. Pídele a mi sirvienta que la busque y la traiga.

La tía de Fulke desapareció para cumplir los encargos.

Maude se sentó a un lado de la cama. La mitad de su mente estudiaba, sorprendida, a la otra mitad. ¿Había dado órdenes alguna vez con tanta autoridad y confianza? De un momento a otro, la comedia, o el arrebato animoso, se derrumbaría, dejándola expuesta, temblorosa, tan incapaz como Emmeline de hacer lo que era necesario.

—Lamento la muerte de tu madre —murmuró—. Vine a verla a Alberbury cuando estaba enferma y me quedé con ella.

Fulke miraba, obstinado, los colgantes que adornaban la pared, frente a él.

—Fuiste muy amable —repuso secamente, como si le sacaran las palabras a la fuerza—. Me lo contó mi tía.

Maude dobló los bordes de la colcha con los dedos.

—Nos hicimos buenas amigas. —El instinto la hizo detenerse antes de confesar hasta qué punto habían intimado. No creía que quisiera oír que Hawise la consideraba la hija que nunca había tenido.

—¿Sufrió?

Maude mantuvo la mirada en la colcha.

—No, al final murió tranquila, mientras dormía.

—No eres buena mentirosa, ¿verdad?

La joven volvió la cabeza y sus miradas se encontraron, frente a frente.

—¿Qué quieres que te diga? —exclamó Maude—. ¿Qué bien te haría saber que sufrió horrores? ¿Te tranquilizaría saber que murió cuando dormía porque le di toda la infusión de amapolas que había en Alberbury para calmar su agonía? —Parpadeó y se restregó los ojos—. La quería, y no deseaba que muriera, pero por su propio bien recé más de lo que nunca lo he hecho en mi vida para que Dios tuviera piedad y se la llevara.

Se hizo un silencio emotivo. Maude sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El brillo de los ojos traicionaba sus sentimientos. Volvió a apartar la cabeza y murmuró algo inaudible. Como si tuviera voluntad propia, la mano de Maude dejó la colcha hasta cubrir la de Fulke. Aunque el gesto era compasivo, motivado por la necesidad de consolar y ser consolada, una parte de ella reconoció que deseaba hacerlo desde el día de su boda.

El herido se puso tenso y miró hacia otro lado, pero no retiró la mano cuando la joven se la apretó.

La cortina se corrió para dar paso a Emmeline y a Barbette, que llegaban con los materiales que Maude había pedido. Resistiendo el impulso algo culpable de retirar rápidamente la mano, Maude apretó aún más.

—¿Aguantas bien el dolor? —preguntó a Fulke.

Se encogió de hombros, y la miró sarcásticamente.

—Es difícil responder, puesto que nunca antes me han quitado una flecha de la pierna. ¿Cuánto dolor vas a causarme?

Maude apretó brevemente los labios mientras pensaba cómo responderle. Por fin decidió que lo mejor era usar su mismo tono.

—Eso también es difícil de decir, puesto que nunca he sacado una flecha de la pierna de nadie.

Fulke observó los dedos de Maude posados sobre los suyos.

—Entonces, estamos hechos el uno para el otro —le dijo.

Maude enrojeció.

—En esta cuestión, sí —replicó, intentando mostrarse tranquila y tomándose tiempo para retirar la mano.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Emmeline con la voz apagada por el miedo. Maude la miró.

—No, aquí no puedes ayudar en nada; pero si puedes enviarme a dos hombres, te estaré agradecida.

Emmeline asintió y partió visiblemente aliviada.

—¿Dos hombres? —preguntó Fulke levantando las cejas—. ¿Crees que será tan difícil inmovilizarme?

—Puede que te revuelques como un caballo recién marcado y es posible que por ello te hagas daño.

Cogió el cuchillo, examinó el filo y luego se dirigió al brasero encendido que había en medio de la habitación y colocó el utensilio entre los carbones ardientes. Fulke la miró muy serio y ella vio cómo el sudor le empapaba la frente. Sin duda, si se encontrara bien, saldría corriendo de la habitación.

—En el nombre de Cristo, mujer, ¿qué es lo que estás haciendo?

—El cirujano que me enseñó su arte dijo que el fuego purifica. Para evitar que una herida se infecte se deben usar instrumentos que hayan sido purificados por el calor. No te preocupes, antes de usarlo lo enfriaré.

—Creo que tendré que emborracharme —musitó el joven débilmente.

Maude asintió.

—No es mala idea. —Dejó el cuchillo sobre las brasas, cogió una botella y la destapó—. ¿Conoces el *uisge beatha*, el agua de vida?

Fulke asintió, haciendo a la vez un gesto de repugnancia.

—Lo probé cuando era joven, en Irlanda, con Theobald. Es una bebida horrible, pero útil si quieres emborracharte sin que te reviente la vejiga. —Estiró el brazo para hacerse con la botella. Antes de que se la diera, Maude vertió parte del líquido, casi incoloro, en un gran tazón de cerámica.

—¿Lo beberás antes o después de sacarme la flecha?

—Ni antes ni después.

El herido bromeaba, tratando de hacerse el fuerte, pero en realidad estaba descompuesto de aprensión y miedo. Incluso aunque la operación de extracción de la flecha fuera sencilla, tendría que padecer un período agónico muy duro.

La cortina se abrió nuevamente, y dos de los hermanos de Fulke hicieron su entrada. No estaba William, aún convaleciente con algunas costillas rotas y fuertes magulladuras. Eran Ivo y Richard, ambos grandes y fuertes. Este último llegó metiéndose en la boca los restos de un pastel asado y limpiándose las manos en la túnica.

—¿Hay algún momento del día o de la noche en el que no estés comiendo? —preguntó Fulke desde la cama.

Richard se dio unas palmadas en su sólido estómago.

—La carne extra sirve como segunda coraza en la batalla —repuso.

—Con razón tu caballo se hunde cada vez más. —Fulke tomó un trago de la botella e inmediatamente la respiración se hizo trabajosa.

Maude esperó hasta que se hubo tomado más de la mitad del *uisge beatha* e hizo un gesto a Ivo y a Richard para que ocuparan sus puestos. Cogió el cuchillo, lo enfrió en una jarra de agua que estaba cerca, y después, con una plegaria en los labios, agarró la copa y derramó parte de su contenido sobre el muslo herido de Fulke.

Aunque ya estaba más que borracho, se revolvió y aulló como un gato escaldado, y sus hermanos no pudieron hacer nada para contenerlo.

—¡Perra! —chilló—. ¡Zorra, perra! —Se dejó caer sobre la cama, con los labios apretados y la saliva corriendo entre ellos.

—Lo peor ya pasó —musitó Maude, trémulamente. Parecía que el corazón le latía en la garganta, tanto por la reacción de Fulke como por lo que estaba a punto de hacer.

La voz del herido estaba rota por el dolor y el alcohol.

—Por Cristo, ¡haz lo que tengas que hacer, pero apresúrate!

Con los rostros serios, Ivo y Richard le sujetaron. Maude cogió el cuchillo.

—Tengo que abrir la herida para alcanzar la punta de la flecha. Con un poco de suerte, no será una dentada y la podremos sacar.

—¿Y si es dentada? —Ivo hizo la pregunta mirándola inquisitivamente.

—Para eso están las plumas de ganso. Se ponen sobre los dientes de la flecha, y cuando ésta se retira, no se rasga la carne.

Ambos hermanos frunció el ceño. Fulke emitió un gruñido que dejaba clara su furiosa y ebria impaciencia.

Maude tomó aliento, le pidió a Dios que le mantuviera firme la mano y se puso a trabajar. Pese a su estado, Fulke luchó por no tensar la pierna, y lo consiguió, y ella fue capaz de abrir la herida hasta alcanzar la cabeza de la flecha razonablemente rápido. Había abundante sangre, pero por la manera en que se acumulaba en torno a la herida, consideró que no había sido afectada ninguna vena importante. Un examen cuidadoso reveló que, por fortuna, la flecha no era dentada. Tomó el delgado trozo de madera, lo deslizó con cuidado en la herida y sacó la punta metálica.

—Aquí está —dijo a Fulke, mostrándosela con los dedos ensangrentados—. Un amuleto de buena suerte.

—¡Suerte! —El herido rio débilmente. Tenía el semblante muy pálido y las pupilas dilatadas por el dolor—. ¿Qué clase de suerte es ésta?

—La que te permite salir del trance con apenas un rasguño. Ha sido una herida en el músculo, sin daño en el hueso o en venas importantes. Si la herida no produce fiebre ni la enfermedad de la parálisis, vivirás con una pequeña cicatriz, ideal para jactarte de ella.

Mientras Fulke examinaba la flecha ensangrentada, Maude removió la madera y empapó la herida con *uisge beatha* por segunda vez. De nuevo, Fulke reaccionó como un gato escaldado, esta vez perdiendo casi el conocimiento. Maude cubrió rápidamente la herida con una venda engrasada y luego con unas apretadas tiras de lino.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que pueda volver a cabalgar? —preguntó Ivo. Su mirada mostraba un leve reproche, y Maude se daba cuenta de que pensaba que había sido innecesariamente cruel—. ¿Cuándo podremos irnos?

—Por lo menos deberá reposar una semana. Mejor dos. Tendréis que cazar un poco si es que vuestra intención no es vaciar las despensas de Higford.

—Por supuesto que cazaremos —replicó Ivo. Por el modo en que miró a Richard, Maude decidió no preguntarle qué tipo de presa tenían en mente, aunque sospechaba que cualquier propiedad del rey que hubiera en las cercanías sería ideal para ellos.

Así que, sencillamente, asintió y cambió de tema.

—Necesita tranquilidad, dormir y recuperarse —murmuró—. Uno de vosotros puede quedarse con él y procurar que no le falte nada. Hablaré con vuestra tía para tranquilizarla. —Hizo un gesto al ver la sangre seca que manchaba sus manos—. ¡Aunque será mejor que me lave antes o no me creerá!

Los hermanos sonrieron por primera vez. La joven cogió la botella y bebió lo que quedaba. El aguardiente le abrasó la garganta y lanzó una llamarada de fuego líquido hasta su estómago. Tomó aire, primero con sorpresa, luego con alivio. Fulke abrió los ojos a medias y la miró, extraviado.

—No sé si besarte o matarte —murmuró con voz pastosa.

Aunque sabía que estaba borracho, aquellas palabras causaron a Maude un efecto que casi rivalizó con el del *uisge beatha*.

—Tal vez deberías darme las gracias —contestó, y se fue antes de que él pudiera responder.



Tres días después, Maude comprobó que la herida de Fulke estaba sanando limpiamente, sin signos de la temible fiebre que tantas veces acompañaba a aquellas lesiones. Al principio no las tuvo todas consigo, y hubo de esperar a que se le pasaran la jaqueca, la sed y las náuseas causadas por el *uisge beatha*. Ahora, lejos ya la súbita borrachera, estaba segura. Y el herido empezaba a ser un paciente inquieto e irritable, que rehusaba quedarse en cama y tomar los remedios que se le prescribían.

—No soy un bebé llorón —gruñó, al ver a Maude armada de un plato con sopa—. Estoy herido en el muslo, no en el estómago.

Estaba completamente vestido y sentado en el ancho alféizar de la ventana, con la pierna extendida. El pelo enredado y la barba de cuatro días le asemejaban más al fugitivo que era que a un caballero de la nobleza.

Maude entornó los ojos. El terrible caballero ya había echado de la habitación a una de las sirvientas, que se había ido llorando, y estaba insoportable desde que William se llevó a los hombres «de caza» después del desayuno. Consideraba su responsabilidad guiarlos, y no le hacía feliz verse obligado a delegar. Injustamente, desahogaba su furia en quienes le rodeaban.

—Es la herida de tus modales la que más me preocupa —respondió mordazmente, mientras dejaba el plato y un pedazo de pan frente a él—. Puesto que todos estamos comiendo sopa, no veo por qué tienes que quejarte. No puedes traer cincuenta hombres a un pequeño castillo y esperar cenar como un rey todos los días.

Fulke arrugó la frente y se enderezó.

—Pagaré lo que consuma. Los hombres se han ido de caza, como bien sabes.

—A robarle a Juan, más bien.

—Siempre será mucho menos de lo que él me roba a mí. —Enfurrñado, mojó un

pedazo de pan en el caldo—. ¿Por qué me lo traes a mi recámara? Soy capaz de sentarme en la sala con mi tía y con quien quede.

—Lo traje, en parte porque esperaba que todavía estuvieras en la cama, y en parte porque nadie quiere sentarse a la mesa con un bruto. —Había pensado quedarse con él para asegurarse de que comiera bien. Pero, puesto que parecía tener apetito y seguía estando inaguantable, abandonó su plan y se retiró. Le examinaría la pierna más adelante, y si le hacía daño, no se sentiría culpable.

Demasiado enfadada y exasperada como para sentarse a la mesa y conversar con Emmeline, Maude empuñó el arco y la aljaba y salió a practicar el tiro.



Fulke se bebió el caldo, nutritivo y de buen sabor. Se comió el pan y hubo de reconocer, irritado con Maude y consigo mismo, que la joven tenía razón. Estaba resultando petulante, pero sólo porque se aburría encerrado en aquella habitación y porque le trataban como si el cerebro se le hubiera escapado por la herida de la flecha. Era un hombre activo y orgulloso, saludable y vigoroso, y en su vida nunca se había visto obligado a permanecer en la cama más de un día. Pensar que William estaba al mando de la tropa era suficiente para hacer que se mordiera las uñas. Ciertamente, era su hermano, y había aprendido a ser un poco más prudente en los torneos, pero no lo suficiente para que Fulke confiara plenamente en él.

Así y todo, no era justo que volcara su frustración en Maude. Le debía más de lo que podría pagarle. Tal vez eso fuera precisamente lo que más le irritaba. Al pensarlo, se revolvió impaciente, y decidió hacer algo para enmendar tanto su comportamiento como la situación en la que se encontraba. Se puso de pie y, ayudándose con el muro, avanzó lenta y dolorosamente hasta la cortina que cerraba la entrada. Su lanza estaba apoyada en un cofre cercano, y la cogió para usarla de bastón. Su habitación era parte de un aposento más grande, dividido en dos por la cortina. Al otro lado estaba el cuarto de su tía. Una sirvienta manejaba el huso y la rueca, pero su tía no estaba. Seguramente se encontraría en la sala, cenando, mientras escuchaba de boca de Maude su execrable comportamiento.

Fue ese pensamiento, más que el dolor de su pierna, lo que le hizo fruncir el ceño mientras caminaba cojeando. La sirvienta había abierto las celosías inferiores para permitir que entrara la luz. Fulke miró la pradera y los campos más lejanos, que los habitantes del castillo usaban para los entrenamientos militares, incluidas las prácticas de tiro con arco.

Un arquero estaba de pie frente a los blancos, lanzando las flechas con fluidez. Aguzó la vista para ver mejor la figura distante. No era un arquero, sino una arquera, notó con sorpresa y admiración. Incluso desde la distancia, constató que Maude Walter era buena tiradora.

No sin dificultad, Fulke bajó las escaleras exteriores y llegó hasta el patio inferior.

Soplaba una agradable brisa, suficiente para agitarle la melena, pero no para desviar la trayectoria de las flechas, que Maude enviaba derechas al blanco. El joven observó el ángulo agudo de su brazo, la inclinación de su cabeza, el modo en que los labios se fruncían al apuntar y luego se aflojaban con una expresión que era casi un beso cuando dejaba volar la flecha. El espectáculo de la belleza inteligente ejerciendo el poder le produjo placenteros escalofríos.

Avanzó renqueante hasta que llegó al límite del prado y luego hizo una pausa para recobrar el aliento y recuperarse del dolor.

Maude debía de haber percibido su presencia con el rabillo del ojo, porque se dio media vuelta. Con expresión enfadada, bajó el arco, con una flecha sin tensar en la mano.

—Me alegra que no fueras tú quien me disparó desde las murallas de Whittington —dijo Fulke—, porque entonces estaría muerto. Tienes más puntería que Alain, y él es, con diferencia, el mejor arquero entre nosotros.

La joven se encogió de hombros.

—Tiro mejor cuando estoy enfadada.

Fulke jugueteó con el pie en la hierba. Un escarabajo, brillante como el cuero pulido, empujaba varias hojas.

—Y tienes todo el derecho a estarlo. —Vio que Maude le miraba con desconfianza, con enojo todavía evidente en el rostro. Por Dios que era hermosa. Resultaba demasiado sencillo imaginarla desnuda y salvaje en la cama. Carraspeó y apartó el lujurioso pensamiento—. Desde que era un bebé me he resistido al confinamiento. Lamento haberme enfadado contigo por algo de lo que tú no tienes la culpa. De hecho, te debo a ti y a mi tía más de lo que pueda pagaros. No quisiera que me considerases un ingrato.

Su expresión le indicó que, aunque algo menos irritada, todavía no estaba dispuesta a dejarle salirse con la suya.

—No creo que lo seas. —Se dirigió hasta la diana y desclavó las flechas. Fulke observó su espalda recta, la curva del velo de lino marcándose con el esfuerzo de cada tirón—. Pero sí te considero un bruto sin modales —añadió al volver.

—Si me das otra oportunidad, puedo demostrarte lo contrario.

—¿Cuántas oportunidades necesitas? —le preguntó con dulzura. Fulke la miró interrogativamente—. La mañana de mi matrimonio llevaste a una prostituta a mi casa de recién desposada.

—¿Qué?

—Hanild. ¿Era ése su nombre? —Tensó el arco y lanzó una flecha al centro del blanco. «Toe», sonó, como si se clavara en el corazón de una cortesana. Fulke la miró sorprendido.

—¿Y eso te ha molestado todo este tiempo?

—¿Te parece raro? ¡Estaba recién casada y tú me humillaste!

—No lo hice para humillarte —se defendió Fulke elevando la voz—. Lo hice

porque yo... —Se pasó los dedos por el pelo y se tragó el resto de la frase.

—Porque tú, ¿qué? —Fulke sacudió la cabeza—. Habla, dímelo. Quiero saberlo. —Una nueva flecha estaba preparada entre los dedos enguantados de su mano.

Fulke tragó saliva.

—Porque, como has dicho, estabas recién casada, eras la esposa de Theobald. Y porque, Dios me ayude, te quería. —Maude, aterrada, bajó los ojos y miró el montón de flechas como si fueran la cosa más importante del mundo—. Todos los hombres presentes se imaginaban a sí mismos en el lugar de Theobald, tomando tu virginidad, siendo ellos los responsables de la sábana ensangrentada, y yo no era una excepción. —Sonrió, aunque sus ojos permanecían serios—. No tenía intención de insultarte cuando llevé a Hanild a mi lecho. Ella estaba allí, yo tenía necesidades, y en ese momento me pareció una idea razonable para un hombre que casi había perdido la razón. Era la mejor forma de controlarme.

Maude tragó saliva. El caballero herido vio el movimiento de su garganta, el modo en el que tomó aire, y se dio cuenta al fin de que el incidente había significado para ella mucho más que un breve momento de irritación. ¿Por qué, si no, recordaría un detalle tan insignificante como el nombre de Hanild? ¿Por qué se lo echaría en cara después de tanto tiempo? Tal vez la atracción fuera mutua. Quizás Maude era tan hostil por eso.

—El deseo no ha desaparecido —añadió suavemente—. En todo caso, es peor ahora que antes, porque ha crecido como hemos crecido nosotros. Pero pienses lo que pienses de mis modales, te honro a ti y honro a Theobald. —Con la punta de su lanza, trazó una línea sobre el verde oscuro del césped húmedo, dividiendo el terreno entre él y Maude—. No cruzaré la línea, y tampoco lo harás tú; pero ambos sabemos que existe... ¿no es verdad? —Temblando, Maude levantó la cabeza y le miró con ojos claros y duros. Fulke vio reproche en su expresión, pero siguió hablando—. ¿O es que yo soy más honesto que tú? —preguntó.

La joven puso la flecha en el arco y apuntó.

—Amo a Theobald, y mi fidelidad a él es firme como una roca —proclamó con voz temblorosa—. ¡Cómo te atreves!

—Quisiste saberlo. —Abrió las manos, indefenso—. Yo también amo a Theobald, y no haría nunca nada que traicionara su confianza en mí.

—¿Y desear a su mujer no es una traición a su confianza?

—No, mientras ninguno de nosotros cruce esa línea. —Volvió a sonreír tristemente—. Si vas a dispararme, hazlo ahora. Atraviesa mi corazón otra vez.

—¡Vete! —le ordenó Maude, con lágrimas en los ojos.

Fulke la miró, sombrío.

—Vine a hacer las paces —le dijo—. No era mi intención que esto sucediera, te lo juro.

—Por favor... ¡vete!

Hizo lo que le pidió, pero lentamente. La pierna herida le dolía por el esfuerzo de

haberse mantenido tanto tiempo de pie y aunque ya no llevaba el peso del secreto en el ánimo, sí cargaba con el de las consecuencias de haberlo confesado. Detrás de él, ajena a todo menos al instinto, Maude enviaba flecha tras flecha al corazón de la diana.

Más tarde, esa misma noche, Maude fue a su cuarto. Esta vez no le llevaba ningún plato, porque el caballero había cenado en la sala, junto a su tía, contenido por los buenos modales. Había sido Maude quien había cenado en su pequeña recámara, alegando dolor de cabeza.

Se sorprendió por un momento al verla, pero después pensó que tenía que haberse imaginado que iría. No era una mujer cuya naturaleza la impulsara a esconderse. Equivocada o no, haría frente a la situación.

Se acercó a la ventana, al banco donde estaba sentado. Llevaba un jarro de arcilla con unguento y vendas limpias.

—¿Ha mejorado tu dolor de cabeza, mi señora? —preguntó educadamente, echando una mirada a la cortina, que ella había dejado abierta por respeto a las costumbres, para evitar los rumores que pudieran surgir por encontrarse a solas con él.

—Un poco. Tu pierna necesita cuidados y mi cabeza puede soportar la tarea mejor que el estomago de tu tía.

Arrastró un banco con el pie y, sentándose a su lado, deshizo el vendaje. Obviamente no iba a pedirle que se acostara en la cama. «Demasiado peligroso», pensó Fulke con una sonrisa triste.

Con fría eficiencia, curó la herida. Comprobó que cicatrizaba bien. Fulke estaba en guardia para no reaccionar indebidamente a su contacto, pero no hubo necesidad. El tono frío y práctico de la mujer levantó una barrera tan poderosa que no hubo más reacción de su bajo vientre que un leve encogimiento. Dios sabía lo que ella podría nacerle con las tijeras de costura que llevaba al cinto.

Maude cambió el vendaje y se acomodó en el banco, cruzando sus manos sobre el regazo como una matrona. Después tomó aliento y le miró a la cara, con una conmovedora mezcla de miedo y coraje en la expresión.

—He venido a hacer las paces —anunció—. Y a ser tan sincera contigo como lo fuiste conmigo.

Se preguntó cuánto tiempo habría pasado a solas con su «dolor de cabeza», pensando en lo que debía hacer y decir. De pronto, casi tuvo miedo de oírla. Pero tenía que escuchar, tenía que saberlo.

—Amo a Theo —comenzó—. Es bueno, generoso y honorable, y jamás pienso en los años que nos separan, salvo para pedir a Dios que se conserve sano. —El tono se volvió vehemente—. Es mi amigo, mi compañero, y daría mi vida por él. No le haría daño de ninguna manera.

—Tampoco yo —repuso Fulke. No creía que Theobald fuera feliz si conociera semejante conversación, o la que había tenido lugar cuando Maude practicaba con su

arco. Era un terreno peligroso, una superficie de arenas demasiado movedizas.

—Sin embargo, tienes razón en lo que dices sobre la línea —añadió Maude con voz apenas más fuerte que un susurro—. Y tengo mucho miedo de que alguno de los dos la cruce y lo destruya todo. Theobald sabe que algo no va bien entre tú y yo. No entiendo por qué evitamos nuestra mutua compañía, pero temo que un día comprenda por qué. —Cruzó con fuerza los brazos sobre el pecho, protegiendo su cuerpo—. ¿Es amor o deseo? No lo sé, porque no te conozco. Tal vez no sea más que el afán de poseer lo que no se tiene.

Fulke la miró sombrío. Tal vez tuviera razón; quizás fueran víctimas de un deseo pasajero.

—Puesto que el único modo de averiguarlo es cruzar la línea y ninguno de los dos va a hacerlo, no hay más remedio que mantener la distancia —repuso el joven.

—Bueno, eso es sencillo —comentó Maude con forzada alegría—. Voy a reunirme con Theo en la corte y luego nos iremos a Irlanda.

Fulke sonrió tristemente.

—Y yo regresaré a los bosques para hacer la vida imposible al rey Juan.

Se miraron, conscientes de que él estaba recorriendo un camino peligroso, posiblemente hacia su propia muerte. Quizás se mantuvieran a distancia para toda la eternidad.

Se oyó un bullicio repentino en el patio, un sirviente gritó pidiendo antorchas y se escuchó tumulto de caballos. Desde la puerta de la recámara, Emmeline llamó excitada a Fulke y a Maude, avisándoles que la tropa había vuelto de su incursión.

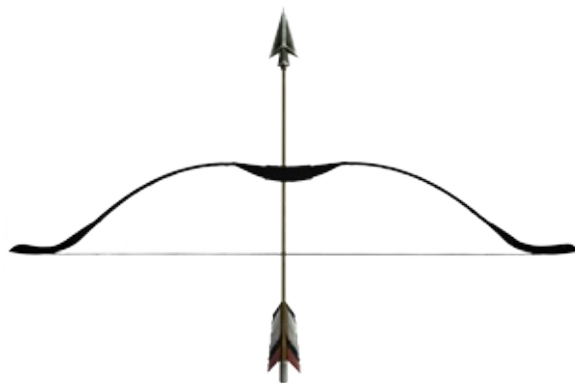
—Tengo que ir. —Maude se puso de pie tan rápido que se tropezó con el dobladillo del vestido. Fulke la sujetó de la mano para sostenerla, atrayéndola momentáneamente hacia sí, y el contacto fue el comienzo de un incendio. Estaban al borde de la línea. Otro tirón y Maude caería en sus brazos.

Retiró rápidamente la mano y le hizo un gesto de despedida.

—¡Vete! —ordenó con voz ronca—. No puedo correr detrás de ti, ¿o sí?

Con un suspiro, la joven escapó.

Reclinándose, Fulke enterró el rostro en sus manos e intentó reunir la voluntad necesaria para saludar e interrogar a sus hermanos.



CAPÍTULO 19

Marlborough, Wiltshire, otoño de 1200

Voy a exigirle a Juan que me dé una respuesta. —La voz de Theobald era firme y decidida. Se estaba cambiando sus prácticas ropas de caza por una suntuosa túnica de corte, de lana azul bordada con hilos de oro. A pesar de su recién nacida piedad, todavía disfrutaba con las ropas lujosas y las lucía como el mejor—. No puede tenerme en ascuas de este modo. —Estiró una pierna para que el sirviente pudiera ponerle cintas decorativas, desde el tobillo a la rodilla—. ¿Qué piensa que voy a hacer? ¿Fomentar una rebelión?

—Tal vez lo piense —murmuró Maude, que permanecía de pie, mientras Barbette le colocaba un leve velo de seda sobre la cabeza y se lo aseguraba con una tiara de plata—. ¿Cuántos nobles le sirven por amor y respeto y no por interés o miedo? —La lluvia tamborileaba sobre el techo de la tienda. De cuando en cuando, la tensa lona se movía de forma alarmante, embestida por golpes de viento. Estaría más tranquila cuando cruzara el jardín y entrara al calor del palacio, para el banquete y los entretenimientos de la tarde. Al menos estaría en un ámbito templado y seco.

—Muy pocos —respondió tristemente Theobald—, pero la mayoría le otorga su lealtad. Él es nuestro rey —suspiró—. Sólo querría que confiara en mí lo suficiente para dejarme partir, pero ése es uno de sus defectos. No confía en nadie. Nos mantiene a todos a la vista, no por amor o necesidad, sino por miedo de que le apuñalemos por la espalda. —Frunció el ceño, frustrado—. Quiero ver mis monasterios de Irlanda una vez más, antes de morir. ¿Es pedir mucho?

Terminada su tarea, Barbette se retiró y Maude se acercó a Theobald. Empujó con suavidad al sirviente, y ella misma continuó colocándole las cintas en las piernas.

—Hablas como si fueras un anciano vacilante. No me vas a dejar viuda hasta dentro de muchos años, espero. —Aquella era una esperanza sostenida por plegarias

fervientes y algo culpables. En el fondo de su mente, marcada por la vergüenza de su existencia, estaba la imagen de una línea dibujada con una punta de lanza sobre la hierba húmeda.

Notó que la mano de su marido descendía, levemente, y se posaba en su hombro.

—Tengo cincuenta y cinco años. A esta edad el hombre tiende a ocuparse de su propio fin. Cuando miro a mi alrededor, no veo a muchos que sean más de diez años mayores que yo. Tengo que pensar en el futuro de mi alma. Ningún hombre quiere morir, pero es mejor estar preparado.

Los movimientos de Maude, que estaba conmovida, se volvieron bruscos.

—¿Y qué pasa con el futuro de tu mujer? —preguntó. Aunque fuera un pensamiento egoísta, para ella la vida terrenal era de mayor interés que el bien de su alma—. ¿Has preparado eso?

—Te dejo bien protegida —respondió, herido y confuso—. ¿Por qué te enfadas?

Maude se puso de pie y le miró intensamente.

—¿Lo suficientemente protegida como para convertirme en un buen premio matrimonial para uno de los esbirros de Juan?

Theobald parpadeó y meneó la cabeza.

—Por supuesto que no. Tendrás a Hubert para guiarte y protegerte. Nadie se atreverá a hacerte daño si estás bajo la protección del arzobispo de Canterbury.

—Hubert es apenas dos o tres años menor que tú. Ya ha estado enfermo. Me venderán al mejor postor.

Theobald estaba perplejo, como un niño pequeño que espera ser felicitado y a cambio recibe una reprimenda.

—He tomado todas las precauciones posibles —repuso, tratando de adoptar un tono ligero—. Te prometo hacer lo posible para vivir lo mismo que Matusalén. Vamos, querida, no te enfades. —Le acarició la frente y con el pulgar le alisó suavemente el flequillo—. He visto tu ceño fruncido demasiadas veces desde que llegaste a la corte.

Maude sonrió como pudo.

—Me alegra estar a tu lado, pero sabes que detesto todas estas grandes ceremonias.

—¿Sólo es eso? ¿No hay otra cosa que turbe tu espíritu?

Sacudió la cabeza y deseó que Dios la perdonara por mentir.

—Nada. Si lo piensas despacio, verás que no comencé a fruncir el ceño hasta que empezaste a hablar de la muerte.

—Ah, entonces tengo yo la culpa.

—No seas tonto. —Las palabras brotaron con más fuerza de la que hubiera querido, y él alzó las cejas—. No me hagas caso, Theo. —Le abrazó, contrita—. Son tonterías, cosas de mi carácter, ya sabes. ¿Estás preparado? —Le cogió del brazo.

Theobald estaba tan dispuesto como ella a dejar la discusión a un lado, e hizo un gesto al sirviente para que abriera la tienda. El atardecer era lluvioso. Mientras se

acercaban a la entrada, la miró y sus profundas arrugas se ahondaron al sonreír.

—Serás la más hermosa de las mujeres en la fiesta, Maude, y sea lo que sea lo que disponga Juan, seguiré siendo un hombre afortunado.

—Lisonjero —respondió Maude, dándole un suave codazo, y conteniendo las lágrimas.



La comida era deliciosa, propia de un banquete real en honor a la nueva reina, la jovencísima mujer de Juan. Había jabalí asado y venado de los bosques reales, adobados con numerosas y picantes salsas; pasteles pequeños moldeados en forma de torres; y ciruelas azucaradas y dulces de mazapán para delicia de la novia-niña.

Isabel de Angulema tenía que sentarse sobre un gran almohadón para llegar a la gran mesa de mármol. Era etérea y delicada, con una nube de pálidos cabellos rubios y ojos de un color azul profundo, como la flor del lirio. A los doce años, sus pechos apenas habían comenzado a desarrollarse, y su rostro era tierno y maleable. Era una criatura de rara belleza. Abundaban los rumores. Se decía que Juan estaba encaprichado con ella. Aparentemente, para conseguirla se había metido entre otro compromiso, deshaciéndolo. La explicación más prosaica era que el acuerdo original se había hecho entre dos familias poderosas opuestas a Juan. Al casarse con la niña, mantenía a las dos facciones claramente separadas y ganaba una excelente dote, así como una esposa hermosa y obediente.

Recordando lo mal que lo había pasado en su propia boda, Maude buscó la ocasión de acercarse a la niña y ofrecerle algún consuelo. Pero pronto se hizo evidente que, aunque las circunstancias eran similares, Isabel estaba hecha de muy distinto paño. Mientras que Maude siendo niña había exhibido sus moretones y raspaduras en las rodillas como medallas honoríficas, Isabel ya presumía de ropas y joyas, se deleitaba vistiéndose exquisitamente y recibiendo la adulación de sus admiradores. Juan había ordenado que se confeccionaran varios vestidos invernales para su novia-niña. Se esperaba que llegara una caravana de mercaderes antes de que la corte marchara a Gloucester, e Isabel estaba irritada porque caía la noche y las telas para sus vestidos no llegaban. Eso Maude lo podía entender. La llegada de una caravana de comerciantes siempre causaba interés, particularmente cuando traía telas. No había nada como un buen paño azul de calidad o un corte de seda escarlata italiana para atraer a una multitud de admiradores.

Entre plato y plato había numerosos entretenimientos: malabaristas, acróbatas, músicos. Jean de Rampaigne encandiló a todos por su destreza con el laúd y su sonora voz. También hubo danzas. A Isabel le encantaba bailar. Era ágil, de gracia y talento naturales. Bailó con Juan y con sus barones, con movimientos fluidos y el rostro brillante y animado.

Theobald estaba hablando con Juan sobre Irlanda, y Maude iba al baño cuando

Falco de Breauté, uno de los guardaespaldas mercenarios de Juan, se le acercó con la obvia intención de invitarla a bailar. No le soportaba, aunque él parecía pensar que era un don de Dios para las mujeres.

Se retrasó en el baño para que Breauté se olvidara de ella, y luego emprendió lentamente el regreso. Pensó que, si Teo había terminado de hablar con Juan, podrían retirarse a su pabellón. Al cruzar un pasillo iluminado por una temblorosa antorcha, una figura se acercó en dirección opuesta, bloqueándole el paso, sin hacer ademán alguno de apartarse. Cuando Maude se detuvo para dejarlo pasar, con el corazón alterado, el hombre también lo hizo, y ella lanzó un agudo e involuntario suspiro.

—*Lady Walter* —ronroneó Juan con sonrisa felina—. No deberías andar por aquí, te puedes resfriar.

Maude hizo una reverencia.

—Regresaba a la sala, señor.

—Bien, puede que así sea, pero me alegra encontrarte aquí, porque deseo hablar contigo.

—¿Sobre qué, señor? —Se preguntó si sería conveniente correr hacia la iluminada y humeante claridad de la sala.

Los ojos de Juan eran más oscuros que la propia oscuridad. Entreabrió los labios y Maude pudo ver el brillo salvaje de sus dientes.

—Pensé que te agradaría saber que he accedido a la petición de tu esposo. Es libre de irse a chapotear al barro irlandés con sus monjes, si es lo que desea.

—Eres muy generoso, señor —murmuró Maude. Se preguntaba qué querría como contrapartida. Juan nunca daba algo a cambio de nada. La gratitud de Theobald podía ser suficiente, pero lo dudaba, a menos que el rey estuviera de un humor excepcionalmente bueno.

—Y un gesto de confianza, después de su comportamiento en Lancaster —observó Juan con desagrado, revelando que la obediencia de Theobald a Ricardo, seis años antes, todavía le irritaba.

—Siempre te ha servido bien, señor.

—Mientras, de paso, se servía a sí mismo. Conozco a los de su clase, mi señora. Honorable, recto, devoto. —Cada palabra era pronunciada como si fuera un insulto—. Si lo dejo partir, es para evitar que ese hermano suyo me caliente la cabeza. Además, ¡dudo que Theobald tenga ya fuerzas para fomentar una rebelión! —Maude apretó los labios para contener las palabras que asomaban a su boca. Al día siguiente podrían dejar la corte y respirar aire puro—. Una mujer joven y encantadora como tú debe encontrar aburrida la compañía de un hombre cuya savia ha dejado de circular, de subir... —continuó Juan, provocativo, acercándose, con intenciones que se hacían obvias en el brillo de sus ojos—. No puedes estar satisfecha con la idea de viajar a un lugar donde no hay nada, mientras tu esposo entona sus cantos religiosos con un grupo de monjes célibes.

—En peores cosas podría ocupar mis días. —Maude trató de retroceder y

apartarse.

—Y también en muchas cosas mejores. —Juan se le estaba echando encima. Maude percibía el calor de su cuerpo, y aunque la idea le repugnaba, sentía una traicionera corriente de atracción. La virilidad de Juan era como un imán ardiente que empujaba su cuerpo hacia él. El rey había sido acusado con frecuencia de perseguir a las esposas e hijas de sus barones, de seducirlas y causar grandes escándalos, pero nunca se le había acusado de violarlas—. Podrías quedarte como una de las damas de la reina, o entretenerte viajando con la corte.

—Es un ofrecimiento muy generoso, señor, pero mi lugar está junto a mi esposo.

La expresión de Juan se alteró y salió a relucir su conocida crueldad.

—Honorable, recta, devota —escupió—. Tal para cual. Pero es una afinidad superficial, ¿no es así, *lady* Walter? Lo que escondes detrás de tu apariencia es lo que toda mujer oculta bajo sus enaguas, y eso es algo que conozco. He satisfecho a muchas de tu clase. —Lanzó una mano, la cogió por la muñeca y la arrastró hacia sí—. La boca se precipitó sobre su garganta, como si fuera un felino, y con la mano libre palpó por encima del vestido.

Maude sintió terror y excitación; vergüenza y ardor al mismo tiempo. Por un instante, quedó paralizada. Luego alzó la mano libre, cogió un mechón del cabello del rey y tiró con fuerza hacia atrás, al tiempo que le clavaba la rodilla entre las piernas.

Juan emitió un quejido ahogado y se dobló. Dio unos pasos tambaleantes y se reclinó contra la pared, con las manos cubriendo sus doloridos genitales. Maude escapó. La bilis se le subió a la garganta, y cuando llegó al baño, ubicado cerca de la gran sala, entró para vomitar cuanto había comido.

Una de las mujeres la encontró en aquel trance. Al principio pensó que Maude estaba borracha, pero cuando se dio cuenta de que sufría una gran agitación, fue a buscar a Theobald al salón.

Maude sintió unos fuertes brazos que la rodeaban, y escuchó la cálida voz de Theobald, firme y consoladora, preguntándole qué le había sucedido. Débilmente, le contó lo que había pasado y se estrechó contra él, escondiendo el rostro en el pecho de su marido.

La expresión de Theobald se tornó dura como la piedra.

—Le retiraré mi lealtad —murmuró entre dientes.

—¡No! —Maude apartó el rostro de su pecho—. ¿Por qué has de pagar por sus errores? ¿Quieres que te convierta en un fugitivo como hizo con Fulke FitzWarin? No, vayámonos ya, levantemos la tienda y partamos. No volvamos aquí nunca más. —Theobald dudó, arrugando la frente. Maude se agarró a su túnica, con los ojos brillantes de lágrimas—. No ganarás nada enfrentándote a él. Sólo causarás un escándalo.

—No soy una brizna de hierba que se deje llevar por el viento de los chismosos —replicó con gesto de dignidad herida.

—No merece tu atención, te lo suplico...

La miró y tras una larga pausa, suspiró pesadamente.

—Tienes razón. Él no vale un disgusto y yo ya he perdido gran parte de mi vida.
—Se volvió al salón—. Me despediré de Hubert y partiremos.

Maude fue con él, colgada de su brazo, como una niña temerosa de la oscuridad, pero también para asegurarse de que no hiciese tonterías a causa de su enfado. Aunque era hombre poco dado a los gritos, la aparente calma de su conducta podía ser engañosa. Maude sabía que estaba indignado.

Cuando entraron en la sala, Hubert estaba con Juan en la mesa principal. La música había cesado, la danza se había interrumpido y todos miraban a un grupo de hombres recién llegados, arrodillados frente al trono real. Juan se sentaba de manera extraña, su rostro denotaba un profundo dolor. Su entrepierna aún no se había recuperado. Parecía furioso, a punto de estallar. Maude sintió que la invadía una oleada de satisfacción y deseó con todas sus fuerzas haberle dañado de por vida.

Theobald interrogó a un caballero que se encontraba cerca y éste respondió que el esperado mercader acababa de llegar.

—La mitad de las monturas, perdidas, y robadas todas las mercancías del rey —explicó el noble con el punto de satisfacción propio de quien puede contar una buena historia, sin importar que encierre el infortunio de otra persona—. Fueron asaltados en los bosques de Braydon por un grupo de proscritos.

Theobald frunció el ceño, preocupado, preguntándose si tales noticias tendrían malas consecuencias para su inminente viaje.

—Por fortuna —añadió el caballero—, no perdieron la vida.

Uno de los mercaderes murmuró algo que hizo que Juan se pusiera repentinamente de pie.

—¿Fulke FitzWarin? —rugió, y pagó por el grito y el gesto, viéndose obligado a sentarse con un quejido—. ¿Esto es obra de Fulke FitzWarin?

El hombre asintió.

—Nos dijo que te saludáramos de su parte, señor, y que te agradecía tu generoso obsequio de finos tejidos.

Los ojos de Juan se desorbitaron y emitió sonidos incoherentes. Su cuerpo tembló como si le estuvieran arrancando la carne de los huesos. Theobald llamó a un sirviente, le dio un mensaje para Hubert y se apresuró a partir con Maude.

—Mejor será que nos vayamos ahora. Si el bandido es Fulke, los bosques son seguros, no tenemos nada que temer —dijo.

Maude se esforzó por mantener el paso.

—Es un idiota. Hará que le maten. —No pudo ocultar la angustia de su voz.

Theobald la miró con curiosidad.

—Tal vez, pero si tuviera que apostar, lo haría a su favor. —Sonrió con cierta ferocidad—. En buena medida, sé cómo se debe sentir Fulke, y le deseo una buena cacería.

Maude no dijo nada. Lo que estaba en juego era demasiado importante como para

hacer apuestas. Tres meses antes le habría importado, pero no tanto. Ahora sintió el frío sudor del miedo en todo el cuerpo.

Una vez en la tienda, Theobald dio orden de levantar el campamento. Partirían con las primeras luces y se dirigirían a Bristol para embarcarse hacia Irlanda. Maude se puso a preparar las cosas, trabajando más que su sirvienta, consciente de que, si se sentaba y no hacía nada, se volvería loca. Theobald la observaba con curiosidad. Sentía su mirada, sus preguntas latentes, y apartó el rostro, avergonzada.

Una hora después, Hubert Walter llegó junto con Jean de Rampaigne.

—Bueno —dijo sin preámbulos mirando la tienda ya despojada de todo, salvo los indispensables colchones—. ¡Se ha armado una buena esta noche!

Los años transcurridos desde la cruzada no habían sido generosos con Hubert. Mientras el cuerpo de Theobald se hacía más esbelto con la edad, el de su hermano se desfiguraba en medio de la buena vida. Su corpulencia apenas era disimulada por la capa espléndidamente bordada y repujada, pero nada podía ocultar la inmensa sotabarba.

Theobald entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el cuerpo del rey está tan dolorido como su mente. Un lacayo lo encontró tirado en el suelo, en un pasillo cercano a sus aposentos privados, jurando que «mataría a la perra» por lo que le había hecho. Al volver a la sala, aseguraba que se había golpeado contra una columna, pero, por supuesto, nadie le cree. Se está especulando mucho, y el nombre de Maude corre en boca de todos. —Miró a su cuñada.

—Que especulen —replicó Theobald con voz helada—. Tengo permiso para partir a Irlanda y no veo razón alguna para quedarme.

—¿No vas a retirar tu lealtad al rey? —Era el súbdito del rey, más que el hermano, quien ahora hablaba. La suya era la voz del canciller y arzobispo que tenía que conocer el corazón y la mente de los hombres.

—¿Te lo diría si fuera mi intención hacerlo? —Theobald se sentó en un taburete que aún no se habían llevado y se pasó la mano por la gris cabellera—. Por Dios, Hubert, puede que la sangre pese más que el agua, pero veo que el poder pesa más que la sangre.

Si el comentario hirió a Hubert, éste no lo demostró.

—Mi obligación es saber lo que piensas.

—Si todavía no lo sabes, no eres mi hermano.

Hubert suspiró.

—No sólo tengo que saberlo, también debo pedirte que renueves ante mí tu lealtad a Juan.

—¿Y echar sal en una herida abierta? Juan insulta a mi esposa, mancilla mi honor, ¡y después exige que le jure lealtad! Por los estigmas de Nuestro Señor Jesucristo, ¡me pides demasiado!

—Es el precio que debes pagar para no ser arrestado por traición.

—¡Traición! —Theobald estuvo a punto de ahogarse al pronunciar la palabra. Se puso de pie, dio dos pasos hacia el fondo de la tienda, y haciendo una pausa, respiró profundamente para recuperar el control. Finalmente, se dio la vuelta y miró con ira a su hermano—. Muy bien —admitió con amargo desprecio—. Juro lealtad a Juan como rey de Inglaterra y señor de Normandía e Irlanda, salvo en lo que hace referencia a mi honor y al honor de mi esposa. —Pasó el brazo por los hombros de Maude—. No me pidas más, Hubert, porque perderás el tiempo y, seas o no mi hermano, te echaré de aquí a punta de espada, de mi propia espada.

—No, lo que has dicho será suficiente —respondió Hubert, pensando que, diplomáticamente, ante Juan podía omitir la última parte.

Como si leyera su pensamiento, Theobald lanzó a su hermano una mirada glacial.

—Si vuelve a tocar a Maude, juro que le cortaré las pelotas y se las haré tragar. También puedes decirle eso.

—Dudo que sea necesario. Ambos estaréis fuera de su vista y de sus pensamientos, en Irlanda, y en estos momentos Juan tiene otra presa de la que ocuparse.

—¿Te refieres a Fulke? —Theobald se relajó un poco, y una sombra de amargo placer le hizo sonreír—. No me preguntes con quién simpatizo en esa lucha.

—Simpatizas con quien debes —dijo Hubert, también con expresión sombría—. Juan ordenó que lo persiguieran y no parará hasta ver el cuerpo de Fulke destrozado a sus pies para poder pisotearlo.

Maude se quedó sin aliento. Se tapó la boca con la mano para ahogar un grito y miró horrorizada a Hubert.

—¡Tienes que avisarle! —Sus ojos se posaron en Jean de Rampaigne, que había permanecido de pie, cerca de la entrada, durante toda la conversación.

—Es un rebelde, está fuera de la ley, y acaba de robarle al rey de Inglaterra más de cien marcos en mercancías. Además, recientemente atacó e intentó matar a Morys FitzRoger, su leal vasallo de Whittington.

—¡Morys FitzRoger es tan leal vasallo como Juan rey honorable! —masculló Maude—. Y puesto que Juan ha robado a Fulke su herencia y le ha negado justicia por ley, no tiene otro modo de defenderse.

Hubert parpadeó varias veces, sorprendido por su vehemencia.

—Cualesquiera que sean sus razones, lo cierto es que el rey está enviando tropas en su persecución —dijo.

Maude se estremeció. Sentía la mano de Theobald apretándole el hombro.

—Seguro que puedes hacer algo —susurró.

—Mis manos están atadas —se justificó Hubert, pero al mismo tiempo las abrió, con las palmas hacia arriba, en un gesto contradictorio—. Sé que tienes mucho que hacer si os vais al alba, Theo. Tal vez quieras que te ayude tu antiguo escudero durante un tiempo. Yo no tengo necesidad de él en este momento, y es posible que te

resulte de suma utilidad.

Los hermanos cruzaron una mirada cómplice en un diálogo sin palabras. Maude notó que Hubert había llegado con la intención de ayudar a Fulke sin que pareciera que lo hacía.

—Gracias, así lo haré. —El tono de Theobald se volvió algo más amable—. Si quieres un trago, hay vino en la jarra.

Hubert sacudió la cabeza.

—No puedo quedarme. Además de realizar mis funciones oficiales, he venido a desearte un buen viaje y a pedirte que reces por mí en un lugar menos mundano que éste.

Los hermanos se abrazaron, al principio de manera cortés, pero luego fuertemente, evocando los lazos sinceros que les habían unido en su juventud.

Maude se adelantó.

—Cuñada. —Hubert la abrazó también y Maude se vio envuelta en una mezcla de olor a sudor y a incienso. Cuando se apartó pudo ver en sus ojos ternura e inteligencia, y por encima de ambas, una inquietante astucia.

Hubert partió hacia la noche lluviosa y hubo un breve silencio, sólo roto por el golpear de las gotas de agua sobre la lona del techo. Theobald alcanzó el jarro de vino ajean.

—Coge lo que necesites para tu viaje y márchate —le dijo—. Ojalá encuentres a Fulke antes que los hombres de Juan. —Buscó en su bolsa, sacó un puñado de monedas de plata y se lo dio.

—Podéis contar conmigo, lord Walter, *milady*. No tengo más deseos de verlo capturado que vosotros. —Jean bebió un largo trago de vino y mostró su grata sonrisa—. Tal vez Fulke recompense mi ayuda con buenas telas. —Dejó el jarrón, guardó las monedas, se puso la capucha de su capa y salió a la oscuridad.

Maude se sentó en el banco, con el estómago ardiendo.

Había empleado su provisión de *uisge beatha* en la herida de Fulke, pero Theobald tenía una pequeña botella para uso personal. La invitó a beber un poco.

—Jean lo alcanzará a tiempo —le dijo—. Y Fulke es más hábil y astuto que cualquiera de los hombres que el rey pueda enviar a capturarlo.

—Lo sé. Pero tú no viste la flecha que le saqué de la pierna. Ni siquiera los más hábiles son inmortales. —Maude aceptó la botella y dio un largo trago. Como siempre, la bebida le quitó la voz e hizo que le ardiera la garganta. Notó que le caían lágrimas por el rostro. Se las secó con el dorso de la mano.

—Extraños son los caminos del amor —musitó Theobald, cogiendo el jarro de vino y dejándolo apoyado contra el poste de la tienda—. Llenamos de espinas los senderos que atravesamos, ¿no es así?

Podría haber sido más sencillo seguir dándole la espalda, elegir el camino de los cobardes. Pero Maude se giró en el banco y le miró a los ojos.

—Mi amor es para ti —dijo con voz firme—. Jamás te traicionaría o deshonoraría

tu nombre.

—No dudo ni de tu amor ni de tu honor. —Theobald dio un largo trago directamente del jarro de vino, sin molestarse en buscar su cuerno—. Pero he visto el cuidado con que tú y Fulke os tratáis cuando estáis juntos, la fría cortesía, la distancia forzada. Al principio pensé que era porque estabas enfadada por aquel incidente con la prostituta, pero me di cuenta de que no es propio de ti permitir que una bobada te pudra el ánimo. Si jamás he sorprendido una mirada de amantes entre vosotros, es porque no os miráis a los ojos.

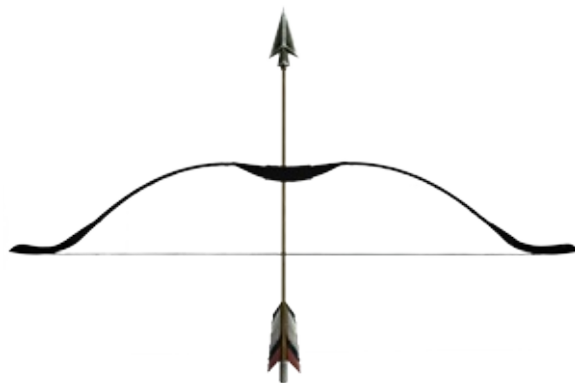
Maude sintió la humedad y el calor de las lágrimas detrás de sus párpados. No tenía sentido negarlo. La percepción de Theobald era aguda como una espada. Su voz tembló.

—No voy a negar que me atrae, pero me he resistido de todos los modos posibles. No quiero sentirme enferma sabiendo que corre peligro, no quiero estar ansiosa cuando sé que está cerca, asomándome para verlo pasar y temerosa de que otros se den cuenta, o que él se dé la vuelta y se encuentren nuestras miradas. A veces me imagino... —Se interrumpió, mordiéndose el labio, y miró a su esposo. Había compasión en la mirada del hombre, y también tristeza. Si tenía celos, estaban bien ocultos. Tragó saliva—. Tu amor es como una manta tibia que me envuelve, Theo. El suyo sería como galopar en un caballo salvaje. Yo necesito... necesito tu protección. —Se echó en los brazos de Theobald, que la envolvió cálidamente, tal como supo que sucedería.

El hombre la besó en el pelo, y sintió que se le agarrotaba la garganta. Que le dijera que comparaba su amor con una manta tibia y reconfortante era un dulce y tierno cumplido, pero no un consuelo cuando lo comparaba con el galope de un caballo salvaje, por no decir un semental. Contraviniendo sus mejores instintos, se sintió herido y posesivo.

—No tenemos que esperar hasta mañana —dijo—. Podemos partir ahora si lo deseas.

—Por favor —rogó Maude, y enterró su cara en el seco aroma a salvia de la túnica de Theobald.



CAPÍTULO 20

Una pálida columna de humo se elevaba del fuego hacia el dorado techo de hojas nevadas.

—Hermoso día —observó Jean de Rampaigne, uniéndose a Fulke sobre un tronco caído que habían cubierto con un apero—. Es una pena que no queden muchos por delante.

Fulke se frotó el muslo.

—Tenemos suficientes amigos dispuestos a encubrirnos o darnos refugio. —Esbozó una sonrisa amarga—. Y tenemos los medios necesarios para pagar por nuestro alojamiento y mantenimiento. —Miró alrededor del campamento que habían establecido la noche anterior, después del ataque a la caravana de mercancías de Juan. Varios caballos de carga daban testimonio de su éxito. Había repartido casi todas las telas entre sus caballeros, pero se había guardado para sí una capa de lana azul con bordes de castor. Como había dicho Jean, los buenos tiempos pronto terminarían, y aunque las sedas rojas y doradas eran un lujo maravilloso, no abrigaban en las noches de invierno.

Jean asintió.

—Pero mil libras de plata a cambio de tu pellejo podrían alterar el equilibrio de lealtades a favor del rey.

—Ya lo tiene todo a favor. Este ataque no alterará ese equilibrio, pero le mostrará que un simple perro puede enseñar sus dientes afilados. —Continuó frotándose el muslo, se puso de pie y caminó hasta el fuego. Los hombres estaban desayunando galletas de centeno sin levadura, untadas con miel o grasa de cerdo. Los caballos rumiaban raciones de grano.

No podían permanecer allí. Incluso antes de que llegara Jean con las primeras luces, sabían que les perseguirían. Juan se había convertido en el hazmerreír de toda

la corte, y nada, excepto la muerte, sería suficiente castigo para ellos, los criminales. Se acarició el torcido puente de la nariz. Todavía seguían jugando al ajedrez, y ninguno parecía haber aprendido las lecciones del pasado. Fulke esperó en su día que Juan fuera justo, y Juan siempre esperó ganar.

—¿Dónde iremos ahora? —preguntó Jean.

Fulke se dio media vuelta.

—¿Iremos, dices?

Jean sonrió.

—Su eminencia el arzobispo es aficionado a tener un pie en cada lado.

—Mientras no le agarren de las pelotas —replicó mordazmente Fulke, y esbozó una sonrisa—. En todo caso, eres más que bienvenido a nuestro lado. No existe compañía que me alegre más que la tuya. —Hizo un gesto de desdén hacia la elaborada reverencia de Jean—. Nos dirigiremos a Higford para retribuir la generosidad de mi tía. Después, dividiremos nuestro tiempo entre Morys FitzRoger y Juan. Los voy a escaldar tanto que desearán hacer las paces conmigo bajo mis condiciones.

Jean cogió una galleta de centeno del montón que Richard FitzWarin acababa de sacar del fuego. Pasándola de mano a mano, como una trucha saltarina, soplando sobre la tostada superficie, habló con seriedad.

—Juan quiso propasarse con Maude Walter ayer por la noche, entre el asado y los postres.

La mano de Fulke se cerró sobre el mango de su espada.

—¿Qué?

—Todo se mantuvo en secreto y, además, la llegada de tus mercaderes dejó en segundo plano lo sucedido. Aparentemente Juan le dio permiso a Theobald para ir a Irlanda y sugirió que *lady* Maude estaría mejor si se quedaba en la corte. —Con un perfecto manejo del tiempo dramático, Jean masticó la galleta de centeno que su mano sostenía frente a la boca—. Está caliente —murmuró.

Fulke le miró con furia. Unos pocos mercaderes, cien marcos de botín. Le había complacido el ataque, pero ahora no le parecía suficiente.

—¿Y qué pasó? —Su voz era peligrosamente ronca.

—Que *lady* Maude le sirvió, pero no como él quería —contó Jean, con la habilidad característica del narrador experimentado que era, mientras observaba el efecto en su audiencia—, sino como se merecía. —Se comió el resto de la galleta y se sacudió las manos—. Le dio una patada tan fuerte en las pelotas que casi siguió doblado por la mitad cuando recibió a los mercaderes que robaste. Ella y lord Theobald se prepararon de inmediato para abandonar la corte. A estas horas estarán a medio camino de Bristol, para embarcarse hacia Irlanda. —Fulke suspiró aliviado—. No te preocupes, está a salvo —añadió Jean, cruzando los brazos y mirando inquisitivamente a Fulke—. Su principal preocupación eres tú y el peligro que corres.

—¡El peligro que corro! —Fulke se rio—. Este es el más claro ejemplo de la olla

llamando negra a la sartén. —Luego se puso serio—. ¿Qué opciones tenían, salvo las inaceptables?

—Al bromear contigo en su boda, no pensé ni por asomo que ella se convertiría, verdaderamente, en tu Melusina —murmuró Jean.

Fulke hizo un gesto irónico.

—Aunque yo sea suyo, ella no es mía. Y ciertamente es lo mejor para ella. Creo que... —Dejó de hablar cuando se escuchó el sonido de un cuerno de caza en la distancia, hacia el sur, y luego otro, un poco más al este que el primero. Maldiciendo, dio la orden de partir.

—Vendrán cabalgando desde Marlborough en tu busca —dijo Jean mientras preparaba su montura y sacaba la cota de malla de la encerada envoltura que la protegía—. Juan también habrá alertado a las villas y aldeas. Con una recompensa de mil libras de plata por tu cabeza, vale la pena intentar darte caza.

Con la celeridad nacida de la práctica, Fulke y Richard apagaron el fuego y dismantelaron la parrilla, enfriando los hierros calientes con una cantimplora. Cuando Jean terminó de colocarse la cota, los caballos estaban cargados, y Fulke saltaba sobre su montura.

—Pues bien —manifestó con una fiera sonrisa—, brindémosles una alegre danza.



—¿Una danza alegre, eh? —dijo Jean mientras secaba la espada en la capa—. Te digo que los pasos que das son demasiado rápidos para mi gusto. En este bosque debe haber más gente buscándote que árboles.

Su intento de cruzar las líneas hacia el este había fracasado. Un grupo de caballeros les cortaba el paso, y aunque Fulke podría haberlos vencido, el resultado no era seguro. Dio media vuelta, de regreso a los bosques, y se encontró con un grupo más pequeño. Tras una difícil escaramuza, salieron victoriosos, pero no indemnes. La sangre corría por el rostro de Ivo, que había estado a punto de perder un ojo de un lanzazo. Otros miembros de la compañía también estaban heridos.

—¡No puedo complacerte! —respondió Fulke casi sin aliento—. Si queremos vencer, los pasos tienen que ser todavía más veloces. —Detuvo su fatigado y sudoroso caballo—. Hacia el este —ordenó—. ¡No custodiarán esas rutas, porque no esperarán que nos dirijamos a Marlborough!

—¿Y qué haremos cuando llegemos allí?

—Podremos refugiarnos en el bosque de Savernake o en la abadía de Stanley. — Fulke azuzó a *Llamarada*.

Siguieron por senderos de ganado, saltando arroyos, atravesando caminos húmedos, con las hojas otoñales cayendo sobre ellos como plumas doradas. El sonido de los cuernos de caza se acercaba por momentos, y por momentos se alejaba, como si jugaran al escondite con sus perseguidores.

—¡Alto en nombre del rey! —Un tembloroso y solitario cazador se cruzó en su camino. Sin duda, era un morador de una villa cercana, más que un soldado, porque no llevaba más arma que una hoz. Tenía, sin embargo, un par de poderosos pulmones, y un pulido cuerno de caza, que llevó frenéticamente a sus labios. William se adelantó y con un golpe con la parte plana de la espada, arrancó el cuerno de las manos del labriego. Fue cosa de un momento atraparlo y atarlo a un árbol con las cintas de sus perneras.

Nadie acudió en su ayuda. Era un centinela de la retaguardia, y los fugitivos pudieron dejar el bosque. Fulke no dudaba que todavía les perseguirían. Alguien notaría pronto que habían cambiado de rumbo. No podían refugiarse en Marlborough y la herida de Ivo necesitaba cuidados. La abadía de Stanley era la mejor opción, porque les daría algo de tiempo, y si no quedaba más remedio, podría convertirse en su santuario.

Al aproximarse a la abadía, el portero los vio y corrió a cerrar las pesadas puertas de cedro.

—¡Abrid en nombre de Hubert, arzobispo de Canterbury! —gritó Jean, golpeando la puerta tachonada con hierros con el puño de su espada.

La única respuesta fue el sonido de la llave girando en la enorme cerradura.

Fulke se giró en su montura e hizo un gesto a Alain.

—Tú eres el más alto —le dijo—, date prisa y habla con el portero.

Alain acercó su montura hasta el muro, y luego, mientras Richard sujetaba el caballo, se puso de pie sobre el lomo, y trepando con pies y manos por la áspera piedra, saltó dentro del recinto. Se escuchó un breve grito, luego los sonidos de una pelea y nuevamente el giro de la llave en la cerradura.

—Entrad, hermanos —dijo Alain, riéndose de su propia broma. El portero estaba en el suelo, atontado, con la cabeza entre las manos y un gran raspón en el antebrazo. Eran las consecuencias de su lucha con Alain. Miró amenazador a los caballeros que desmontaban.

—¡Seréis excomulgados!

—Que Dios nos juzgue como le parezca —replicó Fulke. Hizo una señal a Baldwin de Hodnet para que ayudara a Ivo a entrar. Philip, el más hábil curando heridas, le siguió. Fulke se dirigió al monje—. Dame tu hábito.

—¡No te daré nada, salvo la maldición de Dios!

La paciencia de Fulke, de por sí bastante escasa, se acabó. Acercándose al clérigo, lo puso de pie agarrándolo por el hábito. Con la ayuda de William y una considerable resistencia de la víctima, Fulke consiguió quitarle los atavíos. Tembloroso en su alba blanca, el hombre les insultó con un vocabulario más digno de un vendedor callejero que de un hombre de Dios, hasta que William y Richard lo llevaron a rastras a la hospedería, y lo dejaron vigilado en un rincón. Fulke se puso las voluminosas vestiduras del monje, se las ató con un cinturón de sogas y después se colocó la capucha del hábito para que sus facciones quedaran disimuladas.

—¿En nombre de Dios?, ¿qué estás haciendo? —preguntó Jean, que había observado todo el episodio con una mezcla de humor y desaprobación.

—Imitarte, a ver qué pasa.

—¿Qué?

—Que sigo tu ejemplo, altero mi apariencia para contundir la percepción de los otros. —Tomando el cayado del portero, Fulke se dirigió hacia la puerta de entrada—. Mantened los oídos atentos y estad vigilantes por si necesito ayuda —ordenó—. Pero no vengáis a menos que yo grite.

Jean le miró, indeciso.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Hago lo que debo. Lo que resulte queda en manos de Dios. —Se persignó y salió al camino, inclinándose sobre el cayado, como si estuviera herido.

No tuvo que esperar mucho antes de que un grupo de caballeros llegara al galope a la abadía, en medio de una nube de polvo. El jefe paró el sudoroso caballo, y, con el rostro enrojecido, se inclinó para hablar con Fulke.

—Dime, hermano, ¿han pasado caballeros armados por aquí?

—En verdad han pasado, y con gran apuro. —Fulke señaló con el cayado en dirección al camino—. Casi me atropellan esos villanos. Rezo para que se haga justicia, pero temo que tengáis que exigir demasiado a vuestros caballos.

—Los suyos también estarán cansados —replicó el caballero, y Fulke pudo ver el ardor guerrero en sus ojos, la esperanza de obtener la gloria de capturar a los hermanos FitzWarin—. Estamos tan cerca que casi puedo oler la victoria. Gracias por tu ayuda, hermano. —Espoleó los flancos de la montura y salió al galope con su tropa, con el sol de otoño haciendo brillar cotas y armas.

Fulke respiró profundamente y su nariz se llenó del ácido olor del ocupante habitual del hábito. El portero, dedujo, tenía debilidad por el ajo. Conseguido el objetivo de ganar un poco de tiempo, se volvió hacia la abadía, pero antes de poner su mano en el picaporte llegaron más jinetes, obviamente rezagados del grupo que acababa de alejarse. Su jefe era Girard de Malfee, a quien Fulke conocía bien de su época de escudero. La capucha preservaba el anonimato del rebelde, pero así y todo corría peligro de ser descubierto, como demostró rápidamente Malfee. Bajando su lanza, el caballero pinchó el hábito de Fulke y se encontró con la delatora resistencia de la cota de malla.

—Bien, bien. —Girard sonrió—. He aquí un monje bien relleno. Me pregunto qué pasará si pincho para que gotee —dijo, reclinándose sobre su lanza.

—Lo lamentarías más que yo. —Alzando su voz en petición de ayuda, Fulke hizo girar su cayado para desviar la lanza y dio a Malfee un tremendo golpe por debajo del yelmo.

Mientras Malfee se tambaleaba, se abrieron las puertas de la abadía. Los hombres de Fulke aparecieron a la carrera, enarbolando sus armas, y después de una breve y violenta escaramuza, tomaron prisioneros a los rezagados.

—No los matéis —ordenó Fulke mientras se quitaba el hábito—. Estamos en suelo sagrado.

—Podemos sacarlos de la abadía para matarlos —sugirió William mientras ataba con ferocidad las manos de un prisionero.

Fulke negó con la cabeza.

—Eso sería respetar la ley, pero no su espíritu. Girard, si te queda cerebro en la cabeza, saluda al rey Juan de mi parte y agradécele el entretenimiento de esta mañana.

Malfee le miró con furia.

—No es un juego, FitzWarin —replicó.

—Lo es, y estoy ganando —advirtió Fulke—. Si Juan no quiere jugar más, lo que tiene que hacer es rendirse. Puedes decirle que siempre he sido mejor que él en el ajedrez.

—¡Díselo tú! —Ladró Girard.

Fulke se frotó la nariz con delicadeza.

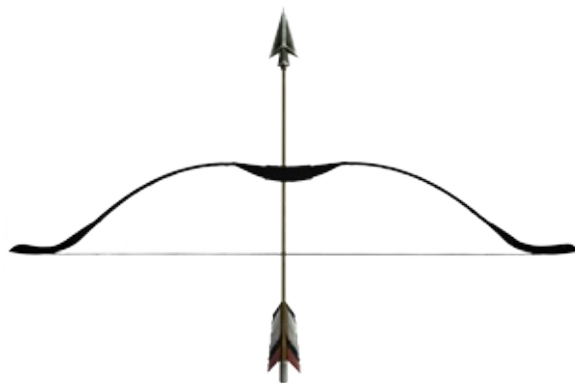
—Lo haré cuando esté preparado para escucharme. Por ahora, creo que será más seguro comunicarse de esta otra manera.

Atados como gallinas, Malfee y sus compañeros fueron abandonados en la habitación del portero, donde éste también había sido confinado para evitar que diera la voz de alarma. Fulke ordenó a sus hombres que tomaran las mejores monturas y armas de los prisioneros.

—¿Estás listo para cabalgar? —preguntó Fulke a Ivo mientras preparaban la partida. Philip había puesto un vendaje improvisado entre el yelmo y la mejilla del muchacho, ocultando la herida sufrida en el lado izquierdo del rostro.

—Puesto que la alternativa es quedarme y ser atendido por los monjes, ya lo creo que estoy listo —respondió Ivo con una sonrisa—. Dudo que el abad valore el regalo que le dejas en su hospedería —dijo indicando con su mentón en dirección a los monjes, que en ese momento salían de la capilla.

—Qué le vamos a hacer —repuso Fulke—. Tal vez podamos ofrecerle alguna compensación. Me aseguraré de que reciba un fino lienzo de seda de damasco para su altar. —Sonrió salvajemente—. Después de todo, es una tela digna de un rey.



CAPÍTULO 21

Limerick, Irlanda, primavera de 1201

La lluvia se convirtió en un susurro delicado como el roce de una tela de araña, que matizaba de tonos grises el verde color del terreno. Maude se había acostumbrado al clima lluvioso, a las nubes constantes, pesadas y húmedas de la costa del mar irlandés. Se habituó a escuchar la suave y gutural lengua de los nativos gaélicos, en vez del francés y las largas vocales inglesas; a sentirse en el extremo del mundo, donde las estaciones cambiaban, pero el tiempo permanecía inmóvil. Y siempre llovía.

La joven se levantó de la cama y miró por la ventana. La suave cadencia de la lluvia era como una triste canción entonada en las celosías. Por un instante, añoró el sol; una chispa cálida que dibujara algo distinto en las piedras del suelo y aventara el mustio olor de las paredes de madera del lugar. Durante el frío y húmedo invierno había permanecido junto al fuego, cosiendo a la luz de las velas, trenzando hilos y escuchando las arpas y los largos relatos de los juglares, que cantaban la mítica historia de su tierra. Practicaba con su arco, aunque lloviera, hasta casi poder dar en el blanco con los ojos cerrados.

Cuando el clima daba una tregua, Theobald y ella iban a cabalgar juntos por el salvaje paisaje, verde como el paraíso. Con orgullo y humildad, su marido le había mostrado sus fundaciones religiosas: los monasterios de Wothenev, Arklow y Nenagh. Y le había anunciado su intención de tomar los hábitos antes de morir. No porque pensara en morirse ya, decía, sino cuando llegara su hora, como ha de llegarles a todos los hombres.

La noche anterior, en la sala, el juglar, que había cruzado el mar, desde Inglaterra, y viajaba con los mercaderes y los artistas a Limerick, en Shannon, había cantado una nueva balada. Trataba del fugitivo Fulke FitzWarin, que había robado al rey Juan un

tesoro en joyas y finas telas, y luego había despistado a sus perseguidores disfrazándose de monje y atándolos en la hospedería de una abadía cercana.

Theobald consideró la última parte de la historia como una dudosa exageración, pero Maude no estaba tan segura de que fuese incierta. Fulke vivía en peligro constante, y eso tal vez borraba la diferencia entre lo que estaba o no estaba dispuesto a hacer.

Barbette apareció para ayudarla a vestirse con unas enaguas de lino blanqueado, un vestido de cálida lana verde y un chal de tela a cuadros como los que utilizaban los gaélicos. La cuadrícula era atractiva, los colores verde y azul realzaban la claridad de los ojos de Maude.

—Hay visitantes, mi señora —murmuró Barbette mientras le colocaba un broche de plata sobre el chal—. Una dama irlandesa, que habla un francés pasable, y que parece conocer a tu esposo.

—¿Su nombre?

Barbette se encogió de hombros.

—No lo sé, mi señora. Sonó como el ruido que hacen los hombres cuando practican con sus espadas.

Maude frunció los labios.

—Eso no es muy amable.

—No puedo remediarlo, mi señora. Tal vez no soy amable porque ella es muy hermosa, y, cuando me fui, todos los hombres estaban pendientes de sus palabras. ¿No decían que San Patricio expulsó a todas las víboras de Irlanda? Bueno, yo me pregunto si no se dejó una olvidada.

Maude se sintió intrigada. La melancolía de otro día gris fue reemplazada por aquella pequeña excitación. Cualquier mujer capaz de conseguir que Theobald saliera de su indiferencia habitual tenía que ser interesante, especialmente si su nombre sonaba como los rugidos de los hombres en la batalla... es decir, muy parecidos a los ruidos que hacían en la cama.

Maude se dirigió a la sala. Theobald todavía estaba sentado en la mesa, alargando su desayuno, algo muy poco frecuente en él aquellos días. Vestía su habitual túnica larga, sin adornos, de color carbón, que apenas se diferenciaba de un hábito monástico salvo por el cinturón de adornos dorados, del que colgaba una fina daga.

Escuchaba atentamente a una mujer sentada a su izquierda. Ésta iba elegantemente ataviada, al estilo normando, con un vestido de lana rosa, ajustado para mostrar la forma del pecho y la cadera, y un velo que realzaba el blanco cuello y las brillantes trenzas negras. Una mano de la mujer descansaba sobre la manga de Theobald, y sus modales, incluso a distancia, parecían muy seductores.

A medida que se aproximó, Maude notó que su invitada era mayor de lo que parecía a primera vista. Unas pequeñas arrugas se extendían desde los extremos de los ojos, y dos leves grietas se dibujaban entre la nariz y la boca.

—Mi señor. —Maude hizo una reverencia formal a su esposo, con ojos

inquisitivos.

Theobald se puso de pie, le besó la mano y la sentó a su diestra.

—Mi señora. Esta dama es Oonagh O'Donnel, que viene a ofrecer a su hijo como oblato para Wothenev.

Maude murmuró un saludo cortés. Ya sabía por qué Theobald estaba pendiente de cada una de sus palabras. Su hijo iba a tomar los hábitos.

—Conocí a tu esposo hace muchos años, cuando vino con el príncipe Juan para intentar domesticar a los irlandeses —explicó la mujer con un tono grave—. En verdad, no faltó mucho para que nos casáramos.

Maude sonrió con interés, y aceptó el pan, el queso y el vino que el sirviente de turno puso frente a ella. Oonagh. Sonaba, en efecto, como algo que los hombres gritaran en las batallas o en las camas. Theobald, ella podía verlo, se encontraba un poco desconcertado.

—¿Y por qué no os casasteis?

Oonagh se rio.

—No era el tipo de hombre al que pudiera dominar. Aunque lo intenté. ¿Te acuerdas? —preguntó tocando juguetonamente el brazo de Theobald. Mudo y algo pálido, Theobald negó con la cabeza—. Ah, en aquellos tiempos eras muy buen bailarín.

—Sigue siéndolo —apuntó Maude mirando a su esposo, que evidentemente deseaba estar en cualquier otra parte.

—También yo. —Oonagh bebió de su copa—. Pero no bailo tanto como solía hacerlo y tengo muchos menos compañeros de danza. —Se encogió de hombros—. Supongo que nos pasa a todos.

Maude decidió que era momento de cambiar de tema.

—¿Tu hijo va a entrar en el noviciado? —preguntó.

La mujer sonrió, aunque no parecía muy contenta.

—Ruadri, el mediano —señaló a dos jóvenes bien parecidos que estaban sentados en una mesa muy cercana a la principal. Eran adolescentes muy desarrollados, de cabellos pálidos—. Adam ha venido para hacerme compañía. Collum, el más joven, está en casa. —Miró a Theobald y sonrió—. Desafortunadamente, mi segundo esposo murió hace casi siete años. Ya había estado mal de salud anteriormente.

Maude se preguntó por qué sonreiría la mujer mientras hablaba de algo tan triste, y decidió que no quería saberlo.

—Sí, nos enteramos de ello —repuso Theobald, y comenzó a jugar con una miga de pan sobre la mesa.

Oonagh se terminó el vino de la copa y se secó los labios con una servilleta, dejando en ella una pálida mancha rosada.

—Dime, lord Walter, ¿qué ocurrió con aquel apuesto escudero que tenías? ¿En qué clase de hombre se ha convertido?

—En uno bueno —señaló Theobald suavemente.

—Incluso sin cornamenta, ya era un hermoso ciervo. Me sentí muy tentada de ir en su busca y capturarlo, y podría haberlo hecho, lo sabes. —Se recostó en la silla y con dedo sensual recorrió el borde de la copa—. A veces me digo que fui tonta por dejarlo escapar.

—No me parece que ésta sea una conversación digna de la madre de un postulante —replicó Theobald, abiertamente agitado. Se frotó el entrecejo y arrugó la frente.

—Es Ruadri quien va a entrar en el monasterio, no yo —repuso Oonagh sin inmutarse—. Guarda para él los sermones, y deja que viva mi vida como quiera.

Theobald logró mantener a duras penas la compostura.

Oonagh le miró de reojo, con el esbozo de una sonrisa en los labios.

—Muy bien, admito que he hablado más de la cuenta. Espero que Fulke esté bien, y que se acuerde de mí con tanto afecto como yo le recuerdo a él. —Dejó la copa y se puso de pie acompañada por el susurro de su lujoso vestido y el suave rastro de su perfume—. Ahora, mi querido lord Walter, ¿vas a quedarte sentado todo el día o me vas a mostrar tu monasterio?

Maude fue a todas luces ignorada, *lady O'Donnel* la trataba como si no tuviese importancia o fuese poco más que una niña inmadura. La joven lo vio en los ojos de la otra mujer, que parecía considerarla una pequeña amenaza de la que había que deshacerse rápidamente. En silencio, se enfureció.

Theobald se sobresaltó por la petición de su visitante.

—Puedo mostrarte la hospedería, mi señora —dijo—. A las mujeres no se les permite ir más allá, pero tu hijo tiene permiso para verlo todo.

—Entonces tendré que conformarme con eso.

Maude los vio alejarse con los dos muchachos. Podía haber impuesto su presencia, acompañándolos, pero prefirió no hacerlo. Oonagh O'Donnel no deseaba su cercanía, y aunque Theobald estaba claramente incómodo con aquella mujer a la que encontraba atractiva, difícilmente iban a establecer relaciones especiales en un monasterio. Llamó a un sirviente y le pidió que le llevara su arco y sus flechas, y deseó que la visita de Oonagh no fuera larga.



Theobald se apretó las sienes con expresión dolorida. Maude le miró preocupada. Últimamente sufría agotadoras jaquecas cuya frecuencia iba en aumento. Después de un día tan intenso, no le sorprendía que estuviera indispuesto. Pidió a Barbette que le llevara un poco de corteza de sauce en vino y se acercó para reconfortar a su marido, acariciándole la frente.

—Me alegro de que se haya ido —murmuró. Oonagh O'Donnel había partido poco después del mediodía, dejando a su hijo al cuidado del abad de Wotheneby.

Theobald cerró los ojos.

—A ella le gusta causar problemas —dijo—. Hoy quería demostrar que, a pesar de tener hijos casi adultos, todavía puede imponerse a cualquier mujer que tenga cerca. —Sonrió—. Supongo que vencería en una competición de prostitutas. Se rumorea que encargó que mutilaran a su segundo esposo para hacer su propia voluntad.

Maude le miró sorprendida.

—¿Le mutiló?

—Eso dicen. —Torció el gesto—. No le quiso matar rápidamente porque sólo habría conseguido que otro normando la comprara para gobernar sus tierras. Resultó herido en un accidente de caza, eso es lo que oímos. Recibió un golpe en la cabeza que le dejó tonto. Le mantuvo con vida hasta que perdieron interés en ella, y luego, cuando murió, se casó con Niall O'Donnell, el hombre que ella había elegido. Nadie duda de que los hijos son de él, y no de Guy de Chaumont.

Theobald no era precisamente aficionado a los chismes. Lo que le había dicho era tan sórdido, y encerraba tales amenazas, que Maude no pudo evitar un estremecimiento de temor. Definitivamente, aquella mujer era peligrosa.

Theobald observó su miedo.

—Sí, Oonagh O'Donnell es implacable y egoísta. Se acostó con Juan cuando yo estuve aquí, y si no lo hubiera impedido, también habría clavado sus garras en Fulke.

—¿Y cómo lo evitaste? —Maude se apretó el pecho. Sentía necesidad de volver a persignarse.

—Le dije que la mataría si trataba de seducirle. No era más que un muchachito por aquel entonces.

—¿Y ella te obedeció?

Theobald se puso de pie y fue a echarse en la cama.

—No por miedo. Creo, honestamente, que le gustaba el chico de verdad, y por eso decidió dejarlo. ¿Has visto esos grandes perros que tiene Fulke?

Maude asintió.

—Son descendientes de una perra que ella le dio como regalo al partir. Por eso creo que le aprecia por razones que van más allá de la simple lujuria.

—¿Y qué piensa Fulke de ella? —Procuró que su voz tuviera un tono neutro. No podía permitir que los celos asomaran en sus palabras.

Theobald respondió torciendo el gesto, y sin poder evitar cierta tensión producida por el dolor.

—Era un escudero. Sentía por las mujeres el interés propio de cualquier muchacho, intensificado por su falta de experiencia. Ella tenía la edad que tú tienes ahora, pero era cien veces menos inocente. Ya has visto cómo se comportó en el salón, de qué modo hablaba y se movía. Imagina ese efecto en un adolescente.

Maude no dijo nada. Se hacía una idea. En silencio, se mostró de acuerdo con Barbette. San Patricio no había expulsado a todas las víboras de Irlanda. Se alegró de que Fulke estuviese en Inglaterra y no tuviera motivos para cruzar el mar y renovar

viejas amistades.



Por la mañana, a pesar de las abundantes dosis de corteza de sauce que le echaron en el vino, el dolor de cabeza de Theobald empeoró y empezó a quejarse de que su visión era extraña y borrosa. Al sacudir la cabeza, en un intento vano de eliminar el malestar, sólo lograba exacerbarlo. Maude quería que pasara el día en la cama. Theobald insistió en levantarse. Finalmente, llegaron a un acuerdo, y quienes tenían que reunirse con él fueron a verlo a su habitación. A pesar del dolor, Theobald atendió sus quehaceres. Los mensajeros fueron y vinieron durante todo el día y el caballero enfermo dictó una buena cantidad de cartas y escritos.

—Deberías esforzarte menos —sugirió Maude, mirándole muy preocupada.

—Algunos asuntos no pueden esperar —respondió Theobald. Maude no pudo despachar a los que se presentaban, porque su marido se empeñó en seguir con su trabajo.

Nuevamente, salió con su arco a practicar tiro al blanco y olvidar así las preocupaciones. Theobald ya no estaba en la flor de la vida, ella lo sabía, pero no era todavía un anciano. Era su escudo contra el mundo, su refugio, y verlo enfermo la hacía sentirse vulnerable.

Dos horas después, cuando estaba hablando en la sala con la esposa de un noble de los alrededores, un sirviente asustado la conminó a ir al dormitorio. Theobald había anunciado que el dolor se le hacía intolerable. Vomitó varias veces y luego se desmoronó. Todavía respiraba y tenía los ojos abiertos, pero nadie podía hacerle reaccionar.

Con un terrible presentimiento, Maude corrió a la estancia y se acercó a la cama. A Theobald le habían aseado mientras el sirviente había ido buscarla. Las sábanas tersas, sin arrugas, y el hombre que yacía acostado sobre ellas, con el pecho moviéndose apenas, le recordaron a un cadáver colocado sobre un catafalco.

—¿Theo? —Se inclinó sobre él y le cogió la mano. Estaba fría y sin fuerzas. La pupila de uno de sus ojos estaba dilatada y oscura. La otra se expandió cuando pareció verla—. Theo, ¿puedes oírme?

No hubo respuesta. Miró a los presentes, todos con los rostros sombríos, y luchó contra el pánico que amenazaba con desbordarse y ahogarla.

Llegó el abad acompañado del enfermero, el hermano Cormac, un monje rotundo de carácter alegre. Tapándose la boca para contener el dolor, Maude le vio examinar a Theobald con delicadeza. El abad se mantuvo de pie, serio, a un lado, con las manos cruzadas dentro de las mangas de su hábito.

—Me temo que ha sufrido un ataque. —El hermano Cormac habló en francés, pero con un fuerte acento gaélico. Sus ojos pardos estaban tristes—. Crearía falsas esperanzas si dijera que va a recuperarse, aunque a veces sucede. Pero creo que

debería estar preparada para afrontar el hecho de que posiblemente Dios se lo lleve consigo esta noche.

—¡Debe haber algo que pueda hacer por él! —Maude lloraba.

—Hija, su vida está en manos de Dios —dijo con gentileza el monje.

—Pero no puede morir, ¡le necesito! —Se dio media vuelta, con las manos cubriéndose el rostro, temblorosa. De pronto, había dejado de ser la arquera y se había convertido en el blanco. Su corazón estaba herido por una flecha muy certera. Barbette la abrazó para consolarla. Le pusieron una copa de *uisge beatha* en las manos, pero la apartó. Separándose de su sirvienta, corrió hasta el baño, e inclinándose sobre el agujero, vomitó violentamente.

Pasó la primera alarma, pero el dolor permaneció, como si un puño de hierro le desgarrara las entrañas. Se reclinó contra la pared y respiró profundamente. Ya habría tiempo, y mucho, para ahogarse en sus miedos. Debía dejar su egoísmo al margen; las necesidades de Theobald eran lo primero.

Poniéndose de pie, enderezó la cabeza, volvió a la recámara y se acercó al lecho. Theobald no se había movido y le habían cerrado los ojos para impedir que se le secaran.

—¿Puede escucharnos? —preguntó.

El hermano Cormac se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo? Es posible que no, mi señora —dijo retrocediendo un paso.

Maude se mordió el labio. Arrodillada, le cogió la mano. Tenía la piel fría. No hubo ningún movimiento de respuesta. El terror la acechaba, esperando la oportunidad de dominarla. Tragó saliva, intentando deshacerse del nudo que tenía en la garganta, y alzó los ojos hacia el abad.

—Mi esposo deseaba terminar sus días como miembro de vuestra orden. Le ruego que le ordenen monje, y si muere, que lo entierren entre vuestros hermanos.

El abad inclinó la cabeza.

—Así se hará, hija.

Maude reclinó el rostro contra la mano de Theobald.

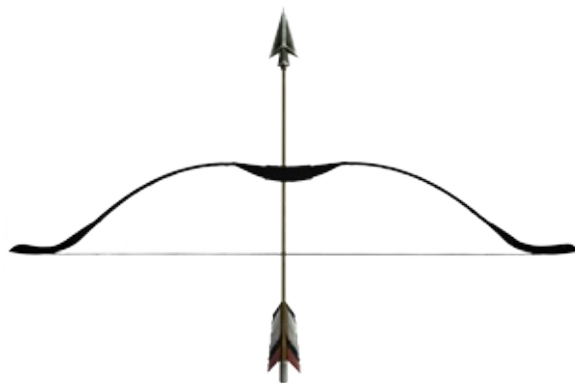
—Que sea ahora —dijo, haciendo un gran esfuerzo para hablar con firmeza y superar el temblor de los sollozos, aunque en su interior estuviera llorando a mares. Acomodó la fría mano de su esposo debajo de la manta y le besó la mejilla—. Que Dios te acompañe —susurró—. Sabes que te amo y que tu amor lo ha sido todo para mí.

La mirada del moribundo era como un pergamino en blanco, y Maude no supo si la había escuchado o no, ni si su alma estaba más allá de las preocupaciones mortales. Resistiendo el llanto, se puso de pie para dejar que los monjes ocuparan su lugar.



Theobald murió cuando el débil sol se poma en Shannon. El final fue anunciado por el suave cántico de los monjes y el quejido de las gaviotas en el estuario. La luz de las velas temblaba sobre el santo óleo que unguía la frente y las manos del difunto, que sostenían un relicario de plata en forma de cruz.

Maude descubrió que se había quedado sin lágrimas y que no podía llorar más. El manto que la protegía había desaparecido, y ahora se enfrentaba a una difusa y desoladora incertidumbre. Su esposo ya tenía la paz que ansiaba. Ella no se la envidiaba. Estaba dolida con el muerto, por dejarla desnuda frente al mundo; frente a la codicia de los hombres dispuestos a devorar a la viuda de Theobald Walter de un solo bocado.



CAPÍTULO 22

Higford, Shropshire, mayo de 1201

Fulke, sentado en un banco del soleado patio de Higford, se ocupaba del filo de su espada con una piedra de pulir cuando llegó Jean de Rampaigne.

—Por Dios, ¡eres más difícil de encontrar que una virgen en un prostíbulo! —dijo el recién llegado mientras desmontaba y conducía su caballo al bebedero de piedra, a la entrada de la caballeriza. El sol le había enrojecido las mejillas y la nariz. Su túnica forrada mostraba oscuras manchas de sudor en el pecho y bajo los brazos. Tenía el pelo empapado.

Fulke envainó la espada y atravesó el patio para recibir a su amigo, a quien no veía desde finales de otoño, cuando Jean había regresado con Hubert Walter.

—Lo hago adrede —apuntó con una sonrisa—. Procuro que Juan y sus esbirros me persigan por valles y colinas. Perderán el aliento y los pertrechos.

—Sí, bueno, pero esta vez han sido mi aliento y mis pertrechos los que se han perdido por tu culpa —replicó Jean algo enfadado. Cogió un poco de agua con las manos y se mojó el rostro mientras su caballo saciaba la sed en el abrevadero—. He atravesado todos los bosques que hay entre Canterbury y Carlisle hasta dar contigo. Vine aquí hace doce días, y tu tía ignoraba tu paradero. Sólo sabía que habías partido hacia el norte.

—Lamento que hayas pasado malos ratos, pero me alegra saber que incluso tú pierdes mi rastro. —Fulke dio unas palmadas en los hombros húmedos de Jean—. Vamos, una jarra de cerveza y el pastel de pollo de Emmeline te pondrán de buen humor.

—Por Dios, veo que todavía eres optimista después de todo este tiempo —dijo Jean con entonación mordaz—. ¿Te niegas a recibir noticias?

—No, pero, puesto que has estado cociéndote en tu armadura por lo menos doce

días, me atrevería a decir que pueden esperar un momento. —Llamó a un joven caballerizo que llevaba una carretilla de heno sucio al montón de basura, y le dijo que se ocupara del caballo de Jean.

—Cocerme es, ciertamente, lo que me ha pasado —dijo tétricamente, siguiendo a Fulke hacia el frescor del castillo.

Jean saludó a los hermanos de Fulke, besó a Emmeline y se sentó a la mesa, dispuesto a comer y a beber lo que hiciera falta. Buscó en su túnica y le entregó a Fulke un paquete con el sello de Hubert Walter, arzobispo de Canterbury.

—Un problema más, por si tenías pocos —anunció, atacando el pastel.

Fulke rompió el sello rojo de cera y desenrolló el pergamino. La letra del escribano era prolija, pero legible. Cada palabra se veía clara como el día, enhebrándose en frases tan agudas como la punta de una aguja. Sus labios se movieron en silencio y su corazón empezó a sublevarse.

—Theobald ha muerto —dijo.

Jean asintió.

—Estaba presente cuando la noticia llegó a su eminencia y también mientras dictó esa carta. Aparentemente, cuando lord Theobald estaba enfermo, le escribió a su hermano dándole instrucciones explícitas de que fueras informado si moría.

Fulke tragó saliva.

—Se pelean por ella como perros por un hueso. —Miró nuevamente la carta. Hubert de Canterbury relataba los hechos con desnuda sencillez. Maude había vuelto a Inglaterra y se había dirigido a Canterbury en busca de protección. Pero enseguida llegó su padre anunciando que, como pariente más cercano, ella quedaba bajo su responsabilidad—. Le Vavasour exprimirá sus tierras y luego la venderá al mejor postor —añadió Fulke con un tono lleno de resentimiento.

—Creo que la entregará a cambio de un favor real —afirmó Jean entre bocado y bocado—. No es malo que tu hija esté en la cama del rey de Inglaterra. Cuando la lujuria del rey y la ambición del padre estén saciadas, será vendida en lucrativo matrimonio.

Fulke se puso de pie y se dirigió a un extremo de la estancia. Aquellas palabras dibujaban un panorama demasiado claro, demasiado crudo. Juan y Maude juntos en la cama. Las sábanas revueltas, un campo de batalla en la lucha por el poder. Su espíritu sacrificado en el altar, o el potro de torturas, de la lascivia de Juan. Estrujó violentamente el pergamino y se dio la vuelta hacia su amigo.

—¿Todavía sigue en Canterbury?

Jean terminó el pastel con la ayuda de varios tragos de cerveza y luego respondió.

—Bueno, allí estaba cuando me fui, pero, como te dije, he andado por los caminos dos semanas tratando de encontrarte. Sin duda, mi señor Hubert hará lo posible para retenerla bajo su protección, pero él sólo puede resistir hasta cierto punto.

Fulke guardó silencio por un momento mientras pensaba, y luego tomó una

decisión tajante, que anunció con su conocida energía.

—Queda suficiente luz para iniciar la marcha. Estaremos en camino en una hora, y llevaremos antorchas para poder viajar de noche.

—Adiós a los colchones de plumas, entonces —comentó Jean, irónico y resignado—. Me lo imaginé en cuanto vi tus ojos posarse sobre la carta. Necesitaré un caballo fresco. El mío está agotado y sólo sirve para quedarse pastando por lo menos una semana.

—Puedes usar uno de los míos. —Fulke se puso en marcha, listo para repartir órdenes.

Jean lo detuvo cogiéndole del codo.

—Lord Theobald sabía lo que sentís Maude y tú.

—¿Qué sabía exactamente? —Los hermosos ojos de Fulke parecieron repentinamente faltos de brillo.

—Que os amáis, y que los dos le erais fieles.

—Entonces espero que nunca haya sabido lo cerca que estuvimos de violar esa fidelidad —dijo Fulke y, por si Jean tuviera una respuesta que dar, se alejó del salón hasta quedar fuera del alcance de su voz.



Maude miró con frialdad a su padre.

—No deseo permanecer en tu casa —dijo. Llevaba un vestido negro como el carbón y un velo blanco de lino muy sencillo. Parecía, y como tal se sentía, una religiosa severa que se aferraría a su fe, aunque tuviera que afrontar el martirio o los mismísimos fuegos del infierno.

No te he preguntado cuáles son tus deseos —respondió enojado Robert Le Vavasour—. Tu obligación es hacer lo que se te ordena. Sé que hace poco que descansa en su tumba y por ello lamento tener que decirlo, pero tu esposo te malcriaba demasiado. Te ha convertido en un yugo que cargará la espalda de otro hombre.

Su eminencia el arzobispo quiere que permanezca aquí bajo su protección. —Maude estaba decidida a no perder la compostura. Si lo hacía, sólo alimentaría la creencia de su padre de que era una mujer histérica, incapaz de conducir sus propios asuntos.

—El arzobispo tiene interés en las tierras de la viuda, es decir, las tuyas —replicó su padre—. Quiere mantenerlas bajo su control.

—¿Y tu interés solo es el de un padre preocupado por su doliente hija? —replicó con amargura.

Su padre, airado, se puso en jarras.

—Por esa misma preocupación debo asegurarme de que tus bienes están adecuadamente administrados.

Maude apretó los labios.

—Yo puedo cuidar de mis propios bienes y, vuelvo a repetírtelo, no dejaré que me gobiernes.

—Tus tierras, al igual que tú misma, están bajo mi custodia hasta que vuelvas a casarte.

Padre e hija se miraron con fiereza. Estaban de pie en una pequeña recámara del palacio arzobispal, con la cortina cerrada, pero, aunque la pesada tela servía para atenuar la conversación, no podía ocultar a los clérigos y monjes que atendían sus asuntos en los corredores de palacio que allí se desarrollaba una fuerte disputa.

Cuanto más acorralada se veía, más porfiaba Maude.

—Pediré derecho de refugio en un santuario —amenazó.

Robert escupió.

—No harás nada. —Maude no quería discutir más. Se dirigió hacia la cortina, pero su padre la sujetó con fuerza del brazo y la hizo girar para que le mirara—. Hija, tendrás que respetarme, y lo harás, aunque deba apalearte para conseguirlo. —Y alzó su puño.

Maude palideció.

—¿Respeto? No puedes tener lo que no existe. Aplastaste a mi madre bajo tus pies hasta que murió. Aunque fuera una niña, nunca estuve ciega. Mi único error fue pensar que el mundo era así, pero Theobald me mostró que no todos los hombres abusan de quienes no pueden defenderse. Él abrió la puerta de mi jaula y no me voy a meter en ella otra vez. —Con un violento movimiento se soltó, corrió con fuerza la cortina y casi salió corriendo hacia la sala principal para protegerse con la presencia de otras personas. Hubo miradas curiosas, y algunas de desaprobación. Aunque aquella fuera el ala secular del palacio arzobispal, muchos de los presentes eran clérigos y monjes, y veían a las mujeres como perversas influencias.

Maude ahogó un sollozo, mitad de rabia y mitad de pena por sí misma. A pesar de contar con Hubert Walter, era renuente a apoyarse en él. Ciertamente, era el hermano de su esposo y había estado cerca de Theobald, pero también era ambicioso y podía tener objetivos que no necesariamente congeniaban con su lealtad hacia el difunto. Maude no podía estar segura de lo que se ocultaba detrás de las blandas y carnosas facciones del arzobispo. Era, hasta cierto punto, un hombre de Juan, pero por encima de todo atendía a sus propias ambiciones. Probablemente, su padre tenía razón, y Hubert Walter buscaba el control de sus tierras. Se sentía como un grano de trigo atrapado entre dos piedras de molino.

Su padre surgió de la pequeña recámara, con expresión todavía enfurecida. Maude se alejó rápidamente, poniendo aún más distancia entre ambos. No se atrevería a golpearla en público, se dijo, pero así y todo se sentía intimidada. Había una estancia para mujeres cerca de la sala, y se dirigió hacia allí a toda prisa.

—Maude, ven aquí —gritó su padre como si fuera una perra, con la voz ahogada por la furia. La joven ignoró la orden y continuó su camino.

De repente, se escuchó el sonido de una fanfarria en la sala, y un heraldo anunció que todos debían arrodillarse para recibir al rey y a la reina de Inglaterra. Mientras todos se postraban, Maude dio los últimos pasos hasta el cuarto de las mujeres y se refugió en él. Cerró la puerta y se apoyó en ella, respirando agudamente. Los remaches de hierro se le clavaban en la espalda. Se sentía como si estuviera rodeada de lobos. Todos querían devorarla y odiaba a Theobald, por morirse, y a sí misma por sentir semejante resentimiento.



Tras discutir cuestiones de estado con Hubert Walter, sobre todo la necesidad urgente de retornar a Anjou, donde se estaba gestando una rebelión, Juan decidió abordar otro tema para entretenerse un poco.

—Lamento enterarme de la muerte de tu hermano —murmuró—. Me fue leal, y yo le tenía aprecio.

—Es, en verdad, una gran pena para mí —comentó Hubert—. Theobald y yo estábamos muy unidos. Todavía me parece que fue ayer cuando, de niños, jugábamos en Norfolk, y después cuando trabajamos de escuderos de Ranulf de Glanville.

Juan asintió. Estaba sentado en un banco con almohadones en los aposentos privados de Hubert. Los grises vidrios de las ventanas ofrecían una vista distorsionada de los acelerados trabajos de construcción que se desarrollaban fuera. Se erigía un nuevo edificio, de grandiosas proporciones, para albergar al personal del arzobispo, y no se ahorraban gastos en ello. Juan llegó al mismo tiempo que un cargamento de columnas de mármol de Purbeck, negro y rosado como un sangriento pastel. A veces se preguntaba quién era en realidad el rey de Inglaterra, si él o Hubert Walter.

—Tengo entendido que su viuda ha buscado auxilio bajo tu techo —dijo el rey suavemente, agarrando el copón de plata en el que le habían servido vino.

—Así es. *Lady Maude* está de visita en Canterbury. —Hubert pronunció las palabras con calma, sin dejar que se entrevistara su opinión al respecto.

—Debe de ser un tentador partido. Habrá muchos aspirantes a desposarla. —Juan saboreó el vino, disfrutando su mezcla de sabor ácido y textura suave.

—Así es, señor. Pero han pasado menos de dos meses desde la muerte de mi hermano, y ella está profundamente dolida.

—¿Profundamente dolida? —Juan parecía dudar de la existencia de tal sentimiento—. Por Cristo, ¡era lo suficientemente mayor como para ser casi su abuelo!

—¿No esperaríamos vuestra majestad que su propia esposa le llorase con igual decencia si alguna vez llegara un tiempo tan luctuoso? —preguntó Hubert con fría cordialidad.

Juan arrugó la frente. Se había quemado con su propio fuego, pues Isabel tenía

sólo trece años, y él, treinta y tres. De hecho, todavía no tenía la menstruación y él, con frecuencia, hacía uso de otras mujeres para aliviar su lujuria. El recuerdo de su último encuentro con Maude Walter hizo que se le encogieran los genitales.

—Sufra o no un profundo dolor —repuso secamente—, la vida sigue y tu cuñada necesita un protector.

—Tiene dos, en mi persona y en su padre. Por supuesto, señor, es deseable que se case nuevamente cuando llegue el momento, y que lo haga con el hombre adecuado.

Juan se acarició la barba y sonrió para sí por el rimbombante énfasis que Hubert Walter había conferido a las últimas dos palabras.

—Estoy de acuerdo. Hay varios caballeros en mi corte que serían candidatos adecuados para *lady* Walter. —Vio aprensión en la mirada del arzobispo y sintió una maliciosa satisfacción. Hubert Walter había pensado que podía salirse con la suya en todo. Llevarse a la viuda de Theobald delante de sus narices y entregársela a quien Juan eligiera sería una saludable lección para el viejo barril de grasa. El pago por el casamiento iría al tesoro personal de Juan, no al de Canterbury—. Cuando llegue el momento, por supuesto —agregó con una sonrisa sibilina.



El ala de las mujeres resultó un refugio menos apto de lo que Maude había imaginado. La reina Isabel había acudido allí con su séquito y había acaparado la estancia. Su saludo a Maude fue superficial, y era evidente que la consideraba una presencia irritante, aunque tuvo el detalle de murmurar sus condolencias por la muerte de Theobald.

—Así y todo —agregó, apartando una trenza rubia de su rostro—, era un hombre viejo y muy aburrido. Tal vez tengas más suerte la próxima vez.

—Amaba profundamente a mi esposo, señora —respondió Maude, conteniéndose para no abofetear la cara de gata petulante de la adolescente—. Si lo hubieras conocido como yo, no lo llamarías aburrido. Dudo que alguna vez encuentre a alguien mejor que él, cualquiera que sea mi suerte.

Isabel encogió sus hombros cubiertos de seda.

—Simplemente intentaba consolarte —dijo, y se dio media vuelta, deshaciéndose de Maude con tanta indiferencia como quien se quita una mota de polvo de la ropa.

Luchando contra las lágrimas, Maude se retiró a un asiento cercano a la ventana. Apoyó la cabeza cansadamente contra el muro y miró por las celosías abiertas los trabajos de construcción. El sonido metálico del cincel sobre la piedra y las alegres conversaciones de los obreros sonaban bien en sus oídos.

Dos mercaderes llegaron al patio y se dirigieron a uno de los clérigos para que les orientara. Sus túnicas eran de colores sobrios, lo que era signo de respeto y fortuna: verde musgo y violeta oscuro, con bordes trenzados. Ambos llevaban sombreros anchos, de peregrinos, para protegerse del sol, y también botas de agua de cuero. Les

observó mientras se perdían de vista, y no por primera vez en su vida, deseó haber nacido libre, es decir, varón.



Hubert Walter estaba examinando un montón de documentos cuando los dos mercaderes fueron llevados a sus aposentos privados. Miró a ambos y luego chasqueó la lengua.

—Habéis tardado lo vuestro.

Fulke se arrodilló y besó el anillo arzobispal, luego se puso de pie y retrocedió.

—Pero ya estoy aquí —dijo, sacudiendo el polvo de su túnica—. ¿Dónde está ella?

Las cejas de Hubert Walter se alzaron hasta casi alcanzar el borde de su tonsura.

—Con la reina y sus damas en las estancias de las mujeres, me imagino —respondió con la misma brusquedad que Fulke había empleado al preguntar, y luego hizo un gesto a ambos para que se sentaran—. El rey y la reina llegaron poco después de mediodía. No necesito decirte lo peligroso que es para ambos estar aquí. Incluso disfrazado, pueden reconocerte.

Fulke sabía que Hubert se arriesgaba tanto como él. Si se sabía que el arzobispo había albergado a un rebelde fugitivo en sus aposentos, la carrera del canciller se acabaría.

—No pienso quedarme un instante más de lo necesario —dijo—. Pero, puesto que he sido convocado, entiendo que estás dispuesto a ayudarme.

—No exactamente dispuesto —matizó Hubert con una mirada sombría—, pero tengo una obligación hacia los últimos deseos de mi hermano, y quiero a mi cuñada. No deseo verla ofrecida en subasta para colmar las ambiciones de su padre o la lujuria del rey.

—Eso no lo... —Fulke fue silenciado cuando el arzobispo alzó la mano.

—Pero tampoco deseo alentar a un hombre que violenta abadías, ata a hermanos inocentes como si fueran capones de Navidad y se disfraza, blasfemo, de monje —agregó Hubert con severidad.

—Me he confesado y hecho penitencia por ese pecado —respondió Fulke, intentando parecer sincero, aunque mentía descaradamente—. Sé que no es una excusa, pero en ese momento estaba acorralado y no había otro modo de salir del trance. —Se inclinó hacia adelante, abriendo las manos, en señal de que estaba siendo sincero con el arzobispo—. Lamento profundamente la muerte de tu hermano, y también lloro por ella. Era mi amigo y mi mentor.

La expresión de Hubert se ablandó un poco.

—Sé que existía un lazo duradero entre vosotros, y que Theobald te tenía en alta estima —suspiró y meneó la cabeza—. Tal vez demasiado alta. El día que murió me escribió con la petición expresa de que, si Maude era puesta en una situación en la

que debía volver a casarse, yo hiciera todo lo que estaba en mi poder para asegurarme de que el elegido fueras tú. También parecía pensar que tú estarías dispuesto. —Miró a Fulke, estudiándolo—. ¿Alguna vez discutió el asunto contigo?

Fulke se ruborizó bajo el escrutinio de Hubert.

—No lo hizo —dijo con voz ahogada. ¿Le había contado Maude a Theobald lo que había sucedido en Higford? Probablemente.

—¿Era correcto su juicio sobre el asunto?

El día del juicio sería más sencillo que éste, pensó Fulke, combatiendo el deseo de retorcerse en su asiento.

—Sí —admitió, y decidió dejar las cosas en aquel punto. O Hubert Walter le conocía, o no le conocería nunca. Las explicaciones sólo servirían para enredar más las cosas.

La incisiva mirada de Hubert se clavó en él un momento más, y luego se apartó, sin llegar a conclusión alguna. El arzobispo se pellizcó el puente de la nariz y luego suspiró, cansado.

—Como pariente más próximo de Maude, su padre tiene el derecho de pagar una multa para reclamarla junto con las tierras heredadas por viudedad, para tenerlas bajo su control hasta que le encuentre un candidato aceptable. El hombre que se case con ella necesitará el permiso de Le Vavasour y tendrá que pagar mucho por ella.

—¿Mucho? —preguntó Fulke.

Hubert se restregó la papada.

—Sí. Una promesa de pago sería suficiente si Le Vavasour pensara que su yerno podría pagarla en un futuro, con tierras y prestigio. Él respeta a los hombres poderosos.

Hubo énfasis en las últimas palabras y los ojos de Hubert Walter parecieron cargados de sentido. No lo decía directamente, pero Fulke entendió lo que insinuaba. Si quería a Maude, tendría que presionar a Robert Le Vavasour hasta convencerlo. Era curioso descubrir cuántos lenguajes yacían bajo el habla cotidiana. Seducción, diplomacia, agresión, violencia. Se preguntó qué tipo de idioma iba a usar con Maude y cómo le respondería ésta. ¿Y si ella le rechazaba? ¿Y si le abofeteaba junto a la tumba de su esposo o le acusaba de ser un ladrón? Pero, con seguridad, tendría mejor opinión de él que de su padre o de Juan.

—Necesito entrevistarme con él, y necesito hablar con Maude —pidió.

—Eso puede arreglarse.

—Y es posible que muy poco después necesite los servicios de un sacerdote.

La más pálida de las sonrisas apareció en la redonda cara de Hubert Walter.

—Eso también tiene solución.



Poco después de la hora de la cena, Robert Le Vavasour acudió a los aposentos

privados de Hubert Walter para discutir el precio de su hija en el mercado matrimonial. Hubert mencionó el asunto brevemente cuando se reunieron para cenar, solicitando que Le Vavasour fuera a verlo en privado para que pudieran discutir el futuro de la joven y llegar a algún acuerdo.

—Si Maude te ha pedido que la mantengas bajo tus alas, puedes ahorrarte las palabras —dijo Le Vavasour al cruzar el umbral—. Soy su padre y su custodia me pertenece. —Sus bruscos modales eran casi un insulto. Puso rodilla en tierra para rozar con los labios el anillo de Hubert.

—No pongo en duda tus derechos —repuso Hubert, muy tranquilo—. Debes hacer lo que te parezca en ese asunto.

—Ah, bueno, veo que has cambiado repentinamente de opinión, eminencia. Hasta hace sólo dos días, insistías en que ella debía quedarse a tu lado.

—Sólo porque estaba preocupado por ella.

—¿Y ahora no? —Sin previa invitación, Le Vavasour avanzó por la estancia y se sentó en un banco provisto de almohadones.

—Todavía sigue estando en mis pensamientos. —Hubert fue hasta un cofre que había en un rincón de la habitación y, a falta de sirvientes, echo vino él mismo en tres copas—. Me preguntaba qué considerarías una suma razonable para dejarla casarse con quien ella quisiera.

Los ojos de Le Vavasour se entornaron, intrigados y astutos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Digamos que por curiosidad.

—Dependería del prometido. —El caballero tomó la copa que le ofrecía Hubert y bebió con ansia el fino vino tinto—. No eres el primero en tocar el tema en el día de hoy.

—¿No?

Le Vavasour bebió otro trago de vino y lo retuvo en la boca, saboreándolo. —Hubert esperó pacientemente, con expresión impasible.

—Falco de Breauté se me acercó con una oferta para Maude, justo antes de sentarnos a cenar. —Le Vavasour frunció el ceño mirando al arzobispo—. No será cosa tuya, espero. No me habrás invitado aquí para que pueda hablar con él...

—¡Por supuesto que no! —Sabía que Falco de Breauté era uno de los mercenarios de Juan, famoso por su absoluta falta de sensibilidad y escrúpulos. Si se le ordenaba ensartar a un bebé en una lanza, y se le ofrecía el pago adecuado, lo haría. Era, sin embargo, completamente leal a Juan, el cual, obviamente, había movido sus fichas desde su anterior conversación.

—No, ya supuse que no. —Le Vavasour se acarició el mentón—. Pero me pregunto de dónde sacará un mercenario, hijo de un panadero, una suma suficiente para comprar a mi hija, y la única respuesta que me viene a la mente es que del rey mismo.

—Eso parecería probable —admitió Hubert—. Una heredera de buena familia es

una moneda tan buena como cualquier otra para pagar la lealtad.

—No si se trata de mi hija. Ella no es moneda para mercenarios —gruñó Le Vavasour—. No permitiré que mis nietos lleven la sangre de un panadero francés cualquiera, ¡ni por mil marcos! —Agitó furioso los brazos—. No soy idiota. Sé que la muchacha es bella y amable cuando no se empeña en enfunfurrñarse y hacer exhibición de su testarudez. He visto cómo la mira Juan, No se acuesta con su mujer porque es demasiado joven, ni siquiera le han llegado aún los flujos, así que busca sustitúas. Sé que, si doy mi consentimiento, mi primer nieto puede ser, en parte, de la familia real. —Gruñó y se bebió el resto del vino—. Pero la tatarabuela del rey era hija de un teñidor de Falaise y concibió al Conquistador fuera del matrimonio.

—¿Entonces le has rechazado? —Hubert no dejó que la esperanza asomara en su tono de voz.

—Dije que pensaría sobre el asunto, pero hará falta más de lo que De Breauté me ofrece para borrar la mancha de su nacimiento plebeyo. Sé que gobernaría los territorios de Maude con mano de hierro y le daría a ella algo de la disciplina que carece, con la hebilla de su cinturón si fuera preciso, pero eso no es suficiente.

—No, es verdad —coincidió Hubert.

Le Vavasour extendió los brazos sobre el respaldo del banco y cruzó las piernas.

—Me imagino que tienes alguna proposición que presentarme, un hombre de tu elección, o tal vez un soborno que ofrecerme —dijo con el mentón apuntando a la tercera copa—. Sospecho que será lo primero, aunque no he visto a nadie en la sala con quien remotamente pudiera desear emparentarme.

—Eres astuto, mi señor —señaló Hubert con ironía, preguntándose si Le Vavasour no sería demasiado cauto para morder el anzuelo. Yendo hacia la puerta, la abrió y habló quedamente a uno de los dos caballeros que estaban allí de guardia, y luego le hizo entrar al cuarto, dejando solo a Jean de Rampaigne. Vestido con cota de malla, tomada del arsenal, con un yelmo cuya larga barra nasal le ocultaba el rostro, y un protector que le cubría la mandíbula, Fulke era tan anónimo como cualquier guardia de palacio.

Robert Le Vavasour miró fijamente.

—¿Qué truco es éste? —Se llevó la mano al cinto, buscando instintivamente la espada, pero no la llevaba, puesto que ningún hombre iba armado en presencia del arzobispo de Canterbury.

—No hay ningún truco, mi señor. —Fulke dejó su lanza apoyada en la pared, levantó el yelmo y se quitó la capucha de la cota. Se pasó una mano por el pelo y con la otra se aflojó el protector—. Es un disfraz para mantenerme a salvo, no para amenazarle.

Le Vavasour continuó mirándolo fijamente.

—¿Estás loco? —dijo a Hubert, sin retirar los dos ojos de Fulke—. ¿Quieres que mi hija se case con un proscrito?

Fulke se dirigió hasta el cofre y tomó el vino que le habían servido. Se dio la

vuelta y alzó la copa, en un brindis levemente sarcástico por el padre de Maude.

—Piensa cuánto valgo, señor —dijo antes de que Hubert pudiera responder—. Juan ha ofrecido mil libras de plata por mi pellejo, y ha puesto a un centenar de caballeros en persecución de mi persona.

—¡Ésa no es razón para que te dé a mi hija! —masculló Le Vavasour.

—No, pero eres un hombre que respeta la valía de las personas —replicó Fulke.

—Lo que Fulke quiere decir —intervino apresuradamente Hubert—, es que su enemistad con el rey es temporal.

—Al final, Juan verá que se puede ahorrar considerables gastos y enojos si me devuelve mis tierras. —Fulke se sentó frente a Le Vavaosur. Debajo de la cota de malla y la pelliza se veía la rica túnica de mercader, sugiriendo que su poseedor podía vestir lujosamente. También llevaba costosos anillos en los dedos y una cruz de oro ajustada a los aros de la malla, en el cuello. Fulke sabía bien cuánto apreciaba Le Vavasour la riqueza y la apariencia externa. El ataque a la caravana de Juan en el otoño había merecido la pena.

—No seré arrastrado a tu mezquina rebelión —replicó Le Vavasour.

—No es mezquina —objetó Fulke con serenidad, aunque un repentino brillo de furia apareció en sus ojos—. Y no te pido que te sumes a ella, sólo que des tu consentimiento para un matrimonio entre mi persona y tu hija.

—Preferiría...

—¿Dársela al hijo de un panadero? —interrumpió Hubert Walter—. ¿Aun vulgar mercenario? ¿Comprar el favor del rey con su cuerpo y ver cómo la usan y se la reparten? —señaló a Fulke—. Su abuelo era señor de Ludlow y su ascendencia se remonta a los condes de Bretaña.

Le Vavasour apretó los dientes. Con los puños crispados, avanzó dos pasos hacia la puerta y luego, dándose media vuelta y mirando a Fulke, le interrogó.

—¿Por qué la quieres? ¿Qué ventajas te reportará?

Fulke se dio cuenta de que estaba en terreno peligroso. Alegar lealtad y amor sólo provocaría un gruñido de desprecio de un hombre como Le Vavasour. Afortunadamente, mientras esperaba que le llamaran, había tenido tiempo para pensar.

—Admiré el modo en el que tu hija se condujo como mujer de mi señor Walter —le dijo—. Era gentil con los demás, pero nunca demasiado familiar, y siempre pareció gozar de buena salud, además de ser agradable a la vista. Tales cualidades son con frecuencia difíciles de encontrar en una mujer. Además, tiene algo de experiencia en la vida. No quiero llevar a una niña virgen a mi cama. Por supuesto —agregó—, también está la cuestión de sus tierras. Yorkshire, Lancashire, Leicestershire, Irlanda. Si uno esas tierras con las mías, las roturo y las cultivo, piensa en las cosechas, los rendimientos que darían.

—Pero no tienes tierra alguna —dijo Le Vavasour automáticamente. Fulke se dio cuenta de que había captado su atención.

—El rey no tendrá más remedio que devolvérmelas —aseguró con confianza—. Ya tiene demasiados quebraderos de cabeza. Normandía y Anjou se preparan para rebelarse. Los galeses se inquietan. Necesita todos los guerreros con los que pueda contar. Yo debería estar entre ellos, no elevando mis quejas y aguijoneándolo como un insecto enfurecido.

Le Vavasour hizo un gesto de duda y miró a Fulke, juzgándolo. El joven sabía que aquel hombre estaba al tanto de su habilidad para la guerra, y además su apariencia atlética hablaba por sí sola. Le Vavasour también sabría que era el mayor de seis hermanos, todos sanos y fuertes como él mismo. Un linaje con tendencia a los varones saludables era una sólida garantía en asuntos matrimoniales. Eso sin mencionar las virtudes de su abuelo, Joscelin de Diñan, y los vínculos que mantenía con la nobleza bretona.

—Me han ofrecido mil marcos de plata por ella —dijo Le Vavasour—. ¿Cuánto puedes ofrecer tú?

Fulke se encogió de hombros.

—Un precio justo —reflexionó unos instantes. Obviamente, Le Vavasour quería más de mil marcos. No habría, si no, ventaja alguna en aceptar la oferta de Fulke—. ¿Te parecen apropiadas mil libras de plata? —preguntó. Un marco valía siete peniques menos que una libra.

Los labios de Le Vavasour se curvaron en una árida sonrisa.

—¿Pagarás ahora o cuando te devuelvan las tierras?

—Un depósito de doscientas libras ahora, y el resto, más adelante —apuntó Fulke enseguida, como si estuviera seguro de poder cumplir con su oferta.

—¿Y si te arrepientes?

—¿Te parece probable?

El padre de Maude lo pensó, sosteniendo la firme mirada de Fulke. Finalmente, asintió en forma casi imperceptible con su cabeza.

—Sea. La muchacha es tuya por la suma de mil libras de plata. Que el arzobispo redacte un contrato.

Fulke lanzó un suspiro de alivio.

—Naturalmente —musitó Le Vavasour—, sabes que me puedo granjear disgustos dándote a mi hija en matrimonio. Podría ganar fácilmente mil libras de plata entregándote al rey.

—No vivirías lo suficiente para disfrutar los frutos de tu traición —dijo Fulke con escalofriante frialdad—. Ni cambiarían en nada mis aspiraciones. Incluso si muero, tengo cinco hermanos para que me sucedan. Además, ya estás involucrado en el trato, como el mismo arzobispo de Canterbury atestiguaría.

—Entonces no vale la pena pensarlo —apuntó Le Vavasour con una sonrisa forzada.

Hubert Walter cogió un rollo de pergamino de la mesa.

—Me tomé la libertad de redactar un contrato por anticipado. Sólo hay que añadir

los detalles. Con Jean de Rampaigne como testigo, no hay razón para que el matrimonio no pueda llevarse a cabo ahora mismo.

Le Vavasour continuó sonriendo, pero entornó los ojos.

—No me toméis por tonto. No soy un perro domesticado y estúpido que acude dócilmente a la llamada del amo.

«No —pensó Fulke—, no eres bobo, pero eres vicioso y tramposo, y no estarías haciendo este trato si no te conviniera».

—Nunca fue mi intención tomarte por tonto, mi señor —dijo Hubert Walter con ecuanimidad—. Pero nos ahorraría tiempo. Hay lugares más seguros que Canterbury para Fulke.

El codicioso caballero gruñó.

—Tienes buenas razones para todo, su eminencia —dijo en un tono poco cordial—. O por lo menos buenas excusas.

Hubert Walter prefirió ignorar el comentario y se dirigió a la puerta. Las palabras que murmuró hicieron que Jean de Rampaigne acudiera a las estancias de las mujeres.

—Ahora todo lo que tenemos que hacer es esperar a la novia —dijo Hubert mientras daba media vuelta y volvía a entrar en la habitación.



Maude dormitaba miserablemente en su colchón cuando la sirvienta fue a buscarla con la noticia de que Hubert Walter requería su presencia, y que un escudero estaba esperando para acompañarla.

La joven viuda se puso de pie y se lavó la cara en la jofaina, limpiando las manchas que le habían dejado las lágrimas. Le dolía el estómago. ¿Por qué quería verla Hubert Walter? Tras la discusión con su padre esa mañana, no tenía deseos de otra confrontación, otro atropello a manos de un hombre dispuesto, cómo no, a proteger sus intereses. Por desgracia, no podía rechazar la petición de un arzobispo, en especial cuando se trataba de su anfitrión.

Mientras hacía un gesto a Barbette para que la acompañara, la reina Isabel la miró llena de malicia.

—Seguramente es por vuestra propuesta matrimonial —dijo con una sonrisa felina. Estaba sentada cerca del brasero, comiendo mientras una sirvienta le adornaba el cabello con cintas rojas.

—¿Qué matrimonio? —Maude miró a Isabel con expresión helada.

La reina se cubrió la boca con su blanca mano.

—Oh, ¿acaso he hablado antes de tiempo? ¿No lo sabías?

«Zorra», pensó Maude.

—¿Qué matrimonio? —repitió.

Isabel bajó la mano, mostrando cómo su sonrisa de gata había crecido hasta ser

casi una mueca.

—Falco de Breauté le ha ofrecido a tu padre mil marcos de plata por ti.

Maude tragó saliva y se sintió enferma. Sabía cómo trataba Falco de Breauté a las mujeres en público, y no dudaba de que en privado sería mucho peor. El moretón del brazo, donde su padre la había agarrado, no era nada en comparación con lo que la esperaba si se convertía en la esposa de aquel individuo. El hombre era un mercenario acaudalado, pero no lo bastante como para contar con mil marcos. Por lo tanto, dedujo que habría obtenido su dinero de algún otro lado, casi con seguridad de Juan, ¿por qué, si no, iba Isabel a estar tan bien informada?

—Falco de Breauté puede irse a mear contra el viento —dijo con rabia, y se dirigió hacia la puerta, con la mente llena de ideas de fuga.

—*Lady Walter* —llamó el guardia, y al hacerle a ella y a Barbette una reverencia, le dirigió una mirada de complicidad.

Maude fue sorprendida otra vez, esta vez más agradablemente. No había visto a Jean de Rampaigne desde su llegada a Canterbury, pero ahora estaba allí, con su armadura e insignias de la guardia del arzobispo.

—¿Para qué me requieren? —preguntó mientras la conducía hasta la puerta de la recámara de las mujeres, la cual se cerró tras ellos con un golpe—. ¿Es en relación con mi propuesta matrimonial? —Estas últimas palabras fueron pronunciadas con furia.

Jean pareció sorprendido.

—¿Estás enterada?

—La reina ha tenido el placer de informarme. Espero que tu amo tenga planes para evitarlo. Gritaré mi oposición hasta llegar al pie del altar.

La expresión de Jean se llenó de desesperanza.

—¿La reina lo sabe? ¿Cómo es posible?

—Supongo que Juan se lo habrá dicho.

De Rampaigne se detuvo en el corredor y se puso frente a Maude.

—O estamos hablando de asuntos diferentes o está en marcha un plan del cual no tengo noticia alguna. ¿Con quién te han dicho que debes casarte?

—Falco de Breauté le ha ofrecido a mi padre mil marcos por el derecho de desposarme —respondió Maude, frunciendo el ceño—. ¿No me llama por eso el arzobispo?

—No, no te llama por eso —dijo, y volvió a emprender la marcha, apresurándose de tal modo que Maude casi tuvo que correr para seguirle el paso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Jean no respondió, porque el rápido avance lo había llevado hasta las puertas de las habitaciones del arzobispo. Golpeó y pronunció su nombre para solicitar permiso de entrada.

Maude resistió el impulso de dar media vuelta y salir corriendo cuando escuchó unos pasos y el ruido de la cerradura. Después fue demasiado tarde. La puerta se

abrió sobre bisagras silenciosas y ella dejó escapar un grito apagado de sorpresa cuando se encontró a unos centímetros de Fulke. Iba vestido como un guerrero y la miraba con ojos que parecían un mar tormentoso. Parecía muy cansado.

Su padre estaba de pie a un lado, frotándose las manos, nervioso, y el arzobispo ponía sellos en dos pergaminos. Maude observó todo esto de un vistazo, y oyó cómo Jean cerraba la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con voz ronca por la sorpresa—. ¡Si te atrapan, te matarán!

Se encogió de hombros.

—Pero sólo si me atrapan, y no tengo intención de darle a Juan ese gusto. —Tomó aliento—. Estoy aquí porque he venido a buscarte...

—¿A mí? —Maude le miró sin comprender.

Antes de que Fulke pudiera hablar, Le Vavasour se adelantó.

—FitzWarin me ha ofrecido mil libras de plata por tu mano, hija, y yo he accedido.

—¿Qué? —Los ojos de Maude se posaron en cada uno de los hombres presentes. Tembló de ira—. ¿Estoy en venta, como una yegua en el mercado?

—¡Maude! —gritó el padre a modo de advertencia—. Controla tu lengua antes de que yo la controle por ti.

—¿Pegándome, como querías hacer esta mañana? ¿No queda un gramo de decencia en ninguno de vosotros?

Le Vavasour enrojeció.

—Por la sangre de Cristo, muchacha, estás colmando mi paciencia. Haré que te pongan riendas y mordaza como a una yegua, para curar tu insolencia...

—Haya paz —dijo Fulke con gesto cortante. Se volvió hacia el furioso Le Vavasour—. ¿Me das permiso para hablar en privado con tu hija? —El tono calmado contrastaba con la tensión que se notaba en todos sus músculos. Maude se preguntó cuál sería la causa de tanta ira contenida.

El padre también se controlaba a duras penas, pero aceptó con un brusco gesto.

—Tienes mi permiso para darle una paliza si sobrepasa los límites. Por desgracia, no conoce la diferencia entre ser espabilada y ser descarada y terca.

Hubert Walter mantenía una expresión inescrutable. Señaló una pequeña antecámara cubierta con una cortina.

—Podéis hablar ahí —dijo.

Maude tenía intención de negarse, tal era su enfado, pero cuando Fulke le ofreció el brazo con un gesto cortés y la miró intentando establecer complicidad entre ambos, accedió y fue con él.

El joven corrió la cortina y fue camino del extremo opuesto de la cámara. Eran unos pocos pasos, pero suficientes para que no les escucharan. Entonces se volvió hacia ella.

—¿Tienes algún inconveniente en casarte conmigo? —Hablaban en voz baja, pero

firme.

Estaban a poca distancia uno del otro. Los cuerpos de ambos acusaban la proximidad. Maude sintió un estremecimiento.

—Me opongo a ser vendida como un mueble o... una vaca. Juan quiere mi cuerpo, Falco de Breauté quiere mis tierras, mi padre quiere que haga lo que me digan y tú quieres salvarme de ellos llevándome contigo. —Hizo una pausa para tomar aire, indignada—. Lo que quiera yo, al parecer, importa un comino.

—¿Qué quieres, entonces?

—Que me dejen llorar con decencia por la muerte de mi esposo. —Sus ojos, cada vez más hermosos, echaban fuego.

—No te dejarán hacer eso ni en sueños. —Ahora hablaba con más frialdad, con tono pragmático—. Debes ser realista, tienes que elegir lo mejor entre lo posible.

Maude sentía un enorme deseo de gritar y patear de rabia por la difícil posición en que la habían colocado. Pero también sentía otro deseo. «Acepta esta oferta», le decía su corazón, «Acéptala y disfruta».

—Yo también sufro por la muerte de Theobald —añadió Fulke suavemente.

Las lágrimas de Maude se desbordaron.

—Lo sé —dijo secándose los ojos.

—Le tenía en gran estima. Era mi mentor, el hombre que me enseñó a convertirme en un caballero.

Maude guardó unos instantes de silencio, tragando y volviendo a tragar saliva para deshacer el doloroso nudo que se le había atravesado en la garganta.

—Juro que honraré su memoria y te honraré a ti —remató el joven.

—No confío ni en mi propio juicio en lo que a mi futuro respecta. —Una sonrisa burlona brilló entre las lágrimas—. Te miro y mi razón se escapa, sale por la ventana.

—Como un murciélago durante la noche, lo sé —comentó Fulke—. A mí me pasa lo mismo.

Maude abrió aún más los ojos.

—¿Sí?

—¿Has oído la canción de Melusina? ¿Cuando habla de su cabello plateado y los ojos del color del mar? —Se acercó y la cogió de la mano—. Colecciona corazones de hombres y con ellos hace un collar. —Le acarició la palma de la mano—. ¿Quieres robarme el corazón? ¿No es mejor perder la razón juntos que separados?

—¿Quieres decir si prefiero ser seducida que golpeada? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Maude le rodeó la cintura y se estrechó contra su cota de malla.

—Seguramente preferirías lo primero —murmuró. Pese a la barrera que establecían la cota de él y las ropas de ambos, la temperatura se disparó en la estancia. Maude dudó, sabiendo que estaba al borde del abismo. Un paso más y sucumbiría. Allí tenía, a mano, el corazón de Fulke; pero también deseaba preservar su dignidad a toda costa. El joven intentó besarla, pero ella volvió el rostro y se

apartó de sus brazos.

—Puedes intentar todo lo que quieras, pero no me tendrás mientras no estemos casados.

Fulke, que al ser rechazado sintió un incipiente dolor, sonrió enseguida, encantado. Acarició la mejilla de su amada.

—Bien, entonces, arrodillémonos ante el arzobispo, y hagamos nuestras promesas a Dios.



La ceremonia nupcial fue breve y sencilla. Con sus manos unidas por la estola púrpura de Hubert Walter, pronunciaron los votos matrimoniales. Fulke le entregó un sencillo anillo de oro labrado que el arzobispo bendijo, y cuando Fulke se lo colocó en el dedo a Maude, les declaró marido y mujer hasta que la muerte los separase.

Maude tembló al pensarlo. ¿Cuánto tiempo permanecerían sobre la tierra? ¿Unas horas, unos días, una eternidad? Fulke le dio un beso formal ante los testigos, sin la pasión que denotara minutos antes en la antecámara. Después fue su padre quien le dio un beso, luego Jean, y finalmente, Hubert. Mientras este último la besaba en ambas mejillas, sintió una repentina oleada de afecto y ahogó un melancólico acceso de lágrimas. El arzobispo le recordaba a Theobald y la seguridad y el gentil cariño que quedaron atrás en la ventosa costa de Irlanda.

—Si os marcháis ahora, mientras la corte se prepara para cenar, tendréis varias horas de luz por delante y muy pocos testigos que os vean partir —señaló Hubert, siempre práctico.

Enviaron a Barbette a las cámaras de las mujeres, a buscar algunas ropas y el arco y las flechas de su ama. Si le hacían preguntas debía responder que *lady* Maude iba a practicar el tiro. A Maude le habría gustado llevarse sus joyas más queridas y su vestido verde favorito, pero no podía hacerlo sin levantar sospechas. Además, era consciente de la necesidad de viajar con poco equipaje.

Fulke no había llevado a *Llamarada*, sino que contaba con un caballo gris de excelente porte y paso fluido y rápido que podía llevar con comodidad a su jinete largas distancias. El recién casado montó, se inclinó y le tendió la mano. Maude se aferró a sus dedos fuertes y bronceados y se subió tras él. Jean de Rampaigne hizo lo mismo con Barbette.

Maude se volvió a su sirvienta.

—No tienes por qué correr los mismos riesgos que yo, Barbette —dijo rápidamente—. Quédate si así lo deseas. El arzobispo te encontrará otro trabajo.

La mujer negó con un gesto, muy decidida.

—Te he servido desde tu casamiento con lord Theobald, mi señora. Sé que no estaría cómoda con ninguna de esas mujeres que ahora dejamos atrás. —Con un gesto que daba más fuerza a sus palabras, Barbette se acomodó detrás de Jean y sonrió—.

O al menos no tan cómoda como ahora. —Y pasó, muy satisfecha, los brazos en torno a la cintura de Jean.

—Eso es verdad. —Jean sonrió.

Maude rio y se sintió aliviada. Había un estimulante clima de camaradería y aventura. Eran ellos contra el mundo, y no tenían miedo.

Fulke espoleó el caballo y Maude se agarró con fuerza a su cinto. Ya había cabalgado de ese modo con Theobald muchas veces, pero entonces las emociones eran de otro tipo, pues a ella le interesaba más el paisaje que la cercanía del hombre que guiaba el caballo. Ahora ocurría lo contrario. Para ella sólo existía el cuerpo del joven con el que acababa de casarse. La forma en que el viento agitaba su pelo, la cara que apenas veía de refilón, el parpadeo de sus pestañas cuando giraba un poco la cabeza, las manos fuertes sobre las riendas. Imaginó aquellas manos tomando su cuerpo y sintió un pequeño temblor en el que había algo de miedo y mucho de placer anticipado.

Cuando salieron de Canterbury, las campanas de la catedral tocaban a vísperas. Estaba mediado el verano y todavía disponían de varias horas de luz para viajar. Fulke mantenía un trote fluido, constante, sin sobresaltos. No muy lejos se encontraron a un comerciante que iba a la ciudad, con la mula cargada de manojos de flores frescas, atadas con un alambre delgado. La noticia de que la corte estaba en Canterbury se había propagado como el fuego, y los mercaderes se apresuraban a sacar provecho.

Fulke tiró de las riendas y hurgó en la bolsa de cuero que llevaba atada a la cintura. A cambio de un cuarto de penique, el mercader le dio una corona trenzada con helechos y flores blancas, de delicada fragancia. Volviéndose en su montura mientras el hombre se alejaba, Fulke coronó el sencillo velo de Maude con las flores.

—Toda novia necesita un anillo y una corona.

Maude sintió que tontas y alegres lágrimas llenaban sus ojos, y tuvo que morderse los labios para no sollozar abiertamente.

Fulke la habría besado allí mismo y la joven habría respondido sin pensarlo, pero en ese momento llegó un grupo de hombres armados que se dirigía a Canterbury, y Fulke se hizo a un lado para abrirles paso. No quería llamar la atención. Uno de los últimos jinetes del grupo, un sargento que llevaba un sobrepelliz acolchado, miró con curiosidad a los cuatro viajeros, y siguió haciéndolo incluso cuando la tropa continuó su avance. Frunció el ceño.

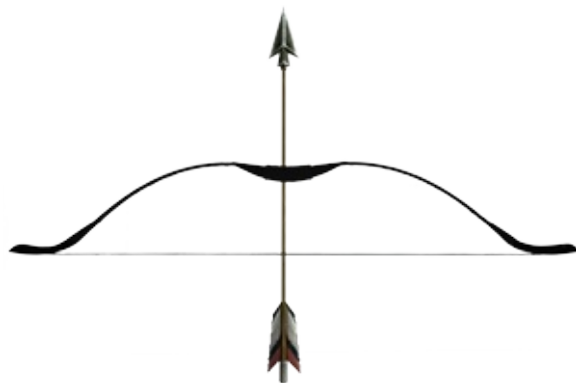
—Creo que nos ha reconocido —murmuró Jean—. ¿Le habías visto antes, Fulke?

—No.

—Sirvió a las órdenes de Theobald durante un tiempo, pero fue expulsado porque siempre se estaba peleando y causando problemas. —Maude miró con ojos preocupados a los hombres que se alejaban—. Nos conoce a Barbette y a mí. —Sus manos se apretaron aún más sobre el cinturón de Fulke—. Entró al servicio de Theo en la época en la que recaudaba el dinero de los torneos. Puede que también recuerde

quién eres, pues seguramente te ha visto en las justas. Sé que no dudará en hacer preguntas y en ganar, como Judas, algo de dinero.

—Entonces será mejor que sigamos nuestro camino. —Fulke guio a su montura de regreso al camino y la urgió a trotar velozmente para poner distancia entre ellos y cualquier persecución que pudiera resultar del fortuito encuentro. Los momentos de arrebató romántico habían concluido.



CAPÍTULO 23

A la caída del sol, Fulke y sus compañeros se internaron en el gran bosque de Andreadswald y llegaron donde había dejado a sus hombres cuando casi era noche cerrada. Andreadswald se extendía desde los límites de Canterbury hasta Chichester, al oeste. Su escasa población se regía por las duras leyes del bosque, impuestas por los reyes normandos y los Plantagenet, celosos de sus privilegios de caza. A todos los perros había que cortarles tres de las uñas de sus patas delanteras, para que no pudieran cazar, y cualquier hombre atrapado con las manos enrojecidas sobre el cuerpo de un ciervo muerto podía ser ahorcado. Los guardabosques reales, encargados de capturar a los delincuentes, eran temidos y odiados. Nadie les diría que había fugitivos en la zona. Que los descubrieran por sí mismos.

Los hombres se sintieron lo suficientemente seguros como para encender un fuego con el que cocinar y calentarse, pero Fulke ordenó que lo apagaran y estuvieran preparados para marchar en cualquier momento.

—Cristo, a menos que te estén pisando los talones, nadie va a irrumpir en este claro y a vencernos —protestó William, aunque obedeció las órdenes de Fulke—. Nadie, salvo un completo idiota, pelearía en medio de un bosque en plena noche.

—Estoy de acuerdo —coincidió Fulke—. Si yo estuviera al mando de una tropa que os persiguiera, seguiría el olor del humo y el sonido de las voces hasta encontrar el fuego. Esperaría al amanecer y atacaría entonces. —A veces se preguntaba si WilHam aprendería alguna vez, si llegaría el día en que pudiera ver más allá de sus narices—. Así y todo —añadió mientras William enrojecía, irritado—, huele bien lo que habéis cocinado, y mi estómago está a punto de sublevarse. Creo que lo mismo le sucede a mi esposa.

—¿Esposa? —exclamó el hermano con voz aguda mientras Fulke bajaba de la montura, le entregaba las riendas y alzaba los brazos para ayudar a Maude. La joven

se dejó caer suavemente en ellos. Fulke notó su delgadez a través del vestido de lana y pudo palpar el firme tono de los músculos de la bella arquera. Casi no podía creer que ya era suya, que a pesar del peligro estaba a su lado, y que sus ojos brillaban como brillaban los suyos.

—Nos casó el mismísimo arzobispo en presencia de su padre, con Jean y Barbette como testigos —explicó Fulke.

—Todo ante las narices del rey Juan —agregó Maude con tono travieso, al tiempo que se adelantaba para besar a William en la mejilla—. He sido hija única, pero ahora deberé acostumbrarme a tener una multitud de hermanos.

William parecía algo sorprendido, pero enseguida reaccionó e hizo una reverencia.

—Nunca habíamos tenido una hermana —dijo. De pronto sus ojos pardos brillaron—. Espero que seas hábil cosiendo ropas y heridas.

Maude se rio.

—¡Cuando tengo tanta hambre como una osa y la espalda como una rueda de molino, soy la más torpe del mundo! —Se acarició las nalgas—. ¡Y con trasero de cabalgada! —agregó rápidamente, divertida al ver cómo se alzaban las cejas de William.

Los demás hermanos le dieron también la bienvenida a la familia y luego la felicitó el resto de la tropa. Fulke sufrió una auténtica paliza, de tantas fuertes palmadas como le dieron, y no faltaron comentarios algo subidos de tono. Los recibió de buen grado, pero le preocupaba cómo podrían sentar a Maude las bromas pesadas de los hombres. Ella era, después de todo, la antigua cuñada del arzobispo de Canterbury y, en sus últimos años, Theobald había manifestado firmes convicciones religiosas. Aquellos hombres eran jóvenes solteros y en el campamento no había más mujeres que cuatro lavanderas, cuya moral era tan dudosa como la blancura de las camisas y otras prendas que frotaban contra las piedras de los arroyos.

Maude, sin embargo, parecía cómoda en aquel ambiente. Comió un enorme plato de guiso de liebre, y tanto pan como cualquier hombre adulto. Fulke miró asombrado su delgado cuerpo y le preguntó si tenía agujeros en la barriga.

—Te dije que tenía hambre —respondió chupándose los dedos delicadamente, como un gato.

—Tendré que llevar un caballo de carga extra, con provisiones para tu consumo personal —comentó Fulke sonriendo—. No me imaginaba que comías como una loba.

—Hay muchas cosas de mí que ignoras. —Le miró de tal manera que le dejó sin aliento, y consiguió que su marido sintiera un súbito calor en la entrepierna.

—Iré aprendiéndolas.

De pronto, la atmósfera reinante entre ellos se había cargado como el aire antes de una tormenta. Sus ojos se encontraron, y echaron fuego. Maude se lamió el último dedo, y luego los labios. Fulke luchó contra el urgente deseo de arrastrarla a la

oscuridad de los árboles y tomarla sin ninguna consideración. Un minuto o dos serían suficientes. Estaba tan excitado que su virilidad parecía el mango de una espada, y podía ver, por lo dilatado de sus pupilas, que ella estaba húmeda como la miel.

William rompió la magia, se les unió y se sentó en un tronco cubierto de hiedras, agregando la luz de su propia vela a la que hasta entonces había iluminado la cena. Enseñó a Maude unas calzas de lino agujereadas.

—¿Podrías remendarlo ahora? —le preguntó.

Fulke no sabía si enojarse o sentirse aliviado por la intervención de William.

—Eso lo puedes hacer tú, o pedirselo a cualquier otra mujer —dijo al fin el hermano mayor con brusquedad.

William se encogió de hombros inocentemente.

—Las lavanderas están demasiado ocupadas y... Nuestra madre hizo estas calzas para mí. Quiero que las puntadas las dé otra mujer de la familia. —Miró a Maude con ojos suplicantes.

—No soy buena costurera, y menos con esta luz. —Se rio y aceptó la prenda.

—Las excusas que tiene uno que escuchar... —Gruñó Fulke, mirando a William con los ojos entornados.

—Es la verdad. —William abrió las manos para subrayar su sinceridad. A la luz de las velas, su cara parecía una mezcla de fauno del bosque y niño perdido—. Piensas que sólo me gusta la aventura, y que soy descuidado y salvaje. En parte es cierto, pero hay otra parte de mí que no olvida cómo eran las cosas cuando un día de caza era lo más excitante que hacíamos, y cuando mamá se sentaba con su costura junto a la ventana y nos contaba historias de serpientes y tesoros.

La expresión de Fulke se ablandó un poco.

—Todos lo recordamos —asintió en voz baja—. Sé que no podemos volver atrás, pero espero que llegue el día en que lo más peligroso que haga sea cazar para la cena o escuchar a la madre de mis hijos contar cuentos de serpientes y tesoros a nuestros crios.

Maude alzó la cabeza y le miró con los ojos brillantes.

—¿Para qué contarles cuentos si la verdad será una historia suficientemente sugestiva para llenar su infancia entera?

El comentario dio pie al relato de su casamiento y fuga. Entre ambos, empezaron a contar la historia a William, pero pronto tuvieron una audiencia más numerosa. Fulke se sentía cada vez más orgulloso de Maude. No era una dama delicada que considerara los dorados barrotes de la jaula del castillo su hábitat natural, sino que era una mujer fuerte, resistente y dúctil como el buen acero. Haría lo que se le pidiera. Se preguntó si era digno de aquella esposa.

Maude terminó de coser las calzas de William y se las entregó con una reverencia.

—La primera y la última costura que hago para ti, hermano —dijo con ojos chispeantes, y una bella sonrisa, pero con tono que dejaba claro que no iba a permitir

que la tomaran por tonta.

William cogió las calzas y las apretó contra su pecho.

—Gracias, esto significa mucho para mí. —Carraspeó—. Como muestra de afecto, quisiera ofreceros a ti y a Fulke un tálamo nupcial —señaló hacia la oscuridad.

Fulke alzó las cejas.

—¿Qué estás tramando?

—Nada —replicó William despreocupadamente—. Sólo hicimos unas cosillas mientras comíais. Al fin y al cabo, antes de poder contar cuentos a los niños hay que concebirlos. Venid a ver.

Les condujo hasta un extremo del claro. Habían cortado ramas verdes de un arce y las habían curvado para armar una pérgola. Pieles de oveja cubrían el suelo del refugio. Habían colocado mantas en la entrada, a modo de tosca cortina.

—Los trovadores siempre entonan canciones sobre frondosas pérgolas naturales en los bosques. ¿No es cierto, Jean? —William miró al aludido, buscando su aprobación.

El caballero sonrió.

—Es un tema habitual —confirmó.

Fulke estaba emocionado. Las travesuras de William eran, con frecuencia, desagradables. Pero esta vez había acertado.

—Nuestro lecho nupcial no podría ser mejor. No lo superaría un colchón de plumas en un palacio real.

—Eso no es verdad —replicó William, visiblemente satisfecho—. Hemos puesto musgo seco debajo de las pieles, para que el lecho esté blando. —Tragó saliva y pareció estar un poco avergonzado. Habitualmente, en los casamientos, el vino corría en abundancia, eliminando las inhibiciones. Había rivalidades jocosas y una ruidosa ceremonia para acompañar a los recién casados hasta la cama, antes de dejar en paz a la novia y al novio y los invitados volvieran a la fiesta. Aquí no existían esas convenciones, no corría el vino y tampoco había sacerdotes para bendecir el lecho. Maude era una gran dama, y una viuda reciente.

—Gracias, eres muy considerado. —Maude tomó las riendas de la situación, besando con afecto a William en la mejilla, antes de desaparecer en el refugio y apartar las mantas tras de sí.

—Prometo que no me quedaré fuera a escuchar —dijo William.

—Si lo haces, te mato —aseguró Fulke. Miró la manta que tapaba la entrada, preguntándose si Maude, al cerrarla, le invitaba o le rechazaba. ¿Debería unirse a ella o volver con sus hombres? Optó por una solución intermedia. Pasó media hora hablando con sus caballeros sobre cuestiones de estrategia, para que todos supieran qué hacer si les perseguían al día siguiente. Luego organizó la guardia nocturna, se quitó la cota de malla y la túnica acolchada, consciente de que esa tarea sería imposible dentro de los límites de la pérgola. Finalmente, cogió una bolsa con vino y

fue al encuentro de Maude.

La joven estaba sentada sobre las mantas, y había puesto su capa sobre ellas. Seguía vestida, aunque se había quitado el velo. A la luz de una sencilla lámpara, sus trenzas brillaban como la plata. Por Cristo que era hermosa, pensó Fulke mientras se agachaba para entrar y luego se sentaba. No había espacio para permanecer de pie, aunque sí el suficiente para yacer. Tiempo atrás había trazado en la hierba húmeda una línea que les separaba, pero ahora no existía ya ninguna barrera entre ambos.

En el silencio que siguió, Fulke alargó la mano para coger la bolsa de vino. Se la ofreció a su mujer.

—No necesito estar borracha —dijo Maude con una sonrisa irónica—. Sé lo que me espera.

Fulke recuperó la bolsa y bebió varios tragos. No era conveniente preguntar qué clase de amante había sido Theobald. Sin duda, había sido considerado, porque ella no estaba acobardada y no había desagrado alguno en su expresión. Posiblemente, había sido un amante esporádico, a juzgar por su avanzada edad y su interés por la religión.

Le agobiaba no saber lo que ella esperaba de él, no estaba seguro de cuál debería ser su comportamiento. El frondoso refugio de un fugitivo podía dar un aire salvaje y romántico al encuentro sexual, pero tenía sus inconvenientes. Había testigos, aunque los hombres pretendieran estar sordos. El peligro de que les estuvieran persiguiendo, es decir, de un ataque repentino, hacía que quitarse todas las ropas y disfrutar del abandono de la desnudez fuera imprudente. Tal placer debería esperar, aunque era una pena. Podían, claro, besarse castamente, y dormir, pero Fulke no era un santo y había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado con una mujer. Además, un matrimonio sin consumir podía ser disuelto en cualquier momento.

Le tocó suavemente una trenza, embelesado por su brillo, y luego dejó que los dedos acariciaran tímidamente la delicada piel de su cuello. Sintió una repentina agitación del pulso de la joven, que tomó aire. Fuera, alguien rio junto al fuego, y fue silenciado con una seria advertencia de William.

Procuró olvidar a los que velaban y la besó en la boca. Sus labios se abrieron voluntariamente, y sus brazos le rodearon el cuello. Rodaron sobre las pieles de ovejas rellenas de musgo. La excitación de Fulke se disparó hasta el punto de que su miembro le proporcionaba tanto dolor como placer. Acarició el seno de su esposa, recorriéndolo en círculos y sintiendo los pezones florecer bajo sus caricias. Maude ronroneaba y se apretaba contra él, restregándose como una gata. Incluso a través de las ropas que los separaban, la sensación fue tan intensa que Fulke apartó los labios de los de ella y ahogó un gemido en su sedosa cabellera.

Sabiendo que a ese ritmo terminaría casi antes de empezar, trató de distraerse pensando en otras cosas: la jornada del día siguiente, la posibilidad de llegar a un lugar seguro, los golpes que daría después... Tales pensamientos, empero, no impidieron que la urgencia aumentara. No podía hacer nada, salvo aguantar cuanto

fuera posible.

Introdujo la mano entre las enaguas, sobre las medias, y lentamente recorrió la fina seda. Maude tembló cuando el hombre alcanzó la suave piel de su entrepierna. También tembló él. Por Jesucristo que era una tortura. Desatándole la ropa interior, acarició con la yema de los dedos el pelo ensortijado de su pubis, buscando el interior, apartándolo. Ante la audacia sensual de su dedo, ella se abrió con un gemido ahogado. Estaba húmeda, como miel caliente, y mientras la acariciaba escuchó cómo su respiración se convertía en un jadeo desenfrenado, y notó que se tensaban los músculos del vientre de su bella esposa.

La besó, y ella devolvió sus besos con fiereza, hasta que se quedaron sin aliento. Las manos de Maude buscaron debajo de la túnica y la camisa de Fulke hasta hallar su piel. Acarició las costillas del hombre, luego la espalda, y bajo el calzón, llegó a la curva de sus nalgas. Entonces se colocó encima y ofreció su pelvis en una petición muda, primitiva.

Fulke se libró de las ropas que torturaban su miembro y, cerrando los ojos, la penetró. La cópula no podía durar mucho, porque el deseo era demasiado intenso. El joven intentó prolongarla, pero los gemidos de Maude, sus ahogados gritos de placer, y el modo en que le abrazaba, obligándole a entrar aún más en ella, eran acicates que no podía resistir. Cuando la recién casada se puso rígida y le rodeó con las piernas, sus uñas clavadas en la espalda, supo que estaba perdido. Uniendo sus bocas, para que no hubiera gritos que divirtieran a los hombres de fuera, empujó una vez más y tembló en una explosión final, un prolongado alivio.

El orgasmo fue cegador: placer puro seguido de un momento de olvido total. Yacía dentro de ella, con los ojos cerrados y una gloriosa lasitud apoderándose de todo su cuerpo. Ella bajó las piernas y sus dedos le acariciaron el pelo. Después de un momento, le dio un gentil empujón.

—Pesas tanto como un buey —murmuró.

Fulke se dio la vuelta, saliendo de ella.

—Porque soy un buey al que le han puesto un yugo —dijo, y se rio por lo bajo—. Dudo que en este momento pudiera enfrentarme a una simple hormiga.

Maude se sentó a horcajadas sobre Fulke. Tenía una expresión que no había visto nunca. Sus párpados estaban pesados, los labios hinchados y rojos por tantos besos. Mechones de cabellos, mitad plateados, mitad dorados, se habían despeinado y descansaban sobre la frente y el cuello. Parecía tan deseable y atractiva, que, a pesar del agotamiento, sintió una chispa de deseo ardiendo otra vez en sus entrañas. Pensó que en aquella expresión había algo más. Sorpresa y curiosidad, como si estuviera asimilando una nueva experiencia.

—Espero haber estado a la altura de lo que esperabas —dijo.

Ella se colocó unos cabellos sueltos detrás de la oreja y sonrió.

—No has fallado —replicó, pensándolo y arrugando la nariz—. Theobald también se quedaba dormido.

Fulke se movió, incómodo, debajo de ella. No quería pensar en Theobald, pero la culpa era suya, por andar buscando elogios.

Inclinándose hacia delante, Maude le besó suavemente en la boca.

—No fallaste, tonto. Estuviste por encima de lo que esperaba, y no voy a decirte nada más, para que no se te suba a la cabeza y te hinches tanto que no te puedas poner la cota de malla.

El beso y las palabras reavivaron el fuego; y aunque cinco minutos antes Fulke no se hubiera creído capaz de hacer otra cosa que quedarse dormido, sintió que la urgencia volvía a tomar posesión de él.

—No creo que mi vanidad sea el problema —aseguró, mientras crecía dentro de ella y la tomaba por las caderas—. Pero sí que tengo un problema, y conozco el remedio.



Maude se despertó antes del amanecer y por un momento se preguntó dónde estaba. Cuando notó el peso del brazo de Fulke sobre su cintura, recordó y sonrió. Desde la oscuridad exterior llegaba el aroma de las hojas y los helechos. Su marido respiraba lenta y hondamente, sumido aún en un sueño profundo.

Se quedó quieta para no despertarle y pensó en su noche de bodas, en la diferencia entre lo que esperaba y lo que había sucedido. Sabía que no debía hacer comparaciones entre Fulke y Theo, pero era imposible evitarlas. En su último año Theo dormía con ella, pero no habían sido pareja. Incluso antes de eso, el viejo caballero consideraba el acoplamiento como un deber rutinario, nunca particularmente destacado en su lista de prioridades. Siempre había sido gentil, protector y caballeroso con ella. Maude no había podido descubrir que el acto de procreación podía estar rodeado de irreverencia y risas, y de un placer tan intenso y crudo que la dejaba sin aliento. No imaginó que existiera un gozo tan intenso que la hiciera gritar. Incluso su simple recuerdo le produjo una tibia sensación entre las piernas. Sonrió. Marchar milla tras milla sobre el caballo y luego montar a su marido dos veces había sido francamente agotador.

Sus lánguidos y placenteros pensamientos se interrumpieron rudamente cuando se abrió la cortina de mantas y apareció la cara de William, iluminada como la de un demonio por el brillo de la antorcha que sostenía en su mano. Maude ahogó un grito y se sentó de golpe. Lo mismo hizo Fulke, empuñando la espada antes incluso de que sus ojos se abrieran.

—Fulke, hay jinetes en el bosque. Tenemos que irnos —susurró William con urgencia—. Uno de los guardias ha visto antorchas y llevan perros con ellos.

Fulke maldijo.

—Muy bien. Ya sabes lo que hay que hacer.

El hermano asintió.

—Te he traído tu cota —dijo, señalando a un lado, y se fue, dejando la antorcha.

Fulke ató rápidamente una de las tiras de sus calzas.

—Buenos días, esposa —saludó, enseñando los dientes con salvaje humor—. Me temo que nuestro desayuno nupcial deberá esperar.

—Al menos tuvimos nuestra noche nupcial —comentó la joven—. Ya no pueden separarnos aduciendo la no consumación del matrimonio. —Apretó los brazos en torno a su cuello y le besó. Él la atrajo hacia sí y Maude saboreó la aspereza de su barba y la fuerza de sus brazos.

—¿No te arrepientes? —le preguntó.

—Sólo lamento que no podamos darnos el lujo de quedarnos en la cama esta mañana.

Volvieron a besarse, con pasión, pero brevemente. Fulke rompió el abrazo para salir y se puso la túnica forrada y la cota de malla. Maude se ató rápidamente el cabello con una red de seda y lo cubrió con el velo. La corona de rosas, levemente aplastada y marchita, brilló bajo el parpadeo de la vela. Levantándola con delicadeza, se la puso sobre la cabeza y se la aseguró con un par de horquillas. No iba a dejar su corona de novia para que la encontraran los perseguidores.

Cuando Fulke se puso el sobrepelliz, Maude estaba allí para ayudarlo con el resto. El peso de la camisa de malla casi la hizo tambalearse. Una vez que la prenda pasó sobre la cabeza, fue sólo cuestión de tirar hacia abajo. No había tiempo para perder con lujos como las perneras de metal. Maude le llevó el cinturón para la espada y vio cómo se lo ajustaba con eficiencia, sin que diera señal alguna de que momentos antes había estado profundamente dormido, con el brazo sobre sus pechos. ¿Era el resultado de una vida llena de peligros, o un comportamiento normal? Tenía muchas cosas que descubrir, si es que vivían lo suficiente para hacerlo.

Cogió su arco y su aljaba de los pies del improvisado lecho, donde habían quedado junto a la espada.

—Soy tan buena arquera como cualquier hombre —señaló con un defensivo gesto del mentón cuando vio la expresión de disgusto de su marido.

—Sé que lo eres, pero espero que no lo demuestres atravesando la garganta de alguien con una flecha. —La cogió de la mano, corrió por el claro hasta los caballos y la subió a la grupa del animal gris antes de montar a *Llamarada*. Mientras ajustaba los estribos, habló rápidamente con sus hermanos y con el guardián que había regresado a la carrera para anunciar al campamento la llegada del enemigo. Satisfecho, asintió, y luego se volvió a un caballero que aguardaba a un lado, sobre un caballo de patas esbeltas. Tenía una cuerda en cuyo extremo estaban atados la cabeza y los cuartos delanteros de un ciervo medio podrido.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Ralf. Llévalos hacia el oeste.

El caballero asintió y apareció una sonrisa entre sus barbas oscuras. Azuzando a su montura, partió, con los restos podridos golpeando y rebotando contra el suelo, a su espalda.

Fulke condujo al resto de la tropa hacia el norte. El amanecer ya empezaba a despuntar, y el follaje de los árboles pasó del negro a un verde oscuro.

—Veo que usas a Ralf como señuelo —dijo Maude—, ¿pero será suficiente para que pierdan el rastro?

—Funcionará, por lo menos un rato. Los perros seguirán el olor de la carne podrida y Ralf tiene uno de los caballos más rápidos, así que es poco probable que le alcancen.

—Pero seguramente verán que hay huellas de un solo caballo en la dirección de Ralf, y más de cuarenta en esta otra.

—Espero que decidan seguir a los perros y no pensar en el número de caballos. Y aunque lo hicieran, todavía está demasiado oscuro para ver las huellas claramente. Cuando vuelvan sobre sus pasos estaremos mucho más lejos, y anoche tomé la precaución de poner al revés las herraduras de nuestros caballos. No encontrarán ninguna huella en esta dirección —señaló con su mano—. ¿Ves cómo los hombres se han separado un poco? No existirá un único sendero muy transitado. Sé que dejaremos otras señales, como ramas rotas, pero incluso un rastreador habilidoso tiene que detenerse a examinar el rastro, y eso, nuevamente, nos dará tiempo.

Maude empezó a comprender que aquello no era para Fulke una escapada, sino un modo de vida, que también era el suyo ahora.

—Esto no es nuevo para ti —le dijo.

El marido guio a *Llamarada* en torno a un arbusto espinoso.

—No, un comandante siempre debe tener algo preparado en caso de necesidad. De no hacerlo, sabrían qué camino seguir inmediatamente.

—¿Cómo sabes que saldrá bien?

—No lo sé. —Se encogió de hombros y miró hacia delante—. No es demasiado tarde. Puedes dar media vuelta, volver a Canterbury y decir que te secuestraron.

Maude observó la postura tensa, defensiva, de sus hombros. Tenía completa confianza en él como comandante, pero no en su capacidad para mantenerse a su lado. Tal vez pensara que no la había rescatado, sino más bien arrebatado, y esa idea quizás le remordía la conciencia.

—Preferiría caminar con harapos desde una punta de Inglaterra a la otra que volver ahora —respondió con fiereza—. Ante el mismo arzobispo de Canterbury me prometí a tu persona hasta que la muerte nos separe. ¿Es que tu promesa significa tan poco que en la primera mañana de nuestro matrimonio sugieres que regrese?

—¡Estás cambiando mis palabras! —exclamó indignado.

—¿De veras?

Fulke no respondió inmediatamente y sus hombros permanecieron tensos. Finalmente, la miró a los ojos.

—Si volvieras, me moriría —dijo sombrío—, pero necesito saber que estás aquí por propia voluntad. No soporto ver a ninguna criatura en una jaula. Y menos a ti.

—¿Crees que tendría libre voluntad si volviera? —preguntó alzando la voz—. Si

quisiera rechazarte, te habría ahorrado esta dificultad y lo habría hecho en Canterbury. ¿Acaso mis labios dijeron que no? ¿Acaso lo dijo mi cuerpo? ¿No has podido interpretar el mensaje de lo ocurrido ayer por la noche? —Le miró exasperada—. Para ser un hombre supuestamente inteligente, estás actuando con notable estupidez.

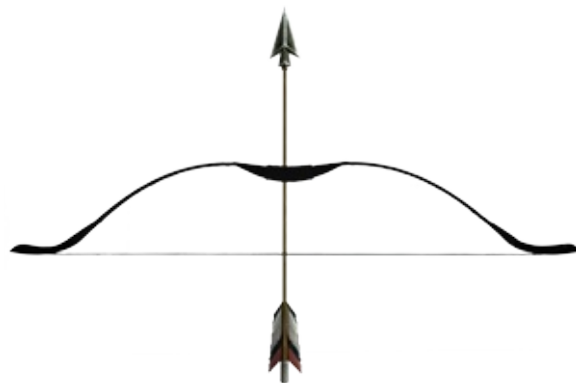
—Hice una sugerencia razonable. No esperaba que tu lengua se convirtiera en una espada a causa de ella.

—¿Llamas sugerencia razonable a enviarme de regreso a Canterbury? —Maude se enderezó. Una parte de ella estaba disfrutando con la discusión. Nunca habían saltado chispas apasionadas entre ella y Theobald. La tensión sexual generada entre ella y Fulke prometía una conflagración constante, que se pondría al rojo vivo en el lecho.

—Más razonable que tu actitud.

—¡Mi actitud! —Maude espoleó los flancos de su montura, que se asustó y resopló por la sorpresa—. Éste no es el momento ni el lugar para hacerlo, pero cuando estemos libres de persecución, te mostraré lo que es la razón, Fulke FitzWarin, y entonces te la arrebataré. —Le miró con furia. La luz de la alborada resaltaba el color verde claro de sus ojos.

—Creo que ya lo has hecho, que me has dejado sin razón —dijo con ironía.



CAPÍTULO 24

No queda mucho, ya estamos cerca. —Fulke miró a Maude, que, de puro cansancio, parecía a punto de caerse del caballo—. Pronto entraremos en Higford.

La joven se irguió de inmediato.

—Estoy bien —mintió—. El calor me produce mucho sopor, eso es todo.

En realidad, estaba exhausta. Bastaba ver sus ojeras para saberlo. Habían viajado mucho, siempre procurando alejarse de posibles enemigos. Se libraron de las lluvias, pero a cambio padecieron un calor agobiante, en caminos abruptos y por ello poco transitados.

Entre tantas penurias, Maude no emitió una sola queja, pero Fulke sabía que aquellas marchas forzadas se habían cobrado su precio. Cuando acompañó a Theobald a Irlanda, fueron más despacio, con cómodos descansos en las abadías y los castillos que jalonaban el camino. No se vio obligada a vivir en tiendas de campaña ni a dormir sobre el duro suelo todas las noches. Tampoco les perseguía nadie.

Fulke dejó sus sentimientos de culpa a un lado. No era bueno dar muchas vueltas a semejante asunto, puesto que nada podía hacerse. La joven había estado de acuerdo con el matrimonio, le había acompañado por propia voluntad. Como ella misma había dicho, volver sería como regresar a una prisión. Pero verla sufrir le llenaba de remordimiento.

—No soy tan frágil como parezco —dijo Maude, leyendo sus pensamientos—. Me miras como si estuviera hecha de vidrio, pero no es así. Me puedo quedar en la montura tanto tiempo como tú o cualquiera de tus hombres. No quiero recibir un trato diferente al suyo.

—Sólo dije que faltaba poco para Higford —respondió Fulke—. Sé muy bien que no eres una criatura frágil. A decir verdad, me recuerdas a los erizos. Ciertamente estás muy bien protegida, y tienes muchas púas.

Como bien había imaginado el caballero, los ojos de la dama centellearon. Eran como joyas, pensó, de un verde tan claro y luminoso que daban la impresión de ser translúcidos.

—Dios los cría y ellos se juntan. Ambos tenemos púas, aunque las tuyas son más bien de puercoespín —replicó Maude, acariciándose la mejilla, irritada por el roce de la barba de Fulke. Éste, comprendiendo la indirecta, se frotó la barba de cuatro días.

—Me afeitaré en cuanto llegemos a Higford —prometió. Durante el invierno se dejaba barba, pero en verano hacía demasiado calor y le picaba, sobre todo cuando había que usar cota de malla y yelmo cerrado.

—¿Crees que estaremos seguros en Higford?

—Algún tiempo, sí. William FitzAlan es el administrador de Shropshire y cuento entre mis hombres con los hijos de muchos de sus arrendatarios. Siente simpatía por mi causa y, hasta ahora, no nos ha molestado. Mis tierras de Whiltshire son favorables también, puesto que William de Salisbury es el administrador.

—¡Es hermanastro de Juan! —exclamó Maude—. ¿Puedes confiar en él?

—También es mi amigo. Sí se ve obligado a actuar en mi contra, me avisará con tiempo suficiente. Procuro no abusar de su hospitalidad, pero sé que puedo hacerlo sin ser traicionado si no me queda otro remedio. Ama a Juan, pero está hecho de otra pasta.

Maude se mordió el labio inferior, poco convencida.

—Además —agregó Fulke—, en los condados del norte hay señores que nos ayudarán. Eustace de Vesci odia a Juan, y también está tu padre.

—No puedes confiar en él —le advirtió Maude sacudiendo la cabeza.

—No querría estar a sus órdenes —dijo Fulke encogiéndose de hombros—, pero nos entendemos.

—¿De veras? —La expresión de Maude era de disgusto—. Antes de que llegaras a Canterbury me amenazó con golpearme para que le obedeciera. Le escuchaste decir que me callaría poniéndome lazo y bozal.

—Dije que nos entendíamos, no que fuésemos iguales —corrigió con tono de impaciencia—. Te juro que jamás volverá a amenazarte.

—Claro que no. Te cedió ese derecho en nuestro matrimonio.

—El hombre que golpea a una mujer se castra —dijo Fulke con voz sombría.

Maude respiró profundamente.

—Si te oyera, mi padre diría que te estás buscando problemas. Es una actitud peligrosa.

—¿Y la otra no? Puedo gritar hasta quedar mudo, o explotar de rabia, pero si alguna vez te pego, tienes derecho a divorciarte de inmediato.

—Si alguna vez me pegas —dijo Maude con suavidad—, encontrarás la daga en tus costillas, en vez de tu cinto.

Fulke rio de buena gana.

—¿Ves lo que digo de tus púas?

Pullas y alegrías se interrumpieron cuando, tras una curva del camino, vieron una tropa de jinetes avanzando en dirección opuesta. Fulke aguzó la mirada, tratando de distinguir los estandartes. Entonces maldijo violentamente y, haciendo girar su escudo y acomodándolo en el brazo izquierdo, cogió el mangual de la montura.

—Vete a la retaguardia —apremió a Maude—. ¡Ya! ¡Alain, llévala!

—¿Qué sucede? —preguntó Maude, sintiendo que su estómago se hundía.

—Morys FitzRoger y sus hijos —gruñó Fulke—. Por los clavos de Cristo, ¡vete! ¡Te matará si nos ataca!

Pálida, Maude dio la vuelta, espoleó a la yegua y obedeció.

A veinticinco yardas de Fulke, Morys se detuvo, tan sorprendido como su enemigo por el encuentro. No tenía intención de rehuir el choque, sino todo lo contrario. Lentamente, sacó la espada para pelear de cerca, movimiento imitado por sus hombres. La operación provocó un ruido inquietante. Luego hubo unos instantes de silencio, respiraciones contenidas y tensión creciente, mientras ambos grupos se examinaban y seleccionaban mentalmente sus blancos.

—¡FitzWarin, no eres más que un ladrón fugitivo! —gritó Morys—. Esta noche, tu cabeza y la de tus hermanos estarán expuestas sobre picas en los muros de Shrewsbury. ¡Desde allí podréis mirar cuantas tierras queráis!

—¡Primero tendrás que vencernos y capturarnos! —William se irguió sobre sus estribos para responderle, con la espada brillando en su mano. Se sujetaba con las riendas y su caballo caracoleaba en círculos, llenando de baba espumosa las bridas.

Morys alzó el brazo, pero Fulke se le adelantó y lanzando un rugido a sus tropas clavó las espuelas. Ganó la ventaja del que da primero.

Los dos grupos chocaron con estruendo. El polvo se levantó en torno a los combatientes. Obsesionado con la idea de proteger a Maude, temeroso de que los hombres de Morys pudieran romper la línea, Fulke peleó como si estuviera poseído. En pleno fragor de la batalla perdió el mangual, que se quedó en torno al mango del hacha de algún enemigo.

Como pudo, desenvainó la espada. Percibió un reflejo a su lado, se agachó y el golpe dirigido por FitzRoger, que le hubiera roto la clavícula, se estrelló en su yelmo. Quedó aturdido. Vio cómo se alzaba el escudo de FitzRoger mientras trataba de mover su caballo para lanzarle un nuevo golpe. Apretando los dientes, Fulke respondió. Lo hizo de manera instintiva, con la rapidez que dan los muchos entrenamientos. El filo de la espada levantó chispas en la malla de FitzRoger, y la fuerza del golpe fue sólo parcialmente reducida por los protectores de cuero acolchado que tenía debajo. Morys lanzó un gemido ahogado y se dobló sobre su montura, sin aire. Cuando la vista de Fulke se aclaró, éste vio que con su golpe había destrozado la garganta de Morys FitzRoger.

El enemigo se tambaleó y cayó de su caballo, golpeando el suelo con un ruido sordo. Se agarró la garganta, sufrió unas convulsiones y quedó inmóvil. Como si la batalla hubiera dejado de tener sentido, la lucha cesó, y los hombres de ambos bandos

retrocedieron.

—¡Padre! —Weren FitzRoger saltó del caballo y se arrodilló al lado de su progenitor—. ¡Padre! —Sacudió al hombre caído y luego le dio la vuelta, buscando desesperadamente señales de vida—. Lo has matado —dijo a Fulke, con la voz ahogada por las lágrimas y los ojos llenos de odio.

—Como me hubiera matado él —replicó Fulke, con la respiración aún agitada por el esfuerzo—. Como mató a mi padre. Ha sido una batalla justa, y Dios ha decidido. —Hizo un gesto con la espada, el acero todavía limpio y brillante como un espejo—. Llévatelo antes de que sea tarde.

—¡Pagarás por esto! —Gruñó Gwyn, sumándose a su hermano.

—No pierdas el tiempo con amenazas que no puedes cumplir. —El tono de Fulke era de agotamiento y desprecio—. Os he concedido la gracia de llevaros el cuerpo de vuestro padre y partir. Hacedlo ahora, o continuará el derramamiento de sangre.

Los jóvenes se intercambiaron la mirada. Fulke vio su nerviosa incertidumbre. No contaban con más entrenamiento que las escaramuzas fronterizas. Sus contrincantes, los hombres de Fulke, eran mejores, y ellos lo sabían.

—Esto no ha terminado —advirtió Gwyn mientras él y Weren alzaban el cuerpo de su padre y lo colocaban sobre un caballo.

—No —respondió Fulke con voz salvaje—. Pero terminará pronto.

El grupo de FitzRoger se alejó, llevándose sus muertos y heridos. Fulke se volvió a los suyos. No había muertos en sus filas, pero sí varias heridas más o menos serias, entre ellas la pérdida de un dedo y dos clavículas rotas. A Ivo le habían golpeado en las costillas con una maza, y le dolía considerablemente el costado. Maude estaba ocupada con las víctimas, vendándolas, consolándolas. El alivio y la debilidad invadieron a Fulke cuando vio que ella no había sufrido daño alguno.

Desmontó. Al verle, la joven corrió hasta él, abrazándolo por el cuello. Sintió su temblor recorrerle el cuerpo.

—¡Jesús! —exclamó medio sollozando—. ¡Pensé que te matarían!

—Tranquila, estoy bien. —Le acarició la espalda y reprimió el impulso de abrazarla para no hacerle daño con los anillos de hierro de su malla—. Me he visto metido en duras batallas con anterioridad. —Sus palabras parecían casi una bravuconada.

—Pero han muerto otros hombres, y no me digas que eran novatos. Podía haberte pasado a ti. —Tomó aliento y se mordió el labio, esforzándose por controlarse.

—Pero no me ha pasado. —La cogió de la barbilla—. Si he tenido algún temor, ha sido por ti, débil y desamparada en medio de una batalla. Tú temías por mí, pero yo temía por ti mucho más.

Se besaron brevemente, pero con pasión. Consciente de su deber con la tropa, Fulke se separó de su mujer y fue a hablar con los heridos. Temblorosa, pero decidida a cumplir también con su obligación, Maude acudió a atenderlos.

William agarró el brazo de Fulke.

—Si vamos ahora a Whittington, ¿qué posibilidades tendremos de ocuparlo? —preguntó con ojos brillantes.

Su fiera urgencia encendió por un momento el ánimo de Fulke, pero se obligó a usar la cabeza y dejar los impulsos al margen.

—Los guardias no abrirán las puertas mientras los hijos todavía estén vivos, y no podemos montar un asedio sin convertirnos nosotros mismos en víctimas.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—Llevar a Maude y a los heridos a Higford, y allí estudiar la situación y decidir —bajó la voz—. Me propongo cruzar la frontera con Gales.

William levantó las cejas.

—¿Gales?

—Morys FitzRoger era pariente del príncipe Gwenwynwyn de Powys. Tú sabes con qué seriedad se toman los galeses las venganzas por asuntos de sangre.

—¿Crees que Gwenwynwyn nos perseguirá?

—Lo creo posible. Incluso creo que lo haría sin tener en cuenta que he matado a su primo lejano. Whittington es una importante zona fronteriza y Gwenwynwyn es aliado de Juan. Ambos quieren someter al príncipe Llewelyn de Gwynedd.

William empezó a entender y relajó su gesto de preocupación.

—¿Iremos entonces a visitar a Llewelyn para ofrecerle nuestros servicios?

—Pienso que es lo mejor que podemos hacer, dadas las circunstancias. *

William asintió y pareció complacido. Por dentro, Fulke se entristeció. Su hermano estaba de acuerdo con la idea de ir a Gales, porque el viaje era promesa de nuevas experiencias y aventuras. También estaba excitado por la muerte de Morys, y sin duda haría que otros soportaran su excitación durante varios días. Fulke se preguntó si no debía él mismo sentirse más contento. Tal vez le sucedería. Tal vez pasada la fatiga podría sonreír y alzar la copa para celebrar el triunfo sobre su enemigo mortal. Pero en el fondo sabía que no iba a sonreír ni a celebrar nada.



—¿Qué le decías a William acerca de Gales?

Después de hacer el amor, Maude se inclinó sobre Fulke y le observó a la luz de la gruesa vela de cera que ardía en el candelero. Quedaban pocas marcas de la batalla de esa tarde en su cuerpo; un ocasional moretón era la única prueba de que se había librado un enfrentamiento mortal. No obstante, el recuerdo perduraría en su mente toda la vida. Ver un torneo era completamente distinto a presenciar una lucha a muerte. No había cortesías, no había segundas oportunidades ni filos mochos. El olor metálico de la sangre se mezclaba con el de la tierra.

Había escuchado sólo parte de la conversación entre Fulke y William mientras atendía a los heridos, pero el modo furtivo con que Fulke la miraba la dejó inquieta. En Higford tenían a su disposición una cama grande y el raro lujo de estar a solas. La

tía de Fulke, Emmeline, había insistido en que todos, excepto los recién casados, descansaran junto al hogar, en el piso inferior.

Fulke enredó un dedo en su cabello y luego lo soltó, observando el rizo que había hecho.

—Tengo que visitar al príncipe Llewelyn ap Iorwerth —dijo al fin—. Morys FitzRoger era pariente del príncipe Gwenwynwyn, y Llewelyn, que es su rival, entiende la necesidad de establecer alianzas y guerrear contra otros caballeros de frontera.

Maude entornó los ojos, poco impresionada.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —preguntó con sorda indignación—. ¿Al llegar a las puertas del galés? ¿O nunca?

Fulke se movió incómodo.

—Simplemente estaba esperando el momento adecuado —respondió—. Es la primera vez que estamos solos en todo el día... y el tema de Llewelyn, por importante que sea, no ha sido lo primero que me vino a la mente.

—Tendrías que habérmelo dicho antes.

Se encogió de hombros.

—Tal vez debí hacerlo. ¿Te vas a irritar por eso?

—¿No tengo derecho a enfadarme? ¿Cómo reaccionarías si yo anunciara por sorpresa que me voy?

—No es lo mismo —respondió el joven con tono algo exasperado.

—¿Por qué no?

—Porque, si te fueras, sería para visitar a tu familia o a una amiga o algo parecido. Donde yo voy, hay un peligro mortal. Si no te lo dije enseguida, es porque no quería preocuparte.

Maude se sentó, con los ojos en llamas.

—¿Piensas que soy una criatura que se amilana ante cualquier obstáculo?

—Jamás he conocido a nadie con tanto coraje en toda mi vida —sentenció Fulke—. Sólo trataba de ser un poco considerado contigo.

—¡Considerado! Y un cuerno —replicó Maude—. Sabías que decírmelo iba a ser difícil, y por eso lo has aplazado.

—No volveré a cometer el mismo error —replicó, irónico.

Maude se inclinó para morderle, de modo no del todo juguetón. Aún no le había perdonado. Él gritó, la cogió por las muñecas y la puso debajo de sí. Forcejearon brevemente. Ella le arañó y él la retuvo y, de repente, la penetró. Maude gritó y le mantuvo atrapado, apretando sus muslos, pero en vez de hacer el intenso y rápido movimiento que su deseo pedía, Fulke se mantuvo inmóvil sobre ella, sujetándola por los antebrazos.

—Ahora —dijo, agitado—, ¿tengo que ser un esposo considerado o no, mi señora? Tú decides.

—Maldito —jadeó Maude—. ¡Maldito! —repitió, y le besó en la boca.



—Llévame contigo mañana —le pidió momentos más tarde, cuando las olas de placer se habían retirado lo suficiente como para permitirle pensar de modo coherente.

Respirando entrecortadamente, con los ojos cerrados, Fulke sacudió la cabeza.

—Demasiado peligroso —dijo, aún jadeante—. No estoy seguro de la respuesta de Llewelyn.

—Pero estar aquí también es peligroso.

—No tanto como al otro lado de la frontera.

—O sea, que te casas conmigo para abandonarme. —Le empujó.

—Por Cristo, Maude, No tengo fuerzas para otra pelea. —Se dio la vuelta y miró las vigas que estaban al aire, en el techo—. Tengo que hablar con Llewelyn. Lo más probable es que pueda llegar a un acuerdo con él, pero siempre existe el peligro de que se vuelva contra mí, o de que me encarcele para ganarse el favor de Juan. No puedo llevarte conmigo en estas negociaciones preliminares. Es mejor que te quedes aquí, con algunos de mis hombres. Si todo sale bien, vendré a buscarte, te lo prometo.

—¿Y si no sale bien? ¿He de quedarme sentada, retorciéndome las manos y preguntándome si soy una esposa o una viuda?

—Sé que será difícil... a veces creo que la espera es peor que la acción, pero debes comprender que estarás más segura aquí por el momento. —Le cogió la mano. Maude resistió el impulso de contradecirle. Aquéllos podían ser sus últimos momentos juntos; si así fuera y le rechazara, no se perdonaría jamás a sí misma.

—Si finalmente combatimos, necesito estar lo más alerta posible. Si tengo que protegerte, mi atención no será completa y será más peligroso para ambos. Podría significar la diferencia entre la vida y la muerte. —Le apretó la mano—. Fui a buscarte a Canterbury y vendré a buscarte a Higford, lo juro por mi alma.

—¡Jura por tu alma! —exclamó la mujer con voz intensa—. Y si no mantienes tu palabra, que te pudras en el infierno. —Se lanzó contra él, aferrándose a su carne húmeda y fuerte, deseando otra vez que entrara en ella. Poseer y ser poseída.

Y como sabía que le había prometido su alma y que fallarle ahora sería ensuciar de algún modo su juramento, Fulke se dispuso a cohabitar por tercera vez en poco rato.



La copa era de plata, decorada con una escena de caza, grabada en negro. Indiferente a su belleza o a su valor, Juan la cogió de la mesa y la lanzó contra el muro de la sala. William de Salisbury se agachó. Restos de vino salpicaron su túnica. Hubert Walter se mantuvo firme y evitó por muy poco que le diera en la cabeza.

—¡Fulke FitzWarin! —rugió Juan, como si pronunciara una maldición—. ¡Estoy hasta las muelas de escuchar su nombre vinculado a robos y crímenes! ¡Y tú eres su

cómplice! —dijo señalando al arzobispo—. Lo tenías en tus manos y lo dejaste marchar. ¡Ahora Morys FitzRoger está muerto y sus hijos piden venganza!

La pálida tez de Hubert enrojeció levemente, pero mantuvo la compostura.

—Señor, cualesquiera que sean sus defectos y errores, Fulke sirvió a mi hermano bien y con diligencia. Puesto que estamos hablando claramente, te diré que me parece que fuiste injusto con él al negarle Whittington. Hay quienes dirían que tu negativa fue una revancha.

Juan miró a su alrededor, buscando alguna otra cosa que arrojar, pero sólo quedaba a mano un tablero de ajedrez, y la vista de ese objeto, con todas sus evocaciones, le ponía físicamente enfermo.

—¿Entonces hay diferentes reglas para cada uno? —Enseno los dientes—. Le niego tierras, y resulta que busco revancha. Él asesina a Morys FitzRoger y está justificado. Por Cristo, Hubert, caminas muy cerca del abismo.

—Sólo tenemos la palabra de su hijo sobre lo que pasó —dijo Hubert—. Dudo que Fulke montara una emboscada en un camino de Shrewsbury cuando lo acompañaban mujeres.

—Sí, hablemos de las mujeres, ¿te parece bien?, o mejor de una en particular: Maude Walter. —Los puños de Juan se abrieron y cerraron amenazadoramente—. Sólo por eso debería cesarte como canciller y confiscar las tierras de Robert Le Vavasour.

—Fue la última voluntad de mi hermano que Maude y Fulke se casaran. Fulke FitzWarin podrá ser un fugitivo, pero eso no lo convierte en un excomulgado, y sabes tan bien como yo que, en lo que respecta a su herencia, todo podía haberse arreglado amigablemente hace mucho tiempo. Además, Robert Le Vavasour jamás habría aceptado el matrimonio de su hija con Breauté.

El pecho de Juan se agitó.

—Le dejaste entrar y salir de Canterbury sin dar la alarma.

—Soy un hombre de Dios, además de tu sirviente —adujo Hubert.

—Cuando te conviene.

William de Salisbury, que hasta entonces había permanecido callado, se agachó para recoger la copa. La examinó entre sus grandes manos y habló lentamente.

—¿Por qué no le perdonas, Juan? Necesitas guerreros hábiles y nadie puede negar la capacidad militar de FitzWarin. Mejor es que esté de tu lado y no contra ti.

—Antes prefiero limpiarme el culo con las ropas de un leproso —replicó Juan, y la ira que crecía en su interior se acercó peligrosamente al punto de ebullición. Como si Fulke no fuera suficiente espina clavada, su propio círculo de parientes y consejeros veía con simpatía al muy hijo de puta. No podía tolerar una traición, en particular de su hermanastro. Will era administrador de Wiltshire, pero permanecía ciego cuando FitzWarin aparecía en su condado. Era como si el perro favorito se volviera y mordiera la mano que lo alimentaba.

—Quiero que FitzWarin comparezca ante la justicia —siseó Juan—. Ahora.

—Estoy de acuerdo con Will, la conciliación es el mejor camino —dijo Hubert, impasible—. Has intentado poner a Fulke frente a la justicia durante más de dos años y no has conseguido nada, salvo gastos y humillaciones.

Juan volvió a mostrar los dientes. Eran blancos y fuertes, y su sonrisa, cuando era genuina, se convertía en su mejor atractivo. Pero ahora no estaba sonriendo. Amenazaba.

—Para empezar, el administrador de Shropshire se irá. FitzAlan es demasiado condescendiente. Henry Furnel ocupará su lugar. Gwyn FitzRoger recibirá cien marcos del tesoro para incrementar sus tropas y perseguir a los asesinos de su padre, y los cien hombres ya asignados a la tarea permanecerán en ella. —Miró fijamente a su hermanastro—. Y si tú no corriges la lasitud de tus territorios, también te reemplazaré.

Salisbury enrojeció, pero no dijo nada.

—¿Todo por un fugitivo? —preguntó Hubert, alzando las cejas—. Con toda seguridad, sería mejor gastar esos recursos en Normandía.

—Quiero que Fulke FitzWarin se arrodille —dijo Juan, obcecado—. Ahora que tiene esposa, es más vulnerable. —Al expresar tan pérfida idea sintió placer. Fulke no se movería tan rápido o tan atrevidamente con una mujer a la que cuidar. Valdría la pena mandar espías, además de soldados. Maude Walter también tenía cuentas que saldar. FitzWarin no la había secuestrado; aquella puta lo había acompañado voluntariamente. Mientras pensaba en lo que le haría cuando estuviera bajo su custodia, se fue tranquilizando. Volvió a caminar por la habitación, haciendo ondear la lana morada de su túnica real a cada paso.

Algo debió reflejarse en su rostro, porque Hubert Walter intercambió miradas con Will de Salisbury.

—Deberás tener cuidado en lo que se refiere a *lady* Maude —advirtió el arzobispo.

—¿Por qué? —preguntó Juan, nuevamente furioso.

—Porque su padre es poderoso en algunos círculos. Tiene alianzas con lores vecinos de similar posición que no necesitan demasiadas excusas para organizar rebeliones. Y porque era mi cuñada. Sé que tienes ciertas preferencias en lo que se refiere a las mujeres. No quisiera que se convirtiese en una de ellas porque le guardas rencor.

Juan empezaba a comprender por qué su padre había acabado por asesinar a Tomás Becket. Un arzobispo de Canterbury entrometido era una gran molestia, una fuente de infinita irritación. Si el prelado era además representante papal y canciller, y se había encargado en su momento del nombramiento de todos los funcionarios importantes de los que dependía la administración de Juan, el problema era de cuidado. Peor aún, el rey necesitaba la experiencia de Hubert Walter y su incisiva inteligencia para mantener a flote el tesoro que su amado y caballeroso hermano Ricardo había puesto en peligro.

—Si hubieras cerrado tu puño sobre FitzWarin cuando llegó a Canterbury, Morys FitzRoger todavía estaría vivo, y no tendría que preocuparme de un peligroso fugitivo en vísperas de marchar sobre Normandía —espetó, repartiendo culpas.

Hubert Walter abrió los brazos para explicarse.

—Llegó pidiendo tregua para hablar de mi hermano. Era invitado en mi casa. Arréstame si quieres.

Juan le miró con hostilidad.

—Tomás Becket era un mártir de verdad —dijo con desprecio—. Tu silueta proclama que sólo te dejarías martirizar por la comida.

Hubert ignoró el insulto.

—Cuando era juez, recomendé que Fulke FitzWarin recibiera Whittington y que FitzRoger fuera compensado con otras tierras. Si eso hubiera sucedido, ahora tendrías a un guerrero con el talento de Guillermo el Mariscal esperando para combatir a tu lado. Sin embargo, es tu enemigo.

—No me dejaré chantajear por gente como Fulke FitzWarin —masculló Juan. La discusión no tenía salida, transcurría en círculos. Paseando, había regresado junto al tablero de ajedrez. Con el índice y el pulgar, Juan hizo caer el alfil, con un gesto de malicioso placer—. Será como yo diga. Que le persigan y lo traigan ante mí, encadenado, como el vulgar ladrón y asesino que es. —Miró a Hubert y su disgusto no pasó desapercibido—. Encárgate, anciano, y si no lo haces, arzobispo o no, te encadenaré también a ti. Y tú, Will, ten cuidado. He sido generoso, pero eso puede cambiar en un instante. —Chasqueó los dedos para ilustrar el control que tenía sobre los fondos que recibía su hermanastro.

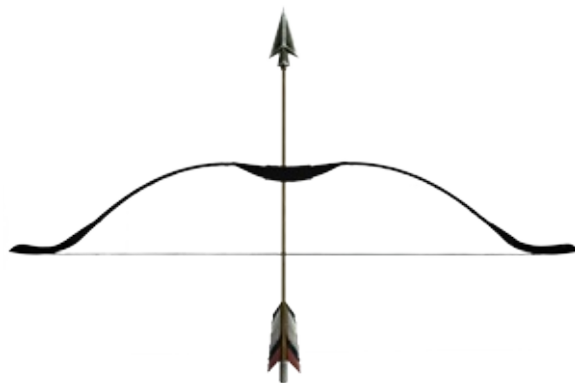
Salisbury movió la cabeza tristemente.

—Estás cometiendo un grave error.

Juan derribó otra pieza, ahora un caballo.

—El tiempo lo dirá, ¿no?

25



CAPÍTULO 25

Dicen que los galeses se mueven con tanto cuidado y son tan buenos rastreadores que descubres que están junto a ti cuando recibes un lanzazo en la espalda.

Fulke sonrió por la aprensión que notaba en la voz de Ivo. Si ponía a su hermano en medio de una batalla o le pedía que cargara a campo abierto contra la caballería enemiga, no retrocedía. Pero en los frondosos bosques de las montañas galesas y ante la posibilidad de que hubiera salvajes guerreros acechándolos, se ponía tan nervioso como una monja en un burdel.

—Son hombres como nosotros, no los mágicos seres del bosque que quieren aparentar —señaló Fulke—. Si nos están observando, verán que llevo un estandarte blanco en mí lanza y que no somos suficientes como para venir en son de guerra.

—Pero podríamos ser una avanzadilla de ataque —dijo William, mirando a su alrededor como si pudiera penetrar en el denso y pesado silencio verde.

—Si vamos por los caminos conocidos, no nos molestará nadie. —Fulke esperaba estar en lo cierto. Era poco probable que los hombres de Llewelyn les atacaran primero y preguntaran después; pero no era imposible. La relación entre los galeses y los ingleses era delicada. Con la misma frecuencia con la que se celebraban treguas, éstas eran violadas. Los galeses siempre parecían dispuestos a atacar y ocupar tierras que decían que les pertenecían desde tiempos remotos. Oswestry había sido galesa e inglesa tantas veces que era imposible saber quién llevaba razón. Los ingleses ocupaban de vez en cuando alguna villa, tomando una porción de los fértiles asentamientos galeses en la frontera y haciendo que retrocedieran hacia los bosques. La familia de Fulke era tan culpable como cualquier otra. Muchos de los territorios situados alrededor de Whittington se podían considerar tan galeses como ingleses.

El sendero se estrechaba y la tropa de Fulke tuvo que avanzar en fila india. Una fina llovizna comenzó a caer, cubriendo el aire con una húmeda cortina y depositando

un leve rocío gris sobre las capas de los soldados.

—¿Qué sucederá si no encontramos a Llewelyn? —preguntó Ivo—. ¿Y si deambulamos inútilmente por estos bosques durante días y días?

Fulke miró exasperado a su hermano.

—O nos están espionando, o no, pero no puede ser que ocurran ambas cosas a la vez. Si hubiera sabido lo nervioso que eres, habría preferido que te quedaras en Higford para cuidar a Maude, y hubiera traído a Philip en tu lugar.

Continuaron internándose en los bosques, con las verdes sombras aumentando a su alrededor y el olor de la floresta penetrando con fuerza en sus narices. Un par de palomas levantó el vuelo desde un enorme cedro junto al camino. Agitaron las alas con tal fuerza que los hombres, sobresaltados, echaron mano a sus espadas y miraron nerviosos a todas partes.

—Éste es un lugar dejado de la mano de Dios —murmuró Ivo, persignándose subrepticamente.

—Es un bosque —dijo Fulke—. Y es igual que cualquier otro bosque. —Intentó que su voz fuera indiferente, como si la pesadez del ambiente y las sombras no le afectaran. La llovizna incrementaba el aire de misterio. Las gotas de agua se deslizaban por la barra nasal de su yelmo y no le dejaban ver bien. Todas las mallas y arneses acabarían más oxidados que el miembro de un monje, y harían falta horas para limpiarlos, pensó desalentado. El sendero se volvió resbaladizo y peligroso, con una escarpada ladera boscosa a la derecha. Un terreno incómodo, observó Fulke, si se hacía necesario blandir las armas.

Repentinamente, hubo movimiento entre los árboles. William empuñó su espada y Fulke alzó la mano para que estuviesen prevenidos.

—No están atacando —dijo—. Esto no es una emboscada. Y si lo es, que Dios nos ayude.

Los hombres que aparecieron y bloquearon el camino iban vestidos con las típicas ropas de la infantería galesa. Cada guerrero llevaba una lanza, un escudo y un largo cuchillo en la cintura. La mayoría cubría sus piernas o utilizaba una túnica corta de lana que llegaba a la rodilla. El más joven de los miembros de la tropa no llevaba barba, pero los que tenían edad suficiente sí, y lucían impresionantes bigotes.

El grupo se abrió para dar paso a su jefe, y Fulke se encontró frente a un hombre de mediana edad, complexión fuerte y tez oscura. A diferencia de la tropa, lucía una armadura con cota de malla algo pasada de moda, de mangas cortas, probablemente legada de padre a hijo.

Fulke hizo un gesto a William. Su hermano se había educado en las artes caballerescas en la casa de los Corbet, donde los lazos con el príncipe Llewelyn eran estrechos, y hablaba suficiente galés como para mantener una conversación.

—Dile quiénes somos y a quién buscamos.

William alzó la mano en un gesto de saludo.

—*Cyfarch I, Fulke FitzWarin a ei brawd, rydyn ni'n ceisio Llewelyn Tywysog*

Gwyned.

Hubo un cruce de miradas irónicas entre el jefe gales y uno o dos de sus hombres más jóvenes, que bajaron las cabezas para ocultar las sonrisas.

—Afortunadamente, hablo mejor el francés que tú el gales —dijo el guerrero, con un leve acento, pero de manera fluida y suave—. Yo soy Madoc ap Rhys, responsable de la seguridad de los viajeros que cruzan estos bosques.

Fulke levantó las cejas. Sabía lo que quería decir.

—Mi nombre es Fulke FitzWarin —respondió—, y viajo con la esperanza de encontrar al príncipe Llewelyn ap Iorwerth. He oído que está en Deganwy, ¿podrías llevarme hasta él?

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Tengo noticias para él. Nuevas que he de darle en persona.

Madoc ap Rhys examinó pensativo el estandarte de tregua.

—Entonces querréis pedir algo —dijo—. Cuando un lord fronterizo entra en Gales con un estandarte de tregua es porque tiene problemas en su propio territorio.

—Dejemos que el príncipe Llewelyn lo juzgue. —Ahora la lluvia que caía por el yelmo de Fulke le empapaba a través de la túnica y las ropas que llevaba debajo de ella. Más allá de los ruidos de armaduras y correajes, el sonido del húmedo bosque era como una monótona conversación.

Madoc le miró con interés, estudiándolo. Luego, abruptamente, hizo un gesto.

—Vamos. Os escoltaré hasta donde está.



Construido sobre dos colinas que custodiaban el estuario del río Conwy, el castillo de Deganwy era una fortificación digna de un príncipe. Aunque no tan magnífico como la Torre de Londres o las fortificaciones de Windsor o Nottingham, estaba a la par de la mayoría de los castillos de los barones más adinerados de la vecina Inglaterra. A través de la lluvia, Fulke vio el dragón de Gales flamear desde las torres, revelando que el príncipe Llewelyn estaba presente. Más allá de las torres, el mar yacía como una lisa manta gris, y era difícil distinguir dónde terminaba el agua y comenzaba el cielo.

Madoc ap Rhys los condujo a través de las puertas con cerrojos de hierro del castillo hasta el patio, y les dijo que esperaran mientras iba a solicitar audiencia con el príncipe Llewelyn. Fulke comenzó a morderse la uña del pulgar, pero enseguida bajó la mano, dispuesto a no dejar ver sus nervios. Era demasiado tarde para preocuparse. No serviría de nada. Llewelyn tenía reputación de anfitrión honorable, que era más de lo que podía decirse de muchos de los lores normandos conocidos de Fulke.

Momentos después regresó Madoc.

—El príncipe os recibirá a ti y a tus hermanos —dijo—. El resto debe entregar

sus armas al guardia de turno e ir al salón, donde les darán comida y podrán secarse al fuego.

Fulke hizo una inclinación de cabeza y entregó el mando de sus hombres a Baldwin de Hodnet.

—Encárgate de que nadie comience una pelea —murmuró—, o te sacaré las entrañas personalmente.

—Mi señor.

Madoc sonrió.

—No creí que tuvieras problemas de disciplina.

—Los tuve una vez, y nunca más —replicó Fulke y con William e Ivo detrás, siguió al galés a través del patio, y luego por unas retorcidas escaleras que llevaban a los aposentos privados de los pisos superiores.

A la entrada, Madoc se detuvo y extendió su mano, como disculpándose.

—Ahora tengo que confiscar también vuestras armas.

Fulke se lo esperaba. Incluso los huéspedes más respetados en la corte inglesa no podían entrar armados a ver al rey. Aunque estaba incómodo sin el reconfortante peso de una espada en su cadera, se desató la funda sin demora y, a sus espaldas, escuchó el tintineo y los sonidos que indicaban que sus hermanos estaban haciendo exactamente lo mismo. Una vez cumplida tal formalidad, Madoc condujo a los hombres a los aposentos privados de Llewelyn.

Fulke se sintió más cómodo de inmediato, porque el lugar le recordaba la recámara de Lambourn o Alberbury. Había riquezas, pero no la untuosa opulencia que tanto gustaba a Juan. Brillantes tapices coloreaban las paredes. Los suelos estaban cubiertos con tallos de juncos aromáticos, y las velas de cera brillaban en varias candeleras, para aumentar la luz que emitía el cielo plomizo a través de las almenas.

Llewelyn utilizaba su dormitorio como sala de audiencias, arreglo común entre la mayoría de los magnates. Lejos de la cama, con sus cortinajes discretamente corridos, se encontraba una silla ornamentada, un trono, supuso Fulke, aunque nadie estaba sentado en ella. Un grupo de cortesanos se congregaba cerca de un brasero, hablando animadamente en gales. Madoc se acercó y murmuró algo a uno de ellos, un hombre delgado, de pelo castaño y más o menos la misma edad que Fulke. El cortesano asintió, dijo algo al resto, que se rio, y, separándose de su compañía, se acercó a Fulke y sus hermanos.

William, que reconoció a Llewelyn por sus días de común aprendizaje bajo Corbet, se arrodilló rápidamente. Fulke e Ivo hicieron lo propio.

—Es una agradable sorpresa ver que lores fronterizos se arrodillan ante mí —exclamó Llewelyn ap Iorwerth con cierto tono humorístico. Les pidió que se levantaran—. A pesar de lo que, a vosotros, normandos, os gustaría hacer con Gales, sois bienvenidos en mi corte. —Levantó la mano y envió a un sirviente a buscar licor—. He oído hablar de tus andanzas en Inglaterra. Algunas las he descartado como

fantasías de juglar, pero otras puede que sean verdaderas. Supongo que por eso estás aquí. ¿Buscas un agujero donde ponerte a resguardo de la ira del rey Juan?

—Ésa es una de las razones, mi señor.

—¿Una de ellas? No sé qué otro motivo podrías tener para venir en mi busca. A menos, por supuesto, que quieras poner tu espada a mi servicio.

—Sería un honor pelear por ti, milord, pero es más que eso.

El sirviente llegó con el licor, lo sirvió, hizo una reverencia y se apartó. Llewelyn miró a Fulke muy interesado.

Fulke tomó un trago. Era una bebida suave y potente, con un toque ácido, de cierto sabor a rododendro. Respiró hondo.

—Hace unos pocos días me encontré con Morys FitzRoger en el camino de Shrewsbury. Hubo una escaramuza y le maté. —El príncipe levantó las cejas—. Era hombre de Gwenwynwyn y vasallo del rey Juan por Whittington. Por la ley de la tierra, Whittington debería estar bajo control de los FitzWarin.

Llewelyn agitó el vino en su copa, con expresión pensativa.

—Conozco vuestra disputa, y me pregunto: ¿por qué debería interesarme?

La indiferencia del príncipe era fingida. Fulke sabía que Llewelyn tenía motivos sobrados para estar interesado en aquellas noticias.

—Es verdad que estoy aquí para pedir refugio en tu corte para mí y mi compañía. A cambio, puedo ofrecerte cincuenta caballeros, todos con experiencia de combate. Sé que no tienes buenas relaciones con Gwnewynwyn y que el rey Juan es tu enemigo, al igual que el mío.

—Entonces, ¿me propones una alianza? —Una chispa de alegría brilló en los ojos de Llewelyn—. A cambio de asilo, ¿pelearás por mí?

Fulke sonrió.

—No, señor. Pelearé por mí mismo, pero en beneficio tuyo. Tenemos intereses comunes. —Miró directamente a Llewelyn—. Te resultaría sencillo tomar Whittington ahora que Weren y Gwyn FitzMorys están desorganizados. Y si lo hicieras, necesitarías a un hombre con experiencia militar para que lo custodiara en tu nombre.

Llewelyn suspiró.

—¿Quieres que ocupe Whittington para ti?

—A cambio de servicios de vasallaje, señor.

—Eres audaz. —Llewelyn entornó los ojos—. ¿También eres tonto?

—No, señor —respondió Fulke con serenidad, aunque sabía que caminaba por el filo de la navaja—. Puede que haga apuestas arriesgadas, pero siempre trato de asegurarme de que la suerte esté a mi favor. Whittington es una propiedad valiosa. Protege los valles del Dee y del Vyrnwy. Tienes la oportunidad de arrebatárselo el control a Juan y a Gwenwynwyn, y usarlo en tu propio beneficio.

El príncipe gales le examinó.

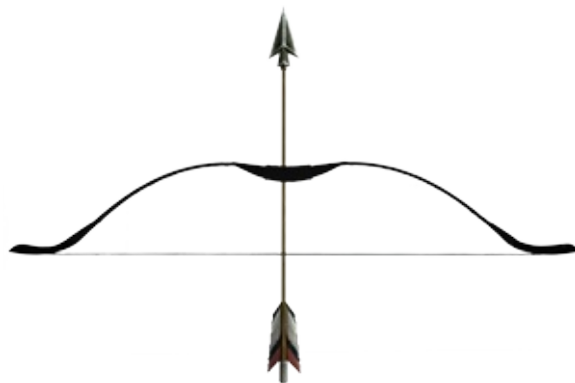
—Lo pensaré —dijo—. Entretanto, tú y tus hombres sois bienvenidos bajo mi

techo a cambio de vuestras espadas.

—Gracias, señor. Yo...

Llewelyn le interrumpió alzando la mano.

—No seas demasiado efusivo en tu gratitud. Que la suerte te favorezca no significa que vayas a ganar. Si nos aliamos es porque tenemos un enemigo común, no porque seamos amigos.



CAPÍTULO 26

Maude se inclinó y vomitó. Se sentía muy mal, débil como un gato recién nacido, y cansada como una anciana.

Emmeline emitió un significativo gruñido, comprensiva y preocupada, y salió del cuarto. Instantes después volvió con una copa de hidromiel y dos galletas.

Maude se acercó tambaleante hasta la cama, se sentó en ella, con las manos en su dolorido estómago, y se preguntó qué había hecho para merecer semejante malestar. Cada mañana, durante los últimos tres días, se sentía enferma, cansada, como si no hubiera dormido en absoluto.

—Aquí tienes, cómetelas lentamente y acompáñalas con hidromiel —le aconsejó Emmeline, ofreciéndole las galletas—. Te ayudarán a superar el malestar.

Maude miró las galletas. Extrañamente, la visión de la comida no la hizo sentirse peor.

—¿Qué me pasa? —preguntó con voz temblorosa por la debilidad y la preocupación. Luego mordisqueó una galleta.

Emmeline se sentó a su lado y le acarició el pelo con mano maternal.

—Diría, mi amor, que es probable que estés esperando un niño. ¿Recuerdas cuándo fue tu último flujo?

Maude frunció el ceño. Era difícil precisarlo, en particular cuando su mente estaba envuelta en una espesa neblina.

—Creo que fue la semana antes de que Fulke llegara a Canterbury —dijo después de pensarlo—. Lo recuerdo porque le dije a Barbette que mis viejos linos ya no resistirían otro lavado y que debía adquirir otros nuevos.

Emmeline contó con los dedos.

—Eso fue hace casi siete semanas —dijo.

—Esperando un niño. —Maude pronunció las palabras y consideró la idea con

una mezcla de miedo, sorpresa y alegría. La mano con la que se apretaba el vientre se abrió, y ahora en vez de oprimirlo, lo acarició. Tenía vagos recuerdos de los embarazos de su madre, de su constante malestar y del modo en el que se arrastraba como si estuviera a las puertas de la muerte. De hecho, su última gestación la mató, y el bebé nació muerto, como todos los demás, excepto la propia Maude.

—No te angusties, Fulke y tú seréis como los padres de él. —Emmeline le dio un fuerte abrazo, claramente emocionada por la noticia—. Seis hijos sanos, ninguno enfermo.

Maude casi se ahogó con la galleta de cereal que trataba de tragar. ¡Seis! Ni siquiera podía imaginarse a sí misma como la madre de uno. Le era imposible pensar en un niño creciendo dentro de sí. Imposible reconciliar el exquisito placer del acto de procreación con los inconvenientes que le seguían.

—El malestar pasará —le aseguró Emmeline, como si leyera sus pensamientos. Besó cariñosamente a Maude en la mejilla—. Fulke se sentirá feliz.

—Dondequiera que esté —apostilló Maude con resentimiento, y se preguntó si se habría convertido en la típica esposa de un noble, fecundada primero y abandonada después; una simple fabricante de hijos. De las siete semanas que Emmeline había contado con los dedos, Fulke había permanecido lejos casi cinco, y no había enviado ni un mensaje. No tenía ni idea de lo que podía haberle sucedido, si su petición al príncipe Llewelyn había tenido éxito o si sus huesos se estaban blanqueando en alguna floresta galesa. Esto último era poco probable, porque había partido con un grupo numeroso, y si hubiera pasado algo, lo habría sabido. Alguno habría escapado para contarlo. A ratos le odiaba, y otras veces lloraba, temerosa por su suerte. Theobald jamás la habría tratado de esa manera, pero su primer marido era un hombre equilibrado, de blanda monotonía. Con él no hubo infiernos, pero tampoco paraísos.

—Regresará —dijo Emmeline, dándole una palmadita.

—Y tal vez yo ya no esté aquí. —Maude no pudo evitar sentirse irritada. La bebida y la galleta hacían su trabajo. El estómago, aunque aún sensible, ya no amenazaba con salirse por la boca.

—Oh, vamos. —Emmeline chasqueó la lengua—. Sé que te preocupas por él, que es un desconsiderado por no enviar un mensajero, pero los hombres son así. Procura ser feliz con lo que tienes.

—¿Y cuando no lo tienes? —preguntó Maude enojada, pero ya con un primer esbozo de sonrisa. No era culpa de Emmeline, y la tía de Fulke había sido tan buena que no se merecía soportar el peso del enfado de Maude.

Se levantó y fue a mirar su escasa ropa. Había dejado Canterbury con lo puesto. Emmeline le había prestado uno de sus vestidos y en las últimas semanas habían cosido dos nuevas enaguas y confeccionado un vestido con telas que se guardaban en el castillo. Ninguna de las prendas se había hecho con especial cuidado, salvo la ropa con la que había llegado, así que al menos podría adaptarlas sin remordimientos

cuando su vientre comenzara a hincharse.

Cuando se vistió se dirigió al salón principal. Richard y Alain habían salido a vigilar con una docena de hombres, dejando a Philip en Higford, al mando de los diez restantes. Maude se preguntó si debía decirle a su cuñado que estaba embarazada. Era Fulke quien debía enterarse primero, pero no estaba, y las noticias pronto serían conocidas por todos. Finalmente decidió callar. Necesitaba tiempo para hacerse ella misma a la idea.

—¿Crees que Fulke estará a salvo? —le preguntó a Philip.

Despierto y activo desde las primeras luces, Philip estaba sentado frente a las sobras de una hogaza de pan y los restos de un queso. Tenía un aire cansino. Bebió un trago de leche de la copa de madera que había a su lado y ofreció un trozo de comida al mastín de Fulke, *Finn*, que estaba recostado debajo de la mesa, con el ceño arrugado y las mandíbulas listas.

—Sí, lo creo —respondió después de un momento—. Enviar un mensajero desde Gales sería peligroso, y una pérdida de tiempo, a menos que el asunto fuera urgente. Si no tenemos noticias tuyas, es porque no ha pasado nada grave.

—Pero ya debería haber vuelto. —Con un movimiento de cabeza aceptó una galleta de cereal y una pequeña taza de leche que le ofrecía el hombre.

—Eso depende de lo lejos que haya tenido que viajar para encontrar a Llewelyn, y de lo que haya sucedido al llegar allí. Uno no aparece en la corte de un príncipe, dice que quiere una alianza y se vuelve, sin más. —Philip se acarició su barba castaña—. Hay que esperar a que decida el príncipe, y puede tomárselo con calma.

—Pero ¿qué pasa si le da por apresarlos, o incluso matarlos?

Philip la miró y su expresión se ablandó. El corazón de Maude dio un salto, porque tenía los mismos ojos que Fulke, grises oscuros con destellos dorados.

—Llewelyn no es un hombre cruel, y es famoso por su sentido común. Tiene mucho que perder y poco que ganar si rechaza a Fulke. No va a pasarle nada, Maude, te lo prometo. Conozco a mi hermano. —Posó levemente su mano sobre la de ella, para tranquilizarla, y luego se puso de pie y se fue.

—No estoy tan segura —murmuró suavemente Maude.

Con Barbette tras ella y *Finn* a su lado, dejó el castillo para pasear en la gloriosa mañana de sol radiante. Sentía la tentación de mandar a alguien a prepararle un caballo, pero no estaba segura de que su estómago resistiera una cabalgada. Sabía que al final del embarazo no debía cabalgar, y ni siquiera viajar en carro, pero ignoraba si podía hacerlo en los primeros meses. Ante la duda, decidió ir a pie. Era el mes de junio. Contó hacia atrás, hasta los días de mayo en que tuvo lugar la concepción. El niño seguramente nacería alrededor de la fiesta de la Virgen, en los fríos días de febrero. Ignoraba dónde vendría al mundo. Tal vez pudieran ir hacia las tierras de su padre, al norte, a Wragby o Hazelwood. O a Irlanda, donde el poder de Juan se veía debilitado ante el salvaje mar de Hibernia.

Maude caminó por la orilla del río. El nivel del agua no era tan alto como en

invierno, y las siluetas pardas de los peces podían verse entre las algas. Se sentó en una zona despejada de maleza y meditó acurrucada, abrazándose las rodillas. Los pinzones gorjeaban para proclamar la propiedad de su territorio y un rebaño de vacas de grandes cuernos rumiaba en el verde prado, sacudiendo las orejas y los rabos, irritadas por el pertinaz acoso de las moscas.

Finn trotó por el pasto en busca de liebres, pero evitó prudentemente la proximidad de las vacas. Maude se empapó del sol y de la paz de la mañana. Era la primera vez que estaba sola desde su llegada. Una o dos veces había salido a cabalgar, pero siempre acompañada por hombres de Fulke armados hasta los dientes. No comentó sus intenciones con Philip, para poder salir sin más compañía que Barbette. Su cuñado habría enviado por lo menos cuatro soldados para protegerla. Hizo un gesto de desagrado al pensar que el guardia de la puerta iría corriendo a informar al joven caballero y que pronto tendría nuevos acompañantes.

Echada de espaldas, apoyó la cabeza sobre las manos, en una postura decididamente poco femenina, y cerró los ojos. El lejano rumor del agua en el molino era tranquilizador. Soñó que Fulke llegaba a buscarla en un caballo blanco, con una corona de flores rojas en las manos, y que no había nadie en el mundo salvo ellos dos, que cabalgaban eternamente en la mañana estival.

Finn interrumpió rudamente su idílico sueño cuando llegó corriendo por el prado y se lanzó al río con tremendo ímpetu, salpicando cuanto había a su alrededor. Barbette profirió un grito y Maude se incorporó de golpe, con el vestido lleno de salpicaduras de agua.

—¡*Finn!* —gritó.

Creyendo que el chillido de Maude era una orden para que se acercara, el perro dio la vuelta en el agua, nadó hasta la orilla y salió corriendo hacia ella.

—¡*Finn*, no!

Era demasiado tarde. Una espectacular sacudida recorrió el cuerpo del mastín, desde la cabeza hasta el extremo de la cola, y las mujeres se empaparon con una lluvia plateada.

—¡Malo! —le regañó Maude.

Arrepentido, *Finn* avanzó hacia Maude, con la lengua dispuesta para lamerla y recuperar su afecto. La joven trató de ponerse de pie, tropezó con su vestido y se cayó. Inmediatamente, el animal se colocó sobre ella, lamiéndole ansioso la cara, como si fuera un cachorro perdido, con los pelos de la panza chorreando agua del río sobre el vestido de Maude.

Barbette se acercó para quitárselo de encima, tirando del grueso collar de cuero. De repente, el perro se puso rígido y fijó la mirada en el camino que iba del río a la villa. Empezó a enseñar sus tremendos dientes y dejó escapar un gruñido. Las patas y el cuello se pusieron tensos y el pelaje del lomo se erizó a lo largo de la columna. *Finn* dio varios pasos amenazadores en dirección a los dos hombres que cabalgaban hacia ellas.

Alarmada, Maude se puso de pie. No conocía a ninguno de los dos jinetes. Vestían como viajeros, con capas y bolsas, pero los largos cuchillos de caza que llevaban al cinto y el modo en el que se comportaban le hicieron pensar en individuos entrenados para la guerra.

—¡Llama a tu perro! —gritó uno de ellos—. No tenemos intención de haceros daño, mi señora.

Hablaban en el francés normando de la corte, lo cual no sirvió precisamente para tranquilizar a Maude.

—Eso no lo sé —respondió—. ¿Quiénes sois y qué buscáis en estas tierras?

Los hombres intercambiaron una mirada. Era como si trataran de ponerse de acuerdo.

—Estamos buscando a Fulke FitzWarin, a fin de unirnos a él. Tal vez vosotras, señoras, sepáis dónde está.

Lo que decían era demasiado torpe. Maude se arrepintió de su impulso de salir a dar una vuelta.

—Habéis perdido el tiempo —dijo retrocediendo—. No está.

—Entonces tal vez podamos pedir hospitalidad en el castillo hasta que regrese. Nos han dicho que aquí es donde lo encontraremos.

—Os han informado mal. No puedo ayudaros.

Uno de los hombres se llevó la mano a la empuñadura de la daga.

—Yo creo que sí puedes, puesto que sabemos que eres su esposa —dijo.

El corazón de Maude comenzó a palpar aceleradamente. Se preguntó si debía soltar a *Finn* para que se abalanzara sobre ellos, pero el cuchillo la disuadió. No dudaba de que aquel hombre se lo clavaría al perro si le atacaba.

Escuchó un grito repentino a sus espaldas y el ruido de unos caballos acercándose al galope. Dándose la vuelta, Maude sintió gran alivio al ver a Philip a la cabeza de un grupo de seis caballeros.

Los forasteros echaron un vistazo, montaron y escaparon. Philip se lanzó tras ellos y, pasados unos instantes, detuvo el caballo con una maldición. Sus monturas eran demasiado veloces y no cargaban el peso de la cota de malla. La persecución sería inútil. Detrás del yelmo podía verse su expresión iracunda.

—¿Qué estás haciendo aquí, en nombre de Dios? —le gritó a Maude—. ¿No te das cuenta de que eres una presa muy fácil?

—Pensé que un paseo por el río era seguro —respondió Maude, decidida a parecer firme, pero sintiéndose en realidad enferma—. No soy una gallina que deba estar encerrada en el gallinero.

—Sí, lo eres, y ellos eran un par de zorros —dijo Philip.

—Si aquí no estoy a salvo, entonces tampoco lo estoy dentro.

Philip se quitó el yelmo y se secó el sudor con la manga de la túnica.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó con una mezcla de enfado y cansancio—. ¿Qué querían?

—Unirse a Fulke, o al menos eso dijeron, pero también sabían que yo soy su esposa, así que supongo que habrán estado espíandome. —De pronto, la tensión por lo que había ocurrido le pasó factura, y sus piernas se quedaron sin fuerzas para sostenerla. No oyó el grito de consternación de Barbette cuando su visión se nubló y la invadió la sensación de que su cabeza era asaltada por un enjambre de abejas.



Maude recuperó el sentido en la sala principal de Higford. El olor a lavanda invadió su nariz. Estaba recostada sobre varios almohadones de plumas y Emmeline refrescaba sus sienes con un paño frío.

—¿Se pondrá bien? —La voz masculina estaba llena de ansiedad. Se parecía a la de Fulke, y cuando sus párpados se entreabrieron, le vio mirándola junto al lecho, con cara de intensa preocupación.

—Si me recupero, no será gracias a ti —murmuró, preguntándose si la visión sería real o un simple sueño, producto de los males que la afectaban. Tenía que ser real, decidió rápidamente, porque vestía su cota de malla y tenía manchas de óxido. También había óxido en su nariz, donde rozaba la barra nasal del yelmo. Además, estaba tan bronceado como Jean de Rampaigne cuando se disfrazaba de moro. Una visión no presentaría detalles tan realistas.

Se arrodilló rápidamente junto a ella y la acarició con su mano tibia y fuerte. Maude miró los dedos entrelazados y resistió el impulso de estallar en lágrimas.

—Llegué cuando te traían —dijo—. Jesús, Maude, nunca he estado tan asustado en toda mi vida. Philip me ha contado que paleabas por el río y te acosaron dos extraños.

La joven asintió y tragó saliva.

—Te estaban buscando.

—¿Te hicieron daño?

—No. —Maude se mordió los labios—. Estaba asustada y enojada, eso es todo. Estaba *Finn* conmigo, y él les habría desgarrado la garganta si hubieran intentado algo.

Los ojos del caballero se oscurecieron.

—No debiste salir sola. Sabes de sobra los peligros que acechan.

—Ya me han sermoneado una vez —replicó irritada—. Philip me comparó con una gallina en un gallinero. No te atrevas a hacer lo mismo.

Fulke tomó aliento, como para hablar, pero solo dejó escapar un suspiro y se pasó la mano por la cara. El movimiento esparció la mancha de óxido en sus mejillas. Al cabo de un momento habló.

—Aquellos hombres eran con seguridad sicarios de Juan, buscándome, para después informar al rey. Philip dice que estuvieron haciendo preguntas en el pueblo y los alrededores. Obviamente, cuando te vieron sola, se dieron cuenta de que si podían

atraparte tendrían un valioso peón con el que tenderme una trampa.

—No pensé que estaría en tamaño peligro por dar un simple paseo a la vista de las murallas. —Era lo más parecido a una disculpa que estaba dispuesta a dar. De repente, alargó la mano, agarró a su mando por la nuca, y con fuerza atrajo el rostro de Fulke hacia el suyo.

—He estado muy sola y asustada. ¿Dónde te habías metido?

Por un momento, mientras se besaban, no hubo respuesta. Emmeline, delicadamente discreta, se retiró en silencio.

—Donde te dije, en la corte de Llewelyn ap Iorwerth —respondió cuando sus labios se separaron—. Eso no es problema, mi preocupación eres tú.

—Entonces, ¿por qué no regresaste antes? —No pudo evitar ti reproche, tenía que hacérselo, aunque se había prometido a si misma que se mostraría distante, despreocupada.

—Porque ofrecí a Llewelyn mi espada y él la aceptó. Anduve por su territorio, persiguiendo a su enemigo Gwenwynwyn, durante dos semanas.

Maude le miró de soslayo.

—¿Quieres decir que servirás a Llewelyn como mercenario?

—Mucho más que eso. —Sus ojos brillaron—. Él me ayudará a recuperar Whittington, y entonces yo lo defenderé como su vasallo.

—¿Es una buena idea?

—Puesto que he retirado mi lealtad a Juan —replicó con ironía—, puedo dársela a quien quiera. —La tristeza se reflejó en sus ojos—. Los nobles de frontera son un grupo aparte. Siempre ha habido alianzas entre galeses y normandos, cuando ha convenido a ambas partes. —Dejó la cama, se encaminó inquieto hasta la ventana y miró por ella—. He traído desde Gales suficientes hombres para tomar Whittington.

Maude miró su espalda recta, el modo en que apoyaba un brazo en la pared y agarraba la empuñadura de la espada con la otra mano, los dedos que tamborileaban de forma inconsciente. La habitación parecía demasiado pequeña para contener su enorme energía. Se sintió invadida por muchas emociones: miedo, amor, orgullo. Ocultó el primero en lo más profundo de su mente, y dejó que el amor y el orgullo brillaran en su voz cuando, destapándose, se aproximó hacia él.

—Son buenas noticias —dijo con dulzura. Con la mano se acariciaba el vientre—. Nuestro primer hijo nacerá allí.

Fulke se dio la vuelta y la miró con asombro.

—¿Estás embarazada?

—Eso afirma Emmeline, y estoy de acuerdo con ella, tengo todos los síntomas.

Se acercó y la cogió en sus brazos. Pero cuando Maude se quejó al ser aplastada contra los duros anillos de metal de la malla, la dejó ir como si la estuviera quemando. Le miró el vientre.

—¿Para cuándo? —le preguntó.

—Para febrero, creo. ¿No estás satisfecho?

—Por supuesto que estoy satisfecho —respondió con voz ronca—. Y asustado también.

—¿Asustado? —Maude estuvo a punto de replicar que era ella la que debía sentirse aterrada, pues el riesgo de llevar el hijo y dar a luz era suyo.

Fulke se rio sin demasiada alegría.

—Hasta hace unos meses, sólo era responsable de mis hermanos y de mí mismo. Después me casé contigo, y ahora estás embarazada.

Maude cruzó los brazos por debajo del pecho. El movimiento le hizo darse cuenta de su sensibilidad.

—Fue una decisión tuya. Podrías haber tomado a otra —dijo molesta.

—Por Cristo, no es eso lo que he querido decir. No me arrepiento de eso, y nunca lo haré. —La quiso abrazar de nuevo, pero se miró las manos como si fueran apéndices inútiles, o armas peligrosas, y las bajó—. Quiero protegerte, quiero mantenerte a salvo de todo mal, y tan fuerte es el deseo que temo no estar a la altura de las circunstancias.

—Ya te dije que no estoy hecha de vidrio —dijo abrazándolo por la cintura—. El único error que cometes es subestimarnos a ambos. Soy fuerte como el acero de la espada; y tú eres mi escudo. No fracasaremos. —Le besó. La envolvió el olor a caballo y a sudor, pero disfrutó de ello. Aquel rancio aroma, tan fuerte, aumentaba la alegría de tenerlo de vuelta.

—¿Te vas a poner cómodo, o ésta es una visita breve antes de que vuelvas a abandonarme? —preguntó con cierto acento irritado, y le mordió una oreja.

—¡No te abandoné!

—Me pareció lo contrario. —Maude desató con habilidad el cinto de su espada—. Espero que me compenses por ello —dijo, insinuante, empezando ya a jadear.

—Compensarte... —repitió su marido suavemente, y su mirada se dirigió al lecho, que Maude se había ocupado de descubrir. Sonrió—. No creo que sea una tarea muy difícil.

Maude entornó los ojos.

—¿No lo crees? Ya veremos.



—Bueno —replicó Fulke minutos después, tirando tiernamente del pelo de Maude—. Tenías razón. Nunca he estado con una mujer tan abandonada y difícil de compensar. —Dio un respingo cuando ella le pegó un golpe en las costillas. Las sábanas estaban ahora arrugadas, medio tiradas por el suelo, y enredadas en ellas, varias prendas de vestir—. ¿La he satisfecho, mi señora?

Maude se estiró sensualmente y le miró, traviesa, a través de sus párpados entrecerrados.

—¿Y si digo que no?

—Te consideraré la mujer más golosa e insaciable del mundo.

—Lo soy —murmuró pasando un dedo por su brazo desnudo—. No creo que conozcas la dimensión de mi apetito.

Le rugió el estómago. No había comido nada, salvo las galletas de cereal de esa mañana, y ya era bien pasado el mediodía. La náusea era un recuerdo, poca cosa en comparación con el apetito feroz que le habían producido el regreso de Fulke y la intensa sesión amorosa.

—Bueno, si no puedo satisfacerte, será mejor que encuentre un hombre que pueda hacerlo —dijo Fulke, risueño. Se puso la camisa, la túnica y los zapatos, y se encaminó hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—A ver al cocinero, por supuesto. ¿Dónde quieres que vaya?

Maude le lanzó un almohadón. Se levantó, se puso una camisa y comenzó a cepillarse el pelo junto a la ventana. El patio estaba lleno de soldados: los hombres de Fulke y Llewelyn. Estos últimos iban sin perneras y los de más edad exhibían impresionantes bigotes. Muchos de ellos llevaban grandes arcos de cedro y arce, armas que a primera vista no parecían gran cosa, pero que eran mortales cuando se usaban con destreza. Tembló al pensar en las luchas que se avecinaban.

Fulke regresó con un gran plato de pollo asado, pan, queso y vino. A Maude se le hizo la boca agua. De pronto, el hambre se convirtió en insoportable, y casi antes de que pudiera dejar el plato sobre la mesa, se lanzó sobre él, tomó una porción de pollo y mordió con voracidad.

Fulke la miró con fingido susto.

—Menos mal que no me has mordido a mí de ese modo.

—Has tenido suerte de escapar sin rasguños —respondió entre bocados. Hizo una pausa y miró hacia la puerta, donde Philip esperaba sin entrar.

Fulke siguió su mirada y le llamó. Dudando, el hermano entró en la habitación. Con sumo tacto, evitó mirar las sábanas revueltas y el estado de las ropas de Fulke y Maude.

—¿Qué sucede? —preguntó Fulke.

—Pensé que debías saberlo. Arfin Marnur está abajo, acaba de llegar de Shrewsbury con algunas noticias interesantes.

Un rayo de interés se encendió en los ojos de Fulke. Aunque Henry Furnel tenía esbirros y espías por todas partes, también Fulke contaba con medios propios para recabar información, y Arfin era uno de ellos.

—Ya bajo. ¿Qué clase de noticias trae?

Los labios delgados de Philip se abrieron en una franca sonrisa.

—Parece ser que Gwyn FitzRoger está en Shrewsbury para ver a Furnel, el segundo administrador, que ahora ejerce de primero. Lleva consigo a la mitad de los caballeros del puesto de Whittington. Planea un ataque para capturararte.

Fulke apartó la comida y comenzó a ponerse las calzas.

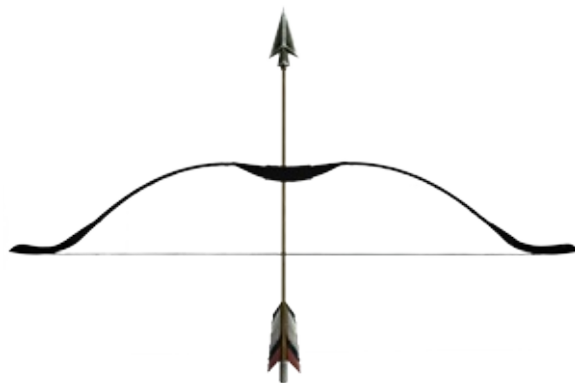
—¡Excelente! —exclamó con una sonrisa feroz.

—¡Excelente! —gritó también Maude, mirándole horrorizada—. ¡Están planeando capturarte y a ti te parece excelente!

Fulke terminó de vestirse y se acercó a la cama para darle un sonoro beso.

—Por supuesto. Gwyn FitzRoger ha dividido las fuerzas de Whittington. ¡Mientras él persigue fantasmas, yo visitaré a Weren!

Con paso ágil y enérgico, salió de la habitación y bajó las escaleras. Maude sacudió la cabeza. Toda aquella aventura estaba resultando más agotadora de lo que ella había previsto.



CAPÍTULO 27

Con las primeras luces de la mañana estival, Fulke salió de los bosques de Babbín y se internó en Whittington a la cabeza de un nutrido grupo de normandos y galeses.

La escasa piedra y las muchas construcciones de madera se distinguían entre la media luz gris, y se veía elevarse el humo de los fuegos recién encendidos. Un perro dio la alarma con su aullido y originó la clamorosa respuesta de todos sus congéneres de la aldea. Los pobladores espionaron desde las puertas de sus viviendas, y luego las cerraron de un portazo y se arrodillaron para rezar. Pero el grupo armado de Fulke ignoró el poblacho y se dirigió a la fortificación.

Una de las puertas estaba abierta de par en par, para dar paso a un cargamento de leña. El guardia que debía vigilar la muralla estaba reclinado sobre su lanza y conversaba, distraído, con el carretero. Si hubiera estado en su puesto y alerta, habría visto a tiempo a los hombres de Fulke, pero tal como ocurrió todo, apenas pudo dar un tardío grito de alarma antes de que tres flechas galesas le derribaran frente a la entrada. El carretero escapó. Fulke y William avanzaron al galope para ocupar las puertas.

Después, la pelea por Whittington fue breve. Atacados por sorpresa, los soldados de guardia se rindieron rápidamente y fueron conducidos en amargo rebaño hasta un rincón de la empalizada. Fulke ordenó a sus hombres que cerraran las puertas y ocuparan posiciones en la muralla. William eligió un grupo y fue con él a la sala principal y a los depósitos para asegurarse de que no hubiera tropas de FitzRoger ocultas preparando una emboscada.

Fulke estaba feliz por lo sencillo que había resultado todo. Pensaba que la pelea iba a ser dura. Parte del éxito se había debido a la suerte, y principalmente al descuido de las fuerzas de Weren FitzMorys. Sólo tenía un guardia apostado, en un lugar equivocado y con actitud muy poco vigilante. Fulke era consciente de que

incluso un muchacho de quince años podría haber sido más cuidadoso.

Hubo una escaramuza cerca del salón, y William regresó arrastrando a una mujer por su capa parda. Mejor dicho, Fulke pensó que era una mujer hasta que William le quitó el velo, dejando a la vista el pelo corto y las facciones asustadas de Weren FitzRoger.

—Encontré a esta graciosa moza oculta en los jardines —anunció William con una sonrisa triunfal—. Afortunadamente para ella, ha desaparecido mi antigua afición a las violaciones.

Fulke tuvo que esforzarse por no reír mientras se acercaba al cautivo. Weren FitzRoger estaba rojo de vergüenza y rabia.

—¡Pagarás por esto! —La amenaza terminó en un extraño quejido.

—Al final, todos recibimos lo que merecemos —replicó Fulke con frialdad—. Si hubieras puesto una guardia de verdad, si no fueras tan negligente, tal vez no estarías frente a mí vestido de mujer... ¿o quizá sí? —se burló.

Weren parecía a punto de llorar.

—¡Cuando Gwyn regrese, se las verá contigo! —amenazó con tono vacilante.

Fulke alzó las cejas.

—Si lo único que puedes hacer es amenazar en nombre de otra persona, tal vez llesves la ropa adecuada. —Hizo un gesto a William—. Llévalo junto a los demás prisioneros... y por mera decencia, devuélvele su velo.

—Con mucho gusto. —William sonreía.

Un lloroso Weren FitzRoger fue conducido hasta las puertas de la fortificación y expulsado de ella, vistiendo las ropas con las que había tratado de ocultar su identidad. A los soldados se les permitió irse de modo más digno. Y a cualquier sirviente que deseara marcharse, se le permitió hacerlo sin daño alguno.

Se hizo el silencio. Lentamente, Fulke desmontó. Sentía el impulso casi irrefrenable de gritar su nombre y escucharlo resonar entre las paredes del castillo, para que la vieja estructura volviera a su antigua vida. Era como si semejante grito pudiera romper el hechizo y los FitzWarin de antaño salieran de los edificios para recibirlos, con su padre a la cabeza.

William, ahora serio, se arrodilló para besar el húmedo suelo del patio. Viendo su gesto, Fulke alzó la lanza, con la punta adornada por el estandarte rojo y dorado de los FitzWarin, y se la dio a su hermano.

—Ve a colocar esto en las torres, Will —le ordenó—. Que todos sepan que los FitzWarin están de nuevo en Whittington.



Fulke condujo a Maude a la propiedad reconquistada esa misma mañana más tarde. Le esperó en el bosque de Babbin, con una escolta de seis caballeros que tenían órdenes de protegerla y ponerla a salvo si la toma de Whittington terminaba siendo

un desastre. Pero no fue así, y el corazón del caballero rebelde estaba henchido de alegría y fiero orgullo cuando la besó y la sentó sobre su yegua para conducirla hasta el hogar.

Al salir del bosque, Maude vio por primera vez las edificaciones que habían engendrado tan amargas luchas desde la época del abuelo de Fulke, del bisabuelo del bebé que crecía en su vientre.

El castillo estaba edificado sobre una colina baja, frente a un cruce de caminos: el de Oswestry hacia el oeste, y el de Shrewsbury hacia el sur. El límite de Gales trazaba un semicírculo a menos de tres millas de distancia, en todas partes salvo al sur. Había una empalizada alrededor de los troncos blanqueados y un foso rodeando sus puntiagudos maderos. Las puertas le daban la bienvenida, abiertas de par en par, fuertemente custodiadas. Los soldados vigilaban desde la muralla. Dentro había numerosos depósitos y edificios secundarios, y una gran edificación con tejas de madera de cedro.

Fulke tiró de las riendas y miró a su esposa.

—No es tan lujoso como Lancaster, ni tan majestuoso como el palacio del arzobispo en Canterbury —dijo con modesto orgullo—, pero es mío y un día será el castillo más bello de estas fronteras.

—Si hubiera querido palacios y enormes castillos, habría accedido a ser la amante de Juan —replicó su mujer—. Este lugar también es mío, y ya es el más bello de estas fronteras. No quiero otro.

Emocionado, Fulke se quedó sin palabras, pero cubriendo la distancia entre ambos, cogió la mano de Maude entre las suyas.

El largo día se convirtió en una larga noche de celebración serena, en la que nadie se emborrachó demasiado. No podían permitirse el lujo de relajar la vigilancia. Lo ocurrido esa mañana era una clara demostración de lo que sucede cuando la vigilancia cesa, aunque sea durante un momento.

Al final de la noche, acostados en el cuarto que había encima de la gran sala, con su capa y la de Maude como colchón, y una manta para cubrirlos, Fulke abrazó a su esposa.

—Mañana empezaremos a cambiar todo esto —dijo, besándola suavemente en el cuello—. Ordenaré al carpintero que nos haga una cama nueva —susurró. Whittington estaba lleno de soldados. No quedaba espacio libre y había algunos durmiendo allí mismo.

—Podríamos habernos arreglado con la cama que había en vez de quemarla —comentó Maude—. Era de cedro, bien rematada.

Fulke hizo un gesto de desagrado.

—Tal vez lo fuera, pero mi padre siempre dijo que la cama era el espacio privado de la pareja. Quiero empezar de nuevo, no yacer donde FitzRoger y sus hijos lo hicieron con sus mujeres y sus putas. —Le mordisqueó el hombro y le acarició el pecho—. Hago tabla rasa para que decore Whittington como tú quieras.

Maude sonrió.

—¿Con una mesa de mármol y copas de plata, y manteles de seda de damasco?
—preguntó bromeando.

—Y yo que te tenía por una mujer de buen gusto.

Maude le pellizcó y el caballero dio un brinco a su lado, con una protesta ahogada. Sus labios se encontraron, suavemente al principio, pero con creciente intensidad. Conscientes de la presencia de los otros, hicieron el amor en silencio. Fue un acto intenso, feroz, destructivo. Cuando se separaron y se quedaron callados, cogidos de la mano, Fulke se preguntó por la naturaleza del silencio, por cuántos significados podía tener. Podía ser simple ausencia de sonidos, o el lenguaje mudo de la máxima comunicación, el amor y el placer más intensos.

Y detrás de sus párpados cerrados, Maude imaginó Whittington en el futuro. El orgulloso predio de la familia FitzWarin, rematado con una mesa situada sobre una plataforma de mármol de Purbeck. Sonriendo para sí, se acurrucó contra Fulke.



Gwyn FitzRoger miró a su hermano mayor con furiosa incredulidad.

—¡Ni siquiera igualas el cerebro y el valor de una pulga! ¡Cómo has podido dejar que te arrebataran así el castillo!

—Se lanzaron sobre nosotros antes de que nos diéramos cuenta —se excusó Weren, apenado. Miró con resentimiento a Gwyn—. Además, la mitad de la guarnición estaba contigo, enseñando sus cotas de malla a las putas de Shrewsbury.

Gwyn enrojeció. Había algo de verdad en la acusación, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—¡Nos estábamos uniendo al segundo administrador!

—Llámalo como quieras.

Gwyn agarró a Weren por la túnica. Aparentemente, aquel idiota había tratado de escapar vestido de mujer, convirtiéndose en el hazmerreír de los soldados de FitzWarin.

—¡Es más de lo que tú harás nunca! —bramó—. ¡Por Dios, todo lo que tenías que hacer era mantener las puertas cerradas y los guardias vigilando desde las murallas! ¡Papá tenía razón cuando decía que eras incapaz de organizar una borrachera en una taberna! —Pálido, Weren trató de soltarse, sin conseguirlo—. ¡Papá estará removiéndose en la tumba en la que le metieron los FitzWarin! —Gruñó Gwyn y soltó a Weren con un empujón que lo envió, tropezando, contra la pared.

—¡Tu deber era estar allí! —espetó Weren mientras se ponía de pie.

—¿Por qué? No soy el heredero.

—¡No, pero eres de nuestra sangre! ¡No debiste llevarte a los mejores hombres!

Gwyn le miró con rabia. Se los había llevado porque esperaba dirigirse a la frontera norte con Henry Furnel, en busca de Fulke FitzWarin, Por el contrario, había

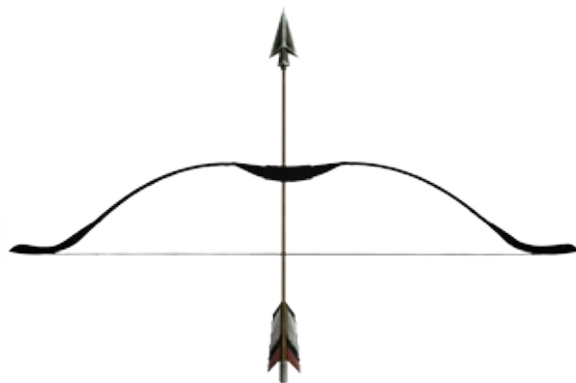
sido FitzWarin quien se había infiltrado a sus espaldas y le había atacado en su punto más vulnerable. Ahora estaba en posesión de Whittington, y por lo que habían dicho sus hombres, contaba con suficientes mercenarios galeses para sostenerlo. Además, independientemente del odio que pudiera sentir por FitzWarin, Gwyn reconocía que aquel bastardo poseía formidables habilidades militares.

—No, no debí llevármelos —reconoció en voz baja—. Pero mi gran error fue sobreestimar tu capacidad.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Notó ansiedad en la mirada de su hermano. Weren podía ser el hermano mayor, con derecho a la tierra, pero sabía tanto de cómo controlarla y gobernarla como un buey uncido. Gwyn pensó por un momento en desentenderse y dejar que su hermano se las arreglara solo, pero por la memoria de su padre y por su propio orgullo no podía hacerlo.

—Me quedaré aquí, a pelear. Tú —le ordenó, clavándole el índice en el pecho— irás a ver a Juan con la noticia del delito cometido por Fulke FitzWarin. Ahora que no tenemos tierras, es tu obligación conseguir otras para mantenernos hasta que recuperemos Whittington. —Vio que Weren tragaba saliva—. Y que Dios te ayude si fracasas —agregó—, porque yo no lo haré.



CAPÍTULO 28

Castillo de Whittington, Shropshire, febrero de 1202

En lo más profundo de la noche, durante una de las peores nevadas del año, Maude dio a luz a una niña. El parto no fue largo ni complicado, y las parteras tuvieron que hacer poco esfuerzo para ganarse el sueldo: apenas poner al bebé un paño, limpiarle la cara y cortar el cordón umbilical. La pequeña lloró y gritó a pleno pulmón desde el mismo momento en que llegó al mundo, anunciando su presencia a todos.

—¡Cabello rojo y un carácter haciendo juego con el pelo! —dijo riendo la mayor de las parteras.

—¡Y la cara también roja! —añadió Maude, entre risueñas lágrimas. Estaba cansada, dolorida, maravillada. Era casi imposible creer que esa pequeña y furiosa criatura fuera suya. Ver los movimientos y las patadas debajo de la piel del vientre era una cosa, y contemplar al pequeño ser humano otra muy distinta. Sostuvo entre los brazos a su hija recién nacida, con torpeza, y observó su carita arrugada y llorosa.

—Se calmará en un momento —dijo alegremente la segunda partera—. Demuestra que es fuerte y sana. Si no lloran, es cuando una tiene que preocuparse.

Emmelíne, que había ido para acompañarla antes del parto, miraba a la pequeña con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Igual que su pobre abuela —sollozó, y trató de secarse las lágrimas con su manga de lana azul.

Todavía llorando, bañaron al bebé en una palangana con agua tibia, y lo secaron con una toalla tibia. Luego envolvieron a la niña en tela de lino. Poco a poco, los berridos se convirtieron en esporádicos hipidos.

Las parteras esperaron la expulsión de la placenta y ayudaron a Maude a pasar de la silla de parto a una cama limpia, recién dispuesta con sábanas de lino y un cobertor de piel de oveja. Emmeline fue a buscar a Fulke mientras Barbette cepillaba y

trenzaba los cabellos de la nueva madre. Se lo habían destrenzado para el nacimiento, pues creían que eso la ayudaría a empujar cuando fuera a salir la criatura. Colocaron a la niña en los brazos de Maude, y esta la miró. Todavía arrugada y enrojecida, no le pareció exactamente hermosa, pero eso no importaba. Le inspiraba, a primera vista, un desbordante amor.

—Tiene los ojos de su padre —murmuró Barbette.

Maude sonrió y tocó la suave y diminuta mejilla. La criatura se volvió instintivamente hacia el dedo.

—Y su voz —comentó, jocosa.

Fulke entró en la habitación, llenándola con su presencia. Maude le vio aproximarse al lecho. Sabía que había estado dando vueltas desde que había comenzado el parto. A cada hora había enviado a alguna de las sirvientas para preguntar, hasta que las exasperadas mujeres le dijeron que todo iba como debía y que el nacimiento tendría lugar cuando tuviera lugar.

—Preferiría haber librado una batalla que pasar lo que he pasado estas últimas horas —dijo mientras se inclinaba para besarla—. Me han dicho que tenemos una niña.

—¿No te importa que no sea un varón? —Sabía cuánto deseaban los hombres tener herederos, como si dar a luz a un varón fuera la prueba máxima de su virilidad. Ella recordaba el desencanto de su padre cada vez que su madre abortó o dio a luz un bebé muerto, dejándola a ella como hija única, para ser moneda de cambio en el mercado matrimonial. Pero aquella niña era especial. La primera FitzWarin que nacía en Whittington desde hacía más de cincuenta años.

—Mi único deseo es que las dos estéis bien. —Miró a la niña en brazos de Maude, y tocó con miedo la pelusa de su cabeza—. Rojo —murmuró.

—Sostenla.

Con mucho cuidado, como si le hubieran entregado un barril de alquitrán a punto de explotar, Fulke cogió a su hija en brazos. Maude tenía un nudo en la garganta. Le asombraba su diminuta perfección. La altura y robustez de Fulke subrayaba el mínimo tamaño de la niña. Vio cómo éste le acercaba un dedo, y la expresión de su rostro cuando la criatura lo aferró con su manita.

—He sabido de mujeres que pueden manejar a los hombres con la mirada, pero es la primera vez que veo a un hombre atrapado por un pequeño puño —bromeó, emocionada.

Fulke le devolvió la sonrisa, con los ojos también llenos de lágrimas.

—Aunque me des una docena de hijos, ningún momento superará a éste —dijo con voz ronca. Miró el rostro arrugado de su hija—. ¿Qué nombre le pondremos? ¿Jonetta, como tu madre?

Maude negó con la cabeza.

—No, Hawise, como la tuya. ¿Qué otro nombre podría tener con ese pelo?



El invierno dio paso a la primavera y después al agobiante fulgor verde del verano. Fulke agrandó el foso alrededor de la empalizada, reparó y fortaleció las murallas, casi todas de madera, y se preparó para lo que Henry Furnel y los hermanos FitzRoger pudieran intentar contra él. Pero pasó el verano, se recogió la cosecha, llegaron las Navidades y todavía no habían aparecido.

—Juan no puede pagar a sus tropas en Normandía —explicó Jean de Rampaigne, que estaba de visita tras haber pasado el mes anterior en la residencia de Hubert Walter—. Está tan inseguro de la lealtad de los nobles normandos que ha confiado sus principales fortalezas a capitanes mercenarios.

—Si no puede afrontar los gastos de sus tropas, ésa no es una buena política.

—No puede pagarles con lo que recauda en Normandía, es verdad, y por eso les paga con lo que cobra, en Inglaterra. Exprime el reino al máximo.

Fulke escuchó el comentario con una fría sonrisa.

—Hubert siempre fue un buen ganadero —dijo.

—Sí, y por eso sabe cuándo la vaca corre peligro de quedarse sin leche. —Jean cortó un pequeño pastel de pollo con especias y pasas, y se llevó una porción a la boca. Le ofreció otra a Maude, que estaba sentada al lado de Fulke, pero ella sonrió y la rechazó con un gesto.

—Ahora sólo come embutidos en salazón, o nada —explicó Fulke sonriendo a su esposa—. Mientras gestaba a Hawise, era ajo. ¡No me podía acercar a ella por el olor!

—¡Y mira lo que ha pasado en cuanto te arrimaste! —Sumándose a las bromas, Maude se dio palmadas en el vientre. Todavía estaba delgada, pero hacía más de un mes que sabía que una nueva vida crecía en su interior.

—Será culpa mía —dijo Fulke con voz herida.

—No te gustaría que fuese culpa de otro —respondió Maude.

—No, no me gustaría. —En ese momento Fulke sintió que tiraban de sus calzas.

—Pa —dijo la vocecilla de Hawise, y colgándose de su pierna con una mano, extendió la otra, pidiendo que la alzara. La orden fundió el corazón de Fulke, que la puso en su regazo. Ella lo miró con sus enormes ojos grises y luego se puso a jugar con la cruz que le colgaba del cuello. Quienes no habían conocido a la madre de Fulke, decían que, salvo en el pelo, era igual que él, pero el joven sabía que no era así. Su aspecto era el de los Diñan. En cuanto al carácter, tenía bastante de los Vavasour, especialmente cuando se trataba de salirse con la suya.

Volvió a pensar en asuntos serios. Consideró las palabras de Jean y las consecuencias que podrían tener para su vida.

—¿Puede ganar Juan? —preguntó.

—Hubert dice que el desenlace es sólo cuestión de tiempo. A los normandos les gustaba Ricardo, como a todos, por su buena suerte, su coraje y el modo en que su presencia lo iluminaba todo, como si fuera un candelabro. Juan tiene mucha

capacidad, pero le falta el brillo de Ricardo. A los barones normandos no les gusta, ni confían en él. Cuando ven que pone mercenarios por encima de ellos, el daño es irreparable. —Jean bebió un trago de vino—. Hubert ha oído rumores de que algunos de los nobles con tierras en Inglaterra y Normandía están homenajando a Luis de Francia para que proteja del pillaje sus territorios normandos.

Fulke asintió pensativo y miró a la niña en sus brazos. Los delicados rizos de la pequeña eran casi del mismo color que su cruz granate.

—Les deseo buena suerte —dijo William desde un extremo de la mesa—. Y ojalá hagan pedazos a Juan en Normandía, que pierda y sepa cómo es la derrota.

—Puede producirnos satisfacción —dijo Fulke—, pero si Juan pierde Normandía no será bueno para nosotros.

—¿Por qué no? —preguntó William, intrigado.

—Porque cuando pierde territorios al otro lado del canal, tiene más tiempo y recursos que dedicar a la lucha con los escoceses, los galeses, los irlandeses... y los renegados.

—¿No tendrás miedo de él? —William usó un tono burlón.

—No, pero hay que ser tonto para no ver las consecuencias de su derrota.

—¿Y yo soy tonto?

—Todos lo somos a veces —aseguró, decidido a no discutir con su hermano—. Lo que digo es que debemos estar en guardia. Nada es tan simple como parece.

—Ni siquiera tú —dijo Ivo, burlándose de William y ganándose un golpe.

Maude levantó los ojos, harta de la charla, y se fue al baño. Fulke sonrió, sabiendo que sus pensamientos coincidían. Al menos ella tenía la excusa de una vejiga temperamental para evitar las discusiones tontas.

Hawise trató de llevarse la cruz a la boca, y Fulke la disuadió cariñosamente.

—Hubert sigue esperando que el rey y tú hagáis las paces —murmuró Jean.

—Seguramente alcanzaremos la paz de los cementerios.

—Sí, si tu lucha contra él continúa. —Jean se inclinó sobre su copa de vino—. El rey necesita más que nunca guerreros expertos.

—Entonces que venga y me los pida. —Fulke miró a Jean con recelo—. ¿No te habrá enviado Hubert a preparar el terreno?

—Hubert no me ha enviado a ningún lado. Le pedí permiso para pasar las Navidades contigo, y me lo dio de buena gana. Sólo dijo que sería una pena que quemaras naves en vez de construirlas.

—Las he construido... y estoy muy feliz de tener al príncipe Llewelyn por encima de mí.

—Una idea peligrosa si Juan se concentra en Inglaterra y decide que los galeses están avanzando demasiado sobre sus fronteras.

—Estaré alerta. —Fulke acunó a Hawise y alcanzó su copa—. Pero ahora es Navidad, y Juan está en Normandía. —Había en su voz un tono que advirtió a Jean que debía cambiar de tema, así que cruzó los brazos y abordó otro asunto.

—¿Sabes que Hubert se ha ocupado de los hermanos FitzRoger?

—¿De veras?

—Incluso le ha ofrecido a Weren FitzRoger el dominio real de Worfield a cambio de Whittington.

—¿Y cuál ha sido la respuesta?

Jean se encogió de hombros.

—Weren es el más débil de los dos, pero también es el heredero, tanto por las leyes inglesas como por las normandas. Pero según las galesas, ambos hermanos deben repartirse la herencia. Por lo que dice su eminencia, él cree que Weren aceptaría Worfield, siguiendo las reglas normandas.

—Dejando a Gwyn sin nada, frustrado, y convertido en un peligro para él.

—Sí, pero aislado —comentó Jean.

—A veces un lobo solitario es más peligroso que una jauría entera. Yo... —Una repentina agitación en el otro extremo de la sala distrajo la atención de Fulke, y le llenó de preocupación—. Llévatela. —Dejó a Hawise en el regazo de Jean, saltó de su asiento y se dirigió hacia la puerta.

Un hombre vestido con una pesada capa ayudaba a Maude, pálida, a sentarse en uno de los bancos.

—¡Maude! —Fulke se arrodilló, consternado, y le cogió las manos.

—¿Qué sucede? —Negros pensamientos volaron como lanzas sobre su cabeza. Temía, sobre todo, que se hubiera caído y hubiera perdido al bebé.

—Me temo que ha sido culpa mía, mi señor —dijo el recién llegado. Se quitó la capucha, dejando a la vista el pelo y los ojos claros de Arfin Marnur, espía de Fulke—. Vengo de Shrewsbury. Tu señora me encontró en la puerta y me pidió que te diera las noticias que traía y... —Hizo un gesto de lamento—. Lo siento.

—¿Qué noticias traes? —Le acució Fulke—. ¡Habla!

—Mi señor, Henry Furnel y Gwyn FitzRoger han reunido una fuerza conjunta, tal como sospechabas. Cuando emprendí el viaje para venir a avisarte, ya estaban haciendo los preparativos. Creen que no les esperarás en el frío invierno.

Maude posó una mano, protectora, sobre su vientre.

Fulke vio el gesto y se entristeció. En su mente vio al enemigo llegar hasta sus puertas. Whittington era un castillo fuerte y sólido, pero no invulnerable. Y tanto FitzRoger como Furnel eran peligrosos.

—Has hecho bien viniendo —murmuró—, y te agradezco la advertencia. —Señaló la mesa—. Siéntate y come algo.

Maude alzó los ojos temerosa.

—¿Estamos preparados para soportar un sitio?

—Tan preparados como hemos de estarlo, pero no nos dejaremos asediar así como así. —La miró y notó que su rostro se crispaba—. Les haré frente. No se lo esperan.

Si hasta ese momento Maude había estado pálida, ahora parecía un fantasma.

—¿Y eso debe tranquilizarme? —preguntó con voz ahogada.

—No, pero me tranquiliza a mí —respondió Fulke sombrío—. No dejaré que se acerquen ni siquiera a una milla de este lugar. —Le apretó la mano y se puso de pie—. Tengo que prepararme.

Maude también se levantó.

—Si me conviertes en viuda, no te lo perdonaré —dijo apasionadamente.

—Tampoco me lo perdonaré yo. No he llegado tan lejos, ni peleado y amado tanto, para perderlo todo antes de que la celebración haya empezado. —Pese a que la sala estaba llena de gente, cogió a Maude entre sus brazos y acercó hacia sí su cuerpo, pechos, caderas, muslos. La joven hundió la cabeza en su túnica, temblorosa. Pero enseguida alzó la cabeza y le miró con expresión decidida.

—Te ayudaré a ponerte la armadura —dijo tragando saliva.

El corazón de Fulke dio un salto ante su valor. Quería decirle que todo iba a salir bien, pero no pudo porque no estaba seguro.



A Fulke le parecía que su brazo derecho era de plomo fundido. No sabía cuánto tiempo había pasado, si minutos u horas, desde que había dejado su lanza rota y sacado la espada. El filo antes pulido estaba ahora machacado por docenas de golpes, y el azul del acero estaba salpicado de innumerables gotas rojas.

La fuerza de Shrewsbury era mucho mayor de lo que Fulke había supuesto. Se sintió halagado y preocupado. No le había quedado alternativa. Tenía que impedir que los hombres de Furnel, reforzados por los mercenarios de los hermanos FitzRoger, sitiaran Whittington. Respirando agitadamente por la boca, atacó a un caballero que se le echaba encima, dispuesto a traspasarle la cabeza. El guerrero enemigo se hizo a un lado con un grito y Fulke se lanzó hacia delante, a tiempo de ver a Philip caer derribado de su caballo, y junto a él a un caballero cuyo escudo estaba marcado con el jabalí de los FitzRoger. Alain y Audulf de Bracy se lanzaron en defensa de Philip. Por un momento, la pelea fue furiosa. Varios caballeros de Shrewsbury llegaron para defender a su compañero. Alain cayó, Audulf fue tragado por el enemigo.

Fulke lo vio todo rojo. Su último acto racional fue envainar la espada y sacar del cinto el mangual, un arma mortal para el combate cuerpo a cuerpo, no de torneos y caballeros, como la espada, sino propia del mercenario vulgar y del hombre cuya única intención es destruir.



Maude estaba deambulando entre las torres, tomando un poco de aire fresco, cuando vio que unos hombres se acercaban. Al principio no pudo distinguirlos, porque era el

atardecer, el cielo estaba cubierto y caía una llovizna tan fina que era casi rocío. Vio a los soldados a caballo, escuchó el ruido de arneses y armaduras, pero parecían moverse lentamente y cargar varios lechos. Bien sabía que la tropa de Fulke no llevaba ninguno. Por un momento se le paralizó el corazón, pensó que era la fuerza de Shrewsbury, pero la angustia no duró más que el tiempo que tardó en reconocer el estandarte de Fulke. Con horror, se dio cuenta de que, si llevaban lechos, habría muertos y heridos.

—Dios se apiade de nosotros —susurró y, bajó corriendo las escaleras. Casi se resbaló en los peldaños de madera mojada; se torció un tobillo y se hizo rozaduras en la mano cuando se agarró de la soga de la escalera para evitar caerse. Corriendo por el salón, dio la alarma a los allí presentes, y se encaminó, veloz, a las murallas.

—¡Abrid las puertas! —gritó desafortunadamente a los guardias.

Éstos la miraron, indecisos.

—Vuestro señor ha llegado, ¡abrid las puertas, maldita sea!

Corrieron a cumplir la orden, luchando contra la pesada barra hasta colocarla en su lugar.

Con la mano apretándose el pecho, Maude vio cómo los caballos se acercaban por el camino, cruzaban el foso y llegaban al arco de entrada. Sus grupas soltaban vapor bajo la llovizna y las armaduras de los hombres brillaban como escamas de peces recién pescados. Con las cabezas caídas y los hombros mostrando agotamiento, los soldados se arrimaron a las murallas. Maude buscó a Fulke. Sabía el lugar que solía ocupar, a dos caballos de distancia del portaestandarte. No estaba allí, y su corazón dio un vuelco.

—¿Dónde está? —preguntó a Ralf Gras, que desmontaba en el lugar donde Fulke debía haber estado—. ¿Dónde está mi esposo?

Ralf Gras se quitó el yelmo y Maude ahogó un grito al ver un profundo corte y la sangre coagulada debajo de la mejilla izquierda del caballero.

—Al lado de los heridos, mi señora —dijo sacudiendo la cabeza—. Lord Alain está grave.

Los labios de Maude repitieron en silencio las palabras que había oído, y de pronto se vio empujando a todos frenéticamente para abrirse paso, buscando, aterrada por lo que podría ver, pero sabedora de que tendría que verlo en cualquier caso.

Los muertos estaban colocados sobre los caballos, con las cabezas caídas a un lado. Parecían no tener rostro, y por el momento, tampoco nombre. Algunos de los heridos eran capaces de cabalgar y otros les ayudaban a bajar de sus cabalgaduras. Vio que Philip se apoyaba pesadamente en Ivo, con el rostro deformado por el dolor. Detrás, Fulke caminaba al lado de un lecho, con expresión de angustia y preocupación.

Maude gritó su nombre y corrió hacia él. El guerrero la abrazó con fuerza, y ella sintió el breve temblor que experimentó antes de soltarla.

—Eran demasiados —dijo con voz ronca—, y no pude llegar a tiempo.

Maude miró al hombre inconsciente que yacía en el lecho improvisado con dos lanzas y una manta.

—¿Cómo está?

—No lo sé. Un hombro y algunas costillas rotas, como mínimo. Le golpearon en la cabeza y está inmóvil como un muerto desde entonces. —Maude vio miedo en sus ojos—. Es mi hermano menor, y mi responsabilidad. No puedo perderlo —dijo con voz trémula.

Maude vio que estaba exhausto, pero que la responsabilidad le mantendría en pie. Le condujo gentilmente del brazo hacia el interior.

—No puedes hacer nada por ahora, salvo procurar que esté cómodo. Entra, le atenderé. —Sin palabras la siguió y se tropezó—. ¿Estás herido?

—No es nada, apenas unos moretones. —Sacudió con impaciencia la cabeza—. No tengo huesos rotos ni cortes que curar.

Así y todo, necesitaba cuidados, pensó ella mientras entraban.

Lo primero era atender a Alain, tanto por el bien del paciente como por el de Fulke. Recordando cómo había examinado a Theobald el monje de Wotheneby, miró los ojos de Alain con una antorcha para ver si el alma todavía habitaba su cuerpo. Ambos ojos reaccionaron frente a la luz. Cuando oyó su nombre, emitió un leve quejido y su cuerpo se sacudió. Era consciente de que Fulke observaba desde atrás la escena con la intensidad de un halcón.

—No creo que vaya a morir —dijo con toda la convicción que fue capaz de reunir. Aunque no era una experta ni una curandera, su posición como señora del lugar implicaba que debía tener algunos conocimientos médicos. Además, su reputación había aumentado entre los hombres por el modo en que había curado la herida de flecha de Fulke—. Denle miel y agua con una cuchara; cuanta más, mejor. Creo que es capaz de tragar.

—Yo lo haré —se ofreció Barbette.

Maude agradeció con un gesto la disposición de su sirvienta y fue a examinar a los otros heridos. Fulke la siguió ansioso. La joven notó que su marido tenía necesidad de que le dijera que todos vivirían, pero no podía hacerlo. Sólo Dios tenía la respuesta. Al menos, no encontró vientres abiertos. Los hombres podían durar días con tales lesiones, y morir en terrible e interminable agonía. Pero había algunos cortes serios que coser, y algunos huesos rotos. Mandó llamar al sacerdote, que era hijo de un caballero y tenía algunos conocimientos sobre huesos, y puso a quienes sabían poner vendajes a atender las heridas leves.

Remangándose, se puso a trabajar. Lavó y cosió, vendó y consoló. Al principio, Fulke se quedó con ella, conversando con los hombres a quienes atendía, pero en cierto momento se fue, y cuando Maude hizo una pausa y miró a su alrededor, no lo encontró por ningún lado.

Philip había sufrido un golpe de maza en el muslo. El hueso no estaba roto, pero sí hinchado. William le estaba aplicando una compresa fría, mientras los hermanos

permanecían sentados junto a Alain.

—¿Fulke? —dijo William ante la pregunta de Maude—. Estuvo aquí hasta no hace mucho, viendo a Alain. Creo que se fue a las almenas.

—¿A las almenas? —Había temor en la voz de Maude—. ¿Quiere eso decir que os perseguían?

—No —respondió Philip rápidamente, moviendo la cabeza—, nada de eso.

William sonrió tristemente.

—Si lo hubieran hecho, se habrían llevado lo suyo. No estaban en condiciones de darnos caza.

—Entonces...

Philip señaló a su hermano en coma.

—El amigo de Alain, Audulf de Bracy. Se lo llevaron prisionero y es posible que lo cuelguen cuando lleguen a Shrewsbury. Jean de Rampaigne ha ido a ver si puede salvarlo. —Se pasó las manos por el rostro—. Fulke lo ha encajado muy mal. Siempre nos ha traído de regreso sin heridas. Ahora piensa que nos ha fallado, pero no es verdad. —Miró con preocupación a Maude—. Ve con él, Maude, te necesita.

La joven cogió su capa y, dejando la recámara, subió las escaleras hasta la muralla. En vista de su tropezón anterior, caminó con cuidado. Una delgada lluvia cubría el aire nocturno, impregnado por el olor de las cocinas.

Fulke estaba de pie en el lugar donde la muralla daba al camino. No había nada que ver. La única luz procedía de la fortaleza y de las casas de la villa.

—Deberías bajar y cambiarte —dijo Maude con suavidad, al llegar a su lado—. Tu cota se oxidará del todo si te quedas aquí mucho más tiempo.

La miró sin verla, atormentado por sus pensamientos.

—No importa —respondió—. Ya se limpiará.

—Aunque estés aquí no volverán antes —murmuró—. Al menos baja y déjame ver tus golpes.

—No necesito que los revises.

—Eso ya se verá.

Se frotó la frente, cansado.

—Maude, déjame solo...

—¿Para qué te hundas en tus penas? —Le apretó la mano. Tenía los nudillos hinchados como consecuencia de algún golpe—. Theobald decía que no se podía juzgar a un hombre por sus victorias, sino por su conducta en la derrota.

Tales palabras hicieron que reaccionara con una chispa de indignación.

—¡No he sido derrotado! —Se irguió y alzó el mentón.

—Pues más a mi favor —exclamó Maude.

Fulke suspiró y se volvió nuevamente hacia la oscuridad.

—Mordí más de lo que podía masticar —murmuró—. Y otros han sufrido las consecuencias de mi error.

—Ellos sabían el precio que podían pagar cuando se unieron a ti. Muchas veces

ha parecido que mordías más de lo que podías masticar, y luego lo devorabas todo. William dice que obtuviste la victoria.

—¡Qué va a decir William! —masculló Fulke mostrando los dientes—. Les contuvimos y les hicimos el daño suficiente para que tuvieran que darle la espalda a Whittington, pero pagamos un alto precio por ello. —Miró hacia la oscura noche como si pudiera recuperar a los hombres perdidos con una simple mirada.

—Ya regresarán —murmuró Maude.

Fulke se apoyó en la balaustrada.

—Y yo les esperaré. No tienes que quedarte aquí. Es mi vigilia.

Maude le miró exasperada. No importaba lo que dijera, él no abandonaría su posición. A menos que convenciera a sus hermanos para que lo arrastraran y lo ataran a la cama, no había otra cosa que pudiera hacer. Tras una breve deliberación, se fue a buscar una jarra de vino mezclado con *uisge beatha*, un poco de pan y unas salchichas ahumadas.

Cuando volvió, Fulke no se había movido. Tenía inclinada la cabeza y, más que nunca, le pareció que su marido cargaba un peso insoportable. Dejó la jarra a sus pies.

—También es mi vigilia —dijo—. No voy a permitir que me excluyas.

Volvió la cabeza cansinamente. La lluvia brillaba sobre sus sienes y sus mejillas. Finas gotas pendían del pelo.

—En nombre de Dios, Maude —dijo con voz ronca—, ¿nunca te das por vencida?

Ella sonrió, obstinada.

—Deberías saberlo de sobra. Mi tozudez hace juego con la tuya.

Fulke emitió un sonido sordo, que lo mismo podía ser de conformidad que de rechazo. Maude inclinó la cabeza.

—Me iré cuando tú te vayas.

—Estaba equivocado. La única vez que mordí más de lo que podía masticar fue cuando te tomé por esposa.

—Siempre puedes pedir la anulación —respondió sacando el pan y las salchichas de debajo de la capa.

Fulke la miró. Maude notó que le había sacado de su ensimismamiento, y que, al menos por el momento, se había olvidado del cansancio.

—Podría pedirla —dijo con algo de humor en el tono—. Sin embargo, estaría en una situación igual de mala, porque no tendría con quien pelear ni a quien amar. Prefiero que me vuelvas loco a quedarme solo con mis amarguras.

Maude se quedó sin aliento cuando la atrajo contra el lino empapado de su capa. El fuerte olor de la salchicha ahumada y del pan se elevó en el húmedo aire. En el abrazo, el embutido quedó atrapado de tal modo que, al mirarlo, la mujer casi rompió en irreverentes carcajadas. Se contuvo. Fulke bajó la mirada hasta la salchicha y luego la miró a ella. Maude vio la chispa del humor brillar y extinguirse en sus ojos.

Dio un paso atrás.

—No tengo hambre —dijo, pero se agachó a tomar el vino y bebió un largo trago directamente de la jarra. Tomó aliento cuando el *iusge beatha* le quemó la garganta, pero enseguida dio otro gran sorbo.

De pronto, Maude se sintió hambrienta, casi famélica, y en un instante devoró más de la mitad de una salchicha.

Fulke volvió a su vigilia.

—¿Se reagruparán en Shrewsbury para volver a atacar? —preguntó tras dar un trago de vino.

—Lo dudo. Han perdido el factor sorpresa. Juan está agobiado por sus problemas en Normandía. No tiene hombres ni tiempo para prestarles más ayuda de la que ya ha prestado, mientras que yo tengo al príncipe Llewelyn muy cerca de mí, y si quiero refuerzos, no tengo más que pedirlos. Cuando llegue la primavera, claro, las cosas pueden cambiar. —Se frotó la frente. Por el gesto, ella comprendió que le dolía la cabeza por puro agotamiento—. No me atrevo a dar nada por hecho.

Aunque dudaba de que la hiciera caso, estaba a punto de insistir en que entrara, pero escucharon pasos de caballos en el camino y el grito de los guardias de las puertas para que las abrieran. Aunque no se reconocía a los jinetes bajo la lluvia, sonó una voz familiar.

—¡Han vuelto!

De repente, Fulke pareció lleno de renovada energía y salió corriendo hacia las murallas. Maude frunció el ceño cuando le vio patinar por la madera mojada, pero, como ella, se salvó agarrándose a la soga. La dama le siguió con cuidado, con el estómago repleto.



—No fue fácil —contó Jean a Fulke. Las delgadas manos morenas del caballero rodeaban un jarro de vino, mientras Barbette, gentilmente, aliviaba los golpes recibidos en la batalla.

—Hizo que lo fuera. —La voz de Audulf de Bracy reflejaba el entusiasmo de un hombre rescatado de la horca para quien la vida es demasiado dulce como para tener límites. Estaba eufórico, a pesar de sus dos ojos amoratados, una oreja herida y un corte en la mano—. Se dirigió a Furnel y los hermanos FitzRoger, descarado como el que más a ofrecerse para entretener a los hombres, con canciones y música. Dijo que era un juglar itinerante dispuesto a ganarse su pan y una cama para pasar la noche.

—Audulf me escuchó —continuó Jean con el relato—, y gritó que él era un noble y que, si le iban a ejecutar al día siguiente, los comandantes debían dejar que el juglar le cantara alguna canción religiosa. Me llevaron hasta su cuarto y me pidieron que lo hiciera. Cuando se presentó la oportunidad, reduje al guardia y Audulf se puso sus ropas. Lo dejamos atado y amordazado con las medias de Audulf. Los hombres de

Furnel creyeron que Audulf era mi escolta. Cuando encontraron a su compañero, estábamos lejos. —Alzó la copa en un brindis irónico—. Algún día compondré una canción sobre ello.

—Tengo una gran deuda contigo por lo de esta noche —dijo Fulke por lo bajo. Maude le había persuadido, finalmente, de que se quitara la armadura. Estaba sin comer aún, y había un brillo de cansancio en sus ojos. Dormir era su mayor necesidad, pero no cedería mientras Alain estuviera inconsciente.

Jean se encogió de hombros.

—Fue por amistad. Hubieras hecho lo mismo por mí. Debía aprovechar mi arte para salvar a un hombre.

—Amén —exclamó Audulf, alzando su copa.

Fulke fue hasta la cama en la que yacía Alain, y Audulf le acompañó.

—¿Se va a despertar? —preguntó el caballero.

Fulke no dejó de percibir la angustia en la voz de Audulf, a pesar del esfuerzo por ocultarla. Audulf y Alain habían sido hermanos de leche desde la más tierna infancia. El lazo de hermandad era fuerte por la sangre, pero el de amistad tal vez lo era más, porque se establecía por elección.

—Tiene que hacerlo. Si no lo hace por su propio bien, se despertará por el de todos los demás.

—Estará bien dentro de poco —dijo Maude—. Es posible que se despierte si le sacudes un poco, pero con la paliza que ha recibido, necesita descansar. —Alzó la mano, para advertirles—. Cuando se despierte, tendrá una terrible jaqueca, y seguramente sentirá un gran malestar. Dejadle tranquilo por ahora.

Audulf asintió, tranquilizado, pero no completamente convencido. Maude cogió a Fulke del brazo.

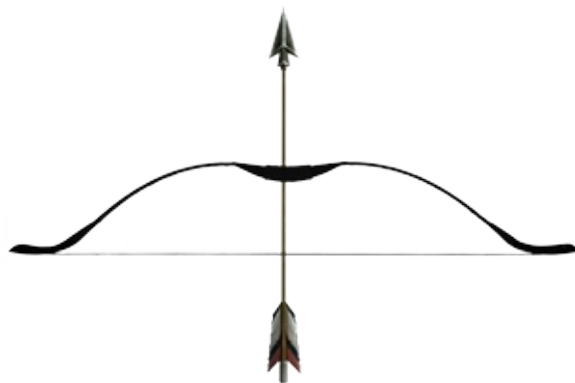
—He preparado una bañera de agua caliente para ti en las cocinas, y he dicho a las sirvientas que pongan un colchón al lado de Alain, para que puedas dormir cerca. Vamos. Estás medio dormido.

Agotado, se dejó llevar fuera de la sala, hasta las cocinas. Un caldero hervía sobre el fuego y había una bañera humeante a un lado. A pesar de su agotamiento fue consciente de que Maude le ayudaba a desvestirse. Cuando se metió en el agua estaba tan caliente que estuvo a punto de quemarse, después, al acostumbrarse al calor, se dejó arrastrar por un placer exquisito. Maude le dio un masaje en los agotados hombros, y, al hacerlo, los pinchazos de la cabeza remitieron levemente. Le dio una infusión de corteza de sauce para amortiguar el dolor de las contusiones y le aplicó después un bálsamo relajador. La tensión le había mantenido en pie. Ahora, bajo los cuidados de Maude, el cansancio caía sobre él sin freno alguno.

Cuando salió de la bañera, le secó con una gran toalla de lino y le ayudó a vestirse con una túnica y unas calzas limpias. Todo se volvió borroso. No recordaba haber vuelto a su recámara, ni haberse echado en el colchón que Maude ordenó colocar. La oscuridad le abrazó como una madre y le envolvió en sus negros y reconfortantes

brazos.

Se despertó en medio de la noche por el sonido de un niño llorando y una mujer acunándolo. Desorientado, parpadeó, sin saber dónde estaba. La memoria le hizo regresar del remoto territorio en que se había encontrado. Oyó el murmullo de unas voces y se sentó. Los golpes le habían dejado entumecido y giró la cabeza torpemente, en busca de sonidos. Sus hermanos dormían en colchones esparcidos por todo el cuarto. Maude estaba sentada en el borde de la gran cama, con una llorosa Hawise en sus brazos, y Alain permanecía recostado en los almohadones, con los ojos abiertos y lúcidos. Al ver que Fulke le miraba, le dedicó una débil sonrisa.



CAPÍTULO 29

Palacio de Aber, Gales, agosto de 1203

Otra hija —respondió Fulke a la pregunta de Llewelyn—. Nacida en la noche del solsticio de verano, y bautizada Jonetta en recuerdo de la madre de Maude. —Estaba en la corte galesa para cumplir sus días de servicio feudal obligatorio al príncipe.

—¿Solsticio de verano? —Llewelyn le miró de soslayo.

Fulke se encogió de hombros.

—Sí, lo sé, la fiesta de San Juan, muy mal calculado —dijo irónicamente.

—Pero Maude y el bebé están bien, o no estarías aquí.

Fulke hizo un gesto y bebió de la copa de hidromiel que Llewelyn le había ofrecido. Ocho meses antes, la esposa del príncipe, Tangwystl, había muerto en el parto. Era tiempo suficiente para atenuar el dolor y la culpa de Llewelyn; pero el tema seguía siendo delicado.

—Sí, señor, ambas están bien.

Maude sintió contracciones al amanecer y dio a luz al encenderse los primeros fuegos de la anochecida. Su aprensión se convirtió en miedo cuando las mujeres colocaron el húmedo y lloroso manojito de carne en sus brazos.

—No me importó qué fiesta fuera, ni que se tratara de otra niña —dijo quedo—, sólo que estuvieran vivas. Lamento tu pérdida. Si me hubiera pasado a mí, me habría vuelto loco.

Llewelyn bebió su propio hidromiel y miró los muros blanqueados por el sol de la gran sala.

—Tal me ocurrió, y rezo para que nunca tengas que conocer tal dolor. —El tono se endureció—. Cuando murió, galopé con un buen caballo de caza hasta que cayó muerto, sin más propósito que desahogar mi furia.

—Lo siento, señor —murmuró Fulke, incómodo. No creía que existieran palabras

que pudieran consolar a Llewelyn.

—No lo sientas, Fulke. —La boca de Llewelyn se curvó en una triste sonrisa—. Tangwystl era mi corazón, y Gales es mi alma. Puede que haya perdido a una, pero todavía tengo a la otra, e intento conservarla.

Caminó hacia la entrada y miró el cielo azul de agosto. Fulke le siguió, pero se mantuvo a cierta distancia, dejándole respetuosamente cierto espacio.

Llewelyn se volvió a mirarle.

—He tenido varias ofertas matrimoniales. Los hombres desean mitigar mi dolor y consolidar su posición, ofreciéndome a sus hermanas e hijas. —Apretó el puño contra los remaches de hierro de la puerta de cedro. Fulke hizo un gesto de interés—. De Escocia, del rey; de otros príncipes galeses y señores de frontera, entre ellos a Ranulf de Chester. —Sonrió con amargura—. ¿No deseas sumarte a ellos, Fulke? ¿No me ofreces una de las tuyas?

Fulke no sabía si sentir pena, rabia, o tomar el comentario como una suerte de halago.

—Sé que algunos hombres encuentran maridos para sus hijas mientras las niñas están todavía en la cuna, pero yo no soy uno de ellos, mi señor —dijo en un tono que, aunque neutro, expresaba reproche.

Llewelyn carraspeó.

—No me hagas caso. Hablé así por mi mal temperamento, y no mereces ese trato. También tus hijas merecen algo mejor.

Llewelyn se retiró, deseoso de estar solo. Fulke terminó su hidromiel y miró las nubes recorriendo el cielo mientras el sol caía ardiendo en los estrechos de Mon. Sus hijas. Trató de imaginarlas como jóvenes mujeres, listas para el matrimonio, pero la idea le causó una inquietud tal que la apartó con un enérgico movimiento de cabeza.

Miró el paisaje, fascinado por el tamaño de las montañas, Eryri, las fortalezas naturales que mantenían a los normandos fuera de Gales. Eran salvajes, hermosas, imponentes. Él estaba a un lado y Maude al otro. Miró cómo Ivo bromeaba y flirteaba con una chica galesa a la sombra de la pared del establo, comprendió por un momento la soledad de Llewelyn, y le abrumó.



Era un destemplado día de noviembre. Maude había preferido la tibia y bien diseñada recámara a la gran sala. Bordaba la rúnica de fiesta de Fulke, de lana azul, con un diseño que representaba lobos corriendo. Era un trabajo minucioso, pero el resultado final valía la pena, como podía ver en la parte ya hecha. Con la aguja en el aire, hizo una pausa para dar descanso a los ojos, y observó a sus hijas, que jugaban sobre unas pieles de oveja, cerca de la cama, bajo la supervisión de Barbette.

Hawise, de casi dos años, era una niña robusta, con los ojos de Fulke y abundantes rizos de un castaño rojizo. Era más fuerte que esbelta, pero rápida de

movimientos y fuerte de carácter. Jonetta, con cinco meses, era fruta de un árbol completamente diferente: plácida, pronta a la sonrisa, indolente y fácil de tranquilizar. El poco cabello que le había crecido era negro como el de los FitzWarin. Tenía hermosas cejas y sus ojos habían cambiado el color azul de recién nacida por un gris claro que parecía ágata.

La mirada de Maude se relajó. Su amor por ellas era tan fuerte que a veces le llenaba los ojos de lágrimas. Recordaba su niñez y la cansada indiferencia de su madre, y se prometió que nunca permitiría que sus hijas sufrieran por falta de afecto.

La cortina se agitó sobre la barra y Fulke entró en el cuarto con el pelo revuelto y paso enérgico, como si llegara impulsado por un fuerte viento. Hawise fue desde la alfombra hasta su lado, colgándose de las calzas en petición de que la aupara. Jonetta gateó hasta él y, emitiendo nudillos, le mostró sus dos nuevos dientes. Maude se rio.

—Me recuerda tus días de torneos, cuando las mujeres se tiraban a tus pies sin pudor —afirmó mientras levantaba a Hawise con su brazo derecho y se inclinaba para recoger al bebé con el izquierdo.

—¿Llevabas la cuenta de las que se me rendían? —preguntó sonriente. Maude fingió que no había oído el comentario—. Todavía llevo tu cinta en mi bolsa. La que Theobald te obligó a darme. No sabes cuánto me irritó que la mujer a la que quería fuera la única que se mantenía distante.

El rostro de Maude desbordó calor.

—Y ahora que me tienes, ¿ya no estás irritado?

Fulke se encogió de hombros.

—No lo sé. Ciertamente, no ha disminuido mi deseo ni un ápice.

Su sonrojo se incrementó y su mirada se detuvo un instante en Barbette, que fingía estar absorta en la lana que cardaba. Maude pensó en enviarla fuera del cuarto. No sería la primera vez que escandalizaban a la servidumbre, corriendo las cortinas del lecho en mitad del día.

Hawise había jugueteado con las cintas de la capa de Fulke. Sus pequeños dedos encontraron un paquete a resguardo, detrás de la lana.

—¿Qué es eso? —preguntó Maude, viendo cómo su hija trataba infructuosamente de sacarlo.

Fulke cambió de postura y hurgó dentro de la capa.

—Una carta de tu padre —dijo—. El mensajero se está refrescando el gáznate en la sala.

—¿Mi padre? —preguntó Maude extrañada. Dejó la labor, se acercó a él y tomó el paquete. El sello de su padre, impreso en la cera roja, anunciaba que nadie había abierto el mensaje. Lo estudió en sus manos con tanto cuidado como si contuviera una serpiente. Rara vez escribía, aunque había enviado una copa de plata, como regalo por el bautizo de Jonetta, y una exhortación a Maude para que cumpliera con su deber y la próxima vez diera a luz a un niño.

—¿Dijo el mensajero de qué se trataba?

Fulke negó con la cabeza.

—Ya conoces a tu padre. El sirviente que le pregunte por sus asuntos arriesga la vida. —Agitó a las niñas en sus brazos, hasta que chillaron de alegría, y luego se sentó sobre la alfombra, con ellas en el regazo—. No lo sabrás hasta que no lo abras —añadió mirándola de reojo.

Mordiéndose el labio, Maude rompió el sello. La letra de su padre era apresurada, apenas legible. Que aprendiera a leer y a escribir se había debido más a su deseo de no confiar en un escribano que al de cultivarse. A ella misma la había educado sólo para incrementar su valor en el mercado matrimonial.

Frunciendo el ceño, leyó y releyó la masiva para estar segura de que había entendido el asombroso mensaje.

—¿Y bien? —dijo Fulke—. ¿Qué quiere?

—Es una invitación de boda —contestó con voz levemente sorprendida—. Se va a casar.

Fulke la miró incrédulo. Maude le tendió la carta.

—Con Juliana de Rie.

—¿La conoces? —Entornó los ojos, concentrado en la difícil lectura del escrito.

Maude negó con la cabeza.

—Sólo sé lo que dice, que es la viuda de Thomas de Rie.

—Seguramente es rica y en edad de tener hijos —gruñó Fulke, y leyó hasta el final, a veces acercando el pergamino a los ojos, a veces alejándolo—. El matrimonio se celebrará en Navidades —remachó, y devolviéndole la carta, se acarició la barbilla—. ¿Quieres ir?

Maude encontró razones para quedarse en casa; la incomodidad de viajar por los caminos en invierno, el peligro de Juan y sus hombres, la distante relación entre ella y su padre. Contra tales razones se alzaban el peso de la culpa, las obligaciones familiares y la curiosidad por conocer a su nueva madrastra. Dudó. La respuesta a la pregunta de Fulke era difícil.

—Sería buena política asistir —dijo finalmente—. Aunque me he peleado con él en el pasado, sigo siendo su hija, y nunca ha visto a sus nietas. En verdad, no quiero ir, pero siento que debo hacerlo.

—Política —dijo Fulke asintiendo—, eso es lo principal, querida. Acudirán poderosos caballeros, y nunca está de más mezclarse con ellos. Es tonto el hombre que quema sus naves sin construir otras nuevas, como Hubert Walter me dice siempre —agregó con desagrado.

—Y también es tonta la mujer que lo hace —sonrió, pensativa—. Me pregunto si me gustará mi madrastra.



Juliana de Rie no era como Maude la había imaginado. De unos treinta años,

diminuta, tenía el pelo castaño, lacio, ojos azules con pesados párpados, y facciones ordinarias. Su voz era suave, sus modales, corteses, discretos. Y tampoco parecía maravillada por su dominante marido.

—A tu padre le gusta pensar que su mordedura es tan terrible como su ladrido, pero no es verdad. —Sonrió a Maude mientras examinaban los regalos matrimoniales. Los hombres estaban cazando en los bosques de Wharfedale, con la esperanza de llevar venado fresco a la mesa, para la celebración del día después del casamiento. Maude examinó una colección de copas de plata, regalo del conde Ranulf de Chester.

—Así y todo —respondió al fin, recordando el recibimiento de su padre—, no es agradable tener que oírle.

Cuando llegaron, la besó en ambas mejillas, abrazó a Fulke y examinó a sus nietas con ojo crítico, puntualizando que las niñas pelirrojas eran menos valoradas en el mercado matrimonial, porque el color indicaba un temperamento poco obediente. Luego le recriminó haber alumbrado sólo mujeres, en vez del necesario heredero. Fulke replicó con tono glacial que los rizos rojos de Hawise la hacían más valiosa, porque eran un recuerdo de su abuela, y que él valoraba a los hijos por sus méritos, no por su sexo. El padre contestó con un gruñido despectivo. Por suerte, no dijo nada.

—Cree que felicitar o mostrarse amable es signo de debilidad. Es un hombre muy orgulloso tu padre. —Se cruzó de brazos y examinó a Maude—. Yo creo que tal vez también te tiene un poco de miedo.

—¿A mí? —Maude miró sorprendida a su madrastra—. ¡No sé qué puede darte esa impresión!

—El modo en el que habla contigo, el modo en el que da vueltas a tu alrededor, sin acercarse demasiado, y el modo en que te mira cuando no le ves. Parece que le cuesta trabajo creer que es tu padre.

Maude rio sin alegría.

—Eso es verdad.

—No seas tan implacable —dijo Juliana, impaciente—. Está deslumbrado por tu belleza. —Maude la miró fijamente—. Vamos, piensa. Te verás en el espejo, notarás la mirada envidiosa de otras mujeres y lo mucho que los hombres te siguen con sus ojos.

—No presto atención a esas cosas —dijo Maude, rígida—. Además, no tengo tiempo ni ganas de mirarme al espejo o fijarme en ningún hombre que no sea mi esposo.

Juliana ignoró la respuesta. Con sus finos labios abiertos en una sonrisa, habló gentilmente.

—Con un marido como el tuyo, no es ninguna sorpresa. —Enseguida volvió al mismo asunto—. Por lo que sé, tu madre también era una belleza, y algunos hombres temen a tales mujeres. Sienten que no tienen la fuerza suficiente para mantenerlas a su lado, y las obligan a lo que llaman «ocupar su lugar». —Juliana acarició un paño

de seda, regalo de Fulke y Maude—. Una de las razones de su interés por casarse conmigo, además del valor de mi dote, es que no soy bella. Puede mirarme y no sentirse intimidado.

—¿Yo intimidado a mi padre? —preguntó Maude elevando la voz. Cuando vio a las otras mujeres mirando en su dirección, bajó la cabeza y el tono—. ¿Cómo puedes decir eso? —siseó—. ¡Toda la vida ha tratado de intimidarme!

—No me estás escuchando —dijo Juliana, impaciente, con voz también baja, pero vehemente. Hizo un gesto a Maude—. Mírate. Fuerte, decidida, con un aspecto que encandila a los hombres. Tu marido es un rebelde, un fugitivo, y el hombre de quien más se habla en el país, uno de los más secretamente admirados. Por supuesto que tu padre está intimidado. Y puesto que no es propio de hombres mostrar debilidad, se enoja para disimularlo y te ataca.

—Entonces es un hombre desagradable por mi culpa —concluyó con rostro pétreo.

—No, claro que no, es culpa suya, el muy tonto. —Juliana sacudió exasperadamente la cabeza, como si tratara con una niña tonta—. Tal vez él nunca lo entienda. No es de los que miran en su interior para cambiar. Pero si conoces sus motivos, tal vez puedas ser más compasiva.

Maude tragó saliva.

—Como bien dices, mi madre era hermosa —contó con amargura—. Él solía pegarla y despreciarla frente a todo el mundo. A mí me ignoraba, porque era una niña y no el niño que deseaba. No puedo hacer lo que me pides, es demasiado tarde y he aprendido a no cargar con las culpas ajenas.

Juliana la miró sombría, y Maude sintió que debía decir algo más. Nunca sería amiga de Juliana, pero eso no implicaba que debieran llevarse mal.

—Os deseo felicidad en el matrimonio. Comprenderás que no piense ser una visitante asidua.

—Sí, lo entiendo, aunque lo lamento. —Su madrastra suspiró y cruzó las manos dentro de las mangas de lana azul de su vestido de bodas—. La viuda de un hombre rico nunca es viuda mucho tiempo, como sabes mejor que nadie. El arreglo puede parecerte extraño, pero creo que soy capaz de vivir amistosamente con tu padre, y que él está cómodo a mi lado, sea lo que fuere lo ocurrido en el pasado. —Se encogió levemente de hombros—. Algunos matrimonios son un desastre desde el comienzo; otros arden como una fogata; y otros son cómodos y duraderos, como un viejo par de zapatos. —Su boca se abrió en una sonrisa introvertida—. Me siento afortunada por tener uno de estos últimos.

Por el rabillo del ojo, Maude vio a Hawise alcanzar la cola del perrito faldero de *lady* de Vesci. Cuando pudo lanzarse al rescate de ambos, y se rio del incidente con las otras mujeres invitadas, el momento de las confesiones había pasado, y la esposa de Chester, la condesa Clemence, conversaba con Juliana sobre asuntos triviales. Maude intentó imaginarse el matrimonio de su padre, cómodo como un par de viejos

zapatos, y no pudo. Sin embargo, imaginaba fácilmente a Fulke y a ella, ancianos, junto al fuego.



El bosque de Wharfedale le recordaba a Gales, con su salvaje y oscuro verdor, los desfiladeros llenos de helechos y los arroyos de rugiente agua blanca corriendo entre rocas cubiertas de líquenes. Los lobos señoreaban en su interior y el jabalí no escaseaba como en el sur. Era el bosque del rey Juan, pero Robert Le Vavasour tenía el derecho de cazar y llevarse presas dentro de sus límites, un privilegio recientemente otorgado por el rey a su regreso de Normandía.

—Dudaba si invitarte o no a mis nupcias —dijo Le Vavasour cuando los cazadores hicieron una pausa entre dos senderos, para comer pan, jamón con especias y unos pequeños pasteles de pollo, acompañados con vino aguado. Los perros se agolpaban en torno a los cuidadores. Bullían los mastines, los labradores, altos como ponis, los terriers, de pelaje rojizo y ensortijado, olisqueándolo todo a media altura.

Fulke se encogió de hombros y mordió un pastel.

—La verdad es que yo también dudaba si venir o no. Con el rey Juan de regreso en Inglaterra, habría sido más seguro permanecer en Whittington.

—¿Por qué no lo hiciste entonces?

Fulke miró a su suegro. Mantenía un lejano parecido con su hija en la línea recta de la nariz y en la forma de la mandíbula.

—Por Maude. Porque eres su padre. —Masticó y tragó—. Y a veces uno tiene que correr riesgos. —Miró hacia el claro, a dos hombres que acababan de llegar y estaban desmontando: Ranulf de Chester, delgado, de pelo oscuro y la edad de Fulke; y De Vesci, algo mayor, de rostro colorado, con una llamativa arruga en el entrecejo. Eran hombres con quienes tenía mucho en común. Juan había seducido a la mujer de De Vesci, para furia e irritación del caballero. Chester era su vecino, su hermana se había prometido con Llewelyn y Fulke buscaba su amistad.

—No habrá negociaciones rebeldes en mi casa —le advirtió severamente Le Vavasour.

Fulke cogió otro pastel. La caza le había abierto el apetito y estaban muy buenos, con su mezcla equilibrada de carne y especias.

—Los esponsales son, por tradición, un buen lugar para discutir de política y establecer alianzas, como bien sabes —dijo—. Si me has invitado es porque quieres tener un pie en cada bando. —Se chupó los dedos—. No te preocupes. No hablaré a tus espaldas. No sería de buena crianza, y más allá de lo que pienses de mí, tengo cierto sentido del decoro. —Calló y cogió un tercer pastel.

—Si tuvieras sentido del decoro, FitzWarin —dijo Chester, acercándose—, dejarías algunos de esos pasteles para los demás.

—En el amor, en la guerra y en lo que se refiere a estos pasteles, todo está

permitido, mi señor.

Chester sonrió y se sentó al lado de Fulke, descansando su espalda contra la rugosa corteza de un viejo cedro.

—¿Dices lo mismo sobre nuestro rey? —Cogió dos pasteles y lanzó uno de ellos a De Vesci, que permanecía de pie.

Fulke se encogió de hombros.

—No digo nada más de lo que ya se ha dicho. Tengo Whittington como señor feudal vasallo del príncipe Llewelyn.

De Vesci miró a Fulke.

—¿No temes que alguno, aquí, te entregue a Juan por un poco de plata? Estás fuera de tu territorio y tu cabeza tiene precio.

—Claro que tengo miedo, pero más por mi familia que por mí. —Fulke tomó un trago de vino aguado—. Pero si hiciera caso a ese temor, me paralizaría. Me cuido las espaldas; sigo mi instinto. Establezco alianzas con quienes son de fiar o cuyos intereses son similares a los míos. —Sabía que Chester tenía un pacto con Llewelyn y no ignoraba que Chester era leal a Juan, y que los arreglos del conde se orientaban más a asegurar sus territorios que a rebelarse contra el monarca. De Vesci tenía enemistad con Juan, y era poco probable que le hiciera un favor, pero no era abiertamente rebelde. A su suegro, Fulke le creía hasta cierto punto. Le Vavasour era directo, arrogante y con frecuencia insoportable, pero tenía sus peculiares escrúpulos. Si intentara entregar a Fulke por dinero, lo proclamaría en voz alta, y lo haría abiertamente, no aprovechándose de sus propias nupcias.

—Así y todo, es peligroso para ti estar lejos, con Juan de regreso en el país —dijo De Vesci.

—Estoy de acuerdo, pero ya he ido demasiado lejos por este camino como para dar marcha atrás.

Chester se acarició pensativo su prolija barba negra.

—Si estuvieras dispuesto, podría hablar con Juan en tu nombre para establecer una tregua entre ambos. Necesitas la seguridad de la paz del rey, y él necesita tu experiencia como guerrero.

—Si hicieras eso —respondió con gesto de desagrado—, estarías recorriendo un viejo camino ya transitado. Hubert Walter trató de hacerlo antes, y fue rechazado de modo expeditivo. Además, tengo Whittington por Llewelyn, y prefiero servirle a él que a Juan. —Cuando vio que Chester no respondía, Fulke le miró a través de sus párpados entrecerrados—. ¿Qué te hace pensar que yo estaría dispuesto a negociar?

Chester levantó las cejas.

—El sentido común. El instinto de supervivencia. En algún momento, el rey tendrá que negociar o ir a la guerra con Llewelyn. El dominio gales siempre está en alza cuando un rey se ocupa de otra parte de su reino. Cuando Juan vuelva su mirada a Gales, será prudente para Llewelyn retirarse detrás de sus montañas. —Hizo un gesto señalándose a sí mismo y a Fulke—. Nosotros sabemos que Llewelyn es mejor

hombre, así como sabemos que Juan tiene más recursos. Si quedas atrapado en una guerra fronteriza, entonces, que Dios te ayude. Todo lo que quedará de Whittington será una ruina humeante.

Fulke enrojeció bajo el escrutinio del conde, y se puso abruptamente de pie.

—Lo siento, pero es la verdad —continuó Chester, incansable—. Y no sería buen amigo ni buen vecino si no te lo dijera.

—¿Entonces por qué hiciste un pacto con Llewelyn? —preguntó Fulke.

—Porque era la política correcta —respondió, después de soltar un suspiro—. Porque mantener a un dragón gales lejos de mi puerta es tan importante como servir a un leopardo Plantagenet.

Frustrado, Fulke se apartó los cabellos de la frente.

—Juan está a punto de perder Normandía y Anjou contra Francia —dijo—. Puede que también pierda Inglaterra.

Chester negó en silencio con la cabeza, subrayando que Fulke se aferraba a quimeras.

—Juan puede ser muchas cosas, pero no tonto.

Le Vavasour asistió al diálogo en expectante silencio. Se puso de pie y se sacudió las migas de su túnica de caza.

—Yo pensaría seriamente en lo que lord Chester dice —le dijo a Fulke—. Al menos déjale que hable con el rey en tu nombre. Juan no puede permitirse el lujo de ignorar la palabra de uno de sus más grandes condes, especialmente si se le suma la opinión de Hubert Walter.

Fulke miró a su suegro. Robert Le Vavasour no hablaba preocupado por él ni por Maude, sino por sus propias tierras y privilegios. El derecho de caza, por ejemplo. ¿Y quién podía culparlo? Un hombre con capacidad de caminar sobre la delgada línea separadora de las diversas facciones sin poner un pie en lugar errado recogería una cosecha cuantiosa.

—Pensaré en lo que has dicho. —Fulke fue a desatar las riendas de su caballo de la rama en que estaban atadas. El animal mordió el freno y cabeceó. Fulke le acarició el hocico—. Una vez jugué una partida de ajedrez con Juan —dijo, y miró a su alrededor—. Sin duda todos conocéis la historia. Éramos muchachos y él estaba enfadado y borracho; necesitaba un chivo expiatorio, alguien a quien pisotear. No le dejé pisotearme. Todavía estamos jugando aquella partida de ajedrez. Él quiere la satisfacción del triunfo, y yo no se la daré mientras haya aliento en mi pecho. Él lo sabe; y yo también.

La caza continuó, los hombres persiguieron las presas entre las sombras del bosque, el cuerno anunció su paso implacable hacia las profundidades de la floresta. Habitualmente, Fulke disfrutaba con la excitación de la caza, sintiendo debajo el movimiento poderoso del caballo, los giros y maniobras entre los árboles y los arbustos. Pero mientras perseguían una presa, un hermoso ciervo con astas de ocho puntas, sintió que su corazón se ponía del lado del animal acosado. Esta vez no le

alcanzó la llamada cruel del predador.



Una semana después de la boda, Fulke y Maude emprendieron el camino de regreso a Whittington. Invitados por el conde, hicieron un alto en Chester. Ranulf quería convencer a Fulke de que hiciera las paces con Juan.

—Que me dé lo que me corresponde por herencia y le rendiré homenaje —dijo el rebelde con la misma seria determinación de tantas otras veces—. No haré nada hasta entonces.

Maude disfrutó de su estancia en Chester. El casamiento y las fiestas que siguieron le habían exigido esfuerzos que quería olvidar. Estaba contenta por haber asistido al matrimonio de su padre, pero también por saber que su obligación había concluido. Juliana era capaz de ver algo bueno en la naturaleza de Le Vavasour; pero para Maude la imagen de su padre estaba manchada por el pasado, y no podía apreciarle lo más mínimo. Ciertamente, se había sorprendido por el modo en que parecía enternecerse y relajarse cuando Juliana estaba cerca, con la expresión de un gato bien alimentado y agradecido. Sonriente y solícita, Juliana le atendía con presteza, estaba pendiente de sus palabras, como si fueran perlas de la más alta sabiduría, y hacía cuanto solicitaba, aparentando el máximo placer. A Maude no le gustaba verlo, pero reconocía lo bueno que eran el uno para el otro. Un par de zapatos cómodos, como había dicho la madrastra.

Fulke se rio en voz alta cuando ella le contó la comparación que había hecho la recién casada.

—No me gustaría usar ninguno de los dos zapatos —afirmó, jocoso, mientras yacían en la cama durante su primera noche en el gran castillo de Chester—. Seguro que en uno u otro encontraría una chinita.

Fuera caía una intensa nevada, pero tenían colchas de piel y el calor de sus cuerpos para mantenerse tibios.

—¿Entonces prefieres jugar con fuego? —Maude se echó hacia atrás el pelo y se apoyó sobre los codos para mirarle. El leve resplandor de la vela realzaba su escote.

—¿Qué dices?

—Ella dijo que algunos matrimonios ardían como el fuego y que los zapatos viejos eran mejores.

—Desde mi punto de vista, no es así —dijo sonriendo.

Por la mañana, la nieve les llegaba a la cintura, y abandonaron la idea de seguir viaje. Marido y mujer se entretuvieron con una tonta batalla de bolas de nieve, a la que pronto se sumó la mitad del castillo. Ya en el interior jugaron a las damas, a la oca, a la gallinita ciega, y mil cosas más. Lo hicieron con abandono, como niños, conscientes de que disfrutaban de un respiro extraño y mágico en medio de la batalla cotidiana en la que vivían.

Maude acompañó a Fulke a los puestos de venta colocados en torno a Chester. Le esperó pacientemente, con los pies congelados, mientras probaba yelmos y espadas, espuelas y arneses de caballo. Cuando llegó su turno, Fulke se calentó las manos bajo las axilas, hizo volutas de vapor con el aliento y se entretuvo pensando mientras ella elegía cintas para el pelo y otros adornos femeninos.

A la mañana siguiente, el tiempo comenzó a mejorar, pero Maude se sintió enferma cuando se despertó.

Fulke la vio tambalearse cuando iba al baño, con los ojos turbios, agotada. Conocía los síntomas y le invadió una mezcla de ansiedad y placer. Ansiedad, porque temía por el bienestar de Maude, y placer, por la masculina sensación de virilidad que le producía ser testigo de la gestación y la esperanza de que esta vez diera a luz a un varón para Whittington.

—Comí demasiados pasteles de miel ayer, en el puesto de dulces, el de la muralla —explicó al volver a la cama, tragando saliva y cerrando los ojos.

—Mentirosa —respondió Fulke con cariño, y le pasó la mano por la leve curva de su vientre—. ¿Cuándo nacerá el nuevo niño?

—Seguramente fue concebido bajo el techo de mi padre —dijo, encogiéndose de hombros—, así que supongo que para el otoño. —Su voz parecía levemente irritada—. Si es un niño, mi padre se jactará de haberme exigido que cumpliera con mi deber, y si es una niña, me insultará.

—Si abre la boca —gruñó Fulke—, te juro que le cortaré la lengua y la pondré en mi escudo. Lo que pase será cosa mía. Yo asumo todas las responsabilidades.

Maude sonrió y abrió los ojos, verdes y claros, atrayéndolo hacia sí.

—Te tomo la palabra. Pero, así y todo, no puedes prender un fuego sin antes hacer saltar una chispa. —Se besaron tiernamente y luego Maude le apartó. Arrugó, traviesa, la nariz—. Puesto que asumes tu responsabilidad, mejor será que busques a Barbette y la envíes a por galletas de cereal e hidromiel, o me tendré que quedar en cama y vomitando hasta Dios sabe cuándo.



La esposa del conde Ranulf, Clemence, resultó ser una compañera agradable. Maude y ella pasaban horas charlando mientras bordaban y tejían cuando los hombres salían a cabalgar para revisar los caballos y el ganado, o para cazar con halcones y mastines. En Clemence de Chester, Maude encontró un espíritu amigo, brillante. Era una mujer dispuesta y de fuerte voluntad. Compartían gustos y opiniones, y aunque había un abismo de poder entre Fulke y Ranulf, sus esposos eran hombres hechos con el mismo molde. De hecho, las mujeres tenían tanto en común que su amistad se hizo profunda a pesar de que se habían conocido hacía poco tiempo.

Un nuevo tipo de vestido se estaba poniendo de moda. Consistía en una túnica larga, sin mangas, con agujeros para los brazos, que se colocaba sobre una ajustada

enagua. Era cómodo para las mujeres embarazadas. Maude mostró interés por la prenda y Clemence dispuso inmediatamente que sus costureras le hicieran una en lino azul, adornada con una cinta a juego.

—No creo que nunca use una de estas prendas con el mismo propósito que tú —dijo Clemence suspirando mientras Maude se probaba el vestido y declaraba que era perfecto—. Eres más afortunada que yo por conocer la dicha de ser madre.

Maude se volvió y vio a Clemence mirar con nostalgia a las dos pequeñas niñas, la menor arropada con una blusa, Hawise con una túnica verde que era una réplica en miniatura de las prendas de una mujer adulta. Los rizos castaños de la niña estaban recogidos por una cinta trenzada, dejando al descubierto la delicada nuca, las redondeadas mejillas y las enormes pestañas.

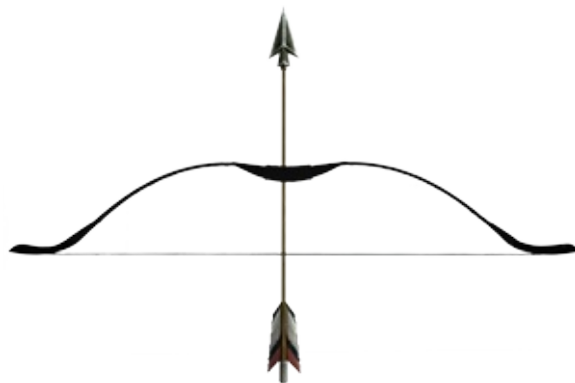
—No desesperes. Tal regalo ha de llegarte —dijo Maude con tono de gentil preocupación—. No llevas casada con tu señor mucho tiempo.

Clemence se encogió de hombros.

—Casi cuatro años. ¿Cuánto tiempo llevabas casada con el tuyo antes de concebir? —Como sólo había sido una semana, Maude prefirió no decir nada—. Ranulf estuvo casado con Constance de Bretaña antes que conmigo, y no hubo hijos de ese matrimonio —añadió—. Mi corazón me dice que no tendré la dicha de ser madre, aunque rezo por ello todos los días.

—Lo siento —susurró Maude—. Debe ser triste para ti y para tu señor. —Acarició los pliegues del lino azul y sintió la leve hinchazón de su vientre fecundo—. Para mí sería un honor que Ranulf y tú seáis los padrinos de mi próximo hijo.

—Y yo acepto feliz. —Los suaves ojos grises de Clemence se llenaron de lágrimas de placer y de dolor. Las dos mujeres se abrazaron. Para no quedarse al margen, Hawise se acercó y Jonetta dejó escapar un quejido de protesta. Riendo, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, Clemence alzó a la pequeña en sus brazos y la acunó con afecto. Y Maude se dio cuenta de lo afortunada que era. Más allá de los obstáculos de la vida cotidiana, tenía todo lo que quería.



CAPÍTULO 30

En verano, Fulke y Maude asistieron a otro casamiento, pero esta vez, el puro placer se sumó al sentido del deber. Barbette se iba a casar con un joven noble gales: el hijo de Madoc ap Rhys, el que había detenido a Fulke y a sus hermanos en su primer viaje a Gales en busca de Llewelyn.

A pesar de lo avanzado de su embarazo, Maude insistió en acompañar a Barbette a la ceremonia en el castillo de Dolwyddelan. Después de todo, declaró, estaban sólo a mediados de julio y el niño no nacería hasta finales de septiembre.

Tardaron dos días en recorrer las cincuenta millas. Marcharon despacio, para que Maude pudiera descansar en el camino. Hubo tiempo para contemplar la grandeza del paisaje galés, la oscuridad púrpura de las sombreadas colinas, las angostas cascadas de agua blanca que se abrían camino por las escarpadas laderas montañosas. No era una tierra acogedora, pero sí hermosa, y provocaba admiración por la creación de Dios.

La nueva sirvienta de Maude, Gracia, miraba boquiabierta el tamaño de las laderas de Moel Siabod, que llegaban hasta el castillo de Dolwyddelan. Había nacido y se había criado en una de las propiedades de Hubert Walter, en Anglia Oriental, y era la primera vez que veía las montañas. A Fulke le divertía su estupor.

—Cuanto más lejos vayas, más altas serán —le dijo—. Los galles tienen una montaña llamada Yr Wyddfa que mete su cima entre las nubes. Eryri, la llaman. Lugar de águilas.

—Prefiero Whittington —respondió Gracia con su acento llano, y frunció el ceño a las montañas, como si esperara que se volvieran humildes y cayeran rodando hacia ella.

—Me agrada saberlo —dijo Maude—. Así no estarás tentada de irte y dejarme por un galés, como Barbette. —Miró a su anterior sirvienta con una sonrisa para

hacerle saber que estaba bromeando.



El matrimonio se celebró con alegría y risas, comidas y bailes. Tres días después, Maude y Fulke volvieron a ponerse en camino de regreso a Whittington. Fue una despedida emotiva. Maude abrazó a Barbette, y Barbette lloró sobre el cuello de Maude. Habían sido compañeras durante once años, habían pasado juntas de niñas a mujeres y la separación desgarraba a ambas.

—Te mandaré un mensaje cuando nazca el niño —prometió Maude.

Barbette asintió, sonriendo entre lágrimas.

—Ve con Dios, mi señora... mi señor. —Se puso de puntillas para que Fulke le besara.

El clima era bueno y los caminos muy transitables. Fulke y Maude viajaron a buen ritmo y no se detuvieron hasta poco después de mediodía, en Conven, para refrescarse y dar descanso a los caballos. Maude agradeció la pausa. Durante el último tramo la habían incomodado un fuerte dolor de espalda y cierta sensación de pesadez en los miembros, pero cuando Fulke le preguntó si se sentía bien, ella asintió con una sonrisa forzada.

En la hostería de la población les sirvieron hidromiel y pan de centeno con queso de cabra. Cenaron en el jardín, debajo de las ramas de un manzano. Maude no estaba particularmente hambrienta, pero hizo un esfuerzo por alimentarse. Hawise, como siempre, devoró su porción con placer casi masculino, y Jonetta apenas mordisqueó su parte, como si hubiera recibido lecciones de etiqueta de las mujeres de la corte.

Fulke las miraba, entretenido. La princesa y la campesina, las llamaba. Hawise había dejado a su padre y subió decidida al faldón de su tío Philip. El similar color de pelo y la semejanza familiar hacían que más de una persona pensara que ella y su tío eran en verdad padre e hija.

—Su apetito me recuerda a Richard. —Philip sonrió.

—Esperemos que nunca alcance su volumen —dijo irónico Fulke. Sus dos hermanos más jóvenes e Ivo estaban en Whittington, custodiando sus murallas. Sólo Philip y William les habían acompañado a él y a Maude al casamiento. Dado su tamaño, Richard era mejor custodio que viajero, e Ivo y Alain se llevaban bien.

Maude se apretó el vientre, hinchado y tenso bajo su amplio vestido azul. Al menos, Richard tenía proporcionalmente grandes todas las partes del cuerpo, pensó; y en ese momento notó que el dueño de la taberna les miraba. Él y su mujer les habían estado observando con curiosidad durante la comida. Al principio, Maude pensó que era la reacción natural por tener invitados nobles, pero ahora comenzaba a dudar. Por mucho que sus ropas fueran de calidad y los hombres lucieran armaduras y armas, el escrutinio era demasiado atento como para resultar normal. En el mejor de los casos, era desagradable.

La esposa dijo algo a su marido. Éste negó con la cabeza y retornó, hosco, a la taberna. Con los brazos cruzados, dispuesta a pelear, la mujer le siguió.

—Quien diga que los hombres mandan en el gallinero, no es un hombre casado —dijo Fulke sonriendo—. No apostarí a favor de ese pobre hombre.

—Yo tampoco apostarí a tu favor —señaló Maude con aire preocupado.

Sin embargo, no se oyeron sus voces discutiendo. Momentos después, la mujer salió con una escoba y comenzó a barrer vigorosamente la zona situada frente a la puerta de la taberna. No había señales del marido.

—Seguramente le reprendió hasta matarlo —comentó Fulke.

—De ser así, seguro que lo tenía merecido —replicó Maude, sintiéndose irritada.

—Los hombres siempre se merecen lo peor —musitó Fulke, contrito.

La tabernera dejó de barrer, miró con disimulo hacia el recinto y luego caminó rápidamente hacia donde estaba Fulke con su tropa.

—Mi señor, debes saber que esta mañana vinieron hombres armados —dijo atropelladamente, con fuerte acento gales—. Por lo que dijeron mientras les atendía, quieren tender una emboscada en el camino, a una milla de distancia. Puede que sea mejor que vayas en otra dirección. —Su mirada se dirigió a las dos niñas y a Maude, y su expresión hizo que la joven madre se pusiera instintivamente una mano protectora sobre el vientre.

Fulke se irguió, muy serio.

—¿Cuántos hombres eran? ¿Cuánto hace que estuvieron aquí?

—Más de una hora, y por lo menos eran una docena —contó la mujer—. Hablaban de un grupo de viajeros con niños pequeños. Pensaban que regresarían por este camino de Dolwyddelan. Mi marido dice que no es asunto nuestro. —Lanzó una mirada hacia la hostería y luego posó los ojos en Fulke—. Tal vez no lo sea, pero quedaría para siempre en mi conciencia dejaros marchar sin advertiros. Lo hago por el bien de los niños. Tengo dos nietas, y mi hija está otra vez embarazada.

—Gracias, mujer. —Fulke le dio un penique de plata de su bolsa. Al principio ella lo rechazó, diciendo que no era lo que pretendía, pero él insistió—. Para tus nietas, si no lo quieres para ti. —Finalmente aceptó la moneda, y volvió a barrer el immaculado portal, apretando los labios.

—Sin duda uno nos ha seguido y los otros aguardan —dijo gravemente Fulke—. Se interpondrán entre nosotros y Whittington y montarán una emboscada en algún lugar propicio.

—Podemos hacerles frente —dijo William con gesto fiero—. Somos quince.

—Quince caballeros —asintió Fulke—, dos caballos cargados, dos mujeres, una de ellas a punto de dar a luz, y dos niñas.

—Podrían quedarse y esperar. —William señaló la hostería.

—Con hombres de escolta —apostilló Fulke—, lo que reduciría nuestro número. Y no me digas que no hay necesidad de guardia. Darían cualquier cosa por coger a mi mujer y a mis hijas como rehenes. —William arrugó la frente y se mordió las uñas—.

Lleva a Stephen y a Ralf de avanzadilla, para investigar —siguió Fulke—. Necesito conocer su posición y sus movimientos... y quiénes son.

Maude vio a William y a sus compañeros subirse a los caballos y alejarse. De pronto, se encontró al borde de las lágrimas. Le dolía la espalda horriblemente, y deseaba un lugar tranquilo donde descansar sin preocuparse de peligros o persecuciones. Por ahora, era una posibilidad remota como la luna.

Fulke le apretó la mano. Luego se puso de pie y fue a buscar los caballos. Maude le miró con el corazón henchido de amor y miedo.



En vez de tomar el camino a Llangollen y descansar por la noche, Fulke llevó al grupo hacia el noreste, a lo largo de Afon Morwynion. Maude apretaba los dientes cada vez que su montura daba un salto por la angosta senda. El sordo dolor de espalda se había vuelto terrible. Se dijo que, si lo ignoraba, se le pasaría. Cantó canciones a las niñas y acunó a Jonetta en sus brazos para que dejara de quejarse. Tenía el vientre tenso y los dolores seguían en aumento, haciendo que se mordiera el labio inferior y que se agarrase a las riendas hasta dejar las manos sin sangre, blancas.

Un jinete llegó hasta ellos galopando. La mano de Fulke se tensó sobre la empuñadura de la espada cuando escuchó el sonido de cascos acercándose, y enseguida se tranquilizó al reconocer a Ralf Gras.

—¿Qué noticias traes? —preguntó haciendo girar a su caballo.

—Se han ocultado en unos matorrales en el camino de Llangollen, mi señor —explicó Ralf con ojos brillantes bajo la banda del yelmo que le cubría la frente—. Y los mandan Furnel y Gwyn FitzRoger.

Aunque no le sorprendieron las nuevas, Fulke maldijo en voz baja. Aprovecharían cualquier oportunidad para destruirle. Miró a Ralf.

—¿Dónde está William?

El caballero apartó su mirada de los ojos de Fulke y carraspeó.

—Pensó que no echarían de menos unos pocos caballos, por así decirlo, mi señor. Dice que se reunirá contigo en Whittington, por la mañana. Llevará allí los caballos.

Fulke lanzó un gruñido.

—No cambiará nunca —le dijo a Maude—. No se conforma con observar y volver, también tiene que robarles caballos.

Por una vez, Maude no sentía interés por las cosas de los hermanos.

—¿Cuánto crees que nos queda de viaje para estar a salvo? —preguntó distraída mientras se frotaba la espalda. Fulke la miró fijamente.

—¿Qué te sucede?

—Nada. Estoy agotada de tanto andar a caballo y el peso del bebé me repercute en la espalda.

El caballero siguió mirándola y ella se arrepintió de lo que había dicho, porque

vio que se ponía aún más ansioso.

—Iremos hacia la granja de Carreg y nant. Después, por la mañana, podremos regresar a Whittington. No está lejos. —Cogió a Jonetta de los brazos de su madre, la balanceó un par de veces, para que se riera, y luego se la entregó a Gracia.

El nombre de la granja no significaba nada para Maude, pero sabía que no estaba muy lejos para Fulke, acostumbrado a cabalgar días enteros a gran velocidad, aunque a ella podía resultarle una distancia interminable.

El grupo volvió a emprender la marcha; pero antes de recorrer un cuarto de milla, Maude supo que no podía seguir. El dolor de su vientre se había vuelto profundo e intolerable. Cuando su montura subió por la ladera del río, tropezó livianamente en la madriguera de un ratón y la mujer no pudo reprimir un grito.

Fulke fue de inmediato desde la cabeza de la columna.

—¿Qué sucede?

Una contracción la atravesó de lado a lado, y durante unos momentos sólo pudo agarrarse a las riendas, ciega y paralizada por el dolor.

—¡El bebé! —alcanzó a decir mientras su vientre se relajaba, y sentía un momentáneo alivio—. ¡Creo que estoy de parto!

Fulke la miró horrorizado. Ella le vio enfrentarse a su miedo, y aun en aquella situación tuvo una ráfaga de humor. Fulke podía afrontar cualquier guerra o contratiempo, pero una mujer dando a luz era suficiente para hacerle palidecer como la leche.

—Carreg-y-nant está a menos de cinco millas —dijo.

—Como si está a cinco mil. Es demasiado lejos. —Se crispó ante la llegada de una nueva contracción.

—Pero las niñas tardaron más de medio día en nacer. ¿No puedes esperar?

Maude se habría reído de no haberse encontrado en tan apurada situación.

—Yo puedo esperar —dijo con los restos de razón que le quedaban antes de que el dolor volviera a invadirla—, pero el bebé no. —Para confirmarlo, al acabar la contracción, sintió un extraño abandono en su cuerpo, y de pronto el vestido, la montura y el caballo quedaron empapados de líquido amniótico. Había roto aguas.

Fulke soltó una blasfemia. Desmontó y le entregó las riendas a uno de sus caballeros.

—Lleva a los hombres a un lado —le dijo—. Enciende un fuego y pon a hervir algo de agua del río. —Volviéndose hacia Maude, la bajó delicadamente de la montura.

Ella le oyó hablar con Gracia, y entre brumas notó que la llevaban a orillas del río y la recostaban sobre una manta.

—No —dijo jadeando—. Guardad la manta. La necesitaremos más adelante.

Fulke la retiró. Gracia alzó las empapadas enaguas de Maude y miró a Fulke.

—Arrodíllate detrás de ella y sujétala, mi señor. No tiene silla de parto, así que tendrás que ayudarla. No es lo mejor, pero no podemos hacer otra cosa.

Entre dolorosos espasmos, Maude vio que Fulke hacía lo que Gracia le indicaba. Sintió el fuerte apoyo de sus brazos, el poder del cuerpo masculino apretado contra el suyo. Echó las manos hacia atrás, buscándolo y aferrándose a él con todas sus fuerzas.

Gracia no era comadrona, pero sí la mayor de diez hermanos. Había presenciado alumbramientos con anterioridad, y sabía lo que había que hacer. Sin embargo, las dos niñas de Maude habían nacido en la fecha esperada, en un cuarto cálido y con mucha gente alrededor, y éste llegaba dos meses antes, en medio del bosque. Si no nacía muerto, podría fallecer en sus primeras horas o días de vida.

Tenía una necesidad de empujar apabullante. El dolor le agarrotaba las entrañas y dejó escapar un grito. Detrás, Fulke estaba rígido.

—Jesús —dijo tembloroso—. Es peor que una batalla.

—¡Es una batalla! —Gruñó Maude, que no estaba para bromas—. La batalla de la mujer que los hombres raramente ven. Sin tregua, sin piedad para los débiles. —Gritó ante la llegada de otra contracción.

—¡Empuja! —le dijo Gracia, mirando entre las rodillas entreabiertas de Maude—. ¡Puedo ver la cabeza!

Maude maldijo con un grito que se elevó como un aullido de loba. Clavó las uñas en la carne de Fulke, marcando sus antebrazos con profundas señales. Lágrimas de esfuerzo, rabia y dolor corrían por su rostro.

—¿Por qué grita mamá? —quiso saber Hawise, con voz aguda y asustada. Estaba un poco más allá, donde los hombres montaban el campamento. Alguien le murmuró algo tranquilizador.

Maude se mordió los labios. Ahora ni siquiera podía gritar, para no asustar a la pequeña. La siguiente contracción llegó con la violencia de una ola en lo peor de la marejada.

—¡Vamos, empuja, señora! —urgió Gracia. Fulke se sumó a la petición. Maude ahogó otro alarido en su garganta y se concentró en la tarea de expulsar al niño de su vientre. Salió con un repentino, caliente y resbaladizo movimiento, y enseguida un fino llanto llenó sus oídos. «Entonces, está vivo», pensó, mientras se dejaba caer sobre Fulke, respirando agitadamente.

—Un niño —anunció Gracia, temblorosamente, mientras desenredaba el cordón de las piernas del bebé—. Tenéis un hijo.

Recordando el saludable estado de las niñas al nacer, Maude quedó impresionada por la delgadez y pequeñez del recién nacido. Su llanto era débil e irritado, con hipidos entre los sollozos.

—Parece un conejito pelado —dijo Fulke, y tomando la manta que Maude le había dicho que dejara a un lado, envolvió al bebé con uno de sus extremos. Los sollozos cesaron. El padre examinó a su hijo con nerviosismo.

—Si me das tu cuchillo, mi señor, podré cortar el cordón —dijo Gracia.

Como un autómatas, Fulke le entregó su arma. La muchacha buscó debajo de la

manta y cortó y ató el cordón.

Fulke devolvió el bebé a Maude. Ella lo recibió con cuidado. Era tan liviano, tan pequeño. Parecía, en verdad, un conejito pelado.

—Hay que bautizarle —dijo tragando saliva—. Si él... si muere, quiero que sea en gracia de Dios.

—No va a morir —afirmó Fulke rotundamente, como si la fuerza de su voz eliminara el peligro.

Gracia habló angustiada.

—No hay sacerdote, mi señora, y yo no tengo la dispensa de una partera.

—Quiero que le bauticen... —insistió Maude con voz quebrada. Era lo único que, de momento, podía hacer por él. Le estrechó, dándole calor. Estaba cubierto por una sustancia gris, cerosa, que le daba un aspecto cadavérico. Lágrimas de cansancio cegaban sus ojos. El vientre se contrajo dolorosamente, y sintió cómo caía la placenta entre sus piernas.

—Roger de Walton se preparó para el sacerdocio, pero nunca hizo los votos —dijo Fulke—. Es lo más parecido a un cura que tenemos. —Dejó a las mujeres y se aproximó al fuego. Regresó enseguida, con el joven caballero. Con bastante torpeza, De Walton tomó al bebé entre sus manos mientras Fulke llenaba un cuerno con agua del río.

—¿Cómo se llamará? —preguntó De Walton, con claras arrugas de preocupación bajo su cabellera rubia. Se decía que, más que un bebé, sostenía una vejiga de cerdo hinchada que pudiera explotar en cualquier momento.

—Como su padre —susurró Maude.

Fulke asintió e hizo un gesto a De Walton.

El lloriqueo del bebé se convirtió en un pequeño rugido de indignación cuando el agua fría del río mojó su frente. Roger de Walton, con bastante tosquedad, murmuró las palabras del bautismo y luego puso al bebé en brazos de Fulke.

—Con gritos así, nada le arrebatará la vida —dijo Fulke a Maude, deseoso de tranquilizarla—. Míralo, es fuerte.

La madre percibió placer y orgullo en su voz. El fuerte llanto del bebé y el bautismo calmaron sus miedos. Pensó que habría calculado mal el tiempo de su concepción, porque aunque era pequeño y delgado, parecía demasiado vigoroso para ser sietemesino. Se las arregló para obsequiar con una débil sonrisa a Fulke, pero apenas pudo esbozarla. Todavía estaban bajo la amenaza de una persecución, en medio de la nada, o mejor dicho, en la profundidad de un bosque hostil, y a varias millas de cualquier refugio. Y ella estaba muy cansada, muy, muy cansada.



Al día siguiente llevaron a Maude en lentas etapas a la granja de Carreg-y-nant. Hicieron un lecho con ramas y mantas, porque hubiera sido demasiado peligroso para

ella ir a caballo. Aunque el parto había sido breve, había sangrado considerablemente, y estaba pálida como la cera, con el rostro ojeroso y la mirada turbia por el cansancio. Era imposible que pudieran volver a Whittington al día siguiente, como deseaba Fulke. Mirándola entrar en la granja, le invadió la aprensión. Había estado casi inmóvil la mayor parte del viaje, respondiendo a sus intentos de conversación con monosílabos. El bebé se había alimentado un par de veces, y aunque delgado y pequeño, se aferraba con tenacidad a los pechos. Era Maude quien le preocupaba. No podía soportar la idea de perderla, pero sabía que, con frecuencia, las mujeres morían al dar a luz, o al poco tiempo de hacerlo.

En la granja, unos monjes colocaron para Maude un colchón y un brasero en la pequeña habitación de invitados. Le dieron un poco de hidromiel caliente y un nutritivo caldo de capón y centeno. Después de tomarlo, volvió a alimentar al bebé y se quedó dormida.

—Se recuperará, mi señor —aseguró Gracia a Fulke, mientras éste miraba a su esposa dormida y se mordía instintiva y nerviosamente los nudillos—. Paz y sueño es lo que necesita.

—¡Paz! —gritó Fulke como si fuera una maldición—. Dudo que la haya tenido desde el día que murió Theobald. —Miró las desnudas paredes de piedra, desprovistas de toda decoración, salvo un simple crucifijo de madera y una pequeña alacena, con una puerta de madera remachada. Allí había paz. Los únicos visitantes de los monjes de la granja eran pastores. Raras veces recibían a viajeros como ellos—. Si la he matado... —empezó a decir en voz muy baja, y se vio interrumpido súbitamente.

—En nombre de Dios, Fulke, deja de maltratarte la conciencia —murmuró Maude sin abrir los ojos y moviendo apenas los labios—. Hace falta más que tu torpeza para matarme. Sabía lo que quería y lo que debía afrontar cuando consentí en casarme contigo. Ahora vete, gran buey, estoy tratando de dormir.

—Vete —le pidió Gracia con dulzura.

Más tranquilo, aunque no del todo, Fulke se inclinó para besar la frente de su mujer y regresó junto a los hombres al pequeño refectorio. En su ausencia habían llegado más visitantes. Si con ellos estaba repleto, el lugar parecía ahora desbordado, como un barril de arenques. Las mallas brillaban en todas partes como las escamas de los pescados. El olor de tantos cuerpos, agotados por el viaje, sin asear, se hacía insoportable.

—Mi señor. —Fulke inclinó la rodilla mientras el príncipe Llewelyn se acercaba con una copa de hidromiel en la mano.

—Levántate —dijo Llewelyn—. Casi no hay sitio para respirar, mucho menos para arrodillarse.

—No, mi señor. —Fulke se preguntó angustiado si debería retirarse con sus tropas para dejar sitio al grupo del príncipe. Maude se tendría que quedar. Por dura y valiente que fuera, no estaba en condiciones de viajar ni siquiera cien yardas.

—Es una suerte que sólo estemos aquí para cenar y dar de beber a los caballos — explicó Llewelyn—. He sabido que debo felicitarte por el nacimiento de tu hijo, Fulke.

—Gracias, mi señor. —Fulke advirtió la expresión levemente cansada de los ojos del príncipe. Algo iba mal.

—¿Maude está bien?

—Cansada, mi señor. El nacimiento fue rápido, pero difícil. El niño llegó antes de tiempo, pero no ha sufrido por ello.

—Me alegra saberlo. —El tono de Llewelyn era demasiado formal, y Fulke comenzó a sentirse incómodo—. Menos mal que te he encontrado —continuó Llewelyn, confirmando la preocupación de Fulke—. Me ahorro el trabajo de convocarte. Se han producido ciertos cambios y tenemos que discutirlos. —Miró la habitación repleta, frunció el ceño, y se abrió paso hacia la puerta—. Tal vez sea mejor afuera.

Con profundo recelo, Fulke le siguió. Había hablado de ciertos cambios con tono ominoso. El aire estaba fresco y limpio, comparado con el sudoroso y cargado ambiente del pequeño refectorio. No obstante, se percibía el fuerte olor de un cercano rebaño de ovejas preparadas para ordeñar.

Llewelyn tomó aire, lo retuvo un momento, y exhaló.

—¿Sabes que he estado negociando para casarme con Rhannult de Man? —preguntó.

—Sí, mi señor. —Fulke no veía nada que le afectara en el compromiso de Llewelyn con la hija del rey escocés como esposa.

—Bueno, pues eso quedó en nada, porque he recibido una oferta mejor, es decir, mejor para mí, una propuesta que no puedo rechazar, aunque deba usar una larga cuchara para comer con el diablo.

Fulke comenzó a sentir un cosquilleo en el estómago. «Juan», pensó, y trató de no seguir pensándolo. Era imposible. Juan no tenía ninguna hermana soltera, y su esposa era demasiado joven para procrear. Pero tenía una hija bastarda.

—El rey Juan me ha ofrecido a su hija Joanna como esposa —explicó Llewelyn—. Está en edad de casarse y me ha propuesto Ellesmere como dote. El matrimonio tendrá lugar en Shrewsbury antes de la fiesta de San Martín.

—Felicidades, mi señor —dijo Fulke, envarado, con las palabras saliendo de su boca con dificultad, como si se ahogara por hablar. Llewelyn tenía razón. Era una oportunidad que ningún hombre cuerdo podía rechazar, sin importar la longitud del mango de la cuchara. Significaría seguridad para Llewelyn y para Gales.

Pero también haría que su posición en Whittington fuera insostenible.

Llewelyn le miró sombrío.

—He mantenido negociaciones con los representantes de Juan durante varios meses. Habrá una tregua entre nosotros. Yo no atacaré sus tierras y él no intentará avanzar sobre Gales, al menos por el momento.

Fulke tragó saliva.

—¿Y qué pasará conmigo, mi señor? Supongo que no seré bienvenido como invitado a tu casamiento.

Llewelyn suspiró.

—Desearía tener mejores noticias para ti; pero no las tengo. Juan me pidió que no socorra a sus enemigos en mi corte. Me dijo que incrementaría el tamaño de la dote de su hija si yo le presentaba tu cadáver.

El cosquilleo del estómago de Fulke se convirtió en escalofrío.

—Te he servido con lealtad, mi señor —dijo, con la voz ahogada por el esfuerzo de controlar la furia—. Te he dado mi confianza. ¿Vas a traicionar esa lealtad por el capricho de un hombre que jamás ha mantenido una promesa en toda su vida?

—Fulke, no es tan sencillo. —Llewelyn hizo un gesto pidiendo comprensión—. Espero mantener la lealtad y confianza de mis hombres, porque las retribuyo con igual moneda. Pero esto es distinto. No puedo permitirme el lujo de sacrificar la paz y la seguridad de toda mi gente por un puesto de frontera que está en un extremo de mi jurisdicción. No puedo arriesgarlo todo por un hombre.

—Pensé que eras diferente —dijo Fulke con la voz, la mirada y el pecho rebosantes de amargura.

—Lo soy. Rehusé arrestarte o matarte. Le dije a Juan que esa disputa era suya, no mía. Pero no puedo ayudarte más. Mis manos están atadas.

—Atadas por Juan —replicó Fulke—. ¡Hablas de libertad y después extiendes las manos para que te las aten!

—Fulke, ya es suficiente —advirtió Llewelyn—. Te he dado mis razones, y son buenas. Tu irá no servirá para nada.

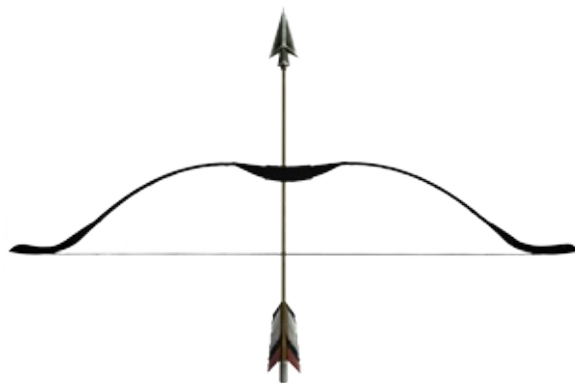
—Tampoco serte leal y servirte me ha sido de ninguna utilidad. Nada. —Fulke enseñó los dientes—. No necesito renunciar a mi servicio feudal, puesto que tú has renunciado a favor de mi enemigo. Vivirás para lamentarlo, mi señor. ¡No estás entrando en una alianza, sino en una trampa!

Uno de los escuderos de Llewelyn se asomó, alarmado por las fuertes voces que se escuchaban desde fuera. Fulke tragó saliva y mantuvo los puños pegados al cuerpo. Notaba la presión de la empuñadura de su espada, y tenía que esforzarse para no desenvainarla.

—Tienes razón —dijo con voz alterada por el esfuerzo de controlarse—. Me has dado tus razones, y la ira en nada me beneficia. —Se alejó rápidamente para evitar la tentación de desahogarse.

De repente se había convertido una vez más en un fugitivo sin tierras. Llewelyn entregaría Whittington a Juan y las montañas galesas ya no ofrecerían socorro y seguridad. Tendría que vivir otra vez en los bosques y confiar en el apoyo de simpatizantes y amigos, o en los enemigos de Juan. Un regusto amargo invadió su boca. El día del nacimiento de su hijo había perdido su patrimonio. Se reanudaba la lucha, y se sentía abrumado.

Tardó una hora en calmarse lo suficiente como para reunirse con Maude y los niños. Su mujer estaba dormida en el colchón. La trenzada cabellera brillaba sobre la almohada rellena de helechos secos. El bebé, envuelto, yacía a su lado, en una cuna improvisada con un cesto de jardinería, de mimbre. Fulke observó el rostro de Maude, las oscuras ojeras, la delicadeza de la frente, la suavidad de las mejillas y el mentón. Sabía que tanta delicadeza era engañosa, puesto que su mujer era, en general, robusta como un caballo, pero el parto de tres niños en rápida sucesión y las circunstancias de su último viaje habían consumido sus fuerzas. ¿Cómo iba a pedirle ahora que hiciera la vida de un fugitivo cuando necesitaba reposo, cuidados y comodidades? ¿Cómo podía arrastrar a su aventura a tres niños tan pequeños, el más joven un bebé nacido prematuramente? Sería una irresponsabilidad que sin duda terminaría en tragedia. Se mordió las uñas, y apartándose de la cama miró a sus dos hijas, que jugaban con Gracia en un rincón. Él las había puesto en peligro. Estaba obligado a darles una vida adecuada.



CAPÍTULO 31

Canterbury, noviembre de 1204

La luz caía y Maude ya casi no podía ver las pequeñas puntadas que daba en el nuevo vestido que estaba cosiendo para su bebé. Había colgado una tira de cuentas de madera pintada sobre la cuna, y el pequeño se divertía lo increíble intentando alcanzarla. Maude se admiraba por su tenacidad. A pesar de haber nacido antes de tiempo, en una agreste floresta de Gales, su hijo crecía bien. Todavía tenía poca carne, en comparación con sus hermanas, pero era formidablemente fuerte. «Como el cuero curtido», pensó, con media sonrisa llena de ternura. Pese a su delgadez, no estaba preocupada por su salud, porque tenía el apetito de un lobezno.

La gran pena era que Fulke no podía ver el crecimiento de su hijo, los pequeños cambios diarios que marcaban la evolución de un pequeño y decidido ser humano. Las niñas también cambiaban y crecían, aunque no tanto como el bebé. Igual que su hermano, Jonetta era demasiado pequeña para echar de menos a su padre, pero la ausencia sí había afectado a Hawise. No pasaba un día sin que quisiera saber cuándo regresaría. Se había vuelto caprichosa y exigía que la atendieran. Parecía creer que la ausencia de Fulke se debía a su pequeño hermano, porque éste había nacido e inmediatamente su papá se había marchado. Era imposible explicar lo sucedido a una niña de dos años, por lista y precoz que fuera.

Con un pesado suspiro, Maude dejó la costura y se levantó a cerrar las celosías. Las campanas de la catedral tocaban a vísperas. Durante los últimos cuatro meses, aquellos sonidos habían marcado su vida, señalando el paso del tiempo, creando una especie de limbo entre la espera y la esperanza.

Tras la declaración del príncipe Llewelyn de su compromiso con la hija de Juan, Fulke llevó a su familia al santuario de Canterbury, y la había puesto bajo la protección de Hubert Walter, sabedor de que allí Juan no se atrevería a tocarla.

Luego, acompañado por sus hermanos, había abandonado Inglaterra para exiliarse en Francia. Allí participó en torneos, alquiló su espada, y procuró pasar el invierno donde Juan no pudiera alcanzarlo. Maude había pensado en cruzar el mar para unirse a él, pero no pasó de ser un deseo. Atravesar el océano en aquella época del año era siempre incómodo y peligroso. Tendría que dejar el santuario de Canterbury para llegar a puerto, y estaría expuesta a que la capturasen. Y los niños eran demasiado pequeños y vulnerables para arriesgarse a semejante periplo. Así que permaneció en el palacio del arzobispo bajo el manto de su antiguo cuñado, y esperó.

Fulke había dicho que volvería en primavera. Pero ¿qué vuelta sería? ¿El regreso a la vida de un fugitivo, huyendo de un lugar a otro? Se mordió el labio y cerró con brusquedad las celosías. Cada vez que lo pensaba, le asustaba la oscuridad del futuro. ¿Qué iba a ser de ellos?

—Juega conmigo, mamá —exigió Hawise, tirando del vestido de Maude—. Juguemos a las palmadas.

La mujer no tenía ganas, pero se obligó a sonreír, por su hija, y alzó las palmas de las manos para que la niña pudiera golpearlas con las suyas y cantar una sencilla canción infantil.

—Yo también —dijo Jonetta, acercándose a gatas.

—Eres un bebé. Vete. Estoy jugando con mamá. —Hawise dio a su hermana un violento empujón. Jonetta se cayó y se puso a llorar, más por el susto que por el dolor.

—¡Hawise, niña mala! —gritó Maude exasperada, mientras se acercaba a levantar y a consolar a Jonetta. El modo en que Hawise frunció el ceño al oír el grito hizo que su madre se sintiera culpable.

—¡No soy mala, soy buena! —Hawise pataleó desafiante, y su pálida piel se volvió de un alarmante color rojo. Desde la cuna, llegó un furioso llanto: el pequeño se unía al griterío. Gracia, cuyas manos estaban ocupadas con un difícil trenzado, dejó su trabajo y se apresuró a alzar al infante llorón. Al verlo, Hawise, celosa, se entregó a una rabieta de proporciones que ni el rey Enrique, en su mejor época, hubiera podido igualar.

La puerta se abrió y Hubert Walter se detuvo en el dintel, con una expresión de dolida sorpresa. Llevaba de la mano a una niña pequeña que miraba la escena con enormes ojos.

—Veo que he llegado en un momento difícil, hija —dijo Hubert, haciendo ademán de retirarse.

—No, eminencia, por favor, entra —suplicó Maude, temblando ante la idea de quedar a merced de tres niños aullantes, y deseando ser ella quien pudiera marcharse. Tal vez Fulke, que era listo, no huyera sólo del rey Juan.

Al ver al arzobispo y a la otra niña, Hawise empezó a tranquilizarse. Sus gritos disminuyeron, su color se normalizó, aunque continuó llorando y corrió a abrazarse a las enaguas de su madre. El brazo libre de Maude la tomó en un tierno, aunque exasperado abrazo.

—El celibato tiene sus ventajas —observó Hubert.

—También la maternidad —respondió Maude con una sonrisa dolida. Miró a la niña que Hubert llevaba consigo. Parecía sentirse incómoda, pero se mantenía educadamente en su lugar. Maude pensó que debía tener siete u ocho años. Lucía dos prolijas y brillantes trenzas atadas con cintas de seda roja, y tenía un solemne y anguloso rostro, dominado por grandes ojos de un color levemente dorado—. ¿Quién es? —preguntó.

Hubert miró a la niña y apretó su mano, diminuta en la inmensa garra del prelado.

—Una prima que está a mi cargo, Clarice d'Auberville. Está conmigo desde la reciente muerte de su padre.

Maude supuso que no era exactamente su prima. La relación familiar sería por lo menos uno o dos grados más distante. Por su matrimonio con Theobald, recordaba que una prima de ellos se había casado con un D'Auberville. Ésta no podía ser su hija. La diferencia de edad era demasiado grande, pero sí podía ser la nieta. Si estaba a cargo de Hubert, la madre quizá también estaría muerta.

—Lamento oír tan tristes noticias —murmuró.

—No vivía con él, y su madre murió dando a luz hace cuatro años —dijo Hubert, como si la niña fuera sorda—. Ya sabes cómo es una gran casa sin dama que la gobierne. Ella ha crecido con diferentes nodrizas y las esposas de los caballeros de su padre. Ahora está a mi cuidado, y yo tengo que encontrarle un hogar apropiado. Mientras esté en Canterbury, te pido el favor de que cuides de ella.

—¿Me crees capaz de cuidarla? —preguntó Maude, irónica.

Hubert sonrió.

—Sé que lo eres —afirmó, casi más convencido que ella.

Maude inclinó la cabeza. Sintió profunda simpatía por la niña, cuyas circunstancias se parecían a las que ella había sufrido de pequeña. Sin madre y con un padre indiferente.

—Por supuesto que me ocuparé de ella. —Sonrió a la pequeña.

Hubert soltó la mano de la niña y se agachó para hablar con ella.

—Ésta es *lady* FitzWarin. Estarás con ella un tiempo hasta que encontremos lo mejor para ti.

—Sí, eminencia —dijo Clarece con vocecita que trataba de imitar la respuesta propia de un adulto. Hizo una reverencia a Maude, con modales exquisitos. La mujer sintió pena, recordando su infancia, agobiada por los sermones de su abuela sobre la buena conducta.

Satisfecho, Hubert saludó y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

Hubo un momento de silencio. Antes de que Maude lo rompiera, Hawise saltó a la palestra. Aún agarrada a las enaguas de su madre, dio un paso hacia la recién llegada.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó la pequeña con su boca de trapo.

—Cumplí ocho en la fiesta de Santa Ana —respondió Clarice con aire solemne.

Hawise pareció asombrarse y Maude se esforzó por no sonreír. La traviesa pequeña veía a los adultos como gigantes que podían ser gentiles o crueles, según dictara su humor. Los niños mayores, en cambio, eran objeto de su adoración, porque su posición no estaba tan por encima de la propia. «Cuando sea una niña grande», era su latiguillo preferido.

—Yo tengo casi cuatro —mintió Hawise—. ¿Juegas a las palmadas?

Instantes después, Clarice estaba sentada en la alfombra de pieles cosidas, jugando con Hawise, toda inhibición olvidada. Hawise pedía y Clarice daba con expresión grave y suave.



Aquellos primeros momentos anunciaron lo que iba a ser la presencia de Clarice en el hogar de Maude. Gracia se refería a ella, en broma, como «Santa Clarice» por su eterna paciencia e inagotable buen humor. A diferencia de Hawise, cuyos estados de ánimo eran imprevisibles, Clarice era placida y gentil. Le encantaba coser y cardar. Adoraba al bebé y disfrutaba haciendo de hermana mayor con Hawise y Jonetta. Sus ropas nunca estaban desordenadas o sucias. Maude deseaba a veces que se comportara como una niña de ocho años, más que como una mujer adulta, pero acabó asumiendo que aquélla era la naturaleza de Clarice. También comenzó a quererla y a temer el día en que Hubert se la llevara, cuando vendiera su custodia o arreglara su matrimonio. Le hubiera gustado apreciarla menos, pero negarle afecto a la niña por lo que podría pasar sería un pecado.

—¿Cuándo va a volver el papá de Hawise? —le preguntó Clarice una helada mañana de finales de febrero del año siguiente. Ella y Maude estaban bordando junto a la ventana, y Hawise y Jonetta jugaban fuera, con Gracia.

—Cuando pueda. —Maude hizo un esfuerzo para mantener la calma.

Clarice se inclinó sobre el bordado y dio vanas puntadas rápidas.

—¿Está muerto? —preguntó.

—No, ¡por supuesto que no! —respondió Maude tomando aire y persignándose—. ¿Por qué preguntas semejante cosa?

—Cuando mi mamá murió, me dijeron que se había ido lejos —respondió Clarice, y dejó la aguja con cuidado en el lienzo—. Esperé y esperé su regreso, pero nunca volvió, porque estaba muerta. Y nadie vino a decírmelo.

Su compostura era tal que Maude sintió una sobrecogedora oleada de pena. Pasó su brazo por los estrechos hombros de la pequeña y la apretó contra sí.

—El papá de Hawise se peleó con el rey Juan y tuvo que irse de Inglaterra —le explicó—. Te prometo que está vivo.

Clarice asintió y apretó los labios.

—Entonces, ¿cuándo va a volver? —Miró de reojo a Maude, que había notado que Clarice no la creería hasta que lo viera con sus propios ojos.

—No puedo estar segura de eso... Voy a ser sincera contigo y decirte que le echo de menos y que me gustaría saberlo. —Sonó como si se estuviera engañando a sí misma. Maude tragó saliva y comenzó a buscar entre las sedas del tapiz, pero todos los colores se mezclaban frente a sus ojos, resultándole imposible encontrar el color que necesitaba.



Una cálida brisa de mayo agitaba los cordajes y las velas de las embarcaciones atracadas en la bahía de La Rochelle. Fulke vio una gaviota volar sobre ellos y posarse en el mástil de una esbelta galera.

—Te lleva a Inglaterra en un día y una noche —dijo el capitán del barco, cuyo nombre era Mador—. Más veloz que un cormorán rozando el agua. —Se frotó las manos mientras estudiaba a Fulke con ojos astutos—. ¿Qué dices?

Fulke examinó la embarcación. Cualquiera barco de los que cruzaban el mar le serviría si quisiera ser práctico. El viejo barril de vino que estaba un poco más allá, en el muelle, o la galera de pesca con la vela roja que descargaba ostras de Kent. Pero Fulke no quería ser práctico. Deseaba hacer un gesto noble, célebre, razón por la que examinaba la galera más grande de todas las amarradas, con su brillante casco de madera y su proa decorada con impresionantes figuras. Si regresaba a su hogar, lo haría con clase y la debida solemnidad. No se colaría ignominiosamente por alguna bahía oscura, a bordo de un pequeño bote que apestaría a pescado o vino rancio. Podía haber partido la semana anterior con Hubert Walter y el obispo de Norwich, pero habría sido bajo sus condiciones, y no era eso lo que quería.

—Dije y digo que, si podemos acordar un precio, lo pagaré —contestó Fulke.

Se fueron a una taberna situada junto al muelle, donde bebieron vino tinto agrio y cenaron pasteles rellenos con queso de cabra. Después de duras negociaciones, acordaron un precio y pagó la mitad por adelantado.

—Dicen que el talento para los torneos hace ricos a los hombres —comentó Mador mientras se guardaba el dinero en su saco marinero de cuero. Sus ojillos brillaban como el mar azul.

—¿Qué te hace pensar que venimos de un torneo? —preguntó Fulke.

Se os nota. —Hizo un gesto señalando a William, que acababa de sumarse a la reunión—. Sin la mitad de los dientes siendo joven y con una oreja que parece un bollo. He ahí un hombre que corre riesgos. —William estaba indignado—. Y tú, mi señor, —añadió Mador señalando al propio Fulke—, tienes una marca, que ha arruinado lo que alguna vez fue una nariz delgada y derecha. ¿Tal vez un yelmo se te estrelló contra el rostro?

—Un tablero de ajedrez —dijo Fulke tocándose el hueso desviado.

—Da igual —dijo el marinero encogiéndose de hombros—. Conozco el tipo de caballero de las justas; lo he visto muchas veces. Dios sabe que yo también soy uno

de ellos a mi manera, pues fui mercenario. —Bebió un trago de vino—. No es coincidencia que a quienes están fuera de la ley los llamen cabezas de lobo. Reflejan en los ojos el mismo apetito que esas bestias, y son esquivos y están siempre al acecho y listos para matar.

—¿Así que crees que estamos fuera de la ley?

Sin preocuparse, Mador cogió un pastel y lo mordió.

—Vosotros sabréis —masculló.

Fulke intercambió una mirada con William. Poso su copa en la mesa, y el vino que había chorreado dejó una mancha sobre el cedro pulido.

—Mi nombre es Fulke FitzWarin —se presentó.

—Ah, he oído hablar de ti.

Fulke hizo un gesto irónico. Como siempre, las baladas circulaban por tabernas y posadas.

—Escuché que peleaste ante el mismo rey Felipe de Francia. —Mador masticó ruidosamente y tragó—. Dicen que derrotaste a su campeón y que el rey te ofreció tierras y riquezas.

—No precisamente. —Era extraño ver cómo se exageraban las historias, pensó Fulke. Había peleado, ciertamente, contra un caballero francés bajo la mirada del rey de Francia, y había ganado, pero había habido muchas lides de ese tipo. El rey Felipe mandó a uno de sus capitanes mercenarios a ofrecerle a Fulke un puesto, pero el salario diario de un caballero, aunque generoso, no podía compararse con las «tierras y riquezas» de las que al parecer hablaban los juglares. Además, no las había aceptado, porque vio que no eran ofrecimientos serios. Felipe estaba en guerra contra Juan. Fulke podía haber tenido terreno libre para atacar los pueblos y villas en toda Normandía, pero no andaba de humor para tales batallas.

Había sido entonces cuando Hubert Walter, John de Grey, Guillermo el Mariscal y Robert de Leicester habían llegado a la corte de Felipe para negociar una tregua entre Felipe y Juan. Hubert exhortó a Fulke a que volviera a Inglaterra y le prometió hacer todo lo posible para terminar con la disputa entre él y Juan. Si Fulke aceptara rendirse y aplacar el orgullo de Juan, Hubert le garantizaría la devolución de sus tierras.

—¿Incluyendo Whittington? —había preguntado Fulke desconfiadamente.

—Incluyendo Whittington —respondió Hubert, como si su confianza fuera total—. Juan necesita más que nunca guerreros con experiencia. Y también necesita lealtad. Y cuando tú juras lealtad, no eres de los que se echan atrás.

Fulke se sintió halagado, pero no tentado a decir que sí. No era tan sencillo, nunca lo había sido, y la confianza era una moneda tan falsa, que no valía nada. Prometió pensar sobre el asunto y Hubert regresó solo a casa.

La voz del capitán interrumpió sus pensamientos.

—¿Entonces vuelves a Inglaterra con el bolso repleto?

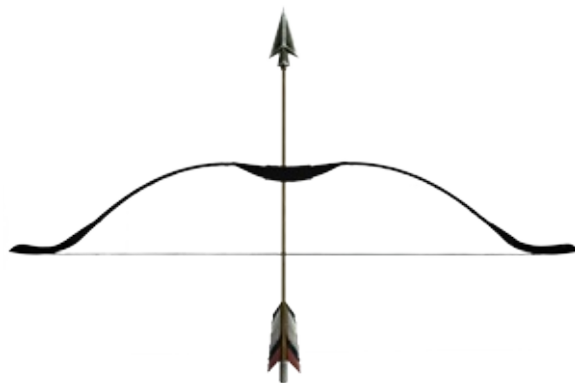
—Ahora eres tú el que tiene el bolso repleto —dijo con una fría sonrisa. Cerca,

las tres niñas del tabernero jugaban como cachorros. La mayor debía de tener siete años, y la menor, poco más de dos. Pensó en sus propias hijas y le dolió el recuerdo de los pequeños brazos apretados en torno a su cuello. Hawise, con sus saltarines rizos rojos y su incesante charla. Jonetta, con sus solemnes ojos oscuros y su sonrisa. Y su nuevo hermano, apenas un manojito envuelto en una manta cuando Fulke se despidió de la familia en Canterbury. Ahora, seguramente ya gateaba. Y Maude. El recuerdo de su esposa le produjo un agudo dolor. Ella había soportado el viaje a Canterbury con estoicismo, aunque no estaba lista para viajar. La habían llevado en un lecho y no se había quejado ni una vez. La vio morderse los labios mil veces para no gritar. La mujer se mostró de acuerdo en que debía abandonar Inglaterra por un tiempo, y no se había echado en sus brazos a llorar, pero a costa de un visible esfuerzo. Buscó el olvido en el vino y en la brutal competición del circuito de torneos, pero incluso en sus borracheras y en medio de las peleas se había acordado de todo. La nostalgia, la amargura y la frustración se habían incrementado.

—¿Por qué vas a Inglaterra? —quiso saber Mador, volviendo a llenar la copa de Fulke y sirviéndose él también un poco de vino—. ¿Qué se te ha perdido allí?

La cara de Fulke se crispó.

—Allí está mi vida, o mi muerte.



CAPÍTULO 32

Fulke abrió los ojos. Había soñado que estaba en la cubierta del barco, y le pareció que todavía podía oír el rugido del océano y ver las profundas aguas abrirse al paso de la nave. El rugido era en realidad el del viento entre los árboles de Andreadswald, y la verde profundidad, el temblor de las nuevas hojas de verano. Acababa de amanecer y el pequeño claro se llenaba del olor de tortas de centeno cocinadas con grasa de cerdo mientras Richard las preparaba sobre el fuego de leños. Los demás soldados aprestaban sus monturas, desayunaban, estiraban los músculos agarrotados.

Fulke se levantó y fue hasta unos árboles para aliviar su vejiga. Habían pasado dos días desde que habían llegado a una pequeña bahía en la costa de Dover. Navegar hasta el puerto mismo hubiera sido mortal para un barco bretón con pasajeros fuera de la ley. Pasaron la primera noche en la cabaña de un pastor, en Downs, y al día siguiente compraron caballos para dirigirse a Canterbury. La ruta de los peregrinos hubiera sido la más rápida, pero también la más concurrida y, por lo tanto, la más peligrosa. En su lugar, siguieron los caminos menos transitados, y siempre protegidos por la espesura. El día anterior, Fulke había enviado un mensajero a Hubert Walter, y ahora esperaban.

Fulke volvió junto al fuego, pinchó uno de los pasteles de centeno de Ricardo con la punta de su cuchillo, y sopló sobre la tostada corteza. El campamento estaba extrañamente tranquilo. Pronto supo por qué.

—¿Dónde está Will? —preguntó—. ¿Y dónde están Alain e Ivo?

Richard mantuvo sus ojos clavados en el metal grasiento de la sartén, como si ésta ejerciera gran fascinación.

—Salieron de caza —contestó tímidamente.

—¿De caza? —preguntó Fulke, irritado—. ¿A dónde?

Su hermano se encogió de hombros, incómodo.

—No lo dijeron, sólo comentaron que iban a traer algo de carne.

Fulke maldijo por lo bajo. Carne podía ser liebre, ciervo o conejo de una madriguera salvaje. También podía significar provisiones robadas de una granja, un riesgo que no podían correr.

—¿Por qué no me despertaron?

—Dijeron que te dejáramos dormir, que volverían pronto.

—Y tú hiciste lo que te dijeron. ¡Por Cristo! ¿No puedes pensar por ti mismo? —Miró a su hermano, exasperado, pero también enfadado consigo mismo, por no prever lo que ocurriría. Richard era un seguidor, no un líder, y la personalidad de William podía ser abrumadora.

—Fulke, no es para tanto. Fueron a cazar. Regresarán antes de que levantemos el campamento. —Frunció el entrecejo—. Cargas con demasiadas responsabilidades sobre tus hombros.

—Porque los demás no tienen sentido de la responsabilidad. —Se comió su pastel de un bocado y ordenó que se dismantelara el campamento, con un oído atento a posibles sonidos de cascos de caballos. Tal vez se asustaba sin razón. Lo que más le alteraba era no poder hacer nada, salvo esperar, como una madre angustiada por la tardanza de su hijo. Como hombre joven que era, no había prestado atención a tales sentimientos, pero ahora entendía esa ansiedad.

Richard estaba listo para apagar el fuego y Fulke preparaba su montura cuando escucharon los pasos apagados de unos caballos y el tintineo de unos arneses. Fulke se volvió, y aunque sabía que los guardias que había apostado no dejarían pasar a ningún enemigo, su instinto hizo que se llevara la mano a la espada.

Los pelajes de los caballos aparecieron entre el follaje. No eran los de sus hermanos. Los arneses brillaron bajo los rayos del sol. También las armaduras y las puntas de las lanzas. Fulke desenvainó su espada y su corazón empezó a latir con fuerza. Tal vez los guardias habían caído en una emboscada y no habían podido dar la alarma. Cogió su escudo y pasó el brazo entre las correas de cuero, haciendo señas a sus hombres para que se aprestaran.

Los primeros jinetes en irrumpir en el claro eran dos caballeros con sencillas túnicas de lino azul cubriendo las cotas. Por ser guerreros, Fulke les prestó una atención especial. El más cercano tenía el yelmo abierto y permitía ver parte de sus enjutas y elegantes facciones.

—¿Jean? —Con alivio y placer, Fulke envainó la espada.

—No te preocupes por mí, ¿qué tal si saludas a tu esposa? —dijo Jean de Rampaigne girando sobre su montura para señalar a los otros jinetes.

Fulke miró hacia el potro castaño que había en medio de los soldados, y la figura sentada en él de costado. A primera vista, no parecía una mujer, porque una larga túnica con capucha la cubría por entero, pero una vez que concentró su atención, se reprochó a sí mismo haber estado tan ciego.

—¡Maude! —murmurando su nombre, se acercó a ella. La mujer libró los pies de

los estribos y se dejó caer en sus brazos, estrechándolo apasionadamente. El mundo se desvaneció por unos instantes cuando la abrazó. La nariz del caballero se llenó del suave olor a hierbas del perfume con que ella rociaba sus ropas. Salvia, lavanda y bergamota. Las curvas de su cuerpo, el pálido verde marino de sus ojos, le embelesaban al tiempo que le asaltaban las lágrimas. Era cuanto añoraba y amaba.

Una garganta carraspeó con fuerza y una voz habló irónicamente.

—Aunque estoy encantado de ver tanta armonía matrimonial, creo que la concepción de vuestro cuarto hijo ha de ser un asunto privado, FitzWarin.

Maude se sonrojó. Fulke despegó sus labios de los de Maude, y se volvió para arrodillarse frente a Hubert Walter de Canterbury. El arzobispo les miraba desde la grupa de su mula moteada, con benigno buen humor.

—Eminencia —murmuró Fulke.

—Levántate. No puedes ayudarme a bajar de esta mula en esa posición.

Fulke se apresuró a ayudar a Hubert. El manto de la montura era de color púrpura imperial, bordado con pequeñas cruces hechas con hilos de oro. Debía costar, por sí solo, una fortuna. Hubert vestía ropas modestas para lo que en él era habitual. Apenas lucía un bordado de trenzas metálicas. El lino de sus vestimentas era pesado, de tejido denso. El arzobispo siempre había sido un hombre robusto, amigo de la buena comida, pero musculoso bajo las abundantes carnes. Ahora que el tono muscular se aflojaba, la carne y la grasa tomaban el mando rápidamente. La respiración de Hubert era ruidosa mientras se sacudía el polvo de las ropas y se apoyaba en su cayado.

—Tus hijos están a salvo en mi propiedad de Malling —dijo el prelado—. Pensé que lo mejor era dejarlos allí por el momento. Nadie se atreverá a tocarles mientras estén en mi jurisdicción y, como Maude puede atestiguar, están muy bien.

Fulke asintió. Su felicidad habría sido completa si hubiera podido verlos en ese momento, pero conocía las limitaciones de su posición tan bien como Hubert.

—Gracias, eminencia.

—Hawise te ha hecho esto. —Maude cogió una cinta de lana trenzada de brillantes colores. Atada a la misma, había una cruz de madera hecha con dos ramitas de cedro, con los brazos atados por un mechón de fuertes cabellos rojos—. Dice que la tienes que llevar al cuello.

—Y me obligó a bendecirla —añadió Hubert, gruñón—. Tiene tu misma voluntad de hierro.

—Tiene la mía —puntualizó Maude, con temblor en la voz—. Fulke es simplemente obstinado.

Fulke se tragó el ridículo nudo que se le había hecho en la garganta al ver el regalo. Con mucho cuidado, se lo colgó del cuello.

—Por esto, y no por cualquier otra razón, tengo que hacer las paces con Juan —dijo y, tomando la cruz, miró a Hubert—. ¿Tienes alguna buena noticia?

Apoyándose en su cayado, Hubert se acercó pesadamente a un cercano tronco de árbol y se sentó poco a poco.

—Mis rodillas —dijo con apenado humor. Frotándose las, miró sombrío a Fulke—. El rey dice que si vas a Westminster y dejas tus armas y te rindes, te tratará con misericordia. Si continúas en rebeldía, te cazaré como a un lobo en el bosque.

—¿Cuánta misericordia tendrá? —quiso saber Fulke.

Hubert Walter arrugó el rostro.

—No lo diré abiertamente, pero tanto Salisbury como Chester creen que se le puede convencer para que te devuelva Whittington. Yo también lo creo —agregó, abriendo las manos para pedir comprensión al joven caballero levantisco.

—Entonces, no lo han convencido todavía —dijo Fulke entornando los ojos.

—No, pero lo convencerán.

—También creías que mi padre recibiría Whittington —dijo Fulke amargamente—. Confiabas en lograr una tregua con Felipe de Francia, y también eso quedó en nada.

Hubert Walter suspiró con impaciencia.

—Y por esa razón el rey te necesita tanto como tú necesitas su perdón. Ambos debéis lograr un compromiso. —Inclinándose hacia adelante, subrayó la palabra «debéis» con un golpe de su cayado.

Fulke apretó la mandíbula.

—Me rendiré, pero no habrá compromiso sobre Whittington. Eso es innegociable. Fue la razón por la que me convertí en fugitivo. Que me entregue lo que me corresponde y yo le serviré del mejor modo posible durante todos los días de mi vida. Si no... —Se encogió de hombros y acarició la tosca crucecita con sus dedos—. Si no, entonces, ¿qué esperanza nos queda a ambos? Han pasado casi veinte años desde que me pegó con el tablero de ajedrez y yo, en justa correspondencia, le golpeé la cabeza contra la pared. En nombre de Dios, Hubert, tienes que encontrar la manera de acabar con esto por el bien de todos.

—Eso es lo que intento hacer. —Hubert se frotó los párpados con el índice y el pulgar—. Si fueras a ver al rey a Westminster, yo garantizaría tu seguridad. También lo harían William de Salisbury y Ranulf de Chester.

Fulke hizo un gesto de disgusto. Llevaba tanto tiempo desconfiando de todos que le era difícil tomar de repente la rama de olivo sin temer que se pudiera transformar en serpiente. Pero ¿qué otra alternativa tenía?

—Ningún noble te pondrá un dedo encima, porque, aunque seas una venenosa espina clavada en el flanco de Juan, no eres una amenaza para ellos. En realidad —añadió Hubert con humor—, muchos simpatizan contigo. Los golpes que asestas no sólo favorecen tus intereses, sino también los suyos. El rey no puede tocarte, a menos que lo haga con sus mercenarios, y tú has demostrado valer el doble que ellos. Juan te necesita.

Iré —dijo Fulke tras una larga pausa—. Pero con todos mis hombres y una escolta suministrada por mis protectores.

—Como desees.

Fulke pareció relajarse un poco por el tono tranquilizador de la voz de Hubert Walter. El arzobispo era un reconocido diplomático y estadista, un gran administrador y manipulador de hombres. Por eso le favorecía a Juan. Pero detrás del diplomático el político y el arzobispo, era el hermano de Theobald Walter, Fulke se aferró a esa idea.

—Dudo que puedas darme lo que deseo —dijo con una triste sonrisa—, pero agradezco lo que has hecho mantener a mi mujer y a mis hijos a salvo. —Estrechó la cintura de Maude.

—No podía hacer menos por la memoria de mi hermano. Hasta los arzobispos tenemos conciencia. —Hubert se puso de pie—. Debes escoltar a tu mujer de regreso a Malling. Jean viajará contigo como mi representante.

Fulke inclinó la cabeza.

—Gracias, eminencia. —Hubert estaba metido en un juego delicado. No había dicho ante testigos que le brindaba un refugio de su propiedad, pero su complicidad era evidente. Arrodillándose, Fulke besó el zafiro del anillo arzobispal, y luego se puso de pie cuando un caballero acercó la enjaezada mula del prelado.

Hubert se alejó, seguido por su escolta. Se volvían todos meno Jean de Rampaigne, que tomó el brazo de Fulke y le dio palmadas en la espalda, a modo de saludo. Luego hizo lo mismo con Richard y Philip.

Fulke tomó nuevamente a Maude entre sus brazos y frotó su áspera mejilla contra la delicada piel de la cara de su esposa.

—No me atrevo a tener esperanzas —le dijo—. Aparto el más leve rastro de mi mente, por si todo acaba convertido en una falsa promesa de felicidad. Ya hemos visto demasiadas promesas rotas como para que pueda bajar la guardia sin más.

Al escuchar galope de caballos, volvió a sacar su recién envainada espada. Maude le apretó el brazo en un acto reflejo, pero se recuperó y retrocedió, dejándole espacio para moverse.

Ivo irrumpió al galope en el claro y detuvo de golpe su agotada montura. Le brotaba sangre de un profundo corte en la mano izquierda. Detrás llegó Alain, pálido como un cadáver.

—¡Will! —exclamó Ivo entrecortadamente—. ¡Will ha caído en sus manos, lo han capturado!

El corazón de Fulke, que latió con fuerza al pensar que eran víctimas de un ataque, pareció detenerse. Se acercó al caballo y tomó las riendas.

—¿Qué quieres decir con eso de que ha sido capturado? —Gruñó.

El sudor brilló en el cuello de Ivo cuando tragó saliva.

—Seguíamos el rastro de un ciervo y nos cruzamos con un cazador furtivo que estaba descuartizando a su presa.

—¿Y qué más? —El tono de Fulke era firme como el acero templado.

Ivo habló con enorme angustia.

—Los soldados reales habían tendido una emboscada para el cazador furtivo, y nosotros nos metimos de cabeza en ella. Sabían que no teníamos permiso para estar

en el bosque, porque no hacíamos sonar el cuerno para advertir de nuestra presencia, y llevábamos arcos. Debimos huir —soltó un quejido cuando Maude le vendó la herida con un pedazo de lino que cortó de su velo—, pero ya conoces a Will.

A Fulke no le hacía falta mucha imaginación para ver la escena por sí mismo. A Will nunca se le ocurría retroceder. Siempre había junto a él alguien más responsable que tenía que arrastrarlo por el collar, pero Ivo y Alain no eran de ese tipo. Estaba furioso. Con William. Con los hombres que lo habían atrapado. Con los infinitos problemas que le deparaba el destino.

—Le colgarán por traidor —dijo Alain con voz ronca.

—Deberíais haber pensado en eso antes de lanzaros a la aventura —comentó Fulke. Su voz era sorda, por el esfuerzo para controlarla. Sabía que si se dejaba dominar por la ira era capaz de cualquier cosa. Se volvió a los hombres, que parecían desalentados.

—Ensillad —ordenó con un movimiento de su brazo—. Iremos tras ellos. Jean me hará el favor de llevar a mi esposa a Malling.

—¡No! —exclamó Maude casi a la vez que Jean se ponía en marcha—. No volveré sin mi esposo. Fulke se puso frente a ella, con el cuerpo tenso como una catapulta a punto de dispararse.

—Regresaré a tu lado en cuanto pueda, te lo juro.

—Si recibiera un penique cada vez que me dices esas palabras, ahora sería la mujer más rica del mundo —dijo con amargura—. Sin embargo, ya ves, hoy por hoy, ¡soy una mendiga!

—Maude... —Le tendió la mano—. No seas obstinada...

La mujer dio un paso hacia él, en lo que podía ser tanto un gesto de aceptación como de rechazo.

—De acuerdo, ve —le dijo con ojos brillantes—. Saca a William de la celda que él mismo se ha construido; pero recuerda que un hogar te espera, y que será la última vez que aguardaré tu regreso.

Fulke podía oír el latido de su sangre en los oídos, podía sentir la tensión apoderándose de él. Cada músculo, cada nervio vibraba con el esfuerzo que hacía para no explotar. Sentía la mirada de los hombres clavada en él. Querían ver cómo lidiaba con una mujer que le hablaba de igual a igual.

—Jean —dijo con voz casi inaudible.

El amigo se adelantó con su caballo.

—Mi señora, ¿partimos? —preguntó a Maude con educada neutralidad.

Mirando de soslayo a Fulke, se acercó a su montura. Rechazó la ayuda de Philip para sentarse en ella, se subió con la facilidad de un joven escudero y tomó las riendas. Luego, sin mirar a su alrededor, hizo girar al caballo y se fue.

Por un instante, Fulke se quedó mirándola, y luego, suspirando bruscamente, saltó a su montura.

—Vamos —dijo con brusquedad—. Estamos perdiendo un tiempo precioso.



Juan llevaba toda la mañana sentado en un banco, presidiendo las sesiones de la corte con implacable atención. Ricardo amaba la espada, la parafernalia de la guerra, y aquellas ocupaciones habían agotado el tesoro. La gran afición de Juan era, por el contrario, el mundo de la política y las leyes. Cómo podía usar los instrumentos jurídicos para construir y destruir, para crear riquezas e imponer orden, y cómo, en su caso, podía manipularlos para que se hiciera su voluntad.

Esa mañana había presidido varias causas sobre violaciones de la ley, unas leves y mundanas, otras más serias. Daños a la propiedad, robo, asesinato, secuestro. Lo usual. Un individuo medio tonto le había emplazado a hacer justicia y fue llevado a rastras para enfrentarse a la horca. Pudo ser diferente si hubiera pedido piedad. Salvación o condena: todo se reducía a meras palabras.

Juan se acarició la barba y ordenó que se le presentara el próximo caso.

—Atrapado en el bosque real, cazando ciervos —explicó el oficial mientras el golpeado prisionero era llevado a su presencia, con las cadenas tintineando en sus muñecas—. No nos da su nombre. —Del tono burocrático del oficial se deducía que no importaba; que era carne de horca.

Juan examinó al hombre, al que calculó unos treinta años de edad. Tenía un ojo semicerrado por los golpes. La sangre seca bajo la nariz se juntaba con la del labio partido. No le habría reconocido ni su propia madre, y sin embargo a Juan le resultó vagamente familiar. Fue por la manera desafiante en que le miraba, y por las cejas y el cabello negro azabache. Conocía esos rasgos. Ningún campesino le devolvería la mirada tan abiertamente. Ningún campesino común usaría una túnica acolchada o llevaría tan finos bordados en las muñecas y el dobladillo de ésta. Juan buscó en su memoria hasta que saltó una chispa en su mente, como una perdiz asustada. Sonrió.

—Ya que no te da su nombre, lo haré yo. Es William FitzWarin, hermano de Fulke, un prisionero valioso. Di a los hombres que le capturaron que les daré el mismo pago que a quienes me traen pieles de lobos.

—No ganarás nada con tenerme prisionero —replicó William, y fue inmediatamente puesto de rodillas por los guardias que le custodiaban.

—¡Muestra más respeto por tu rey! —le advirtió uno de ellos.

—Le respetaré cuando lo merezca —porfió William, luchando contra el dolor que le producían sus muchas contusiones.

Juan hizo un gesto admonitorio para que el soldado no golpeara nuevamente a William.

—Lo quiero vivo —dijo, y se acarició de nuevo la barba—. Al menos de momento. —Miró a William—. Todo dependerá de lo mucho o poco que tu hermano valore tu vida.

—¡Fulke jamás se rendirá ante ti!

—Entonces colgarás de una horca por rebelde, y por cazar los ciervos del rey —

dijo Juan, indiferente, y sacudió una mano—. Que se lo lleven.

William de Salisbury, que había estado presente en los juicios con Juan, tomó la palabra.

—Entendía, por lo que decían el arzobispo y Ranulf de Chester que ibas a negociar un acuerdo honorable con FitzWarin —murmuró—. Pensé que le devolverías sus tierras a cambio de su aportación como comandante.

Juan miró a su medio hermano.

—Nunca dije que lo haría, sólo que era una posibilidad, —le miró las uñas, displicente—. Ahora es una posibilidad menor, porque tengo mejores medios para hacer que FitzWarin obedezca: tengo un rehén.

Salisbury frunció el ceño y pareció incómodo.

—Pero los hombres no entenderán esos sutiles argumentos —protestó—. Sólo pensarán que te has retractado de tu palabra.

—Hay diferencia entre la justicia y la misericordia —dijo Juan, encogiéndose de hombros—. Los hombres deberían conocerla y saber bien lo que piden antes de abrir sus bocas.

Salisbury ordenó a un sirviente que les llevara vino.

—¿Por qué no puedes darle a FitzWarin las tierras que pide? No te esté solicitando un ducado, y si jura lealtad, me consta que eso será inquebrantable. — Juan no dijo nada. Acarició el pulido zafiro de uno de sus anillos—. Es por aquella partida de ajedrez, ¿verdad? Todavía no le has perdonado.

—¿Por qué iba a perdonarlo? Nunca me pidió disculpas —dijo Juan, y luego, viendo la expresión de Salisbury, sacudió un brazo con impaciencia—. Por todos los santos, claro que no es solo por ese juego de ajedrez. Es por todo lo que ha pasado desde entonces.

—Pero tiene que terminar alguna vez. Juan, dale la tierra.

—¿Como un favor a ti?

—Si así lo quieres, no me importa, pero hazlo.

Juan arrugó la frente. Sentía una sensación de ahogo en la boca del estómago que no tenía nada que ver con la digestión. Ya la había experimentado durante su juventud, cuando observaba el modo en que los hombres reaccionaban ante su hermano Ricardo. ¡Corazón de León! Eso lo decía todo. El coraje de Ricardo, su salvaje belleza, aquel carisma que podía iluminar una habitación e incitar a sus ocupantes a que le rindieran pleitesía. Fulke FitzWarin no tenía una aureola dorada a su alrededor, su magnetismo era de otro tipo, como el brillo del acero; pero existía, y atraía a los hombres. Juan odiaba a Fulke FitzWarin, pero pocos compartían su sentimiento. En su lugar, le odiaban a él, llamándole «Espada Blanda», por la pérdida de Normandía, como antes, cuando era adolescente, le habían llamado «Sin Tierra» porque no contaba con una herencia. Dictar leyes, escuchar reclamaciones, fortalecer la administración no significaba nada para los barones, que sólo querían obedecer a un magnífico guerrero montando un semental.

Fulke FitzWarin tenía la fama de los torneos, pero lo que más le molestaba era que, si se le encomendaba la tarea, también era capaz de administrar y controlar con eficiencia. La sangre de Juan ardía porque sabía que Salisbury tenía razón. Se haría un favor firmando la paz, pero no sabía si podía obligarse a sí mismo a hacerlo.

—¿Juan? —Salisbury le miraba con su rostro honesto, muy parecido al de su padre.

—El asunto de FitzWarin no está abierto a negociaciones —dijo Juan sin alterarse—. Que traigan el siguiente caso.

—Pero...

—Ni una palabra más, Will —cortó el rey—, te lo advierto.

Salisbury se calló, pero Juan podía ver por la tensión de su rostro que su medio hermano no estaba satisfecho. Apreciaba a Will, haría por él más que por muchos otros, pero le enfurecía la obstinación de Salisbury en defender la causa de FitzWarin.

—Yo soy el rey —dijo con una fuerza que rozaba ya la soberbia.

La presencia del siguiente prisionero no pudo ahogar el murmullo de protesta de Salisbury, pero Juan prefirió ignorarlo.

—Sólo respondo ante mí de mis propios actos —remató el monarca.



Las toscas prendas de lana del carbonero rozaban la piel de Fulke, que además temía haber pillado unos cuantos piojos de la grasienta gorra. El polvo del carbón le ensuciaba la cara y las manos. Llevaba un gran tridente de hierro, un arma disfrazada de herramienta de trabajo. El carbonero se había mostrado encantado de cambiar sus ropas por una fina camisa de lino y una túnica de lana con trenzados azules, y más encantado aún por el pago de un penique a cambio de la carga de carbón y el alquiler del burro y el carro.

Fulke fue con el carro hasta la residencia campestre. Fuera se congregaba un grupo para salir de cacería. Galgos, spaniels, terriers y setters se mezclaban en el patio, unos con correas, al cuidado de algún sirviente, otros corriendo tras liebres, olfateando el suelo con ansia. Las ricas vestimentas de los jinetes proclamaban su condición de nobles. En brutal contraste, la capa de Fulke, que alguna vez fue de color verde claro, parecía puro barro gris, de tanto uso que debía de haberle dado el carbonero.

Fulke vio a Juan entre la concurrencia, con una capa de color púrpura real sobre fondo azul. Montaba un brioso semental y sonreía mientras hacía girar al caballo y hablaba animadamente con William de Salisbury. Este último sacudió la cabeza, buscó en su bolsillo y le entregó algo. El medio hermano había vuelto a jugar y perder, pensó Fulke, que observaba con máxima atención. Sabía que Salisbury siempre se dejaba ganar, es decir, permitía a Juan hacer trampas.

El rey hizo una señal al conductor de los cazadores. Vestido con colores pardos,

marrones y verdes, arco y aljaba al hombro, cogió un cuerno decorado y lo hizo sonar para anunciar la montería. Los perros ladraron excitados y los jinetes urgieron a sus monturas. Fulke retiró el carro a un lado del camino y se reclinó sobre su tridente, mientras el rey y su grupo salían a cazar.

Afortunadamente, el burro era tan viejo que estaba casi muerto, y apenas prestó atención a la tumultuosa jauría que pasó corriendo a su lado. Un terrier de pelo tieso olisqueó las calzas de Fulke y alzó la pata para orinar. El caballero disfrazado se dominó para no dar una patada al chuchó, y mantuvo una expresión paciente en su rostro cubierto de carbón.

Los nobles pasaron de largo. Fulke se descubrió la cabeza y se arrodilló, procurando esconder la cara a base de mirar el suelo humildemente.

—¡Dios te salve, mi rey y señor! —gritó, pensando que nadie respondería.

Sin embargo, Juan se sorprendió y le complació el grito.

—¡Y Dios te salve a ti también! —respondió, hurgando en sus ropas.

Un brillante objeto cayó al suelo con un suave golpe. El semental siguió su trote. Fulke miró el broche que había quedado a sus pies. Era de plata, con los nombres de los tres Reyes Magos grabados en los bordes. Se trataba de un amuleto, buena protección contra las enfermedades. Fulke sabía que su enemigo siempre llevaba un par de broches como aquél prendidos a su ropa para tales ocasiones. Cualesquiera que fuesen sus defectos, nadie podía acusarle de indiferencia con sus súbditos más humildes.

William de Salisbury se había quedado rezagado, ajustando el estribo, y cuando Fulke se puso de pie, broche en mano, sus ojos se cruzaron y una mirada de reconocimiento apareció en el rostro del hermanastro del rey. El duque movió la cabeza, con aire de advertencia.

—Pedazo de idiota, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Es que no sabes el peligro que corres?

—¿No harías tú lo mismo por tu hermano?

Salisbury miró hacia el grupo de cazadores.

—No estoy seguro —respondió.

—¿Dónde está Will? ¿Cuántos guardias le custodian?

—¿De verdad crees que te lo voy a decir?

Fulke se encogió de hombros.

—Lo averiguaré, de cualquier manera.

Salisbury se puso serio y miró hacia el camino, en dirección a los jinetes que se alejaban, deseoso de ir con ellos.

—Está en uno de los almacenes cercanos a la muralla, junto a las cocinas. No puedo ayudarte más. —Tiró de las riendas, espoleó a su montura y galopó para alcanzar al resto.

Fulke se puso el broche en su túnica rota, donde brillaba con llamativa incongruencia.

—¿Lo has oído? —preguntó con voz fuerte.

La montaña de carbón se movió levemente.

—Lo he oído —dijo la voz ahogada de Philip—. ¿Qué era todo ese ruido?

—El rey se ha ido de cacería. —Fulke se dirigió a la parte delantera del carro y gritó para poner en marcha al renuente burro—. No se presentará mejor oportunidad.

Fulke llevó el carro de carbón hasta el patio y, ante la mirada aburrida de un par de guardias, lo acercó luego a los edificios de las cocinas. El carbón se utilizaba sobre todo para calentar los braseros de las habitaciones privadas, pero también en las cocinas, donde, aunque predominaba la leña, se usaba para cocinar ciertos platos delicados.

Los sirvientes estaban ocupados preparando la comida que tragarían los cazadores a su regreso. Habían llevado consigo muchas provisiones, pero sin duda volverían con un apetito atroz tras una jornada de montería. Los guardias estaban sentados, observando el camino y jugando a los dados sin entusiasmo. Una mujer les llevó una jarra de sidra y un poco de pan y queso. Una de las ayudantes de cocina dio a Fulke un pastel de queso y llenó su cuerno de cerveza.

—¿Dónde está Osbert hoy? —le preguntó la mujer, que se cruzó de brazos, aprestándose, sin duda, a chismorrear.

—Tenía negocios en otra parte —respondió con tono cortante—. Me ofrecí a ocupar su lugar. —Dio un gran bocado al pastel de queso.

—¿Cuál es tu nombre?

—Warin —dijo rápidamente, y cambió de tema—. Vi al rey hace un momento, saliendo de cacería. Me dio este broche —le mostró el adorno y su mirada se dirigió a un cobertizo bajo, junto a las cocinas. Un guardia dormitaba en un banco frente a la puerta, reclinado en la lanza—. ¿Hay algo importante que proteger ahí? ¿El tesoro real? —Sonrió para dejar claro que bromeaba, terminó el pastel y se limpió las manos en la túnica.

Ella negó con la cabeza.

—No, tienen a un cazador furtivo. Los guardabosques le atraparon ayer por la mañana.

—¿Van a colgarlo, entonces?

—Dicen que es un tipo importante —afirmó, encogiéndose de hombros.

—¿Sí? —Fulke bebió un poco de cerveza.

—Parece ser que se trata de un fugitivo peligroso, pero no creo que pueda ser amenaza para nadie después de la paliza que le dieron.

Alguien la llamó desde las cocinas y regresó al interior. Fulke dejó escapar un suspiro de alivio por su marcha y de ansiedad por William. Esperaba que su hermano no estuviera tan golpeado como para ser una rémora en la huida. Miró más allá de la puerta por la que la cocinera había desaparecido, hacia el camino embarrado que pasaba junto al establo y el vertedero.

Los guardias de la entrada principal miraban hacia el exterior y estaban

entretenidos con los dados. Escuchó su risa alegre y rezó para no tener que matarlos.

—Salid —dijo, volviéndose al carro—, pero manteneos agachados. Hay que desarmar a un guardia en la puerta del almacén y hay dos más jugando, cuyo futuro será más halagüeño si no nos ven.

La montaña de carbón volvió a moverse. Emergieron unas mantas de caballo, y debajo, media docena de hombres de Fulke, armados hasta los dientes.

El caballero rebelde contó rápidamente su plan a los hombres agachados junto al carro.

—Hay una entrada trasera cerca del montón de basura y el establo. La usaremos para escapar. —Luego se encaminó hacia el adormilado guardia.

—Dicen que tienes un prisionero, amigo —comentó en tono amistoso.

—¿Qué te importa a ti? —El soldado levantó la cabeza y, de inmediato, la sucia mano de Fulke le cubrió la nariz y la boca, quitándole el aliento. Hubo un breve forcejeo. Llegó Philip, arrancó las llaves del cinto del guardia y abrió la puerta. Mientras Fulke arrastraba al guardia hacia dentro, Philip le quitó el yelmo, se lo puso y se sentó en el banco, reclinado sobre la lanza y fingiendo dormir. No engañaría a los otros guardias si se acercaban, pero mientras no mirasen con atención no habría problema.

Fulke cerró la puerta de una patada y arrastró al guardia, quitándole el cuchillo del cinturón.

—Te mataré si hace falta —le advirtió, apoyando el filo contra la garganta descubierta—. No hay razón para que mueras. Piensa en tu familia.

El hombre continuó resistiéndose, pero con menos convicción. Fulke le pinchó con la daga.

—Último aviso —dijo. Se abrió la puerta nuevamente y entró Alain. Con velocidad y en silencio, quitó el cinturón al guardia y le ató con él. Sacaron unas tiras de sus perneras y le amordazaron.

William, sentado en un camastro, miraba tan asombrado como se lo permitían sus hinchados ojos. Se puso de pie y tendió las muñecas encadenadas.

—¡Quitadme estas malditas cosas! —exigió con voz ronca.

Mientras Alain se sentaba sobre el guardia, Fulke recogió las llaves, caídas al suelo en la refriega, y le liberó. Luego encadenó al guardia.

—Sabía que vendrías —dijo William—. Lo sabía.

—No me vería obligado a hacerlo si tuvieras cabeza. ¿Puedes viajar? —El macilento rostro de su hermano le llenó de odio hacia sus captores.

—Pueda o no, viajaré. —Una feroz sonrisa reabrió la herida de su labio partido y comenzó a sangrar—. ¿Te imaginas la cara de Juan cuando le cuenten que me has liberado?

—¿Es eso lo que te importa de este lío? ¿Otra bravuconada? —Fulke miró furioso a su hermano—. ¿Otra demostración de que puedo salirme con la mía frente a Juan si así lo quiero?

—Yo... —Trató de hablar William, enrojeciendo.

—Por Cristo, Will, hablas como un niño, no como un hombre. Es hora de que aprendas a ser responsable.

—No necesito que me des sermones —replicó William, dolido.

—Sabe Dios lo que necesitas. Dices que sabías que iba a venir. ¡Tal vez tendría que haberte dejado cocerte en tu propia salsa!

—¡Pues vete! —William hizo un gesto vigoroso, dejando al descubierto la muñeca en carne viva—. Déjame. Que Juan me cuelgue, ¡no tendrás que preocuparte más por mí!

—No es momento de pelear —urgió Alain—. No podemos perder tiempo.

Con esfuerzo, Fulke se tragó la rabia, la frustración y el alivio que se mezclaban en él y asintió.

—Tienes razón. —Miró a su hermano, el brillo de sus ojos y el arrebatado de orgullo y vergüenza patente en las mejillas—. Ven. —Abrazó a William con fuerza. Éste dudó por un instante y luego respondió del mismo modo, agarrándose con fuerza a la sucia túnica de Fulke. Un sollozo ahogado se quedó en la garganta—. Ya es suficiente —dijo Fulke al cabo de un momento, también con voz ahogada por la emoción—. Nos espera un largo camino de regreso a casa.



Tardaron una hora en dar la alarma. Al principio, los guardias de la puerta no se inquietaron porque el banco cercano a la cabaña del prisionero estuviera vacío. Puesto que las cocinas se hallaban cerca, pensaron que su compañero había ido a comer y beber algo. Cuando al fin se preocuparon, era demasiado tarde y la presa había escapado.

Juan volvió de la cacería de buen humor. Habían abatido un ciervo de astas con diez puntas tras una feroz persecución. Perdieron dos perros, pero no eran de los favoritos, y podrían reemplazarlos sin problemas. Los canes supervivientes devoraron las vísceras del ciervo, humeantes y rojas, sacadas por los cazadores del vientre abierto del animal. Cuatro porteadores llevaban la presa, con las pezuñas atadas a una lanza y sus enormes astas rebotando contra el suelo a cada paso que daban los hombres. Juan quitaba pequeños fragmentos de ramas de las crines de su caballo y charlaba animadamente sobre la jornada con Salisbury cuando entraron en el patio.

—Ha sido la mejor caza en un mucho tiempo —dijo—. Creí que se nos escapaba entre los matorrales.

Salisbury murmuró algo. Parecía preocupado. Miró rápidamente a su alrededor y se rascó la nuca.

Un palafrenero se acercó a por el caballo y Juan desmontó exultante. Aplaudió y se frotó las manos, poniendo de manifiesto su buen humor tras la cacería. Salisbury bajó del caballo a su lado y entregó las riendas al escudero. Juan miró a su hermano

casi con afecto. Un jarro de vino fresco y una partida de dados les entretendría hasta la hora de la cena, y después vendría la otra caza, la de las presas más tiernas, entre las mujeres que habían acompañado a la corte al territorio de caza.

Hasta que entró en el salón no se dio cuenta de que algo iba mal. Dos caballeros de aspecto contrito permanecían cerca de la entrada. Un sargento estaba arrodillado, con la cabeza gacha, en actitud que iba más allá de una simple reverencia. Juan detectaba el miedo servil en cuanto lo veía y su alegría se desvaneció.

—¿Tienes algo que decir, Jacques? —preguntó al mayor de los caballeros, que llevaba a su servicio varios años.

El hombre tragó saliva y su mirada pasó de Juan a Salisbury, para luego clavarse en el suelo.

—Señor, William FitzWarin ha escapado.

—¿Qué? —Juan miraba sin entender.

Tembloroso, el caballero relató con detalle lo sucedido, pidiéndole a cada instante al sargento que corroborara su historia.

—¿Un carbonero? —Juan palideció. Rescató de su memoria al sucio individuo que le había saludado de pie, al lado del camino. Escuchó otra vez el grito de homenaje y se vio a sí mismo tirando el broche de plata al bastardo.

—No vimos en él peligro alguno. ¿Quién recela de un carbonero, especialmente cuando se le espera?

—Hijo de puta —susurró Juan—. ¡Ese apestoso tipejo, concebido en una cloaca, leproso cabrón! —Empujó al caballero a un lado, dio una patada en las costillas al sargento, que perdió el equilibrio y cayó, y salió de la sala. La rabia le nublabla la vista. Su pecho subía y bajaba con tanta rapidez que pronto se le hizo difícil respirar. Jaque mate. Era jaque mate. Una vez más, habían pisoteado su dignidad real.

Salisbury le agarró del brazo y le llevó hasta un banco. Con un chasquido de sus dedos, pidió vino.

—¿Ves ahora por qué lo necesitas peleando para ti, no contra ti? —dijo con vehemencia—. Piensa en el daño que le puede hacer a los franceses. No tiene tierras que proteger en Normandía. Sería tan bueno como tus mercenarios. Por no decir mejor, mucho mejor.

Juan cerró los ojos y tragó saliva. Salisbury puso una copa de vino en la mano del rey. Juan posó sus labios en el frío borde de plata y bebió el rico y oscuro Borgoña. Le parecía que estaba tragando su propia sangre.

—¿Juan? —Salisbury se inclinó hacia él.

El rey abrió los ojos y miró las preocupadas y serias facciones de su hermano. No había una pizca de su temperamento mezquino y egoísta en la naturaleza de William, lo que era a la vez fuente de alivio y exasperación para Juan.

—Muy bien —dijo, y bebió el vino hasta acabar la copa—. Que FitzWarin sea perdonado por sus crímenes en mi contra y que se le devuelvan sus tierras. Pero hago esto por amor a ti, Will, no por aprecio a FitzWarin.

La felicidad que iluminó el rostro de Salisbury hizo que Juan tuviera ganas de darle de patadas. Las palabras habían sido pronunciadas, pero ya estaba deseando revocarlas, las detestaba más que nunca, porque reconocían su propia derrota. Incluso la certeza de que FitzWarin debería arrodillarse ante él para rendirse no era consuelo alguno. Alzó la mano antes de que la satisfacción de Salisbury se transformara en palabras.

—No digas nada más. Me has obligado a beber de un cáliz que no hubiera querido probar. No me hagas volver atrás en mi decisión.

Salisbury se puso serio, pero no completamente, pues una chispa alegre permaneció en su mirada.

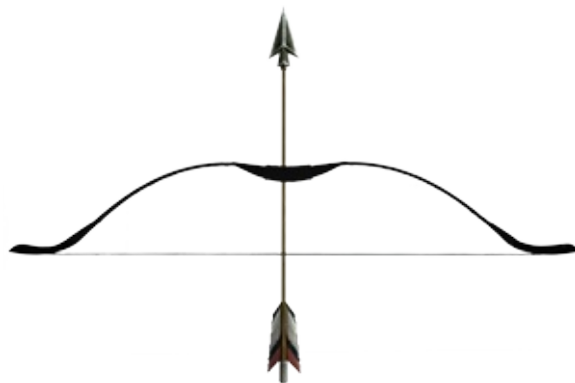
—¿Pero firmarás un salvoconducto si digo a los escribanos que lo redacten?

—¿Qué sucede, Will, no confías en mí? —preguntó Juan poniéndose en pie.

—Sabes que sí.

—Entonces, o eres tonto, o mientes. —La expresión de Salisbury llenó a Juan de sentimiento de culpa y rabia—. Haz lo que quieras, estúpido cegato —le espetó—. Escribe lo que te venga en gana y yo pondré mi sello. —Arrebató el jarro al sirviente y se fue en dirección a sus aposentos privados.

Salisbury se mordió el labio y le siguió. Pero después de dar unos pasos se detuvo. Volviendo sobre ellos, fue en busca de los escribanos, y después de testigos fiables.



CAPÍTULO 33

Bien entrado el atardecer, el grupo de rescate llegó a Malling. La propiedad del arzobispo era lujosa y próspera, con tejas de cerámica en vez de piezas de madera, y una sólida estructura de cedro labrado. El aroma a miel y el brillo de las velas de cera llamaba la atención desde las ventanas abiertas. Apetitosos olores impregnaban la zona.

Cuando los caballos llegaron al patio y los hombres comenzaron a desmontar, se abrió la pesada puerta de madera reforzada con hierro. Hubo movimientos repentinos y una pequeña niña de largo pelo rojizo salió corriendo y se lanzó sobre Fulke.

—¡Papá, papá! —gritó.

Fulke gruñó cuando la niña golpeó sus muslos con la fuerza de un pequeño poni. Agachándose, la alzó en sus brazos, y las frescas y sedosas hebras de su melena le acariciaron el rostro. No tenía corazón para regañarla por correr en medio de tantos caballos. Las lecciones podían esperar. La fuerza del abrazo de la cría casi le ahogó, pero no le importó.

—Mamá dice que tío Will se metió otra vez en líos y que tuviste que rescatarlo.

—Bueno, así lo hice y aquí estamos ahora —dijo Fulke, evitando, conscientemente, la mirada de William. No había suficientes caballerizos y cada hombre se ocupaba de su montura. Sin decir una palabra, William tomó el de Fulke y se lo llevó con el suyo.

—¿Te vas a quedar para siempre, para siempre, siempre?

Fulke frunció el ceño. No podía arriesgarse a permanecer en Malling más de un par de días. La persecución se reanudaría con más fuerza, y no debía abusar de la hospitalidad de Hubert Walter.

—Nadie puede quedarse en un lugar para siempre, corazón. Ahora estoy aquí, y es lo que importa. Dime, ¿dónde está tu madre?

Maude apareció en la puerta. Con la mano derecha sostenía a Jonetta, impidiendo que la niña se fuera gateando tras su hermana, y con la izquierda acunaba al bebé. Su expresión era impasible, pero cuando Fulke se acercó, la máscara cayó y su rostro se contrajo, esforzándose por no llorar ante los niños.

—¿William está a salvo? —preguntó con voz ahogada y rota.

—Sí. Todos estamos bien. Lo siento, tenía que ir.

—Sé que debías hacerlo. —Maude apretó los labios—. Lamento lo que dije, pero lo dije en serio —agregó, ahora con fiereza—. Cada palabra. No puedo tolerar seguir viviendo en este estado de semiviudez. —Luego se abrazó a él. Estaban incómodos, con todos los niños a su alrededor. La necesidad ardía en Fulke, y era más fuerte que el amor, más fuerte que el mero deseo. Si hubieran estado solos, la habría llevado derecha a la cama y se habría sumergido en ella. Pero el deber, las buenas maneras y las preocupaciones externas hicieron que se apartase con un repentino suspiro. Se secó los ojos con la manga de la túnica. Maude le miró con ojos brillantes, la tez sonrojada y la respiración agitada.

Hawise tiró de sus enaguas, pidiendo atención. Fulke le apretó la manita y, tomando nuevamente aliento, dejó que le llevara al interior de la residencia, como la niña grande que era.

La habitación principal tenía un hogar central con suficiente espacio para dos calderos y un fogón de cocina. Bancos de roble aparecían repartidos por toda la habitación, y las paredes estaban adornadas con brillantes tapices de colores, velados por la luz de los candelabros y del hogar. Notó el cálido bienestar de una casa ordenada y sufrió un fuerte ataque de nostalgia por su propio hogar. Era un cruel retorno provisional a territorios conocidos y amados, a los que sabía que era imposible volver.

Sus añoranzas se interrumpieron por la llegada de otra niña, ésta con una copa de vino en las manos. Tenía el hermoso pelo castaño dividido en dos largas y brillantes trenzas, ojos de oro y una dulce expresión. Haciendo una respetuosa reverencia, sin derramar una gota, le presentó la copa.

Fulke la aceptó con una palabra de agradecimiento y una mirada de extrañeza a Maude, que miraba con afecto a la pequeña.

—Es Clarice d’Auberville, la protegida del arzobispo —dijo—. Se convirtió en parte de nuestro hogar en Canterbury, antes de que Hubert nos trajera a Malling, y espero que le permita quedarse, puesto que es lejana pariente nuestra.

Fulke alzó las cejas.

—Su padre estaba emparentado con Theo.

Fulke miró a la niña y ella le devolvió la mirada con expresión seria. Mantenía un lejano parecido con Theobald en los ojos y en las proporciones de las cejas y la nariz. «Qué extraña y seria criatura», pensó. Ante cualquier otra cría se habría agachado para estar a la misma altura que ella, o la habría alzado en brazos, pero, bajo la honda mirada de Clarice, no hizo nada.

—Encantado de conocerte, pequeña —dijo con formalidad, y bebió un trago de vino.

Ella hizo otra reverencia y cruzó las manos educadamente.

—Mi señor. —Su voz, aunque infantil, era clara y solemne. Fulke casi escupió el vino. Era demasiado.

—Clarice, tal vez podrías traer más copas de vino —terció Maude—. Tendremos la casa llena esta noche, y necesitaré tu ayuda.

Fulke miró sorprendido a Clarice, que murmuraba su asentimiento y se dirigía con veloz decoro hacia una mesa lateral, para preparar las copas.

—Jesús —dijo—. No sé si compadecer o envidiar a su futuro esposo. ¿Cuántos años tiene?

—Casi nueve.

—¡Se comporta como una abuela!

—Tiene un comportamiento extraño —admitió Maude, sonriente—, pero verás que es imposible no quererla. Hawise la adora.

El ruido y el ajetreo de los hombres que entraban en la sala a sus espaldas interrumpió la conversación. Maude saludó a William con un frío beso en la mejilla y palabras de bienvenida algo forzadas. William notó el reproche implícito en aquella actitud, pero no dijo nada. Tampoco Fulke. La mujer marchó a organizar la comida y los dormitorios de los hombres de Fulke, y Gracia se llevó a Jonetta y al bebé. Por el momento, Fulke se mantuvo de pie, como una isla en medio de un mar de ajetreo y ruido.

—¿Quieres un poco más de vino?

Miró hacia abajo. Clarice le ofrecía otra copa mientras estiraba la mano para recoger la que ya había bebido.

Fulke se rio.

—Niña, acabarás dejándome borracho como una cuba —dijo, pero no rechazó la copa, sino todo lo contrario.

Ella le miró solemnemente. Notó que casi era como ser examinado por una monja o una tía adusta y maternal, y tuvo que luchar para no reírse por lo absurdo de la situación. Sólo Cristo sabía cómo sería de mayor.

—Era una broma —la tranquilizó—. Eres de gran ayuda.

—Me gusta ayudar. —Aceptó el cumplido como algo que se le debía y, tomando la copa vacía, se abrió paso entre la multitud hacia la mesa lateral. Fascinado, Fulke la observó hasta que Hawise, que no había ido a la cama con los otros, le tiró del extremo de la túnica.

—Levántame —exigió—. No veo.

Fulke la cogió en brazos y la sentó sobre sus hombros.

—¿Es suficiente altura?

La niña se rio y le tiró del pelo, y el fantasma de la soledad y la melancolía desapareció al instante.



—¿Cuánto tiempo? —La voz de Maude era un suspiro. Ella y Fulke se habían retirado a la alcoba, en la recámara, separada del resto de la estancia por cortinas. Más allá del pesado cortinaje de lana, el suelo estaba ocupado por colchones llenos de hombres, sirvientes y niños durmiendo. Apenas había un centímetro cuadrado libre en la mansión, y ella sabía que todos aquellos hombres tenían excelente oído—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Fulke estaba sentado en la cama. Se había quitado las mugrientas ropas del carbonero y, con gesto de asco, las tiró a un rincón. Ordenó que las hicieran tiras y pudieran así usarse para limpiarse el trasero en las letrinas. No eran útiles para otra cosa. Se había lavado la carbonilla en el bebedero de los caballos, cerca del establo. A Maude le hubiera gustado prepararle un baño caliente, pero no había espacio para semejantes expansiones. Además, sería poco delicado de cara a los demás.

—¿Cuánto tiempo? —repitió Fulke mientras se quitaba la túnica y la camisa limpias. A pesar de sus abluciones, el olor a sudor persistía.

Maude se dio cuenta de que estaba ganando tiempo, y por tanto, la respuesta no iba a ser la que ella querría. Había violado el coto de caza del rey y liberado a William, y al hacerlo, había vuelto a humillar a Juan.

—¿Te irás esta noche? ¿Mañana por la noche? ¿La semana próxima?

Fulke se tapó la cara. Maude le miró las manos y recordó el escalofrío que habían desatado en su cuerpo el día que se casó con Theobald. Se enamoró de Fulke la mañana de su casamiento. Desde entonces había caminado por el peligroso hilo de una tela de araña en la que ahora estaba atrapada.

—Más temprano que tarde —dijo al fin, bajando las manos y mirándola con ojos oscuros como el carbón, brillantes a la luz de la débil lámpara de aceite—. No quiero comprometer al arzobispo Hubert. Éste es un santuario para ti y los niños, no para mí.

—Entonces no es santuario alguno. —Se desató las cintas de los zapatos y se los quitó, resistiendo el impulso de tirarlos—. No puedo soportarlo —dijo, pero sabía que eran palabras inútiles. Tenía que soportarlo, porque no había otra solución. Era capaz de correr tras él por los bosques, las colinas y los valles, pero los niños no, y ellos eran lo más importante. Le miró a los ojos y su respiración se aceleró—. ¿Abandonarías Whittington por mí y por los niños? —preguntó.

—¿Y mis principios y mi orgullo, mis seis años de lucha y los cincuenta de mi familia? —Su tono de voz era tranquilo, pero ella no se engañaba.

—¿Vale la pena sacrificar por ello tantas cosas?

—Eso depende del valor que se dé al honor, que se considere oro o basura.

—Entonces, tu honor no tiene precio, y por eso tu vida es una basura.

—Por eso mi vida es honorable. De lo contrario, yo sería basura.

—Pues no hay más que decir. —Maude se mordió el labio, con los ojos llenos de lágrimas de frustración. Sabía que, si le pedía que se rindiera, si rogaba y lloraba,

acabaría haciéndolo por ella, pero sería una victoria vana. Como acababa de decir, se sentiría disminuido a sus propios ojos. Posiblemente terminaría detestándola, por obligarle a capitular contra su voluntad. Si dañaba su honor, le dañaba a él. Pero la alternativa de una vida en el exilio, rara vez juntos, siempre atentos a que no les atraparan, era igualmente desagradable.

Al día siguiente se marcharía. Por tanto, sólo tenían esa noche y ella no quería desperdiciarla en recriminaciones y peleas.

Las lágrimas brillaron en sus pestañas y corrieron por sus mejillas. Le dolía la garganta de tanto contener el dolor. Se entretuvo con los lazos de su vestido. Fulke le acarició la mano.

—Si pudiera, lo haría —dijo.

—Lo sé —musitó con voz ahogada—. No hables. No digas nada.

Cegada por las lágrimas, fue incapaz de deshacer el lazo con el que jugueteaba nerviosamente. Fulke lo intentó, pero sus manos temblaban, y al final tuvo que cortarlo con su cuchillo. Maude se quitó el vestido, lo que resultó una tarea abrumadora, teniendo en cuenta su mucha tela y el pequeño espacio que había en la alcoba. Arrebatada, agitada, llorosa, se arrodilló ante él, disfrutando de su olor y llenándose los ojos con su dura y masculina belleza. Estaba loca de deseo, pero sabía que, si bebía la primera copa, querría más, y que se lo negarían. Descansando las manos en el dobladillo de la camisola, se la quitó. Luego se soltó las trenzas y sacudió la cabeza, cubriéndose la cara con la hermosa seda de su pelo.

—¡Por Cristo! —exclamó Fulke en voz baja. Maude alargó la mano para tocarle, y luego le apartó cariñosamente mientras su mano se posaba sobre su piel. Le tocó el cuello, el hombro, el pecho. Maude tomó aliento. Buscó su mirada y vio que luchaba por controlarse. Pero decidió que esa noche no se privaría del amor.

Lanzó los brazos en torno al cuello de su marido y ambos rodaron por la cama.

—Ahora —exigió con fiereza—, tómame ahora.

Fue casi una repetición de la noche de bodas: el espacio cerrado para crear la ilusión de que había intimidad; la proximidad de otros, que aumentaba la intensidad de su pasión amorosa, y la consciencia del peligro en el que estaban, que aumentaba una urgencia alimentada por meses de separación. Era una batalla pasional al rojo vivo; veloz, profunda y estremecedora.

Se sumieron en la tormenta, batidos por olas de sensaciones, medio ahogados en brazos del otro, luchando como náufragos que salieran a la superficie tras ser tragados por la marea. Maude se apretó contra el cuerpo húmedo de su marido, degustando el sabor salado de su piel, sin deseos de abandonar el abrazo. Sintió el latido de su pecho, que parecía un trueno, un caballo lanzado al galope. Acompasó el corazón al del compañero, los dos pechos latieron al unísono. Sólo tenían aquella noche, y tardarían en olvidarla, si es que lo hacían alguna vez.

El segundo encuentro fue suave, lánguido, como una dulce ola que muriese sobre la arena. Después se durmieron abrazados. Se despertaron cerca del amanecer, para

fundirse nuevamente en el placer y la tristeza de la necesidad.

Se saciaron, y luego les costó levantarse. Querían aprovechar hasta el último segundo de proximidad que les quedaba. El sonido de otras voces llegaba a través de las cortinas. Alguien preguntaba en susurros si debían despertarlos o no.

Fulke se incorporó para abrir las cortinas. Maude detuvo su brazo con un gesto instintivo, pero luego lo retiró. El tiempo, a diferencia del vino, no puede guardarse, por más que se quiera. Suspirando, se sentó, y buscó la camisola en la oscuridad. Fulke entreabrió las cortinas.

—¿Qué pasa? —preguntó rudamente—. Si es una tontería, os mataré. Si no, estáis perdiendo el tiempo.

Philip y William intercambiaron miradas. La cara de este último llevaba las señales de la paliza que le habían propinado sus captores, y estaba levemente encorvado, para no forzar las maltratadas costillas.

—El vigía ha visto jinetes acercándose —anunció—. Philip ha dicho que no es un ejército y que no te molestáramos, pero yo he preferido que estuvieras al tanto.

—¿Llevan estandartes?

—De Salisbury y Chester.

—Que entren. Bajaré en cuanto me vista.

William miró triunfante a Philip, que esbozó una sonrisa.

—Tal vez, finalmente, estés aprendiendo —dijo el segundo, y recibió un insulto como respuesta.

Fulke cerró las cortinas del lecho y buscó su camisa.

Maude hurgaba en un estrecho cofre colocado entre el pie de la cama y la pared. Allí había ropas cubiertas con pétalos de rosa secos y corteza de canela. Eligió un vestido de lino verde con ribetes rojos. La tintura comenzaba a clarear, en los bordes, pero aún era una indumentaria adecuada para recibir a dos condes. En cualquier caso, era mejor que el que llevaba la noche anterior. Dios sabía dónde podría acomodar a Salisbury y a Chester. Malling estaba lleno como un barril de arenque salado.

—¿Qué crees que les trae por aquí?

Fulke se encogió de hombros.

—Puede que nada, puede que todo. Vayamos a averiguarlo.

Salisbury y Chester estaban ya en la gran sala. Clarice les había atendido, como atestiguaban las copas de vino que ambos tenían en las manos. Miraban con curiosidad a la seria niña de rostro amable que ahora les preguntaba por las peripecias de su viaje.

—¿No es una de las tuyas, Fulke? —preguntó Salisbury cuando los hombres se dieron la mano y Maude gentilmente le dijo a Clarice que se marchara a cuidar de los otros niños.

—No, Maude la está cuidando. Es pariente del arzobispo.

—Algún día será una formidable esposa.

—Sí, incluso da miedo. —Fulke sonrió para mantener las formas, pero sus ojos

estaban cansados. Aunque se observaran las formalidades sociales, aquello estaba lejos de ser una visita de cumplido. Maude regresó y, reemplazando a la pequeña anfitriona, condujo a los hombres a un rincón más tranquilo de la sala, donde había un banco con almohadones y dos sillas dispuestas en torno a un brasero.

—Supongo que estáis aquí por lo que sucedió ayer —dijo Fulke.

Salisbury carraspeó.

—Sería tonto pretender otra cosa. —Cruzó las piernas y se miró los zapatos—. Mi hermano nos ha autorizado a Ranulf y a mí a buscarte y aceptar tus condiciones.

El corazón de Fulke dio un vuelco. Percibió tras él la total inmovilidad de Maude.

—Mis condiciones —masculló, y se mordió la lengua—. ¿Qué condiciones?

—Te rindes a Juan, le aceptas como tu señor y él te devuelve tus tierras.

—¿Incluyendo Whittington? —Fulke era incapaz de ocultar la incredulidad latente en su voz.

—Incluyendo Whittington. Tengo su palabra. —Lo siento, mi señor, pero la palabra del rey no es suficiente.

Salisbury enrojeció.

—No puedes reprocharle que arrestase a tu hermano. Cualquiera habría hecho lo mismo si estuviera en el lugar de Juan.

—Tal vez, pero no puedo confiar en él. No me vale lo que diga, sólo los hechos y los documentos.

Suspirando, Salisbury buscó en el estuche de cuero que llevaba al hombro y sacó un rollo sellado.

—Tengo aquí un salvoconducto del rey para ti, tus hermanos y todos tus hombres, que os permite marchar a Westminster sin peligro y hacer las paces allí. Hemos sido testigos Ranulf, el obispo de Norwich y yo. —Le entregó el pergamino—. Juan está tan cansado de este conflicto como tú. Por Dios, reconoce que hay que ponerle fin.

Fulke cogió el rollo y rompió el sello con su cuchillo.

—Es una pena que no lo reconociera él hace seis años —dijo tristemente y desenrolló el documento para mirar la prolija escritura en tinta marrón de uno de los escribanos de Juan. La firma era del propio monarca, y debajo de ella figuraban los nombres de los importantes testigos—. ¿Es la única copia?

—John de Grey ha enviado una a Norwich y otra al canciller —dijo Ranulf—. No confíes, si no quieres, en el rey, pero puedes confiar en sus intenciones esta vez. Necesita tu lealtad. Fulke sonrió sin alegría.

—Y la podía haber obtenido también hace seis años. —Devolvió el pergamino a los dos condes—. Entonces yo estaba solo. Los hombres se peleaban para complacer al nuevo rey, ofreciéndole toda clase de sobornos en busca de favores. Vendían el alma. Ahora hay más descontento. Juan está perdiendo Normandía. Y también, dicen algunos, peligra en la propia Inglaterra. Yo no creo eso, pero ¿qué hay una latente rebeldía? —Se inclinó hacia delante para ser más persuasivo—. La incipiente sublevación necesita a un guerrero como yo para que sea real. Tal vez me bastara

persuadir a mi suegro y a los nobles del norte para que se alcen y arrastren consigo a los escoceses y a los galeses, y Juan tendría una guerra civil entre manos. Puede que yo sea una pequeña pieza del engranaje, pero son esas piecicillas las que hacen funcionar las grandes máquinas... para bien o para mal.

—No recibirás una oferta mejor —dijo Salisbury, algo rígido.

—Oh, lo sé, mi señor, lo sé. Y no aspiro a mejor posición, pero, así y todo, en medio de toda esta amargura, es un placer que sean dos condes los que me traigan en persona la oferta del rey. —Se puso en pie, fue hasta Maude y le entregó la carta—. La herencia de nuestro hijo, y la dote de nuestras hijas —le dijo.

—Entonces, ¿aceptas? —preguntó Salisbury.

Fulke pasó el brazo por los hombros de Maude.

—Puedes decirle al rey que iré a Londres y me rendiré a él, tal como requiere. —Miró a los dos hombres—. También puedes decirle la palabra «tablas». Él sabrá lo que quiero decir.



El cielo estival era de un azul profundo, reflejándose en el Támesis frente al palacio y a la abadía. El río era una cinta brillante extendida hacia la ciudad, corriente abajo. Fulke observó el tráfico de galeras, barcazas y botes, cisnes, cormoranes e incansables gansos. Se decía que éstos ponían sus huevos en el mar y que, por estar relacionados con los peces, podían comerse en viernes sin romper la vigilia.

Fulke aspiró profundamente. Sabía que estar allí, mirando los gansos y preguntándose por su naturaleza y sus hábitos, era una frivolidad, una pérdida de tiempo. Le esperaba el palacio de Westminster, y dentro, como la bestia en su madriguera, Juan.

Habían pasado dieciséis años desde la última visita de Fulke a Westminster. Entonces era un joven de diecinueve años, deslumbrado por el brillo de los caballeros. Allí había presenciado la coronación de un rey, recibió la orden de caballería en la capilla, se cruzó con una niña que llevaba un sencillo vestido azul y los ojos brillantes de indignación, sin imaginar que un día sería la madre de sus hijos. Y antes, había jugado al ajedrez con un borracho y vengativo muchacho malcriado, que hoy era rey.

—¿Estás preparado? —preguntó Salisbury.

—Lo estoy —dijo, y recibió una palmada de ánimo en el hombro de Ranulf de Chester.

—Mañana podrás ir a tu casa en Whittington, o a Lambourn, o a Alberbury, donde quieras —aseguró el conde, en cuya casa en la ciudad, a orillas del río, se alojaban Fulke y su familia.

El caballero rebelde asintió, pero se le escapó un gesto de desagrado ante la idea de rendirse a Juan. Su único consuelo era que también Juan debería rendirse a él y

entregarle Whittington, la razón, aunque no la raíz, de la pelea.

Fulke y sus hombres se habían vestido con sus mejores galas. Él llevaba su cota, que había sido pulida hasta lograr que el acero brillara como si acabara de salir de la herrería. Encima de ésta, el sobrepelliz de seda roja y dorada con el emblema de los dientes de lobo. Sus hermanos vestían del mismo modo. Tenían un aspecto marcial, formidable, tal y como deseaba Fulke.

Los hematomas de la cara de William ya eran apenas unas pálidas señales amarillentas. Sonrió a Fulke.

—Es su última oportunidad —le dijo a su hermano mayor en voz baja—. Si reniega de su promesa, no me impedirás que le mate.

Fulke le miró de reojo. Salisbury llevaba en custodia la espada de Fulke, que debía entregar a Juan como gesto de rendición. Ninguno de los hombres del caballero podía llevar siquiera un cuchillo de cocina encima; pero sabía muy bien que su hermano William tenía un puñal oculto en la bota.

—No, no te lo impediría. Te lo prometo.

Salisbury les condujo a la sala Rufus, donde Juan esperaba con su corte. La estancia, a pesar de su enorme tamaño, estaba repleta de oficiales, administradores, cortesanos, suplicantes y sirvientes. Era una marea humana movilizada por el hombre bajo y fornido, de cabello oscuro, que se sentaba en un trono, en un extremo de la sala. Fulke pensó en un hormiguero, o en un panal de abejas. Había en la estancia el mismo bullir. A pesar de su antipatía por el rey, estaba impresionado, pero se cruzaban demasiados recuerdos desagradables. La partida de ajedrez en la tarde invernal; la confrontación en el castillo de Baldwin, cuando, frente a toda la corte, Juan le había otorgado Whittington a Morys FitzRoger. Aunque Fulke estaba allí con la garantía de un salvoconducto, no confiaba en su enemigo, y nunca lo haría.

Salisbury envió un heraldo para anunciar al rey su llegada. Juan inclinó la cabeza para escuchar al mensajero, y luego se irguió y miró hacia el otro extremo de la sala, con las manos reposando sobre las cabezas de león que remataban los brazos del trono.

Fulke sostuvo la mirada de Juan. En la distancia no podía ver qué ocultaban sus ojos. ¿Odio, resignación, cansancio? O tal vez, como los suyos, disgusto y un deseo de terminar con el eterno episodio. Era tiempo de pasar página, aunque fuera consciente de que había una anterior que jamás podría olvidarse.

Juan hizo una señal con su índice para que se acercaran. Fulke se puso de pie y, con Salisbury a la derecha y Chester a la izquierda, caminó por la sala, seguido por sus hombres. Sólo veía a Juan, aunque sabía que un pasillo de oficiales y cortesanos observaba su paso. Sus ojos enfocaban exclusivamente el trono y al hombre sentado sobre él. Juan, rey de Inglaterra, señor de Irlanda, duque de Normandía y Aquitania y conde de Anjou, por la gracia de Dios. No llevaba la corona, y cuando Fulke se acercó vio que su pelo, tiempo atrás negro, se estaba volviendo gris, y que las arrugas habían comenzado a surgir entre la nariz y la boca. Sus oscuros ojos estaban

entornados. Desde el último encuentro, Juan había aprendido a ocultar sus pensamientos. Su rostro no dejaba entrever nada.

Cuando llegó al pie de la plataforma, Fulke hizo un alto. Salisbury y Chester se arrodillaron. El caballero tomó aire, como quien se dispone a lanzarse a aguas profundas, y luego se arrodilló entre ambos, inclinando la cabeza y dejando al descubierto el cuello, para el golpe simbólico de la espada. Detrás de él escuchó el susurro de las telas y el tintinear de las mallas cuando sus hermanos y sus hombres también se arrodillaron. Después esperó, con la vista fija en los juncos y las hierbas frescas que habían esparcido por el suelo para perfumar el ambiente.

El silencio se extendió sin que Juan lo interrumpiera. Fulke procuró relajarse, no apretar los puños ni la mandíbula. Notaba la tensión de William, preparado para saltar como una catapulta.

Por suerte, Salisbury rompió la insoportable tensión.

—Señor, he traído a Fulke FitzWarin a tu presencia para que pueda rendirse a tu clemencia y para que puedas hacerles justicia respecto a sus tierras —anunció.

Salisbury debió de haberse pasado despierto toda la noche preparando aquella frase, pensó Fulke, que aún miraba el suelo. Escuchó el susurro de la tela cuando Juan se movió en el trono.

—Bien —declaró el rey, con tono susurrante—. Que Fulke FitzWarin pronuncie las palabras de rendición de propia voz.

Fulke respiró hondo para dominarse. Era lo más difícil que tenía que hacer, someterse al hombre cuya injusticia le había puesto fuera de la ley. Alzó la cabeza y miró a Juan a los ojos, y vio una maligna alegría. «Bastardo», pensó Fulke, y una repentina ráfaga de ira rompió su calmado talante. El nudo que tenía hasta ese momento en la garganta se desvaneció y alzó la voz para que sonara con fuerza y orgullo y los hombres volvieran sus cabezas.

—Yo, Fulke FitzWarin, me rindo junto con mis hombres al juicio de Juan, rey de Inglaterra por la gracia de Dios. Le reconozco como mi señor y juro servirle honorablemente con el máximo esfuerzo y la mayor habilidad a partir de este día. En señal de rendición, le entrego mi espada, para que la quiebre o la devuelva, como considere apropiado.

William de Salisbury se adelantó y presentó a Juan la espada envainada de Juan, con el cuero de la funda cuidado pero gastado, y la empuñadura cubierta con piel de ciervo.

Juan cogió la espada y, poniéndose de pie, se acercó hasta Fulke arrodillado a la cabeza de sus hermanos y sus hombres.

El caballero notó que se le erizaba la piel de la nuca. Presentía que William estaba preparándose para sacar el cuchillo oculto en su bota y lanzarse contra Juan.

Lentamente, el rey desenvainó la espada. Forjada a la medida de Fulke, muy alto, parecía enorme en manos de Juan. De brazos más cortos, su cuerpo robusto resultaba inapropiado para la longitud de la espada y el mango.

—Quebrar o devolver —murmuró Juan, viendo su imagen reflejada en el metal pulido. Salisbury carraspeó y el rey miró brevemente a su hermano—. Yo decido. —Hizo una pausa interminable y avanzó, por fin, hacia Fulke—. Hay quienes dicen que debería haberte entregado Whittington la primera vez que viniste a mí, pero ya me lo había pedido un hombre con una reclamación que igualaba, como poco, tu derecho de herencia.

Dispuesto a no morder el anzuelo y darle a Juan una salida para romper la baraja, Fulke guardó silencio. El suelo, pese a la capa de juncos, era duro y empezaba a notarlo en las rodillas. Deseó que William se controlara y mantuviera quieta la mano.

—¿No respondes? —Juan se plantó ante Fulke, con la espada en alto.

—No, señor —respondió, impasible—. A menos que quieras que repita mi promesa de rendición. Ambos sabemos por qué estamos aquí. —Miró a su alrededor, recordándole a Juan que la escena tenía testigos—. Y también lo saben todos los demás.

Juan apretó los labios.

—Me pregunto si en realidad lo saben. —De pronto, hizo un gesto a Fulke—. ¡De pie!

Fulke casi tropezó cuando sus doloridas rodillas volvieron a soportar su peso. No era poca cosa, ponerse de pie con una cota de malla y las piernas entumecidas.

—Guarda tu espada. —Juan entregó a Fulke el arma, como si le diera una migaja a un mendigo. Luego volvió al trono y se sentó—. Ahora ven hasta mí y arrodíllate para rendirme homenaje por tus tierras, Whittington incluido.

El corazón de Fulke latió con fuerza. De pronto, sus dedos le parecieron torpes cachiporras, y tuvo que esforzarse para ajustar la hebilla del cinturón y las cintas de la funda de la espada. Avanzando hacia el trono, se arrodilló una vez más, dolorido y con los músculos de los muslos temblando. Juan se inclinó y cogió las manos de Fulke entre las suyas. Por un instante, ambos estuvieron tentados de retirarlas, con el desagrado claramente visible en sus rostros, pero guardaron las formas. Una vez más, Fulke habló alto, y con voz clara, aunque algo temblorosa, proclamó su homenaje a Juan. Y Juan, a su vez, declaró, aunque menos sonoramente, que aceptaba el homenaje de Fulke y que le garantizaba todas sus tierras, y específicamente, Whittington.

El rey se inclinó aún más hacia Fulke para darle el beso de la paz.

—Y que los predios no te traigan más que tristezas —le susurró mientras sus labios barbados rozaban la mejilla de Fulke.

El caballero no se inmutó, se puso de pie y retrocedió. Luego saludó al rey.

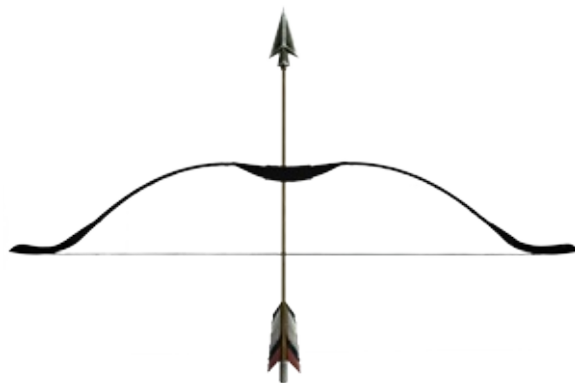
—Gracias, señor. Que todo lo que desees para mi, pueda devolvértelo con creces, como leal vasallo.

Juan le despidió con aire desabrido.

—Puedes irte —dijo—. El juez te dará lo que sea necesario.

Fulke volvió a hacer una profunda reverencia, y después se alejó del rey, con la

cabeza en alto y la mano sobre la empuñadura de la espada. Había ofrecido su rendición y su juramento de lealtad. Juan le había restituido sus tierras. Ahora estaban unidos por un pacto, de señor y vasallo, que a Fulke le recordaba muchos matrimonios de conveniencia, la novia y el novio quedaban obligados por un acuerdo que a ninguno le gustaba, pero que los dos, por necesidad, deberían cumplir. Eran, en efecto, tablas.



CAPÍTULO 34

Castillo de Whittington, primavera de 1206

Maude se frotó las manos y miró con una mezcla de satisfacción y disgusto el montón de juncos para el suelo acumulados durante el invierno, apilado ahora en el rincón de la basura, junto a la muralla del castillo. Las sirvientas habían estado barriendo toda la mañana, y los hombres cargando y acarreado hasta eliminar todo el junco esparcido entre noviembre y marzo. El invierno había sido tan frío que aquellas capas higiénicas se habían amontonado en mayor cantidad que cualquier otro año. Al final, el suelo parecía una esponjosa superficie de basura, por la que casi se caminaba en blando. A primera hora de la mañana había visto gusanos, y decidió ordenar que lo barrieran todo inmediatamente.

Las gallinas, en el patio, se daban un inesperado festín. Con lo que salía de la basura engordarían lo suyo. Al menos, pensó consolándose, tanta inmundicia tendría una ventaja: huevos y carne en abundancia.

Se purgó el suelo de tierra apisonada con cenizas y sal antes de colocar una nueva capa de juncos verdes, abundantemente rociada con lino para espantar las pulgas, y lavanda para mejorar el olor. Al menos, la sala estaría presentable para recibir a Fulke cuando regresara. Había estado muy ocupado desde el comienzo del deshielo, visitando todas sus granjas, lejanas y cercanas, dispensando justicia, recibiendo informes de los jefes de las villas y los capataces. A veces llegaban cartas escritas de su puño. Era un logro, pero resultaban difíciles de leer. No eran material para trovadores. Para un hombre que manejaba la espada con tan rara habilidad, la pluma parecía ser un instrumento misterioso, imposible. Estaba bien. Esperaba que ella estuviera bien. Esperaba que los niños estuvieran bien. De ahí no pasaba. La última misiva había llegado de Wiltshire tres días antes y dejó a Maude a mitad de camino entre la indignación y la risa.

Un infantil grito de alegría hizo que se volviera. Hawise empujaba a su hermano en una de las carretillas. El sol hacía de sus cabellos una nube amarillenta, y encendía los rizos de Hawise como si fueran de fuego.

—¡Ten cuidado! —gritó Maude.

Hawise giró para mirar a su madre y la carretilla se volcó, mandando al suelo al pequeño ocupante. Los gritos de placer se convirtieron en gritos de sorpresa. Maude corrió hacia ellos y cogió al lloroso Fulke en brazos.

—Ha sido sin querer. —Dijo Hawise, mirando ansiosa a su madre.

Maude reprimió las ganas de regañarla. Hawise crecía cada vez más y más parecida a su tío William. Era impulsiva y obstinada, y con frecuencia se metía en líos. Era imposible sentarla con una muñeca de paja, como a Jonetta, o con un bordado, como a Clarice, y esperar que se quedara quieta.

—Sé que no lo hiciste adrede —dijo, esforzándose por mantener tranquila la voz. Aparte de un pequeño golpe en la cabeza, Fulke parecía estar bien. Le apartó el pelo de la frente y le besó. El pequeño se retorció en sus brazos, olvidada ya la caída, y exigiendo volver a la carretilla.

—Hawise empuja —ordenaba, impaciente. Su vocabulario aun era escaso, pero ya tenía claras las palabras más importantes.

Maude se rindió. No podía cubrir a sus hijos con un manto de devoción maternal tan espeso que los ahogara. La mujer de su padre había dado a luz un hijo el año anterior, y tanto era el orgullo de Juliana, tan grande su ansiedad por el niño, que lo mimaba y protegía más allá de lo que Maude consideraba razonable. Lo mismo hacia su padre, lo que para Maude era casi peor, puesto que ella había soportado su indiferencia durante toda su miserable infancia.

Suspirando, se alejó del montón de basura y regresó a la sala donde las criadas habían comenzado a fregar el suelo con un fuerte jabón, de olor tan intenso que casi hacía saltar las lágrimas. Clarice, como siempre, estaba en medio de todo, disfrutando con los quehaceres hogareños.

—Niña, me sorprendes —dijo Maude agarrando una escoba y poniéndose a barrer al lado de Clarice. Si tenía que exigir a las criadas que trabajaran duro, debía dar ejemplo, aunque detestara barrer y fregar. Además, cuantas más fueran, antes acabarían con aquel trabajo infernal—. ¿Por qué te gustan tanto estas tareas?

Clarice sopló para quitarse de los ojos un mechón de pelo castaño y sonrió serena.

—Me gusta hacer que las cosas funcionen y mejoren —dijo—. Me gusta que estén bien. La sala se estaba volviendo un sitio horrible. Cuando terminemos, quedará preciosa.

Una santa en ciernes, pensó Maude, aunque Clarice no tuviera especiales inclinaciones religiosas. Llevaba una gran cruz de plata y brillantes sobre el pecho, pero no era un signo de gran devoción, sino una herencia de Hubert Walter, que había muerto de un ataque poco después de que Fulke recuperara Whittington. Maude recibió una joya similar, con amatistas, y un breviario con tapas de marfil. Siempre lo

llevaba a misa y rezaba con él sus plegarias por Hubert... y por Theo. Ella y Fulke debían a ambos hombres más de lo que jamás podrían haberles pagado. Theo nunca habría admitido que le debían nada, y Hubert habría rechazado los agradecimientos con una amistosa aunque cínica risa, afirmando que nadie hacía algo bueno sin motivo. Maude llevaba el recuerdo de su generosidad en el corazón, y rezaba especialmente por sus almas.

A mediodía, el suelo estaba completamente limpio y seco, mientras todos comían en el patio. El cocinero y sus ayudantes habían preparado un guiso de legumbres, espesado con centeno y abundante cantidad de pan. Todos estaban hambrientos, y la comida desapareció rápidamente. Después, volvieron al trabajo. Transportaron los juncos cortados y puestos a secar la semana anterior hasta la sala y los dejaron en montones en el suelo. Maude puso a los niños a esparcir las hierbas olorosas. Trabajó incluso el pequeño Fulkin, como le llamaban cariñosamente, a quien le resultaba divertido coger puñados de hojas secas y tirarlos al suelo.

Maude dejó a los niños bajo la vigilante mirada de Gracia y Clarice y fue en busca de la lechera para hablar con ella de los quesos, pero se detuvo al llegar al patio y ver a una tropa de jinetes cruzando el foso. Brillaban las cotas, sudaban los caballos, jadeaban los mastines, con la lengua fuera junto a las monturas.

—¡Fulke! —La simple pronunciación del nombre fue un benéfico conjuro. Se sintió deshecha de placer, y enseguida recordó que llevaba su vestido más viejo y que su pelo estaba cubierto por un ajado pañuelo. Fulke tiró de las riendas, desmontó con movimientos ágiles y le entregó las riendas al caballero—. ¡Fulke! —Esta vez su grito fue más fuerte y corrió hacia él. Su marido la abrazó y la hizo girar hasta hartarse de verla. Se besaron. Los perros, contentos y excitados, casi les derribaron. Ivo, sonriente, los agarró del collar y se los llevó.

—No te esperábamos. ¿Por qué no avisaste? —Estaba eufórica, radiante. El pañuelo se le había aflojado. Intentó colocárselo de nuevo, pero Fulke fue más veloz y se lo quitó de la cabeza. Cayeron las trenzas, liberadas, brillantes al aire y al sol.

Una juguetona expresión cruzó su rostro.

—Era más fácil cabalgar que escribir —dijo—. Además, te envié una carta hace poco.

Maude puso cara de asombro.

—¿Eso era una carta? —dijo arrugando la nariz.

—No soy Jean de Rampaigne —se disculpó poniéndose un poco colorado—, no tengo habilidad con la pluma, pero creí que ya sabías lo que guardo en mi corazón.

—No basta con saberlo, también conviene oírlo y escribirlo, y decirlo...

—Si prometes no regañarme más, te juro que recuperare el tiempo perdido.

Maude entornó los ojos, pensando si estaba de humor o no para que la sobornara.

—No te prometo nada, al menos hasta que no te hayas quitado de encima la mugre y el olor de tus viajes.

Fulke la miraba, divertido, de arriba abajo, desde las trenzas deshechas hasta el

sucio dobladillo de su vestido.

—¿No dice la Biblia que, antes de criticar, es preciso reconocer los pecados de uno?

—Venga, vamos dentro —replicó Maude, consciente del estado de sus prendas e irritada porque su marido se saliera de nuevo con la suya—. Hemos estado poniendo juncos nuevos en la sala. No hay mucho para comer, sólo potaje y pan. Pero todas las estancias huelen de maravilla. O así era al menos hasta que llegaste.

La siguió con una sonrisa asomando a su boca. Maude ordenó a dos sirvientes que llenaran una bañera y Fulke fue a saludar a los niños, que esparcían hierbas laboriosamente. De inmediato hubo una explosión de voces reclamando su atención.

Con un ojo puesto en la alegría de su familia, la dama habló a los hombres de Fulke, les preguntó por su salud, se encargó de que hubiera vino en sus copas y que los hambrientos tuvieran al menos algo de potaje y pan. De sus cuñados, sólo Ivo y Richard estaban presentes. Los otros cumplían obligaciones en diversas posesiones de los FitzWarin. William era responsable de Whadborough, en Leicestershire, lo cual le mantenía alejado de sus habituales problemas. Alain le servía como ayudante, y Philip estaba a cargo de Alvaston.

Cuando la bañera estuvo lista, Maude dejó a la muy competente Clarice haciendo las funciones de anfitriona y fue a rescatar a Fulke de las garras de sus hijos. Cuando Hawise quiso seguirle al aposento, Maude la echó.

—Aunque agarres la más infernal de las rabietas, no te servirá de nada —le dijo a su hija, que ya se disponía a gritar—. Tu padre jugará contigo más tarde. —Hizo un gesto a Gracia para que se ocupara de la niña y corrió enérgicamente la cortina.

Fulke se quitó el cinturón y lo dejó sobre el cofre. Luego se desprendió de su túnica.

—Dices que es cabezota como yo, pero sé a quién se parece de verdad —murmuró.

Maude puso un jabón con aroma de menta y romero junto a la bañera, y señaló un banco cercano, para que se sentara mientras ella le desataba las perneras.

—Entonces —dijo Maude—, ¿vas a decirme de palabra todo lo que no escribiste en eso que llamas carta?

Acarició con suavidad sus trenzas.

—Más tarde —le dijo—. Ahora no puedo hablar, dudo que pudiera decir nada coherente. Te deseo demasiado.

La mujer alzó la mirada. Justamente era lo que quería oír, lo que le hubiera gustado leer en la carta de su marido. Rodeó el cuello de Fulke y se dejó llevar por la ardiente dulzura de la pasión. Él puso las manos en sus glúteos, la joven empujó su pelvis contra la de su marido, y notó que su miembro estaba erecto como una vara.

Entre besos y caricias se quitaron febrilmente la ropa. La posibilidad de que alguien abriera las cortinas y les descubriera añadía urgencia, aumentaba el deseo. No había cama en aquella habitación, sólo un angosto banco, totalmente inadecuado. El

suelo, lleno de juncos, tampoco servía. Quedaba la bañera.

—Hay sitio para los dos —murmuró Fulke—. Si te sientas sobre mí.

Riendo, Maude le miró la enorme entrepierna.

—¿Estás seguro?

El hombre se metió en la bañera, se sentó en el agua caliente y le tendió la mano.

—¿Por qué no vienes y lo averiguas?

Riendo como una adolescente, Maude le cogió la mano y se metió en la bañera. No lo hizo como una jovencita, sino como una mujer experta; se sentó sobre Fulke y, con lentitud, fue descendiendo.

—¿Qué te parece? —preguntó él con voz alterada—, ¿tenía razón?

—Por muy poco —respondió Maude. Empujó hacia abajo, se movió rítmicamente sobre su cuerpo, y escuchó complacida los suspiros de placer. No era la postura habitual, pero resultaba sumamente placentera. Estar encima también implicaba tener el control. Podía alargar o acortar la cópula a placer. Con una sonrisa sensual en los labios, comenzó a moverse con infinita y exquisita lentitud.



El agua que quedó en la bañera estaba casi fría cuando terminaron. Maude se sentó en el banco, cubierta con una sencilla túnica limpia, secándose las puntas húmedas del pelo. Fulke, adormilado, intentaba ajustarse con dedos torpes las perneras a las calzas.

—Dudo que la más hábil de las lavanderas de Southwark pueda igualar tu talento. Maude le miró intensamente.

—¿Y por qué sabes tanto de las lavanderas de Southwark?

—No sé nada, bueno, sólo de oídas. William de Salisbury tiene una como amante, pero no la conozco. Él y su mujer no suelen estar nunca de acuerdo, y debe ser raro que sus cuerpos se encuentren alguna vez —dijo con un resoplido—. Además, no me dejas ni la energía ni el dinero necesarios para hacer uso de las mujerzuelas de Southwark.

Maude mostró sorpresa en el rostro.

—Me alegra saberlo. —Le miró—. ¿Ya tienes la cabeza despejada, o he logrado que la perdieras? ¿Puedes o no puedes hablar?

—¿Qué? —preguntó Fulke, parpadeando.

—Prometiste en aquel momento que me deseabas demasiado como para ser coherente, que me contarías más tarde lo que no habías escrito en tu carta.

—Ah, sí. —Finalmente terminó con las perneras y la miró sonriente—. Tienes razón. A veces parece que mi cerebro hubiera pasado por un fino colador... por no mencionar lo que noto en otras partes.

Maude mostró indignación.

—Basta de bromas. Habla.

—Tendré que marcharme de nuevo, pero dentro de un mes.

La joven le miró recelosa.

—¿A dónde?

—A Irlanda.

—¡Irlanda! —Le miró sorprendida. Había pensado que iría a Lambourn, Devon o Yorkshire. Aquello significaba ausentarse todo el verano, y tal vez la mitad del otoño. El frío mar irlandés. Verdes apagados y grises brumosos. La tumba de Theobald. Una sensación de difuso peligro, como una húmeda niebla irlandesa, se apoderó de ella—. ¿Por qué allí?

Fulke empezó a ponerse una túnica y respondió.

—Por las tierras que te legó Theobald. Guillermo el Mariscal, el administrador, me ha pedido que vaya, puesto que él está ocupado en la corte y Juan no le deja partir. Debo ir porque son mí responsabilidad, igual que cualquiera de las otras posesiones. —Su cabeza emergió de la abertura del cuello de la túnica, con el pelo mojado y enmarañado—. Es una obligación que no puedo eludir. Ni debo negarle un favor a Guillermo el Mariscal.

Maude tragó saliva.

—¿No eres más necesario en tus tierras inglesas?

—Por el momento, no. Me he ocupado mucho de ellas y, además, mis hermanos pueden cuidarlas.

—¿No puedes mandarles a Irlanda en tu lugar?

—No —suspiró—. Necesitarían supervisión. Tengo que ir yo. —Cogió su cinturón del cofre.

Maude dejó el peine y se colocó el pelo sobre los hombros, en un gesto que, aunque inconsciente, encerraba algo de desafío.

—Si no tienes más remedio que ir, te acompañaré. —Fulke abrió la boca, pero su mujer no le dejó hablar—. Y no me digas que es peligroso y que Irlanda no es lugar para una mujer. Sé cómo es, estuve en Irlanda con Theobald cuando murió. Si las irlandesas pueden estar allí, yo también. —Tuvo la repentina y clara visión de una mujer de ojos sugerentes y una boca roja y húmeda; la dama que había visitado a Theobald el día anterior a su muerte, como mensajera de desdichas. La sensación de que había peligro aumentó.

—Yo...

—No me harás cambiar de idea, iré contigo —agregó fieramente.

Fulke sacudió la cabeza y rio mientras se colocaba el cinturón.

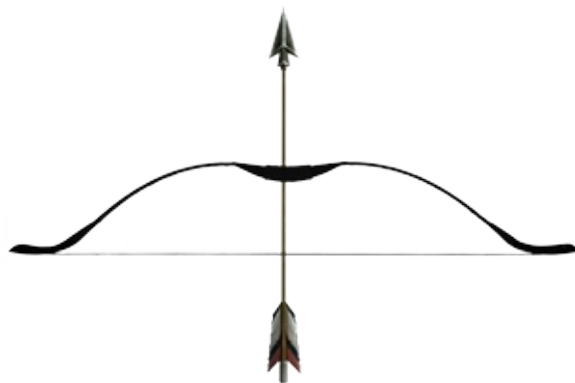
—¡Jesús, Maude, no tienes precio! Sigues siendo aquella niña con una pelota robada en las manos, decidida a jugar a toda costa. Me has destrozado con tu afilada lengua antes de que pudiera hablar. Iba a decir que, si puedes resistir el viaje, la humedad y las nieblas, no hay nada que desee más que tenerte a mi lado.

—¡Oh! —exclamó, enfadada por el sermón e irritada consigo misma por haber saltado antes de que pudiera explicarse. Sabía que, en parte, luchaba contra su propio

miedo al insistir con tanta vehemencia en acompañarlo.

—Quizás prefiera volverme loco con tu compañía que aburrirme mortalmente. — La llevó hacia sus brazos—. No te enfades. La vida es demasiado breve para enfadarse tanto.

—No me enfado —aseguró Maude, poco sincera. A veces le parecía muy borrosa la línea que separaba su deseo de cubrirle de besos de las ganas de molerle a palos—. Ya estoy haciendo el equipaje mentalmente. —Sonrió—. Será ligero, porque en tu compañía necesitaré poca ropa para estar abrigada. —Le besó, le mordió para demostrarle que debía tener cuidado con ella, y consciente de todo lo que la esperaba en la sala, terminó de vestirse.



CAPÍTULO 35

Limerick, Irlanda, verano de 1206

Maude y Fulke se arrodillaron juntos ante la tumba de Theobald, en la abadía de Wothenev, y rezaron por el descanso de su alma, aunque ninguno de ellos tenía duda estaba en paz. La tranquila naturaleza del lugar y el suave canto de los monjes eran suficientes para apaciguar el ánimo más turbulento. En medio de sus plegarias, Maude pensó que solo lamentaba no haber llevado a sus niños para que pusieran las manos sobre la efigie y encendieran velas en su honor. A Theobald le hubiera gustado, le habría encantado saber que ella y Fulke tenían hijos.

Al no saber qué se encontraría en Irlanda, Fulke prefirió que los niños permanecieran en Inglaterra, a salvo de cualquier peligro. Además, el cruce del mar era una odisea para los adultos y mucho más para niños de cuatro, tres y dos años. Clarece podía haber viajado, pero no tenía sentido llevarla sin los demás. Se quedan en la casa de Ranulf de Chester, y aunque podían extrañar a sus padres tanto como éstos a ellos, tendrían los maternales mimos de Clemence de Chester. Maude no consentía que los niños fueran con su abuelo. Le Vavasour parecía haberse ablandado desde la boda con Juliana y el nacimiento de su hijo, pero, recordando su propia infancia, Maude no se fiaba. Nunca confiaría en él.

No se lo había dicho a Fulke todavía, pero llevaba dos semanas de retraso en la menstruación. No tenía mareos, pero notaba los pechos sensibles y sospechaba que estaba nuevamente embarazada. Sin embargo, como había tenido un par de falsas alarmas en los últimos dos años, prefirió no comentar nada hasta estar segura.

Juntos encendieron unas velas y dejaron la capilla, acompañados por un joven monje, alto y buen mozo, con los poderosos huesos de un vikingo. A Maude le resultaba conocido, pero no cayó en la cuenta de quién era hasta que Fulke la ayudó a montar, y ella, al levantar la cabeza, le observó con más atención. Aquellos ojos de

sorprendente color azul refrescaron su memoria.

—Entraste en el noviciado justo antes de la muerte de lord Walter —le dijo al religioso mientras tomaba las riendas.

—Así es, señora. —Hizo una reverencia y pareció complacido de que le recordara—. Tenía vocación y mi madre pensó que era justo que uno de sus hijos rezara por los otros. —Hablaba un francés de leve cadencia irlandesa, blanda como la lluvia—. Ella recuerda a lord Walter con mucho afecto. Sé que le complacerá vuestra visita.

Maude respondió educadamente y chasqueó la lengua para que su yegua iniciara la marcha.

—¿Tu madre? —preguntó Fulke, intrigado.

El joven monje asintió y sonrió.

—*Lady Oonagh O'Donnel*. De Chaumont fue el nombre de su segundo marido, mi padre. Ahora es viuda. Su tercer marido falleció este otoño, Dios guarde su alma. —Se persignó, y también lo hizo Fulke. Maude se alejó sin esperar más, tiesa como una lanza. Pasaron unos minutos antes de que Fulke se acercara trotando, con expresión de interés y curiosidad.

—No sabía que conocieras a *lady Oonagh*.

—No la conozco —respondió Maude secamente—. Sólo la vi una vez, cuando trajo a su hijo al monasterio. Theobald murió inmediatamente después, por lo que estuve ocupada con cuestiones más importantes. No la conozco como para ir a visitarla. —Se colocó la capa, como si fuera un pájaro con las alas fuera de lugar, y miró fijamente a Fulke—. ¿No estarás pensando en ir? —Volvió a ver los almendrados ojos azules y la lujuriosa boca roja, y a escuchar el ronroneo felino de su voz.

Fulke apartó la mirada y la posó en su cabalgadura.

—Es una viuda —murmuró—, y las tierras de su marido en Dacionell limitan con las nuestras en Glencavern. Por razones políticas, si no por compasión, tengo que ir.

—Por razones políticas. Ya veo —repitió, asintiendo vigorosamente—. ¿No tiene entonces nada que ver con los encantos de la dama en cuestión?

—¡No estarás celosa! —bromeó Fulke.

—Ni lo más mínimo. No quiero que hagas el ridículo, eso es todo. Cuando la conocí, vi cómo es. Los trovadores tienen una expresión para tales mujeres: «*Belles dames sans merci*». Hermosas mujeres inmisericordes.

—Sólo he conocido a una mujer así en toda mi vida —dijo, y tendió la mano hasta alcanzar la de su mujer.

—No es necesario que trates de calmarme —espetó, retirando la mano.

—No me atrevería ni siquiera a pensarlo —replicó irónico—. Pero creo que por razones políticas, y para protegerme de mí mismo, mejor sería que me acompañaras.

—Antes preferiría azotarme con ortigas. —Entornó los ojos y le miró—. He intentado recordar lo que le dijo a Theo, pero han pasado muchos años. Fue algo así como que eras un joven ciervo, y que ella estuvo tentada de perseguirte y capturarte.

Que siempre había lamentado dejarte escapar cuando eras un tierno escudero.

—Ahora soy más viejo y más sabio.

—No tan viejo y sabio como Theo, e incluso él tuvo que esforzarse para resistir la tentación.

—Ella también estará más vieja.

—Y por lo tanto más desesperada.

Fulke emitió un sonido impaciente y se alejó, adelantándose un poco. Maude observó sus anchas espaldas, protegidas por una túnica acolchada. ¿Tan importante era la visita?, se preguntó. O confiaba en él, o no lo hacía. O Fulke tenía la capacidad de ver más allá de la superficie, o era tonto. Ni una vez había cuestionado su fidelidad durante los muchos y largos períodos que habían estado separados. ¿Por qué lo hacía ahora? Porque había visto a Oonagh O'Donnell y el encanto que irradiaba. Porque la mujer había hablado de Fulke con ronco placer y con el arrepentimiento de una leona que hubiera rehusado alimentarse y ahora estuviera hambrienta.

Azuzó a su yegua, urgiéndola a que se acercara a Fulke.

—Ve si quieres —dijo con tono más tranquilo, pero con los ojos sombríos.

Fulke la miró.

—Creo que tengo que ir —aseguró—, pero no por deseo o porque la eche de menos. Ya superé esas emociones hace mucho, salvo en lo que se refiere a ti.

Maude sonrió levemente. No podía decir que mintiera, pero podía llamarle adulator.

—Entonces, ¿por qué tienes que ir?

—Por curiosidad. —MoviÓ la cabeza, impaciente—. No, es más que eso. Quiero liquidar un asunto del pasado, enfrentarme a ella como un igual, y no como un escudero sin experiencia.

—Pero ella abusará de ti como adulto. Si hubieras visto como trató a Theo...

Fulke se encogió de hombros.

—Así y todo, si no lo hago, me quedaré insatisfecho.

Maude le miró críticamente. La tendencia a enfrentarse a los desafíos era uno de los rasgos más fuertes del carácter de Fulke, pero no siempre le resultaba ventajoso.

—Sólo te pido que tengas cuidado.

—¿Y no me vas a acompañar?

—No. Tengo que cortar ortigas —dijo.



—¿Alguna vez ocurre alguna otra cosa, además de llover, en este lugar olvidado de Dios? —Gruñó Jean de Rampaigne, cubriéndose la cabeza con la capucha y mirando el encapotado cielo gris. A la muerte de Hubert Walter, había dejado Canterbury y se había convertido en uno de los acompañantes permanentes de Fulke.

—Por eso está tan verde todo —respondió Fulke—. Y yo no lo llamaría olvidado

de Dios, con la cantidad de monasterios y conventos que hay.

—Por influencia normanda. —Jean guio su montura en torno a una profunda huella de carro sobre el camino embarrado.

Fulke sonrió. Se preguntó si Oonagh le causaría alguna impresión. Su recuerdo era como una dulce espina que tuviera aún clavada. Sabía que Maude se oponía a que la visitara, pero si quería quitarse la espina, el único modo de hacerlo era verla, no por lujuria, ni por nostalgia, sino con el talante de quien aborda negocios inconclusos que deben cerrarse.

—Entonces, ¿qué haremos al llegar? ¿Sentarnos a charlar sobre el tiempo?

Fulke bufó.

—Lo dudo —respondió con cierta aprensión en la mirada—. Acaba de enviudar, por causas naturales esta vez —dijo con ironía—. Como vecino, necesito conocer sus intenciones, averiguar si piensa volver a casarse y si, de hacerlo, es con alguien que pudiera iniciar una confrontación con nosotros.

—Entonces, será mejor que te ocultes detrás de tu escudo mientras le preguntas —sugirió Jean—. Si pudo arreglar un accidente de caza para Chaumont, no dudará en enfrentarse con quien se interponga en su camino.

—Y yo no dudaré si me tengo que enfrentar a ella. —Fulke miró la sólida tropa de hombres que marchaba a su espalda, con las cotas brillando bajo la lluvia. Aunque su voz estaba llena de confianza en su autoridad, no podía evitar un cosquilleo nervioso en el estómago. Oonagh O'Donnel era impredecible y no tenía escrúpulos ni compasión.

Cruzaron el límite entre Docationell y Glencavern, señalado por un simple mojón de piedra cubierto de líquenes. Más adelante había muchas de esas piedras adornando el verdor salvaje de Limerick, algunas dispuestas en círculos, otras, centinelas solitarias, inclinándose como si las agitara el viento.

Al acercarse a Docationell, el intenso aroma del verde campo y la leve llovizna fueron eclipsados por el olor a humo. Los hombres vieron una nube que se elevaba y que no pertenecía al cielo gris. Fulke y Jean intercambiaron miradas.

—Parece que no somos los primeros en venir a presentar nuestras condolencias —murmuró Fulke, preparando el escudo e irguiéndose sobre el caballo.

—Puede que no sea más que un granero que se quema —dijo Jean, sin mucha convicción.

—Quizás. —Los irlandeses, como los galeses, estaban siempre enredados en guerras de clanes, y el incendio de uno u otro asentamiento era casi tan habitual como la lluvia. Cuando un señor feudal moría, con frecuencia se desataba el caos, usualmente creado por los parientes del difunto, todos ansiosos de hacerse con su parte de la herencia.

Fulke y su tropa se aproximaron con cautela. Eran suficientemente numerosos como para defenderse, pero no tenía sentido correr riesgos.

La puerta de la empalizada y los postes plantados a cada lado ardían, y los

atacantes estaban a punto de franquear la entrada. Con las piernas desnudas, blandían lanzas, proferían insultos y arrojaban objetos a los defensores, que intentaban apagar las llamas desesperadamente, con ollas y baldes de agua.

Fulke tiró de las riendas al llegar a la cresta de una colina desde donde se dominaba el campo de batalla. Todo parecía estar a favor de los atacantes. Reflexionó.

—O nos vamos, o luchamos —murmuró ajean—. ¿Tienes una moneda para lanzarla al aire?

—Cuando se visita a una dama, es poco caballeroso dar la vuelta sin saludarla —dijo Jean. Fulke miró de reojo a su amigo—. He esperado veinte años para volver a ver a Oonagh O'Donnell —añadió el trovador.

Fulke no estaba seguro de si Jean bromeaba. Sus regulares facciones podían adquirir cualquier expresión que deseara, y sus oscuros ojos marrones eran inescrutables.

—Entonces —decidió Fulke—, lo mejor es que vayamos y nos sumemos a la lucha. —Y urgió a su montura colina abajo, a la batalla.

No tardó en verles un centinela de los atacantes, que dio la voz de alarma. Mientras Fulke y su tropa se aproximaban, los escudos sobre el brazo izquierdo, los caballos alineados estribo con estribo, un heraldo galopó a su encuentro, con una lanza en el puño derecho. A unas diez yardas de la formación detuvo en seco su potro irlandés.

—Te saludo en nombre de Padraig O'Donnell, legítimo dueño de Docationell —declaró en pasable francés de Normandía—. ¿Qué es lo que buscas? —Su túnica era de diseño irlandés, pero llevaba un buen yelmo y una corta cota de malla normandos.

—Y yo te saludo en nombre de Guillermo el Mariscal, señor de Glencavern —respondió Fulke—. ¿Por qué asaltáis este lugar con fuego y con espadas? ¿Dónde están *lady* Oonagh O'Donnell y sus hijos?

El heraldo miró la formación de jinetes y se humedeció los labios.

—Estas tierras pertenecen a lord Padraig —repitió el otro.

—¿Puede probar su derecho a ellas? ¿Ha prestado su juramento de lealtad por ellas?

—No es asunto tuyo. Te prevengo. Vete mientras puedas.

Fulke le dedicó una sonrisa impenetrable.

—No, creo que me quedará. Además... —desenvainó la espada y, moviéndola de derecha a izquierda, contempló su filo—, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la usé. Detestaría que se oxidara en la funda. Díselo a lord Padraig.

El heraldo tragó saliva, y luego hizo girar bruscamente a su potro, dándole con las riendas en las crines. Galopó hasta un caballero cubierto con cota de malla que dirigía el ataque maza en mano, y gesticuló señalando las tropas de Fulke.

—Ahora la carne está en el asador —murmuró Jean, sacando la espada.

Fulke aguzó la vista. A la izquierda del caballero irlandés había un hombre con la

malla y la túnica de un mercenario profesional. Parecía más alto y más fuerte que el resto. Una abundante barba negra le cubría el mentón, y una formidable hacha danesa descansaba sobre su hombro. Fulke conocía el daño que podían causar tales armas. De un solo golpe, arrancaban el brazo de un hombre, o le abrían en canal, de la cabeza al esternón, como si fuera una res.

Evaluó a los sitiadores.

—Es obvio que no podemos darles tregua. Deben pelear o rendirse. Han tenido suficiente tiempo para decidir. Si luchan, no quiero darles tiempo de organizarse. — Hizo una señal para que sus hombres prepararan el asalto. Esperaba que los atacantes huyeran, pero si permanecían firmes, la carga les causaría serios daños.

Jean dejó la capa y bajó la lanza, con su estandarte ondeando en un extremo. Los arneses tintineaban a lo largo de la formación, mientras los hombres los ajustaban a la espera de la orden de ataque. Debajo de ellos, entre la empalizada en llamas y la colina, los hombres de Padraig O'Donnell parecían indecisos, y fueron convocados a formar por el grito de su líder.

—¡FitzWarin! —rugió Fulke, y espoleó a *Llamarada*. Su cuerpo sintió los poderosos movimientos del animal y el temblor de la tierra cuando veinte caballos de guerra se lanzaron a la carrera. Fijó su mirada en Blackbeard. Si lo destruía Padraig O'Donnell, su representado quedaría en mala posición.

Blackbeard blandió el hacha, un arma que su tatarabuelo había usado en los campos de Hastings. La luz brilló sobre el filo, y se movió cortando el viento. La acción fue tan lenta que Fulke pudo ver el esfuerzo de los brazos que la empuñaban y los fragmentos del aire al partirse; pero a la vez fue tan veloz que no pudo evitar el terrorífico golpe.

Cayó el hacha, decapitando la punta de su lanza y entrando en el cuerpo del caballo, partiendo, cortando músculos, tendones y hueso. Fulke oyó su propio grito. Tiró de las riendas y *Llamarada* respondió entre un surtidor de sangre, con las patas delanteras buscando el terreno, y las traseras flaqueando, y finalmente cayendo.

Fulke salió despedido de la montura, chocó contra el suelo y sintió cómo se le quebraban las costillas. Alguien le embistió y el filo plateado de una lanza entró en su costado. Después escuchó el ruido de una espada afilada, y su segundo atacante cayó.

—¡No! —gritó Fulke en medio de una cegadora agonía, mientras Jean de Rampaigne le cubría con su cuerpo y su espada—. Toma el mando, conduce a los hombres. ¡Necesitamos expulsarlos!

Jean dudó por un instante, y luego, asintiendo seriamente, volvió a dar el grito de batalla.

Fulke se arrastró hasta el lancero muerto, y tomando el arma que había blandido, la usó para ponerse de pie. Formas extrañas flotaban ante sus ojos. Peces rojos, estrellas negras, puntos indefinibles. Tropezó y cayó. Se acercaron figuras a la carrera, entre el humo, y escuchó voces que hablaban atropelladamente en gales. Trató de defenderse, pero le detuvieron como si no fuera más que un niño. Entre

todos le llevaron a través de lo que imaginó que eran las ardientes puertas del infierno.



—¿Qué me dices? —preguntó Jean de Rampaigne—. ¿Vivirá?

La mujer que había estado atendiendo a Fulke se puso de pie y se lavó las ensangrentadas manos en una palangana de cobre. No llevaba velo, como correspondía a una viuda, y su pelo, todavía tan negro como recordaba Jean, le caía por la espalda recogido en una trenza. El vestido era adecuadamente sombrío, pero se ajustaba a su figura, marcando las curvas del pecho y las caderas. Más de veinte años después, y cubierta de sangre como estaba, Oonagh FitzGerald, ahora O'Donnel, mantenía casi intacto su atractivo.

—Tiene suerte. La lanza no tocó zonas vitales, pero es una herida fea y ha perdido mucha sangre. También tiene varias costillas rotas.

—No has respondido a mi pregunta.

La mujer le miró fijamente con sus ojos azules.

—Porque no sé la respuesta. Por ahora está a salvo y le he dado una poción para que duerma y pueda ayudar a su cuerpo a reponerse. —Una leve sonrisa curvó sus labios—. Si no recuerdo mal, no es de los que se quedan quietos, a menos que se le obligue. —Miró hacia donde estaba Fulke, en la cama del dormitorio.

Jean también le miró. Su amigo estaba tan quieto que podía haber pasado por muerto. Por suerte, el gigante barbudo había derribado a un semental de cien marcos en vez del hombre que lo montaba, que aprovechó el momento para escapar. Fulke no habría resistido una nueva acometida.

—Si no le sobreviene la enfermedad paralizante o la fiebre de las heridas, no tendrá problemas. Pero pueden aparecer en las próximas horas, hay que esperar un día o más. Debe descansar... y nosotros debemos rezar. —Mientras conducía a Jean fuera del cuarto, tuvo que pasar sobre el enorme mastín que custodiaba la entrada.

—¿Todavía sigues teniendo estos perros?

—Valoro mucho la lealtad, y todavía no he encontrado criatura que se les compare en ese terreno —adujo.

—¿Ni siquiera tu marido?

La mujer se encogió de hombros.

—Un perro da su amor incondicionalmente. —Le condujo a un pequeño cuarto anexo al dormitorio. Cogió dos copas y le sirvió un poco de hidromiel irlandés—. Echo de menos a Niall, Dios lo tenga en su gloria, y le maldigo por morir y dejar que cayera la peste de su hermano sobre mí. —Le ofreció bebida y se le quedó mirando—. ¿Qué te trae de forma tan oportuna a Docionell?

—Negocios, mi señora —dijo Jean, tan poco generoso con la verdad como Fulke lo había sido con Maude—. Por su matrimonio, Fulke tiene tierras en Irlanda,

administradas por Guillermo el Mariscal de Pembroke. Puesto que eres vecina de Fulke, le pareció una cortesía venir a saludar, sobre todo cuando supo por tu hijo en Wothenev, que tu esposo había muerto. —Bebió un trago del hidromiel, que era poderoso y dulce, con regusto a rododendro y trébol.

—Cortesía... —La mujer sonrió—. Serías más honesto si dijeras interés propio.

—Mejor llámalo preocupación por Doanell. Deberías estar contenta por ello. Sin nuestra oportuna llegada, ya no serás la dueña de estas tierras, ¿no?

Ella se mostró de acuerdo levantando el índice.

—Entonces, ¿vinisteis para asegurarnos de que no me case con un señor guerrero dispuesto a pelear con vosotros? ¿Tengo razón? ¿O es que mi canto de sirena ha durado todos estos años?

Jean sonrió.

—Para Fulke no —respondió—. Sólo tiene ojos para su esposa.

Ella le miró con igual humor.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Yo? Yo no tengo esposa. —Aún sonriente, se dirigió hacia la ventana y contempló el paisaje. El olor a humo persistía en el aire húmedo, pesado como una oscura capa, y la gente continuaba trabajando a la luz de las antorchas, con la ayuda de hombres de Fulke, para reparar la puerta rota.

—Volverán. —Se unió a él junto a la ventana, y se reclino contra el muro—. Padraig quiere estas tierras. —Su rostro se crispó—. Asegura que Niall se las prometió antes de morir, pero no es cierto. Dice que él debe gobernarlas, porque Ruadri es un monje con promesa de celibato y Collum apenas tiene trece años. Sena diferente si mi hijo mayor no hubiera muerto en un accidente de caza. Adam habría tratado de expulsarlo. —Le miró desafiante, como si le invitase a tomar partido por ella o rechazarla—. Ahora, tal y como están las cosas... Padraig sabe lo vulnerable que soy.

—Entonces es una suerte que tengas buenos vecinos —dijo Tean lacónicamente. Entre los fuertes sentimientos que le acuciaban no estaba la pena. Casi podía jurar que sentía el calor de su cuerpo proyectándose a través del breve espacio que los separaba.

—Es cierto, es una suerte —coincidió la mujer. Sus telas susurraron cuando se apartó para llenar la copa. ¿Pero cuánto tiempo os vais a quedar? No llegasteis hoy con la intención de librar una batalla. Eso ha sido cosa de buena suerte para mí y de mala para vosotros.

—Nos quedaremos cuanto haga falta —dijo Jean.

—No quieras ganar tiempo con mentiras —comentó burlona—. Las promesas falsas son peores que las que no se hacen. En cuanto Fulke esté lo suficientemente bien como para viajar, te excusarás y te irás.

—Yo me quedaría.

Le miró con ojos recelosos.

—¿Por qué querrías quedarte? —preguntó con acento burlón—. Un pulido caballero normando, un cortesano. ¿Cuál es el encanto de este lugar para semejante joya?

Jean sonrió.

—Siempre fui un hombre dispuesto a superar nuevos desafíos, y si rascas en la pátina que me cubre, verás que lo que hay debajo no está tan pulido.

—¿De verdad?

—De verdad, señora.

—Entonces, no eres diferente del resto. —Oonagh caminó inquieta hasta el dintel de la puerta y miró al herido—. Su esposa, ¿se ha quedado en Inglaterra?

—No, señora. Está en Glencavern y me tomé la libertad de enviar a buscarla. —Estaba de espaldas, así que Jean no podía ver su expresión, pero notó que se ponía rígida.

—Háblame de ella.

—Tal vez la conozcas. Estuvo casada con Theobald Walter.

Oonagh dio media vuelta. Había brillo en sus ojos.

—Delgada y descolorida como el pasto quemado por el invierno —observó—. Sí, la conocí.

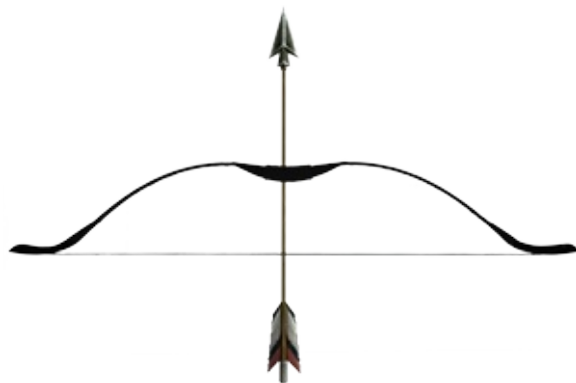
—Fulke ha revuelto cielos y tierra por ella —contó Jean—. Cuando era un proscrito arriesgó la vida para ir a Canterbury y la arrebató bajo las narices del rey Juan. Es una historia de amor de las que se ven pocas. —Se dio cuenta de que no era lo que la mujer esperaba escuchar. Su rostro mostraba rechazo, con los carnosos labios levemente fruncidos—. Ya no es el escudero inexperto a quien podías manejar con una simple mirada —advirtió suavemente Jean—. Entonces era maleable. Ahora verás que es de acero templado.

—Puede ser —respondió sonriendo—, pero vino a visitarme por algo más que el deber. Y yo tampoco soy una joven viuda. Entonces también era maleable, ahora no tanto.

—Lo que le trajo aquí fue el deber, mezclado con una pequeña dosis de curiosidad. Nada más. Sería peligroso pensar de otro modo, y me parece que mi señora ya corre suficiente peligro.

—¿Me amenazas?

—De ninguna manera, señora. Sólo a consejo. —Jean dio un paso atrás—. Ahora, si me lo permite, tengo hombres que mandar en ausencia de Fulke. —Se alejó rápidamente de la habitación, y aunque estuvo tentado de hacerlo, ni se dio la vuelta ni miró atrás. Ella quería a Fulke para tomarse la revancha, por el capricho de rematar lo que no había terminado. Y ahora también por el deseo de tener un protector fuerte para Dacionell, pensó arrugando la frente mientras entraba en el salón principal, lleno de humo. Bueno, cada cual tenía sus necesidades, y estaba dispuesto a demostrárselo.



CAPÍTULO 36

—¡Herido! —Maude se puso de pie y el mensajero retrocedió varios pasos—. ¿Es grave?

—No lo sé, mi señora. *Sir Jean* dijo que le dijera que lord Fulke está fuera de peligro, que está bien atendido.

—Estoy segura de eso. —Maude apretó los dientes. Un horrible vacío, o mejor dicho, una oleada de terror y rabia empezaba a invadir su estómago. Si Fulke no había regresado a casa, sus heridas no debían ser superficiales. O eso, o eran una excusa. Este último pensamiento era tan indigno que de inmediato lo borró, con vergüenza—. ¿Llegaste a ver sus heridas?

El soldado se mordió el labio, y miró hacia el muro, como si fuera de gran interés.

—¿Las viste? —insistió la mujer—. ¡Habla!

—Vi que lo llevaban hasta los aposentos de la señora —dijo, incómodo, el mensajero.

—¿Y nada más?

—Sólo sé que no podía caminar y había más sangre de la que nunca había visto, aunque estoy seguro de que no podía ser toda suya. *Sir Jean* te pide que vayas, y que llesves contigo una fuerte escolta.

Maude asintió. Como pudo, recuperó la compostura y se esforzó por dar las gracias al hombre que le llevaba noticias de las que no tenía culpa.

Una hora después, ya estaba en camino a Docationell, con el corazón latiendo al ritmo de los cascos de su yegua. Cuando uno de los soldados le sugirió que no cabalgara tan rápido, ella se volvió hacia él como una loba y le dijo que podía aguantar más que cualquier hombre.

—No lo dudo, mi señora, pero el caballo no podrá resistirlo —replicó, sin alterarse, el caballero.

Se tragó la rabia y la ansiedad, redujo el paso de la yegua y murmuró una disculpa. Una parte de ella temía que Fulke se estuviera muriendo. Se acordaba continuamente de las palabras del mensajero sobre la sangre. Además, seguía pensando en su permanencia en la recámara de Oonagh O'Donnel. Por la sagrada Virgen María, que esté bien, rezó. Que no sufra daños. Cuando pasaron el mojón fronterizo, los cascos de la yegua comenzaron a golpear nuevamente a un ritmo más duro y rápido.

Llegaron a Docienell, descendiendo la colina como lo habían hecho Fulke y sus hombres, y a una velocidad similar. Caía la tarde, pero todavía había suficiente luz para ver los daños sufridos por la puerta principal. Habría que esperar días para que se disipara el olor a madera quemada. Varios hombres cavaban un gran pozo, una fosa común, una tumba, se dijo, al ver los cuerpos de tres caballos yaciendo al lado del montículo de tierra nueva, con las patas rígidas y los vientres hinchados. Uno de ellos tenía marcas blancas. Volvió la cabeza, incapaz de seguir mirando al que fuera animal favorito de Fulke.

Los guardias la saludaron y la dejaron pasar. Ella reconoció a uno de ellos y se inclinó sobre la montura para preguntar por Fulke.

—No podría decirte, mi señora. No le hemos visto hoy, pero *sir* Jean dice que se recuperará bien.

Su ansiedad se redujo, pero sólo un poco. Era como un violento dolor de dientes que se mitigara provisionalmente. No estaría satisfecha hasta que lo viera por sí misma. Cabalgó hasta el patio y se bajó de la montura sin esperar a que alguien de su escolta la ayudara a desmontar. Con el morral de viaje sobre un hombro, el arco y la aljaba en el otro, fue directamente hacia el edificio principal, bajo y de madera.

Los hombres, sorprendidos y algo recelosos, la vieron entrar en la habitación. Con el rostro enrojecido por el esfuerzo del viaje, con mechones de cabello escapando del velo, y el arco en la mano, era la viva imagen de la diosa Artemisa. Los soldados de Fulke hicieron una reverencia, los irlandeses, sorprendidos, les imitaron.

—¡Maude! —Jean de Rampaigne se abrió paso, con cara de preocupación—. Has debido de cabalgar como el viento.

Ella le abrazó y se separó rápidamente, sabiendo que, si no lo hacía, se aferraría a él y soltaría un mar de lágrimas. Buscó en su rostro alguna pista y no encontró ninguna.

—¿Dónde está, Jean? ¿Qué sucedió? Vi... —Se mordió el labio—. Vi que cavaban una fosa para enterrar a los caballos, y *Llamarada* era uno de ellos.

Jean la cogió por el brazo y le habló en tono tranquilizador.

—*Llamarada* murió de un golpe de hacha danesa. Fulke recibió un lanzazo en el costado, es una herida cruel, pero no acabará con él. También se rompió algunas costillas cuando se cayó del caballo.

—Llévame a su lado, por el amor de Dios, Jean, antes de que me vuelva loca. Sabía que era peligroso venir aquí. Lo veía ante mí, como un gran agujero oscuro. —

Se tragó un sollozo. Poco bien le haría jugar el papel de la esposa histérica. Estaba acostumbrada a cuidar heridas, y Fulke, por la vida que llevaba, permanecía casi siempre expuesto al peligro.

Jean la llevó hasta la puerta de cedro situada al final de la sala, y la condujo a una elegante estancia. Había un marco para bordar cerca de la ventana, y al lado una canasta llena de sedas brillantes. Un brasero humeaba levemente, desprendiendo olor a hierbas, y las velas de pesada cera amarilla ardían sobre candelabros de hierro forjado. En un rincón, una sirvienta preparaba el lino para pasarlo por la rueca, con las fibras abiertas en abanico, como cabellos de ángel, sobre el regazo.

—¿Dónde está tu ama? —preguntó Jean.

La mujer hizo un gesto hacia la cortina cerrada que separaba las habitaciones.

—Atendiendo al señor.

Maude vio que Jean apretaba la mandíbula. Su estómago cosquilleó con rabia y resentimiento.

—Ahora ése es mi lugar —dijo, y se dirigió hacia el pesado cortinaje de lana. Cuando estaba a punto de correrlo, se abrió con un suave sonido y se encontró frente a frente con Oonagh O'Donnell.

La mujer llevaba sólo una enagua de lino blanqueado. Maude vio por el rabillo del ojo que su vestido, a la última moda, estaba doblado sobre una silla cercana al brasero. Tampoco tenía puesto el velo, y su cabello brillaba como el ébano. Un gran mastín se alzó de los pies de la cama y se acercó al lado de la mujer.

Maude sostuvo la clara mirada de Oonagh, fría como el pálido cielo de primavera.

—Soy *lady* FitzWarin, y he venido a cuidar a mi esposo.

La otra mujer sonrió, casi burlona.

—Sé quién eres y por qué estás aquí, mi señora. —Señaló la cama—. Es un hombre fuerte, tu marido. —Habla con entonación llena de lánguidas alusiones. Parecía que acabara de levantarse de la cama de un amante, más que de atender a un hombre enfermo.

—Y yo soy una mujer fuerte —respondió con frialdad Maude—, por eso somos las dos partes de una gran unidad.

Oonagh O'Donnell hizo un gesto de sorpresa, sin dejar de sonreír, como si dudara de la veracidad de las palabras de Maude y fuese demasiado educada para contradecirla.

—Ahora me encargo yo —añadió Maude y pasó por delante de la otra mujer hasta llegar junto al lecho—. ¿Fulke?

El herido yacía boca arriba, un poco ladeado. Su pelo oscuro estaba húmedo sobre la frente, pero no por el sudor o la fiebre, sino porque alguien lo había lavado con un paño mojado con infusión de hierbas. Maude percibió el aroma de las sábanas, almizcle perfumado, como si Oonagh O'Donnell hubiera envuelto en ellas su cuerpo. Tal vez lo había hecho. Los ojos de Fulke estaban abiertos y lúcidos.

—¿Maude? Gracias a Dios. —Su mano buscó la de ella y Maude la apretó,

posesiva, entrelazando los dedos. Sintió que la cortina se cerraba tras ella al salir Oonagh de la habitación.

—¿Valió la pena la visita? —Maude se inclinó para besarle y luego se apartó, porque el olor de la mujer irlandesa impregnaba su piel. Podía saborear el perfume en sus labios. ¿Qué había dicho Oonagh O'Donnel sobre su fortaleza? ¿A qué se refería?

—¿Qué sucede? —El hombre la miró confundido, con las pupilas dilatadas, y cada vez más oscuras en la creciente sombra del atardecer.

«No», pensó Maude, enojada consigo misma. Fulke tenía que estar demasiado débil, fuera de su auténtico ser, para sucumbir. Jamás le había visto mirar a otra mujer, salvo de joven, en los días en que no estaban casados y ella pertenecía a Theobald.

—Hueles a ella —le dijo, haciendo un gesto de repulsión—. Sabes a ella. No lo soporto...

—No pensarás... —La miró tan alarmado que Maude casi sonrió, divertida, a pesar de su irritación.

—Lo pensé un momento, pero luego lo aparté de mi mente. Era lo que ella quería que yo pensara.

—Me dijo que iba a afeitarme. —La miró un momento y luego apartó la vista.

Maude no era tan tonta como para creer que su marido no tuviera tentaciones. Ella podía imaginarse a Oonagh quitándose la fina túnica para evitar que se le mojara o le cayera jabón. También la imaginaba de rodillas junto a la cama, provocándolo. Aunque estuviera herido, no todo el cuerpo tenía por qué hallarse incapacitado.

—Si es lo único que hizo, la dejaré vivir —murmuró Maude, acariciando el arco y las flechas.

—¡Maude!

—En serio. Si no soy una fiera celosa, es porque no me has dado motivos. Pero si lo hicieras...

A pesar de su sentimiento de antipatía hacia Oonagh O'Donnel, tenía que admitir a regañadientes que había hecho muy buen trabajo al limpiar y vendar las heridas. Pero Fulke la atraía, y después de todo, había salvado su vida y sus medios de subsistencia.

—¿Cuánto tardarás en poder viajar? —preguntó mientras cambiaba las vendas—. ¿Otros dos días, tres quizás?

—Depende de Padraig O'Donnel. —La miró pensativo—. No puedo dejar Docienell desguarnecido. En cuanto me marche, regresará. No hay duda.

—¡No pretenderás quedarte aquí! —exclamó, incapaz de contener la repugnancia latente en la voz.

—Por supuesto que no. —Le apretó la mano y le besó los dedos. Una sonrisa cansada hizo que se ahondaran las arrugas de su frente—. Hay una persona perfectamente capaz, que estoy seguro de que disfrutará con la tarea, aunque todavía no sepa nada.



Jean miró con desprecio a Oonagh.

—Eres una perra —le dijo en voz baja, para que su voz no fuera más allá de la cortina que había dejado caer—. Una tramposa y celosa perra, y todo esto no te llevará a nada. Vuelve a esa habitación y los encontrarás, en verdad, convertidos en dos mitades de una misma cosa. Hace falta algo más que tus mezquinos trucos para separarlos.

—No sé de qué hablas. —Se sacudió el pelo, haciendo que la negra trenza ondeara con misteriosa gracia.

—Lo sabes —respondió—. Por el amor de Dios, claro que lo sabes. Seguro que oíste a los caballos; y por eso sabías que estaba aquí. Pero en vez de salir a recibirla formalmente, te las apañaste para tropezar con ella al salir de la recámara, con el pelo revuelto y medio desnuda. No soy ciego ni estúpido, así que no me trates como si lo fuera.

La furia brilló en sus ojos. La mujer intentó abofetearle, pero Jean le detuvo la mano a mitad de camino y le torció la muñeca hasta que soltó un quejido, con lágrimas de dolor en los ojos. La sirvienta que preparaba el lino dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Fuera! —le ordenó Jean, y la miró de tal modo que la mujer tomó aliento y salió disparada.

—¡Todos los hombres son ciegos y estúpidos! —Oonagh trató de liberarse, pero Jean la sujetó aún con más fuerza, sintiendo que su piel ardía y se amorataba bajo los dedos.

—Yo no.

Con la mano libre, ella intentó agarrar el cuchillo del cinturón de Jean, pero éste se anticipó de nuevo, y haciéndola girar, la aprisionó contra la pared, inmovilizándola con el peso de su cuerpo. Su respiración era tan agitada como la de ella. El deseo y la violencia vibraban entre ambos como el aire en torno a un relámpago. El perro, aburrido, salió de la habitación gruñendo.

Oonagh se apretó contra él, sensual, flexible.

—¿Vas a pegarme?

Se imaginó su carne blanca con la enrojecida marca de sus dedos. Conocía a hombres y mujeres que se excitaban así, practicando tales juegos. Uno no cruzaba el Bósforo y veía Constantinopla, ni permanecía mucho en la corte real, siendo un ignorante. Suponía que aquellas costumbres tendrían cierto encanto, pero no para él.

—No —dijo, muy serio—, no lo haré. Pero voy a quitarte para siempre la idea de acostarte con Fulke FitzWarin.

—¿Y cómo vas a hacer eso? —se burló—. Los hombres se jactan de su habilidad entre las sábanas, pero sus actos nunca están a la altura de su jactancia.

—Los míos sí —dijo Jean, acercando su boca a la de ella.



Sentía dolores al sentarse, pero apoyado en un respaldo de varias almohadas de plumas, Fulke se las arreglaba. Maude había desaparecido para dirigir los trabajos en la cocina y buscar un tazón de caldo. La dama del lugar estaba ausente. Jean de Rampaigne, con aspecto algo demudado, parecía al mismo tiempo muy satisfecho consigo mismo, sentado en el borde de la cama de su viejo amigo.

—Bueno, ¿qué piensas de mi propuesta? —le preguntó Fulke, intentando mantenerse serio—. ¿Quieres quedarte a domesticar a los irlandeses? —Ciertamente, parecía que el guerrero trovador ya hubiera dado los primeros pasos, y los ahogados ruidos que hicieron en la antecámara indicaban que había librado una dura batalla.

Jean no mordió el anzuelo.

—¿Me estás ofreciendo Docionell en vasallaje, con la supervisión de Glencavern?

—Pendiente de la confirmación de Guillermo el Mariscal, ¡pero no creo que vaya a quejarse! —Fulke se permitió al fin una sonrisa—. Entiendo que para un hombre que piense en el matrimonio, la dama es golosa, pues tiene tierras en dote con buenos pastos y una excelente bahía. Y, por supuesto, hasta que el hijo menor sea adulto, necesitará un guardián que vele por sus intereses.

—Supongo que a todos nos llega el turno —dijo, asintiendo.

—¿Qué turno?

—El de establecernos. Tener una tierra. Criar hijos.

—Si no es lo que te gusta...

Jean mostró sus blancos dientes.

—Es, con mucho, lo que más me gusta. Por eso sé que estoy envejeciendo.

—Bueno, entonces yo estoy en plena vejez.

—Lo estás. —Jean rio, pero casi de inmediato se puso serio—. No, para ti fue diferente. Desde que naciste has tenido obligaciones hacia tu familia, con Whittington. Yo crecí sin esperar tierras. Puse mi fe en los Walter a cambio de comida, abrigo y un salario. Lo mismo hice contigo, hasta ahora, y te he prestado mis servicios con la espada o la diplomacia. De más joven, era leal a mi señor, pero no tenía ninguna otra responsabilidad, y eso me venía bien. —Volvió a sonreír—. Las muchachas servían para revolcarse de vez en cuando, y la sed de aventura hervía en mi sangre. No digo que haya perdido ninguno de esos intereses, pero el tiempo no se detiene. Ya tengo una buena edad. Los únicos caballeros mayores que yo que siguen siendo aventureros son los desesperados. —Hizo un gesto señalando el aposento—. Creo que tendré suficientes aventuras manteniendo Docionell y a su encargada.

—¿Es lo que deseas? No quiero que la tomes por lealtad a mí, y que al hacerlo no seas leal contigo mismo.

—Es lo que deseo —dijo Jean con firmeza, y cruzó los brazos como si sellara con ellos la oferta—. No creo que vaya en busca de nuevas aventuras o mujeres para revolearme durante un largo tiempo... si ella me acepta.

—¿Dudas que lo haga?

Jean pensó un momento y sacudió la cabeza.

—No. Es como yo. No puede permitirse el lujo de seguir dando tumbos. Además, necesita un protector para este lugar, y es obvio que tú ya estás comprometido. Creo que la hice ver los beneficios de intercambiar alianzas conmigo.

—Tal vez debas ir y decírselo a mi esposa antes de que acabe con tu futura mujer —apostilló Fulke con tono burlón.



Jean y Oonagh se casaron dos días más tarde en la pequeña capilla de madera adyacente a la gran sala. Aunque algo torpe, Fulke estaba lo suficientemente recuperado como para asistir de pie. Aunque, como dijo a Maude, la pareja se las había arreglado muy bien en el suelo, dejó el dormitorio principal para que Oonagh y Jean dispusieran de él la noche de bodas.

La novia llevaba un sencillo vestido de lino azul, atado al talle con un cinto de plata trenzada. Por respeto a la capilla, se había cubierto la trenza con un tenue velo de seda, sostenido por una corona nupcial de mirto y rosas. Se comprometió ante los testigos con voz alta y firme, dejando claro a todos que no era obligada a casarse. Jean le dio una moneda de oro como símbolo de entrega de sus bienes, y un anillo como señal de la unión entre ambos.

El sacerdote bendijo a la pareja y sancionó eclesiásticamente la unión. El novio y la novia se besaron, con las manos unidas por la estola del sacerdote. Con ojos sonrientes, Oonagh se puso de pie frente a Fulke y Maude para recibir sus felicitaciones. Cuando Fulke se inclinó para besarla, ella, traviesamente, giró el rostro para que sus labios se encontraran, y luego puso los brazos en torno a su cuello y se aseguró de que el beso fuera intenso.

—En memoria del pasado —dijo con un coqueto parpadeo.

Fulke inclinó la cabeza.

—Y que quede al fin en el olvido.

A su lado, Maude estaba en silencio, furiosa. Aunque había hecho las paces con Oonagh, nunca servían amigas. Había demasiadas sospechas y celos por ambas partes. Se tolerarían mutuamente, por el lazo que unía a sus esposos, pero nada más.

Maude murmuró sus felicitaciones y las mujeres besaron el aire a cada lado de sus mejillas. Cuando Jean se inclinó sobre Maude para recibir su tributo, le abrazó del mismo modo que Oonagh había hecho con Fulke, pero con más lentitud y deliberación.

—Por todas las veces que te necesité y te hiciste presente —le dijo. Fulke estaba sorprendido, pero, a su pesar, también divertido. El entrecejo de Oonagh, odiosamente libre de arrugas para una mujer de sus años, mostró una ligera señal de irritación. Bien. Que se diera cuenta de que se enfrentaba a su igual.

—De haber sabido que harías esto —bromeó Jean—, ¡me habría casado hace años!

Se disponían a iniciar la fiesta en la sala, un improvisado festín de ragú y hogaza, cuando el cuerno de alarma sonó en la empalizada y uno de los soldados de guardia llegó corriendo con la noticia de que Padraig O'Donnel había regresado con más hombres y escalas de asalto. Maldiciendo, Fulke se puso de pie. Jean terminó su primer bocado de carne, lo bajó con un trago de vino, y, arrancando un pedazo de pan de la hogaza situada en el centro de la mesa, se encaminó hacia la empalizada.

Oonagh miró las ruinas de su festín matrimonial y maldijo en gales. El miedo acabó con el apetito de Maude, ya cambiante en las primeras semanas de embarazo. De pronto, el picante aroma del guisado se le figuró nauseabundo. Dejó el plato a un lado.

—Debemos prepararnos para atender a los heridos. —Se puso de pie para refugiarse en la actividad, llevándose instintivamente una mano al vientre—. Y para ayudar a los hombres en los muros. ¿Dónde están los calderos de lavado y tintura? Nadie trepará a una escalera para enfrentarse a agua hirviendo.

—En uno de los graneros, listos desde la última vez que los usamos. —Oonagh también estaba de pie, con expresión brillante de furia—. Te enseñaré dónde.

Mientras las mujeres trabajaban para llenar los calderos con agua, encender los fuegos, hacer vendas con el lino, y aprestar agujas e hilo, su tregua dio lugar a un renuente respeto por las habilidades respectivas.

—No eres una delicada mujer normanda, después de todo —apuntó Oonagh mientras miraba a Maude avivar el fuego con el fuelle bajo el caldero.

—¿Eso creías que era? —Maude se secó la frente con el antebrazo, dejando una mancha de hollín. Más allá de la empalizada sonaba ya un clamor de gritos e insultos, porque los hombres de O'Donnel se preparaban para montar las escaleras de asalto.

—Cuando te vi con Theobald Walter, sin duda —explicó Oonagh—. Tan preciosa, humilde y arreglada; parecías el tipo de mujer que los trovadores franceses elogian en sus canciones. —El tono dejaba claro que no era un cumplido—. No me podía imaginar que a Fulke le atrajera una mujer así, a menos que se sintiera atraído por sus tierras.

—Lo estaba. —Maude tomó aliento. Era un trabajo duro. Pero valía la pena. Las llamas ya avivaban la base del caldero—. Ningún hombre se casa sólo por amor, y pocas mujeres tienen la opción de hacerlo.

—¿Tú la tenías?

—Ah, sí. —Sonrojada, Maude se detuvo y se secó de nuevo la frente—. O él, o el rey Juan.

Oonagh la miró fijamente, y de pronto comenzó a reírse.

—Y ahí está la diferencia. Yo tuve la misma opción, pero elegí a Juan. —Cogió el fuelle de manos de Maude y se puso a avivar el fuego—. No cometería el mismo error otra vez. No es que fuera un mal amante ¿sabes?, todo lo contrario, pero no

mantuvo las promesas que hizo entre las sábanas. —Frunció el ceño—. En aquel tiempo yo era tan inocente que creí que las mantendría.

—Juan sólo mantiene sus promesas cuando le obligan —dijo Maude con contenida ira—. Ya sea entre las sábanas o ante la Curia Regis. —Oonagh la miró con curiosidad—. Es una larga historia. Pídele a Jean que te la cuente, pues para hacerlo se necesita la habilidad de un trovador.

La mirada de curiosidad de Oonagh se avivó. Pequeñas burbujas comenzaron a surgir en el agua humeante del caldero. La charla se interrumpió cuando las mujeres vieron a Fulke dirigirse lentamente hacia ellas, visiblemente dolorido aún por sus heridas. Maude vio que sufría, y sufrió con él. Rogó a Dios que no tuviera que pelear.

—Tu antiguo cuñado ha traído mercenarios de Limerick para que lo ayuden —dijo—. Lo peor de cada casa, y con la promesa de obtener grandes riquezas.

Oonagh se puso pálida.

—¿Tienen suficiente fuerza para vencernos?

—Pues... —Fulke se acariciaba la barbilla.

—La verdad —pidió Oonagh con firmeza—. No quiero falsas esperanzas.

Fulke respondió muy serio.

—Son muchos, pero mal entrenados. Podrían derrotarnos por mera superioridad numérica. Hemos logrado enviar un mensajero a Glencavern a través de sus líneas. Es todo lo que puedo decirte. Lamento que no sea una respuesta precisa, pero la guerra nunca es del todo previsible. En este momento están bebiendo *uisge beatha* en enormes cantidades, para darse coraje, y se estimulan lanzando insultos. Tened el agua lista, vamos a necesitarla.

—¡No pensarás pelear en el parapeto! —exclamó angustiada Maude, imaginándoselo presa fácil de un aullante lancero irlandés, por la debilidad que padecía.

—¿Te parezco un loco?

—No, pero eso no quiere decir nada. Tampoco lo parecías cuando fuiste a Canterbury a buscarme, ni en el rescate de Will cuando los guardabosques reales lo capturaron.

La cogió por los hombros.

—Aunque quisiera pelear, no lo haría, porque sería una carga para los demás hombres. Confía un poco en mi sentido común.

—Te conozco. No te quedarás sentado viendo cómo combaten los demás, a menos que te ate a un banco con diez metros de soga. —Lágrimas de preocupación brillaron en sus ojos. Soltó la mano que le apretaba su marido para secarse las mejillas.

—Claro que no me quedaré mirando, sentado. Hay otras cosas que puedo hacer. Organizar una segunda línea de defensa, por ejemplo. Si entran, habrá que detenerlos. Los mejores guerreros están en la muralla, pero eso no quiere decir que quienes quedan atrás sean incapaces de defenderse.

Maude apretó los labios y asintió. Al menos no estaría expuesto en el parapeto con una espada en la mano, cosa que sí haría Jean. Miró a Oonagh, pero la expresión de la irlandesa era serena. No parecía dispuesta a dar rienda suelta a sus emociones hasta que pasara el peligro.

—¿Dónde está tu muchacho? —preguntó Fulke a Oonagh.

—En la sala. —Un relámpago de miedo pasó por sus ojos—. Por el amor de Dios, ¿no pensarás llevarlo a la batalla?

—Nunca se me ocurriría ponerlo en peligro, pero la gente necesita una causa por la que pelear. Luchan por él, no por nosotros, que al fin y al cabo somos un grupo de normandos que ninguno había visto hasta hace siete días.

—Bien, entonces, —Oonagh tragó saliva— haz lo que creas conveniente, pero si le pasa algo, yo misma te mataré.

—No tendrías necesidad de hacerlo —replicó el herido con amargura—, porque ya estaría muerto. —Con esas palabras, dejó a las mujeres junto al caldero y marchó a sus frenéticas ocupaciones.



Fulke buscó en la sala al hijo de Oonagh, un joven de trece años, pero sólo encontró a las mujeres cortando, laboriosamente, tiras de lino para hacer vendas. No, no habían visto al joven señor. Con la mano apretando su costado herido, miró en todos los rincones de la habitación, revisando hasta las camas, en busca de alguna señal del delgado joven de cabellos oscuros. Las recámaras fueron el siguiente paso, pero allí tampoco encontró nada. Fulke maldijo. Volvió a la cama del muchacho y cogió una camisa de lino. Vieja y comenzando a deshacerse, era una prenda que el muchacho usaba por la noche. Fulke la llevó hasta el vestíbulo y avanzó con rigidez hacia los dos enormes mastines de pelaje plateado que dormitaban junto al fuego.

—Buscad —ordenó, tirando la camisa junto a sus hocicos y alzando la voz como hacían cuando jugaban con ellos. La perra se incorporó—. Busca —insistió Fulke, sacudiendo la prenda bajo su nariz.

El mastín miró a su alrededor, enterró la cabeza entre los juncos y los lamió. Después, con un gemido, trotó de un lado a otro de la sala, zigzagueando, casi como si siguiera el rastro de una liebre antes de salir corriendo hacia el granero. El otro perro la siguió, jugueteando inseguro. Fulke apretó los dientes, e ignorando el dolor que sufría en el pecho cada vez que tomaba aire, hizo lo posible por correr tras los perros.

La perra olisqueó en el granero, cuyo suelo se había convertido en un barrizal arcilloso por el paso de demasiados pies. Dio vueltas en círculo, y Fulke comenzó a preguntarse si había perdido el rastro del muchacho entre la confusión de tantos olores de otros, cuando de pronto reinició la carrera, derecha hacia el parapeto. Ahora Fulke lanzó una maldición. Dios del cielo, ¡el lugar más peligroso para el muchacho

y sin llevar ni siquiera una armadura!

Desde el foso, a los pies de la empalizada, llegó un súbito concierto de aullidos, y enseguida el estruendo de golpes producidos cuando las escaleras de asalto golpearon contra las defensas. Volaron proyectiles por el aire, piedras como huevos lanzadas por hondas, vasijas llenas de cal que se rompían al caer, cegando a quien estuviera cerca. Las flechas describían amplias trayectorias y caían sobre las defensas. No eran muchas, gracias a Dios, pero una sola podía bastar para causar daño al chico.

Un jarrón con cal se estrelló en los escalones, frente a él, llenando el aire con el irritante polvo blanco. Fulke se cubrió el rostro con la manga y subió a tientas los últimos escalones. Los perros huyeron, ladrando.

—Mi señor, ¡no deberías estar aquí! —gritó Ralf Gras. Tenía el escudo en el brazo izquierdo y la espada desenvainada. Frente a él, un grupo de soldados había enganchado unas barras de hierro en el extremo de una escala enemiga, repleta de atacantes, e intentaban derribarla.

—¡El muchacho! —gritó Fulke—. ¡He venido a por el muchacho!

—¿Qué muchacho?

—Collum O'Donnel, ¿quién va a ser?

—¿Está aquí arriba?

—¡No está en ninguna otra parte! —Gruñó Fulke.

De pronto, Ralf saltó hacia adelante y golpeó a alguien con su espada. Hubo un grito, y un irlandés cayó del extremo de la escalera, arrastrando consigo a varios que le seguían. Dos sargentos movieron la escalinata, empujándola de lado, hasta que cayó con toda su carga y golpeó contra el suelo con un tremendo crujido.

Fulke sacó la espada y avanzó por el pasadizo del muro. El muchacho estaba de pie, cerca de la siguiente escalera de subida al muro. Transfigurado, se agarraba a la empalizada y se inclinaba para ver a los atacantes. Sin casco, sin armadura. Sólo una túnica de fiesta, de brillante lana verde, y una capa no menos colorida, todo lo cual le convertía en un excelente blanco.

—¡Idiota! —rugió Fulke—. ¿Qué estás haciendo, en nombre de Dios?

El muchacho balbuceó, sorprendido.

—Estaba... —empezó a hablar, pero enseguida sus ojos se abrieron asustados, poniendo a Fulke en guardia. Gracias a su instinto y años de entrenamiento, se agachó, y al mismo tiempo lanzó un mandoble con la espada, dando contra carne y huesos que apenas había entrevisto.

El mercenario atacante gritó y cayó. Fulke se volvió y lo remató, para asegurarse de que no se moviera ya más. El muchacho, que había visto la muerte de cerca, comenzó a tragar aire ansiosamente. Su respiración se hizo difícil a causa de la conmoción. Fulke notó que se le había reabierto la herida y le corría la sangre por el costado. Tenía la boca seca, su corazón latía como un martillo.

—Pensé que podía ayudar —dijo el muchacho, tembloroso—. No me quería quedar en la sala.

—No tienes por qué quedarte en la sala, pero eso no significa que debas arriesgarte y poner en peligro a los demás, trepando a la muralla. —Fulke le agarró del brazo y le llevó hacia el granero. La tensión del momento mantenía a raya el dolor, pero sabía que tarde o temprano tendría que soportarlo. Detrás de ellos se escuchaban los ruidos de la dura batalla, que se hacía más enconada a medida que más y más hombres de O'Donnell llegaban hasta el parapeto.

—Puedo pelear, ya he comenzado mi entrenamiento. —Había orgullo en la voz del muchacho y, por debajo, un inocultable temor. Fulke sospechó que le daba vergüenza tener miedo y por eso quería arriesgarse al máximo.

—Tienes coraje, muchacho —dijo Fulke, muy serio—. Lo que necesitas ahora es acompañarlo de sentido común. No durarías ni un segundo contra uno de esos mercenarios, y dudo que tu tío Padraig se preocupara demasiado si uno de ellos te ensartara con su lanza. Quédate cerca de mí. Eres más útil como símbolo, dejándote ver por tu gente, que estando aquí, convertido en un blanco fácil.

El chico enrojeció, se mordió la lengua para no responder y siguió a Fulke. Había heridos que llevar a la gran sala. Había que transportar los calderos de agua hirviendo hasta la muralla; la gente necesitaba aliento para resistir el ataque. Si los mercenarios tomaban el lugar, no establecerían ninguna diferencia entre quienes se habían rendido y quienes habían peleado. Todos serían tratados de la misma manera. Fulke paseó al muchacho por todas partes, excepto por la zona más dura de la batalla, asegurándose de que todos los defensores vieran su verde túnica.

Fulke y Collum estaban en la sala, con Maude y Oonagh, cuando un grupo de mercenarios, con Padraig O'Donnell al frente, cruzó las defensas y entró en el castillo. Maude vendaba en ese momento el brazo herido de un soldado y Oonagh atendía a otro hombre, golpeado en la cabeza por una piedra. Padraig irrumpió en la estancia, con un enorme guardaespaldas y su hacha a un lado.

Una mujer gritó. Fulke sacó su espada y puso a Collum a cubierto, detrás de él. Maude bajó el brazo de su paciente y buscó algo en la mesa.

Todo se transformó en un repentino caos de armas, gritos y movimientos salvajes. Fulke detuvo los golpes que lanzaron contra él, usando su cuerpo cubierto por la cota de malla para proteger al muchacho. Aterrorizada, Oonagh retrocedió detrás de las mesas, intentando mantenerlas entre ella y el guerrero que deseaba atraparla.

Blackbeard se acercó, con un gruñido de oso. Fulke vio el hacha descender, y sabía que, aunque llegara a detener el golpe a tiempo, sería inútil la resistencia contra el hacha danesa. Pero en vez de escuchar el ruido del pesado filo separando la cabeza de su cuerpo, hubo un sonido diferente. La punta de una flecha de caza empujó a Blackbeard violentamente hacia atrás. Las plumas de ganso del extremo sobresalían de su malla a la altura del corazón que había perforado. Los ojos de Blackbeard estaban abiertos por la sorpresa y permanecieron de ese modo hasta nublarse con la muerte.

Fulke lo miró, y luego volvió la cabeza y vio a Maude, aún con postura de

arquero. Había disparado a diez pasos. No podía fallar. Jean apareció en la entrada con varios hombres de Docienell y atacó a los mercenarios que habían entrado tras su jefe. Hubo una vigorosa reyerta, dura, pero breve. Sin la protección de su poderoso guardaespaldas, Padraig O'Donnel no era rival para la espada de Jean.

En el silencio que siguió al destructivo torbellino de la batalla, el muchacho se arrodilló junto al cadáver de su tío, finalmente muerto en la refriega, y le arrebató una espada ensangrentada.

—Es mía —dijo al ver la mirada de Fulke—. Era de mi padre.

—¿Tu padre?

—Mi tío Padraig se la robó a su cadáver.

Respirando agitada amenté, Fulke miró el cuerpo de Padraig O'Donnel y se apretó las costillas con las manos. Los dedos se le mancharon de sangre.

—Todo ha terminado —dijo el muchacho, con cierta madurez en la voz, a pesar de su temblor infantil.

Maude se abrió paso hasta llegar a Fulke.

—Déjame ver —le dijo.

—¿Qué? —La miró desconcertado, pensando por un momento que quería echarle un vistazo al cadáver.

—Tu herida, estás sangrando otra vez —dijo impaciente—. Déjame ver.

—Por lo menos sé que estoy vivo —dijo con alivio—. Es una suerte que tu puntería sea tan buena. Dudo que tuvieras igual habilidad para coserme la cabeza al cuerpo.

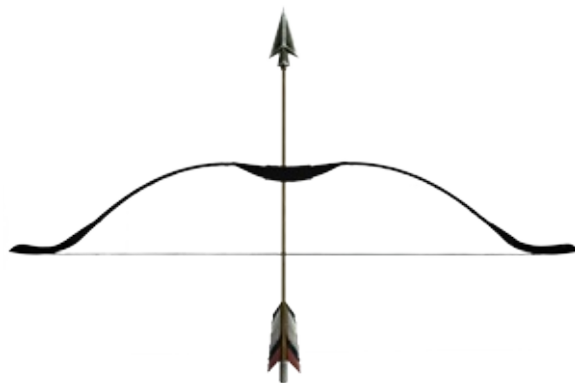
—¡No bromees con esas cosas! —dijo enojada.

—Por Cristo, si no lo hiciera, lloraría como un niño, y hay demasiado que hacer. Además, otros están peor que yo —señaló el sangriento desorden circundante—. Atiéndelos primero. Yo puedo esperar.

Maude hizo un gesto de disgusto, pero se volvió hacia la mesa y cogió un rollo de vendas. Aunque sus manos parecían firmes, procuró mantener la mirada apartada del cuerpo del mercenario barbinegro, y estaba pálida. Fulke dio una suave orden y tres soldados se llevaron de la habitación al gigante que había matado su mujer.

Oonagh se acercó a mirar el cuerpo de su cuñado.

—Dios conceda descanso a su alma —dijo persignándose, pero pronunciando las palabras con rabia, como si fueran un insulto—. Tal vez ahora pueda celebrar mi matrimonio como es debido. —Pasó delicadamente sobre el cadáver y se dejó caer en los brazos de Jean.



CAPÍTULO 37

Castillo de Whittington, noviembre de 1214

En la fiesta de San Andrés, la hija de Fulke, Hawise, fue prometida a William, heredero del vecino caballero Robert Pantulf de Wem. Las tierras de FitzWarin y éste eran colindantes y las familias tenían intereses comunes.

Hawise y William se conocían, aunque su contacto no había sido grande hasta ese momento, puesto que él tenía cerca de treinta años y era un apuesto hombre de mundo, y Hawise, aunque desarrollada e inteligente, todavía era una niña que no había cumplido los trece.

—Tal vez hoy deberíamos haber celebrado un matrimonio en vez de un compromiso —dijo Robert Pantulf a Fulke, mientras miraban a la pareja de prometidos bailando al son de gaitas y tambores en el decorado salón de Whittington. Era un hombre mayor, que comenzaba a encorvarse, pero sus ojos estaban llenos de vida.

—Hawise es todavía demasiado joven. —Fulke miró a su hija, con cierto dolor en el corazón. Le parecía que apenas había pasado un instante desde que era una pequeña niña llena de rizos que alborotaba y exigía constante atención. Ahora ejecutaba una danza amorosa con el hombre que pronto sería su esposo. El pelo suelto hasta la cintura, señal de virginidad, ondeaba como las banderas en un día de otoño. Llevaba un vestido con lazos que dejaba ver el volumen de los nacientes pechos. Estaba a mitad de camino entre la niña y la mujer. Tenía todo el atractivo de la inocencia que busca experiencia y conocimiento.

—Yo tenía la misma edad cuando fui prometida a Theo —murmuró suavemente Maude, llegando junto a los hombres y agarrando cariñosamente el brazo de Fulke.

—Eso es, demasiado joven para casarse —apostilló Fulke—. Todavía ha de crecer mucho para estar preparada.

Pantulf sonrió a Fulke.

—¿Me equivoco si veo en ti una resistencia de padrazo a dejar que el ave abandone su nido?

Fulke carraspeó y se rascó la nuca.

—Es mi primogénita. Claro que es difícil. Sonrió con franqueza, para no emocionarse—. Su hermana menor tiene sólo tres años y me parece que fue ayer cuando Hawise tenía esa edad. —Miró a su hija menor. Mabile estaba sentada en las faldas de Gracia, encantada de sus trenzas rubias hechas con cintas doradas, en honor al compromiso de su hermana. Mabile nunca podría casarse. Siempre tendrían una hija en casa, lo cual era una tragedia, no una fuente de placer, pues la pequeña no había nacido bien. Llegó al mundo de pie y pasó mucho tiempo antes de que empezara a respirar. Al principio era igual a cualquier otro bebé, quizás un poco más caprichosa, pero a medida que pasó el tiempo, se hizo obvio que era una niña diferente.

Sentados a la mesa junto a sus tíos William y Philip, estaban los dos hijos de Fulke. Fulkin, un muchachito de diez años, de pelo rubio y ojos azules, e Ivo, concebido en Irlanda, de siete, moreno como su hermana Jonetta. Por ahora, bajo la constante mirada de los adultos, se estaban comportando bien.

—Con los varones es diferente —dijo Fulke—. Hacen que tu corazón se temple de orgullo, no te lo derriten.

—Cierto —coincidió el otro hombre, taciturno, mirando a su hijo y heredero. Ambos vieron cómo la pareja seguía danzando. William Pantulf se movía con la gracia de un atleta. Fulke lo había visto en las justas, y entrenando con la espada. Se manejaba bien y, aunque de físico esbelto, era muy fuerte y sabía cómo hacer valer cada golpe. También tenía paciencia y sabía afrontar con sentido del humor casi todas las situaciones, lo cual era muy útil cuando se trataba de lidiar con Hawise. Su edad había dado que pensar a Fulke, pero, reflexionando, se dio cuenta de que, aunque había muchos hombres más jóvenes, a ninguno de ellos le confiaría la felicidad de su hija y el control de las tierras de su dote matrimonial. A William sí.

Pantulf señaló a dos jóvenes risueñas bailarinas.

—¿Y qué pasa con la otra muchacha? ¿Tienes a alguien en mente para ella?

—¿La otra? Ah, Jonetta. He comenzado negociaciones previas con el chico de Pembridge —contó Fulke.

Jonetta brillaba como una joya oscura. En contraste, su compañera de baile parecía poca cosa, lo cual no era cierto. Clarice, la dulce y humilde Clarice, era dos veces más obstinada que cualquiera de sus hijas. Hawise podía ser persuadida con halagos y atenciones, Jonetta con un nuevo vestido, la pequeña Mabile con la promesa de una ciruela azucarada. Pero nada funcionaba con Clarice. Ni la amenaza, ni los halagos, ni los sobornos, ni los gritos. Ella no quería casarse, estaba feliz tal cual. El candidato propuesto podía ser un ejemplo de hombre, pero ella no lo quería. No había habido lágrimas, ni ruegos, ni protestas, sólo una implacable determinación.

Y puesto que las ofertas recibidas eran buenas, pero no excelentes, resultó más sencillo para Fulke dejar el asunto aparcado.

—Haces bien no apresurándote —dijo Pantulf refiriéndose a Clarice—. Mientras continúe soltera, sus ingresos son tuyos y tienes una niñera y una ayuda extra para tu casa.

—Eso es verdad —reconoció Fulke, pensando en lo buena que Clarice era con Mabile—. Pero nunca le impediré que se case. Será su decisión.

—¿La dejas elegir?

—No conoces a Clarice —dijo con tono risueño—. Mis hijas pueden ser tercas hasta tal extremo que es un milagro que no me haya quedado calvo de tanto tirarme de los pelos. Pero lo de Clarice es un arte. Tendrías que verlo para creerlo.

Pantulf alzó las cejas y miró con renovado interés a la muchacha de cabellos castaños que daba gráciles vueltas con los otros bailarines.

—Lo extraño de Clarice —murmuró Fulke, mirándola— es que parece una adulta desde que llegó a nosotros, y entonces era una niña de apenas ocho años. Me acuerdo de una vez que Maude y yo discutíamos por una nimiedad, y ella nos miró de un modo que no habría podido igualar una madre superiora. Me hizo sentirme insignificante.

—Razón de más para encontrarle marido —adujo Pantulf sonriendo.

Fulke negó con la cabeza.

—Creo que cuando aparezca el hombre adecuado, será Clarice quien lo elija, nadie más.

—¡Papá, papá, ven a bailar! —Hawise se acercó, con las mejillas arboladas por el cansancio y la felicidad. Le tiró del brazo—. Ya has hablado bastante, ¡ven a bailar!

—Aunque tal vez —añadió riendo Fulke—, tal vez no soy lo suficientemente estricto con mis mujeres. ¿Has visto cómo me manejan?

Robert Pantulf sonrió.

—Dios le conceda a mi hijo la misma gracia.



—Veo a mis hijos hacerse adultos —comentó Fulke a Maude mucho más tarde, esa misma noche, mientras se preparaban para dormir—, y siento más que nunca que estoy en el lugar que ocupó mi padre. —Tenía la voz algo pastosa. No es posible beber buen vino del Rin toda la noche y mantener la cabeza despejada—. Recuerdo cuando yo tenía su edad, y mi padre la mía.

—¿Notas el peso de los años? —preguntó Maude, burlona. Ella misma estaba algo achispada. Con un gesto de la mano, despidió a la sirvienta y se dejó caer sobre la cama.

—Siento el paso del tiempo. —Se agachó para quitarse los zapatos—. Y sin

embargo, todo parece inmóvil. Mi padre no tenía hijas a las que organizar fiestas de compromiso, pero recuerdo las celebraciones de Navidad, cuando nos reuníamos a bailar con parientes y vecinos. Yo entonces era uno de los más jóvenes, y alentaba a todos a sumarse a bailes y danzas, y mi padre era el adulto que observaba. Ahora he cambiado de papel. ¿Soy su fantasma?, ¿o es él el mío?

—Estás borracho —dijo Maude, sabiendo que a ella misma le faltaba poco para estarlo—. Con el vino, primero llega el placer, luego la tristeza.

—Bueno, eso es verdad —coincidió Fulke, maldiciendo las cintas de sus medias, que se habían enredado cuando intentaba quitárselas—. Me alegra ver feliz a Hawise, y me alegra que su matrimonio esté arreglado, y me entristece perderla. Ya mira a William Pantulf como si fuese su única fuente de vida.

Maude se arrodilló frente a él para ayudarlo con sus medias. —Así debe ser— murmuró. —Sí, lo sé, y me alegra, pero me duele igualmente.

—Todavía tienes dos hijas más.

—Promesas de dolores futuros. ¿Qué tipo de consuelo es éste? Jonetta se casará pronto y Mabile... —Sonrió, movió la cabeza con cierto pesar y tragó saliva.

—Vamos, Fulke. —Maude consiguió desanudar la segunda media y se puso de pie, invitándole a que se acostara. Le hizo cosquillas en la cara con una de sus trenzas y le dio un suave beso—. Además, tienes una esposa todavía. ¿No es buen consuelo?

—¿Qué sería de mí sin ti? —murmuró envolviéndola en un abrazo que casi le rompió las costillas.

—Seguramente beberías en la sala con tus hermanos, brindando por los viejos tiempos —dijo, acariciándole el cabello con afecto. Casi no podía respirar, pero comprendió la necesidad afectiva de su marido y, en lugar de soltarse del tremendo abrazo, se apretó más contra él.

—Melusina —murmuró el hombre con aliento impregnado de los vapores del vino. Un instante después, roncaba. Maude se separó con extremo cuidado y miró a su esposo a la pálida luz de la vela. Pensó que últimamente parecía preocupado. No le había dicho nada, pero ella lo intuía. Tal vez hubiera problemas con las propiedades. Desde que había regresado de una expedición a Poitou, con Juan, en julio, revisaba con insistencia las cuentas y había visitado por sorpresa varias de las posesiones de los FitzWarin. Incluso había viajado a Gales. La cordialidad que había existido entre Llewelyn y él cuando era un fuera de la ley había desaparecido. Eran corteses el uno con el otro. Fulke perdonó, pero no olvidó, el comportamiento del galés, y Llewelyn no confiaba en ningún noble fronterizo que hubiera hecho las paces con Juan. Fulke era todavía un guerrero peligroso, y algunas de las tierras de la frontera estaban en disputa. Intercambiaron palabras corteses, pero duras, por las granjas de Gorddwr que tenían a un arrendatario de FitzWarin como señor, en un asentamiento en más de tres cuartas partes gales.

Maude bostezó. La mañana traería lo que tuviera que traer. Tal vez la bebida la hubiera puesto sentimental. También recordar que su hija mayor estaba casi en edad

de casarse. Pronto, sus hijos varones partirían para iniciar su formación bajo la tutela de Ranulf, conde de Chester. Primero serían pajes, luego escuderos, después caballeros. Todavía le quedaba algo de tiempo para abrazar a sus cachorros. Sería la gloria verlos volar sabiendo que tenían fuerzas para hacerlo... todos excepto Mabile, cuyas alas eran delicadas membranas. Mabile lo hacía todo con mucha lentitud y esfuerzo. A los tres años Hawise hablaba sin parar, como un pájaro, desde que se levantaba hasta el momento de dormirse. Mabile, en cambio, aún no había comenzado a dominar los recovecos del idioma. A veces, como si se enfrentara a su incapacidad para comunicarse, la niña se entregaba a espectaculares pataletas que sólo terminaban cuando era abrazada con fuerza y calmada como una recién nacida. Casi todo el tiempo estaba callada. Permanecía sentada durante horas, mirando imágenes que sólo ella podía ver, y acunándose suavemente al ritmo del latido de su corazón. Observarla era extraño y perturbador. Era una niña dolorosamente hermosa, diferente.

Maude notó que estaba llorando en silencio, y secándose las lágrimas, se recriminó con dureza. Maldijo el vino por sacar a la luz su lado vulnerable, cuando tanto se esforzaba en ocultarlo. Se acurrucó junto a Fulke, consolándose con su tibieza. Cerró los ojos y buscó la panacea del sueño.



A la mañana siguiente, con resaca y un fuerte dolor de cabeza, Fulke fue hasta la empalizada, y se quejó al ver que llegaba su suegro a Whittington. El cielo amenazaba con descargar negras nubes. Los árboles, más allá del claro, movían sus negras ramas invernales. No era día para viajar, pero Robert Le Vavasour era, como poco, un bastardo obstinado.

La perra de Fulke puso el húmedo hocico en su mano, buscando afecto. El caballero la acarició distraído y observó cómo Le Vavasour desmontaba de un percherón para viajes largos. El suegro llevaba ropas apropiadas para largas jornadas, muy envuelto en una capa con capucha y botas de cuero curtido, y bien encerado, para resistir mejor el mal tiempo. Viajaba con él una escolta de caballeros, pero no de su casa. No parecía una visita social.

Se acercó a recibir a Le Vavasour, obligándose a esbozar una sonrisa de bienvenida. Después de todo, se dijo, el viejo diablo quizás viniera a entregarle la granja de Edlington, sobre la que habían discutido durante años. Se suponía que era parte de la dote de Maude, pero Le Vavasour insistía en que no.

—¡Cristo! —Le Vavasour miró con desencanto los parapetos y refuerzos de madera—. Siempre me asombró que un hombre de tu valía se hubiera puesto fuera de la ley por un lugar como éste. ¿Por qué no edificas en piedra? Esto no debe de ser muy seguro con los galeses tan cerca.

Fulke borró su incipiente sonrisa.

—La piedra cuesta un dinero que no tengo —dijo secamente—, y además el rey Juan no me da permiso para incrementar las fortificaciones.

—Esa una pena, pero no me extraña. —Le Vavasour le lanzó una mirada furtiva. Se quitó la capucha y los guantes—. ¿No me vas a invitar a entrar?

—Puesto que has cabalgado tan largo trayecto para verme, es lo menos que puedo hacer —respondió Fulke secamente—. Lástima que no llegaras ayer. Podrías haber celebrado el compromiso de tu nieta mayor con William Pantulf de Wem.

—Lo habría hecho si me hubierais invitado —gruñó el suegro.

—Es sólo un compromiso, no un casamiento. No hacía falta invitación, a pesar de lo que piensas sobre las muchachas pelirrojas. —Fulke llamó a un par de caballeros, que se apresuraron a ocuparse de los caballos.

—Pienso y digo lo que me parece —gruñó el viejo, y siguió a Fulke cuando éste abrió los brazos invitándole a pasar a las viviendas.

—¿Cómo están Juliana y Thomas?

—Así, en la distancia, mejor. Ya sabes cómo son las mujeres y los niños. Buenos si permanecen en su sitio, no demasiado cerca de uno.

El dolor de cabeza de Fulke se agudizó. Una vez dentro del recinto, Le Vavasour miró los muros decorados con estandartes y escudos, y repitió que era una pena que el lugar estuviera construido principalmente con madera. Hizo un gesto de rechazo al ver el hogar central, comentando que los castillos modernos se construían con chimeneas. Saludó a Maude con un desabrido beso en la mejilla. La respuesta de su hija fue igualmente desabrida.

Llamaron a los niños, y acudieron, adormilados, para saludar a su abuelo. Robert miró a Hawise como un mercader examina las características de una yegua en una feria, y dijo que esperaba que desarrollara las caderas de una mujer fértil antes del casamiento. A Jonetta apenas la miró, e ignoró a Mabile, dejando claro que para él la niña no existía. Los niños sufrieron su particular examen. El viejo exigió que hablaran, y cuando el pequeño Fulke lo hizo, fue para preguntar por qué era tan grosero el abuelo. De inmediato, éste le dijo que era un cachorro sin modales y que una buena azotaina corregiría su lengua.

—Supongo —dijo Fulke, pensativo—, que los cachorros sin modales se convierten en viejos sin modales, y que es una cualidad que viene de familia. —Con afecto, acarició el pálido cabello de su hijo.

Los niños fueron enviados a sus habitaciones y Maude se escapó alegando que debía hablar con el cocinero y asegurarse de que airearan las sábanas.

—¿Quieres que te prepare un baño? —preguntó a su padre antes de irse.

—¿Y dejar indefensa mi piel? —exclamó Le Vavasour, haciéndole un gesto para que se apartara—. El rey Juan puede permitirse el lujo de bañarse cada quincena, como un bizantino, pero yo soy del norte, y estoy hecho de otro material. Vete, mujer.

—Sí, padre —dijo Maude, con los ojos llenos de furia silenciosa. Alzó la cabeza, soberbia, y abandonó la sala.

—¿Te quedarás a pasar la noche? —preguntó Fulke.

—No tiene sentido marchar ahora, ¿no? —Se dejó caer en una silla señorial, cerca de uno de los braseros—. Supongo que podría continuar camino a Shrewsbury, pero después de todo tengo obligaciones familiares. —Abrió las piernas y se rascó sobre la tela de las calzas.

Fulke inclinó la cabeza y apretó los dientes.

—¿Qué clase de obligaciones familiares te traen a Whittington? ¿Has decidido entregar finalmente Edlington?

—Edlington estaba en la dote de Maude mientras no tuviera varones. Lo sabes. Ahora que Juliana me ha dado un heredero, le corresponde a él.

—No sé de cláusula alguna que diga tal cosa —replicó Fulke.

—Bueno, tu ignorancia es cosa tuya —dijo sacudiendo la cabeza enérgicamente—. No he venido a entregarte Edlington, ni a discutir. Estoy de camino hacia un consejo de nobles en St Edmunds, y pensé que te interesaría acompañarme.

—¿Y por qué debería interesarme? —preguntó Fulke mirándose las uñas. Conocía la reunión porque algunos la habían mencionado, mientras servía a Juan, en Poitou. En ese momento no había dicho nada, pero sus oídos escucharon las conversaciones y su cabeza analizó lo que significaba el encuentro.

—Porque podría ser una ventaja para ti, y aunque sirves al rey Juan, sé que no es amor lo que os une.

Fulke observó a su suegro.

—¿Acierto al suponer que al consejo asistirán hombres como Eustace de Vesci y Robert FitzWalter? —Eran los cabecillas de un grupo de nobles vasallos desencantados que tenían quejas de Juan y fomentaban la rebelión desde hacía tres años. Fulke sentía una gran simpatía por su causa, pero desconfiaba de De Vesci y de FitzWalter casi tanto como de Juan. Con su rebelión perseguían más el beneficio propio que la justicia. Su suegro tenía a un De Vesci por vecino, pero nunca había parecido particularmente interesado en unirse a la protesta.

Le Vavasour bebió su vino.

—Sí —concedió, pero alzó el índice cuando Fulke lanzó un gruñido—. No es lo que piensas. El conde de Winchester, los condes de Clare y Essex también asistirán —empezó a contar con los dedos los nombres que pronunciaba—, y Bigod y Mowbray y De Stuteville. La mitad de las familias nobles en Inglaterra y... —Se inclinó hacia delante para poner más énfasis y miró fijamente a Fulke—: Stephen Langton, arzobispo de Canterbury.

Fulke se cruzó de brazos, como si pese a todo rechazara la propuesta, pero su corazón había dado un salto al oír las últimas palabras, y viejas sensaciones hacían hervir su sangre. Evocó los tiempos en que se había alzado solo contra Juan. Ahora, más de diez años después, había un movimiento organizado.

¿Y qué pretenden?

—Obligar al rey a reconocer los derechos de sus vasallos. Que sepa que no puede

obligarnos a servirle en guerras al otro lado del mar, o a pagar esas aventuras. Obligarlo, con la promesa escrita de que ningún hombre libre pueda ser arrestado, detenido, o arruinado, excepto por el juicio de sus pares. Y que ninguna viuda pueda ser obligada a casarse nuevamente, o a pagar una ruinosa multa para mantenerse viuda. —Hizo un gesto con la mano—. Y mucho más. Todo será escrito en una declaración de exigencia de libertades. Una carta magna.

—¿Y esperas que Juan esté de acuerdo?

—Espero que se vea obligado a estar de acuerdo, o se enfrentará a una guerra civil. Los impuestos y tarifas que continúa imponiendo para pagar sus juegucitos en el exterior nos están dejando secos. Sé que le debes más dinero del que podrás pagarle nunca. Fuiste con él a Poitou sólo para librarte de la multa que de otro modo habrías tenido que pagar. Mira lo que le pasó a William de Braose cuando no pudo pagar sus multas e impuestos. Le persiguieron, se lo quitaron todo, y su esposa y su hijo fueron a prisión, a morir de hambre en un agujero negro.

Había genuina indignación en el tono de su suegro, pero Fulke sabía que no era por simpatía hacia la mujer y el niño. Lo que preocupaba a Le Vavasour era depender de un mero chasquido de los dedos reales. William de Braose no era un señor de segunda fila, sino un conde de gran poder e influencia.

—William de Braose fue perseguido por ser demasiado poderoso y estar al tanto de los secretos más oscuros de Juan —dijo Fulke.

—¿Crees que Juan asesinó a su sobrino?

—No es a mí a quien debes preguntárselo. Puede que haya hecho una tregua con Juan, pero eso no me convierte en su amigo, y tengo parientes bretones. Arturo era su príncipe y él tenía pretensiones de peso por el trono de Inglaterra... hasta que se convirtió en cautivo de Juan y nunca más se supo nada de él.

—¿Entonces lo crees? ¿Piensas que le mató?

Fulke se encogió de hombros.

—Creo que Arturo está muerto. Si no, Juan le habría exhibido para detener a Felipe de Francia, que alegaba su desaparición para ir a la guerra. En cuanto a si Juan lo asesinó... bueno, eso es un asunto entre el rey y Dios.

—No tengo simpatías por De Braose —dijo el suegro—, nunca me gustó ese hombre, pero si Juan puede destruirlo, podrá hacer lo mismo con cualquiera de nosotros cuando se le ocurra. Hay que pararle los pies. —Miró a Fulke—. ¿Irás conmigo al consejo?

—Lo pensaré —respondió Fulke con voz inexpresiva. Era una pena que la insurrección se planteara ahora, y no hacía quince años. Pero en aquellos tiempos Juan era el nuevo rey, y los nobles sólo pensaban en adularle para obtener favores. Ahora nadie hacía favores a nadie.

Aunque Fulke había contestado a su suegro de modo reticente, el instinto dijo al anciano que la decisión ya estaba tomada.



—¡Estás loco! —gritó Maude cuando le contó sus intenciones esa noche en la recámara—. Peleaste con uñas y dientes por tu herencia y ahora la arriesgas uniéndote a una panda de rebeldes. —Sus ojos centellearon y se llevó las manos a la cintura.

Fulke negó con la cabeza.

—No es una rebelión, es una reunión para redactar una carta de libertades, y tu padre no iría a menos que lo considerara necesario y seguro. Ya sabes cómo es.

—Sé exactamente como es —replicó—. Y por eso estoy furiosa. ¿Tanto te apetece ir a la guerra que no ves lo que hay detrás de sus palabras?

—Maude...

—Quiere que vayas con él porque le interesa, porque su posición se verá muy favorecida cuando llegue a St Edmunds con su yerno, el legendario Fulke FitzWarin, que alcanzó fama como proscrito y finalmente obligó al rey a capitular. Por eso quiere que te unas a esa causa, para arrojarse con tu gloria.

—Eso probablemente es cierto, pero no tiene ninguna importancia.

—¡Ninguna importancia! —El enfado de la mujer era tan grande que se le enturbió la vista—. ¡Y supongo que ese viajecito a St Edmunds tampoco tiene ninguna importancia! ¡Eres un idiota engreído! ¡Ves cómo se va tu juventud, y en vez de despedirla graciosamente, intentas recuperarla participando en una insensata rebelión!

—¡No es una rebelión! —Su voz comenzó a alzarse y Maude comprobó que había puesto el dedo en la llaga.

—¡Pero pronto lo será!

—Si conseguimos que Juan firme una carta garantizando las libertades, un código de honor, si así lo quieres, nunca más podrá retener las tierras de un hombre por su capricho. Ninguna mujer más será obligada a casarse contra su voluntad, y ningún heredero pagará más de lo que corresponde para tener las tierras de su padre. Es por el bien de todos.

—Sí, esas peticiones son muy loables, pero ¿por qué no las suscriben Guillermo el Mariscal, Ranulf de Chester o William Salisbury?

—Eso es obvio. Guillermo el Mariscal jura lealtad y obedece sin pararse a pensar nada, como un perro a su amo. Chester aguarda, para ver de qué lado sopla el viento, y William Salisbury es el hermano de Juan, otro perro. —Tendió la mano a Maude, pidiéndole comprensión—. Sé que muchos de los señores que promueven este documento tienen sus propias rencillas que solucionar, pero hay en él un fondo de verdad y justicia por el que vale la pena pelear.

—Vale la pena pelear —repitió con sarcasmo Maude—. Ahí lo tienes, de eso se trata, de pelear. —Se apartó, enojada, y comenzó a deshacerse las trenzas—. A veces me pregunto si lo único que quieres es guerrear. Tal vez hayas peleado tanto tiempo

que no puedas vivir sin hacerlo. —Se pasó los dedos agitadamente por el pelo—. Llamas perros a los seguidores de Juan, pero tú ladras como un lebrél atado al comienzo de una cacería —dijo encarándose con él—. Aunque consigas que Juan firme, no te querrá más por eso, sino al contrario. ¿Para qué revolver viejos odios?

—Porque sus motivos nunca han sido resueltos. El barro puede quedarse en el fondo, pero no desaparece.

—No, pero al menos queda fuera de la vista.

—¿Y eso está bien?

Maude apretó los dientes para ahogar el grito que le salía de lo más profundo. Era evidente que, gritara o no, él ya estaba decidido.

—Haz lo que quieras —dijo secamente—. No volveré a discutir contigo. —Se pasó el peine por el pelo con movimientos rápidos, a base de tirones, sin pestañear pese al dolor que se infligía—. Ve a jugar al caballero andante, pero no busques mi aprobación para tus disparates.

—Podrías usar tu lengua para cortar la carne. De cada encuentro con ella salgo herido. Estoy tan harto de pelear como tú. —Se marchó dando un portazo e instantes más tarde se escuchó una maldición, pues tropezó con un caballero que estaba durmiendo. Después se hizo el silencio.

Maude se mordió el labio y continuó peinándose, pero con más suavidad, para calmar los latidos del corazón y la agitación de sus pensamientos. ¿Se equivocaba al contradecirle? ¿Debería sonreír y decirle que hacía lo que era de ley? Juan tenía muchos defectos execrables, y era cierto que limitar sus abusos de poder beneficiaría a todos. Pero ahora debían luchar por ello otros, Fulke había hecho más que suficiente. Lo malo era que su marido consideraba que todavía había cuentas que ajustar.

Se quitó el vestido, los zapatos y las medias, pero se dejó la camisola, porque hacía frío, y se metió entre las sábanas. Sin el sólido cuerpo de Fulke para calentarle la espalda y los pies helados, la cama le pareció fría. Maude se acurrucó, acercando las rodillas hacia el mentón, y miró la vela encendida. Habían discutido otras veces, pero la cama siempre había sido escenario de reconciliación. Los encuentros carnales servían para descargar tensiones. Cuando uno de ellos se iba furioso, siempre volvía.

Sus párpados empezaron a cerrarse. Se despertó de golpe pensando que había dormido sólo unos momentos, pero la vela de noche estaba extinguiéndose en el candelero, la cama continuaba fría y era obvio que Fulke no volvería.



—Mujeres —dijo Le Vavasour escanciando otra generosa medida en la copa de Fulke. Se permitía ese lujo porque era el vino de su yerno—. Mejor no dejarlas pensar más que en la cama y las crías. Quien no lo haga así, se buscará problemas. Mira a mi Juliana. Jamás cuestiona mis acciones. Y yo procuro que no lo haga.

—Me irrita más allá de lo tolerable —comentó Fulke apurando el vino. Pero, entre los efluvios del alcohol, reconocía que lo que más le enfadaba era que Maude fuese tan perceptiva. Tenía razón, quizás sólo sirviese para pelear, y la rebelión le parecía justa por la única razón de que era contra Juan.

—La hebilla de tu cinturón le enseñará a contener su lengua.

Fulke miró disgustado a Le Vavasour.

—No necesito probar mi hombría golpeando a mi esposa.

—El hombre que golpea a su mujer es amo en su casa —dijo Le Vavasour con impaciencia—. Si lo haces, dejará de ponerte objeciones.

—No. —Fulke pensó en lo desolada que debía de ser una vida sin afecto ni cuidados, llena de miedo y desprecio—. Si la pegase no se opondría a mi partida, porque estaría feliz de que me fuera.

Le Vavasour sonrió mezquinamente.

—Te tiene dominado.

—No es verdad.

—Entonces, deja de mirar las escaleras como si estuvieras deseando volver corriendo a sus faldas. Que espere. Si vuelves, ella sabrá que ha ganado.

Las palabras de Le Vavasour despertaron una chispa de beligerancia masculina en Fulke. Se la imaginaba acostada, esperándole. Volvería a la cama, rodearía su cuerpo y le susurraría en el cuello que lamentaba que se hubieran peleado. Y ella se volvería en sus brazos y respondería, boca contra boca, que también ella lo sentía, pero que él estaba obligado a dar el primer paso.

—Que sea ella quien venga a ti —insistió Le Vavasour, mirándole con los ojos entornados—. Tienes que ser el amo en tu castillo.

Fulke asintió. Su suegro tenía razón. Si iba ahora a la cama, sería como admitir que estaba equivocado, aunque de todas formas pensara salir a la mañana siguiente.

Por eso se quedó, y cuando llegó el momento de dormir, se acostó en un colchón en la recámara de Le Vavasour, y dejó que el exceso de vino le adormilara pesadamente.

Cuando Maude bajó, al amanecer, lo encontró allí. La decepción y la ira bullían en su interior. Odiaba a su padre. Y odiaba a Fulke, pero también lo amaba; y cuanto más lo amaba y odiaba, más se enfurecía.

Con deliberada calma, supervisó la preparación del desayuno y las raciones para el viaje. Se aseguró de que Fulke tuviera ropas limpias en su equipaje. Cuando éste se sentó a desayunar, adormilado y sin afeitarse, ella le saludó con helada cortesía y puso el plato y la copa frente a él.

—¿Ves? —dijo su padre, dando un codazo a Fulke—, te dije que tenías que demostrarle quién es el amo. Lo que se necesita es disciplina.

Fulke no dijo nada. Se sintió culpable y miró, circunspecto, a Maude, pero cuando vio que ella iba a devolverle la mirada, retiró los ojos y decidió mantenerse firme. Le dolía el estómago y no tenía ganas de comer, pero con un largo viaje por delante,

sabía que debía hacerlo. A la fuerza, masticó y tragó.

Ajena a todo asunto de maneras o disciplina, la pequeña Mabile se acercó a él y le acarició la rodilla. Fulke la alzó y la sentó en su regazo.

Le Vavasour frunció el ceño; Fulke le ignoró y pasó un brazo protector alrededor de su hija menor, la más vulnerable. Mabile se quedó sentada un momento, y luego, con un chillido, se soltó del abrazo de su padre. Clarice acababa de entrar y la niña fue hacia ella. La joven la recibió en sus brazos y la besó mientras saludaba educadamente a los hombres.

—Disciplina —gruñó Le Vavasour, con aire hosco—. Hay que enseñarlas cuando todavía están en la cuna.

—Ahórrame tus consejos —respondió Fulke, harto—. ¿Te digo yo cómo debes manejar tu casa?

El suegro se encogió de hombros.

—Cuanto antes estemos en camino, mejor, el aire de este lugar te afecta a la cabeza.



Fulke se tomó su tiempo para el aseo. Masticó una raíz aromática para refrescarse el aliento y decidió no afeitarse. Estaban en diciembre, y pasaría menos frío dejándose la barba que a mentón descubierto. Si le molestaban los piojos, siempre podría quitársela. Sus hijos jugueteaban a su alrededor, ayudándole a guardar la cota en un envoltorio de cuero aceitado, y mirando con envidia cómo guardaba la espada.

Cuando se montó, Maude se acercó hasta el estribo. A la manera tradicional, le presentó el escudo.

—Ten cuidado, mi señor —dijo la esposa.

La brisa le agitó el velo, y el frío sol de diciembre hizo que sus ojos fueran luminosos y claros como el vidrio. El vientre de Fulke se estremeció de amor y deseo. Quería bajarse de la montura y estrecharla en sus brazos, pero, coartado por la presencia y la mirada de su suegro, y por un resto de orgullo, se quedó donde estaba.

—Tú cuídate también —murmuró—. Te prometo que todo será para bien.

—Entonces, mantén esa promesa —respondió ella alzando la cabeza.

Incapaz de resistirse, se quitó el guante y se inclinó en el caballo para acariciarle la mejilla.

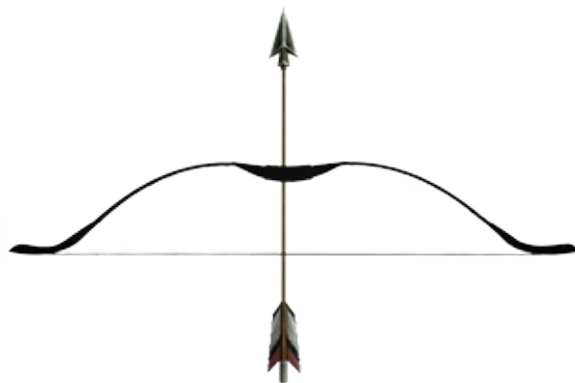
Hawise había entregado, obediente, el escudo a su abuelo, que lo recibió con su habitual arrogancia.

—Vamos —dijo, azuzando el caballo—. No debemos demorarnos.

Fulke dejó de mala gana de acariciar el rostro de Maude. Ella le miró intensamente y puso su mano donde acababa de estar la del hombre, siguiendo el rastro de su caricia.

Fulke espoleó el caballo y siguió a Le Vavasour a través de las puertas de

Whittington. Le parecía que era arrastrado contra su voluntad.



CAPÍTULO 38

Castillo de Whittington, Shropshire, marzo de 1215

Clarice estaba sentada, bordando laboriosamente un mantel para la mesa principal. Sus movimientos eran serenos y precisos, de una fluidez casi musical. Apretaba la aguja contra el lino, lo atravesaba, lo tensaba, y creaba poco a poco una imagen de intrincada belleza mediante un simple acto repetitivo. A veces se imaginaba como una de las diosas de tiempos paganos, bordando con sus sedas encantadas las historias de los mortales. Había un oscuro placer en el acto de tomar las pequeñas tijeras y cortar el hilo. El rey Juan había muerto ya varias veces en las profundidades de su imaginación.

Fulke y Maude discutían otra vez. Aunque los muros eran gruesos, las voces llegaban hasta ella. Clarice no entendía cómo dos personas que se amaban tan profundamente podían pelearse hasta el punto de que amenazaban con derribar las paredes a gritos. Últimamente, las disputas seguían siempre un mismo patrón. Maude le decía que era tonto por quedarse con los rebeldes; él respondía que ella era una rata. Maude replicaba con creciente impaciencia, y lo mismo hacía Fulke. Al cabo de un rato las voces podían oírse desde el otro extremo de la villa. Explorando de rabia, se lanzaban a la cama y se desahogaban hasta agotarse. Luego había un par de días de paz, de párpados pesados, y después se repetía la historia, hasta que finalmente él se iba cabalgando a unirse con los otros barones, dejando a Maude incendiada de rabia. Ahora estaban en la etapa intermedia. Fulke había vuelto para cuatro días, y acababa de explotar la segunda discusión, con rotundas blasfemias. Tras minutos de trifulca brutal se había hecho el silencio.

Clarice cortó otro trozo de hilo y, frunciendo inconscientemente los labios, comenzó a bordar una línea en seda de color rojo. El diseño era de pergaminos verdes, enrollados a pequeñas flores rojas, similares a la pimpinela escarlata. Era un

destemplado día de marzo, lleno de nubes arrastradas por el viento. De cuando en cuando caía un chaparrón. Sentada cerca de la ventana, para aprovechar la luz, sentía frío en el lado izquierdo, pero el derecho estaba templado por el brasero.

Un golpe de aire abrió la puerta, que luego se cerró de un portazo. Fulke entró en la habitación, con la túnica ondeando a cada uno de sus vigorosos pasos. Murmuró algo, hizo una pausa, se pasó la mano por el pelo y se sentó, molesto, frente a la pequeña mesa de juegos, cerca de la otra ventana. Dejó de mesarse el cabello y puso la cabeza entre sus manos.

Esta vez no habían terminado en la cama, por lo visto, pensó Clarice. La pelea habría ido más lejos y los ánimos seguían caldeados.

—¿Te apetece un poco de vino, mi señor? —Se levantó silenciosamente y se dirigió hacia el jarro colocado sobre una mesa de cedro.

Fulke alzó la vista con expresión levemente sorprendida, como si acabara de percibir su presencia en la habitación.

—¿Crees que has venido al mundo para eso, para traer y llevar copas de vino? —preguntó con tono brutal.

La burla hirió a Clarice, pero prefirió no dejarlo ver.

—No, mi señor, sólo te estaba ofreciendo consuelo.

—Dudo que lo halle en el fondo de una copa.

Con mano firme, la joven sirvió un poco de vino para ella misma, y volvió a su tarea. Cogió la aguja y comenzó a coser, dejando que la fluidez de movimientos le devolviera el equilibrio. Había llegado a la casa de FitzWarin siendo una niña de ocho años, ahora era una joven adulta, y de acuerdo con las costumbres imperantes, ya debía estar casada y tener por lo menos un niño. Pero las convenciones sociales no tenían en cuenta a los corazones. Ella amaba profundamente aquel hogar y la idea de abandonarlo le resultaba tan dolorosa que evitaba el tema de su futuro. Los FitzWarin sólo eran su familia indirectamente, a través de Theobald Walter, pero para ella lo eran de verdad, con todas las consecuencias.

Fulke suspiró y dejó su asiento para volver a caminar por el salón. Se detuvo frente a la mesa, se sirvió vino, y luego se acercó a ver el bordado.

—Es un trabajo muy bueno —dijo a modo de disculpa.

Clarice enrojeció levemente por el cumplido.

—Gracias, mi señor.

—Haces que parezca muy sencillo. —Las puntadas no son difíciles.

—Pero el diseño sí lo es. —Estaba de pie, detrás de ella. La joven no podía ver su expresión, pero notó el buen humor en su voz—. Como la vida —añadió—. Ah, Clarice, he trazado en la mía un diseño que no estoy seguro de que me guste, pero nene buenos detalles, por lo que no quiero deshacerlo y correr el riesgo de echarlos a perder.

—No quedaría como antes: estaría lleno de agujeros —dijo ella, siempre práctica, y fue recompensada con un gruñido de reconocimiento. Fulke se alejó, pero sólo para

acercar un taburete en el que poder sentarse a su lado a observar.

Clarice tomó un trago de vino e intentó concentrarse en el trabajo.

—¿Piensas que estoy equivocado? —pregunto Fulke tras un momento—. ¿Te pones del lado de las otras mujeres de la casa cuando dicen que soy tonto?

—No me pongo del lado de nadie, mi señor —murmuro Clarice, con tacto.

—¿Entonces no tienes opiniones?

—No he dicho eso. —Se mordió el labio y decidió que era mejor dar la vuelta al interrogatorio antes de que fuera demasiado tarde—. ¿Por qué querías deshacer lo que ya has bordado? ¿Qué te decepciona?

Fulke movió la cabeza, pesaroso.

—¿Conoces la carta de libertades que muchos de nosotros queremos que el rey Juan reconozca?

—Por supuesto que sí. —Resultaba imposible ignorar un asunto que era la razón de las disputas entre Fulke y Maude.

—Las demandas son razonables; fueron propuestas primero por el arzobispo de Canterbury, no por los nobles. Pero limitarán los poderes de Juan y su capacidad de recaudar fondos para la corona. En vez de exigir plata cuando le venga en gana, tendrá que atenerse a una serie de códigos. No podrá forzar a los caballeros a financiar sus guerras en el extranjero, no podrá aplastar a un hombre sólo porque no le gusta. —El tono se había vuelto vehemente y Clarice quedó convencida de que creía apasionadamente en aquellas peticiones de derechos. —Fulke bebió su vino, se incorporó para volver a llenar el vaso y volvió al taburete. Sus ojos brillaban de fervor—. El rey ve nuestras demandas a su manera, como un ataque a su poder, una invasión de su autoridad real para gobernar. Dice que los hombres que promueven esas limitaciones buscan crear problemas, y que quieren derrocarlo.

Clarice cortó la seda roja y eligió un hilo verde, cansada del otro color.

—¿Y eso es verdad?

—En parte. —Se rascó la nuca, algo incómodo—. Llegaste a esta casa cuando finalizaba mi conflicto con Juan, pero estás al tanto del mismo. Y es cierto que no hay sentimientos de amor entre Juan y nuestros dos portavoces, Robert FitzWalter y Eustace de Vesci.

Clarice enhebró la aguja de plata y frunció el ceño.

—¿No se fue la esposa de De Vesci...?

—A la cama con Juan —respondió Fulke—. Y no se metió allí voluntariamente. Fue obligada, o así dicen, para mantener la posición de su esposo en la corte y evitar que fuera perseguido por los oficiales del rey. Siendo Juan lo libidinoso que es, no dudo que el rumor sea cierto. Por tanto, De Vesci tiene un asunto pendiente con Juan, y a FitzWalter no lo alojaría en mi casa. —Abrió los brazos, con impotencia—. Lo malo es que la lista de derechos cuenta con el apoyo de muchos descontentos que sólo buscan su beneficio particular, gente problemática. Juan tiene el apoyo de algunos hombres muy decentes, que cierran los ojos a sus excesos y son fieles a los

juramentos que pronunciaron. Si les convenciéramos de que apoyaran la petición, todo sería más fácil. —Suspiró. La chica bordaba con mano experta. Fulke siguió hablando—: En fin, que Maude está enojada conmigo porque arriesgo todo lo que he conseguido, y lo hago en compañía de hombres de dudosa reputación.

—¿Es verdad que puedes perder todas tus tierras?

—Sí, ahora más que nunca.

—¿Por qué?

Miró la copa con un gesto de desagrado.

—Juan acaba de anunciar que quiere tomar la cruz.

Clarice alzó la vista. Había crecido escuchando historias sobre la crueldad, las trampas y la perfidia del rey, había sabido del castigo papal de unos años atrás, cuando Juan había disputado con Roma acerca del nombramiento del nuevo arzobispo de Canterbury. A pesar de su posterior reconciliación con el pontífice, ir a la cruzada le parecía excesivo en un hombre que prestaba muy poca atención a su fe.

—¿Una cruzada? Fulke se rio de buena gana.

—¡Ojalá! —exclamó con vehemencia—. No, dudo que Constantinopla tema que vaya a seguir los pasos de su ilustre hermano. Es una maniobra política. Trata de escabullirse de la cuestión de las libertades enarbolando la cruz. La Iglesia protege las tierras y los privilegios de un cruzado durante cuatro años. Cualquier hombre que se enfrente a quien haya tomado la cruz, queda excomulgado. No hace mucho, Juan estuvo casi en guerra contra el Papa. Ahora son aliados.

Clarice asintió y continuó bordando.

—¿Qué harías tú?

Se puso de pie, casi tirando su taburete.

—Estoy en una encrucijada —declaró con rabia—. Puedo retirarme y ver mis principios comprometidos, o seguir y condenar mi alma y perder mis tierras. —La miró con fiereza—. ¿Y qué harías tú, Clarice? No me digas que no te pones del lado de nadie, o que no es tu papel dar consejos. Quiero que respondas.

La muchacha tragó saliva y dejó de bordar. ¿Qué haría su esposa? Seguramente responderle que desear algo no significaba conseguirlo necesariamente. Pero ella no era Maude, ni tenía su carácter batallador. Eso no significaba, empero, que Clarice fuera débil.

—Intentaría decidir qué es lo más importante —respondió lentamente—, y posiblemente serían mis principios. Después de todo, siempre sabría que habría obstáculos en el camino, incluyendo la posible pérdida de tierras.

—¿Y la excomuni3n?

Ella apretó los labios.

—Esperaría que Dios fuese misericordioso. Parece que el Papa usa la excomuni3n como arma política, y no con verdadera preocupaci3n religiosa. Si lo que digo es una blasfemia, entonces, entono el *mea culpa*.

La fiereza había abandonado el rostro de Fulke. Ahora estaba más bien

sorprendido.

—Pareces un pequeño ratoncito. Te mueves por todas partes silenciosamente, sin molestar, como una maravillosa sirvienta, sin otro deseo aparente que cuidar de los demás. Sacarte una opinión que no sea sobre asuntos domésticos es como arrancarte un diente. —Ella enrojeció y le miró con reproche—. Pero vale la pena —se apresuró a añadir con una repentina sonrisa—. No eres un ratoncillo, Clarice d’Auberville. Eres una leona disfrazada. —Acarició su mejilla como despedida, y salió de la habitación.

Clarice miró fijamente el diseño del bordado, como si se hubiera transformado en un dibujo absurdo. Sentía un placentero mareo. Se tocó la mejilla en que se habían posado los dedos de Fulke. De pronto, se sintió feliz de estar sola, para saborear el momento, para recuperarse, para guardar el recuerdo en una cajita secreta en el fondo de su alma, donde nadie entraría nunca.



El sol se ponía sobre el Támesis, extendiendo una pátina dorada sobre la superficie del agua. Los barqueros atracaban sus pequeñas embarcaciones y apilaban las mercancías entre los muelles, o remaban por el río hacia los suburbios de Southwark, donde se concentraban los burdeles y casas de baños de la ciudad.

Aunque había visitado Londres muchas veces, Fulke nunca había estado en Southwark. Miraba a su alrededor con interés mientras le llevaban desde el bote hacia una escalinata de madera, y de allí a una especie de cabaña que se levantaba frente al río. Los edificios construidos a cada lado eran similares, y de apariencia próspera, con espaciosos jardines. En una casa al final de la calle estaban preparando pasteles de carne y frituras. Su apetitoso aroma llegaba en oleadas hasta él, recordándole que no había comido nada desde mediodía, preocupado como estaba por sus negocios.

La puerta se abrió y una alegre sirvienta le invitó a pasar a una habitación bien amueblada. Los juncos del piso eran nuevos, gruesos, y se mezclaban con tomillo y pétalos de rosa. En las ventanas había vidrios, sostenidos por marcos de plomo. Llamaban la atención los sólidos cofres lacados y los bancos de roble situados junto a las paredes de la habitación, que estaban adornadas con objetos de madera. Incluso había un espejo, con un labrado marco de marfil. Fulke lo miró todo, un poco boquiabierto. Llegó otra mujer para llevarse su capa y ofrecerle la obligada copa de vino. Tenía aproximadamente la edad de Maude, con dos trenzas de cabello castaño oscuro enmarcando un rostro atractivo que recordaba la forma de un corazón.

—Ah, Fulke, bienvenido. —William Salisbury surgió de unas cortinas que separaban la estancia de otro cuarto. Su escaso pelo, mojado por el baño, estaba peinado hacia atrás. Vestía una túnica de lana roja, con un cinturón suelto, y parecía más cómodo de lo que Fulke lo hubiera visto nunca.

—Ella es Richenda.

—Mi señora —saludó Fulke, con tacto, sin estar seguro de que fuera la forma correcta de dirigirse a ella. William estaba casado con Ella de Salisbury, un matrimonio de conveniencia que se mantenía dentro de límites civilizados gracias a que residían en viviendas separadas. Fulke sabía que Salisbury tenía una amante, pero era la primera vez que la veía. Aquélla debía de ser la casa que Salisbury le había comprado. No estaba seguro, porque el conde era muy discreto en tales asuntos.

La mujer inclinó la cabeza y sonrió, murmurando un agradable saludo, y luego se retiró al cuarto del cual había salido William.

—No sabes hasta qué punto esta mujer me ha salvado de la locura en los últimos meses —explicó el conde con mucho sentimiento—. Te juro que, si no tuviera este oasis, me habría tirado al río hace ya mucho tiempo. —Señaló un rincón de la sala, donde una vela grande iluminaba un plato frío de pechugas de pollo y pequeñas hogazas de pan de harina blanca.

—Son tiempos difíciles —concedió Fulke mientras tomaba asiento y miraba la comida—. Lo que daría por estar ahora en casa, en paz, con mi familia.

—Ya sabes cómo lograr eso.

Fulke sonrió amargamente.

—Ambos sabemos muchas cosas —replicó Fulke.

Salisbury volvió a señalar la comida.

—No arruinemos nuestro apetito con las diferencias políticas. Eres mi invitado.

Fulke asintió y murmuró las palabras de bendición de la mesa, persignándose al hacerlo. Comieron y charlaron sobre diversos asuntos: la familia, el tiempo, la caza. Guardaron las formas, pero también renovaron su amistad, mientras afuera anochecía y todo se volvía de un oscuro color azul, con ocasionales reflejos dorados sobre el río, producidos por las antorchas.

Finalmente, se sentaron frente a un jarro de vino dulce y, con cierta renuencia por parte de ambos, se dispusieron a discutir el tema que los había reunido.

—Me decepcionó saber que te habías sumado a los rebeldes —murmuró Salisbury con pesar—. Pensé que habías dejado atrás el pasado. Sé que tú y mi hermano nunca seréis compañeros, pero creía firmemente que habíais llegado a un entendimiento.

—Nos entendemos bien, ése no es el problema —replicó Fulke. Eligió un higo de la fuente de frutas y masticó con deleite—. Juan me devolvió las tierras porque necesitaba mi espada y yo le estaba resultando demasiado caro. Incluso entonces, dudo mucho de que hubiera cedido sin tu presión, la de Ranulf de Chester y la de Hubert Walter. Yo me rendí porque sabía que la oportunidad no se repetiría, y estaba desesperado. Fue un compromiso destinado a romperse tarde o temprano. —Se limpió los dedos en el mantel—. No puedo negarme a respaldar unas peticiones tan justas, Will.

—Es una lista de demandas imposibles, exigida por descontentos y gente turbia.

—¿Entonces no es justo exigir que un hombre no pueda ser arrestado y llevado a

prisión sin causa alguna? ¿O que una viuda pueda permanecer viuda o volver a casarse si lo desea sin tener que pagar una enorme multa por tal privilegio?

—Es un error exigir que un grupo selecto de veinticinco nobles comparta los poderes con el rey —rebatió Salisbury—. Eso es inaceptable.

—Pero ya ves lo que pasa cuando Juan ostenta poder sin límites. Mira lo que ocurrió con De Braose. Por el amor de Dios, recuerda lo que le pasó a su mujer y a su hijo.

Salisbury apartó la mirada.

—Eso estuvo mal, estoy de acuerdo —murmuró—. Pero a Juan le provocaron.

—¿Y por ello está bien dejar morir de hambre a una mujer ya su hijo, meterlos en una celda oscura hasta que el niño muera y la mujer se alimente de su cadáver para mantenerse viva?

—No, por supuesto que no. —El semblante de Salisbury se oscureció hasta tal punto que Fulke recordó al viejo rey Enrique cuando se avecinaba uno de sus ataques de furia.

—Muchos creen que mató a su propio sobrino y arrojó el cuerpo al río, atado con una piedra.

—Caminas peligrosamente cerca del límite de lo tolerable por la amistad —advirtió Salisbury con voz ronca.

—Tú también —replicó Fulke—. Sólo la amistad me ha traído aquí esta noche, y no me he marchado por lo mucho que la valoro. Se lo que Juan significa para ti... y tú sabes lo que significa para mí.

Salisbury tomó un largo trago de vino y suspiró.

—Cada uno carga con sus demonios. Juan tiene muchos, pero no es completamente malvado. Si le dieran una oportunidad, podría demostrar su valía, y no lo digo porque sea su hermano.

—Nuestra carta es su mejor oportunidad.

—No es más que un trágala de sus enemigos.

—¿Y por qué se ha ganado tantos enemigos, Will?

—Lo que digo es que no todo es culpa suya, y que si no te unes a los lores que le apoyan, espero que al menos en las negociaciones tengas un poco de sentido común.

A Salisbury sólo le quedaba rogar a Fulke que se moderara. No podía pedirselo a FitzWalter y a De Vesci, quienes estaban decididos a llegar hasta el final. La semana anterior habían tomado la ciudad de Londres sin que nadie levantara un dedo para detenerlos. Le preocupaba que tantos lores indecisos se inclinaran finalmente hacia el lado de los rebeldes.

—Tendré en cuenta tus preocupaciones, Will. —Fulke se puso de pie para marcharse—. Yo también deseo y necesito que esto termine. —Hizo un gesto amargo—. Y quiero que mi mujer y mis hijas dejen de considerarme un insensato.

—Deberías buscarte una segunda casa como ésta —comento Salisbury mientras la sirvienta iba a buscar la capa del visitante—. Tiene todas las comodidades del

hogar, y ninguno de sus inconvenientes.

Fulke se rio.

—Ya tengo bastantes problemas con mis mujeres como para añadir otras a la lista. Te veré en Windsor.



En una pradera pantanosa llamada Runnymede, entre Londres y Windsor, los rebeldes y los monárquicos se encontraron bajo la sombra de los toldos rayados, donde Juan había puesto su sello a la demanda de libertades de los nobles. Había una forzada cortesía en ambos bandos, pero la atmósfera era muy tensa. Juan recibió a los lores con odio y vio su negra mirada correspondida con igual encono.

Cuando su vista se posó en Fulke, se le agrió aún más el gesto, como si hubiera bebido una copa de vinagre. Fulke le devolvió la mirada, levantando la cabeza y afirmando los pies, como si se preparase para recibir un golpe. Sabía que las esperanzas de Salisbury eran polvo flotando en el viento. Un pasaje de la Biblia dice que un leopardo no puede cambiar sus manchas. Y, por Cristo, que era verdad, tanto en su caso como en el de Juan.

Cuando el rey puso su sello en la petición de libertades, los demandantes fueron, a su vez, a postrarse ante él, poniendo sus manos entre las de Juan, y jurando lealtad. El suegro de Fulke se frotaba las manos, nervioso y triunfante, como un niño excitado al participar en un juego de adultos. Pero no era un juego. FitzWalter y De Vesci asistieron a las negociaciones, pero no se quedaron. Ahora Fulke se daba cuenta de que tendría que haberse marchado con ellos.

Sabía que no podía seguir adelante y poner sus manos entre las de Juan. El contacto le envenenaría. Se sentía físicamente enfermo. Giró sobre sus talones, se abrió paso entre los testigos y se encaminó hacia su tienda de campaña.

Le Vavasour lo miró con azoramiento, y luego salió tras él, ignorando los gruñidos de protesta de los caballeros a los que empujaba.

—¿Adónde crees que vas?

—A unirme a De Vesci —respondió con amargura. Manchas de sudor oscurecían su pálida camisa de lino. Cogió su estandarte y lo guardó—. Desarmad la tienda —ordenó a sus asombrados ayudantes.

—Pero tú —Le Vavasour señaló el lugar que ocupaba el rey—, todavía no has prestado tu juramento de lealtad.

—Porque sería tan falso como la promesa de Juan de honrar nuestras peticiones. Puedes verlo en sus ojos. En cuanto se vaya de aquí, irá a ver al Papa y le pedirá que lo anule, porque fue obligado a firmar bajo coacción.

—Ha jurado que no lo hará.

—Juan juraría cualquier cosa por el alma de su madre para salir de este trance. —Fulke metió platos y copas en un cofre, y comenzó a desarmar una mesa de campaña

—. Tú haz lo que tu conciencia te ordene, padre, que yo me ocuparé de la mía.

Le Vavasour se mordió sus delgados labios.

—Juan ha sellado el documento, y no puedo hacer nada, salvo jurarle lealtad.

—Bien, entonces hazlo. —Fulke golpeó furiosamente la mesa, para desarmarla. Cuando alzó la vista, su suegro ya se había ido.



—¡No lo creo! —Maude miró a su padre con creciente desesperanza y rabia.

—Debes creerlo, puesto que es verdad. Fulke no prestó su juramento de lealtad y se ha convertido en un fuera de la ley con orden de captura. —Le Vavasour sacudió la cabeza—. No pude convencerle, y se fue en cuanto recogió su tienda. Ahora Juan pedirá su excomunión y confiscará sus tierras —añadió con cierto amargo placer.

—Si lo hace, te consideraré tan culpable como a Fulke. Tú fuiste quien le llenó la cabeza con las fantasías de las demandas de libertades.

—E hice bien, pero ha ido demasiado lejos. Y no permitiré que me hables de ese modo.

Maude apretó los puños. Deseaba hacer algo más que gritar. Esforzándose, se controló.

—¿Y dónde está Fulke ahora? —preguntó con voz ronca.

Su padre miró el techo y luego bajó la vista al suelo.

—¿Ya no hay respeto en esta casa? ¿Nadie me trata como es debido?

—¿Dónde está? —gritó Maude.

—Ya que insistes —dijo con un gesto de rendición—, se ha ido a un torneo, a Oxford.

—¡Un torneo! —A Maude se le nubló la vista—. Nuestras tierras confiscadas, los oficiales reales a punto de llegar, y él se ha ido a un torneo, ¡sin enviarme un mensaje siquiera! —Se sintió enferma, quería llorar.

—Los barones que rehusaron jurar mantienen sus tropas en armas. El torneo es una excusa para que los hombres sigan entrenados.

—¡Entrenados! —repitió con vehemente furia—. ¿Y qué ocurre con sus restantes deberes y obligaciones? ¿Qué pasa conmigo y con sus hijos? ¿Es que no ha pensado en nosotros? —Se golpeó el pecho con la palma de la mano—. No soy la mujer de Braose, no me dejaré encerrar en una mazmorra con mis hijos como alimento. Cuando te vayas mañana hacia el norte, me iré contigo. Es hora de que visite las tierras de mi dote. —Se dio la vuelta y le dejó de pie, plantado en medio de la sala, con una expresión de sorpresa en el rostro.

Clarice le llevó vino, le sentó al lado del hogar y llamó a sus dos nietos para que lo entretuvieran. Luego corrió tras Maude.

La enfurecida mujer abrió con violencia la tapa de un baúl. Metió dos camisas, dos vestidos, una túnica sin mangas y varios lienzos rectangulares para usarlos como

velos.

—¡Un torneo! —clamó cuando Clarice entró en la habitación, sin aliento—. ¿Lo has oído? ¡Un torneo!

Clarice se acercó al baúl y dobló cuidadosamente los vestidos que Maude había arrojado.

—Lo oí —murmuró—. Tal vez sea verdaderamente importante para él permanecer junto a los otros lores.

—¡Tan necesario como lo fue unirse a ellos desde el principio! —rebatía Maude mientras sacaba un par de zapatos de debajo de la cama.

—No puedes convertir al lobo en perro —dijo—. Ni creo que te gustase hacerlo, de ser posible.

En ese momento, Maude estuvo muy cerca de odiar a Clarice, su eterna compostura, su constante gentileza. Ardía en deseos de abofetearla.

—¡Conozco a Fulke, mocosa! —gritó—. Te escondes en un rincón y pretendes saber más de la vida que cualquier otra persona, cuando en verdad no sabes nada.

La muchacha la miró sin parpadear, con expresión dolida.

—En mi rincón paso desapercibida, y puedo ver y escuchar más que muchos. Sé que a pesar de lo que dices lo amas sin medida y que él daría su vida por ti.

—¿Lo haría? —Maude lanzó un cinturón trenzado al cofre—. Ya no estoy segura. Juan se interpone entre nosotros, es como un abismo.

—¿Entonces te marcharás de verdad? —preguntó suavemente Clarice.

Maude apretó los labios.

—No me quedaré a esperar. Que aprenda lo que se siente al ser abandonado.



El viento otoñal desnudaba las ramas de los árboles cuando Fulke regresó a Whittington. Los cerdos comían entre los nogales, en el bosque de Babbin, donde los aldeanos reunían leña para el invierno y buscaban setas junto a las raíces de los árboles para enriquecer su pobre dieta. Fulke les envidió por un instante, pero pronto abandonó tal idea. Si el invierno era malo, corrían el riesgo de pasar hambre. Si estallaba la guerra, podían quemar sus casas o matarlos. Sus riquezas consistían, como mucho, en una vaca, tres cerdos y cinco gallinas. Sin duda, ellos le envidiaban su buen caballo y su capa forrada de piel.

Las puertas del castillo se abrieron para darle entrada: el humo de las cocinas salía por los respiraderos y perfumaba el aire otoñal. Su hermano William se acercó a recibirle. Fulke le había escrito, pidiéndole que regresara de Whadborough y ocupara el puesto de capataz en Whittington hasta que terminara la disputa con Juan.

—¡Me alegro de verte! —exclamó Fulke abrazando el delgado cuerpo de su hermano.

—Y yo a ti —replicó con voz algo irónica—. Los jóvenes de Llewelyn están

inquietos. Hemos sufrido más de un ataque desde el verano. Parece que les da igual que estemos de su lado.

Fulke analizó la situación. Desde el punto de vista de los sitiados, no era mala. Le aliviaba que las peleas entre Juan y sus oponentes no se hubieran extendido a su parte de la frontera. Pero si a Ranulf de Chester se le metiera en la cabeza ir hacia Whittington, su captura sería inevitable. Llewelyn no tenía buen material de sitio, pero el fuego bastaría para asaltar una fortificación de madera, y más tras un verano tan cálido y seco.

—Atacó también las tierras de Pantulf, aunque los Corbet han escapado. Yo contraataqué en un par de ocasiones y me llevé algunos rebaños. En las últimas semanas ha habido tranquilidad.

Fulke dejó la montura al cuidado de un caballerizo y se dirigió a la sala.

—He acordado una tregua hasta la primavera con Guillermo el Mariscal. Si la hubiera pactado con Juan, ahora no estaría aquí.

William caminó a su lado.

—A Llewelyn no le agradecerá que hayas firmado una tregua.

—Llewelyn quiere lo mejor para Gales —comentó secamente Fulke. Al entrar en el castillo, miró a su alrededor y sintió frío en la nuca. Parecía una residencia de soltero. Los juncos del suelo estaban descuidados, la cera colgaba, seca, de los candelabros, y migas y manchas de bebida decoraban las mesas.

—¿No ha vuelto Maude de Yorkshire? —preguntó, aunque la respuesta estaba ante sus ojos. Había recibido una breve nota de su esposa, en un pedazo de pergamino no mayor que la palma de su mano, en la que le decía que se dirigía a sus propiedades del norte. Por la brevedad y el tono de la nota sabía que estaba furiosa, pero pensó que a esas alturas se le habría pasado.

Fue Richard, que estaba tostando pan al fuego, quien respondió.

—Todavía no —dijo, incómodo.

—¿No hay ninguna noticia de ella?

Su hermano negó con la cabeza y apartó la vista.

Fulke se enfureció y dio patadas a los juncos.

—¡Esto es un establo! —chilló—. ¡Puede que no os importe vivir entre la mierda, pero a mí sí! ¡Haced algo!

Richard sabía cuándo era conveniente retirarse. William ya lo había hecho, con la excusa de supervisar un ejercicio de la guardia. Maldiciendo, Fulke cogió un jarro de cerveza turbia de una mesa, llenó una copa no muy limpia y se subió a la tarima para examinar sus dominios con ojo crítico.

Esa noche, enojado e irritado, Fulke se envolvió en su capa forrada de piel para abrigarse, pero sintió frío. Whittington, en vez de su hogar, le pareció un lugar desolado y fantasmal. Finalmente, incapaz de dormir, se levantó. Buscó tinta, pluma y pergamino, escribió una breve carta a Maude, la selló con el anillo de oro que tenía en su joyero, y ordenó a un mensajero que partiera y se la entregara cuanto antes.



Diez días después, sin noticias de Maude, Fulke se marchó de Whittington para visitar la corte galesa, en Aber. Llewelyn le recibió con cortesía, pero también con un aire de reserva que fue correspondido por Fulke.

—Gales recoge una amarga cosecha cuando Inglaterra está en paz —dijo Llewelyn—, porque entonces todas sus ambiciones se centran en la conquista de sus vecinos. ¿Por qué debería alegrarme de que hayas pactado una tregua con Juan?

—No te pido que te alegres —respondió Fulke—. ¿No recuerdas que sellaste tu propio pacto con él al casarte con su hija y me obligaste a abandonar Whittington?

—Es una observación justa, pero ha corrido mucha agua bajo nuestros puentes desde entonces.

—Estoy de acuerdo. No he aceptado esta tregua para guerrear contra Gales. Lo único que te ruego es que impidas que tus jóvenes guerreros ataquen mis tierras.

—En la época de tu abuelo, esas tierras eran galesas.

—Y antes inglesas, y antes aún, galesas, e inglesas en tiempos más remotos. Es el cuento de nunca acabar. Si atacas, mis hombres responderán, y así seguiremos eternamente.



—Llewelyn ha cambiado —dijo Fulke a William cuando volvían a casa—. Se ha vuelto más amargo, más cínico. —Al oír sus propias palabras, frunció el ceño. «Nos pasa lo mismo a todos», pensó. Cuando la confianza se pierde una y otra vez, llega un momento en que no puede recuperarse.

—¿Crees que cesarán los ataques?

Fulke se encogió de hombros.

—Es posible que paren por un tiempo, a menos que el invierno sea duro y el hambre apriete. He advertido a Llewelyn que consideraré los ataques como un acto de guerra, y no como travesuras de jóvenes nerviosos. Pero he dejado tendidos los puentes de diálogo.

William sonrió imperceptiblemente.

—Eres mejor diplomático que muchos de los que te consideran un bruto —dijo—. Posees la habilidad de mostrar el puño y hablar a la vez como un cortesano.

—No es diplomacia. Es que el ingenio se agudiza cuando el diablo aprieta.



Llegaron a Whittington y se encontraron con los caballos de unos viajeros en los establos: un poderoso potro pinto y dos animales más pequeños. Fulke reconoció la yegua cobriza de su hija y el pequeño caballo marrón de Clarice. También había

varios animales que seguramente pertenecerían a una escolta, pero no vio rastro del caballo favorito de Maude, un hermoso animal de color melocotón.

Con el corazón en la boca, Fulke corrió hacia la sala. Alto y delgado, William Pantulf calentaba sus manos al fuego en compañía de dos niñas. Cuando Fulke llegó, el joven alzó la visa, y su mirada alertó al resto de los presentes. A Hawise se le iluminó el rostro.

—¡Papá! —gritó corriendo hacia él, con las trenzas al viento. Fulke la levantó y la hizo girar, abrazándola con una mezcla de placer y dolor, y luego apartándola un poco para poder mirarla.

—¡Por la Virgen María, has vuelto a crecer! Ya llegas más arriba de mi hombro.

Hawise se rio, y se pareció tanto a su madre que Fulke creyó que una flecha le atravesaba el corazón. Sin duda era una Diñan. Su estatura y sus nacientes curvas eran legado de la abuela de la que había recibido su nombre.

—¿Vienes a casa a quedarte —preguntó, ansioso—, por lo menos todo el invierno? ¿No recibisteis mi carta? —Con el brazo rodeando la cintura de Hawise, se acercó al fuego para saludar a Will Pantulf y a Clarice.

Hawise se puso tensa.

—Sí —dijo—. Estábamos en Edlington, y Will nos acompañaba, por lo que se ofreció a escoltarnos hasta Whittington. No podía viajar sola, así que Clarice me acompañó como carabina. —Su voz sonó algo nerviosa y a Fulke no se le escapó la mirada que intercambiaron las dos jóvenes.

—¿Tu madre vendrá más adelante?

Hubo un breve silencio. Will Pantulf carraspeó y pareció incómodo, como si deseara estar en otra parte.

Hawise negó con la cabeza.

—No, papá.

—¿Por qué no? —Fulke se sintió desfallecer. Había una expresión en el rostro de su hija, una mezcla de rabia, tristeza y compasión, que reflejaba una sabiduría femenina impropia de su edad.

Hawise levantó la cabeza.

—Dice que si ha de ser viuda mientras su marido vive, se quedará en las tierras de su dote, como corresponde a su estado.

—¿Cómo? —preguntó Fulke mientras la indignación se apoderaba de él.

Hawise comenzó a perder la compostura.

—¿Por qué te fuiste a un torneo, papá, en vez de regresar a casa? —Fulke sacudió la cabeza, tratando de entender lo que le decía, y aclararse las ideas—. El abuelo dijo que te habías marchado a un torneo.

—No era sólo un torneo, sino sobre todo una reunión de los hombres que sentían que el espíritu de la carta de libertades no iba a respetarse.

—Mamá dijo que, si querías buscar tu sueño como un perro que se busca el rabo, que estaba muy bien, pero que no deberías esperar que ella te aguardara en

Whittington para convertirse en una nueva señora De Braose.

El semblante de Fulke se oscureció y apretó los puños, tunoso con Maude por usar a Hawise como un peón en la batalla conyugal.

—Ella te envió con ese mensaje, ¿no es así?

—No, papá. —Hawise negó con la cabeza, angustiada—. Pero la oí decirlo. Ve a buscarla, por favor. No puedo soportar que os destrocéis mutuamente.

Fulke besó la blanca frente y acarició los rojizos mechones que escapaban de las trenzas de su hija.

—Saldré mañana —afirmó con ternura, aunque aún había enfado en su mirada.

Un criado les llevó vino caliente y su hermano William se unió a ellos. Su llegada alivió la tensión reinante.

—Mañana iré a buscar a Maude —le contó Fulke con voz serena para no preocupar a su hija.



—Bueno, ¿qué debería decirle a mi mujer?

Clarice miró a Fulke, que estaba de pie frente al hogar, tomando una última copa de vino antes de retirarse.

—Sólo tú lo sabes, mi señor —dijo, poniéndose la capa. Hawise y Will Pantulf habían salido a admirar las estrellas y a admirarse mutuamente. En su papel de carabina, Clarice se disponía a seguirlos, de mala gana. Durante toda la noche la joven había notado las tormentosas pasiones que azotaban el alma de Fulke, Ahora, aunque no estaba borracho, podía ver que el vino consumido le había dejado melancólico—. Una cosa sí puedo decirte: no volverá contigo.

—¿Por qué?

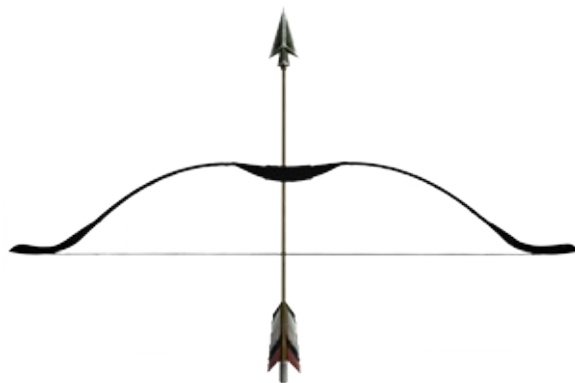
—Me pides que ponga sus palabras en mi boca. No puedo hacer eso.

—No veo por qué no. Todos parecen conocer sus motivos. Seguro que te los ha comentado.

Escuchando el gruñido de su voz, Clarice sacudió en silencio la cabeza. Se alejó de él, apretó el paso por la sala, y no le respondió cuando oyó sus gritos. No tenía intención de convertirse en un grano de trigo entre dos piedras de molino, ni de soportar la tortura de hablar con él de otra mujer, cuando lo que quería en realidad era... Hizo un gesto de irritación consigo misma y apartó el pensamiento prohibido antes de que pudiera crecer en su mente y en su corazón.

Fuera, la noche era propicia para los amantes, fresca y repleta de estrellas, ideal para arrullarse al abrigo de las capas, compartiendo la tibieza de los cuerpos. El aliento de Clarice blanqueó el aire mientras subía por las escaleras de la empalizada y se unía a Hawise y a Will, de pie frente a frente, con las bocas tan próximas que el aliento de ambos parecía uno solo. No sintió envidia: había visto las dos caras de la moneda esa noche. Sin embargo, una ráfaga de inquietud cruzó su corazón cuando

vio a la pareja y supo que jamás experimentaría aquel amor inocente.



CAPÍTULO 39

ShIPLEY, Yorksbire, otoño de 1215

Con las mangas alzadas hasta el codo y una mano sosteniendo la olla, Maude metió la otra en la pegajosa mezcla de sal, salitre, pimienta y miel. Sobre la mesa, frente a ella, había dos docenas de gruesos jamones. Podía haber dejado el trabajo a la señora Guldrun, que preparaba jamones de York todos los otoños desde hacía veinticinco años, pero quería aprender. Además, eso la mantenía ocupada e impedía que se atormentara. Pasaba los días bordando, practicando el tiro con arco y cuidando a los niños, pero éstos eran demasiado mayores para necesitar atención permanente. Querían estar a solas con los sirvientes y los perros, probar sus habilidades como jóvenes cazadores; jugar a los guerreros. Mabile estaba sentada en el vestíbulo bajo la mirada vigilante de la esposa del encargado y de Jonetta, que había rechazado con un estremecimiento de horror la invitación de ir al helado saladero para ayudarla a curar los jamones.

—Tienes que frotarlos por *toda parte* con esta mezcla, dos veces por semana, durante una luna, dándoles la vuelta cada vez —la instruyó Guldrun, con su peculiar idioma—. *Tonces* los tiene *qui'm-papar* un día y una noche y colgarlos a secar. —Sus brazos sonrosados se parecían a los jamones sobre los que untaba vigorosamente la mezcla—. Y cuando está listo, tiene que cubrir el hueso con pimienta molida para que no se *le'ntren* los bichos a la carne.

Maude asintió. Tenía sentido lo que decía. La pimienta era cara, pero la pérdida de un jamón era peor que cualquier gasto en conservantes. Tenía un pequeño corte en un nudillo y le escocía ferozmente cuando la sal entraba en contacto con la carne viva. Untó un jamón con la mezcla, siguiendo el ejemplo de Guldrun.

—*Asi'sta* bien, mi señora. —Guldrun dio un gruñido de aprobación—. Se ve que es mujer de Yorkshire, de nacimiento.

Maude se rio con placer por el cumplido. Los taciturnos habitantes de aquellas regiones no querían a los normandos, que casi habían exterminado a sus tatarabuelos cuando el Conquistador llevó el fuego y la espada a los territorios del norte de Inglaterra. Pocos quedaban para recordarlo, pero el tiempo parecía incrementar el sordo resentimiento de las gentes. Que la felicitara una matrona como Guldrun era un logro.

Maude pensó que era una pena que Clarice se hubiera ido a Whittington. Con su habilidad y su amor por todas las labores domésticas habría disfrutado mucho con la tarea. El recuerdo de Whittington la asaltó como un peligroso intruso. Quizás tenía que haber ido con las muchachas. En verdad, era su deber, pero había ignorado la voz de la conciencia. El orgullo y la furia justificaban su actitud. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Fulke pavoneándose ante las damas en el torneo mientras la ruina se cernía sobre su hogar.

—No tiene que ser tan dura, ama —le advirtió Guldrun con una mirada de alarma—. El cerdo *'stá* ya muerto.

Maude balbuceó una sorprendida disculpa. No, no pensaría en Whittington ni en Fulke. Los buenos pensamientos hacían buenos jamones.

Una hora más urde, cuando terminaron de untar y dar vueltas a los jamones, que ahora debían reposar tres días, Maude se limpió las enrojecidas manos con un trapo de lino y salió del saladero a la fría mañana. El viento atravesaba su grueso vestido de lana como si la tela fuera del más delgado algodón; el cielo encapotado amenazaba con más lluvias.

Habían cubierto el patio de paja para absorber el agua de las últimas borrascas torrenciales. Mientras en Irlanda las lluvias eran leves, se dirían verdes, como el paisaje, en Yorkshire caían sin piedad como trombas grises, incontenibles.

Dos jinetes entraron en el patio, con las cabezas ocultas por capuchas y los hombros encogidos para soportar el viento. Un hombre maduro y un joven. Su corazón comenzó a latir a medida que se acercaban. Se trataba de un caballero y su escudero.

Guldrun salió del saladero, limpiándose las manos.

—Le diré al encargado *qui teñimos* visita —dijo, y se alejó, cimbreando sus formidables nalgas.

Maude asintió sin mirarla, con toda la atención concentrada en el hombre que descendía del potro cobrizo. El cielo gris y la capucha azul oscuro teñían sus ojos de esos colores y resaltaban el tamaño de las ojeras. Las arrugas de su rostro eran pronunciadas y más profundas que lo que ella recordaba. Sin duda, habían sido unos meses difíciles.

El jinete maduro ordenó al escudero que se llevara los caballos al establo y se ocupara del equipaje. Después se volvió hacia Maude.

—¿No es una cobardía enviar a tu hija como mensajera? —preguntó.

Maude apretó el lienzo entre sus manos.

—No la envié. Fue a buscarte por propia voluntad.

—Pero tú preferiste no acompañarla.

Cayeron las primeras gotas de lluvia de la oscura nube que se cernía sobre ellos, y un repentino golpe de aire agitó el velo, cubriéndole la cara y tapándole los ojos. El vendaval hizo que se le saltasen las lágrimas.

—Preferí no hacerlo.

—¿Me dirás el motivo?

—¿No es evidente?

—¿Te lo preguntaría si lo fuera? ¿O también me lo tiene que decir Hawise?

Maude vio la chispa de furia que ardía en sus ojos y le respondió del mismo modo.

—No sé lo que te dijo, pero no le encargué recado alguno. Por Dios, ¿crees que pondría en la boca de nuestra hija palabras en contra de su padre?

—No lo sé. ¿Lo harías?

La lluvia, racheada, caía con intensidad creciente.

—Mejor será que llames a tu escudero y vuelvas a Whittington, porque no se te ha perdido nada aquí. —Se marchó en dirección a la sala, pero cambió de idea y se encaminó, no a la puerta central, sino a las escaleras que conducían al cuarto del piso superior. Ella no dudaba que la seguiría y que lo que tuvieran que decirse lo harían en privado, lejos de los oídos curiosos de los habitantes del castillo, incluidas sus hijas.

El miedo a haberle juzgado mal comenzó a crecer cuando vio que no la seguía de inmediato. Se dispuso a esperar sirviendo vino en dos copas, agregando carbón al brasero y enviando fuera del cuarto a la sirvienta, que estaba sentada junto a la ventana. Claro que la seguiría. ¿Para qué había viajado hasta allí si no?

Ocupó el lugar de la sirvienta en el banco y miró hacia el patio. Fulke ya no estaba. Escuchaba el golpear de la lluvia sobre la paja. Las gallinas sacudían sus plumas y se acurrucaban en un rincón, junto a la basura, donde una empalizada ofrecía algo de refugio. Las antorchas iluminaban las cocinas, difundiendo un brillo amarillento en la oscuridad de la tarde.

Se abrió la puerta, como ella había supuesto, pero hasta que no entró en la habitación, no dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

—No lo sé —dijo Fulke como si no se hubiera interrumpido la conversación—, porque ya no te conozco. En algún lugar perdí a la mujer con la que me casé, mi compañera del alma, y temo que soy incapaz de encontrarla otra vez. —Se quitó la capucha, entró en la habitación y se paró frente al brasero, estirando sus manos para calentarlas.

—Tal vez porque ella ya no existe. —Tenía un nudo en su garganta y sentía cómo las lágrimas asaltaban sus ojos—. Temo haber perdido al hombre con el que me casé, o quizás le confundí con alguien que sólo existía en mi imaginación. —Le miró a través de la atmósfera creada por calor del brasero y el frío del aire. Se incorporó a medias y cerró las celosías para resguardarse de la creciente inclemencia del tiempo

—. ¿Por qué te fuiste a un torneo? ¿Por qué no viniste a casa?

—¿Es eso lo que te molestó? ¿Que fuese a un torneo?

Maude echó el cerrojo y se miró las manos, ateridas.

—Que te preocuparas más por tus nuevos amigos rebeldes que por nosotros. Que aún seas incapaz de olvidar a Juan. —Le miró a los ojos—. Pensé que habíais resuelto vuestras diferencias. Dijiste que lo único que querías era justicia. Afirmabas que todo lo que anhelabas era Whittington, pero una vez que lo obtuviste, no fue suficiente. Juan todavía estaba presente y querías derrocarlo, sin importar lo que costase.

Fulke se sonrojó.

—Eso no es verdad. Si Juan fuera un rey como lo fue su padre, no me hubiera apartado una pulgada de Whittington.

—No es así, porque fue Enrique quien privó a tu familia de Whittington en primer lugar —replicó.

—Mira, esta carta es importante —declaró el hombre con impaciencia—. Protege los derechos de los hombres, los libera de la tiranía de Juan. Ha sido obligado a despedir a sus mercenarios de Poitou, que cometían todo tipo de atrocidad que él ordenara. Hawise dijo que tu no querías ser otra De Braose; pues bien, el cumplimiento de esta declaración garantiza que eso nunca sucederá.

Maude hizo un gesto de pesar.

—Esas palabras son mías, pero no se las dije a Hawise; nunca la destrozaría metiéndola en las disputas entre nosotros dos.

—Ella te oyó decirlo por casualidad —aclaró con tristeza.

Maude se mordió el labio. Todo le salía mal.

—Estaba demasiado nerviosa. Incluso lo pagué injustamente con Clarice.

Esperó una respuesta airada, pero Fulke permaneció silencioso, con la mandíbula apretada. Fría y temblorosa, se acercó a las copas de vino que había servido anteriormente y le entregó una, no como señal de paz, sino como muestra de que deseaba continuar la charla.

—Esto no es una pelea de muchachos, Maude —dijo en un tono menos duro—. Es incluso más importante que el mismo Whittington.

—¿Más importante que tu familia?

—No hay por qué hacer comparaciones —replicó arrugando la frente.

—No, quizás tengas razón —coincidió—. Por eso no entiendo por qué no te quedaste a la firma de las reclamaciones. Mi padre me dijo que te fuiste del sitio donde se iba a sellar el acuerdo y que cabalgaste para sumarte a De Vesci y a FitzWalter. Por eso dije que es la ruina de Juan lo que quieres, no La paz y la justicia.

—Por Cristo, Maude, Juan no tiene intención de aceptar las normas de la carta, a menos que se le obligue. ¿Acaso me crees tan mezquino y vengativo como para perseguirle por un viejo asunto? —La miró enojado, y ella vio el dolor latente en su expresión—. Lo crees, ¿no?

—Creo que las cuentas pendientes entre vosotros no están liquidadas —comentó Maude, insegura—. Y no puedo evitarlo, me siento como una viuda cuando pones toda tu energía en luchar contra él.

—No voy a pelear con él ahora; he firmado una tregua.

—¿Cuánto durará? ¿Hasta que los pastos de primavera crezcan de nuevo bajo los cascos de tu caballo y puedas hacer la guerra otra vez?

—Si Juan cumple con los términos de la declaración, eso no tiene por qué suceder.

—Pero sucederá. Lo veo en tu rostro. No intentes engañarme con palabras vacías. Abruptamente, Fulke dejó la copa a un lado.

—Ya es suficiente. He cabalgado mucho, estoy cansado y seguramente lo que digo cae en oídos sordos. He venido a pedirte que vuelvas a Whittington conmigo. Sin ti es un lugar sin alma.

—¿Y si digo que no?

Se pasó las manos por el pelo y ella se estremeció al ver el brillo plateado de las canas entre el oscuro cabello.

—He considerado la posibilidad de atarte a un caballo de carga, como un saco de fruta, y obligarte a volver; pero ¿de qué serviría? Con seguridad, te escaparías a la primera oportunidad, o me clavarías un cuchillo mientras durmiera. Sé que las cosas ya no pueden ser como antes, porque como bien dices, hemos cambiado, pero... —La miró sombrío, buscando las palabras adecuadas—. Pero quiero que envejecamos juntos, no por separado.

Maude sintió que comenzaba a flaquear, pero se mantuvo firme.

—Seguirás queriendo hacer la guerra contra Juan.

—Vengas o no vengas, las cosas son así —murmuró—, pero por eso te necesito más, no menos. —Abrió los brazos en gesto suplicante—. ¿Quién me mantendrá en pie? ¿Quién me hará sentirme vivo?

Maude entornó los ojos.

—Si no estuviera en Irlanda con esa zorra que tiene por mujer, diría que has estado tomando lecciones de actuación de Jean de Rampaigne.

—Te juro que estas palabras son mías, aunque en verdad no sé de dónde surgen —agregó con ironía—. Durante todo el camino a Edlington me dediqué a alimentar mi rabia, ensayando lo que iba a decirte sobre las obligaciones y los deberes de una esposa.

—¿De veras? —El tono de Maude era mordaz—. ¿Y qué discursos eran esos que no te has atrevido a soltarme? —Cruzó los brazos sobre el pecho, no en actitud defensiva, sino de afirmación—. Muy bien. Volveré, pero tienes que prometerme una cosa.

Fulke la miró dubitativo.

—¿Qué?

—Que no irás a otro torneo a menos que me lleves contigo.

—Siempre he lucido tus colores, y lo sabes. —Se palpó la bolsa—. Todavía guardo la cinta para el pelo que me diste aquella primera vez.

—Quiero estar allí para atarla a tu lanza. No me convertiré otra vez en una viuda. No. Tienes que prometerlo... —Retrocedió un paso cuando él avanzó hacia ella.

Fulke se descolgó la bolsa y cogió la cinta verde. El color se había apagado, la plata estaba manchada, pero todavía brillaba un poco.

—Sobre este tesoro, lo juro —sentenció—. Átame a tu voluntad.

Maude cogió la cinta y la enrolló con cuidado entre las manos de ambos, uniéndolas, las suyas rojas de salar jamones, las de él endurecidas de tanto empuñar espadas y riendas. Se tocaron, fríos por la temperatura de la habitación, pero con el calor de la pasión latiendo en su sangre. El brazo de Fulke se curvó en torno a la cintura de Maude, y el de ella alrededor del cuello de su marido, que pronunció el nombre de Maude estrechando el abrazo.

Sus labios se encontraron, primero con ternura, luego con ardor. Hambrientos tras dos estaciones enteras de castidad, se encendieron con las caricias. Maude se consumió en una oleada de deseo tan fuerte que no sólo se derritió su sexo, sino su cuerpo entero, el pecho, las piernas, los brazos... todo. Los jadeos de Fulke la hicieron saber que él se sentía igual. Cualesquiera que fuesen sus peleas, sus diferencias, en este terreno había una comunión completa. Era un campo de batalla y un campo de paz, territorio para rendirse y vencer, ámbito exclusivo de la pasión y el amor.

Más tarde, cuando estaban tumbados en el suelo, Maude desenredó con ternura la cinta de sus dedos y la deslizó suavemente sobre los ojos cerrados de su marido. Fulke sonrió, atrapó la mano femenina y la cubrió de besos.

Desde el patio llegó el sonido de las voces de los niños y el ladrido de los perros, ahogado por las paredes de madera y las ventanas fuertemente cerradas.

Maude se sentó.

—Ésos son nuestros hijos, que vuelven de su cabalgada —dijo—. Mejor será que vayamos a buscarlos antes de que ellos nos encuentren aquí.

—¿Y por qué no deberían encontrarnos? —Fulke volvió a estrecharla y la besó profundamente—. Han de saber tanto del amor como de la guerra.

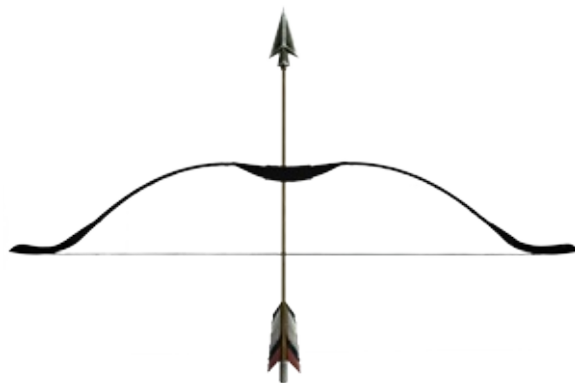
—Tal vez, pero no quisiera que nuestro heredero creyese que el suelo es el lugar indicado para las prácticas amorosas.

Fulke se rio y la soltó.

—Eso es verdad —asintió mientras se ponía de pie y miraba a su alrededor buscando el velo de Maude. Se escuchó ruido de pasos en las escaleras—. Se empieza en la cama y luego bajas el nivel.

La puerta se abrió de golpe, y dos niños, acompañados de un gran mastín, entraron en la habitación y encontraron a su madre llenando dos copas de vino, y a su padre sentado en el banco, con las piernas estiradas, en una postura relajada. Traviosos y despreocupados como eran, ninguno alcanzó a ver las deladoras briznas

de paja adheridas a las ropas de sus padres.



CAPÍTULO 40

Castillo de Whittington, Shropshire, verano de 1216

Cuatro meses después de su catorce cumpleaños, Hawise se casó en Whittington con William Pantulf de Wem. Se celebró una gran fiesta, con invitados de los dos bandos enfrentados en el país, que no desaprovecharon la oportunidad para discutir sus diferencias, sellar pactos y orientar sus lealtades. Llewelyn excusó su asistencia, pero envió su felicitación y un pequeño broche de oro gales como regalo para Hawise.

Los jóvenes improvisaron un torneo, y los hombres mayores se les unieron, seducidos por sus recuerdos de juventud. Bajo el sol de junio, las mujeres reían y conversaban, intercambiaban noticias, hablaban del torneo. Las matronas elegían candidatos para sus hijas, y las hijas también, ocultando sus risas, parpadeando como polillas.

Por la noche hubo danzas en el castillo y en la pradera, iluminada por antorchas. El aire era tibio y el atardecer desplegaba su suave declive detrás de las antorchas. Con un vestido nupcial de seda color verde y el pelo descubierto en señal de virginidad, coronado de rosas blancas, Hawise era una novia deslumbrante. Sonriendo feliz, resplandeciente en su traje azul, William Pantulf le hacía justicia, y los invitados coincidieron en que era un buen matrimonio.

Maude y Fulke habían recibido varias ofertas de matrimonio para sus hijos. Un lord gales, Madoc ap Griffin, que ya tenía parientes en la frontera, había propuesto la unión de Fulkin y su hija Angareth, una agradable niña de cabello negro, de cinco años. La idea interesaba a Fulke. Llewelyn podía ser el señor más importante de Gales, pero no era el único, y las alianzas fronterizas siempre resultaban útiles, especialmente cuando existían relaciones con la poderosa familia Lacey, como era el caso. Accedió a considerar la oferta, pero, teniendo en cuenta la edad de los niños y la

fluidez de la situación política, no podía prometer nada.

Maude sonrió y pasó su brazo en torno al de Fulke. Le parecía que su marido estaba muy guapo con su túnica. El color púrpura le favorecía, y los puños y dobladillos trenzados con oro aumentaban el aire de elegancia del caballero. Su propio vestido era de seda de color plateado, con adornos verdes. Habían recibido abundantes elogios por la hermosura de la novia y del novio, como debía ser, pero también por ella y Fulke. Algo del brillo del casamiento de Hawise se les había pegado, y ella notaba cierta magia flotando en el aire.

Fulke había ido a Edlington a finales de octubre, la había traído de vuelta a Whittington en noviembre, y allí se había quedado. Ahora estaban en junio, y la tregua se mantenía. Mientras otros rebeldes continuaban la lucha, Fulke había permanecido en Whittington, atendiendo sus asuntos, atento a lo que sucedía, pero sin tomar parte activa en ello. A veces, Maude notaba su tensión, pues le veía levantarse de la cama y dar vueltas como un lobo enjaulado. En esos momentos casi se sentía como una carcelera. El príncipe Luis de Francia había desembarcado en territorio inglés seis semanas atrás, e iba de victoria en victoria, a medida que los nobles rebeldes se pasaban a su bando. Maude era consciente de que Fulke había pensado en unirse al príncipe. No dijo gran cosa, pero ella no necesitaba oírle para conocer sus pensamientos.

El matrimonio de su hija era bueno para él, pensó Maude. Fue capaz de invitar a caballeros de ambos bandos, de reunirse con ellos en su propio territorio y discutir la situación. Aunque quería ver a Juan reconocer de verdad las demandas y acceder a sus términos, tampoco deseaba que el príncipe Luis conquistara el reino, pusiera a los franceses en puestos clave y convirtiera las libertades en papel mojado. Y mientras él dudaba, Maude rezaba.

Espoleada por la bebida, la fiesta se encaminaba al desorden.

—Creo que ha llegado la hora de la ceremonia del dormitorio —murmuró Maude—. Busca a Will, que yo me ocuparé de Hawise.

Fulke asintió, pero no se movió. Ella le vio rascarse la nuca, indeciso, y se sintió embargada de ternura.

—Ya lo sé —dijo suavemente—, ya sé que todavía ayer era poco más que un bebé que acunábamos en nuestros brazos.

—Todavía sigue siéndolo —dijo.

Maude imaginó que su marido recordaba los días en que Hawise se aupaba a su regazo y se dormía sobre su pecho. Le parecía oír sus gritos de alegría cuando su padre la subía a su montura. Aquella protección, aquellos tiernos cuidados, estarían ahora en manos de otro. Hawise tenía tanta confianza en el amor, por el ejemplo de sus padres, que había corrido hacia su novio sin plantearse duda alguna.

Maude, algo impaciente, le tocó el brazo.

—Estará bien. Hiciste muy bien al elegir a Will Pantulf.

Fulke se encogió de hombros. Maude adivinaba que en ese momento él deseaba

no haber elegido a nadie. Sabía que la idea de ver a su hija dirigirse a la cama con un hombre, y acostarse con él, era difícil de tolerar, aunque fuese un necesario rito de iniciación. Notó que Fulke sufría escalofríos.

—Vamos —replicó con repentino mal humor—. Si no lo hacemos ahora, todos estarán demasiado borrachos para ser testigos, y yo perderé el poco coraje que tengo. —Tomando aliento, se zambulló entre los invitados, adoptando la máscara de anfitrión y padre afable.

Sonriendo pese a un súbito acceso de llanto, Maude fue a buscar a la novia. Llegó junto a ella justo cuando Fulke, el padre de Will y los hombres mayores rodeaban al novio y se lo llevaban para quitarle la ropa. Abundaban las bromas, gracias a los efluvios del vino, aunque la presencia de los más ancianos mantenía el ambiente festivo dentro de límites tolerables.

Hawise se reía, le brillaban los ojos porque había bebido demasiado vino, y apenas daba señal alguna de miedo o nervios mientras la conducían hacia el dormitorio principal. Guirnaldas de flores decoraban las paredes, y la cama estaba adornada con flamantes cortinas flamencas.

Mientras ayudaban a Hawise a quitarse su tiara nupcial y el pesado vestido de bodas, Maude aprovechó el momento para preguntar a su hija si se sentía bien.

Hawise arrugó la nariz, en un mohín copiado inconscientemente de su propia madre.

—Sé lo que me espera —dijo, y rio.

—¿Lo sabes? —Maude alzó las cejas y trató de no parecer preocupada.

—¡Ay, mamá! —exclamó Hawise, dándole un pequeño codazo—. Tendrás la prueba de mi pureza colgando sobre la mesa del desayuno.

Maude hizo un gesto de desagrado, recordando su mañana nupcial y al joven caballero de ojos color de almendra que lo miraba todo, excepto la sábana ensangrentada, que pendía como un estandarte victorioso a la vista de todos.

—Sé que todavía eres virgen —dijo Maude—, aunque no tan pura como la nieve.

Hawise miró a su madre de reojo.

—¿Te acostaste con papá antes de casarte?

—No. Tuvimos la oportunidad de hacerlo una vez, pero yo era la esposa de otro hombre, y ambos nos abstuvimos. —Sonrió y acarició la mano de su hija—. Tu noche de bodas será diferente de las mías. Te deseo lo mejor.

—¿Por qué será diferente? —pregunto Hawise, intrigada.

Su madre frunció los labios.

—Mi primer esposo era más de treinta años mayor que yo, un buen hombre, pero yo era demasiado joven y no le había elegido, aunque llegué a amarlo profundamente. Con tu padre... —Se encogió de hombros y su sonrisa se hizo más profunda.

—¿Mamá? ¿Por qué callas?

Maude se rio y sintió subir el rubor a sus mejillas.

—Fue un incendio. Me rescató bajo las narices del rey Juan y me llevó al bosque.

Me convertí en la novia de un fugitivo, y nuestra cama matrimonial fue un lecho de ramas trenzadas bajo las estrellas. Parece el cuento de un trovador, y de hecho luego lo fue. Vivíamos en el filo de la navaja. Sabía que cada vez que nos separábamos podía ser la última que lo viera con vida.

—Y nada ha cambiado —dijo Hawise.

—No —confirmó Maude con amargo humor—, por eso tu noche de bodas es diferente, y tal vez seas más afortunada que yo. El miedo puede ser condimento del placer, pero demasiados condimentos lo destruyen.

La susurrante charla se interrumpió cuando llegó Clarice con un camisón de seda, para colocárselo sobre los hombros a Hawise. La mirada de la joven reveló que había escuchado el final de la conversación, pero no dijo nada. Con un murmullo comentó que Mabile estaba durmiendo y que una de las sirvientas la vigilaba por si se despertaba.

Maude observó a Clarice. Llevaba un vestido de lino de color rosa, con falda amplia, de muchas telas agregadas. El color le sentaba bien. Sus facciones eran comunes, pero su piel era perfecta y su pelo brillante, y tenía los ojos encantadores. Varios hombres la habían mirado durante la fiesta y habían hecho más de una pregunta.

—Te vi bailando con Rob d’Uffington. —Hawise sonrió y sacudió un dedo a modo de graciosa advertencia—. Y no fue tu mejilla lo que besó al terminar la danza.

Clarice se sonrojó.

—Estaba alegre por el vino. No fue nada.

—Ya, ¿y qué me dices de Simon de Warren? Te estuvo mirando toda la noche.

—Simon de Warren tiene tan alta opinión de sí mismo que en su mente no hay lugar para nadie más —dijo Clarice con cierta sequedad, dejando claro que no le gustaban las burlas—. Soy feliz por ti, de verdad, pero no trates de buscarme un marido entre los compañeros de tu esposo. No me interesa.

Hawise abrió la boca, pero antes de que pudiera comenzar una discusión, se escuchó un fuerte golpe en la puerta, anunciando la llegada de la comitiva del novio. Maude se apresuró a abrir mientras las otras mujeres llevaban a Hawise hasta la cama. Will, vestido con un camisón similar al de su novia, y cubierto con una capa, fue empujado hasta el lecho entre risas y bromas subidas de tono. Estas últimas disminuyeron cuando el padre Thomas se acercó a bendecir la cama y a sus ocupantes, rociándolos con agua bendita, pero se reiniciaron en cuanto el sacerdote pronunció el último amén. Como siempre, proliferaron frases militares de doble sentido, sobre lanzas que se ensartaban en el blanco o espadas que entraban en engrasadas vainas.

Fulke dejó de mala gana que se divirtieran. Aunque formaba parte del ritual, era el momento más difícil para él. Al menos, la familia Pantulf había estado conforme en omitir la parte de la ceremonia en la que la pareja era exhibida desnuda delante de testigos. Apretando los dientes, Fulke aguantó como pudo.

—¡Ya basta! —gritó por fin, abriendo los brazos y apartando a los bromistas de la cama—. Es hora de dejarlos tranquilos.

Más bromas ruidosas siguieron a semejante afirmación, como bien sabía que sucedería, pero los invitados se dejaron sacar de la habitación y regresaron a las mesas, donde la comida y el vino todavía esperaban, y donde los músicos seguían animando la celebración. Cuando se cerró la puerta de la recámara a sus espaldas, con un golpe apagado, Fulke pensó que una parte de su vida había terminado.

Puesto que los recién casados estaban alojados en la estancia principal, Fulke y Maude decidieron dormir en la sala, con los otros invitados. Pero nadie parecía dispuesto a retirarse todavía. La noche era cálida, los espíritus estaban animados y la gente parecía renuente a abandonar su diversión. Fulke cumplió con su deber de anfitrión, siempre con una sonrisa en el rostro, pese a que deseaba huir lo más lejos posible. William e Ivo estaban ocupados vaciando una jarra de vino y bromeando como típicos solteros. Aunque ambos tenían propiedades y tierras que atender en nombre de los FitzWarin, ninguno se había decidido a casarse. Richard se acercó y se unió a ellos, junto con un caballero de William Pantulf y cuatro pasteles de venado. Fulke miró a su alrededor y encontró a Philip sentado en una mesa con su esposa, Joanna, la hija de un caballero de Leicestershire. Llevaban casados menos de seis meses, pero al mejor estilo FitzWarin, ella ya tenía el vientre hinchado por el embarazo. Alain cortejaba a una muchacha puesta al cuidado de Robert Corbet y bailaban junto a otros en el prado, aprovechando la oportunidad para acercarse y tomarse de las manos durante los pasos de la danza. La sonrisa de Fulke era dolorosa. Cuántos recuerdos. Qué rápido se iba la vida, cómo galopaba el tiempo.

Maude se acercó y le abrazó.

—Ven —murmuró queda. Con una última mirada a sus invitados, para cerciorarse de que no había discusiones o peleas provocadas por el alcohol, la siguió.

Juntos pasearon bajo la muralla, con los mastines de Fulke siguiéndoles de cerca. Maude se detuvo un momento junto a la reja que bordeaba un frondoso jardín, y con repentina decisión abrió la puerta y entró. Los parterres estaban iluminados por tenues reflejos verdosos, producidos por la luna en su encuentro con las hojas. Ordenó a los perros que se quedaran fuera, pues era territorio prohibido para aquellos animales desde que uno de ellos arrancara vigorosamente las raíces de una artemisia mientras intentaba enterrar un hueso. Fulke la siguió.

—Estaba pensando en nuestra noche de bodas —musitó la mujer mientras pasaba por los arriates de tomillo y betónica, hisopo, atansia y caléndulas, y se dirigía hacia la pérgola de parra situada al fondo del jardín.

—¿De verdad? —El hombre pasó su brazo por la cintura de Maude.

—Recordaba cómo fue. —Se volvió para quedar de frente a él, y con un dedo le acarició el rostro.

Ecos de risas y música llegaban hasta ellos, apagados por la distancia. Fulke la empujó hacia las sombras, bajo las vides.

—¿No te acordabas? —preguntó enfadado.

—¿Por qué crees que te he traído aquí? —preguntó ella, burlona.

—No sé. ¿Para mirar las plantas? ¿Por el placer de pasear? —Fulke también se burló. Era consciente de lo mucho que se estaba excitando. Maude trató de pellizcarlo, pero le agarró la mano, atrapándola contra su pecho—. ¿O tal vez para recuperar la juventud perdida, ahora que me estoy haciendo viejo? ¿Querías recordarme que, además de padre, soy esposo?

Maude se apretó contra él.

—Espero que no necesites que te recuerde nada.



Tres días después llegó un mensajero de Guillermo el Mariscal. Hawise y Will Pantulf habían partido esa mañana hacia el castillo de Wem, que sería su hogar. La mayoría de los invitados a la boda ya se habían marchado y sólo quedaban unos pocos remolones que apuraban las últimas migajas de la fiesta.

Fulke rompió el sello y desenrolló el pergamino. En la prolija letra de un escribano se leían las palabras brutales de Guillermo el Mariscal, que saltaban de la página, rudas como puñetazos.

—¿Qué es? —Maude se acercó ansiosa, con la cabeza inclinada para leer el pergamino.

—Juan ha confiscado mis tierras en Alveston porque no cree que respete la tregua —contó Fulke, furioso—. Dice que es una advertencia para mantener mi lealtad, una forma de garantizar mi buen comportamiento.

—¿Y qué dice Guillermo?

—¡Me pide que sea paciente! Dice que Juan no confía en nadie en estos momentos, porque hasta Salisbury le ha abandonado. —Fulke se rio con dureza—. Los últimos granos de paciencia que me quedaban se han acabado como la arena en un reloj. Juan ha desenvainado su espada y la tregua ha terminado para siempre.

Maude apretó los labios. No lloró, no discutió. El tiempo de lamentarse había pasado.

—Donde vayas, yo también iré —dijo y, sin darle oportunidad de protestar, fue a preparar el equipaje.



Fulke se sumó a los rebeldes, pero pasado el primer arrebató de ira, se sintió descontento. No tenía un deseo ardiente de pelear por el rey de Francia ni de ver a los lores franceses adquirir tierras inglesas por derecho de conquista. William Salisbury, después de un breve lapso junto a los rebeldes, había pensado exactamente lo mismo y había vuelto junto a su hermano. Se sitió a Lincoln, castillo defendido por leales al

rey. Juan atacó la ciudad, rompió el cerco y dispersó a los rebeldes.

Fulke no estaba allí. No se sumó a ninguna facción, porque pasó el tiempo en sus labradíos de Whadborough, en Leicestershire, convaleciendo de un severo ataque de malaria. Era mediados de octubre, un día húmedo en que las hojas suspiraban en los árboles y cubrían el suelo de resbaladizas figuras marrones y amarillas. Los braseros ardían en la sala principal, perfumados con hierbas aromáticas. Maude le había hecho tomar jarabe de menta y una tisana de pasas de Corinto, miel y vino.

Maude entendía que su padecimiento era no tanto físico como mental. Incapaz de ver una salida al círculo vicioso en el que se encontraba, sin ser leal a Felipe ni a Juan, o, llegado el caso, a Llewelyn, se había encerrado en un estado febril en el que no podía pensar en ninguno de ellos. Maude le dejaba dormir la mayor parte del día, llevándole un tazón de caldo de carne y dos hogazas de pan a la hora en que la tarde se convierte en anochecer. Una sirvienta cambió las velas y los braseros y abandonó silenciosamente la habitación.

Maude despertó gentilmente a Fulke. Éste se sentó y se recostó contra los almohadones. Sus ojos estaban nublados de sueño, pero la mirada extraviada de la fiebre parecía haber disminuido un poco. Su pecho todavía sonaba como un cofre de espadas oxidadas. Aún no estaba curado.

—No tengo hambre —graznó.

—Entonces tómate la sopa. —Maude partió el pan, lo mojó y comió un pedazo, sintiéndose como una madre que trata de convencer a su hijo caprichoso e inapetente.

Después de un momento, Fulke alzó el tazón hasta sus labios y bebió sin entusiasmo.

—He estado pensando. —El profundo registro de su voz se había reducido a un tenue susurro—. Hay algo que quiero hacer desde hace mucho tiempo, desde la muerte de mi madre.

—¿Qué es? —preguntó Maude con voz cauta.

—Quiero establecer una fundación religiosa en mis tierras. En Alberbury, donde están enterrados mi madre y mi padre.

Maude sintió un acceso de náusea y miedo. Se preguntó si se estaba muriendo y quería preparar su alma. El miedo debió de reflejarse en su rostro, porque Fulke sacudió la cabeza y se las arregló para sonreír.

—No estoy mortalmente enfermo, espero —susurró—. Pero sucesos como el matrimonio de Hawise y el hecho de que estoy enfermo y en cama me han recordado que debo ordenar mis asuntos. —Hizo una pausa para toser y Maude cogió el tazón de sopa para que no lo derramara sobre las sábanas.

Su ansiedad creció al recordar la preocupación de Theobald por sus monasterios en los últimos años de su vida.

—Sí —murmuró resignada—, creo que es una buena idea. —Tal vez si fuera a casa y se dedicara a crear la institución, su insatisfacción se reduciría. Eso también podía ayudar a curarle, pensó. Cuando los hombres fallan, Dios sigue presente.

—También he pensado en arreglar los asuntos de Mabile —dijo, arrebatando nuevamente el caldo a Maude y sosteniéndolo en sus manos—. Sin un milagro, ella nunca estará capacitada para casarse, y no puede entrar en la Iglesia porque no entiende lo que significa la fe. Si, Dios no lo permita, nos pasara algo mientras ella estuviera viva, necesito saber que estará protegida por la ley.

Maude asintió y cruzó los brazos. Era un gesto defensivo, que inmediatamente rectificó, descruzándolos y sentándose a su lado. Con frecuencia se preguntaba si habría hecho algo durante su embarazo que causara la enfermedad de Mabile. Se decía que las mujeres que daban a luz a niños con labios leporinos habían sido asustadas por una liebre durante su embarazo. Sin embargo, no se le ocurría nada que pudiera explicar el infortunio de Mabile, excepto la dificultad de su nacimiento. Tal vez era el castigo de Dios por los pecados de sus padres. En cualquier caso, la culpa y la incertidumbre la carcomían.

—¿Qué piensas hacer?

Tomó un poco de caldo y lo dejó a un lado.

—Voy a legar Lambourn y sus rentas para mantenerla durante toda la vida.

Maude le miró fijamente. Era su mejor labradío, la más fértil de las propiedades heredadas de los Diñan. Era el sentido de culpa, pensó ella, lo que le movía. Pero, después de todo, no había riqueza en el mundo que pudiera compensar la tragedia de su hija.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo, como si leyera sus pensamientos—. Eso, y una capilla para rezar por ella.



Por la mañana, Fulke estaba lo suficientemente bien como para dejar la cama y sentarse frente al brasero, envuelto en su más abrigada túnica y una capa forrada en piel. Había desarrollado una tos seca, que le sacudía a cada rato, pero tenía fuerzas para poner en marcha sus planes religiosos.

Dictaba a un escribano, con voz cascada. Con otros tres o cuatro días de descanso, pensó, se recuperaría lo suficiente para abandonar Whadborough. Pero se negaba a pensar a donde ir. ¿A casa, a Whittington, o al sur, a unirse otra vez con los rebeldes? No lo sabía. Según sus últimas noticias, Juan había estado en Lynn, pertrechando a su ejército de mercenarios, pero no sabía dónde se encontraba ahora ni cuáles eran sus intenciones.

A esas alturas era obvio que el rey nunca honraría el documento que había firmado en Runnymede. Era el mismo problema de siempre, dando vueltas y vueltas en la cabeza de Fulke hasta que le dolía más de lo tolerable. Juan o los franceses. Cualquiera de las dos soluciones tendría un coste excesivo. Mejor mirar a Dios. Son rió sin ganas.

La pluma rascaba la superficie del pergamino. Fulke podía haber escrito la carta

de su puño y letra, pero una misiva formal exigía una caligrafía formal, y la escritura de Fulke tendía a inclinarse como la de un niño. Se frotó la frente. Maude le acercó una copa de vino con especias. Antes le había dado un masaje en el pecho con hierbas aromáticas y grasa de ganso. El olor era nauseabundo, pero le permitía respirar mejor.

Se oyó un golpe en la puerta y el escudero de Fulke, Walter, asomó la cabeza para anunciar que había llegado un mensajero, enviado por el conde Ranulf de Chester.

—Que entre —ordenó Fulke.

Maude se quedó paralizada.

—¿Qué querrá?

—No lo sé, pero no mandaré un mensajero aquí si no fuera algo importante.

Maude se mordió el labio. Se podía imaginar lo que pensaba su marido, porque las mismas ideas atravesaban su mente: Juan, en marcha, con un ejército, aplastando toda resistencia a su paso, como había hecho en Berwick, masacrando a todos cuantos se cruzaran en su camino. Los monárquicos ocupando Whittington y capturando, como rehenes, a sus hijos. Los franceses en retirada y Juan exigiendo a todos los nobles rebeldes que se rindieran.

El mensajero entró en la habitación y, al llegar frente a Fulke, hizo una reverencia. Era un hombre de edad mediana, con cabellos grises y un gran bigote.

—Parece que has tenido una dura jornada —dijo Fulke al saludarle, indicándole que se pusiera de pie.

—Es verdad, mi señor, y vengo con importantísimas noticias. —Con gratitud cogió el vino que Maude le había acercado y bebió un largo trago.

Fulke notó la mano de Maude posándose en su hombro.

—¿Sí?

—El conde de Chester me pide que te salude y que te dé la noticia de que el rey Juan ha muerto en el castillo de Newark de una seria enfermedad del vientre.

—¿Muerto? —preguntó Fulke sin comprender del todo. La palabra sonó en sus oídos, pero parecía incapaz de asimilarla.

—Así es, mi señor. Enfermó de gripe por la mañana, cuando partió para Lynn, y después empeoró. —El mensajero se humedeció los labios—. Iba hacia la abadía de Swineshead y envió su equipaje por la ruta más corta, a través del estuario. Hubo una crecida que arrastró a la comitiva, y todo el oro con el que iba a pagar a sus soldados se perdió. Cuando oyó las noticias, empeoró. Mi señor cabalgó con el rey hasta Newark y envió a buscar al abad de Croxton cuando se hizo evidente que estaba enfermo de muerte. Nada se pudo hacer.

Maude se persignó.

—Dios guarde su alma —susurró.

Fulke siguió su ejemplo, por pura costumbre, mientras intentaba asimilar las noticias. Juan había proyectado su sombra sobre él durante toda su vida. Había pasado años y años enfrentándose a él, empujándolo como si fuera un obstáculo inamovible. Ahora, de repente, no había nada enfrente, y tenía libertad para avanzar.

Pero ya estaba medio postrado, sin muchas ganas de moverse.

—El conde Ranulf fue nombrado albacea de su testamento y guardián del joven rey junto al conde de Pembroke. Piden que vayas y jures lealtad en cuanto puedas.

Fulke se acarició el mentón y sintió el pinchazo de la barba como pequeñas agujas que se clavaran en la palma de su mano. El hijo y heredero de Juan tenía nueve años, así que, en efecto, sus tutores gobernarían el reino. Tenía sumo respeto por Chester y Pembroke.

—¿Y la carta de libertades? ¿Qué dijeron al respecto?

—Que respetarán sus cláusulas, mi señor —contestó rápidamente el hombre, como si esperase la pregunta.

Fulke dio las gracias al mensajero y le despidió para que fuera a comer y a descansar. Poniéndose de pie, caminó titubeante por la habitación, hasta que llegó al tablero de ajedrez colocado cerca de la ventana. De repente, le pareció incompleto, como si la mitad de las piezas se hubieran perdido.

—Debería saltar de alegría —le dijo a Maude—, pero sólo siento un vacío. Todos estos años... —Tragó saliva. No iba a llorar porque Juan hubiera muerto. ¡No lo haría! Pero en contra de su voluntad, llegaron las lágrimas.

Maude le abrazó.

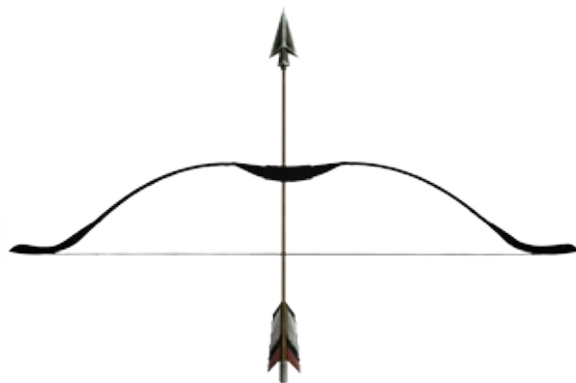
—El prisionero liberado tiene que acostumbrarse a la luz del sol —murmuró.

—Sólo nos separaban dos años de edad —continuó mirando las piezas de ajedrez entre las lágrimas—. Yo pensé... Yo pensé que él iba a ser mi enemigo toda la vida. —Parpadeó con fuerza. Era como si su odio por Juan fuera el esqueleto alrededor del cual se hubiera moldeado la carne de su existencia. Ahora, sin esa sólida estructura, se estaba disolviendo. Tal vez debería haber muerto por aquella malaria mientras Juan moría de gripe.

—Se terminó el juego —sentenció Maude. Levantó el pesado tablero de ajedrez de madera, y ante la mirada atónita del escriba, lo lanzó a las llamas.

Fulke la miró, aún lloroso. Volutas de humo se elevaron por los ventanucos. Las llamas se abalanzaron sobre los bordes del tablero, ávidas.

—Terminado —insistió Maude—. Ya no hay negras ni blancas, sólo las cenizas entremezcladas. Ahora podemos ir a casa.



CAPÍTULO 41

Alberbury, Shropshire, verano de 1222

El polvo de la piedra pulverizada llenaba el aire en el que resonaban los golpes del picapedrero. El convento crecía sobre la tierra desbrozada para su construcción. Cuando se terminara, acogería a una comunidad de agustinos; Fulke ya lo había acordado con la abadía de Lilleshall.

El caballero miraba a los trabajadores y a los artesanos con una mezcla de placer e irritación.

—Dios sabe lo mucho que me agrada ver que este trabajo progresa —dijo—, pero a veces dudo, y pienso si no podría dar a los alhamíes mejor uso, reforzando las defensas de Whittington. —Se cruzó de brazos y arrugó la frente, pensando en silencio.

—¿No puedes enviarlos allí, señor, y ponerlos a trabajar?

Fulke miró al hijo que llevaba su mismo nombre. El muchacho tenía casi dieciocho años. Su cabeza semejaba una nube de cabellos claros sobre oscuros ojos verdes. Esbelto, todavía en crecimiento, ya manifestaba una fuerza física acorde con su valentía. Se encontraba en sus plenos años de formación, al servicio de Ranulf de Chester. Sólo disponía de un par de semanas para visitar a su familia y asistir al casamiento de su hermana Jonetta con Henry de Pembridge. Era su único descanso en el largo verano.

—No es tan sencillo, hijo —observó Fulke—. No puedo fortificar Whittington sin el permiso del rey. Si construyo con piedra sin su autorización podrá enviar a su administrador para que se cerciore de que todo sea demolido. También se me impondría una enorme multa, y ya estamos en deuda con la corona.

—Bueno, ¿pero por qué no te da permiso? —El joven lanzó con fuerza una piedra por el prado.

—Porque yo fui uno de los rebeldes que se levantó contra su padre. Porque todo aquello ha sido perdonado, pero no olvidado. El joven Enrique y sus consejeros podrían darme permiso para fortificar mis propiedades, pero temen que, en vez de utilizarlas para mantener a los galeses a raya, lo aproveche para fomentar otra rebelión.

—¿Cómo van a pensar eso? El conde Ranulf estaría encantado si pudieras construir con piedra. Yo mismo estoy a su servicio y soy su ahijado. No te desea sino lo mejor.

—El conde Ranulf es importante y sin duda influye en el gobierno del reino, pero su palabra no es ley, y hay otros que me aprecian menos, o son más cautos.

—¿Te refieres a Guillermo el Mariscal! —El joven hizo una mueca—. Es casi un anciano.

Fulke dio un empujón a su heredero, medio en broma, medio en serio.

—Tengo a Guillermo el Mariscal en alta estima, y también deberías tenerlo tú —gruñó—. Puede que no debiera ser tan cauto, pero su razonamiento es sensato.

—Pues a mí no me parece sensato prohibirte fortificar Whittington. ¿Qué pasaría si Llewelyn atacara?

Fulke rio sin ganas.

—Whittington ardería. —Sabía que recobrar la confianza real sería un proceso lento y con frecuencia frustrante. En los seis años transcurridos desde la muerte de Juan, el país había vuelto poco a poco a la normalidad, como las aguas del mar tras el paso de la tormenta. Fulke recordaba el día que se arrodilló a los pies del hijo de Juan, de nueve años, para rendirle homenaje. El niño tenía el semblante claro, como su madre, y huesos largos y delgados. La corona que pusieron sobre su cabeza era en realidad una tiara perteneciente a su madre, puesto que las prendas de Juan estaban en algún lugar en el fondo del estuario de Wellstream. Enrique pronunció aquel día las respuestas rituales con voz clara, aguda como una campanilla, casi femenina. Sus ojos eran los de Isabel, igual que el rostro delgado y atento. No había nada de Juan, gracias a Dios, ni en las facciones ni en las maneras del niño. Fulke se imaginaba jugando al ajedrez con el príncipe Enrique en los más educados términos. Pero era un niño, y habría que esperar para saber en qué clase de hombre se convertiría.

—Yo fortificaría con piedra el recinto y al diablo con todo —dijo el heredero.

Fulke suspiró.

—Sí, yo solía pensar de ese modo. Me debo estar haciendo viejo.



Maude observó la aguja de plata de Clarice, que semejaba volar a través de la tela flamenca. El tejido era tan fino y apretado que parecía imposible creer que manos humanas hubieran estado involucradas en su manufactura. La calidad se correspondía con su alto destino, puesto que cubriría el altar de la capilla familiar cuando se

consagrara la nueva abadía. Estaban en el jardín de Alberbury, sentadas en la hierba.

—No entiendo por qué rechazaste a Hamelin Fitz William —dijo Maude, irritada. El día anterior, Clarice había declinado una oferta de matrimonio con el hijo bastardo de William de Salisbury. Ciertamente, el joven tenía sólo dieciocho años, frente a los veinticinco de Clarice, pero se habían hecho buenos matrimonios con diferencias de edad mucho mayores. El chico era amigo del joven Fulke, un muchacho agradable, simpático y maduro para sus años—. Cada candidato que te hemos propuesto, lo has rechazado.

—Soy feliz. No necesito alterar mi vida.

Maude reprimió la tentación de estrangular a Clarice. Hizo la afirmación con serenidad, con voz clara y rostro inalterable. Era como hablar con una monja de vocación muy sólida. Soltaba las mismas palabras cada vez, como una letanía moviendo la leve y suave curva de sus labios. Maude tenía ganas de provocarla, sacudirla para ver lo que había debajo de tanta compostura. Alguna vez tendría que saltar, mostrar humanidad.

—Si hubieras crecido en otro hogar... en el de mi padre, por ejemplo, te habrían obligado a ir al altar muy joven —dijo un poco torvamente.

—Lo sé, y estoy infinitamente agradecida de que no hayáis echado semejante carga sobre mí.

—Creo que tienes miedo —aseveró Maude con agudeza—. Estás tan cómoda en el nido, con nosotros, que no quieres levantar el vuelo para hacer tu propio hogar. —Había pensado que el matrimonio de Jonetta con Henry de Pembridge, celebrado la semana anterior, daría que pensar a Clarice, pero aparentemente no había sido así.

La joven dejó cuidadosamente la aguja sobre la tela y se puso de pie, con las manos apretando la parte baja de su espalda.

—Tal vez tengas razón —murmuró—, pero no entiendo por qué te enfadas. Mientras permanezca soltera, mi señor puede disfrutar de las ganancias de todas mis tierras.

Maude apretó los dientes. Pelear con Clarice era tan inútil como golpear una pared.

—No estoy enojada, sólo me preocupo.

—No tienes que preocuparte. —Clarice se agachó para arrancar un manojito de hierbas—. Ya te digo que estoy contenta... A menos, claro, que quieras deshacerte de mí.

—No seas tonta —replicó Maude, poniéndose a la defensiva—. Te hemos criado como a una hija y te queremos como tal. —Clarice la miró un instante y luego se concentró en el bordado. Aquella joven era aguda como una aguja, y bajo su comentario había un fondo de verdad. A veces Maude encontraba irritante su presencia, su abrumadora serenidad, su infatigable buena disposición, que podían ser tan agotadoras como la petulancia o las rabietas. Más aún, ahora que Clarice era una mujer, había tensiones subterráneas cada vez más fuertes.

Clarice no dijo nada, pero se alejó por los parterres, arrancando alguna hierba, descabezando alguna flor. Siempre ocurría igual. Los argumentos nunca llegaban muy lejos con ella, porque sencillamente eludía la discusión. La docilidad podía ser signo de una naturaleza bovina o de una capacidad de autocontrol casi inhumana. Maude todavía no estaba segura de cuál era el caso de Clarice, sólo sabía que se estaba volviendo cada vez más difícil convivir con ella. Si sufriese una herida, seguramente sangraría miel pura.

Una sombra cubrió la luz sobre el marco del bordado. Alzando la vista, se encontró con la mirada asustada de una de sus sirvientas más jóvenes.

—¿Qué sucede, Nesta?

La muchacha hizo una reverencia, sosteniendo los pliegues de su falda con manos temblorosas.

—Mi señor me envió a buscarte. Ha habido un ataque gales en Hilfrich... lo han incendiado. Hay algunos campesinos al otro lado de la empalizada, varios muy malheridos.

Maude se puso inmediatamente de pie.

—Santo Dios. Nesta, cuida de Mabile —dijo señalando a su hija menor, que estaba sentada en un rincón del jardín, jugando con un manojo de pétalos despedazados y cantando con extraña y aguda voz—. Clarice, ven conmigo.

Las dos mujeres corrieron desde el jardín hasta las fortificaciones. Lo primero que vio Maude fue al encargado de Hilfrich, Sion, con una mano vendada, llena de sangre seca. Yaciendo a sus pies había una niña inerte, de aproximadamente la edad de Mabile, con el pelo lleno de manchas rojas. Tenía una terrible herida en el cráneo. Fulke estaba agachado, con la mano sobre el hombro del campesino, que mostraba una expresión a la vez de furia y dolor.

—Está muerta —dijo Sion, mirando trastornado a Maude—. Uno de ellos la atropello con el caballo y recibió una cox... —No terminó la frase. Sus ojos estaban vidriosos, como si mirasen hacia dentro, hacia el horror del que habían sido testigos. Era gales. Su esposa era inglesa, pero no se veía señales de ella entre el grupo de campesinos, confundidos y aterrorizados.

—¿Qué ha sucedido? ¿Quién lo ha hecho? —le preguntó a Sion. Clarice había encontrado una manta y cubrió tiernamente con ella a la niña muerta, ocultando la terrible herida con delicadeza.

—Llegaron sin previo aviso —explicó Sion—. Parecieron salir de la nada, a caballo. —Su voz era tan apagada como sus ojos.

—¿Quiénes eran? —Maude le cogió la mano vendada y deshizo los vendajes con suavidad.

—Los galeses —respondió Fulke, con voz llena de rabia—. Hilfrich es una aldea fronteriza. Ellos dicen que les pertenece.

Maude estaba demudada.

—Pero ¿por qué incendiarla? Antes, cuando atacaban, lo hacían en busca de

cosechas y animales, no... no de este modo. —Había un profundo corte en el dorso de la mano del capataz que dejaba a la vista el tendón y el hueso. Maude hizo un gesto de pena: aun cosiéndola bien, probablemente perdería el uso de la mano.

Fulke meneó la cabeza.

—No lo sé —declaró con amargura—. Llewelyn y yo... hemos tenido nuestras diferencias desde que hice las paces con el rey y renové mi promesa de lealtad, pero esto...

—¿Llewelyn? ¿Crees que han sido los hombres de Llewelyn?

—¿Quién iba a ser si no? —Se movió entre los refugiados, deteniéndose a conversar y consolarlos, prometiéndoles que se encargaría del asunto. El joven Fulke le siguió, pálido pero resuelto.

Maude se dedicó a atender a los heridos. Si hasta momentos antes Clarice la irritaba, ahora no podía hacer otra cosa que bendecir a la joven, que se movía con eficiencia entre los desgraciados, con la calma y la competencia de siempre, tranquilizando visiblemente a todos.

—Todos cuentan la misma historia —dijo más tarde Fulke a su mujer. Había ordenado que preparasen los caballos y estaba colocándose su cota de malla, muy serio—. Por sorpresa, jinetes armados cayeron sobre la villa, incendiaron las casas, espantaron a los animales y atropellaron a todo el que se puso en su camino.

—¿Qué vas a hacer? —Mientras le veía ponerse su armadura se sintió enferma de miedo. Durante seis años habían estado en paz; al contemplar nuevamente la cota de malla se dio cuenta de la fragilidad de esa paz. Pensó en lo vulnerables que eran todos.

—Voy a inspeccionar el lugar, y ver los daños.

—¿Y si los galeses están todavía allí?

—No estarán. —La contempló de una manera que ella, mucho tiempo atrás, había calificado como su mirada lobuna—. Y si están, yo no soy un granjero sin entrenamiento, armado con una azada. No huirán con el rabo entre las piernas, porque no serán capaces de correr. —La última palabra fue acompañada por un gruñido, que resonó mientras se colocaba la vaina en el cinturón.

Maude se mordió el labio inferior. La idea de que Fulke entrara en batalla la dejaba helada, y también se estremecía ante la certeza de que las tensiones entre ingleses y galeses hubieran evolucionado tan mal.

—¿Por qué lo habrán hecho?

—Supongo que Llewelyn me está declarando una guerra fronteriza —declaró con tono sombrío—. Enrique no me deja fortificar mis propiedades y Llewelyn lo sabe; tiene sus espías. Hilfrich está a sólo cuatro millas de Alberbury. Se ha estado enfrentando con Pembroke y Chester todo el verano.

—No podrás contener a Llewelyn —susurró—. Solo, no podrás.

—Cuéntame algo que no sepa —dijo con amargura—. Acudiré nuevamente al rey, le suplicaré que me permita fortificar en piedra mis propiedades, porque si no lo

hace, los galeses cruzarán las fronteras. —La abrazó y la besó con fuerza—. Espero no estar mucho tiempo ausente.

Cuando dejó la recámara, su hijo se le acercó.

—Llévame contigo, papá —le pidió—. Puedo actuar como tu escudero, sé que puedo hacerlo.

Fulke miró al muchacho. Bien pudiera ser que necesitara algo más que un escudero, y no tenía intención de poner al chico en peligro. Con unos años más de experiencia sería distinto. Puso las manos sobre los aún estrechos hombros del muchacho.

—No, necesito que te quedes y que protejas a tu madre y a tus hermanas. —Le apretó el hombro al ver la decepción en su joven rostro—. Y antes de que alegues que te estoy protegiendo como a un bebé, déjame decirte que quedarte aquí es igualmente peligroso. Si los galeses vienen, la responsabilidad de la defensa de Alberbury será tuya.

—Sí, papá. —El joven seguía alicaído, pero aceptó la decisión paterna. Fulke asintió bruscamente, le miró de hombre a hombre y dio media vuelta, dirigiéndose al patio de armas, pero encontró su paso cortado por Clarice, que estaba sin aliento.

—Tus espuelas —dijo, mostrándole las medialunas de plata y arrodillándose después para asustárselas a las botas. Fulke la dejó hacer. Agacharse con una cota de malla era incómodo y la respiración se hacía difícil. Miró su cabeza inclinada. Por ser todavía doncella y estar en sus tierras, no llevaba velo. Vio las trenzas y la blanca piel, y le embargó la ternura. Clarice se puso de pie frente a él, con el rostro levemente enrojecido por haber estado agachada—. Dios te proteja, mi señor —le dijo, y asomó una reveladora humedad a sus ojos. Después se alejó, caminando rápidamente, con la espalda erguida y la cabeza en alto.

Fulke se apresuró a encontrarse con las tropas que esperaban en el patio. Al pasar ante las obras de la abadía, se persignó. «Ora pro nobis», le dijo al monje agustino que supervisaba los trabajos por encargo de la abadía madre, la de Lilleshall.



La villa de Hilfrich se alzaba sobre la frontera galesa, a escasas cuatro millas de Alberbury, señorío al que los pobladores pagaban el diezmo. Era, o había sido, una pequeña comunidad de granjeros; apenas siete chozas con corrales y huertas que albergaban a un total de veintiséis individuos. Ahora estaba en humeantes ruinas. Todas las casas habían sido incendiadas, todos los corrales destruidos y vaciados, los animales dispersados o muertos. Fulke guio a su caballo a través de las ruinas, con las columnas de humo nublándole los ojos. El hollín flotaba en el aire como negra nieve. El olor era asfixiante, ácido.

Unos pocos cuerpos yacían entre las ruinas: una mujer anciana, demasiado torpe para correr; un hombre que se había resistido con una lanza para jabalíes. Pensó en la

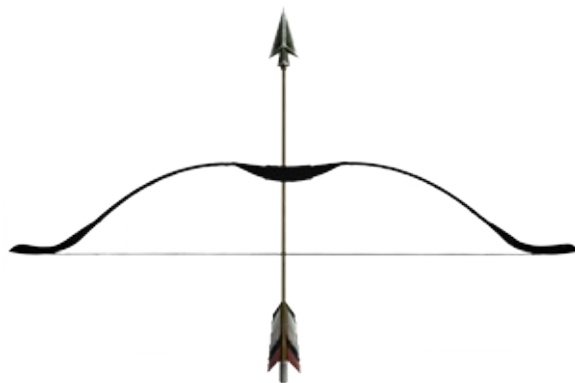
pequeña niña muerta en Alberbury, aplastada por un caballo de guerra. Y se sintió enfermo.

—Bastardos —dijo Richard, cabalgando a su lado, con voz ahogada porque la capa le cubría la boca. Sus ojos estaban enrojecidos y llorosos—. ¿Crees que fue Llewelyn?

—No creo que lo hiciera en persona. Lo que parece claro es que fueron hombres que luchan por el placer de matar ingleses tanto como por dinero. —Arrugó la frente al notar el sabor del hollín en su boca—. Conozco bien a Llewelyn, pero las viejas amistades valen poco frente a las ambiciones principescas. Además, soy aliado de Pembroke y de Chester, y mis territorios son el eslabón más débil de la cadena. —Miró con cara sombría los restos humeantes de lo que había sido una pujante aldea—. Creo que es el anuncio del fuego que se avecina.



Había resultado placentero incendiar los edificios, ver a la gente correr y gritar contemplar el humo al elevarse, creando nubes en el claro cielo azul. Un gozo aplastar los parterres de verduras, matar a los animales. Gwyn FitzRoger sonreía por primera vez en mucho tiempo. Tenía un grupo de guerreros, la autorización de Llewelyn para atacar a lo largo de la frontera y viejas cuentas que ajustan.



CAPÍTULO 42

A finales de noviembre comenzaba la época en la que los hombres se quedaban frente a sus hogares, arreglando herramientas, contando historias, atendiendo a los animales que pastaban cerca de las casas. Las mujeres cardaban, convirtiendo la lana en hilos y los hilos en trenzas. Remendaban la ropa con telas que fabricaban ellas mismas, y rellenaban sus zapatos de cuero y sus botas con la lana que era demasiado gruesa para cardarla. Los niños mayores cuidaban del fuego y también hilaban la lana; los más pequeños jugaban con piedras coloreadas y caballitos hechos de palos y paja.

Ese año, sin embargo, en la frontera también era tiempo de afilar las lanzas y colocar cueros nuevos en los bordes de los escudos, que colgaban de las vigas. Se encordaban los arcos con tripa engrasada y se fabricaban flechas con las plumas de los gansos.

En Whittington y Alberbury, los hombres se entrenaban con los sargentos del señor, y a veces por el mismo señor. Aprendían a abrirse paso contra un escudo, a protegerse mutuamente, a pelear cuando las únicas armas que poseían eran los cuchillos que usaban para sacrificar los cerdos en el invierno.

—No pensarás seriamente que pelearán contra los galeses —comentó Maude cuando Fulke regresó de una de las sesiones de entrenamiento y dejó su espada en un banco. Algunos jóvenes de la villa estaban practicando todavía tiro al blanco, y sus gritos llegaban hasta la ventana de la estancia.

—No, pero por lo menos se podrán defender si les rodean. —Se movió por la habitación como un lobo enjaulado, parando sólo para servirse una copa de vino y tomarla de un trago—. Entrenarlos me ayuda a sentirme menos inútil. El rey, o sus consejeros, sigue sin dejarme construir con piedra. Por las llagas de Cristo, ¿soy tan magnífico para la guerra que creen que puedo derrocar a la monarquía con un solo

castillo de piedra o detener a los galeses sin uno? —Se dirigió a la ventana y miró hacia el exterior con los puños apretados.

Maude suspiró. No tenía respuesta, ni él la esperaba. La semana anterior el rey había rechazado una vez más la petición de Fulke de fortificar sus posesiones por la posibilidad de un ataque gales, aunque le había dado permiso para trasladar su ganado al bosque real de Lyth. Maude se preguntó si la excesiva precaución del joven rey era una manera de cobrar a Fulke las viejas cuentas pendientes. Ella no confiaba mucho, no creía que el rey o sus consejeros fueran incapaces de ello. Sólo Dios sabía lo que Juan había dicho a su hijo sobre la disputa entre la corona y la familia FitzWarin. Tal vez el rey fuera un muchacho rencoroso, o quizás la formidable reputación de Fulke, labrada en su juventud, le resultaba ahora perjudicial porque le hacía parecer una amenaza al poder real.

Se acercó a su marido, reclinando la cabeza en la manga metálica de su cota.

—No te queda más que hacer cuanto puedas.

—Lo cual no será suficiente. —Rodeó con un brazo la cintura de Maude—. Atacan mis villas y se retiran a Gales como espectros. No puedo perseguirlos, y ellos lo saben. Tampoco puedo hacer las paces con Llewelyn, porque está decidido a hacer la guerra con señores que son mis aliados.

Una y mil veces había pensado en todo aquello. Maude podía ver los surcos que la angustia había dejado en su rostro, cada día más y más profundos.

—Tal vez deberías permitir que Llewelyn ocupe Whittington. Entonces Enrique se vería obligado a actuar.

—¿Y qué representaría eso para mi honor? —Gruñó el caballero.

—Tu honor está a salvo. Le has dicho a Enrique que no puedes resistir contra los galeses si atacan en masa. Aunque, ciertamente, dejar abandonado este lugar te arruinaría el orgullo.

—Si entrego Whittington a Llewelyn, dejo expuestos otros asentamientos. Estamos en primera línea, somos la llave de una invasión. —Se atusó el pelo y suspiró—. Debería salir a vigilar.

Maude le besó. Abajo, en el prado, Clarice y Mabile contemplaban los ejercicios de los arqueros. El joven Fulke había vuelto con Ranulf de Chester e Ivo estaba con los Salisbury. Al menos por el momento, sus hijos se hallaban a salvo. Y también estaban solos, y ambos necesitados de distracciones. En un momento, se dijo, se pondría su malla y saldría a patrullar para que sus fronteras estuvieran limpias de invasores galeses. Sería peligroso para él, y supondría horas de espera ansiosa para ella.

—Supongo que deberías hacerlo —aceptó la mujer al fin, pasándole los brazos en torno al cuello y mordisqueándole el lóbulo de la oreja. El fuego encendido entre ambos no era tan abrasador como antaño, pero seguía ardiendo con fuerza—. ¿No puedo hacer nada para convencerte de que esperes un poco?

Fulke sonrió y se volvió hacia su mujer.

—Quién sabe —le dijo.

Hacía mucho tiempo que no cohabitaban durante el día, práctica que tenía la excitación añadida del peligro de ser descubiertos y la novedad de la luz del sol. Se besaron y se acariciaron hasta llegar a la cama de la habitación contigua, quitándose las ropas a medida que avanzaban. El velo, el cinto de la espada, los zapatos, las medias, la túnica, el vestido.

Cuando rodaron por el lecho él sólo tenía la camisa y la ropa interior y ella la camisola. La besó en los pezones a través de la delgada tela de lino, mordisqueándolos hasta que estuvieron erectos y ella dejó escapar un quejido. Maude buscó por debajo de la camisa, acariciando con sus dedos las costillas y los bordes irregulares de huesos dañados y cicatrizados hacía ya mucho tiempo. El estómago plano y el pelo que lo cubría en el centro. Y la dura barra de su hombría empujando las prendas. Fulke le levantó la camisa hasta los muslos y el aire frío la acarició, poniéndole la piel de gallina. Disfrutó con las caricias de su marido, delicadas como plumas, prometedoras, anuncio de un placer que la hacía retorcerse contra su cuerpo. Ella redobló su ataque, separó los muslos y se lanzó sobre él con entregada exigencia, acomodándolo de modo que el primer embiste fuera certero y profundo. Fulke se detuvo un momento, temblando.

—Detente —pidió jadeante—. ¿Crees que estoy hecho de piedra?

—En verdad lo parece —ronroneó ella. Luego se colocó en la posición adecuada y empujó.

Un juramento de placer escapó de sus labios y se introdujo, sin más resistencia, en ella. Maude jadeó por la fuerza del impacto y luego ahogó un grito en su hombro, mientras la presión y el placer hacían que el anuncio estuviera cerca de convertirse en realidad. Se aferró a él, clavándole las uñas, con el aliento agitado, sintió que Fulke estaba a punto de retirarse y lo abrazó contra sí, deteniéndole.

—¡No! —jadeó. Le sujetó de las nalgas, con las piernas abrazadas en torno a él, obligándole a seguir hasta el punto sin retorno, obnubilando sus sentidos con la fuerza del clímax. Maude le oyó gemir y sintió el fuerte latido del amado miembro vaciándose en su vientre.

Hubo un largo silencio.

—Eso fue una tontería —murmuró Fulke al cabo de un rato.

—Tal vez, pero no me importaría tener otro bebé en mis brazos. —Le acarició el pelo. Se guardó de confesar que lo había hecho porque temía por él, porque quería una parte de él en sus entrañas. Por el momento, ya tenía su semilla.

Fulke jugueteó con un mechón suelto de su cabellera.

—Melusina —le dijo suavemente—. Lo que me pidas es tuyo.

Maude le mordisqueó la mano.

—Hasta cierto punto —matizó—. Si te pidiera que te quedaras en la cama conmigo el resto del día, ya sé cuál sería tu respuesta.

Él sonrió con ternura.

—Te amo tanto que otro encuentro carnal con tu bello cuerpo me mataría de placer. —Se retiró de ella y se sentó.

—¿Prefieres jugarte la vida con los galeses antes que conmigo?

—No seas niña —dijo tirándole de una trenza. Desperezándose con lujuria, dejó la cama y comenzó a vestirse. Maude suspiró y siguió su ejemplo, volviendo a recoger la ropa esparcida por el camino.

Todavía envueltos en el recuerdo del reciente placer, Maude cabalgó con él y su tropa hasta el bosque de Babbín. Los árboles vestían sus oscuras galas invernales, con musgos verdes medrando en el lado norte de los troncos. El viento rugía sobre las ramas, como la respiración de un monstruo invisible. En el suelo se escuchaban crujidos de maderas viejas y tensas, tintineos de los arneses y los repiqueteos de los cascos, amortiguados por la alfombra húmeda de hojas caídas.

Maude acompañó a Fulke durante un par de millas, luego le dijo adiós y regresó con su escolta. Estaban todavía en zona segura, pero sabía que cuando se marchara, Fulke aceleraría el paso.

—Dios te acompañe —le dijo, acariciándole la mano.

—Y a ti.

Le miró hasta que los reflejos de la cota de malla y los escudos desaparecieron entre los negros troncos. Entonces volvió a Whittington con su escolta de cuatro soldados de la guardia.

Estaban en el extremo del bosque, a la vista del camino que llevaba a la villa, cuando sucedió lo imprevisible. Sonó, muy fuerte, el repentino quejido de un árbol. Maude alzó la vista, gritó, y azuzó a su caballo, pero fue demasiado tarde. La vieja haya, superviviente de tormentas e incendios desde la época de la conquista, se rendía al fin, cayendo estrepitosamente sobre la yegua de la dama. El animal corcoveó y se fue al suelo, y Maude quedó parcialmente atrapada bajo la bestia, que estaba muerta, con el cuello roto.

Sucedió muy rápido, y a la vez muy lentamente. Maude miró el cielo y las altas ramas negras, que parecían brazos que la saludaban. No sentía dolor alguno, pero sus piernas estaban adormecidas.

—Estoy bien —dijo con voz clara a los hombres agachados sobre ella, cuyos rostros estaban llenos de horror y consternación. La mujer fijó sus ojos en la gran mancha naranja de unos hongos que crecían en la corteza del árbol caído. Aquello no estaba sucediendo, era un sueño, un vivido momento de su imaginación, la clásica alucinación que se sufre tras comer hongos venenosos. Pensó en Fulke y se sintió feliz porque su marido estaba a salvo, no le había caído el tronco encima.

Los cuatro soldados retiraron el árbol y la yegua para liberar a Maude. Sin el peso y el calor del animal, la mujer comenzó a temblar fuera de control. De la cintura para abajo no sentía nada, estaba paralizada. No sintió dolor cuando la alzaron hasta un caballo y la llevaron al castillo.

—Mi señora, uno de nosotros debe cabalgar en busca de vuestro señor y decirle lo

que ha pasado —dijo Ralf Gras, ansioso.

—No —contestó Maude—. No es bueno que interrumpas su patrulla y yo no tengo nada que no se cure con un día de reposo —dijo con voz decidida.

Clarice llegó corriendo, con Mabile a rastras. Maude sonrió y minimizó el incidente ante su hija menor. Conminó a los caballeros a que contuvieran sus lenguas ante la pequeña. Aunque su comprensión de la realidad era tenue, Mabile entendía más de lo que podían imaginar.

Ralf Gras sacudió la cabeza.

—No hay nada roto aparentemente —dijo en voz baja—, pero así y todo ha sufrido mucho daño. Mi señora dice que no siente dolor, y ésa no es una buena señal.

Clarice miró la cama en la que dos de los guardias colocaban a Maude. Sus ojos estaban cerrados y su palidez era evidente.

—No me importa lo que te haya dicho, Ralf, ve a buscar a mi señor. Yo asumo la responsabilidad.

Ralf asintió bruscamente y salió de la habitación.

Clarice se acercó a la cama y tocó las piernas de Maude.

—¿Estás segura de que no sientes nada? ¿Puedes moverlas?

Maude habló con esfuerzo y angustia.

—Ni una pulgada.

Con delicadeza, Clarice alzó las enaguas de Maude y se quedó sin aliento.

Maude se sentó a medias y miró con desmayo y desesperanza las piernas lívidas e hinchadas. Había visto a hombres lastimados con el mangual y con la maza, pero ninguna lesión tan grande como aquélla.

—Cómo podría moverlas —dijo, dejándose caer sobre los almohadones. Un sudor frío le mojó las palmas de las manos, las axilas y la frente. «Santa María, Madre de Dios...».

—Prepararé algunas compresas frías —dijo Clarice. No sabía qué hacer. Semejante remedio era completamente inadecuado y ambas lo sabían. Se miraron un momento.

—Mandé a buscar a Fulke —dijo Clarice.

Maude movió la cabeza, exasperada.

—Mal hecho. Bastante tiene ya encima, y yo no quiero que me vea así. —No habían pasado ni tres horas desde que habían yacido juntos en aquella misma cama, hablando de tener otro niño. Ahora... Puso la mano sobre su vientre—. Estaré bien dentro de poco —dijo.

—Claro que sí.

Nuevamente, sus ojos volvieron a encontrarse. La voz decía una cosa, y el pensamiento otra. Maude dejó caer hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.



Durante la noche, la sensibilidad comenzó a volver a las piernas de Maude, y con ella un dolor ardiente, aplastante, terrible. Clarice le dio corteza de sauce con vino, pero aunque era un remedio eficaz contra la jaqueca, apenas hacía nada para mitigar la agonía de sus miembros dañados. Las compresas frías la aliviaban un poco, pero también le dolía por dentro. Sufrió un constante pinchazo en la espalda tan fuerte que la hacía vomitar. A la mañana siguiente estaba tan dolorida y empapada en sudor que Clarice tomó la decisión de darle la más peligrosa de las medicinas, un jarabe hecho con semilla de amapola blanca. Una hora más tarde, Maude cayó en un sueño intranquilo y se redujo su transpiración.

Dejándola sola con una criada, Clarice fue a desayunar algo, aunque en verdad no tenía apetito. Sus ojos ardían por la falta de sueño y el estómago por la ansiedad. Había visto individuos recobrase de heridas más sangrientas, pero de menor tamaño. Por lo que ella sabía, Maude no tenía huesos rotos, pero su carne había sido lacerada severamente. Clarice sólo tenía que pensar en lo que le pasaba a una manzana o a una ciruela cuando caían para saber cuál sería el resultado. No era justo, y el conocimiento de que la vida no era justa no la consolaba en absoluto.

La lluvia golpeaba contra las celosías. En cada hueco de la pared había una antorcha o una vela para mitigar la oscuridad. Clarice se unió a Mabile junto al fuego y se obligó a comer un panecillo con miel y a beber una tisana de rosas.

—¿Mamá mejor? —preguntó la niña, que acunaba a una muñeca de paja, envuelta como un bebé recién nacido.

—Sí —dijo Clarice—. Está durmiendo.

Mabile se acurrucó contra ella.

—¿Papá viene?

—Pronto —dijo, pero pensó para sí que no era fácil que Ralf lo encontrara a tiempo. Dios quisiera que no llegase demasiado tarde. Terminó el pan, y con el jarro todavía en la mano, volvió a la recámara con Mabile, a cumplir una vigilia que jamás hubiera deseado.

Fulke regresó poco después. Todavía con su malla puesta y la capa empapada, entró en la estancia como un ciclón. Clarice pegó un salto en su asiento, y puso un dedo sobre sus labios en señal de advertencia. Fulke se detuvo abruptamente. Sus ojos estaban desorbitados. Tragando saliva, agarró a Clarice por los hombros, la apartó a un lado y avanzó hacia la cama para ver a su esposa.

—Mamá duerme —dijo Mabile. Con una de las manitas apretaba la gruesa trenza plateada de su madre. Fulke bajó la vista, con una mirada tan intensa que Clarice pensó que haría una quemadura en la almohada. Luego se dio media vuelta.

—¿Es muy grave?

—No soy sanadora —comenzó a decir Clarice antes de que él la interrumpiera en mitad de la evasiva.

—De ti sólo espero respuestas sinceras. ¿Es muy grave?

Clarice sintió que se le encogía la garganta. Sacudió la cabeza en un gesto más

expresivo que cuantas palabras pudiera pronunciar.

Abrumada, vio cómo Fulke recibía el golpe de lo que acababa de saber y cómo el dolor caía sobre sus hombros como una cruz.

—Lo siento —susurró.

Él no dijo nada. Gotas de lluvia brillaban en su capa y el acero mojado de la cota se movía, refulgente, al ritmo de su agitada respiración.

—Le he dado jarabe de amapola blanca para aliviarle el dolor... —comentó Clarice, preguntándose por qué no había un remedio para el dolor del alma. Y ahora tenía que poner otro clavo en la cruz del caballero—. Pero lo mejor sería llamar a un sacerdote para que esté aquí cuando ella despierte. —Le tocó con delicadeza al ver que no respondía—. ¿Quieres que haga eso?

Sus miradas se encontraron finalmente y ella vio que Fulke tenía los ojos vidriosos, ausentes.

—El sacerdote —repitió lentamente, como si le hablara un idioma extranjero.

—Para confesar sus pecados.

—No va a morir. No la dejaré —dijo el hombre, alzando la cabeza.

Le pedía que fuese sincera, pero era incapaz de afrontar la verdad. No podía culparle.

—Entonces, para que rece por su recuperación —dijo con tacto mientras le quitaba la capa—. Si vas a sentarte a cuidarla, debes desarmarte. Aquí la espada no te servirá de nada. —Su mirada volvió a despertar y la joven notó que le atormentaba su impotencia en aquel trance—. No debes cogerla de la mano y dejar que caiga agua de tus ropas de guerra sobre las sábanas —continuó.

Fulke se encogió de hombros, en señal de capitulación, y ella le ayudó a quitarse la cota y las prendas mojadas, ordenando luego a su escudero que se las llevara para secarlas. Le ofreció vino y pan. Bebió del primero, pero ignoró el segundo, y se sentó al lado de Maude, con los ojos puestos en el rostro de su mujer como si pudiera atarla a la vida con su simple voluntad. Con ternura, le alisó los cabellos de la frente.

Clarice dudó, y luego salió en busca del sacerdote, llevándose a Mabile con ella.

Con mucha suavidad, Fulke apartó la colcha y levantó la camisola de Maude para ver el daño sufrido. La vista de los miembros lívidos e hinchados le llenó de furia y desesperanza. ¿Cómo era posible? Si el árbol hubiera caído unos momentos antes o después, ella no habría sufrido ni un rasguño. ¿La voluntad de Dios? ¿Cómo podía Dios desear algo así? Con cuidado, volvió a cubrirla y se arrodilló para rezar a su lado. La respiración de la enferma era rápida y su piel estaba caliente. Después de una vida de batallas, conocía los síntomas. Un hombre caía aplastado por su caballo, o recibía varios golpes de maza o mangual en el cuerpo, y podía sobrevivir al impacto, pero nunca vivir más allá de unos días. Los orines correrían rojos, o dejarían de correr. La fiebre se apoderaría de él y moriría.

—Maude. —Le cogió la trenza con la mano, sosteniéndola como lo había hecho su hija. Se sintió hueco, vacío donde antes hubo plenitud de amor y risas, de

discusiones y compañerismo—. Maude, quédate conmigo.

Ella se quejó tenuemente y movió la cabeza de un lado a otro sobre la almohada. Parpadeó y le miró. El verde claro de sus ojos estaba nublado y las pupilas eran pequeños puntos oscuros.

—¿Fulke? —susurró. Su mano le buscó y él la sujetó, apretándola como si pudiera transmitirle su propia fuerza vital.

—Sí, mi amor, aquí estoy.

—Le dije a Clarice que no debía enviar a buscarte, que estaba causando demasiado escándalo por nada... pero me alegra que no me haya hecho caso. —Su voz era un sordo susurro—. Sucedió tan repentinamente. Ni siquiera vi caer el árbol... fue tan rápido...

—Calla. —Le acarició el pelo—. Guarda tus fuerzas...

—¿Para qué?

—Ah, Dios —se quejó, ahogado por el miedo, el dolor y la necesidad de mantenerla a su lado—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Eras una niña obstinada que le quitó la pelota a mi hermano porque no te dejaba jugar con él.

Pese al dolor, ella sonrió.

—Lo recuerdo, ¿por qué me hablas de eso?

—No dejes de ser aquella niña. Sé obstinada por mí, Maude. No quiero que me dejes.

Con mucho esfuerzo, le acarició el rostro y él pudo ver que trataba de sonreír.

—Yo tampoco quiero dejarte —dijo susurrante, con los ojos llenos de lágrimas.

—Nos quedan años por delante.

—Sí, años... —Cerró los ojos. Sus dientes se apretaron y él vio cómo el dolor tensaba los músculos de su garganta. Le recordaba el día que había dado a luz a su hijo a orillas de Afon Morwynion. Nada pudo hacer por ella entonces, nada podía hacer ahora.

—¿Dónde está Clarice? —preguntó con voz entrecortada.

—Fue a buscar a un sacerdote, y no es que necesites uno.

—Necesito... Dios... —La voz se quebró y se retorció de dolor. Señaló el frasco de jarabe de amapola sobre el cofre.

Fulke lo cogió. Sus dedos temblaron al quitar el corcho.

—¿Cuánto?

Por un momento el dolor la sacudió con tanta fuerza que no pudo pensar. La vio luchar, como quien nada contra la corriente y llega a duras penas hasta la orilla, exhausta.

—Dos medidas en vino —dijo agitada, y señaló una pequeña copa de hueso.

—¿Estás segura?

Ella asintió, se mordió el labio, con el rostro deformado por el sufrimiento.

Con manos temblorosas, Fulke puso el jarabe en la copa de hueso dos veces. Después agregó hidromiel para disimular su sabor amargo. La mirada de Maude se

dirigió hacia la puerta, como si temiera una intrusión. Apretó la colcha y cuando Fulke pasó el brazo por detrás de sus hombros para alzarla, ella gritó en plena agonía. Fulke inclinó la copa hacia sus labios para que bebiera. Parte del líquido chorreó por la comisura de sus labios, pero cuando quiso retirar la copa, ella le retuvo, con fuerza, tragando hasta beberlo todo.

Después, se dejó caer en la almohada y cerró los ojos brevemente. El hombre pensó que iba a dormirse, pero abrió los párpados y le miró.

—Fulke, prométeme que te mantendrás firme, pase lo que pase, prométeme que no te hundirás.

Su mirada era penetrante como un punzón, y le atravesaba.

—No puedo cambiar los hábitos de una vida entera —respondió, con una sonrisa forzada, intentando tomar a broma sus palabras. Pero no pudo. Ambos sabían lo que quería decir. Ella quería llevarse la promesa consigo. Él la hizo, sin saber si podría mantenerla. Maude no era toda su vida, pero sí la luz que la guiaba. ¿Cómo podría mantenerse firme, sin tropezar en la oscuridad?

—Prométeme...

Sacó fuerzas, no sabía de dónde, para responder.

—Lo prometo.

—Te tomo la palabra... no lo olvides.

El sacerdote llegó con los objetos litúrgicos en una pequeña caja forrada de cuero. Fulke hubiera querido saltar y rugirle que se fuera, porque con su oscuro hábito benedictino le recordaba a los cuervos que se acercaban a los cadáveres. Maude debió de percibir su aversión, porque volvió a apretarle la mano, conteniéndole.

—Deja que venga —susurró—. Necesito consuelo espiritual.

—Como quieras —le dijo suavemente, poniéndose en pie muy despacio. Cuando salió de la habitación, no miró al sacerdote, sino a ella. Maude le devolvió la mirada y le regaló una breve sonrisa, pero al ver cuánto esfuerzo requería, la pena no le dejó devolvérsela.

Fuera, Clarice le esperaba.

—No hagas —la previno con amargura— de madre protectora. Si me ofreces comida, bebida o un baño, no respondo de lo que ocurra.

Clarice, que estaba a punto de hacer exactamente eso, dio media vuelta y agregó más combustible al brasero de carbón que ardía en medio de la estancia.

—Deberías hacer que vinieran Hawise, Jonetta y tus hijos —le dijo, refugiándose en otro modo de ser práctica.

Él asintió.

—Estaba a punto de llamar al escribano.

A Clarice le dolía el corazón. Ella quería aliviar su carga, ofrecerle consuelo para consolarse a sí misma, pero sabía, por las palabras de Fulke, por la rigidez de su cuerpo, que sería rechazada. Miró hacia la habitación en la que el padre Thomas daba el viático a Maude.

—Cuando termine, le daré un poco más de amapolas con vino.

—No hace falta —dijo Fulke con un gesto brusco—. Ya lo hice yo.

Clarice abrió los ojos.

—¿Sabías la dosis?

—No, pero Maude me lo dijo. Dos medidas.

Clarice se dio la vuelta rápidamente para que su rostro no la traicionara. Una medida era muy fuerte, y poco segura. Dos causarían la muerte. Maude se lo había enseñado hacía tiempo, insistiendo mucho en la potencia del jarabe de amapola blanca. Se llevó las manos al corazón, que estaba desbocado, a punto de romperse.

A sus espaldas, escuchó la respiración agitada de Fulke, y el rumor de las telas al moverse. El abrumado esposo se había percatado de lo ocurrido.

—Ella lo sabía —dijo con voz ronca—. Ah, sí, lo sabía. —Consternado, salió de la habitación.

Clarice miró fijamente el brasero y sintió que la delicada superficie de sus ojos comenzaba a quemarse por el calor que irradiaban las brillantes brasas. Recordaba la muerte de su madre, enferma de los pulmones, cuando era una niña. Pero apenas la había conocido. El lazo que había forjado con Maude, sin embargo, lo era todo. Madre, hija, compañera y confidente.

—No puedo soportarlo —susurró, e incluso en ese momento de flaqueza era consciente de su papel de sólida Clarice, de impasible Clarice, la niña de la que se burlaban cariñosamente por su precoz madurez. Que también fuera Clarice la desposeída y Clarice la solitaria nadie lo tenía en cuenta, excepto ella misma.



La noche de noviembre era oscura y fría. Sólo una vela ardía sobre el cofre, y el leve olor del carbón y el incienso llenaban el cuarto. Sobre la cama, Maude yacía en el silencio blanco y marmóreo de la muerte, y Fulke estaba sentado a su lado, mirando su rostro inmóvil. Sus ojos, aquellos seductores ojos verdes de gato, estaban cerrados. El pelo, suelto sobre la almohada, como el de una virgen o una mujer que acabase de dejar los brazos de su amante. Ausente el dolor, el semblante volvía a ser joven, la piel clara, los labios curvados como si algo le hiciera gracia. Pero nunca volvería a reír, y Fulke pensó que él tampoco lo haría.

Tras marcharse el sacerdote, cayó en un sueño profundo del que nadie pudo despertarla. Su adiós fue la sonrisa que le regaló cuando salía de la habitación. Lo supo en el instante, pero no quiso aceptarlo. Ahora, el recuerdo le producía un dolor extraordinario.

—Con la vida que he llevado, siempre pensé que sería yo quien te dejaría a ti —dijo al cuerpo inerte—. Las mujeres se convierten en viudas. ¿Por qué no me concediste mi deseo egoísta? —Le acarició el pelo, grueso, pesado, rubio plateado. Muchas mujeres pierden el lustre de sus cabellos cuando envejecen, pero el de Maude

había permanecido abundante y joven, sin canas. Ahora ya no podría envejecer. Pero él sí, ya se sentía el doble de viejo. Podía haber impedido que bebiera de aquella copa; pero sólo habría servido para prolongar su sufrimiento. El dolor de su amada había concluido, el suyo había comenzado. Los trovadores que cantaban la balada de Melusina omitieron que cuando ella voló por la ventana para nunca volver, se llevó consigo el alma de su esposo.

La llama de la vela parpadeó cuando se abrió la puerta y Clarice entró de puntillas en la habitación. Sus ojos enormes y oscuros brillaron en la penumbra. Una capa colgaba de sus hombros y llevaba en las manos una pequeña lámpara metálica de aceite y una jarra. Fulke la miró con resentimiento. No quería que nadie se inmiscuyera en la última noche que Maude pasaría en su cama, con él a su lado. Era su vigilia, suya solamente.

Agradeció que no le ofreciera vino, porque si lo hubiera hecho, habría tirado el jarro. Ella se sirvió una copa antes de sentarse al otro lado de la cama.

—No necesitamos tu compañía —dijo el hombre con tono patibulario.

Clarice le miró, con aire de reproche.

—Sé que no quieres compartir este momento, pero yo también la amé. —Luego bajó los ojos y comenzó a rezar, moviendo los labios en doloroso susurro.

Después se hizo el silencio, y se prolongó, roto sólo por el crepitar de la vela cuando la llama encontraba una impureza. Después de un tiempo, Fulke cogió el jarro y se sirvió una copa. No había señal alguna del frasco con el jarabe de amapolas, ni del pequeño recipiente de hueso. De lo contrario, podría haber tenido la tentación de suicidarse.

Miró a la joven mujer, que ahora rezaba en silencio, al otro lado. La vela y la lámpara de metal hacían brillar las lágrimas que le corrían por el rostro. ¿Cómo era posible llorar en silencio, se preguntó, o era acaso otro signo de la fastidiosa perfección de Clarice? Luego vio que luchaba para no romper la cadencia de su respiración, y que debajo de la capa temblaba.

Sintió pena, exasperación, y envidia, porque él era incapaz de llorar. La herida era tan profunda que había aniquilado todas sus facultades.

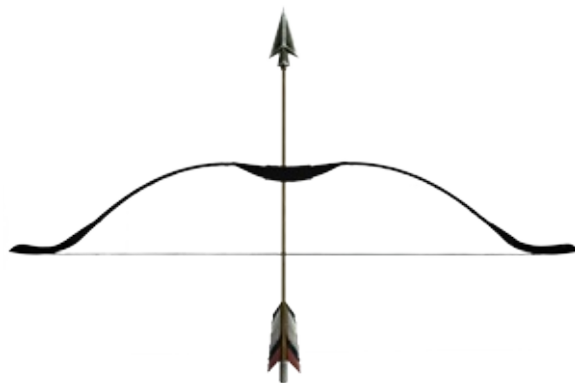
—Clarice... —murmuró.

Ella emitió un sonido ahogado e hizo un gesto de disculpa. Levantándose, Fulke dio la vuelta a la cama y la abrazó con torpeza. Era la primera vez que la veía perder la compostura, y en lo más profundo de su ser, sus propias emociones sangrantes se esforzaron por darle una respuesta.

—No resistas —murmuró—. Llora si quieres.

Ella escondió el rostro en el pecho de Fulke y dio rienda suelta a su dolor, apretándose contra él con tanta fuerza que a la mañana siguiente tenía moretones sobre la piel. El llanto de Clarice se elevó en la oscuridad de la habitación, y la fuerza de su aliento agitó los delicados mechones de pelo plateado que enmarcaban la frente de Maude.

Fulke la sostuvo, acariciándole las trenzas. Su propio dolor creció dentro de él, pero no se desbordó, porque la muerte de Maude había dejado un abismo demasiado profundo para que pudiera ser llenado con lamento alguno.



CAPÍTULO 43

Aún no habían llegado las nevadas, pero sí las duras heladas invernales, cortantes como el acero de las armas. Los ataques galeses continuaron en medio del metálico frío. Fulke sacó sus rebaños de los establos y los pastos de invernada que rodeaban Whittington y los llevó a los terrenos reales de Lyth. Movilizó a sus tropas en patrullas constantes, cabalgando por el gélido paisaje plateado. En tales incursiones se sentía a veces sumido en un mundo irreal, como si se hallase atrapado en el espejo de un maligno mago. Los cisnes se acurrucaban entre los juncos, con las plumas del pecho reproduciendo la delicada frondosidad de los copos de nieve y los cuellos y los picos escondidos en la tibieza de sus alas plegadas. Todo lo que no hibernaba, estaba obligado a resistir como pudiera, o a morir.

Atrapado en ese mismo dilema, resistir o morir, Fulke se encontraba en síntoma con la tristeza trágica de la estación. La pérdida de Maude le había dejado helado. No era capaz de llorar, porque la abrumadora pena había cortado la conexión entre sus sentimientos y la facultad de expresarlos. Vivía sin disfrutar de la vida. Cada día daba paso al siguiente con cadencia terrible, implacable, plana. Su cerebro admitía las cuestiones prácticas, pero el corazón estaba vacío.

Los galeses eran esquivos. Atacaban, volvían a cruzar la frontera y se confundían con las colinas. El único modo de detenerlos era la invasión, opinó Chester cuando se reunió con Fulke para discutir la situación. Había que llevar un grupo expedicionario a Gales, construyendo castillos a su paso, igual que sus antepasados habían hecho a los ingleses después de la gran batalla de Hastings. Pero para tal tarea había que convocar a las tropas reales, y el joven rey tenía asuntos más urgentes sobre su mesa. Por ahora, los nobles de la frontera debían defenderse por sí solos.

A Fulke le agradaba, en el fondo, tener que hacerlo. Así ocupaba su tiempo, tenía un motivo para levantarse por la mañana y afrontar la conclusión de cada día. Si se

exprimía hasta el límite de su capacidad física, sabía que caería en un sueño profundo y no despertaría hasta la mañana. Lo que temía eran las noches en las que soñaba que Maude dormía a su lado. Sentía, como cosa real, el calor de su cuerpo, el cosquilleo de su pelo, el aroma de su perfume, y se despertaba felizmente abrazado a la almohada. Al darse cuenta, la realidad le hundía en el más negro pozo. Ésos eran los peores momentos, los instantes en los que pensaba que prefería morir a resistir.

Sus hijos le proporcionaban calor y pequeños consuelos en medio de un paisaje espectral, desolado. Propensa a mostrar sus emociones, Hawise había derramado un mar de lágrimas por la muerte de su madre. La tragedia se hizo más profunda al saberse que Hawise estaba encinta. Maude nunca conocería a su primer nieto, ni éste conocería a su abuela más que por los recuerdos que otros le contarán.

Jonetta había sufrido en silencio, con pocas señales de emoción, pero muchas plegarias en la capilla. Los muchachos lloraron, pero no permanecieron mucho tiempo allí, apenas unos pocos días para el funeral y el duelo, y luego retornaron a los lugares donde realizaban su aprendizaje. Clarice había tomado a Mabile bajo su protección, mitigando la perplejidad de la criatura, y encontrando en ello su consuelo. Sus hermanos le visitaron, cabalgando desde las dispersas propiedades de los FitzWarin, para llorar junto con él y hacerle compañía. Pero Fulke, trastornado, sólo podía tolerar su presencia hasta cierto punto, y no insistió en que se quedaran. Richard fue el único que permaneció junto a él, porque siempre había estado a su lado y nunca había expresado interés alguno en ninguna otra cosa que no fuera ejercer de caballero al servicio de su hermano.

Tirando de las riendas en el mordiente frío de una mañana de finales de enero, Fulke desmontó a las puertas de la abadía de Alberbury. Todavía estaba a medio construir, pero sus muros ya eran altos y había una pequeña capilla que alojaba las tumbas de los FitzWarin. Pronto, él también descansaría allí, con Maude a un lado y sus padres al otro. Se quitó los mitones de piel de oveja y sopló sus manos para calentarlas, pues pese a ir cubiertas todo el trayecto, parecían bloques de hielo. El padre Lawrence, el prior agustino, salió a recibirle y le ofreció vino caliente en su aposento privado, que por el momento era una cabaña de madera. Los albañiles habían dejado las herramientas hasta que pasara el invierno, y los edificios rodeados de andamios tenían un aire de abandono.

—Bienvenido, mi señor —saludó el prior. Su cabeza tonsurada armonizaba con el entorno, puesto que era plateada, gruesa y pesada—. Has venido de patrulla, por lo que veo.

—Para lo que sirve... —Fulke miró a su alrededor. Un brasero de carbón brillaba en el centro de la estancia. Había una gran mesa sobre la que se apoyaban dos pesados candelabros y un libro piadoso, frente a la silla de cedro del clérigo—. Los galeses siguen viniendo y no hay señales de tregua entre Guillermo el Mariscal y Llewelyn.

—¿Y no puedes pactar una tregua por tu cuenta?

—No, sin romper mi amistad con Guillermo y destruir los lazos que he comenzado a establecer con el rey. —Tomó el vino que el prior le ofrecía. Empezaban a escocerle las manos a medida que recuperaban la sensibilidad—. Los rebaños de Whittington ya se han enviado a Lyth.

—¿Y los rebaños de Alberbury?

—He venido para transportarlos, y para llevar a mi hija y a mi protegida a Lambourn. No debes temer por la abadía —agregó rápidamente—. Llewelyn jamás quemaría una iglesia ni atacaría a los monjes. Lo que quiere es destruir mi autoridad a lo largo de la frontera, las guarniciones donde están los hombres que se oponen a su paso.

El prior le miró.

—Bueno, aquí todavía no hay mucho material para quemar, pero puede que sea diferente en el futuro.

Fulke se encogió de hombros.

—Otras cosas también pueden ser distintas en el porvenir. Vivo con la esperanza de que, en primavera, el rey me dé permiso para fortificar las guarniciones. A estas alturas ya habrá comprendido que es necesario.

«Vivo con la esperanza», dijo. Sus palabras se burlaban de él. Conversó un rato más con el prior, y luego partió para visitar la tumba de Maude. Todavía no había una efigie de la difunta, pero le daba igual, porque, aunque se tallara una en el mejor alabastro de Charleston, siempre sería un objeto frío e inmóvil, nada evocador de la belleza vital que derrochaba su esposa. Después de todo, sólo sus restos mortales yacían en la iglesia. Su alma había partido. Ella descansaba en paz. Eran los vivos los que estaban sumidos en la tribulación y el caos.

Cabalgó hasta Alberbury. Al igual que en Whittington, todos los objetos de valor se habían llevado a las granjas que no estaban bajo amenaza galesa. También los ganados. En los establos sólo quedaban las monturas de la guardia y las patrullas.

Fue Gracia quien se acercó a saludarle con una copa de bienvenida.

—¿Dónde está Clarice? —Fulke miró a su alrededor, buscando la familiar figura, pero vio sólo a los sirvientes.

—Se fue a visitar a una adivina por la zona de Knockin, mi señor —dijo Gracia con tono de no aprobarlo—. No aceptó mi consejo de que no fuera.

Fulke miró a la sirvienta con preocupación. Era insólito que Clarice saliera sin previo aviso, y que fuera en busca de una adivina el día anterior a un largo viaje, sencillamente increíble. Nunca se había comportado de tal manera.

—Las fronteras son demasiado peligrosas para semejante paseo —gruñó—. ¿Por qué, en nombre de Dios, quiere ir a ver a una adivina?

—Dice que se le acabaron muchas de sus hierbas y otros remedios, y que no puede obtenerlos en Lambourn. La vieja madre Ranild siempre tiene pócimas y hojas para vender. —Gracia sacudió la cabeza para subrayar lo que pensaba del asunto—. Le dije que no fuera, pero ella me respondió que cuidara de Mabile y me guardara

mis consejos. —Su voz tomó un tono levemente ofendido.

—Dudo que estemos tan necesitados de cualquier remedio como para que ella tenga que salir de viaje campo a través cuando los galeses... —se interrumpió para no añadir su ansiedad a la que ya acongojaba a la sirvienta. Suspirando, desmontó—. Sin duda regresará pronto. ¿Queda algo de potaje en el caldero? Estoy hambriento como un oso.

Era demasiado tarde para tranquilizar a la avispada sirvienta.

—¿Y si no viene?

—Cuando haya comido, me llevaré algunas tropas para ir en su busca.



A pesar de que el frío le calaba hasta los huesos, Clarice había disfrutado de la marcha a caballo hasta Knockin. Un caballero y un sargento la habían acompañado para protegerla. Ella no creía que nadie la fuera a asaltar en el camino, ni que la atacaran los galeses, pero su rango hacía imposible que viajara a cualquier parte sin escolta. El sargento cabalgaba delante, el caballero detrás. Entre ambos, Clarice, distante, en su potro gris moteado, meditaba al paso por el sendero congelado.

Sabía que era un comportamiento extraño y obstinado empeñarse en visitar a la vieja Ranild el día anterior a que partieran hacia Lambourn, pero desde la muerte de Maude se sentía intranquila. Tenía la necesidad de echar abajo los muros de su ordenada existencia. Casi siempre lograba dominar el impulso, pero esta vez la había asaltado con fuerza irresistible, impulsado por el sublime amanecer rojizo sobre un brillante paisaje de nieve y niebla. Era un día demasiado extraño y maravilloso para pasarlo junto al hogar. Gracias a su diligencia, los cofres ya estaban cerrados y listos para el viaje. Además, necesitaban las hierbas. Jarabe de amapola blanca, para empezar. Apenas quedaba nada en el frasco tras lo sucedido en noviembre, y era una parte esencial de los medicamentos. Podía haberle pedido un poco al enfermero de la abadía, pero ella quería algo más que remedios y pociones. Las sirvientas decían que la madre Ranild tenía curas para todos los males, incluidos los del corazón, las aflicciones del alma.

Al llegar a Knockin, la esposa del cervecero le indicó el camino hacia la casa de la madre Ranild. Por la ávida expresión de la mujer, Clarice supo que los chismes iban a expandirse como un reguero de pólvora.

La vieja Ranild vivía en una cabaña grande, en el límite del asentamiento, algo apartada, pero no completamente separada de él. Dejando el sendero, Clarice pasó frente a un emplumado grupo de irritables gansos, un macho blanco como la nieve y varias hembras del color de la paja apisonada, y desmontó con sus escoltas a las puertas de la cabaña. Un manojo de ramas de fresno estaba atado sobre la entrada, y varias herraduras se habían clavado encima de la puerta. Salía humo por agujeros practicados en el tejado, y el sensible olfato de Clarice detectó el fragante perfume de

la madera de pera al arder.

Llamó y una voz firme la invitó a entrar. Dijo a sus acompañantes que esperaran, levantó el tranco que aseguraba la puerta y, reprimiendo el impulso de persignarse, entró en los dominios de la madre Ranild.

El fuego crepitaba en el hogar y lanzaba humo hacia el ennegrecido techo. Manojos de hierbas estaban atados con cordeles a las vigas, junto a no pocas ristas de salchichas. Junto a las paredes había numerosas jarras de arcilla e incluso un par de frascos valiosos de vidrio. En el suelo, de tierra apisonada, se veían canastas de lana y más manojos de hierbas secas. En un rincón de la habitación había una pequeña mesa, sobre la que reposaban varios cuencos de madera. Una mujer alta y delgada molía alguna sustancia, utilizando un mortero de brillante piedra verde. Levantó la vista, dejó de trabajar y, secándose las manos en un delantal de lino de color indefinido, se acercó a Clarice.

—¿Qué puedo hacer por ti, señorita? —le preguntó con tono agradable, e hizo un gesto a la joven para que se sentara en un banco cercano al hogar. No hubo reverencias, ni reconocimiento especial alguno del rango de Clarice. De hecho, fue ella quien pareció sentirse impulsada a reconocer los méritos de la inquietante mujer, que se movía con el aire de una reina en sus dominios. Tenía una nariz aguileña y la boca amplia, con dientes aún blancos y fuertes, cosa rara en una mujer campesina cuyo rostro contaba una historia de por lo menos seis décadas.

—He venido a comprarte medicinas. —Clarice estaba sentada en el borde del banco—. Las mujeres de Alberbury hablan bien de ti.

Los ojos celestes de la vieja brillaron con astucia.

—¿De verdad? —Se dirigió a los estantes, eligió una jarra y sirvió un brillante líquido dorado en dos copas—. ¿Y tú quién eres, señorita?

—*Lady Clarice d'Auberville.*

—Ah, la protegida de lord FitzWarin. —La mujer asintió, satisfecha, como si hubiera colocado la pieza que le faltaba a un rompecabezas, y entregó a Clarice una copa—. Hidromiel, de mis propias colmenas.

Clarice dio las gracias y probó la bebida. El sabor del verano le llenó el paladar y se expandió por su cuerpo tibiamente.

—Maravillosa —murmuró, y se preguntó qué sabría la mujer sobre ella, y por qué. Sin duda, los chismes de las sirvientas viajaban en ambas direcciones.

—Tengo un jarro de sobra, por si quieres agregarlo a tu lista de compras.

—Gracias. Será una adquisición excelente.

La madre Ranild inclinó la cabeza y examinó a Clarice con detenimiento.

—Me pregunto por qué me has elegido a mí antes que al curandero de Shrewsbury o a los monjes de la nueva abadía de tu señor.

—Porque conozco tu reputación —respondió Clarice, aliviada por no ser de las que se sonrojaban fácilmente—. Dicen que eres una mujer sabia.

—Pobre mujer serías si llegaras a mi edad sin serlo —adujo Ranild con tono de

ironía—. Dime las cosas que necesitas.

Clarice recitó su lista. Ungüento y polvo de roble para la vesícula, jarabe de diente de león para la tos y la gripe, artemisa para combatir los parásitos internos, unguento de celandina para las manchas de la piel. La cara de la madre Ranild se alteró por la petición de jarabe de amapola blanca, pero no hizo comentario alguno, y lo agregó a las demás cosas sobre la mesa.

Clarice cruzó las manos sobre su regazo y bajó la vista.

—Me han dicho que también tienes pociones que curan enfermedades que no son del cuerpo —murmuró.

—Ahora llegamos al meollo de tu visita, me parece. ¿Quieres un filtro amoroso? ¿Un encantamiento para que un hombre se vuelva loco por ti?

Clarice la miró indignada.

—¡Por supuesto que no!

—Cálmate, señorita —dijo la anciana, riendo—. Es la más común de las razones por las que las jóvenes visitan mi cabaña, eso o procurarse un remedio para la hinchazón del vientre.

Clarice apretó los labios.

—Tampoco necesito ese tipo de remedio —dijo, cortante.

—Entonces, ¿qué deseas?

Tragó saliva, sintiéndose vulnerable bajo la mirada de la mujer.

—Mi... mi tutor, lord FitzWarin, ha perdido a su esposa hace dos meses. Quiero algo para aliviar su dolor.

La madre Ranild se cruzó de brazos y se puso seria.

—No embotello el tiempo, niña —dijo con suavidad.

—Tal vez no me he expresado bien. Quiero algo que le ayude a llorar. Es como si se hubiese congelado. No ha derramado ni una lágrima, y sin embargo sé que se le acumulan hasta convertirse en un peso que apenas puede tolerar.

Ranild la miró durante un buen rato.

—Algo para que un hombre llore —murmuró—. No tengo semejante remedio en mis estantes. Lo que necesitas no puede ser macerado en un mortero ni disuelto en una bebida.

—¿Qué necesito entonces?

—Debes descubrirlo por ti misma. Dame la mano.

Clarice dudó, y luego hizo lo que le pedía. Las sirvientas decían que la madre Ranild podía leer el futuro de una persona estudiando la palma de su mano. Clarice no estaba segura de querer conocerlo, pero su curiosidad era mayor que su miedo.

Ranild examinó la mano de Clarice durante cierto tiempo, recorriendo sus líneas con el dedo índice.

—¿Qué ves? —preguntó Clarice.

—Eres como el agua tranquila. Calma y clara, pero más profunda de lo esperado. La gente cree conocerte, aunque se equivoca. Tal vez nadie te conoce lo más mínimo.

No temes el cambio, pero no quieres cambiar. Deseas otras cosas.

Clarice intentó retirar la mano, pero Ranild se la apretó y sus ojos se fijaron, comprensivos, en los de su visitante.

—Sin embargo, veo un marido y un hijo en el tiempo por venir. Pero están al otro lado de un gran peligro. Hay fuego, y envidia y odio... pronto.

Clarice retiró al fin la mano y se puso de pie.

—Te arrepientes de haber venido —concedió Ranild con resignación—. Tal vez tengas razón, niña, porque al hacerlo puede que hayas sellado tu destino. Vuelve a tu casa y reza para llegar a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —Con manos temblorosas, Clarice dejó caer el dinero sobre la mesa y puso los remedios en una canasta de juncos que llevaba consigo.

—Para salvar el resto de tu vida en esta tierra. —Ranild colocó el dinero en la bolsa que pendía del cinturón de cuero trenzado, y luego le hizo un gesto para que se marchara—. Afuera, muchacha. Apresúrate.

Confundida y agitada, Clarice salió de la choza a la helada luz de la tarde. Había dos horas de cabalgada para volver a Alberbury. ¿Qué podía pasar en ese tiempo que mereciera la advertencia de Ranild?

El sargento la ayudó a subirse a su montura. Agarró las riendas, volvió a la yegua hacia el camino de regreso e imprimió a la marcha un ritmo que hizo al caballero levantar las cejas.

—El suelo está demasiado duro *pa'cerla* correr *de'se* modo, mi *lady*, lo digo con *to'respeto* —comentó—. Mañana *va'star derrengá*.

Clarice redujo la marcha de la yegua, y la puso al paso.

—Estoy ansiosa por volver a casa —dijo—, pero no quiero torturarla. —Acarició el cuello del animal, grueso por el plateado pelaje invernal, y moderó su impaciencia. Nubes brumosas de amarillento perfil, anunciando nevadas, cubrían el sol que había lucido horas atrás. Tal vez no pudieran viajar al día siguiente.

Dos millas más adelante se encontraron con un grupo de gente acarreando toda suerte de animales. Mujeres y niños, con jaulas de aves, iban subidos a un carro tirado por dos lentos bueyes.

A las preguntas del caballero, el campesino que parecía dirigir el grupo se inclinó sobre su cayado y señaló la dirección de la que venían.

—Los galeses cruzaron la frontera —anunció—. Vais derechos hacia ellos.

El sargento miró con preocupación a Clarice.

—Podemos volver a Shrewsbury o ir hacia el norte, a Whittington y Oswestry.

—¿Qué es menos peligroso?

El hombre hizo un gesto de preocupación y miró el cielo cubierto.

—Nada, mi señora. Si los galeses cruzaron la frontera, estarán en la senda de Shrewsbury cuando lleguemos allí, y con seguridad, también en la de Oswestry. De un modo u otro, tendremos que escabullimos entre ellos.

Clarice tuvo una breve visión de madre Ranild examinando su mano y urgiéndola

a que se marchara.

—Oswestry está más cerca —decidió—. Allí encontraremos ayuda.



La nieve comenzó a caer con engañosa suavidad, con lenta y constante acumulación. El suelo estaba tan frío que allí donde caía empezaba a formar peligrosas alfombras blancas. Tal vez por el hipnótico poder de los copos, o quizás por la escasa visibilidad, ni el sargento, que cabalgaba un poco por delante de Clarice, ni el caballerizo vieron a la patrulla galesa hasta que se echó encima de ellos, y entonces ya era demasiado tarde.



Gwyn FitzRoger estaba preocupado, porque, en la helada tarde de enero, Whittington le parecía un lugar lleno de fantasmas. Reinaba un silencio de ultratumba. Ni humanos ni animales, nada se movía entre las cabañas y las huertas. Ni una sola columna de humo se elevaba a los cielos, ni se percibía el habitual aroma a guiso de repollo de las ollas de la cocina. Los ocupantes de Whittington habían abandonado las casas a su suerte.

Gwyn estaba montado en su caballo, en medio de la calle principal, con la espada desnuda en la mano, por si hubiera rezagados que atrapar, aunque en el fondo sabía que ya no encontrarían a nadie. La helada luz se reflejaba en la cota de malla. Su aliento emergía en pequeñas nubes y la grupa y la cabeza del caballo humeaban como si hubiera cabalgado desde las calderas del infierno.

—Nadie, *fy arglwydd* —dijo el arquero que se había adelantado para inspeccionar las cabañas en busca de ocupante—. Todos han huido ante la noticia de nuestra llegada.

—Entonces, hagamos los honores —dijo Gwyn mostrando los dientes—. Quemadlo todo.

Se irguió en la montura y vio cómo una antorcha pasaba de mano en mano y finalmente era lanzada sobre el techo de la cabaña más cercana. Nadie salió corriendo de la fortificación para impedir la destrucción. El fuego se fue extendiendo casa por casa, como una fulminante plaga, y el humo que antes se echaba de menos ahora era asfixiante y parecía a punto de confundirse con las nubes.

El castillo parecía tan muerto como la aldea. Gwyn cruzó la empalizada y llegó hasta el patio central, con la espada en la mano y el escudo en alto. Aquellas puertas abiertas podían ser una trampa. Pero no lo eran. Permaneció de pie en el patio en el que antaño había estado por derecho propio. En ese momento supo que podía reclamar Whittington cuanto quisiera, pero nunca sería suyo. Si Fulke FitzWarin prefería no defenderlo, pese a que su posesión era su *raison d'être*, ¿cómo lo

retendría un insignificante caballero gales? Serían necesarias mucha tropa y mucha piedra para defender semejante propiedad.

La nieve siguió cayendo; grises nubecillas de humo velaban las estrellas de blanco brillo. Gwyn notó el sabor de la ceniza y la pureza del agua fundiéndose en su lengua. Desmontó y entregó las riendas a un soldado. Luego recorrió los escenarios de su infancia y observó los cambios hechos por la mano de FitzWarin. Los murales de yeso de la sala, las nuevas divisiones en los cuartos y estancias. Vio el nuevo edificio de la cocina y el horno para el pan; las mejoras realizadas en el pozo de agua. Los normandos habían dejado el lugar en los huesos antes de partir. No había objeto de valor ni mueble que saquear. Sólo quedaba el esqueleto de los edificios, testigos de más de cien años de sangriento conflicto.

—Dame una antorcha —exigió a un soldado que le había seguido por las fortificaciones.

Ya la tenía en la mano cuando dos de los soldados que había dejado vigilando el camino llegaron con una cautiva.

Gwyn se vio frente a una joven ataviada con ricos vestidos normandos, cubiertos por una capa azul. Su rostro estaba rojo por el frío y la furia, y sus ojos grises ardían con el reflejo dorado de la antorcha que él tenía en la mano.

—Iba hacia Oswestry, mi señor —dijo en gales uno de los guardias.

—¿Sola?

—No, llevaba a un caballero y a un soldado como escoltas.

—¿Llevaba? —preguntó Gwyn alzando las cejas.

—Sí, mi señor. —Una ráfaga de maligno placer cruzó la mirada del soldado—. Eran hombres de Fulke FitzWarin, y la dama es su protegida, Clarice d'Auberville.

Gwyn la miró a través de las negras volutas de humo que salían de la antorcha.

—¿De verdad? —Se acarició el bigote—. Bienvenida, *lady* Clarice —saludó en francés normando—. Tu protector es demasiado imbécil por dejarte cabalgar sola en tiempos tan turbulentos.

Ella le enseñó los dientes.

—Tus hombres asesinaron a mi escolta sin más motivo que servir a las órdenes de Fulke FitzWarin. ¡Creí que los galeses eran civilizados, pero me equivoqué!

—En la guerra somos más civilizados que tus compatriotas —replicó Gwyn—. Da gracias porque no te violaran y por seguir viva.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —Aún respiraba astadamente, pero empezaba a recobrar la compostura. Enseguida pudo mostrar una helada dignidad.

—Llévate al príncipe Llewelyn. Serás bienvenida en su corte hasta que se acuerde un rescate. —Gwyn sonrió como un lobo y la miró de pies a cabeza—. Quién sabe, tal vez encuentre un marido galés de tu gusto.

—No creo, ante semejante tarjeta de presentación —dijo con desprecio, y se frotó las manos, temblorosa y digna.

Gwyn sonrió.

—Las mujeres fieras son más interesantes entre las sabanas. —Ella no respondió—. Puesto que eres la protegida de Fulke —dijo Gwyn—, puedes asistir en su nombre a la quema de Whittington.

Clarice apretó la capa contra su garganta y le miró como lo haría una reina.

—No te servirá de nada.

—Al contrario, me dará gran placer y satisfacción. —Pasó a su lado, hacia un montón de paja y ramas secas que sus hombres habían colocado dentro del salón. Tiró la antorcha en el centro y vio como crecía el fuego desde el interior. Otras pilas incendiarias ardieron en lugares estratégicos dentro de la fortificación y pronto Whittington estuvo envuelto en llamas, irregulares torres de fuego que se recortaba contra el atardecer, tiñendo la nieve de un infernal tono rojizo. Era un espectáculo hermoso, fantasmal, trágico.

Clarice vio consumirse y elevarse a los cielos el orgullo de FitzWarin. Era como si el odio acumulado a lo largo de tantos años alimentara las llamas. Aquel incendio tenía algo de liberación, pensó, y echó hacia atrás la cabeza para mirar las llamas más altas trepando por los muros. Los copos de nieve caían sobre ella con fría delicadeza, haciéndola parpadear, y a pesar de los intensos golpes de calor que emanaban de las paredes ardientes, temblaba. Tras ella, escuchó gritos en gales, de aprobación y gozo.

El hombre que estaba a su lado miraba el espectáculo con una extraña sonrisa en los labios. Finalmente, exhaló un suspiro. Volviéndose, ordenó que llevaran los caballos. La yegua gris de Clarece retrocedió y resopló alarmada por el creciente rugido de las llamas. Fueron necesarios dos hombres para sujetarla mientras Clarece subía a la montura. Ella tiró de las riendas y trató de calmar al animal, pero no dejó de corcovear hasta que se alejaron del incendio y llegaron al camino. La idea de escapar al galope en dirección al bosque de Babbín y perderse entre los árboles fue rápidamente eliminada por Gwyn FitzRoger, que ató una rienda al bocado de la yegua y la aseguró con firmeza a su montura.

—Sería una tontería salir corriendo, mi señora.

Ella se encogió de hombros.

—¿Tú crees?

Él sonrió con tristeza y espoleó su montura.

—Esta noche dormiremos en Ellesmere. Encontrarás allí una cama más cómoda que el suelo nevado. —Urgió a su animal. Clarice miró hacia atrás, a las fortificaciones. A través de la nieve que caía vio el fuego, voraz, crepitante. Le pareció que el castillo se devoraba a sí mismo... o tal vez era un ave fénix, batiendo sus grandes alas, agitando las llamas de la pira funeraria y preparándose para resurgir de las cenizas de su propia destrucción.

La nieve caía ahora con más intensidad, los copos eran aún suaves como una caricia, pero más numerosos. Parecían bailar frenéticamente en el aire, para cubrir al instante las huellas dejadas por los caballos. Y de repente, de la blanca cortina salieron varios jinetes, como espectros, que se plantaron frente a ellos, bloqueando su

paso, haciendo tintinear amenazadoramente sus arneses y sus cotas.

«Fulke», los labios de Clarice pronunciaron su nombre. Pero en silencio, sin sonido alguno. La invadieron el miedo y la alegría.

Gwyn FitzRoger sacó su espada.

—Llegas demasiado tarde, FitzWarin. Whittington está ardiendo, por mi mano, hasta los cimientos.

Clarice no pudo ver la expresión de Fulke, oculta por el yelmo. Sólo atisbaba la línea recta de la boca, pero se podía imaginar lo que pasaba por su alma y sus ojos. Sin que la vieran, sacó los pies de los estribos.

—Eres tú quien no ha hecho bien los cálculos —replicó Fulke secamente—. No me importa que Whittington arda, y por muchas tropas galesas que haya al otro lado de la frontera, tus soldados no podrán enfrentarse a los míos.

—Dices que no te importa Whittington, y mientes.

—Dije que no me importa que arda —rugió Fulke—. Como la marea, Llewelyn se retirará, y cuando lo haga, yo lo reconstruiré en piedra. Has limpiado el terreno. Debo darte las gracias —dijo burlonamente.

—Y tu protegida, ¿te importa tanto como tus propiedades? —Gwyn señaló a Clarice—. ¿Te gustaría que se consumiera de igual modo?

—Haz lo que quieras; sus tierras seguirán en mi poder. —El semental de Fulke se alzó sobre sus patas traseras, y tuvo que contenerlo tirando con fuerza de las riendas.

En un instante, Clarice, con los pies libres de los estribos, se tiró de la montura y recorrió, veloz, la distancia entre las tropas de Gwyn y las de Fulke. La yegua, asustada, saltó y pateó al caballo del galés, que se encabritó. La joven escuchó la maldición de Gwyn, seguida por el ruido de los cascos de los caballos, persiguiéndola. Fulke se lanzó hacia delante y su espada detuvo la de Gwyn, que ya caía sobre la fugitiva. Clarice tropezó y cayó en la nieve, perdiendo el velo. Un par de brazos fuertes la levantaron y la pusieron sobre la montura de Ralf Gras.

—Estás a salvo, mi señora —le dijo, pero ella apenas se enteró. Con ojos desorbitados, veía la pelea de los hombres. En la creciente oscuridad crepuscular era difícil distinguir los detalles. La escena era un caos de nieve y acero, blancura y oscuridad mezclándose para crear una serie de sombras que se armaban, caían y se volvían a armar. Los gritos de acometida, los de los heridos, el golpear de los cascos de los caballos. La sangre manchaba la nieve. El nombre «¡FitzWarin!» se pronunciaba una y otra vez, como aullidos de lobo. Clarice apretó los puños y rezó. El escudo de Fulke relumbró. Peleaba como un demonio salido del peor infierno, sin preocuparse lo más mínimo por su vida. Un caballo pasó al galope a su lado, arrastrando a su jinete, cuya espuela había quedado atrapada en el estribo. Había perdido el yelmo y cuando la pata trasera del caballo pegó contra su cabeza, escuchó el ruido atroz del hueso al quebrarse. Ralf pudo agarrar las riendas de la bestia. Un largo reguero de sangre manchaba la nieve pisoteada, y llegaba hasta un oscuro charco brillante que crecía alrededor de la cabeza de Gwyn FitzRoger. Sus brazos

estaban abiertos, la espada a varios pasos de distancia y la mirada perdida en el viaje de la muerte.

Cuando los galeses se dieron cuenta de que su jefe había muerto, se retiraron con rapidez, perdiéndose en dirección a los bosques, más allá de la villa. Clarice hizo que Ralf la bajara del caballo y fue en busca de heridos. El crepúsculo ya comenzaba sobre ellos. El anochecer invernal era crudo. Clarice sabía que si había algún hombre grave no superaría la noche. Por lo menos, pensó con amargura, tenía jarabe de amapola blanca para aliviarles el tránsito hacia el otro mundo.

—He ordenado que acampemos en el patio del castillo —dijo Fulke, mientras ella reconfortaba a un soldado que tenía un lanzazo en el hombro—. El incendio durará hasta la mañana, por lo menos. —Hablaba con tono implacable y la tensión de la batalla todavía brillando en sus ojos.

Clarice asintió y tragó saliva.

—Hay dos muertos, pero ningún herido grave.

—No habría muertos si no hubieses cometido la estupidez de ir a visitar a una adivina —gruñó—. ¿A qué fuiste, en nombre de Dios?

—Necesitábamos cosas que no había en Lambourn.

—¿Cosas por las que valía la pena morir? —preguntó con frialdad, pasando su mirada por el campo de batalla—. Importantes debían de ser.

—No podía imaginar que los galeses cruzarían la frontera —replicó, irritada por el tono de Fulke, pero consciente de que tenía razón.

El soldado herido en el hombro se puso de pie en silencio y se alejó.

—Sabías que era posible. Por Cristo, Clarice, ¡creí que eras más responsable!

—Pues te equivocaste. ¡Y fui a ver a la madre Ranild por ti!

—¿Por mí? —Alzó la voz—. ¿Por qué crees que una vieja bruja me va a servir de algo?

—¡No es una vieja bruja! Es una mujer sabia, y yo necesitaba su consejo.

—¿Sobre mí?

Clarice esquivó su mirada.

—Quería que me dijera cómo ayudarte a soportar tu pena.

—¡Por los clavos de Cristo, tienes que entrometerte en todos los asuntos de mi vida! —explotó—. Primero fueron el vino y la túnica limpia. ¡Ahora es mi cabeza! —se señaló el cráneo—. ¡Y tu manía de arreglarlo todo y sobreproteger a todos casi nos mata a los dos, estúpida mujerzuela!

—Lo que me impulsó fue el deseo de ayudarte, no de sobreprotegerte, pero tienes razón, ¡no debí salir! —Clarice se sonrojó—. ¡Y no soy una mujerzuela!

Fulke maldijo entre dientes y se alejó hacia las fortificaciones en llamas. Ella se quedó de pie, sola en el camino. Al primer indicio de discusión entre ambos, todos los demás se habían alejado, buscándose ocupaciones. La nieve seguía cayendo, ahora en copos enormes. Era un temporal. Clarice pensó en subirse a su yegua y alejarse, pero fue una idea pasajera. La ira, la vergüenza y la tensión la sostenían por

el momento, pero necesitaría algo más para soportar la fría y desolada noche invernal. Trató de calmarse. Había heridos a los que atender, y su sentido de la responsabilidad la ayudó a moderar sus impulsos.

Se envolvió en la capa, se colocó la capucha, dio la espalda al crepúsculo nevado y se dirigió hacia la inmensa pira que era Whittington.



Los galeses fueron derrotados, pero habían logrado su objetivo. No había modo de salvar Whittington de la destrucción. Fulke entornó los ojos, plantado frente al humo y la nieve, y se quedó muy quieto. No quería abrigarse con la capa como los demás y dejar que el calor de la destrucción le calentara durante la noche, como si fuera una vulgar hoguera.

Paseó, absorto, entre los edificios en llamas y pensó en su lucha para recuperar aquel sitio. Las peleas, el sacrificio, la determinación y el orgullo que había desplegado durante toda su vida. Llovieron chispas al derrumbarse parte de la sala principal. Miró las esquirlas ardientes elevarse en el aire nocturno, entre los copos de nieve. Allí habían nacido sus hijos. Allí había dormido con Maude sobre el desnudo suelo de madera. Era como si cada chispa fuera un recuerdo que se desvanecía en la noche para no volver nunca más. De pronto se sintió completamente despojado de todo. Por la mañana sólo quedarían los restos chamuscados de la estructura, humeantes. Desaparecía su vida pasada.

Y ya no pudo soportarlo. Todo había terminado; él también debía ser parte de aquel incendio. Como un borracho, se tambaleó hacia los restos del gran salón, y sacó su espada, como si desafiara a un enemigo en sus rojas profundidades.

Notó movimiento a su lado; se dio la vuelta con el arma en alto, refulgente a la luz de las llamas. Luego la bajó.

—Vete —dijo titubeante, y sintió una presión creciente en su interior—. No quiero ni necesito tu compañía. ¡Maldita seas mujer, déjame solo!

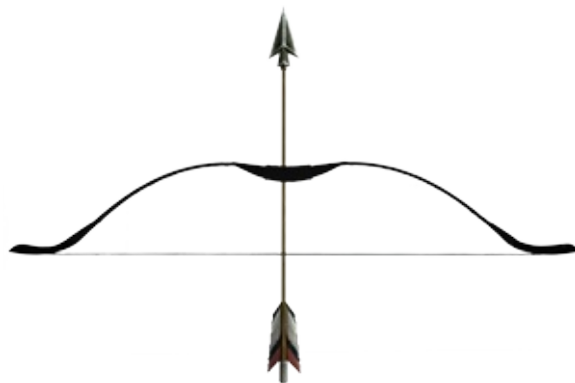
Clarice ignoró sus palabras, y se interpuso entre él y el fuego. Tenía los ojos abiertos y oscuros, y se agarraba con fuerza el vestido.

—Quieres a Maude —musitó con dulzura—. Necesitas a Maude, lo sé. Yo también quisiera tenerla aquí, para que me diera coraje y me dijera qué hacer, porque estoy perdida sin ella. Desearía que estuviera a tu lado para reconfortarte. Pero no está. Está muerta, junto a Dios. Déjala allí.

Fulke vio su propia mano blandir la espada y el miedo en los ojos de Clarice, que se mantuvo inmóvil. El acero brilló a un centímetro de su garganta. En el instante final desvió el arma y, con un rugido de angustia, tiró la espada en medio del fuego al que había estado a punto de lanzarse. Se arrodilló en la nieve, llorando al fin por Maude, por sí mismo y por los años perdidos, los del pasado y los del futuro.

Clarice se arrodilló con él y le abrazó. El hombre oyó, entre sus propios sollozos,

el dulce llanto de la joven. Susurraba que todo iría bien. No que sería lo mismo, no que no cambiaría nada, pero que iría bien.



CAPÍTULO 44

Castillo de Whittington, verano de 1224

Las piedras de las canteras se habían trasladado de Severn a Shrewsbury; en carros tirados por bueyes y a lomos de mulos llegaron hasta el que sería el nuevo emplazamiento del castillo. Fulke miraba desde su caballo la llegada del material con una mezcla de placer y dolor. El animal sacudía la cabeza. Las campanillas que adornaban sus crines sonaban con evocaciones musicales.

Los restos de madera de la vieja fortificación habían sido retirados y un nuevo edificio, con torres circulares a ambos lados de la entrada, se recortaba ya, soberbio, en el cielo fronterizo. El recuerdo del antiguo castillo se desvanecía. No recordaba la posición exacta de las cocinas, ni si había cinco o seis ventanas en el gran salón. Pero le daba igual. Lo que añoraba era el tiempo feliz, que quizás no fuera tan perfecto como ahora recordaba.

El fuego que había destruido la antigua fortificación se pareció a su matrimonio con Maude, tan abrasador que era una inmolación que no dejaba nada a su paso, salvo la gloria incandescente. Jamás volvería a tener aquella sensación, pero había otros caminos para el amor, sendas más suaves, crepusculares, soportables a su edad.

Los alegres gritos y los rítmicos golpes de los albañiles llegaban hasta sus oídos. Muchos de ellos habían llegado hacía tiempo para trabajar en la abadía, en Alberbury, terminada ya, con una capilla dedicada a San Esteban como lugar de descanso eterno para la familia FitzWarin. Y para otras ceremonias y rituales.

Con ese pensamiento, tiró con suavidad de las riendas, e hizo dar la vuelta al caballo sobre el fresco rocío de la alegre mañana estival. Un poco más atrás, Clarice le esperaba, dándole tiempo para que estuviera a solas con sus pensamientos. Una sonrisa jugueteaba en sus ojos dorados. La juventud y la felicidad brillaban en su rostro. El corazón de Fulke, mil veces, herido, lleno de cicatrices, dio un vuelco al

verla. Si aquello no era amor, si no era deseo, se parecía mucho. En cualquier caso, era un feliz consuelo.

Había pasado año y medio desde la muerte de Maude. Aún sufría por su pérdida; siempre quedaría un lugar para ella en su interior, pero ya no era una sima de dolor. Experimentaba una sensación que se acercaba a la plenitud, pero era cauteloso, no quería entregarse del todo a la felicidad.

—A finales del verano será habitable —dijo Clarice—. Y la tregua con Llewelyn significa que, aunque haya otra guerra con Gales, Whittington resistirá como una roca en mitad de la corriente.

—En vista de lo que nos está costando, mejor que así sea. —Sonrió al verla tan optimista. Necesitaba su buen ánimo para salir de la oscuridad. Ella tenía razón, por supuesto. Había hecho las paces con el rey Enrique y había recibido autorización para reconstruir en piedra las fortificaciones fronterizas de Alberbury y Whittington. También había recibido varios obsequios reales: la dispensa de una multa, un venado, e irónicamente, un hermoso juego de ajedrez con piezas de marfil.

La familia de Guillermo el Mariscal le había concedido el derecho de organizar una feria anual en Wantage, en recompensa por lo sucedido en Whittington, y por el apoyo brindado por el caballero a su causa. El mes de junio anterior, Hawise le había dado su primera nieta, que tenía el pelo plateado y los ojos verdes de Maude. Aunque su corazón sangraba con el recuerdo, era lo que necesitaba.

—¿Estás segura? —le preguntó a Clarice por tercera vez esa mañana—. Hay muchos hombres más jóvenes que estarían encantados de llamarte esposa.

La expresión de la joven perdió algo de serenidad.

—¿Qué tengo que decir para convencerte? —respondió con una nota de exasperación en la voz. Tendió su mano y cogió la de Fulke, bronceada, llena de cicatrices—. Sé que, con mi dote, podría haber elegido entre una docena de caballeros jóvenes. Tú mismo hiciste desfilar a la mayoría ante mí, en otras ocasiones. No los quiero; te quiero a ti. Y si me preguntas por qué, o que tienes edad para ser mi padre, te pegaré. —Se ruborizó después del breve discurso. En Whittington, él había aprendido a llorar, y ella había aprendido a hacerse oír—. Tienes más entendimiento del que un marido de mis años tendría nunca, y conservas casi toda la fuerza de la juventud. Te he visto en tus mejores y tus peores momentos, y sé que puedo confiar en ti —bajó los ojos—. Yo... yo nunca podré reemplazar a Maude, ni quiero hacerlo. Ella lo fue todo para ti, y semejante amor sólo surge una vez... pero ahora, yo sería tu mejor compañera. No me excluyas ni dudes de mí.

Fulke tragó saliva, conmovido por sus palabras.

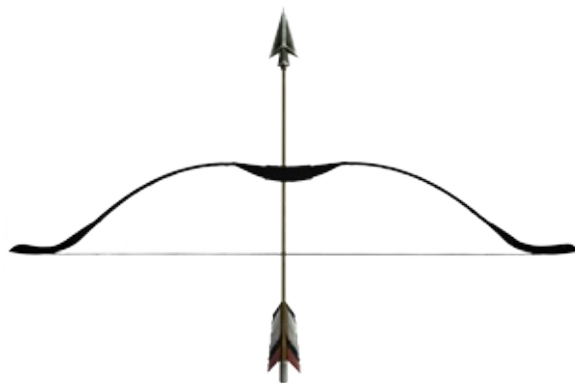
—No pongo en duda la pureza de tus intenciones —dijo con voz ronca—, pero no estoy seguro de las mías, y debo darte la oportunidad de cambiar de opinión.

Le cogió la mano, acariciándola tiernamente. En la obstinación se parecía a Maude, pensó. Cuando una idea se le metía en la cabeza, era imposible sacarla de allí.

—Entonces, de acuerdo —dijo sonriendo, aunque su mirada era grave y la voz tal

vez un poco triste—. Si estás lista, vayamos.

En la temprana mañana estival, con el rocío aún cubriendo los pastos, dejaron Whittington en manos de los albañiles y se encaminaron hacia la abadía de Alberbury y el sacerdote que les esperaba.



NOTA DE LA AUTORA

Me crucé por primera vez con la historia de Fulke FitzWarin en un libro de Glyn Burgess titulado *Two Medieval Outlaws*. En esa época estaba investigando la vida de Eustaquio el Monje, para darle un papel en *The Marsh King's Daughter*; pero al leer la historia de Fulke, me di cuenta de que allí había una novela esperando que alguien la escribiera, y decidí que fuera mi siguiente proyecto.

¿Qué porcentaje de *El proscrito* es cierto? ¿Cuánto hay de ficción? Como si fuera una trenza, la historia tiene tres hebras: los hechos que son verificables; los hechos que fueron distorsionados por el hábil cronista que escribió la vieja historia de Fulke, y mi propia interpretación de todo ello, es decir, un aderezo de imaginación personal.

Fulke FitzWarin nació alrededor de 1170 en el seno de una familia de Shropshire, de orígenes oscuros y ambiciones elevadas. Su padre era conocido como Fulke Le Brun, el Pardo, lo que sugiere que tenía pelo y ojos oscuros. Curiosamente, el hermano de Fulke, Philip, era conocido como «el Rojo», por lo que en la novela le convertí en pelirrojo.

La historia de Fulke y el príncipe Juan peleando por una partida de ajedrez puede que sea apócrifa, pero algunos estudiosos, en particular J. Meisel en su libro *Barons of the Welsh Frontier*, creen que probablemente fue cierta. Lo que se sabe con seguridad es que, desde temprana edad, Juan y Fulke no se tenían simpatía. Juan le entregó el castillo de Whittington a Morys FitzRoger por la suma de cincuenta marcos y rechazó la petición de Fulke, aunque éste había adquirido el derecho sobre el castillo en la Curia Regis. Fulke se puso fuera de la ley como resultado de todo ello, y durante tres años causó el caos a lo largo de la frontera, hasta que Juan le perdonó y le devolvió las tierras. Fulke parece haber contado con un fuerte apoyo por parte de Hubert Walter, arzobispo de Canterbury, que llegó a ser juez, canciller y representante papal. Hay quienes dicen que tenía más influencia que el mismo Juan.

Me parece muy posible que las relaciones con la familia Walter comenzaran durante su juventud, cuando el cronista dice que era compañero del príncipe Juan. El príncipe se educaba bajo la tutela de Ranulf de Glanville, de quien Hubert y Theobald Walter eran sobrinos. Aunque no hay pruebas de ello, también creo probable que Fulke conociera, en términos sociales, a Maude Walter antes de su casamiento.

La unión de Fulke y Maude es el punto en que el desconocido cronista toma la historia en sus manos y, para conseguir un buen relato, altera levemente la cronología. Mientras que no hay dudas del matrimonio entre Fulke y Maude, lo cierto es que no tuvo lugar hasta después de la rebelión del caballero, aunque el cronista lo data en el período en que Fulke era un proscrito. Es también el cronista quien habla del deseo del rey Juan por Maude y del peligroso parto en medio de la campaña galesa. El cronista no dice que Maude tuviera dos niños, hijos de Theobald Walter, pero parece probable que así fuese, y que se dieran en custodia cuando murió su primer marido. He seguido al cronista en este asunto, puesto que la otra opción hubiera complicado en exceso los hilos de la historia.

Durante los períodos en que Fulke no hacía nada espectacular, el cronista mantiene interesados a los lectores haciendo que su héroe se enfrente a dragones y gigantes y se embarque en aventuras dignas de Ulises. He tenido que buscar mi propio camino para evitar aventuras tan improbables.

Fulke fue uno de los nobles involucrados en la rebelión de la Carta Magna, aunque no tuviera razones firmes para darle su apoyo. Bien pudo dejarse llevar por su tendencia natural a generar problemas, o por el hecho de que en ese momento se encontraba muy endeudado con la corona y considerase mejor luchar que pagar. O tal vez, simplemente, los viejos rencores tardan en morir.

Mientras investigaba, me encontré con la posibilidad de que la tercera hija de Fulke, Mabile, tuviera serias deficiencias mentales o físicas. Este detalle lo sugirió J. Meisel en su *Barons of the Welsh Frontier*. Mabile nunca se casó ni ingresó en un convento. Una u otra opción era de rigor para cualquier mujer noble del siglo XIII, pero no hay pruebas de que eligiese ninguna de ellas. Existen, sin embargo, pruebas de que Fulke le otorgó en el testamento las rentas de su granja más rica para su manutención, y que su hijo mayor, Fulke, acató tal disposición.

Maude murió a principios de 1220 por causas desconocidas. Fulke se volvió a casar, esta vez con Clarice d'Auberville, que, por ciertas pruebas no del todo confirmadas, creo que era pariente de la familia de Glanville y de Hubert y Theobald Walter. Ya fuera con ella, o con Maude antes de su muerte, Fulke tuvo otra hija, Eve. El cronista dice que Eve se casó con Llewelyn el Grande, príncipe de Gales del Norte. Esto puede ser o no cierto. Nuevamente, hay pruebas circunstanciales suministradas por Eyton en su obra, en doce volúmenes, *The Antiquities of Shropshire*. El marido de Hawise, William Pantulf, murió en 1233 y Fulke tomó a su hija a su cargo, junto con sus dos nietas.

Fulke sobrevivió a Clarice y tenía poco más de noventa años cuando falleció. De

acuerdo con todas las fuentes, se mostró activo hasta pasados los ochenta, cuando la vista comenzó a fallarle y su hijo asumió las responsabilidades nobiliarias. El hijo y tocayo de Fulke sobrevivió a su padre sólo seis años. Se ahogó en un arroyo, en la batalla de Lewes, en 1264, mientras peleaba del lado del rey contra Simon de Montfort. Durante un tiempo, los Montfort tomaron la custodia de Whittington y del pequeño nieto de Fulke. La propiedad le fue devuelta cuando el rey Enrique recuperó el control del reino, pero el joven Fulke, nieto de mi Fulke, no pudo dominar su herencia hasta 1273. El linaje FitzWarin continuó hasta 1420, cuando el onceavo FitzWarin murió sin un hijo que lo sucediera.

Después de que los hombres de Llewelyn quemaran Whittington, Fulke reconstruyó el castillo en piedra. La entrada todavía permanece en pie, como testigo de los acontecimientos ocurridos hace más de setecientos años. Y si usted, lector, tiene la fortuna de llegar allí, por ejemplo, en un día de junio, como hice yo, tal vez pueda ver a un grupo de personas representando aquellos sucesos, volviendo a traerlos a la realidad.

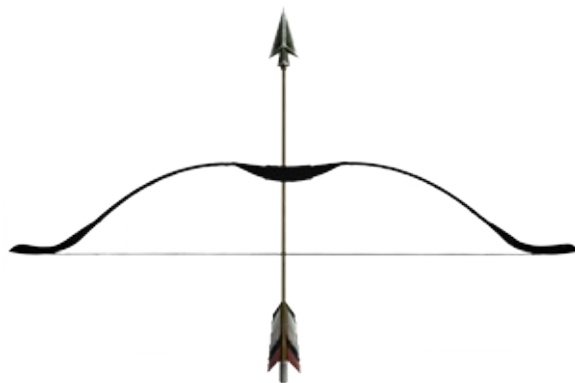
Para quien desee conocer la verdad y el mito que encierra la historia de Fulke FitzWarin, puedo recomendar el texto de Glyn Burgess, *Two Medieval Outlaws*, publicado por Brewer. Es un excelente comienzo. Para un estudio más detallado de Fulke y su entorno, sugiero, de J. Meisel, *Barons of the Welsh Frontier: The Corbet, Pantulfand FitzWarin Families 1066-1272*, publicado por la Universidad de Nebraska. También me fue de suma utilidad la obra en doce volúmenes *Antiquities of Shropshire*, de R. W. Eyton, publicada por John Russel Smith entre 1854 y 1860, aunque es difícil de conseguir. Mi biblioteca local tenía la colección, pero en su sala de libros raros ¡y sólo me permitieron consultarla bajo la estricta supervisión del bibliotecario!

Agradeceré cualquier comentario y sugerencia sobre mis novelas. Pueden contactar conmigo a través de mi página de Internet en:

[The Official Web Site](#)

o enviarme un correo electrónico a:

elizabeth.chadwick@live.co.uk



AGRADECIMIENTOS

Como siempre, mi agradecimiento a las distintas personas que trabajaron entre bastidores, pero que rara vez ven sus nombres impresos, y a todos los de la Agencia Literaria Blake Friedman, incluyendo a mi maravillosa agente, Carole Blake, que ya es también autora, dado que ha publicado su libro *From Ptebto Publication*, donde explica cómo poner a la venta un trabajo inédito.

También me gustaría dar las gracias a todos los amigos de Little Brown, especialmente a mi editora, Barbara Boote, que me deleitó contándome qué partes de mi novela la hacían llorar. También a mis editores y correctores, Emma Gibb y Richenda Todd, por poner los puntos sobre las íes, por no hablar del trabajo que les dio el jaleo de fechas y lugares que varios borradores de *El proscrito* dejaron a su paso.

También quiero expresar mi gratitud a mi familia, por soportarme (¡aunque eso vale en ambas direcciones, puesto que también tengo que soportarlos yo a ellos!). A los integrantes de Regia Anglorum, Conquest y Conroi de Burm, por compartir sus conocimientos conmigo y brindarme inspiración; a los miembros del Grupo de Escritores de Nottingham, por su alegría y su apoyo (¿quién podría olvidar las bromas de Annabel?) y a los integrantes de Medievalreader@egroups.com y Medievalenthusiasts@egroups.com, por sus charlas sobre mi tema favorito.



ELIZABETH CHADWICK (Bury, Lancashire 1957). Se mudó con su familia a Escocia cuando tenía cuatro años y pasó su infancia en la aldea de Newton Mearns cerca de Glasgow. Se trasladó a Nottingham cuando ella tenía diez años y ha vivido allí desde entonces. Su primera incursión en la ficción histórica, una novela sobre la Tierra Santa en el siglo XII, la llevó a la realización de lo que ella quería escribir, la ficción histórica para ganarse la vida.

En 1989, después de años de escritos y rechazos durante los cuales sus obras ganaron algunas competiciones, un agente literario se interesó en *The Wild Hunt*, uno de sus libros. El libro fue subastado a Michael Joseph, que forma parte de Penguin Group. Un año más tarde, el libro ganó un Premio Betty Trask, que fue presentado al autor en Whitehall por HRH Charles, Príncipe de Gales.

Elizabeth Chadwick se ha convertido en una de las novelistas históricas más importantes de Gran Bretaña y ha sido llamada por la Sociedad de Novelas Históricas «La Mejor Escritora de Ficción Medieval que hay actualmente». Se publica internacionalmente y su trabajo ha sido traducido a 16 idiomas. Chadwick es famosa por su extensa investigación sobre el período medieval y sobre todo en el área de las familias Marshal y Bigod. Sus novelas sobre el magnate del siglo XIII Guillermo Marshal, el caballero más grande, y el león escarlata, han traído su aclamación internacional.